

[WALTER SCOTT]

EL TALISMÁN:

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS

**ESCRITO EN INGLÉS POR EL AUTOR DE
“IVANHOE,” “WAVERLEY,” & C.**

[TRADUCCIÓN DE JOSÉ JOAQUÍN DE MORA]

LONDRES

R. ACKERMANN,

1826

MARCOS RODRÍGUEZ ESPINOSA
ESTUDIO Y EDICIÓN TRADUCTOLÓGICA DIGITAL DE
[WALTER SCOTT]

EL TALISMÁN:

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS

**ESCRITO EN INGLÉS POR EL AUTOR DE
“IVANHOE,” “WAVERLEY,” & C.**

[TRADUCCIÓN DE JOSÉ JOAQUÍN DE MORA]

LONDRES

R. ACKERMANN,

1826

**ARCHIVO DIGITALIZADO Y EDICIÓN TRADUCTOLÓGICA
DE TEXTOS LITERARIOS Y ENSAYÍSTICOS TRADUCIDOS
AL ESPAÑOL. PROYECTO DE INVESTIGACIÓN I+D
HUM-2004-00721FILO. UNIVERSIDAD DE MÁLAGA (2007)**

ESTA EDICIÓN TRADUCTOLÓGICA

Resumen

La presencia en Londres, entre 1823 y 1824, de una nutrida colonia de emigrados liberales españoles establece en la capital británica un agitado foco cultural, no sólo español sino también hispanoamericano. El escritor andaluz José Joaquín de Mora emerge en este contexto como una figura esencial en la articulación de una empresa intelectual y política, en la que se radicalizan los fundamentos heterodoxos que caracterizaron su ideología previa a su exilio. Un elemento medular en la materialización de estos fines es Rudolph Ackermann, el editor alemán que financia la mayor parte de sus proyectos literarios, ya sean libros, publicaciones periódicas, o traducciones, entre la que destaca su temprana versión de Mora de *El Talismán. Cuento del Tiempo de las Cruzadas* (1826), de Walter Scott. Como resultado de nuestra investigación, en las siguientes páginas y notas de esta edición traductológica, profundizaremos en los temas que se recogen en los siguientes apartados: (a) Biografía de José Joaquín de Mora; (b) Estudio comparativo de los paratextos que acompañan su traducción, en los que Mora se revela como un traductor consciente de que sus prólogos y notas a pie de página son un vehículo eficaz para explicar su posición respecto de la recepción de Scott y el romanticismo en un contexto hispánico, así como para exponer su utópico programa político para las nuevas repúblicas hispanoamericanas; (c) Bibliografía relevante y enlaces de Internet; y, (d) El texto de *El Talismán. Cuento del Tiempo de las Cruzadas* [en formato pdf], traducido por José Joaquín de Mora en 1826, acompañado de 27 notas de contenido traductológico.

Abstract

The presence in London, between 1823 and 1834, of a large colony of Spanish liberal exiles sets up in the English capital an important cultural focus, not only Spanish but also Latin American. The Andalusian writer José Joaquín de Mora emerges as an essential figure in the articulation of an intellectual and political enterprise, in such a background the heterodox foundations of his previous ideology become more radical. An essential element in the materialization of his aims is Rudolph Ackermann, the German publisher who finances most of his projects –books, literary journals, or translations—, among which figures his early version of Walter Scott’s *The Talisman* (1826). In the next pages and notes of this translational study, we will discuss some of the results of our research in the following sections: (a) A biography of José Joaquín de Mora; (b) A comparative study of the paratexts found in *El Talismán. Cuento del Tiempo de las Cruzadas* (1826) in which Mora emerges as translator aware of the fact that his prologue and footnotes are powerful instruments through which he is able to put forward his position in relation with the reception of Scott and the Romantic movement in an Hispanic context, as well as his political agenda for the new South American republics; (c) Relevant bibliography and links; and, (d) The text of *El Talismán* [in pdf format], translated by José Joaquín de Mora in 1826, with 27 translational footnotes.

Marcos Rodríguez Espinosa respinosa@uma.es
Dpto. Traducción e Interpretación. Facultad de Filosofía y Letras.
Campus de Teatinos. Universidad de Málaga. Málaga (España).

Introducción

Se dirá que todos hemos leído en la infancia a Walter Scott, y que cuando creemos encantarnos leyéndolo de mayores no hacemos más que rememorar nuestra prístina ilusión: tal vez sea así, y nos es imposible demostrar lo contrario, puesto que, en efecto, Scott fue nuestro autor de los diez o doce años. Pero nos atrevemos a creer que hay algo más que esa simple reposición de una película vieja en el fondo de nuestro espíritu: desde las reglas del juego de la novelística naturalista inmediatamente posterior a Scott hay que desechar casi todo su material humano —psicología, reacciones, personalidades, verosimilitud— lo cual —para esas reglas— equivaldría a prescindir de lo esencial.

Martín de Riquer y José María Valverde (2005)
Historia de la literatura universal II. Barcelona, RBA.

José Joaquín de Mora nace en Cádiz el 10 de enero de 1783. Estudia derecho en la Universidad de Granada, en donde con el tiempo ocupa la cátedra de lógica y cuenta con alumnos de la talla del político y escritor liberal Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862). Como poeta, Mora es una figura clave en la historia de la literatura española durante el periodo de transición del neoclasicismo al romanticismo, pues protagoniza, junto con Juan Nicolás Böhl de Faber, el hispanófilo alemán establecido en Cádiz, y Antonio Alcalá Galiano, entre otros, el escritor y político liberal, cuyo prólogo a *El moro expósito*, de Ángel Saavedra, el duque de Rivas, está considerado como el manifiesto del romanticismo español, la famosa «querrela calderoniana», que ha sido definida como uno de los primeros debates maduros en torno a las nuevas ideas estéticas que llegaban desde Europa. A este respecto, como con acierto recuerda Pegenaute (2004, 326), no debe olvidarse el papel esencial de un texto traducido en el nacimiento de una polémica, en su origen andaluza, que se extiende por los principales centros culturales españoles y publicaciones como *La Minerva Nacional*, *El Europeo* y *El Diario Mercantil* de Cádiz, y que se mantiene activa durante casi una década, hasta que es reprimida por la censura fernandina. Se refiere, en concreto, Pegenaute al artículo titulado «Sobre el teatro español», publicado por Böhl de Faber en el *Mercurio gaditano*, y que no es sino una síntesis vertida del alemán de los cursos *Sobre arte y literatura dramática* impartidos por August Wilhelm von Schlegel:

Ese estudio, que exalta la importancia de la poesía y el teatro español del siglo XVII (sobre todo el de Calderón), tiene una gran carga ideológica y política, pues supone un alegato a favor del nacionalismo a través de una inspiración cristiana sumamente conservadora. A partir de estos postulados de inspiración

germana (lo monárquico, lo heroico, lo tradicional, etc.), claramente opuestos al espíritu neoclásico francés, se fragua en España lo que se ha dado en llamar «Romanticismo histórico», movimiento con el que se da forma literaria al ideario absolutista. La controversia tuvo desde el principio un marcado carácter político, pues la doctrina reaccionaria propugnada por Böhl vino a chocar con los afanes liberales y constitucionales de algunos jóvenes imbuidos del racionalismo enciclopédico de las Cortes de Cádiz, tales como José Joaquín de Mora y Antonio Alcalá Galiano, nacidos precisamente en aquella ciudad (Pegenaute 2004, 326).

El levantamiento popular contra la invasión napoleónica anima a Mora a alistarse en el ejército regular y a participar en la batalla de Bailén. Tras ser hecho prisionero en 1809, pasa una temporada en Francia hasta que regresa a su ciudad natal una vez finalizada la Guerra de la Independencia. Al igual que otros liberales, el regreso de Fernando VII y la reinstauración de la monarquía absolutista fuerzan a Mora a abandonar España y refugiarse en Londres, ciudad en la que reside en el barrio de Somerstown junto a Alcalá Galiano, Blanco White y otros liberales españoles, y en donde inicia una fecunda actividad como editor, traductor y periodista. Un factor decisivo en esta labor será su amistad con el editor alemán Rudolph Ackermann (1764-1834), que había implantado en Inglaterra la moda del almanaque literario denominado *Forget me not*, conjunto de composiciones en prosa y verso, que se acostumbraba a regalar en Navidad y Año Nuevo. Entre 1824 y 1829, Mora adapta esta fórmula pensando en las naciones emergentes de Hispanoamérica, y los denomina *No me olvides*; de estos almanaques se publicaron seis volúmenes, los cuatro primeros editados por él mismo, y los dos siguientes por Pablo de Mendibil. Mora se embarca también en una interesante labor periodística, entre cuyos frutos merecen destacarse *El Museo Universal de Ciencias y Artes* (1824-1826) y *El Correo Literario y Político de Londres*, dirigidas principalmente a los lectores hispanoamericanos. Sobre la relevancia de la traducción para el escritor exiliado, Ruiz Casanova (2000) mantiene lo siguiente:

Las obras originales y las traducciones del literato exiliado cumplen varias funciones. Son, a veces, un sustento material (novelas, colaboraciones en prensa, etc.) y, como tales, realizadas casi siempre bajo el apremio de la vida inmediata y con pocos recursos eruditos o biográficos; pero son también la vía que reintegra al transterrado su identidad lingüística y, desde este punto de vista, la ilusión de comunicarse con aquellos que hablan su misma lengua. Es más, en el caso de la traducción, el paso de un texto de su lengua original a la del traductor en el exilio supone *vencer* ilusoriamente las resistencias de su condición física; la traducción cumple, de este modo, con un fundamento cuasi alquímico que restaura a quien padece exilio (escritor o lector) el orden de lo natural (2000, 404).

Si la colonia de liberales exiliados en Londres era abundante, no le iba a la zaga la cifra de emigrados políticos que acabaron estableciéndose y traduciendo en París. Al igual que ocurrió con Lord Byron, en los primeros años del siglo XIX, la potente y cosmopolita industria editorial francesa contribuye decisivamente a descubrir la figura del escritor Walter Scott y a difundir sus novelas por toda Europa. En opinión de José F. Montesinos (1955, 71) en su *Introducción a una historia de la novela en España en el siglo XIX*, «el *scottismo* francés de aquellos días tuvo algo de delirante. Le Breton asegura que en el espacio de pocos años se vendieron en Francia 1.400.000 ejemplares de novelas de Walter Scott».

Tanto García González (2005, 752-53), en el estudio más completo que se ha publicado hasta la fecha en torno a la recepción en España de la obra de Walter Scott, como Pajares (2006), en su estudio bibliográfico sobre la traducción de la novela inglesa al español durante los siglos XIX y XX, coinciden al afirmar que el escocés populariza la novela hasta convertirla en el género literario más demandado, que colmó «la satisfacción lectora de muchos españoles, a juzgar por la gran cantidad de ediciones llevadas a cabo en nuestra lengua, al igual que lo hacían en el resto de Europa [y en el que] la mezcla de aventura con nacionalismo, que tan bien realiza Scott, le aportó infinidad de lectores» (2006, 22)¹.

A pesar de no firmar su trabajo², José Joaquín de Mora es responsable de la primera traducción al español de *El talismán: cuento del tiempo de las cruzadas*. Escrito en inglés por el autor de “*Ivanhoe*,” “*Waverley*,” & Co. Dicha traducción se divide en dos tomos de 13 y 15 capítulos respectivamente, que ven la luz al año siguiente de que Scott publicara la obra en Gran Bretaña, pero que lamentablemente fue muy poco difundida en España³. Mora elabora un breve prólogo (págs. v-xiii) para su

¹ Para profundizar en recepción de la obra de Walter Scott en España consúltese también los siguientes trabajos de investigación: Churchman, P.H. y Peers, E.A. (1922) «A Survey of the Influence of Sir W. S. in Spain», *Revue Hispanique*, 55, págs. 227-210; Peers, E.A. (1926) «Studies on the Influence of Sir Walter Scott in Spain», *Revue Hispanique*, 68, págs. 1-160; Soldevila i Zubiburu, F. (1926) «Walter Scott y el renacimiento literario catalán», *Bulletin of Spanish Studies*, 3, págs. 88-90; y Zellars, G.G. (1931) «Influencia de Walter Scott en España», *Revista de Filología Española*, 18, págs. 149-62.

² García González (2005, 82) puntualiza en este sentido: «El número de obras en las que existe constancia del nombre del traductor supera numéricamente al caso contrario. En las primeras traducciones ocurre con cierta frecuencia que sólo aparecen las iniciales de sus artífices. Algunos traductores como Eugenio de Ochoa y Pablo de Xérica cuentan en su haber con tres novelas de Scott traducidas o más, aunque constituyen una excepción».

³ John Ellis prepara una nueva edición de *The Talisman*, que se publicará en el año 2008, dentro del ambicioso proyecto conocido como *The Edinburgh Edition of The Waverley Novels*, que quizás saque a la luz ciertas particularidades de la obra que puedan modificar nuestra apreciación del texto original, con sus lógicas consecuencias para nuestro estudio de la traducción de sus paratextos.

traducción bajo el título de «EL TRADUCTOR», en el que este alaba la fama internacional de Walter Scott, en tanto que creador de la novela histórica, «un nuevo género de obras de imaginación», cuya lectura «puede suplir la falta de los libros de erudición» y facilita «la inteligencia de la historia». Recuerda, asimismo, al lector español y americano, que la lectura de estos libros de caballería, tan denostados por el genio de Cervantes en *El Quijote* es una excelente ocasión para aficionarse «a los cuadros que habían desaparecido de su vista», apreciar bajo otro prisma «las inocentes locuras de los paladines», y alejarse «para siempre de las insipidas caricaturas que ahora lo divierten, y alucinan». Por otra parte, el traductor ensalza el contenido moral de las novelas de Scott, a diferencia de otros autores: «¿Qué otra moral es la que enseñan Werther, Saint Preux, Oswald, y otros personajes (...) ?». Por último, se dirige al lector de las antiguas colonias de ultramar, al que espera ofrecer más obras maestras del mismo autor: «Nos lisonjamos con la esperanza de que los pueblos de la América que fue Española, rectificadas sus ideas en fuerza de las reformas políticas que han abrazado, sepan apreciar, aun en los ramos de lujo y recreo, lo que es realmente bueno, por estar de acuerdo con las reglas eternas del orden».

Siguiendo una línea de trabajo similar a la que puede observarse en su traducción de *Ivanhoe* (1825), José Joaquín de Mora omite los numerosos epígrafes con los que Scott encabezaba la mayoría de los capítulos de la obra original y acompaña su versión de un total de 13 notas a pie de página, algunas de las cuales, no son sino meras adaptaciones de las elaboradas por el autor escocés, y que podemos clasificar de la siguiente manera⁴:

1. Notas sobre cuestiones textuales: Tal es el caso de la siguiente nota en la que se advierte al lector en lengua española de los posibles cambios introducidos en el himno de los Arimanes por el eclesiástico que lo tradujo a causa de las dificultades de «trasladar a un idioma moderno las estrañezas de la poesía Oriental»:

El sabio y piadoso eclesiástico a quien somos deudores de la versión de esta especie de himno, nos encarga recordar a nuestros lectores, a fin de evitar toda interpretación siniestra, que el autor de tal composición, era un pagano poco instruido en la causa del mal físico y moral, por cuya razón reconocí su

⁴ Urpo Kovala (1996, 120) sostiene que el aspecto más relevante de los paratextos (ilustraciones, título, subtítulo, prólogos, introducciones, apéndices, notas a pie de página, etc.) de las traducciones no se encuentra en el entorno que crean alrededor del texto traducido, sino en su función como mediadores entre «the text and the reader and their potential influence on the reader's reading and reception of the works in question. When studying this role, it is necessary to study the historical and cultural context of this process of mediation as well».

predominio en el sistema del Universo, como hacen todos los que consideran este misterioso asunto sin el socorro de las luces de la fe. A lo que añadiremos, que el estilo del traductor es sobrado parafrástico, como lo han reconocido todos cuantos han examinado el curioso documento original. Lo cierto es que le pareció harto difícil trasladar a un idioma moderno las extrañezas de la poesía Oriental, y quizás sustituyó sus propias ideas a las del autor, como hacen continuamente otros ingeniosos y sabios traductores (Mora 1826 I, 72).

The worthy and learned clergyman by whom this species of hymn has been translated desires, that, for fear of misconception, we should warn the reader to recollect that it is composed by a heathen, to whom the real causes of moral and physical evil are unknown, and who views their predominance in the system of the universe as all must view that appalling fact who have not the benefit of the Christian revelation. On our own part, we beg to add, that we understand the style of the translator is more paraphrastic than can be approved by those who are acquainted with the singularly curious original. The translator seems to have despaired of rendering into English verse the flights of Oriental poetry; and, possibly, like many learned and ingenious men, finding it impossible to discover the sense of the original, he may have tacitly substituted his own (Scott, 1825).

2. Notas de contenido geográfico: Incluimos aquí una nota sobre el río Clyde «Río de Escocia» (I, 184) y otra en la que se explica el significado del término Franchistan, «Nombre que los Orientales daban a Europa» (I, 198), ambas distintivas de esta traducción.

3. Notas de contenido histórico: Nos referimos, en primer lugar, a una nota del propio Scott en la que se nos remite a la *Historia de las cruzadas* de Mill para corroborar ciertos hechos de la vida de Edit de Plantagenet (I, 14). En el paratexto español se omite, sin embargo, la referencia bibliográfica completa, esto es, vol. ii. p. 61:

This may appear so extraordinary and improbable a proposition that it is necessary to say such a one was actually made. The historians, however, substitute the widowed Queen of Naples, sister of Richard, for the bride, and Saladin's brother for the bridegroom. They appear to have been ignorant of the existence of Edith of Plantagenet.--See MILL'S History of the Crusades, vol. ii, p. 61 (Scott, 1825).

Este suceso parecerá a nuestros lectores tan extraño y absurdo que casi nos es preciso decir que realmente acaeció como aquí se cuenta. Algunos historiadores lo desfiguran, suponiendo que la boda propuesta debía verificarse entre la reina viuda de Nápoles, hermana de Ricardo, y un príncipe hermano de Saladino. Parece que ignoraban hasta la existencia de Edit de Plantagenet. Véase la *Historia de las Cruzadas*, por Mill. (Mora 1826 II, 14).

Mora, por otra parte, introduce dos notas originales en su traducción. En la primera de ellas, ilustra al lector acerca del significado de *los juicios de Dios*:

Llamabase juicios de Dios las pruebas que se hacian con un reo, para averiguar si era o no culpable. Las había de muchas clases. Unas veces el reo se obligaba a tomar en la mano un hierro hecho ascua, y si se quemaba, era condenado como delincuente; otras, comulgaba en presencia de los jueces y del acusador, pues se creía que en caso de haber cometido la culpa de que se le acusaba, se le anudaría la garganta y moriría al tragar la forma (Mora 1826 II, 104).

En la segunda, glosa asimismo el significado de Westminster para el sistema político inglés, «Sitio en que se reúne la Cámara de los Pares en Inglaterra» (II, 350).

4. Notas sobre términos árabes: En primer lugar se distinguen aquellas, elaboradas originariamente por Scott, en las que se explica el significado de *Hégira*, «Daba a entender que sus conocimientos eran tales que cien años se necesitaban para adquirirlos por medio del estudio» (I, 209); *Khirkhah*, «Literally, the torn robe. The habit of the dervises is so called» / «(...) significa literalmente el vestido roto, y es el nombre que dan los Musulmanes al traje de los Dervises» (II, 82); y *Gisaougi*, «Perhaps the same with Gyges» / «Así llaman los Árabes al anillo de Giges» (II, 251). El traductor español añade, además, otras tres notas referidas a *Hamako*, «es el nombre que dan los Arabes a los locos y lunaticos, que miran y respetan como especialmente favorecidos por Dios» (I, 76); *Ulemat*, «Nombre que dan los Mahometanos a sus sacerdotes» (I, 207); y *Zenana* «Lo mismo que Harem; sitio en que los musulmanes encierran a sus mugeres y concubinas» (II, 366).

5. Notas del Texto Origen omitidas en el Texto Meta: Como puede verse en el caso de *Ivanhoe*⁵, la versión española de *El Talismán*, publicada en Londres en 1826, omite también en torno a 14 notas, referidas a voces extranjeras, sobre el reino de Jerusalén, embarcaciones y comidas de la época, las relaciones entre Inglaterra y Escocia, y determinados personajes históricos, que figuraban en las ediciones originales de Scott.

6. Notas traductológicas: Mora se reserva una nota para defender su traducción: «El Traductor se ha visto obligado a hacer grandes alteraciones a este pasage, a fin de

⁵ Véase Scott, Walter (1825) *Ivanhoe*. Londres, Ackermann. Edición traductológica de Marcos Rodríguez Espinosa. Archivo Digitalizado y Edición Traductológica de Textos Literarios y Ensayísticos Traducidos al Español. www.ttle.satd.uma.es; y Rodríguez Espinosa, Marcos (2007) «Exilio, vocación trasatlántica y mediación paratextual. José Joaquín de Mora y sus traducciones de *Ivanhoe* (1925) y *El Talismán* (1826)», Zaro Vera, J.J. (ed.). *Diez estudios en torno a la traducción en la España del siglo XIX*. Granada, Atrio.

acomodarlo al gusto de sus lectores» (II, 305). Se trata de un paratexto en el que repara Montesinos (1955, 72): «No se comprende por qué. Sin duda la creencia general de que los romances moriscos eran viejos, ha llevado al traductor a substituir por dos de ellos el poema de Blondel y a acumular los anacronismos y disparates en la conversación que sigue». Si bien Montesinos tacha los romances de Mora de anacrónicos y propios del gusto del siglo XVII, en nuestra opinión, la elección de esta estrofa tradicional española debe interpretarse dentro del contexto de su propia evolución estética, asunto presente también en los respectivos prólogos de *Ivanhoe* y *El talismán*, desde los tiempos de su polémica con Böhl de Faber. Es la de Mora una aproximación a la literatura romántica que Lloréns (1989) también detecta en una serie de artículos publicados en la *European Review* bajo el título de «On Spanish Poetry», en los que el gaditano otorga al romancero una posición central en la poesía española:

Frente a Mora, Boehl había atacado con insistencia la validez de «las reglas eternas e infalibles del gusto». Su adversario de entonces no sólo acepta ahora «el principio de nacionalidad, incompatible con el universalismo clasicista, sino que opone la originalidad a la imitación y admite con entusiasmo lo primitivo y lo espontáneo. En realidad, su caracterización de la poesía medieval es más romántica que la de Boehl. En el Romancero ve un ejemplo admirable de poesía espontánea, popular, que arranca de espíritu heroico y religioso de la nación: los romances (1989, 61).

Pese a censurar, asimismo, la falta de conocimientos históricos tanto de Scott como del traductor, la opinión de Montesinos (1955, 71-72) sobre las traducciones de Mora no es tan negativa como pudiera deducirse del comentario anterior, sino que las considera «de lo mejor que se hizo entonces». Lloréns (1979, 166), en este mismo sentido, recoge una excelente crítica del escritor cubano Del Monte, que en 1832 asegura que esta primera traducción de *El Talismán* está a la altura de los cuentos de Voltaire vertidos por el Abate Marchena. Tampoco escatimarán elogios compatriotas como Alcalá Galiano y Blanco White, o el protegido de este, Andrés Bello, impresos en las páginas *El Repertorio Americano*, publicación dirigida por el prestigioso poeta y filólogo venezolano, difusor en Hispanoamérica de la cultura europea y traductor de Victor Hugo y de lord Byron.

No olvidemos, respecto de las antiguas colonias españolas, que Rudolph Ackermann tiene sus ojos puestos en ellas, al igual que Mora, como puede verse tanto en su prólogo a *Ivanhoe* (1825) como en el que elabora para *El Talismán* (1826), en los que coincide con el alemán en su propósito de explorar este emergente mercado, según se desprende de la publicidad con la que su empresa acompaña sus obras:

ADVERTENCIA: El SR. ACKERMANN, de Londres, ha formado en Méjico, y confiado a su hijo D. JORGE ACKERMANN y a su amigo JUAN HENRIQUE DICK un establecimiento de Librería y objetos de Bellas Artes. (...) El ramo de Librería que el SR. ACKERMANN despacha comprende una vasta colección de libros ingleses y españoles, publicados por él mismo en Londres. Las obras españolas han sido escritas con el espreso designio de que circulen en America y todas ellas tienen por objeto la propagación de los conocimientos útiles, bajo la salvaguardia de la Religion y de las buenas costumbres⁶.

García Castañeda (2007) sostiene que a partir del siglo XVIII, tras la creación de la Santa Alianza, estuvo muy extendida entre los liberales europeos la creencia de que Europa había entrado en un proceso de decadencia y que el futuro estaba en América. Mora veía en las antiguas colonias españolas la tierra virgen en la que toda reforma era posible sin los impedimentos reaccionarios europeos; allí vivirá varios años, participará en la política, y será testigo del fracaso de las ideas liberales y del sistema constitucional tanto en las nuevas repúblicas americanas como en su patria.

En el año 1826, Mora se establece en Argentina, país al que había llegado a instancias de su amigo el presidente Bernardino Rivadavia, y donde funda el periódico *La Crónica Política y Literaria de Buenos Aires*. Al poco tiempo, tras el fracaso de la constitución unitaria argentina y la guerra contra Brasil, que acabaría con una sublevación federalista, marcha a Chile, donde crea El Liceo y participa en la redacción de la Constitución de 1828 —una de las más adelantadas de su época—, funda los periódicos *El Mercurio* y *El Constituyente*, y retoma su carrera de dramaturgo con las comedias *El marido ambicioso* y *El embrollón*. Mora continúa su periplo latinoamericano en Lima, ciudad en la que crea El Ateneo. Al poco tiempo, el presidente boliviano Andrés de Santa Cruz (1792-1865) le incluye entre sus colaboradores más cercanos para que le ayude en su tarea de crear una confederación peruano-boliviana, reformar la administración civil y militar, promulgar una legislación liberal y fundar nuevas universidades, en una de las cuales ocupa una cátedra de literatura en 1834.

El inconstante Mora, tal y como lo define Llorens (1979, 61), regresa a España al cabo de quince años. Quien equiparara en sus primeros escritos la traición del conde

⁶ Para profundizar en la presencia de Ackermann en Hispanoamérica consúltese, Vera Roldán, E. (2003) *The British Book Trade and Spanish American Independence: Education and Knowledge Transmission in Transcontinental Perspective*. Londres, Ashgate.

don Julián con las abdicaciones de los Borbones en Bayona resulta demasiado conservador a ojos de los liberales más jóvenes. José Joaquín de Mora acepta prebendas de los nuevos políticos que rigen los destinos de la nación, hasta el punto de ser nombrado académico de la Real Academia de la Lengua en 1848. Fallece en Madrid el 3 de octubre de 1864⁷.

Bibliografía

Fuentes Primarias

[Scott, Walter] (1826) *El Talismán. Cuento del Tiempo de las Cruzadas*. [Traducción de José Joaquín de Mora]. Londres, Ackermann.

_____ (1826) *The Talisman*. <http://www.gutenberg.org> [Consultado 08/11/2007].

_____ (1971) *El Talismán*. Traducción de Teresa Suero Roca. Barcelona, Bruguera. Col. Millonarios del Libro. Núm. 23.

Fuentes Secundarias

Churchman, P.H. y Peers, E.A (1922) «A Survey of the Influence of Sir W.S. in Spain», *Revue Hispanique*, 55, págs. 227-210.

Galiano, A. (1969) *Literatura española siglo XIX. De Moratín a Rivas*. Traducción, introducción y notas de Vicente Llorens. Madrid, Alianza Editorial. Col. El Libro de Bolsillo, 170. Serie Clásicos.

García Castañeda, S. (2007) *José Joaquín de Mora ante la España de su tiempo*. <http://www.cervantesvirtual.com> [Consultado 07/9/2007].

García González, J.E. (2004) *Traducción y recepción de Walter Scott en España: Estudio descriptivo de las traducciones de Waverley al español*. [Tesis doctoral dirigida por Fernando Toda Iglesia e Isidro Pliego Sánchez] Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Kovala, U. (1996) «Translations, paratextual mediation, and ideological closure», *Target* 8 (1), págs. 119-47.

⁷ Para profundizar en la estancia de Mora en Hispanoamérica consúltese: Amunátegui, M.L. (1888) *Don José Joaquín de Mora. Apuntes biográficos*. Santiago de Chile, Imprenta Nacional; Arrieta, L. A. (1957) *La literatura argentina y sus vínculos con España*, Buenos Aires, Editorial Uruguay. Col. Argirópolis; Monguió, L. (1967) *Don José Joaquín de Mora y el Perú del Ochocientos*. Madrid, Editorial Castalia; y Ramos Núñez, C. (2000) «La cultura jurídica en la época de la Confederación Perú-Boliviana», *Revista de estudios histórico-jurídicos*, Núm. 22, <http://www.scielo.cl/> [Consultado el 12/08/2007].

Llorens, V. (1979) *Liberales y románticos. Una emigración española en Inglaterra*. Valencia, Castalia. (3ª ed.). Col. Literatura y Sociedad.

_____ (1989) *El romanticismo español. Ideas literarias. Literatura e historia*. Madrid, Castalia. (2ª. ed.). Col. Literatura y Sociedad.

Núñez Arenas, M. (1925) «Simples notas acerca de W.S. en España», *Revue Hispanique*, 65, págs. 153-159.

Monguio, L. (1967) *Don José Joaquín de Mora y el Perú del ochocientos*. Madrid, Castalia. Col. Biblioteca de Erudición y Crítica.

Montesinos, J.F. (1955) *Introducción a una historia de la novela en España, en el siglo XIX. Seguida del Esbozo de una Bibliografía española de traducciones de novelas (1800-1850)*. Madrid, Editorial Castalia. Col. Biblioteca de Erudición y Crítica.

Pajares, E. (2006) *La novela inglesa en traducción al español durante los siglos XVIII y XIX: aproximación bibliográfica*. Barcelona, PPU. Col. BT, Bibliografías de traducción, Núm. 4.

Peers, E.A. (1926) «Studies on the Influence of Sir W.S. in Spain», *Revue Hispanique*, 68, págs. 1-160.

Pegenaute, L. (2004) «La época romántica», F. Lafarga y L. Pegenaute (eds.) *Historia de la traducción en España*. Salamanca, Ambos Mundos, págs. 321-96.

Ruiz Casanovas, F. (2000) *Aproximación a una historia de la traducción en España*. Madrid, Cátedra.

Soldevila i Zubiburu, F. (1926) «Walter Scott y el renacimiento literario catalán», *Bulletin of Spanish Studies*, 3, págs. 88-90.

Vera Roldán, E. (2003) *The British Book Trade and Spanish American Independence: Education and Knowledge Transmission in Transcontinental Perspective*. Londres, Ashgate.

Zellars, G.G. (1931) «Influencia de Walter Scott en España», *Revista de Filología Española*, 18, págs. 149-62.

Enlaces

<http://www.gutenberg.org> Project Gutenberg. Online Book Catalog

<http://www.cervantesvirtual.com> Bibl. Virtual Miguel de Cervantes

<http://www.eswsc.com> The Edinburgh Sir Walter Scott Club

<http://www.walterscott.lib.ed.ac.uk/> The Walter Scott Digital Library

<http://www.eup.ed.ac.uk> Edinburgh University Press

<http://www.abdn.ac.uk> The Walter Scott Research Centre

<http://www.nls.uk> Nacional Library of Scotland

<http://www.imdb.com> Filmografía sobre la obra de Walter Scott

<http://www.scottsabbotsford.co.uk/>
Abbotsford The Home of Sir Walter Scott. Melrose (Scotland) UK

<http://sites.scran.ac.uk/scottmon/>
The Scott Monument

<http://www.orgs.muohio.edu/anthologies/FMN/>
Forget Me Not. A Hypertextual Archive of Ackermann's 19th- Century Literary Annual

Esta edición traductológica digital, en PDF, consta de un estudio y de un corpus de 27 notas a pie página de *El Talismán. Cuento del Tiempo de las Cruzadas*, de Walter Scott, traducida por José Joaquín de Mora en 1826 y publicada por Rudolph Ackermann en Londres. Se inscribe en el Proyecto de Investigación *I+D*, HUM2004-00721FILO, financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia.

Edición Traductológica Digital de [Walter Scott] El Talismán: Cuento del tiempo de las cruzadas
[Traducción de José Joaquín de Mora]. (Rudolph Ackermann, Londres, 1826).
Marcos Rodríguez Espinosa Universidad de Málaga (UMA)
Proyecto de Investigación I+D, HUM-2004-00721FILO (Ministerio de Educación y Ciencia)

EL TALISMAN :

CUENTO DE LAS CRUZADAS.

Edición Traductológica Digital de [Walter Scott] El Talismán: Cuento del tiempo de las cruzadas
[Traducción de José Joaquín de Mora]. (Rudolph Ackermann, Londres, 1826).
Marcos Rodríguez Espinosa Universidad de Málaga (UMA)
Proyecto de Investigación I+D, HUM-2004-00721FILO (Ministerio de Educación y Ciencia)

LONDON:
PRINTED BY RICHARD CLAY AND COMPANY, BUNGAY STREET.

EL TALISMAN:

CUENTO

DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

**ESCRITO EN INGLES POR EL AUTOR DE "IVANHOE,"
"WAVERLEY," &c.**

TOMO PRIMERO.

**PUBLICADO POR R. ACKERMANN, EN LONDRES, REPOSITORIO DE
ARTES, 101, STRAND, Y EN SU ESTABLECIMIENTO
DE MEXICO.**

1826.

1.

N.T.E. (Nota Edición Traductológica) 1. " El editor alemán nacionalizado británico y afincado en Londres fue un pieza clave en el desarrollo de la producción de los emigrados. Su propia y variopinta vida podrían ser objeto de una novela. Guarnicionero como su padre, viajante sin descanso, dibujante y litógrafo estimado, comerciante de objetos de arte e inventor, son algunas de las facetas de este inteligente y apreciado industrial. Su olfato mercantil, que le traicionaría a la postre, le dictaba que la presencia de tantos españoles, muchos de ellos cultos y necesitados, era una ocasión de oro para poner en marcha un plan de publicaciones para varios países de habla hispana cuya relación se hace constar en los volúmenes del 'No me olvides'. Este editor dedicó al mercado hispanoamericano muchas publicaciones de toda índole, originales unas, traducidas otras". Pajares, E. (2002) "Traducción en la emigración: Pablo de Mendibil y su 'No me olvides' de 1828", Lafarga, F. y otros (eds.). Neoclásicos y románticos ante la traducción. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, pág. 73.

EL TRADUCTOR.

2.

LA novela que presentamos al público, traducida al castellano, es la última de las dadas a luz por el autor de Ivanhoe y Waverley. La fama de este célebre anonimo ha cundido por toda Europa, en la cual es generalmente conocido, como creador de un nuevo genero de obras de imaginacion, y como uno de los escritores que en grado mas eminente poseen el don de pintar las costumbres, las pasiones, y los caracteres.

Sus novelas son historicas: es decir, aunque los sucesos que forman su nudo son fabulosos, estan retratados en ellos con la mayor propiedad los personajes

historicos que introducen, y tan viva y natural es la pintura que ofrecen de las costumbres de los siglos a qué se refieren, que su lectura puede suplir la falta de los libros de erudición que es necesario consultar para enterarse de ellas. De modo que estas novelas, además de deleitar la imaginación, como hacen todas las ficciones literarias, en que la acción está bien tegida, y diestramente manejado el interés, producen una utilidad real, cual es la de facilitar la inteligencia de la historia, familiarizándonos con las ideas dominantes, con los usos, preocupaciones, ceremonias, y modales de uno de los periodos mas interesantes de los anales del mundo. Los historiadores descuidan por lo comun esta parte esencialísima de su tarea: limitanse a referir hechos, sin darnos a conocer la escena en que pasaron; de modo que

el lector, además de no entender gran parte de lo que se le cuenta, no adquiere si no conocimientos imperfectos y superficiales, faltándole los puntos de comparación que podrían conducirlo a abrazar de una ojeada el espectáculo de los siglos. El novelista Escoces ha llenado este vacío de la Literatura: sus obras son, con respecto a la historia de la edad media, lo que los mapas geográficos con respecto a las relaciones de los viajeros.

Los hombres de gusto acendrado, que saben cuanto se profanan las letras si al mismo tiempo que deleitan el espíritu, abusan de la razón y pervierten los sentimientos, no cesan de declamar contra el torrente de novelas que inunda la Literatura moderna; manía ciertamente deplorable, que sostienen, por un lado, la ociosidad de los lectores, y la repugnancia a estudios sólidos, y por otro, el

viii EL TRADUCTOR.

gusto corrompido y la codicia de los que a este genero de tráfico se dedican. Era infinitamente menos perjudicial y menos comun la afición a libros de caballeria, cuando se alzó contra ellos aquel genio portentoso, que tan magnifico monumento erigió al culto de la razon, y que estirpó de un solo golpe el enemigo que se propuso combatir. Y sin embargo, ¿qué diferencia entre las inocentes locuras de los paladines, y la refinada corrupcion de la mayor parte de los heroes y heroínas que figuran en las novelas de nuestro siglo? Y en cuanto al obgeto real de esta clase de escritos, que es entretener y divertir, ¿quien habrá que no prefiera los tajos y reveses, y los encantos y transformaciones, y los exaltados afectos, y reverentes pasiones de los Amadis y Belianis, a los freneticos arrebatos, y vagas declamaciones, y morta-

EL TRADUCTOR. ix

les parasismos, y misteriosas necesidades de las Atalas y de las Malvinas? Asi que si en la epoca presente muchos hombres sensatos se lamentan de que Cervantes haya logrado tan completamente su designio, no es difícil que el autor de Ivanhoe, aficionando al publico a los cuadros que habian desaparecido de su vista, lo alege para siempre de las insipidas caricaturas que ahora lo divierten, y alucinan.

Las novelas que mas nombrada han adquirido en estos ultimos tiempos estan impregnadas de los vicios que necesariamente han adquirido los pueblos, al llegar a cierto grado de civilizacion; el egoismo reconcentrado, que sacrifica las consideraciones mas sagradas a la satisfaccion de una pasion dominante; la refinada hipocresia, que cubre con el manto de la virtud, los mas criminales excesos; la exasperacion del orgullo, y el delirio

x EL TRADUCTOR.

de la soberbia, que terminan por una muerte voluntaria las desventuras ocasionadas por los mas torpes extravios. Al leer semejante conjunto de desacuerdos no parece sí no que el hombre ha sido colocado en la sociedad para abandonarse sin freno a sus apetitos; para encaminarse al logro que se propone, por los medios mas pronto y faciles, y para retirarse por sí mismo de la escena, cuando las circunstancias se han opuesto al cumplimiento de sus miras. ¿Qué otra moral es la que enseñan Werther, Saint Preux, Oswald, y otros personajes, que por desgracia, han dado en manos de ingenios de primer orden, que han sabido seducir en copa de oro, y dar a la insensatez, y al delito un idioma encantador e irresistible?

Nuestro autor lejos de abusar de las grandes prendas que como escritor po-

EL TRADUCTOR. xi

see, las emplea en obgetos mas nobles, y si nos hace amable la virtud, no es presentandonos un simulacro vicioso revestido de su nombre, y formado de elementos enteramente contrarios a los suyos, si no pintandonos sus modelos, y dandonos a conocer amantes respetuosos, enemigos generosos y magnanimos, amigos fieles, servidores leales, y mugeres sensibles, pero recatadas, que no cifran toda su existencia en la pasion, ni se creen nacidas para inspirar y hacer locuras.

Nos lisongeamos con la esperanza de que los pueblos de la America que fue Española, rectificadas sus ideas en fuerza de las reformas politicas que han abrazado, sepan apreciar, aun en los ramos de lujo y recreo, lo que es realmente bueno, por estar de acuerdo con las re-

xii EL TRADUCTOR.

glas eternas del orden. Si merece su
aprobacion este ensayo, no tardaremos
en ofrecerle las obras maestras de la
misma pluma.

EL TALISMAN.

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

CAPITULO I.

3.

AUN no habia llegado el sol a la mitad de su carrera en el cielo ardiente de Siria, cuando un caballero de la Cruz Roja, que habia abandonado el techo paterno situado en el Norte de Europa, para seguir a los Cruzados en Palestina, atravesaba lentamente los arenosos desiertos que rodean al mar Muerto, llamado tambien lago Asfaltites, donde las aguas del Jordan se acumulan en un mar aislado, que no envia a otro alguno el tributo de sus olas.

El guerrero peregrino habia caminado durante la primera parte de la mañana entre rocas, precipicios y asperos desfiladeros, de los que

TOM. I.

B

N.E.T. 3. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

They, too, retired/ To the wilderness, but 'twas with arms. *PARADISE REGAINED.*

... También ellos se retiraron/ al desierto, pero con las armas.

El paraíso recobrado.

[Traducción de Teresa Suero Roca. Walter Scott (1971) *El Talismán*. Barcelona, Bruguera. Col. Millonarios del Libro. Núm. 23., pág. 5].

habia salido a la gran llanura en que las ciudades malditas provocaron en otros tiempos, la directa y terrible venganza del Omnipotente.

El cansancio, la sed, los peligros de la jornada se borraron de la imaginacion del viagero al recordar la catastrofe espantosa que habia convertido en arido y triste desierto, el fertil y hermoso valle de Siddim, regado antes como el jardin del Señor, y hoi reducido a una soledad quemada por los rayos del sol, y condenada a esterilidad perpetua.

Al ver la negra masa de sus aguas, que ni en color ni en calidad se parecen a las otras que fecundan la superficie de la tierra, el adalid Cristiano hizo la señal de la Cruz, ni pudo preservarse de un sentimiento de horror al considerar que debajo de aquella linfa espesa yacian las antes soberbias ciudades de la llanura, a las que abrio vasto sepulcro el rayo del cielo o la erupcion de los fuegos subterranos, y cuyas ruinas estan cubiertas por una mar que no alimenta peces en su seno, que no sufre quilla alguna en su espalda, y que no divide sus corrientes con el oceano, como si su lecho

EL TALISMAN.

3

maldito fuese el único receptáculo digno de sus fangosas aguas. La tierra circunvecina era, como en los días de Moisés, sal y azufre; ni se siembra, ni se labra, ni crece yerva alguna en su superficie. También ella podría llamarse muerta, puesto que nada produce que se asemeje a la vegetación, y ni aun el aire consiente a sus ligeros habitantes, que huyen del olor del azufre y del betún, extraídos por el sol de las aguas del lago, y reunidos en nubes que presentan a veces las formas más espantosas. Las masas voluminosas de la sustancia llamada nafta, que nadan pausadamente en las sucias aguas del lago, suministran nuevos vapores a las nubes, y testifican la verdad de la historia de Moisés.

Brillaba el sol con insoportable ardor en esta escena de desolación y de ruina, y parecía que la naturaleza animada se escondía de sus rayos, excepto la figura solitaria que caminaba a paso lento por la arena, y que era el único ser dotado de vida, que se percibiese en la vasta anchura del llano. El traje del jinete y el harnes del caballo no eran par cierto para viajar en seme-

jante pais. Además de la cota de malla, con guantes y peto de acero, que ya formaban una armadura de considerable peso, llevaba pendiente del cuello el escudo triangular, y en la cabeza el casco de barras de hierro, del que colgaba un collar de malla, que le cubría el cuello y los hombros, llenando el espacio que dejaban descubierto el peto y el espaldar. Defendían la parte inferior del cuerpo unos calzones largos de malla y borceguies de acero, correspondientes a los guantes. Pendía del lado izquierdo una ancha y aguda espada de dos filos, con el puño en forma de Cruz; al lado derecho el puñal se sostenía en el cinturón. Iba asegurada en la silla, y apoyada en el estrivo, la larga y puntiaguda lanza, con su banderola en la punta, que permanecía inmóvil en la calma, y ondeaba ligeramente cuando la impulsaba el viento. Añádase a este atavío la sobre-veste de paño bordado, que aunque sobradamente traída, preservaba á la armadura de la acción del sol, que sin esta precaución hubiera sido intolerable. Véase en la sobre-veste el escudo de armas del caballero, gastado por el tiempo, pero que des-

EL TALISMAN.

5

cubría aun un leopardo dormido con la divisa :
Duermo ; no me despiertes. La misma pintura
 llevaba el escudo triangular ; bien que los
 golpes de las armas enemigas lo habían borrado
 en gran parte. La cimera del casco no llevaba
 creston. Tal era, por lo comun, el equipo con
 que los caballeros Cruzados arrostraban los ri-
 gores del clima y de la tierra, en que iban a
 buscar hazafías.

No era menos macizo el adorno del caballo.
 La silla, cubierta de planchas de acero, sostenia
 por delante un ancho pretal, y por detras dos
 piezas de defensa para los costados y el cuarto
 trasero. Al pomo de la silla iba atada la maza
 de armas, o martillo de hierro : las riendas eran
 cadenas del mismo metal ; la frontera se com-
 ponia de una cubierta de acero, con aberturas
 para los ojos y la nariz, y de enmedio de ella
 salia una larga punta, dispuesta a guisa del
 hasta del fabuloso unicornio.

El habito habia convertido en necesidad este
 molesto aparato, tanto al caballo, como al ginete.
 Cierta es que muchos de los guerreros de Occi-
 dente morian antes de acostumbrarse al calor

de Palestina; mas para otras muchos aquel clima era no solo benigno, si no favorable, y en este número se hallada el solitario caballero a quien hemos dejado a orillas del mar Muerto.

La naturaleza habia dado a sus miembros aquellas proporciones que indican fuerza y vigor: asi es que con tanta holgura sobrellevaba el peso de su casco, como si fuera de delicada tela. A la firmeza de sus miembros correspondia la de su constitucion, capaz de sufrir todas las mudanzas del clima, y las mas duras penalidades. Su indole participaba en cierto modo de sus prendas exteriores, pues asi como estas reunian con el sufrimiento y la robustez, la mas infatigable actividad, en aquella se juntaban inalterable mesura, y sed inestinguible de gloria y de nombradia; dotes que caracterizaban la raza de los Normandos, y que les habian dado la soberania de todas los pueblos que habian experimentado los rigores de sus aceros.

No todos ellos, sin embargo, recibieran amplio galardón de sus proezas; las del caballero del Leopardo solo le habian valido, durante dos

EL TALISMAN.

7

años de campaña en Palestina, fama mundana y recompensas espirituales. Su reducida provision de dinero se habia agotado, y no sabia emplear para suplirla ninguno de los medios de que echaban mano muchos de los que seguian la bandera de la Cruz. Ni exigia donativos de los habitantes, en cambio de respetar sus posesiones, cuando se hallaban cerca de la escena de los combates, ni habia tenido oportunidad de enriquecerse con el rescate de algun personaje cautivo. El reducido numero de compañeros que habian salido con él del asilo paterno, y seguidole en sus correrias y aventuras, habia ido disminuyendo poco a poco. Solo le quedaba un escudero, que se hallaba gravemente enfermo a la sazón, y que por este motivo habia dejado solo a su amo; mas nada importaba esto a un caballero Cruzado, que no creia poder hallar defensa mas segura que su espada, ni mejor compañía que sus devotos pensamientos.

Sin embargo, la naturaleza necesita de holganza y de reposo; y el caballero del Leopardo no estaba esento de esta lei comun, apesar de

sus músculos de hierro, y de su temple sufrido. Bajaba ya el astro del día acia el horizonte, y el guerrero se habia alejado algun tanto del mar Muerto, dejandolo a su mano derecha, cuando descubrio los palmeros que sombreaban la fuente a cuya margen habia pensado sestear. El caballo, que en la jornada del día habia imitado la paciente medida de su amo, alzó el cuello, hinchó la nariz y aligeró el paso, como ansioso de llegar a la frescura que de lejos aspiraba; mas estaba escrito que antes de llegar al sitio deseado, caballo y ginete debian pasar nuevos riesgos y vencer nuevos ostaculos.

Mientras el caballero del Leopardo tenia la vista fija en los palmeros, pareciole distinguir un bulto que por entre ellos y detras de ellos se movia. Aquel objeto distante se desvió de los arboles que lo ocultaban, y se adelantó acia el caballero con tanta prontitud, que mui en breve pudo este distinguir un ginete, cuyo turbante, lanza, y el verde caftan que ondeaba a impulso del viento, denotaban ser un adalid Sarraceno. “ En el desierto, dice el proverbio de Oriente, no hai amigos.” Poco se curaba el caballero

EL TALISMAN.

9

de que el infiel que se le acercaba, como si tubiese alas su trotero, viniese de paz o de guerra, aunque habria preferido esta ultima á fé de campeon de la Cruz. Desató la correa de su lanza; tomóla en su mano derecha; pulsola en ristre; recogio las riendas con la mano izquierda; arrimó las espuelas al caballo, y se dispuso a recibir al desconocido, con la tranquila seguridad que convenia al que en tantos encuentros habia salido victorioso.

El Sarraceno se adelantaba a galope tendido, ostendiendo toda la destreza de un jinete Arabe, y dirigiendo los movimientos de su caballo, mas bien con las inflexiones de su cuerpo que con el uso de las riendas, las cuales pendian flojamente de sus manos. Al mismo tiempo, como para evitar los golpes de la formidable lanza del soldado de Occidente, cubriase el cuerpo con la ligera rodela de piel de rinoceronte, adornada con chapas de luciente plata. No enristraba la lanza como su adversario, sino que la sostenia casi perpendicular con la mano derecha, manteniendo su punta acia arriba, algo mas alta que el turbante. Parecia natural

que viendo acercarse al enemigo con tanta violencia, el caballero del Leopardo saliese a su encuentro con no menos precipitación. Mas el Cristiano, que no ignoraba las prácticas de los guerreros de Oriente, no quiso fatigar al caballo con esfuerzos inútiles. Mantúvose firme, confiado en que si el enemigo lo acometía, su propio peso y el de su caballo, le darían sobrada ventaja, sin necesidad de mayor impulso. Temerario de este resultado, el Sarraceno, cuando se halló a distancia de dos lanzas de su contrario, mudó de dirección con inimitable destreza, y giró dos veces en torno del Cristiano, el cual haciéndole siempre rostro, frustró su intento de cogerlo desprevenido : visto lo cual por el infiel, retiróse a obra de cien varas de distancia. Segunda vez renovó su empeño el Moro, con la prontitud del ave de rapiña que se lanza a la presa, y segunda vez se tubo que retirar, sin ser osado a atacar cuerpo a cuerpo. Acercóse tercera vez del mismo modo, y el Cruzado impaciente y deseando terminar una escaramuza que podría terminar en daño suyo, si su ligero enemigo lograba cansarlo, le arrojó de pronto la

EL TALISMAN.

11

enorme maza que del pomo de la silla pendia, con tanta firmeza y tino, que fue en derechura a su cabeza. El Sarraceno tubo a penas tiempo de guarecerse con el escudo; mas sirviele de poco, pues el golpe rechazó el escudo contra el turbante, y aunque este amortiguó la violencia del arma, no lo preservó de caer de la silla. Antes que el Cristiano pudiese aprovecharse de la ventaja que le daba esta caída, el Moro se alzó del suelo, dió un grito al caballo, y habiendo acudido este al llamamiento, su agilísimo dueño volvió a colocarse en la silla, sin tocar con el pie en el estribo. El del Leopardo recobró su maza, y el moro, que no olvidaba el tino con que sabia manejarla, usó de mayor cautela que en su primer encuentro, disponiendose entretanto a manejar las armas mas usadas entre las gentes de aquel pais: asi que, plantando la lanza en la arena a cierta distancia del campo de batalla, y desatando un arco pequeño que llevaba pendiente de la espalda, se echó á galopar de nuevo al rededor del Europeo, describiendo círculos mas estendidos que en la primera ocasion, y arrojando entretanto seis

flechas con tanta seguridad, que si el Cristiano no recibio otras tantas heridas, fue porque lo defendio la fuerte contestura de su cota de malla. La septima flecha debio de encontrar la parte mas indefensa de la armadura, puesto que el Cristiano cayo del caballo, dando un golpe tremendo. Mas ! cual fue la sorpresa del infiel, cuando al desmontarse para examinar la condicion de su rendido adversario, se halló de pronto fuertemente preso en sus manos ! .La caída en efecto no habia sido mas que una estratagema de que se valio el del Leopardo para atraer a su enemigo, el cual sirviendose otra vez de su ligereza y presencia de espiritu, desató el cinturon del que pendia la vaina de la cimitarra que el Cristiano habia asido, y frustrando de este modo su artificio, montó sobre su caballo, que habia estado observando atentamente sus movimientos, como si tubiera bastante razon para prever el resultado. Mas en el ultimo encuentro el Sarraceno habia perdido la cimitarra y la aljaba, que pendian del cinturon. Tambien habia rodado al suelo el turbante: cuyas desventajas lo indugeron a poner termino a las

EL TALISMAN. 13

hostilidades. En efecto, acercóse al Cristiano, con la mano derecha estendida, y no ya en la actitud del que amenaza.

“Treguas hai entre nuestras dos naciones, dijo el Moro en lengua franca, que era la que se usaba entre Musulmanes y Cruzados. ¿Porque ha de haber guerra entre nosotros dos? Mas vale que estemos en paz.”

“Que me place,” respondió el caballero del Leopardo dormido. “¿Pero qué fianzas medas de la paz que me propones?”

“Losque siguen al Profeta,” dijo el Emir, “no violan jamas la palabra que empeñan. Tu eres, valiente Nazareno, el que deberias darme fianzas, si fuera posible que habitasen juntos la falsia y el valor.”

El Cristiano quedó confuso, y como avergonzado de sus recelos.

“Por la Cruz de mi espada,” dijo poniendo la mano en el puño, “juro que seré tu fiel compañero, todo el tiempo que la suerte nos mantenga juntos.”

“Por Mahoma, profeta de Dios,” contestó el Musulman, “y por Alah, Dios del profeta, juro

14 EL TALISMAN.

no serte traidor, y puesto que se acerca la hora de dar descanso a nuestros miembros, encaminemosnos a la fuente que allí se divisa y cuyos cristales apenas habian tocado mis labios, cuando me vistes salir a tu encuentro.”

El caballero del Leopardo dormido cedio cortesmente a este convite, y los que poco antes eran enemigos, caminaron juntos acia la fuente de los palmeros, sin lanzarse una mirada de odio ni de desconfianza.

CAPITULO H.

En los tiempos de revueltas y peligros suele haber intervalos de paz y buena voluntad, y así acontecía en los siglos feudales, en que siendo la guerra la ocupación principal y más digna de los hombres, los descansos que la paz, o por mejor decir, la tregua proporcionaba, eran gustosamente saboreados por los guerreros, que tan de tarde en tarde los disfrutaban, dándoles mayor realce las mismas circunstancias que abreviaban su duración. No había guerrero alguno que no relajase algún tanto su enemistad con un contrario que había medido sus armas con él aquel mismo día, y que estaba pronto a medir las, con no menos encono, al día siguiente. Sobrada ocasión daban los tiempos y las circunstancias al ímpetu de las pasiones violentas, así que los enemigos se abandonaban alegremente al trato y al júbilo cuando se suspendían las hostilidades, a menos que los agriase el odio personal o el recuerdo de alguna grave afrenta.

La diferencia de religion y el celo fanatico que animaba a los que seguian la Cruz y la media luna, solia ceder a la generosidad que es inseparable del valor verdadero, y que sobresalia en el espiritu caballeresco de aquellos siglos.

Este poderoso impulso se habia comunicado gradualmente de los Cristianos a sus mortales enemigos los Sarracenos de España y Palestina. No eran ya los Moros, aquellos fanaticos salvages que habian salido del centro de los desiertos de Arabia, con el sable en una mano y el Koran en la otra, a matar o a propagar la fe de Mahoma, y a imponer cadenas o tributos a los pueblos que osasen reusar la creencia del profeta de la Meca. Asi lo habian hecho en verdad con los indefensos y pacificos habitantes de Siria y de Grecia ; mas cuando las hubieron con los Cristianos de Occidente, a quienes animaba un celo no menos ardiente que el de los invasores, y que no les cedian en valor, en destreza ni en deseo de gloria, los Sarracenos adoptaron poco a poco sus usos y especialmente los ritos y prácticas de la orden de Caballería, que tanto imperio egercen en el ánimo de un pueblo orgulloso. y

conquistador. Hacian justas y otros juegos guerreros ; tenian caballeros, o a lo menos distinciones militares analogas a aquella institucion, y sobre todo guardaban la fe empeñada con una escrupulosa fidelidad, que a veces servia de confusion y vergüenza a los que seguian la religion verdadera. Guardaban rigurosamente la tregua, ya fuese de nacion a nacion, ya de individuo a individuo ; asi que, la guerra que es el mayor de los males, abria un vasto campo al egercicio de la generosidad, de la buena fe, de la clemencia y aun de los sentimientos mas afectuosos. En epocas mas tranquilas, cuando las pasiones de los hombres agriados por el rencor o por la injuria, no pueden rebentar con tanta violencia como en el campo de batalla, se arraigan, se reconcentran, se perpetuan en los corazones que tienen la desgracia de darles abrigo.

El influjo de aquellas disposiciones benignas que suavizaban los horrores de la guerra, era el que habia aplacado el furor del caballero Cristiano y del adalid Sarraceno, los cuales poco tiempo despues de haberse esmerado en su mutua destruccion, caminaban sosegadamente acia

la fuente de los palmeros, a que se dirigia el del Leopardo dormido, antes que le saliera al paso su diestro enemigo. Ambos marchaban silenciosos y pensativos, como si tomasen un respiro despues del encuentro que hubiera podido ser fatal a uno y a otro. Tambien se notaba en los caballos la misma necesidad de descanso. El del Sarraceno sin embargo, aunque su egercicio habia sido mas violento y mas estendida la escena de su lucha, no parecia tan oprimido por el cansancio, como el del caballero de Occidente. Corria abundantemente el sudor por todos los miembros de éste, mientras los del animoso Arabe estaban ya completamente secos, sin notarse otros resultados de su ultima fatiga, que la espuma que salpicaba el freno y la gualdrapa. Era tan movediza la arena, que el pobre caballo del Cristiano, oprimido por su pesado aparejo y por la carga del ginete, apenas daba un paso sin un penoso esfuerzo: asi que el caballero del Leopardo se desmontó, y a pesar de que el estorvo de la armadura no le permitia andar con mucha soltura, dejó ir solo al compañero de sus trabajos y luchar sin tanto inconveniente con los obs-

taculos que le ofrecia aquel suelo menos consistente y solido que la arena mas impalpable.

“ Bien haces,” dijo el Sarraceno, interrumpiendo el silencio que habian guardado los dos guerreros desde la celebracion de la tregua : “ ese fiel animal merece la atencion con que lo tratas, pero, ¿ qué has de hacer en el desierto con un caballo que a cada paso planta los cascos en la arena a tanta profundidad como la raiz de un palmero ?”

“ Tienes razon,” respondió el Cristiano, sentido de que el Sarraceno hubiese zaherido a su caballo favorito ; “ hablas segun tus conocimientos e ideas. Mas antes de ahora ese generoso trotero ha caminado con el peso de su amo en su tierra natal, sobre un lago tan estendido como el que tenemos enfrente, y ni un solo pelo de su cuerpo estaba mojado.”

El Sarraceno miró al Cristiano con toda la sorpresa que cabia en su indole mesurada y grave-dosa. El espeso bigote que le cubria el labio superior, se dobló suavemente a impulso de la desdeñosa sonrisa que le arrancó tan estraña proeza.

“ Cierta es el refran de nuestra gente,” dijo despues de una ligera pausa y de haber vuelto a tomar su serenidad acostumbrada ; “ habla con un Franco y oirás una fabula.”

“ Falta de cortesia es,” respondió el cruzado, “ dudar de la palabra de un caballero ; y si nó fuera porque tu incredulidad es hija de ignorancia y no de malicia, este seria el punto en que se rompiese la tregua que hemos pactado. ¿ Pienzas que te engaño cuando te digo que quinientos caballeros Cristianos, armados de malla como yo lo estoy ahora, hemos caminado a caballo muchas millas por agua endurecida como el cristal y diez veces menos quebradiza?”

“ ¿ Qué estás diciendo ?” repuso el Musulman. “ Ese mar que tenemos a la vista, ha recibido la maldicion de Dios, y de sus resultas arroja a la costa cuanto cae en su seno. Pero ni el mar Muerto, ni ninguno de los siete oceanos que bañan la tierra, sufrira en su superficie la huella de un caballo. Acuérdate de Faraon y de su hueste, en el paso del mar Rojo.”

“ Hablas,” dijo el caballero, “ como quien no

ha salido jamas de estos climas tostados por los rayos del sol, y yo hablo como quien ha sido testigo de otros portentos de la naturaleza. Asi como en estos paises el calor da a la tierra la movilidad y la ligereza del agua, asi en otras partes el frio da al agua la dureza de la roca. Mas no hablemos mas de esto, porque el recuerdo de un lago revestido de la pompa del invierno, en cuyo azulado y refulgente espejo se retratan las brillantes estrellas y los albos destellos de la luna, aumenta el horror de este triste desierto, donde el aire que se respira es mas ardiente que el vapor del horno mas encendido.”

El Sarraceno dirigió atentamente la vista al Cristiano, como si quisiera descubrir el sentido de las palabras que habia pronunciado y que le parecian envolver algun misterio u artificio. Al fin rompio el silencio, habiendo fijado su irresolucion acerca del sentido en que debia tomar las espresiones de su compañero.

“ Tú eres,” dijo, “ de una nacion festiva y risueña. Es fama, que los caballeros Franceses se divierten entre sí y con los estraños, en referir hazañas que estan fuera del alcance de las fuer-

zas del hombre; sucesos que nunca han ocurrido ni podido ocurrir. La exageracion es mas natural entre vosotros que la verdad. He hecho mal en entrar en conversacion contigo.”

“ No soi caballero Frances,” repuso el del Leopardo, “ ni he seguido jamas esa costumbre de que hablas y que en efecto tienen. Cuando hablo de alguna hazaña es porque puedo acometerla y llevarla al cabo. Mas he imitado el poco seso de aquellos caballeros en referir lo que es cierto y verdadero, y que tú, por falta de conocimientos, no puedes creer. Degemos pues esta conversacion, que ha dado lugar a que me tengas en concepto de falso y ponderador.”

Al terminar este discurso, los dos caminantes llegaron al bosquecillo de palmeros y a la fuente que esparcia a su sombra su desordenada y bulliciosa corriente.

Como las treguas de los guerreros de Palestina suspendian agradablemente los males de la guerra, asi aquel manantial rodeado de belleza y de frescura recreaba la imaginacion en medio de la triste desnudez del desierto. Era por cierto una escena poco digna de atencion en cual-

quiera otra parte del mundo ; mas bien podia llamarse paraíso, en medio de un horizonte sin límites, el grupo solitario de arboles que ofrecia sombra y agua al cansado y sediento caminante. Alguna mano generosa y caritativa habia cubierto de techo y muro la fuente antes que empezasen los dias aciagos de Palestina, a fin de que no la secase el calor, ni la sepultasen las nubes de arena que el menor soplo de viento levanta en el desierto. La boveda estaba deshecha en parte y arruinada ; mas aun se conservaba lo bastante para que los rayos del sol, que se esparcian con insufrible resplandor en torno, respetasen las aguas, cuyo lecho cristalino deleitaba la vista y la fantasia. El manantial salia de debajo del arco, de donde pasaba a una gran taza de marmol, degradada por la mano del tiempo ; mas era grato considerar que aquel sitio habia sido destinado al reposo de los viajeros, y que el trabajo del hombre se habia empleado alli en aliviar sus propios males. El que llegaba a la fuente afligido por la sed y por el cansancio, se acordaba de los que lo habian precedido en aquellas penalidades ; de los que habian encontrado

refrigerio y solaz en aquel sitio, y salido quizás de él para una region mas fertil y placentera. La corriente que se desprendia de la taza de marmol, alimentaba a los arboles que la cubrian con su follage, y se perdia despues en la arena, señalando el curso de sus ondas con una alfombra de cesped menudo.

Los dos guerreros hicieron alto en aquella agradable mansion, y cada uno siguiendo los usos de su respectivo país, se empleó inmediatamente en aligerar al caballo del peso del freno y de la silla, y en darles de beber, antes que ellos mismos aplacasen la sed que los molestaba. Dejaron en seguida sueltos a los dos animales, sin miedo de que abandonasen la yerba de que allí solo podian gozar, y confiados ademas en la fidelidad y obediencia que habian adquirido en su servicio.

Hecho lo cual, Cristiano y Sarraceno se sentaron juntos sobre la yerba, y cada cual sacó la reducida provision de que se habia apercibido para el necesario alimento ; mas antes de empezar a pagar el tributo a la naturaleza, se estuvieron algun rato mirando y examinando reci-

EL TALISMAN. 25

procamente, con la curiosidad que les habia inspirado el lance de su encuentro. Era natural que cada uno de ellos desease medir la fuerza y tener alguna idea de la indole de tan formidable adversario, de cuya investigacion resultó que cada cual formase la mas alta opinion de su enemigo.

El contraste que formaban los dos campeones en sus facciones y talante, era en extremo notable y curioso, y cada uno de ellos ofrecia un tipo perfecto de la nacion a que pertenecia. Era el Franco fornido y membrudo; sus formas parecian haber sido vaciadas en el molde comun de la gente goda, como lo denotaban tambien sus negros cabellos, que cuando se despojaron del pesado yelmo se esparcieron por el cuello en encrespados risos. El rostro habia adquirido de resultas del calor del clima, un tinte algo mas oscuro que el que prométian los grandes ojos azules y el color del bigote que ocultaba enteramente el labio superior. Era la nariz derecha y bien proporcionada a guisa de estatua griega; pequeña la cabeza y graciosamente asentada.

No representaba mas que treinta años de edad,

y aun podia presumirse que hubiera representado menos, si no fuera por el influjo del clima y por los efectos de los trabajos y penalidades de la guerra. Era alto, robusto, atletico en su porte, como un hombre que va llegando a la edad de adquirir un vigor irresistible, pero que hasta entonces gozaba de no menos fuerza que ligereza y actividad. Notabase en su language y en sus movimientos la espresion franca y a veces dura y violenta que trae consigo la ocupacion de las armas. El tono de su voz era de un hombre mas acostumbrado a mandar que a obedecer, y que no se para en decir lo que piensa sin curarse de quien lo oye.

El Emir Sarraceno era en su aspecto y en el dibujo de su persona mui diferente, o por mejor decir, enteramente opuesto al adalid Cristiano. Era su estatura mas que mediana, puesto que solo le llevaba tres o cuatro dedos el Cruzado, cuya talla como hemos dicho, era gigantesca. Sus delgados miembros, aunque proporcionados al aire que dominaba en toda su figura, no parecian corresponder al vigor y elasticidad de que habia hecho alarde en el encuentro con su an-

tagonista ; pero observado mas atentamente, se notaba que si carecia de aquella redondez morbida y elegante de los hombres llenos y carnosos, la armazon de sus solidos huesos, despojada de todo embarazo y peso inutil, era sumamente apta a los egercicios violentos y a la fatiga, mucho mas que la del otro campeon, cuya fuerza alcanzaba hasta donde el peso lo permitia, y que solia agotarse de resultas del mismo impulso que la ponía en movimiento. En toda la persona del Musulman se echaba de ver la mas perfecta semejanza con la tribu Oriental de que descendia, y demostraba cuan exageradas eran las descripciones y cuan fabulosos los retratos que de los guerreros infieles solian hacer los romanceros y pintores de aquel siglo. Sus facciones aunque pequeñas, no eran desproporcionadas ni comunes ; era la tez del color correspondiente al efecto del ardoroso clima en que vivia, y el rostro terminaba en una barba larga y poblada, peinada con esmero. Sus ojos eran penetrantes, negros, agudos y hundidos, y la blancura de los dientes podia compararse a la del marfil del desierto. En fin las proporciones y persona del

Sarraceno, puesto al lado de su poderoso enemigo, ofrecían el mismo contraste que la aguda y corva cimitarra del uno, con la larga y anchurosa espada goda del otro. El Emir se hallaba en la flor de los años, y si no fuera por la poca estension de su frente y la sobrada pequeñez de algunas de sus facciones, merecía el dictado de hermoso, según las ideas que reinan en Europa sobre las dotes que constituyen la verdadera hermosura.

Las modales del guerrero de Oriente eran graves, apacibles y comedidas, aunque indicaban en ciertos casos la sugestión habitual que suelen imponerse los hombres de temperamento ardiente y colérico, para comprimir los ímpetus vehementes de la pasión. Al mismo tiempo notábase que conocía su propia dignidad, como si exigiera de los otros la deferencia y formalidad que creía merecer.

Quizas no estaba menos penetrado de su superioridad el caballero del Leopardo, mas lo demostraba de muy diferente modo que su nuevo amigo, y el mismo sentimiento que dictaba al Cristiano la prontitud, el descuido, la franqueza

EL TALISMAN. 29

de sus salidas, como quien está satisfecho de su propia importancia, y no va en pos de la aprobación ajena, prescribía al Sarraceno un comedimiento mas estudioso y mayor esmero en el ritual de la ceremonia. Ambos eran corteses; empero la cortesía del Cristiano nacía de la llaneza decorosa con que se creía autorizado a tratar a los otros, y la del Musulman de la alta estima que pensaba merecer por sí mismo.

La provision que los dos guerreros habian hecho para reparar sus fuerzas y mantenerse durante el viage era parca y sencilla, aunque la del Moro lo era en demasia y ya tocaba en la raya de abstinencia. Un puñado de datiles y una costra de negro y duro pan de cebada, bastaban a satisfacer el hambre del ultimo, porque su educacion lo habia acostumbrado a la dieta del desierto, no obstante el lujo y suntuosidad que se habian introducido en la vida sobria de los Arabes, desde que los soldados de Occidente habian puesto el pié en Siria. Su bebida se redujo a algunos tragos de la fuente a cuya orilla estaba reposando. El banquete del Cristiano, aunque tosco, era algo mas nutritivo. For-

maba su parte principal una cabeza de javalí fiambre, manjar que los sectarios de Mahoma no pueden mirar sin abominacion; y su bebida contenida en una bota de cuero, era algo mas espirituosa que la linfa pura de la corriente. Comió con mas apetito y bebió con mas satisfaccion que la que convenia, segun la opinion del Sarraceno, al desempeño de una funcion puramente corporal, y seguramente, el secreto desprecio con que mutuamente se contemplaban, como sectarios de dos religiones enemigas irreconciliables, creció de punto al descubrir tan notable diferencia en sus usos y comidas. Pero como cada cual sabía apreciar la fuerza del brazo del antagonista, este mutuo respeto que habia nacido durante el combate, bastaba a imponer silencio a la reconvencion y a la censura. Sin embargo de lo cual, el Sarraceno no tubo bastante imperio sobre sí mismo para reprimir su deseo de manifestar al Cristiano, quanto le desagradaba aquel modo de satisfacer una necesidad de la naturaleza, y despues de haber observado algun rato el deleite con que el caballero del Leopardo continuaba comiendo mucho tiempo

despues de haber concluido él su colacion, le dirigió estas palabras :

“ Valiente Nazareno, ¿ es posible que quien se asemeja al leon cuando pelea, se equipare al perro y a la zorra cuando come ? ¿ Es posible que saborees como si fuera fruto de los arboles del paraíso ese sacrilego manjar que hasta el incredulo judío mira con espanto ?”

“ Valiente Sarraceno,” contestó el Cristiano, no sin estrañar tan inesperada y acerba acusacion ; “ sabete que egerzo la libertad Cristiana en usar lo que es vedado a los judíos, que se creen obligados a seguir los preceptos de la lei antigua de Moises. Nosotros caminamos por sendero mas seguro, gracias a Dios.” Dicho lo cual y como si quisiera aumentar los escrúpulos de su compañero, recitó devotamente un Ave Maria en Latin y regó la oracion con un buen trago de la bota.

“ Por cierto,” dijo el Moro, “ que no entiendo la estraña libertad de que has hablado. ¿ Es libertad acaso, degradarse hasta la condicion de las bestias, y deleitarse en beber lo que ellas reusan ?”

“Ignoras, desacordado,” repuso el Cristiano sin detenerse, “que estás blasfemando del nombre de Dios, como lo blasfemó en los días antiguos tu padre Ismael. El jugo de la parra ha sido dado al que lo sabe usar con cordura, puesto que restaura el corazón después de la fatiga, lo restablece en la enfermedad y lo vigoriza en el contratiempo. El que así goza de este beneficio debe dar gracias a Dios por el vino que bebe, como por el pan que come cada día, y el que abusa de este don precioso del Altísimo, es tan insensato en su embriaguez, como tú lo eres en tu abstinencia.”

Asomose la colera a los ojos del Sarraceno cuando hubo oído tan amarga reconvención, y ya fue maquinalmente su mano derecha a buscar el puñal que no se había separado de la cintura. Mas este fue un impulso impremeditado e instantáneo, que se disipó con el recuerdo del poderoso campeón con quien las había, y del vigor que había ostentado en desesperada lucha, cuya impresión agitaba aun las venas y los miembros del Musulmán. Así que, se limitó a seguir la disputa de palabra, como arma más conve-

niente a las circunstancias en que **la suerte** lo había puesto.

“ Tus palabras, Nazareno,” dijo, “ pueden dar lugar al odio ; mas causa compasion tu ignorancia. ¿ No ves, ¡ o tú mas ciego que el que por-diose a la puerta de la mezquita ! que esa libertad de que te jactas no es mas que una penosa esclavitud ? Vosotros comprimis todas vuestras facultades, y hasta poneis barreras a los goces que mas contribuyen a la ventura del hombre, y a su felicidad doméstica. Vuestras leyes, si en efecto las observais, no os permiten mas que una compañera, sea sana o enferma, fertil o infecunda, y ora os sirva de consuelo y alegría, o de tormento y discordia. Esta coartacion, Nazareno, solo merece el nombre de vergonzosa esclavitud. El profeta, al contrario, ha concedido a sus verdaderos creyentes los privilegios patriarcales de nuestro padre Abraham y de Salomon, el mas sabio de los hombres. En la tierra tenemos a nuestra disposicion el número de compañeras que basta a suavizarnos los tormentos de la vida, y en la futura nos aguardan los negros ojos de las houris del paraiso.”

“ Por el nombre de aquel que mas reverencio en los cielos,” exclamó el Cristiano, “ y por aquella que acáto en la tierra, te juro, ¿ o Musulman ! que eres un infiel obcecado y endurecido. Dime, insensato ¿ aprecias en mucho ese diamante que llevas al dedo ?”

“ Ni en Basora ni en Bagdad,” respondió el Sarraceno, “ hallarás uno que se le iguale : mas, ¿ a qué viene esa pregunta y qué tiene que ver con el asunto de que se trata ?”

“ Sabraslo si me escuchas,” dijo el Franco. “ Toma mi maza de armas y convierte esa joya en fragmentos, ¿ valdrá tanto cada uno de esos fragmentos como la joya de que hacian parte ? ¿ Tendran todos ellos juntos la décima parte de su valor ?”

“ Esa pregunta es propia de un niño,” dijo el Moro. “ Un pedazo de esta alaja no podria valer ni la centesima parte de lo que ella vale.”

“ Sarraceno,” repuso el Cristiano, “ el amor que un caballero Cristiano profesa a la noble y fiel dama de sus pensamientos, es la joya entera, y el afecto que tú distribuyes entre esas esclavas y

concubinas, se puede comparar a los trozos del diamante.”

“ Por la santa Caba,” dijo el Emir, “ que estás loco de remate, puesto que sufres al cuello una cadena de pesado hierro, como si fuera de oro acrisolado. Reflexiona mas atentamente sobre el simil de que te has servido para arguirme. Este anillo perderia la mitad de su hermosura si la piedra principal no se hallára engastada en ese circulo de piedras menores que la entorna y hermosea. El diamante del centro es el hombre, firme, solido, y cuyo precio está en si mismo y no en una causa estraña. Esos menudos joyeles del circulo son las mugeres, que reciben todo su valor del hombre que las hace participes de su satisfaccion y de sus placeres. Este y no otro es el verdadero sentido de la parabola, porque, como dice el poeta Mansour : el favor del hombre es el que da valor y estima a la muger, como el rayo del gran planeta da esplendor y brillo al arroyo.”

“ Sarraceno,” dijo el cruzado, “ hablas como quien nunca ha tenido la dicha de ver una muger digna de los afectos de un soldado. Si

se hubieran fijado tus ojos en las damas Europeas, a quienes, despues de Dios, nosotros los que la estrecha orden de caballeria profesamos, debemos toda lealtad y toda reverencia, mirarias con hastio esas desventuradas esclavas de tu harem. . La hermosura y gentileza de la dama, da puntas a nuestras espuelas y filo a nuestras espadas : sus palabras y mandatos son las leyes que acatamos y obedecemos, y mas facil sera que dé luz una lampara apagada, que nombrar a un caballero famoso por sus hazañas, si no tienen dueño los afectos de su alma.”

“ Antes de ahora,” dijo el Emir, “ he oido hablar de ese frenesi de los caballeros de Occidente, y lo he considerado como un sintoma de esa misma locura que os conduce de tan lejas tierras a combatir por un sepulcro vacío. Todos los Francos con quienes he topado en el curso de mis aventuras me han hablado en tan altos terminos de la lindeza de las damas de su tierra, que me holgara de considerar por mi mismo tan decantados prodigios, que tales deben de ser cuando transforman a tantos esforzados guerreros en juguetes de sus caprichos.”

“ Valiente Musulman,” contestó el del Leopardo, “ a no ser porque voi de romeria al santo Sepulcro, tendria a gloria conducirte, bajo fianza de seguridad, al campo de Ricardo de Inglaterra, a quien nadie sobrepuja en dar estima a un noble enemigo, y aunque soi pobre y camino sin acompañamiento, hago pleito homenaje de conducirte a ti, o a otro Musulman que tú designes, no solo con seguridad, sino con honor y respeto. Allí podran deleitarse tus ojos, contemplando las hermosas damas de Francia y de Inglaterra, cuyo esplendor es diez mil veces mayor que el de la mina de donde se sacó tu diamante.”

“ Pues por la piedra fundamental de la Caba,” dijo el Moro, “ que acepto tu convite con la misma franqueza con que me ha sido propuesto; si lo dejas para ocasion mas oportuna, y sirvame la presente para advertirte, bravo Nazareno, que mas te convendria volver la rienda al caballo y encaminarte al campo de los tuyos, que ir a Jerusalem sin pasaporte, pues tanto monta esta empresa como poner en acechanza tu vida.”

“ Tengo un pase,” dijo el Cristiano, “ sacando

un pergamino, dado por Saladino con su sello y firma.”

El Sarraceno inclinó la cerviz hasta el suelo, al reconocer el sello y la letra del afamado Soldan de Egipto y de Siria, y habiendo besado el papel con profundo acatamiento, y colocándolo sobre la frente, lo devolvió al cruzado diciéndole: “Temerario Europeo, has pecado contra tu sangre y contra la mía. ¿Porqué no me enseñastes este documento cuando nos encontramos?”

“Porque no me distes lugar a ello,” respondió el del Leopardo, “a mas, si me hubiera atacado un tropel de Sarracenos hubiera convenido a mi honor enseñar el pase del Soldan : mas no así a un hombre solo.”

“Y sin embargo,” dijo el Moro con altanería, “un hombre solo bastó para cortarte el camino.”

“Verdad es, valiente Sarraceno,” repuso el caballero, “mas no son comunes en esta tierra los hombres como tú. Los buenos halcones no vuelan a bandadas, y si vuelan, no atacan juntos a un pajar solo.”

“ Nos haces justicia,” dijo el Sarraceno, tan satisfecho de esta cortesía, como antes había estado, ofendido de su arrogancia ; “ puedes caminar seguro de que ningún Musulmán osara tocarte al pelo de la ropa : pero bien ha sido para mí no darte muerte, llevando en tu salvaguardia la firma del rei de los reyes. La cuerda o el sable hubieran sido la pena de tamaño desacato.”

“ Huelgome de saber,” dijo el caballero, “ que de tanto puede valerme el pase de Saladino, pues tengo entendido que el camino está cubierto de bandoleros.”

“ La verdad te ha sido dicha, valiente Cristiano,” respondió el Emir, “ pero te juro por el turbante del profeta, que la menor ofensa que te hicieran esos malvados, sería vengada por mí mismo, y por otros quinientos de a caballo. Los varones perecerían a nuestras manos, y las hembras serían enviadas a tan remoto cautiverio, que el nombre de su tribu no se oiría pronunciar en quinientas leguas a la redonda de Damasco. El sitio de su aldea sería sembrado

con sal, y ningun ser viviente fijaria en el su residencia en los futuros siglos.”

“ Mejor fuera generoso Emir,” dijo el Cristiano, “ que ese designio se emplease en venganza de otra persona que en la mia ; porque mi voto está escrito en el cielo, y debo resignarme a los males y holgarme en los bienes que me sobrevengan en su cumplimiento, y ahora habre de deberte la gracia de que me indiques un sitio apartado del camino, donde pueda descansar esta tarde, antes de llegar al termino de mi jornada.”

“ Esta noche,” dijo el Sarraceno, “ descansarás bajo la parda cubierta de la tienda de mi padre.”

“ Esta noche,” repuso el Cristiano, “ haré oracion y penitencia con el santo varon, Teodorico de Engaddi, que habita entre estas asperezas, y pasa la vida en el servicio del Señor.”

“ Yo te dejaré salvo en su compañía,” dijo el Emir.

“ La tuya,” dijo el Cristiano, “ me sería en gran manera agradable ; mas temo que corra peligro

la vida de aquel hombre bendito, porque las manos crueles de los Arabes se han teñido en la sangre de los servidores de Dios, y por esta razon venimos aqui armados de punta en blanco, para franquear el camino del Sepulcro de nuestro Redentor, y proteger a los santos y anacoretas que viven en esta tierra de promesas y milagros.”

“ Nazareno,” dijo el Emir, “ los Griegos y los Sirios interpretan siniestramente la conducta que observamos con los que siguen tu fé. Nosotros obedecemos fielmente el precepto de Abubeker Alwakel, sucesor del profeta, en el mando de los verdaderos creyentes, el cual, cuando envió al afamado Capitan Yezed Ben Sofran, a rescatar la tierra de Siria de manos de los infieles. ‘ Anda,’ le dijo, ‘ y comportate como hombre de pro en las batallas, pero no pongas tus manos en el viejo, ni en el enfermo, ni en la muger, ni en el niño. No despojes la tierra, ni destruyas los arboles, ni el trigo, que son dones de Alá. Guarda la fé empeñada, aun cuando sea en tu daño y menoscabo. Si encuentras varones piadosos, que se sustenten

con el trabajo de sus manos, y sirvan a Dios en el desierto, no los dañes, ni echés al suelo sus habitaciones. Mas si encuentras hombres con la cerviz afeitada en forma de corona, ten entendido que ellos forman la sinagoga de Satanás: esgríbme el sae, mata, no ceses hasta que lleguen a ser creyentes o tributarios.' Como el Califa, compañero del profeta, nos lo dijo, así hemos obrado, y los sacerdotes de Satanás han perecido a nuestras manos. Pero el hombre de recto corazón que, sin exitar pueblos contra pueblos, reverencia sinceramente la fé de Issa Ben Mariam, halla en los Arabes escudo, sombra y patrocinio. Tal es el anacoreta en cuya busca vas, y aunque es cierto que no lo ha alumbrado la luz del profeta, en mí no hallará otra cosa que amor, favor y estima."

"El anacoreta Teodorico," dijo el guerrero peregrino, "no ha recibido, según tengo entendido, las ordenes sagradas: mas poco importa, pues estoy pronto a esgrimir la lanza en su defensa, contra todo pagano e infiel que..."

"No nos provoquemos uno a otro, hermano,"

dijo interrumpiendolo el Musulman : “ hartos enemigos hallaremos, tú en mi nacion, y yo en la tuya, contra quienes podamos esgrimir espada y lanza. Ese Teodorico de quien hablas es protegido y respetado por Arabes y Turcos, y aunque parece en ciertos intervalos hombre de condicion estraña, su conducta en general es tan semejante a la de los verdaderos creyentes, que merece la proteccion del que fue enviado del cielo”

“Tente y no prosigas,” exclamó de pronto el cruzado, “o juro por la Santa Virgen que si te atreves a pronunciar otra vez el nombre del arriero de la Meca. . . .”

El Musulman al oir estas razones sintió en el rostro encenderse el fuego de la pasion, mas supo comprimirse, y responder con gravadosa compostura : “ No vituperes a quien no conoces : nosotros los Musulmanes veneramos al fundador de tu religion, y solo condenamos la doctrina que los falsos sacerdotes le atribuyen. Yo mismo te conduciré a la cueva del hermitaño, que dificilmente podrias encontrar, sin el auxilio de alguno que tenga practica en estos caminos.

Degemos a los molas y a los frailes que disputen sobre estas reconditas materias, y hablemos nosotros de las que convienen a juvenes y a soldados ; de batallas reñidas, de damas hermosas, de armas bien templadas y de brillantes armaduras.”

CAPITULO III.

ALZARONSE los dos guerreros del sitio de su breve y sencillo banquete, y mutuamente se ayudaron en aparejar con esmero a sus fieles caballos, que durante el reposo de sus amos, habian estado pastando la menuda yerva, libres del peso de sus belicos atavios. Ambos eran diestros en esta ocupacion, que en aquellas epocas formaba parte necesaria del egercicio de las armas. Los dos nobles animales, fieles compañeros de sus amos, en sus viages y encuentros, los miraban con todo el afecto y confianza que pueden caber en una criatura irracional. Esta especie de familiaridad entre caballo y jinete era en el Sarraceno un habito contraido desde la juventud, porque en las tiendas de las tribus guerreras de Oriente, el caballo ocupa un lugar igual al de la muger y los hijos. El guerrero Europeo miraba en su docil y alentado trotero poco menos que un compañero de armas ; que tal es el influjo de las circunstancias y de

la necesidad. Los animales dejaron tranquilamente el hervoso pasto, y la soltura de que hasta entonces habian estado gozando, y con sus relinchos y movimientos acariciaban a sus amos, entanto que estos los apercibian a nuevos trabajos y fatigas. Mientras los dos guerreros se ayudaban cortesmente en esta operacion, cada uno observaba con atenta curiosidad los usos y maneras del otro, fijando mas particularmente la atencion en lo que mas extraño, y mas diferente y ageno de sus propios usos la parecia.

Antes de montar para volver a tomar el hilo interrumpido de su jornada, el caballero Cristiano volvió a refrescarse los labios, y a lavarse las manos en la pura corriente, diciendo a su compañero de viage : “ Quisiera saber el nombre de este deleitoso manantial, para que nunca se borre de mi agradecimiento ni de mi memoria, porque en todos los dias de mi vida he experimentado tanta sed, como la que han saciado sus beneficos cristales.”

“ Llamase en lengua Arabiga,” respondió el Sarraceno, “ diamante del desierto.”

“ Y bien lo merece en verdad,” repuso el del Leopardo; “ millares de arroyos fecundan y vivifican el valle frondoso de mi nacimiento ; mas ninguno de ellos ha dejado en mi memoria ideas tan placidas y risueñas como esta corriente solitaria, cuyos liquidos tesoros son no ya gratos, sino indispensables en esta ardiente soledad.”

“ Razon tienes,” respondió el Sarraceno. “ La maldicion de Dios emponzoña las aguas de ese mar de muerte y destruccion. Ni hombre ni animal es parte a beberlas, ni las del rio que lo alimenta con sus raudales.”

Dicho lo cual, montaron a caballo, y se pusieron en camino, al traves del vasto y horroroso arenal. Habia ya pasado el ardor del medio-dia, y soplaba un aura benigna, que suavizaba algun tanto las penalidades del desierto, mas no sin levantar nubes de polvo imperceptible. Esta nueva molestia, que no parecia tal al Sarraceno, incomodó de tal manera al cruzado, que despojandose del pesado yelmo y colgandolo al arzon de la silla, se cubrio la cabeza con una gorra que solian usar los caballeros de aquella

epoca, y a la cual daban el nombre de *mortero*, por su semejanza con este utensilio. Marcharon largo tiempo sin desplegar los labios, mientras el Sarraceno, que servia de guia y director, observaba menudamente los mas pequeños accidentes del terreno, las rocas distantes, y todos los otros indicios que podian servirle de Norte en aquella uniforme superficie. Durante gran rato se mantubo absorto en esta ocupacion, a guisa de piloto que conduce el vagel por parages peligrosos e inciertos; mas cuando hubo caminado obra de media legua, reconociendo ya el punto en que se hallaba, volvió a entrar de nuevo en conversacion, con cierta franqueza no mui comun entre Orientales.

“Hasme preguntado,” dijo, “el nombre de una fuente muda e inanimada, que tiene apariencia mas no realidad de cosa viviente. Perdoname tú ahora si me atrevo a preguntar el nombre del compañero que Alá me ha deparado en el peligro y en el reposo, y a quien supongo nombrado y conocido en los desiertos de Palestina.”

“Poco digno es de noticia,” respondió el cru-

EL TALISMAN. 49

zado, el nombre que deseas saber. Los soldados de la Cruz me llaman Kenneth el del Leopardo dormido: en casa me dan otros títulos, que sonarian mal en los oídos de un Oriental. Y ahora seame licito saber la tribu de que descienes, y el nombre que te distingue.”

“Huelgome, Sir Kenneth, dijo el Musulman, que mis labios puedan pronunciar el tuyo. En cuanto a lo que preguntas acerca de mi origen, sabete que no soi Arabe, aunque no hai en toda Arabia alcornia mas valiente ni guerrera que la mia. Lllamanme Shirkohf, el Leon de las Montañas, y mi familia es la del Seljuk, la mas ilustre del Kurdistan.”

“Tengo entendido, dijo Sir Kenneth, que el gran Soldan Saladino descende de esa misma rama.”

“Gracias al profeta, respondió el Musulman, que se ha servido enviar de su seno a nuestros montes el grande y esclarecido Principe, cuya palabra es Victoria. Yo no soi mas que un pobre gusano en presencia del Rei de Egipto y Siria; mas en mi tierra mi nombre no deja de merecer aprecio y consideración. Dime por tu

vida, Cristiano. ¿ Con cuantos hombres has venido tú a hacer la guerra en Palestina ?”

“ A fé mia, respondió el cruzado, que con la ayuda de mis parientes y amigos, apenas pude reunir diez lanzas, con otros cuarenta hombres, entre ballesteros y escuderos. De estos, algunos han abandonado mi desventurado pendon ; otros han perecido en la guerra, y no pocos de enfermedad. Quedame tan solo un escudero, que ahora yace postrado en una cama, y por cuya salud he emprendido esta romeria.”

“ Cristiano, repuso Shirkohf ; tengo en mi aljaba cinco flechas, adornadas con plumas de aguilas ; cuando envío una de ellas a mis tiendas, mil guerreros montan a caballo ; otros mil, acuden si envío otra flecha : con las cinco, puedo disponer de cinco mil hombres. Si envío el arco, diez mil combatientes intrepidos y bien montados se presentan a mis órdenes. ¿ Y tú con tus cincuenta caballeros osas invadir una tierra en que yo soi uno de los menos poderosos !”

“ Sarraceno, dijo Sir Kenneth, como para humillar la jactancia de Shirkohf : ¿ Ves este

EL TALISMAN. 51

guante de acero? pues él solo basta para matar una bandada de sabandijas.”

“ De contado, dijo el Sarraceno, mas antes es necesario tenerlas a tu alcance,” y conociendo que esta respuesta podia interrumpir la buena armonia que entre ambos reinaba, añadió inmediatamente: “ alto aprecio deben hacer los Principes Cristianos del valor, puesto que tú, careciendo de nombradia y de soldados, te atreves a ofrecerme proteccion y seguridad en el campo de tus hermanos.”

“ Ten entendido, dijo el Cristiano, que el nombre y la sangre de un caballero le dan derecho a colocarse al lado de los mas altos y poderosos monarcas, en todo lo que no dice relacion con la autoridad y dominio real. Si el mismo Ricardo, con ser Rei de Inglaterra, osase ultrajar el honor de un caballero humilde, como yo lo soi, no podria por lei de caballeria, negarse a medir las armas con él.”

“ Holgárame, dijo el Emir, de presenciarlo, que a fe mia, no entiendo que basten una cintura de cuero y un par de espuelas, a igualar al vasallo con su Rei y señor natural.”

“ Digeras mas bien la sangre libre y el corazon denodado, respondió Sir Kenneth, y hubieras hablado acertadamente.”

“ ¿ Os es permitido tambien, preguntó el Sarraceno, poner los ojos en las damas de vuestros gefes y Principes ?”

“ No permita Dios, dijo el del Leopardo, que al mas pobre caballero de la Cristiandad sea vedado consagrar en honroso servicio, su corazon y su espada, la fama de sus acciones y los mas íntimos sentimientos de su alma a la mas esclarecida de las Princesas que llevan sangre real en sus venas.”

“ No hace mucho, dijo el Sarraceno, que hablabas del amor como si fuera el tesoro de tu corazon. ¿ Has puesto quizas tus afectos en alguna dama de alta gerarquia ?”

“ Estrangero, respondió el Cristiano, notablemente turbado y enrojecido : no acostumbramos nosotros propalar el nombre de la señora de nuestra voluntad ; bastete saber que la mia está puesta en donde no alcanzarán jamás mis merecimientos. Alta y noble y encumbrada es la dama que reina en mi corazon ; mas puesto

que desees oír hablar de amores, y de torneos, y de los otros egercicios y nobles pasatiempos que a la orden de Caballeria corresponden, determinate a venir, como has dicho, al campo de los Cristianos, donde harto hallarán tus ojos que admirar, y sobrado campo tendrás para egercer el vigor de tu brazo.”

El guerrero Musulman, alzandose en los estrivos y levantando con arrogancia la lanza que en la mano derecha llevaba, “ Contados serán; dijo, los caballeros Cristianos que puedan correr una lanza conmigo.”

“ No digo yo que sean muchos, respondió el cruzado; aunque caballeros Españoles hai en el campo que no ceden al Moro mas diestro en ese egercicio propio de vuestras costumbres.”

“ Perros e hijos de perro, exclamó el Moro, cuando oyó el nombre de Españoles. ¿ Por qué vienen esos malsines a pelear en Palestina contra los verdaderos creyentes que dominan desde el monte de Tarik hasta las gargantas del Roncesvalles ? Nada quiero con ellos.”

“ Líbrete Dios, repuso el Cristiano, de que oigan tus denuestos los caballeros de Leon y de

Asturias que han venido a Oriente bajo la bandera de la Cruz ; mas si en lugar de arrojar una lanza, quieres manejar una maza de armas, no faltarán guerreros Cristianos con quienes puedas haberlas.”

“ Por la barba de mi padre,” dijo el Sarraceno sonriendose y acordandose del lance de por la mañana, “ que es arma demasiado grave para emplearla en mero pasatiempo. Yo de mí sé decir, que sabré arrostrarla el dia de batalla, mas no quiero juegos con ella.”

“ Holgárame de que vieras, dijo Sir Kenneth, la maza del Rei Ricardo, junto a la cual, la mía monta tanto como una pluma.”

“ Mucho se habla, dijo el Moro, de ese Rei de las islas. ¿ Eres acaso tú uno de sus vasallos ?”

“ Soi uno de los guerreros que lo acompañan en esta espedicion, repuso el Cristiano ; mas no soi su vasallo, aunque he nacido en la misma isla en que tiene sus estados.”

“ ¿ Qué quieres decir ? , exclamó el Sarraceno. ¿ Teneis acaso dos reyes en una pobre isla ?”

EL TALISMAN. 55

“ Así es en efecto, respondió el caballero Escoces, que lo era Sir Kenneth de nacimiento : dos reyes dominan en aquella isla, y aunque los habitantes de sus dos estremidades estan frecuentemente en guerra, por ser dos naciones diferentes, la tierra da bastante gente para enviar aqui huestes numerosas, dispuestas a arrancar el yugo injusto que tu dueño ha puesto en las ciudades de Sion.”

“ Por la barba de Saladino, dijo el Musulman, jamás he visto un desacuerdo semejante al de estos guerreros de Occidente. Digna de risa es la pueril arrogancia de ese gran Soldan cuyas banderas sigues, que viene a estos remotos países a conquistar desiertos y rocas, y a disputar su posesion a un pueblo diez veces mas numeroso que el suyo, dejando al mismo tiempo sus reducidas posesiones espuestas a caer en manos de un soberano enemigo. Presumo, Sir Kenneth, por todo eso que de vuestras disensiones me refieres, que tú y los otros valientes caballeros de tu nacion, os habeis sometido al Rei Ricardo antes de dejar la tierra patria, para

acometer una empresa tan aventurada como la presente.”

“ No, por la resplandeciente luz de los cielos, exclamó Kenneth con noble arrogancia. Si el Rei de Inglaterra hubiera esperado a ser Rei de Escocia, antes de emprender su marcha a Tierra Santa, bien podria la media luna brillar eternamente en los muros de Sion.”

No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando arrepentido de haber profanado su profesion de soldado de la Cruz, con la memoria de las guerras contra Cristianos, prorrumpió en un compungido *Mea culpa*.

El rapido contraste que ofrecieron los sentimientos del caballero con los deberes de su religion, llamó la atencion del Sarraceno, quien ya habia visto lo bastante para conocer, que entre los Cristianos, asi como sucedia entre los Musulmanes, dominaban ciertas rivalidades y disputas nacionales, de no facil reconciliacion. Pero los Sarracenos son naturalmente comedidos en cuanto su fe se lo permite, y sobre todo mui dispuestos a observar los límites que la urbanidad y la cortesia señalan, y estos sentimientos estor-

varon al Emir entrar en esplicacion con su compañero acerca de la oposicion que notaba entre sus opiniones como Escoces y sus deberes como cruzado.

Entretanto, el aspecto del terreno mudaba notablemente a medida que los dos guerreros adelantaban, y ya habian llegado a una cadena de empinadas y desnudas colinas, que limitaban por aquella parte la llanura, sin variar la aridez que por toda ella reinaba. Alzabanse por enmedio de ellas, peñascosas eminencias, en cuyos profundos declives y cuestas de desmesurada altura, la aspereza del terreno y la estrechez del paso, ofrecian a los viajeros dificultades y estorbos harto diferentes de los que hasta entonces habian encontrado. Tenebrosas cavernas y hondas quebradas, tantas veces mencionadas en los libros santos, presentaban a uno y otro lado del camino sus lobregas aberturas, las que, segun el Emir dijo a Sir Kenneth, servian de abrigo a las fieras de aquellos montes, y a los mui mas feroces bandidos que de resultas de las continuas guerras y de los exesos cometidos por los soldados Cristianos y Sarracenos, se habian acogido a aque-

llas malezas, de donde salian a los caminos, sin perdonar sexo ni edad en sus correrias y crueldades.

El caballero Escoces oyó con indiferencia todo lo que el Sarraceno le referia sobre los estragos de las fieras y de los salteadores, como quien confia en su propia fuerza y valor; mas no pudo menos de turbarse y llenarse de un secreto horror, al considerar que se hallaba a la sazón en el desierto del ayuno de cuarenta dias, durante los cuales fue licito al espiritu malo tentar al hijo del hombre. Su atencion se separó poco a poco de la ligera y mundana conversacion del Musulman, cuya compañía le hubiera sido sobremanera grata en cualquiera otra ocasion, y creyó que la de un humilde fraile seria mas conveniente que la de un incredulo pagano, en aquellos horrorosos sitios, habitados frecuentemente por espíritus infernales, revestidos de forma mortal.

Absorto parecia Sir Kenneth en estas graves meditaciones; y a medida que el Sarraceno se mostraba mas alegre cuando mas penetraba en aquellos tortuosos laberintos, mas profundo era

el silencio del caballero Cristiano. Pusose a cantar el Moro, viendo que no le daba respuesta alguna el cruzado, el cual entendia bastante los idiomas de Oriente, para conocer que su canto se reducía a sonetos de amor, y a pomposos elogios de la belleza de las damas, asuntos de que tanto gustan los poetas Orientales, mas que al mismo tiempo no le parecieron propios de los sentimientos devotos, correspondientes al desierto de la tentacion. El Moro mudó de asunto y entonó con sobrada ligereza, los elogios del vino, líquido rubí de los Persas, y su alegría se hizo al cabo tan intolerable al Cristiano, que solo el pacto de amistad que entre los dos existía, le impidió hacerlo mudar de tono. Mas no por esto dejó de pensar que el Sarraceno era un descarado libertino, que ponía asechanzas a su conciencia, y trataba de apartarlo del camino de la salvacion, inspirándole aficion a los deleites mundanos y distrayendolo de sus devociones, en circunstancias en que su fe como Cristiano y sus votos como peregrino, exigían de él pensamientos mas graves y ánimo mas contrito. Mantubose largo tiempo en esta irresolucion sin sa-

ber el partido que mas le convenia abrazar, cuando al fin se vió obligado a romper por medio y a manifestar al Moro su desagrado, oyendole que empezaba la célebre cancion del poeta Rud-piki, en que compara el seno morbido de su dama a la riqueza de Bokhara y de Samarcando.

“ Sarraceno, dijo al cabo en tono amargo y severo, aunque obcecado en falsas y supersticiosas creencias, podrias todavia comprender que hai unos sitios mas dignos de reverencia y de recato que otros, y que no es cosa de juego el caminar por donde el espiritu maligno se complace en atormentar a los hombres. No es ésta, ocasion de decirte por qué razon Satanas y su hueste infernal han escogido para su mansion estos peñascos, estas cavernas, cuyas bocas profundas parecen la entrada que lleva al centro del abismo. Baste decirte, que segun lo que me han dicho algunos sabios y piadosos varones bien enterados de las particularidades de estos lugares impios, no conviene andarse en juegos con sus maleficos y condenados huespedes. Por tanto, deja por ahora tus locuras e importunas ligerezas, nada convenientes al sitio en que nos

hallamos, y endereza tus pensamientos a cosas mas altas, aunque por desgracia tuya, solo puede haber blasfemia y pecado en tus oraciones.”

El Sarraceno oyó con sorpresa esta reconven-
cion, y respondió con alegría y buen humor, en
cuanto se lo permitia la urbanidad : “ Pareceme,
buen Sir Kenneth, que los caballeros de Occiden-
te no gustan mucho de ceremonias, o si las ob-
servan, que tú no me tratas con la igualdad que
hasta ahora entre los dos ha reinado. ¿ Ofen-
dime yo acaso de verte beber vino y comer cabe-
za de javalí, gozando a tus anchas de eso que
llamas cristiana libertad ? No por cierto, aun-
que puedo asegurarte que me compadezco en el
alma de quien a tan culpables prácticas se en-
trega. ¿ Y por qué razon te has de escandalizar
de que yo procure recrearme en estas fragosas
gargantas y aligerar el peso de la fatiga con ale-
gres trobas ? El poeta ha dicho : “ El canto es
como el rocío del cielo en el seno del desierto
arenoso, el cual refresca los pasos del vian-
dante.”

“ Amigo Sarraceno, dijo Sir Kenneth, yo na

condeno la afición a la Gaya ciencia y a los romances de los trovadores ; mas digo y sostengo que semejantes pasatiempos no deben distraer nuestros animos cuando la ocasión requiere que los enderecemos a cosas mas graves y encumbradas. Oraciones, plegarias y salmos, son mas del caso que estrivillos de amor y loores del vino, en medio de este valle de la sombra de la muerte, lleno de enemigos y demonios, arrojados por las oraciones de los justos, de los cuerpos de los hombres, y condenados a vagar en estas enmarañadas espesuras, tan malditas de Dios como lo son ellos.”

“ No hables tan descomedidamente de los genios, amigo Cristiano, repuso el Musulman, porque sabete que hablas con uno que descende de esa raza inmortal, de quien blasfeman los que profesan tu religion.”

“ Bien pensaba yo, dijo Sir Kenneth, que tu obcecada nacion descendia de aquel enemigo de Dios, sin cuyo auxilio no os fuera dado manteneros en la bendita tierra de Palestina, en despecho de tantos intrepidos Cristianos. No hablo de ti en particular, Sarraceno ; hablo general-

mente de todos los de tu secta y nacion. Asi que, no me causa estrañeza saber que es vuestro padre quien es enemigo de las almas ; lo que si me espanta en verdad es que te jactes y vanaglories de tal alcurnia.

“ Jactome en efecto, dijo el Sarraceno, como valiente que soi, de traer mi origen del mas valiente ; de aquel negro espiritu que antes inclinará la cabeza por fuerza, que doblar de grado la rodilla. Eblis puede ser odiado ; mas siempre y donde quiera será temido, y asi como Eblis son sus descendientes los bravos del Kurdistan.”

“ Sir Kenneth dió credito y supo sin mucha sorpresa quanto el Sarraceno le digera acerca de su infernal genealogia, porque eran comunes en aquellas epocas los cuentos de magica y nigromancia, y eran tenidos por sabios y letrados los que estaban versados, en estos prodigios ; mas sintió con todo un secreto horror, al verse solo en aquella soledad, con quien confesaba provenir de tan execrable progenitor. El miedo, sin embargo, no podia tener lugar en su alentado corazon : asi que, deseoso de satisfacer la curio-

sidad que su compañero le habia inspirado, le rogó le comunicase algunos pormenores acerca del linage del padre de la mentira.

“ Sabe, valiente extranjero, dijo el Musulman, condescendiendo con los deseos del caballero del Leopardo, que cuando el cruel Zohauk, descendiente de Gramshid, ocupaba el trono de Persia, formó pacto con el padre de las tinieblas en las secretas bovedas de Istakar, que habian sido abiertas y escavadas en la roca viva por los espíritus elementales, largo tiempo antes que Adan fuese formado de la tierra. Allí mantenía con oblaciones de sangre humana dos espantosas e inaplacables serpientes, que segun el dicho del poeta, habian llegado a ser parte de su propia sustancia ; para cuyo fin habia impuesto un tributo de sacrificios humanos a los pueblos que vivian en sus dominios, hasta que cansada la paciencia de estos, alzose la cimitarra de los valientes, y el victorioso Feridan logró a la postre destronar al tirano y aprisionarlo para siempre en la lobrega caverna del monte de Damavend. Mas antes que acaeciera este feliz suceso, y cuando el tirano sediento de sangre humana, se ha-

Haba en la cuspide de su poder, la caterva de esclavos que iban por los pueblos buscando victimas para sus sacrificios diarios, llevaron a las bovedas del palacio de Istakhar siete hermanas tan hermosas, que parecian otras tantas houris del Paraiso. Estas siete doncellas eran hijas de un sabio, que no tenia mas tesoro que su sabiduria : mas ésta no fue parte a prever ni a estorvar tamaña desventura. La mayor de estas hermanas apenas tenia veinte primaveras, y la menor no contaba todavia trece, y tan semejantes eran en color, porte y facciones, que solo podian distinguirse por sus diferentes estaturas, que gradualmente se alzaban desde la mas joven hasta la mayor, como la subida que conduce a la residencia de los justos. Incomparable era la belleza de estas siete criaturas, cuando se presentaron en las bovedas oscuras del palacio sin ropage alguno que cubriera sus blancas carnes, salvo una ligera tunica de seda ; y tal era el hechizo que su vista producía, que movio los corazones de todos los que no eran mortales. Hallabanse en aquella dura esclavitud, cuando sonó el trueno, y retembló la tierra, y se estremecieron

con fragor las rocas de la caverna, al ver entrar por su boca a uno vestido de cazador, con arco al hombro y flechasen las manos, seguido de otros seis, hijos del mismo padre. Eran los siete de elevada estatura y aunque negros, bien parecidos y de gallarda presencia: solo se notaba que sus ojos parecían mas bien empañados por el frío de la muerte, que animados con la centella de la vida. “Zeineb,” dijo el mayor de ellos a la mayor de las hermanas, tomandola por la mano, y hablando en voz baja pero suave y melancolica; “yo soi Cothrob, señor y monarca del imperio subterraneo y supremo gefe de Gimnistan. Yo y mis hermanos hemos sido criados de fuego etereo y puro, y desobedeciendo el mandato del Omnipotente, reusamos acatar a ese monton de tierra que se llama Hombre. Habras oido decir que somos crueles, maleficos e implacables: es falso: somos naturalmente suaves y generosos, pero vengativos para quien nos insulta, y sanguinarios con quien nos ofende. Jamas desoimos las voces de quien nos implora, y nos ha movido a compasion la de tu padre Mithrasp, que adora no solo al origen del bien, sino

a la fuente del mal. Tú y tus hermanas estais en la orilla del sepulcro ; mas dadnos cada una un cabello de vuestras hermosas trenzas, en prenda de lealtad, y os llevaremos a sitio seguro, distante muchas leguas de aqui ; donde podreis arrostrar impunes la rabia de vuestro tirano y de sus ministros.” El miedo de la muerte, dice el poeta, es como la vara del profeta Haroun, que devoró las otras varas cuando se transformaron en serpientes a vista del Rei Faraon : ademas que las hijas del sabio Persa, instruidas en las doctrinas de su padre, no debian espantarse viendo aquellos sobrenaturales libertadores. Dieron, en efecto, el tributo que se les pedia, y en un instante las siete hermosas doncellas se hallaron en un castillo encantado, colocado en las montañas de Tugrut, en el Kurdistan, y no las volvieron a ver los ojos de los hombres. Pero con el discurso de los tiempos, aparecieron en los alrededores del castillo de los demonios, siete animosos jovenes, que adquirieron gran nombradía en la guerra y en la caza. Eran mas negros, mas altos y mas esforzados que los que

habitaban los valles del Kurdistan : tomaron mugeres, y fundaron las siete tribus de Kurdmanes, cuyo valor es conocido en todo el Universo.”

El caballero Cristiano oyó con espanto la maravillosa historia, cuya tradicion se conserva todavia en el Kurdistan, y despues de haberse parado a pensar algunos momentos : “ Cierto es, dijo, valiente Sarraceno, que no merece desprecio, sino odio y temor, esa genealogia de que provienes. Ni ya estrañaré de hoi mas tu obstinacion y pertinacia en la falsa fe que profesas, pues es parte sin duda, de la maligna y perversa indole que has heredado de tus abuelos, esos cazadores infernales de que hablas. Es natural que prefieras a la verdad la mentira, y que tu espiritu se exalte y prorrumpas en alegres cantos al aproximarte a la residencia de los angeles malos, como nos sucede a nosotros cuando nos acercamos a la tierra en que nuestros antepasados vivieron.”

“ Por la barba de mi padre, has dicho la verdad,” exclamó el Musulman, a quien divertia

mas que injuriaba la franqueza con que espresaba sus sentimientos el cruzado : “porque aunque el profeta (bendito sea su nombre) plantó entre nosotros la raiz de su fe, harto mas verdadera y segura que la que nuestros abuelos aprendieron en las misteriosas cavernas del Tugrut, no por eso hemos abjurado, como los otros Musulmanes, la reverencia y acatamiento debidos a los altos y poderosos espíritus que fundaron las tribus del Kurdistan ; los cuales, segun lo creemos y esperamos, no han sido reprobados con la maldicion eterna, sino que seran premiados o precitos, segun sus obras y merecimientos : mas degemos esto a los molas y a los imanes : basta que este respeto con que miramos a los genios, no ha sido borrado por las doctrinas del Koran, como lo prueba la cancion que vas a oir y es una de las muchas que corren entre mis hermanos, en memoria y celebridad de su encumbrado origen.”

Dicho esto cantó unos versos antiguos en su ritmo y language, atribuidos por algunos a los sectarios del mal principio, Arimanes : los cuales traducidos al castellano, dicen asi :

EL TALISMAN.

“ Alto numen, de quien nace
Todo mal y desventura
¿ Cual fuerza en el Universo
Puede igualarse a la tuya ?

Si una mano bienhechora
Vierte en la seca llanura
Raudal de cristal sonoro,
Que tantos males endulza ;

Tuyas son y a tu voz braman
Esas olas furibundas,
Que fuertes rocas conmueven,
Y ricas naves sepultan.

Si saludables aromas
Los hondos valles perfuman,
Que los sentidos alagan,
Y humanas dolencias curan ;

A tu mandato se esparce
Por las afligidas turbas,
Mortífera pestilencia,
Que aniquilación anuncia.

Tú en el seno del humano
Dominas, y en su amargura,
Si a otro numen se prosterna,
La fe que adora es la tuya.

EL TALISMAN.

71

¿ Mas quien eres ? ¿ Donde ~~moras~~ ?
¿ Es tu voz la que retumba
Con el huracan ? La noche
Lobrega ¿ es tu vestidura ?

¿ Tienes alma que en los odios
Se goza, cual fiera en Nubia,
O como el aguilá, garras
Con que la presa aseguras ?

¿ O eres incognita causa,
Que con otra causa lucha,
Tornando en males los bienes,
Y en sollozos la ventura ?

Mas no, que a tu imperio ~~cede~~
Cuanto respira, y la culpa,
Cetro de tu altiva mano,
Es de la tierra coyunda.

Tú los pasos de la Aurora
Sigues veloz, y en angustia,
Los consuelos que desparce
Con un leve soplo mudas.

Nace el mortal, y tus dones
Le prodigas en la cuna ;
Crece, y sus tremulos pasos,
Con mentida antorcha alumbras.

En el lecho de la muerte
Tu imperio al fin lo subyuga,
Y ¿quien sabe si no alcanza
Muy mas allá de la tumba ?***

Estos versos fueron sin duda efusion natural de algun desalumbrado filósofo, que en la mentida deidad, Arimanes, creyó reconocer la causa del dominio del mal en la tierra ; mas produjeron mui diferente efecto en los oidos del caballero del Leopardo, el cual oyendolos en boca de un infiel, que poco antes se habia jactado de

* El sabio y piadoso eclesiastico a quien somos deudores de la version de esta especie de himno, nos encarga recordar a nuestros lectores, a fin de evitar toda interpretacion siniestra, que el autor de la tal composicion, era un pagano poco instruido en la causa del mal fisico y moral, por cuya razon reconocio su predominio en el sistema del Universo, como hacen todos los que consideran este misterioso asunto, sin el socorro de las luces de la fé. A lo que añadiremos, que el estilo del traductor es sobrado parafrastico, como lo han reconocido todos cuantos han examinado el curioso documento original. Lo cierto es que le parecio harto difícil trasladar a un idioma moderno las estrañezas de la poesia Oriental, y quizas susítuyó sus propias ideas a las del autor, como hacen continuamente otros ingeniosos y sabios traductores.

traer su origen del padre de las tinieblas, creyó que su cantiga no era otra cosa que una invocación al mismo Satanas. Con lo que, subiendo de punto su irritación, se puso a meditar sobre el partido que podía tomar en aquella apretura, pues no le parecía menos que blasfemia, semejante himno al demonio, y mucho más, entonado en el desierto en que exigió adoración del hijo del hombre; y no sabía si sería mejor separarse de pronto del Sarraceno, en testimonio de su abominación, o si su obligación como soldado de la Cruz lo forzaba a desafiarlo en aquel mismo sitio, darle muerte, y dejarlo para que sirviese de pasto a las fieras de los montes; y en esta irresolución estaba luchando, cuando una aparición inesperada suspendió el curso de sus dudas.

A la parda luz del crepúsculo, que ya iba desapareciendo en los últimos confines del horizonte, el cruzado pudo distinguir que él y su compañero no eran los solos huéspedes de aquella soledad, pues claramente percibía un objeto de elevada estatura, que saltaba con estraña li-

gereza por las rocas y las malezas, cuya circunstancia unida a su rustica y selvatica apariencia, le trajo a las mientes los Faunos y Silvanos, cuyas imagenes habia visto muchas veces en los templos de Roma : y como el sencillo Escoces creia de buena fe que aquellas divinidades paganas eran en efecto demonios, no dudó que la figura desconocida era uno de estos angeles precitos, que acudia al llamamiento que le habia hecho el Moro en el himno blasfemo.

“ Aparta, criatura maldita,” dijo en voz baja, no atreviendose a insultar a dos enemigos juntos, como hubiera hecho si hubiera sido uno solo. “ Dios confunda a Satanás y a todos los que lo adoran.”

Ya su mano empuñaba la maza formidable, y el descuidado Sarraceno hubiera pagado caro la diabolica plegaria, pues nada menos pensaba el del Leopardo que aplastarle alli mismo la cerviz, sin darle razon alguna de su ataque ; mas estaba dispuesto que el caballero Escoces no echaria tan injuriosa mancha en el escudo de sus armas. El desconocido, de quien él no ha-

bia apartado los ojos desde el punto y hora en que acertó a columbrarlo, parecía seguir cautelosamente los pasos de los dos caminantes, ocultándose a trechos entre la maleza y los peñascos, aprovechándose con increíble destreza de estas ventajas del terreno, y sobrepujando las dificultades que le ofrecía, con estraña agilidad. Al cabo, cuando el Sarraceno hubo dado fin a su canto, el desconocido, cuyo ropage se componía de pieles de cabra, salió de pronto al medio del camino, y agarró violentamente la brida del generoso trotero Arabe, el cual no pudiendo resistir el imprevisto golpe, ni el sacudimiento de las placas de hieiro, que según el uso de Oriente, adornaban su cabezada, se empinó agitadamente, y al fin cayó de espaldas, y hubiera cogido debajo al ginetete, si éste no se hubiera arrojado con prontitud de la silla al suelo.

Viendo esto el de las pieles de cabra, soltó su presa, se avalanzó a la garganta del Sarraceno, luchó con él algun rato a brazo partido, y a pesar de su juventud y vigor, logró sugetarlo y privarlo de movimiento, en tanto que el Moro gritaba medio enojado, medio risueño: “ Suel-

tame Hamako;* sueltame loco. esto es traspasar la línea de tus privilegios; sueltame o me obligarás a echar mano de la daga.”

“ ¡ Tu daga, perro infiel ! dijo el de las pieles, empuñala si puedes,” y al mismo tiempo arrancó el arma de manos del Emir y la alzó en señal de triunfo.

“ Socorro, Nazareno,” gritó Shirkohf, seriamente asustado del aprieto en que se hallaba; “ socorreme contra este Hamako, que va a dar fin de mi vida.”

“ ¡ Dar fin de tu vida ! dijo el desconocido. Merecido lo tienes, infiel, por esos himnos blasfemos que cantas, no solo en prez de tu profeta, que es hechura del demonio, sino del demonio mismo, padre del mal y enemigo de Dios.”

El caballero Cristiano que hasta entonces había presenciado inmóvil aquella extraordinaria escena, tan opuesta a las ideas que del Moro había formado, creyó que era deuda de su honor

* *Hamako* es el nombre que dan los Arabes a los locos y lunáticos, que miran y respetan como especialmente favorecidos por Dios.

sacar la cara por su vencido y postrado compañero, y dirigiéndose al de las pieles de cabra : “ Quien quiera que tú seas, le dijo, ora vengas de paz, ora de guerra, sabe que he jurado paz y alianza con ese Sarraceno a quien tienes oprimido en tus brazos. Ruegote, por tanto, que lo deges en libertad, a menos que quieras haberlas conmigo.”

“ Digna empresa de un caballero cruzado, dijo el de las pieles, sería pelear contra uno de su misma religion, en defensa de un perro circunciso. ¿ Has venido acaso al desierto a pelear en favor de la media luna contra la Cruz de Cristo ? Buen soldado de Dios eres, puesto que con tanta atencion escuchas los cantos de Satanas.”

Cuando hubo dicho estas palabras se levantó, dejó levantarse al Sarraceno y le entregó el puñal que le habia arrebatado.

“ Ya ves a qué peligro te ha espuesto tu presuncion, dijo el de las pieles dirigiéndose al Musulman, y cuan debiles medios son los que emplea la voluntad del cielo para humillar tu decantada destreza y valentia. Por tanto, o

Ilderim, vive apercibido y cauteloso, pues a no haber en el astro de tu nacimiento un rayo que anuncia designios incomprensibles del Altísimo, no hubiera dejado irte de mis brazos sin destrozarse esa garganta, que fue parte a exalar tamañas blasfemias.”

“ Hamako,” dijo el Sarraceno, sin dar muestras de enojo por tan violento lenguaje, ni por el mui mas violento choque que del Cristiano habia recibido, “ ruego, buen hombre, que no abuses de ahora en adelante de ese privilegio y salvoconducto de que gozas, porque, aunque como buen Musulman reverencio a los que el cielo ha privado de la luz de la razon, dandoles en cambio la antorcha del espiritu profetico, no gusto ni sabre consentir que otro hombre ponga la mano en mi persona ni en la brida de mi caballo. Habla cuanto quieras y nada temas de mi resentimiento; mas ten entendido, si la incapacidad de la mente te lo permite, que si otra vez usas de alguna violencia conmigo, tu cabeza será dividida de los debiles hombros que la sostienen, y a tí, amigo Kenneth, añadio poniendo el pié en el estrivo, debo decirte que los buenos

compañeros en el desierto, se conocen mas bien por las obras que por las palabras. De éstas no has sido ciertamente escaso; pero mas hubiera convenido asistirme y darme ayuda contra ese desacordado, el cual, en el arrebato de su frenesi hubiera podido privarme de la vida.”

“ Confiesote, hermano Sarraceno, dijo el del Leopardo, que he sido tardo en darte la ayuda de que necesitabas, pero la estrañeza de tan inesperado lance y encuentro, me trajo a la memoria al enemigo de Dios, figurandome que su aparicion era efecto del canto que en su loor habias entonado, y a tal punto subio mi confusion, que estuve largo rato sin poder acertar con el puño de la espada.”

“ Circunspecto en demasia eres, dijo el Emir, cuando peligra la vida de tu amigo, y a fe que la mia hubiera sido, con deshonra tuya, juguete de ese frenetico, sin que tú hubieras movido un dedo en su defensa, no obstante hallarte a su lado montado y prevenido.”

“ Ya te he dicho Musulman, repuso el cruzado, que ese desconocido no fue otro a mis ojos que el mismo diablo, y sabiendo que eres de su

linage, crei que estabais comunicandoos secretos infernales, cuando te ví en sus brazos.”

“ No me satisface tu respuesta, dijo el Musulman, pues es cierto, hermano Kenneth, que si el mismo principe de las tinieblas hubiera venido a tomar las riendas de mi caballo, tu obligacion, en fé del pacto de amistad y buena compañía que nos hemos jurado, era entrar en combate con él y en mi defensa. Y sabe ademas, que lo que tiene de diablo ese Hamako, de cuyo desman has sido testigo, mas pertenece a tu linage que al mio, pues en él estás viendo al anacoreta en cuya busca vienes.”

“ ¡ Este !” exclamó Sir Kenneth, fijando mas atentamente la vista en el de las pieles de cabra. “ Te burlas de mi credulidad. Este no puede ser el venerable Teodorico.”

“ Preguntalo a él mismo, dijo Shirkohf, si no quieres dar asenso a mis palabras.” Y oyendo las del Sarraceno el hermitaño, hizo seña de consentir en lo que aquel decia.

“ Yo soi Teodorico de Engaddi, dijo entonces con voz grave y sonora : yo soi el huesped del desierto ; el amigo de la Cruz ; el azote de

todos los infieles, malsines y paganos. ¡ Ai de vosotros ! ¡ Ai de vosotros ! ¡ Ai de Mahund y de Termagaunte, y de todos sus sectarios ! Y sacando entonces de su tunica de pieles un azote hecho de menudas varas, atadas con alambre, empezó a agitarlo en el aire, con singular destreza y agilidad.”

“ Este es el santo que los tuyos acatan,” dijo el Musulman, soltando al cabo la risa que no podía ya contener, viendo la estrañeza con que las miradas atonitas del caballero seguian los movimientos y contorsiones del hermitaño, el cual despues de haber agitado el azote en todas direcciones, como si lo fuera a asestar contra alguno de los dos guerreros que lo observaban, finalmente descargó el golpe en una piedra que cerca de él se hallaba, partiendola en pequeños fragmentos.

“ Loco está por vida mia,” dijo Sir Kenneth.

“ Loco, pero favorecido del Altísimo,” respondió el Emir, siguiendo en esto la opinion de los pueblos del Oriente que atribuyen la locura a divina inspiracion. “ Sabe, Cristiano, que un

ojo ve mas, cuando el otro está privado de vista ; que cuando se corta una rama, la otra adquiere mas vigor ; y del mismo modo, cuando se turba y altera la inteligencia de las cosas terrenas, se perfecciona y sutiliza la de las espirituales y divinas.”

La voz del Sarraceno quedó a la sazón ofuscada por los gritos del hermitaño. “ Yo soi Teodorico,” exclamaba en voz fuerte y sonora, aunque en tono melancólico y plañidero ; “ yo soi Teodorico de Engaddi, la antorcha del desierto ; el azote del Paganismo. El leon y el leopardo serán mis compañeros, y hallarán asilo bajo las peñas de mi gruta. El cabrito reposará tranquilo entre sus garras. Yo soi la antorcha y la linterna. Kirie Eleyson.”

Echóse a correr en seguida, y terminó su carrera dando tres saltos enormes, que si probaban la ligereza y vigor de sus musculos, no parecieron al caballero Escoces, ademanes propios de un santo anacoreta : por lo que su confusión aumentaba a cada paso, no sabiendo que pensar de todo lo sus ojos vían.

“ Ya ves,” dijo el Sarraceno, que habia pene-

trado el sentido de las palabras de Engaddi, “que nos convida a ir a pasar la noche en su gruta, y ciertamente aquel es el único sitio que estas cercanías nos ofrecen para nuestro descanso. Tú eres el leopardo, como lo demuestra la figura de tu escudo; yo soy el león, como mi nombre lo dice, y él es el cabrito, significado por la túnica que lo cubre. No lo perdamos pues de vista, ya que su paso es como el del dromedario del desierto.”

En efecto, no era fácil seguir los pasos de Engaddi, pues aunque se detenía de trecho en trecho, alentando con sus gestos a los dos caminantes, como era práctico en los rodeos y encrucijadas de aquella soledad, y poseía además una extraordinaria ligereza, adquirida quizás en el continuo ejercicio a que lo impulsaba el estado inquieto de su mente, guió a los caballeros por tan asperas veredas y angosturas, que aun el Moro, con ir tan ligeramente armado, y su caballo con estar acostumbrado a aquellos terrenos, corrieron más de una vez el peligro de dar en tierra: mas aun fué mayor el enojo del caballero Cristiano, el cual mas bien hubiera querido

aventurar la vida en batalla campal, que esponerse con su trotero, cargados de hierro, como los dos iban, a los resbaladeros y tropezones que a cada instante daba. Tubo por fin la satisfaccion de ver al santo varon, parado a la entrada de una caverna, con una tea embetunada en la mano, que despedia una luz brillantissima y un fuerte olor de azufre.

Desmontó el caballero y entró en la cueva, cuyo aspecto no prometia alojamiento comodo ni espacioso. Estaba dividida en dos camaras, la primera de las cuales, que era la de la entrada y servia de capilla al anacoreta, tenia un altar de piedra y sobre él, un crucifijo de raiz. En un rincon de esta pieza acomodó el cruzado su caballo para pasar la noche, no sin sentir algun escrupulo de destinar a tan bajos usos un sitio consagrado a la devocion : mas el Sarraceno, que ya habia hecho lo mismo, le dio a entender ser la costumbre de cuantos caballeros alli se hospedaban. El hermitaño al mismo tiempo se ocupaba en disponer la camara interior, para alojar en ella a sus dos huespedes. En el testero de esta segunda pieza se veia una puerta de groseras ta-

blas, que era la de la celda en que el solitario dormía. El piso había sido puesto a nivel por mano del mismo anacoreta y estaba cubierto de arena, que él regaba todas las mañanas, con agua del raudal, que manaba en una de las rocas exteriores, y proporcionaba, en aquel ardiente clima, deleite y satisfacción al oído y al paladar. Veíanse en los rincones, algunos colchones formados de tallos entretegidos, y las paredes labradas como el suelo, estaban adornadas de olorosas flores y arbustos. El hermitaño encendió dos hachas de cera, cuya luz alegró algún tanto el sombrío aspecto de la gruta, que hacían mas grata todavía la frescura y fragancia que en ella reinaban.

En un rincón se veían algunos instrumentos de labranza, y en otro un nicho que encerraba una tosca imagen de la Virgen. No había otros muebles que una mesa y dos sillas, cuya hechura; aunque ruda y grosera, denotaba ser obra de las manos del anacoreta, por no semejarse en nada a los que usan comunmente los pueblos orientales. Teodorico puso en la mesa, con acierto y orden, que contribuyeron a excitar el apetito a

sus huéspedes, algunas raíces y legumbres y un plato de carne ahumada. Estas demostraciones de cortesía, aunque mudas y acompañadas tan solo de gestos, aumentaban la confusión de Sir Kenneth, que no sabía conciliarlas con la conducta violenta y hostil del hermitaño en su primer encuentro. En efecto, Teodorico aparentaba modales graves y comedidas, y las facciones de su rostro hubieran sido nobles y magestuosas, a no ser por los estragos que había hecho en ellas la austeridad de su vida, y por la humillación religiosa de que estaba penetrado. Su porte y continente eran los de un hombre nacido para dominar a los otros, pero que ha abdicado su imperio para consagrarse de un todo al servicio de Dios. No obstante lo cual, su estatura gigantesca, las largas mechas de sus cabellos y barba, y el fuego que centelleaba en sus ojos, indicaban más bien el arrojo y el desnudo de un soldado, que la abnegación y la humildad de un penitente.

El Sarraceno que miraba al anacoreta con cierta veneración, dijo al caballero Escoces: “ el Hamako está ahora en un intervalo de razón ;

pero nunca habla hasta despues de haber comido. Es un voto que ha hecho.”

Teodorico hizo señá a Sir Kenneth que se sentase en una de las sillas, mientras Shirkohf se colocó a la manera de los orientales, sobre un cogin de esteras. El hermitaño juntó entonces las manos, en ademan de bendecir los manjares que estaban sobre la mesa, tras de lo cual los dos huespedes empezaron a comer, sin desplegar los labios. Este silencio era acorde a la gravedad natural del Sarraceno; imitólo el Cristiano, reflexionando entretanto sobre la diferencia que notaba entre las furiosas gesticulaciones, gritos penetrantes y acciones temerarias de Teodorico, cuando por primera vez lo vio en el desierto, y la magestad, comedimiento y benevolo esmero con que a la sazón estaba desempeñando las obligaciones de la hospitalidad.

Terminado el frugal banquete, durante el cual el anacoreta no probó bocado, quitó de la mesa los fragmentos que habian quedado, y presentó un vaso de sorbete al Moro y un frasco de vino al Escoces.

“ Bebed, hijos míos,” dijo rompiendo el silen-

cio que habia guardado hasta entonces ; “ goce-
mos de los dones de Dios y bendigamos al que
nos los dispensa.”

Dicho esto, se retiró a la camara exterior a entregarse a sus oraciones y dejó solos a los dos huéspedes. Sir Kenneth dirigió entonces algunas preguntas a su compañero, con designio de averiguar todo lo que éste sabia acerca de Teodorico. No era una vana curiosidad la que lo empeñaba en esta indagacion, pues ademas de no saber como entender tan extraordinaria variedad de acciones y conducta en el mismo hombre, pasmabalo mucho mas que este mismo hombre estubiese en alta estima y reputacion entre los mas eminentes teologos y varones doctos y piadosos del mundo Cristiano. Teodorico, el hermitaño de Engaddi, habia sido corresponsal de los papas y concilios ; sus cartas, llenas de elocuente fervor, habian descrito las miserias y persecuciones de los Cristianos Latinos en Tierra Santa, con colores no menos vivos que los que empleó Pedro el Hermitaño, cuando predicó la primera Cruzada en el concilio de Clermont. El caballero Escoces tenia encargo de varios gefes

del ejército de la Cruz, de comunicar a Teodorico materias de gran peso e importancia, y observando en los usos y conducta de tan reverenciada persona, las contorsiones de un fakir iluso y fanático, no quiso proceder adelante en el desempeño de su comisión, sin examinar pausadamente las circunstancias que concurrían en aquel indefinible personaje.

Esta comisión era el principal objeto de la romería que había emprendido, por caminos tan difíciles y peligrosos, y por lo tanto, la prudencia le aconsejaba usar de la mayor reserva y precaución en su desempeño. El Emir solo pudo darle algunas ligeras ideas acerca del hermitaño, las cuales se redujeron a lo siguiente: que había sido en otro tiempo soldado esforzado e intrepido, sabio en los consejos y afortunado en el combate, de cuya última circunstancia daban todavía testimonio su fuerza y agilidad; que había venido a Jerusalem, no como peregrino, sino con el propósito determinado de pasar la vida en aquellos Santos Lugares; que después había fijado su residencia en aquellas enmarañadas asperezas en que a la sazón se hallaba,

respetado por los Latinos, a causa de su austera fervorosa devoción, y por los Turcos y Arabes, que creyéndole insano y lunático, atribuían esta dolencia mental, a un efecto de la inspiración divina. Por esto le habían dado el nombre de Hamako, que significa *loco* en lengua Turca. Shirkohf no sabía como definirlo. Decía que sin duda alguna era hombre sabio, capaz de hablar horas enteras sobre la sabiduría y la virtud, sin dar la menor señal de desacuerdo. En otras ocasiones solía comportarse con furor y violencias, aunque nunca lo había visto tan perversamente dispuesto como en el encuentro de aquella tarde. Lo que más lo sacaba fuera de sí era oír hablar sin respeto y con escarnio de su propia religión: por lo que en cierta ocasión, habiendo unos Arabes errantes insultado sus ritos y destruido su altar, salió solo en su busca, los atacó denodadamente y les dio muerte con el azote que siempre llevaba consigo, y que era la única arma de que se valía. Este suceso había hecho mucho ruido en todos aquellos alrededores, y desde entonces, sea por miedo del azote, sea por la veneración debida al carácter de Ha-

EL TALISMAN. 91

mako, las tribus del desierto respetaban su morada y su capilla. Su fama se habia propagado hasta llegar a oídos del Soldan Saladino, el cual habia dado la orden de que todos sus vasallos lo protegiesen y se abstuviesen de injurarlo. El Emir añadió que él y otros Musulmanes de alta gerarquía habian venido mas de una vez a la gruta del hermitaño, no solo a satisfacer la curiosidad que debia inspirar generalmente un personage tan extraordinario, sino porque creían que un hombre tan versado en las ciencias como el Hamako Cristiano, podría hacerles columbrar algunos sucesos del porvenir. “Tenia antes, continuó el Sarraceno, un Rashid, o sea observatorio, de grande elevacion, desde el cual observaba los movimientos de los cuerpos celestes, y especialmente los del sistema planetario, por cuyos aspectos e influjos, segun la creencia comun de Cristianos y Sarracenos, puede vaticinarse el curso de los negocios y acaecimientos humanos.”

Esto es lo sustancial de la relacion del Emir Shirkohf, la cual dejó en duda al caballero Escoces, sobre si el destemple del hermitaño pro-

venia de su exesivo fervor y celo, o si era mas bien una ficcion de que echaba mano, para gozar de las inmunidades que a su abrigo le concedian los encarnizados enemigos de su religion. Y en verdad que parecia inesplicable la demasiada condescendencia que éstos le habian manifestado, considerando el fanatismo propio de todos los sectarios de Mahoma, en medio de los cuales vivia, aunque tan contrario a sus creencias y a sus ritos. Llegó tambien a sospechar que reinaba entre el hermitaño y el Sarraceno mayor intimidad y mas estrecho conocimiento, que lo que aparecia por las palabras de éste, a quien el primero habia llamado con un nombre diferente del que él decia ser el suyo. Todas estas consideraciones requerian precaucion, ya que no sospecha : por lo que determinó observar al hermitaño con escrupulosa atencion, y no précipitar la importante comunicacion que los gefes de la Cruzada habian confiado a su discrecion y diligencia.

“ Pareceme, Sarraceno, dijo el del Leopardo, que nuestro huesped noes mas acertado en el uso de los nombres, que en las otras acciones de

vida. El tuyo es Shirkoñf, según me has dicho, y él te ha dado otro muy diferente.”

“ El nombre que me dan en la tienda de mi padre, dijo el Emir, es Ilderim ; y por éste me conocen muchos. Los soldados me conocen por el Leon de la Montaña, que es el dictado que me he adquirido con el acero. Pero callemos, que el Hamako se acerca para convidarnos sin duda a recogernos. Sé sus costumbres, y que nadie debe velar mientras él vela.”

El anacoreta entró pausadamente, y cruzando los brazos sobre el pecho e inclinando la cabeza, puesto en pié enfrente de los dos extranjeros, exclamó devotamente: “ Bendito sea el nombre de aquel que envia la quieta noche despues del ruidoso día y el sueño tranquilo que restaura los cansados miembros y el agitado espíritu.”

“ Amen,” respondieron los dos guerreros, y levantandose de la mesa, se dirigieron a las camas, que el solitario les indicó con la mano, retirandose otra vez despues de haberlos saludado con una profunda inclinacion.

El caballero del Leopardo se aligeró entonces

del peso de la armadura, ayudandolo el Sarraceno en desabrochar las chapas y hebillas, y quedando despues con su veste de gamuza, que era el traje que los caballeros y soldados usaban debajo del peto y espaldar. El Sarraceno, que habia admirado la fuerza de su adversario, cuando le vio cubierto de acero, no vio con poca sorpresa las arregladas proporciones de su nervudo y bien formado cuerpo. En cambio de aquella cortesía, el Escoces ayudó al Sarraceno a desceñir el ropage exterior, confuso al ver que en miembros tan delgados y en proporciones tan breves cupiese el vigor que tan señaladamente habia acreditado el Musulman en el personal combate de por la mañana.

Ambos guerreros dirigieron al cielo sus oraciones, segun sus respectivos usos y prácticas. El Sarraceno murmuró su plegaria, volviendo el rostro acia la Meca, y el Cristiano temeroso de contaminarse con la proximidad de aquel pagano, se retiró cuan lejos pudo, puso su espada derecha, arrodillose delante de ella, encarose a la cruz del puño y recitó el rosario, con una devocion que realzaba el recuerdo de las escenas

EL TALISMAN.

95

y peligros de aquel día. Los dos guerreros,
cansados de aquella larga y difícil jornada,
quedaron mui en breve sepultados en profundo
sueño.

CAPITULO IV.

No habia durado mucho el del caballero del Leopardo, cuando lo sacó de él un peso extraordinario que sintio oprimirle el pecho, y que le parecia ser el de un poderoso adversario que luchaba con él a brazo partido. Mas habiendo recobrado enteramente el uso de sus sentidos y abierto los ojos, lo primero que a estos se presentó fue el anacoreta, con el mismo selvatico aspecto que ya hemos descrito, el cual, arrimado al lecho del caballero, le habia estendido sobre el pecho una mano, teniendo en la otra una pequeña lampara de plata encendida.

“Calla,” dijo el hermitaño al Escoces, que con atonitas miradas lo observaba: “tengo que decirte lo que no conviene que ese infiel oiga.”

Dijo estas palabras en lengua francesa, y no en la mezcla de dialectos Europeos y Orientales, llamada lengua Franca, de que hasta entonces se habia servido en presencia del Sarraceno.

“ Alzate, le dijo; cubrete con tu manto; no hables y sigueme.”

Sir Kenneth se levantó y tomó la espada.

“ No necesitas de armas, dijo en voz baja el santo varon: en el sitio a qué nos encaminamos, las armas espirituales son las que sirven, que no las terrenas.”

El caballero dejó el acero al lado de la cama, y conservando en el cinto el puñal de que nunca se deshacia en aquellos peligrosos terrenos, se manifestó dispuesto a seguir los pasos de su misterioso huesped.

Echó a andar pausadamente el hermitaño, delante del caballero, el cual, aun no bien recobrado de la sorpresa que tan inesperado lance le habia producido, estaba por creer que aquella negra figura que lo guiaba, era un sueño fantástico de su turbada imaginacion. Ambos pasaron como dos sombras tenebrosas a la camara exterior, sin que los percibiese el Emir que yacia entregado al sueño.

Delante de la cruz habia una lampara ardiendo; sobre el altar estaba un misal abierto, y veianse en el suelo unas disciplinas, salpicadas

de reciente sangre, señal evidente de la severa penitencia del anacoreta. Arrodillase Teodorico al llegar al altar, indicando al caballero que se arrodillase junto a él, sobre el desigual empedrado, que parecia dispuesto para mortificacion de los fieles que alli orasen: recitó algunas preces y cantó, moderando cuanto podia la voz, dos o tres salmos penitenciales, interrumpidos por suspiros, lagrimas y sollozos, que le arrancaba el fervor que en él existaba la poesia divina. El caballero Escoces asistio con recogimiento y sincera piedad a estos actos de devocion, y sus ideas acerca de Teodorico habian mudado en tales terminos, que casi estaba por reverenciarlo por un santo, pareciendole que solo a un santo era dado sentir tan intimos afectos de piedad Cristiana, y egercer una vida tan mortificada y penitente; asi que, terminado aquel egercicio y habiendose levantado los dos, Sir Kenneth se mantubo en pié delante de Teodorico, como un discipulo en presencia de su maestro. El hermitaño continuó algun rato silencioso y absorto en sus meditaciones.

“ Mira en ese lugar apartado, hijo mio, le

dijo al fin: en él encontrarás un velo: traemelo.”

Obedeció Sir Kenneth, y en una pequeña abertura del muro, cubierta de una puerta, halló en efecto el velo que el hermitaño le pedia.

Cuando se acercó de nuevo a la luz, observó que el velo estaba desgarrado en algunas partes y manchado en otras de una composición de color oscuro. El anacoreta lo miró también, profundamente conmovido, en tanto extremo, que antes de poder dirigir la palabra al Escocés, tubo que dar lugar a que saliese un suspiro del pecho.

“ Proximo estás a ver por tus ojos, le dijo, el mas precioso tesoro que la tierra posee. ¡ Ah de mí que los míos no son capaces de tanta ventura! Empero, ¿ qué soy yo sino la vil y despreciable señal que indica al cansado navegante el puerto de descanso y seguridad? Yo señalo a los otros la dicha que no me es dado gozar. En vano he huido a las mas asperas rocas y a lo mas remoto del desierto. Mi enemigo me ha alcanzado; aquel de quien huyo ha asaltado mi fortaleza.”

Detubose al decir estas palabras, y volviendo el rostro al caballero, le dijo con voz firme y sonora : “ ¡ Traesme noticias de Ricardo de Inglaterra ? ”

“ Yo vengo, dijo el Escoces, del consejo de los príncipes Cristianos. El Rei de Inglaterra está enfermo y por esto no me ha honrado con sus órdenes.”

“ La contraseña,” exclamó el hermitaño.

Vaciló Sir Kenneth a esta demanda, volviendo a despertarse en su memoria las señales de insensatez que su huesped habia dado en su presencia ; mas cedió esta irresolucion al respeto que le imponia su virtud y santidad. “ Mi contraseña, dijo, es esta : *los reyes piden limosna al mendigo.* ”

“ Esa es en verdad, repuso Teodorico : ya te conozco. El centinela vela en puesto peligroso y desconfia del amigo y del contrario.”

Entonces echó a andar de nuevo acia el aposento de donde habia salido. El Sarra-ceno yacia en su lecho aun dormido, Teodorico se paró al pasar por su lado y lo miró atentamente.

“ Duerme, exclamó ; está en tinieblas y no debe ver la luz.”

La postura del Emir indicaba en efecto la mas profunda tranquilidad. Tenia un brazo sobre el cuerpo, ocultandole con la manga casi todo el rostro, que estaba medio vuelto a la pared, y dejandole tan solo descubierta la ancha y bien formada frente. Sus nervios, que parecian tan activos y fuertes cuando velaba, estaban inmoviles, como si el rostro fuera de negro marmol. Las largas y negras pestañas cubrian las penetrantes y fogosas pupilas. La mano abierta y floja, y la respiracion igual y suave daban indicios de la blandura de su sueño. Contrastaba noblemente su figura con las de los dos Cristianos, sumergido el uno en los estasis de su ascetica contemplacion, y movido el otro por la ansiosa curiosidad que exitaba en él, todo cuanto estaba viendo.

“ Duerme,” repitió el hermitaño en el mismo tono que antes, y continuando el sentido metafórico de sus palabras ; “ duerme en tinieblas, mas el rayo del dia brillará a sus ojos. ¡ O Ilderrim ! tus pensamientos son tan vanos y fragiles

como las fantasmas que vagan ahora por tu atargado cerebro : pero la trompeta ha de sonar, y habrá de disiparse el sueño.”

Dicho esto y hecha una señal al caballero, indicándole que lo siguiese, volvió a encaminarse al altar, y pasando por detrás de él, apretó un resorte, que abriéndose con estrepito, dejó descubierto un postigo de hierro, clavado en la pared con tanto arte, que hubiera sido necesario un menudo examen para descubrirlo. El hermitaño lo abrió de par en par, untó los goznes con el aceite de la lámpara y enseñó a su compañero una escalera, labrada en la roca viva, a la que el postigo daba entrada.

“Toma este velo,” le dijo con voz desfallecida y melancólica ; “ que no puedo, sin cometer un delito, contemplar el tesoro de que tus ojos van a disfrutar.”

El caballero sin atreverse a replicar, vendó los ojos a su conductor, el cual le dio la lámpara y empezó a subir con suma ligereza, como acostumbrado a penetrar en aquellos reconditos laberintos. Seguíalo el Escocés y ambos llegaron muy en breve a una bóveda de forma irre-

gular, en uno de cuyos ángulos terminaba aquella escalera, y otra arrancaba del rincón opuesto. En otro se veía una puerta, toscamente esculpida y adornada defendida por una fuerte reja de hierro, sujeta con clavos del mismo metal. A este punto se dirigieron los pasos del hermitaño, cuya agitación subía de punto a medida que a él se acercaba.

“ Descalzate, dijo el hermitaño; porque es santa la tierra que pisas. Destierra de lo más íntimo de tu corazón todo pensamiento carnal y profano, por que no hallan entrada en este sagrado abrigo, a menos de cometer una horrible impiedad.”

Descalzose Sir Kenneth, como se lo había mandado, y el hermitaño se mantuvo inmóvil, como arrobado en devota oración; después de lo cual dijo al caballero que diese tres golpes en la reja. Así lo hizo el cruzado, y abriéndose la puerta de por sí, quedaron suspensos sus sentidos al torrente de brillante luz, y a las nubes de perfumes suaves que de pronto percibieron. Retrocedió dos o tres pasos, y tardó algún tiempo en

recobrase de la violenta impresion que le habia hecho aquel repentino tránsito de las tinieblas a la luz.

Cuando entró en la pieza que encerraba este resplandor, vio que provenia de una multitud de lamparas de plata, alimentadas con purisimo aceite, y colgadas con cadenas del mismo metal del techo de una reducida capilla gotica. De las mismas lamparas emanaba aquella fragancia exquisita que habia percibido. La capilla estaba abierta en la roca viva, como todas las demas partes de la singular mansion del anacoreta. Mas en las otras piezas que Sir Kenneth habia visto hasta entonces, el trabajo empleado en la roca era por demas sencillo y tosco: no asi el de la capilla, en que se habian ocupado el ingenio y los cinceles de los mas diestros artifices. Sostenian por cada lado la puntiaguda boveda, seis esveltas columnas, labradas con el mas esmerado primor, y en la distribucion y enlace de los arcos que compartian la boveda, lucia en acertados ornamentos, toda la gala de la arquitectura de aquella epoca. En medio de cada dos co-

EL TALISMAN. 105

lumnas habia un nicho ; seis en cada lado, y en ellos estaban colocadas las estatuas de los doce apóstoles.

En el testero de Oriente, que era la parte mas elevada de la capilla, se alzaba el altar, y detras, cubierto con una cortina de seda de Persia, ricamente bordada de oro, un camarín o santuario, en el cual se imaginó el caballero estaria depositada la imagen o reliquia, en cuyo honor se habia erigido aquel templo, tan singular en su colocacion, como en su forma. Creyendolo asi, el caballero se adelantó acia el camarín, se arrodilló delante de él, y empezó a rezar con el mas sincero fervor ; mas mui en breve se distrajo su atencion al ver que la cortina se alzaba por una mano invisible. Entonces, en el nicho que quedó descubierto, vio un arca de ebano y plata, con dos puertas de oro, y curiosamente labrada, con los adornos de la arquitectura Gotica.

Mientras fijaba ansiosamente sus ojos en aquel rico tabernaculo, se abrieron de pronto las dos puertas, descubriendo un pedazo de madera sobre el cual se leia la inscripcion : VERA

CRUX. Al mismo tiempo se oyó un coro de voces de muger, que entonaba la antifona GLORIA PATRI. Cesó el suave canto, e inmediatamente se cerraron las puertas de oro, y cayó la cortina; mas Sir Kenneth permaneció arrodillado, delante del altar, y continuó en profundo recogimiento sus oraciones, dirigidas a la santa reliquia que se habia manifestado a sus ojos. Su alma quedó penetrada de un terror santo, al considerar que sus ojos habian sido testigos de aquella augusta prenda de la religion verdadera, y tan estatico fue su arrobó, que hasta largo rato despues de haber concluido, no osó buscar al piadoso varon que lo habia conducido a aquel sagrado y misterioso retiro. Descubriolo al cabo, cubierto aun con el velo que él mismo le habia atado, y postrado, como el leon dormido del desierto, en el pavimento de la capilla; mas sin atreverse a estampar en él los pies.

Su postura indicaba la mas humilde reverencia, y el remordimiento mas agudo y contrito; parecia que lo habia postrado y rendido el peso de una pasion amarga y poderosa, y que solo

EL TALISMAN. 107

siendo ésta efecto del arrepentimiento y del temor, podía haber subyugado un ánimo tan brioso, y un cuerpo tan animoso y esforzado.

Acercose Sir Kenneth al hermitaño, y ya iba a dirigirle la palabra, cuando previniendo éste su designio, exclamó con voz amortiguada, que al través de los pliegues del velo, sonaba como si saliese de un cavernoso sepulcro: “Aparta, detente; hombre bienaventurado. Aun no ha terminado la solemnidad.” Dicho lo cual, se alzó del suelo, retrocedió del sitio en que hasta entonces había permanecido postrado, y salió de la capilla, cerrando la puerta, cuyo resorte resonó en los ambientes de la bóveda. Quedó solo el caballero, sin otra arma que su daga, y sin otra compañía que sus devotos pensamientos, y su imperterrito valor. La puerta, en su parte interior, era tan semejante a las paredes de piedra de la capilla, que no era posible distinguirla, ni saber donde estaba la entrada.

Incierto de lo que podía ocurrir, pero resuelto a aguardar el curso de los sucesos, Sir Kenneth recorrió el solitario edificio hasta la hora de los primeros cantos del gallo. En aquel indeciso

momento de la lucha del día con la noche, oyó, aunque no pudo distinguir de donde salía, el sonido de una campanilla de plata, semejante a la que se toca en el sacrificio de la Misa, durante la elevación de la Santa Hostia. La hora y el sitio daban cierta impresión temerosa a los ecos del metal, en términos que el guerrero, aunque acostumbrado a graves peligros, se paró de repente y se retiró a los pies de la capilla, con el designio de observar, sin interrumpir ni ser interrumpido, las consecuencias de aquella señal inesperada.

A poco rato se descorrió la cortina, y quedó de nuevo patente la reliquia. Al tiempo de doblar humildemente la rodilla, oyó el canto de Laudés, entonado por las mismas voces que habían sonado en la ceremonia anterior: mas observó que aquellas voces no se mantenían siempre a la misma distancia, sino que continuaban oyéndose cada vez más distintamente, como si se acercasen al punto en que él se hallaba: hasta que abriéndose una puerta, tan disimulada como aquella por donde había sido introducido, y situada en la parte opuesta de la capilla, dio

salida al conjunto armonioso, que repitieron al punto los ecos de la boveda.

El caballero fijó la vista en la puerta, con anhelosa curiosidad, y continuando en su reverente postura, como el sitio y las circunstancias requerian, aguardó el resultado de aquellos preparativos. Entonces se ofrecio a su vista una procesion, que de la puerta pasaba a la capilla. Iban delante, de dos en dos, cuatro gallardos mancebos, cuyos desnudos brazos y pies, descubrian la tez bronceada de Oriente, puesta en contraste con las albas tunicas de que iban adornados. Los dos primeros llevaban incensarios, que agitaban de un lado a otro, aumentando con las emanaciones de estos, los perfumes que por todo el ambito de la capilla estaban esparcidos. Los segundos derramaban flores.

Seguian a los mancebos, en magestuoso orden, las mugeres que componian el coro ; seis, cuyos escapularios y velos oscuros, dispuestos sobre un ropage blanco, indicaban ser monjas del monte Carmelo : otras tantas, con velos blancos, como novicias, o huespedas, no ligadas con votos religiosos. Todas llevaban rosarios

en las manos ; los de las monjas eran de cuentas ; los de las otras de rosas blancas y rojas. La procesion dio vuelta a todo el circuito de la capilla, sin que llamase Sir Kenneth la atencion de ninguna de las personas que la componian, aunque tan cerca de él pasaron, que pudo tocar con sus manos las tunicas de las religiosas. El canto duró todo el tiempo de la procesion, y disminuuda algun tanto la primera impresion de sorpresa, que dio lugar a la reflexion, el caballero del Leopardo dormido, conocio ser aquel uno de los monasterios en que las doncellas Cristianas se dedicaban al servicio de Dios y de la iglesia. Al principio de la ocupacion de Palestina por los soldados de la Cruz, estas casas religiosas eran tan públicas como en los otros países Cristianos ; mas quedaron suprimidas con la reconquista de aquella provincia por los Sarracenos ; pero algunas religiosas, rescataron su libertad por medio de presentes, y otras la recibieron de la clemencia o del desprecio de los vencedores, y continuaron observando, en ocultos retiros, las prácticas religiosas a que se habian consagrado. A pesar de estar instruido Sir

Kenneth de estas circunstancias, la magestad del templo y de la hora, la aparición inesperada de aquella solemnidad, la pausa y recogimiento que las religiosas observaban, de tal modo conmovieron sus sentimientos y su imaginación, que estuvo por espacio de algunos momentos sin poder resolverse a creer que eran criaturas mortales, pues más bien parecían seres de un orden superior y privilegiado, que habían bajado a la mansión del hombre, a tributar homenaje al objeto universal de la adoración del universo.

Tal fue la primera idea del atonito Escoces al ver pasar aquellas desconocidas, en lenta y ordenada procesión; tan recogidas e inmóviles, que vistas al través del espeso humo de incienso que oscurecía la luz de las lámparas, parecían moverse, no ya con pasos ordinarios, sino por alguna fuerza invisible y uniforme.

En la segunda vuelta que dio la devota comitiva al rededor del templo, al pasar junto al sitio en que Sir Kenneth estaba arrodillado, vio caer muy cerca de sí un pimpollo del rosario que en sus manos llevaba una de las doncellas de velo blanco; cuyo accidente produjo en él

una impresion semejante a la que hubiera hecho un dardo arrojado a su persona ; porque cuando exaltan la mente pensamientos elevados, y sensaciones nuevas y grandiosas, cualquier circunstancia inesperada, por pequeña que sea, da mayor impulso al vuelo en que se ha remontado la imaginacion. Procuró sin embargo recobrase de su sorpresa, considerando cuan indiferente y casual era en sí mismo aquel suceso, en el cual no hubiera fijado la atencion, si no lo hubiera hecho notable la uniformidad y mesura de toda la ceremonia.

No obstante lo cual, al pasar tercera vez la procesion en torno de la capilla, los pensamientos y los ojos de Sir Kenneth, se fijaron exclusivamente en la novicia que habia dejado caer el pimpollo de su rosario. Ni su porte, ni su estatura, ni su aspecto se diferenciaban de los de las otras que con ella iban ; asi que era imposible distinguirla de las demas, sino por el puesto que ocupaba en la procesion ; empero, impulsado quizas por la secreta voz de la simpatia, al acercarse tercera vez acia él la segunda novicia de la fila derecha, se agitó violentamente el co-

EL TALISMAN. 113

razon de Sir Kenneth, a guisa de ave aprisionada que procura romper sus hierros, como si en aquel ser misterioso viera la dama que su afecto preferia, no solo a las presentes, sino a todas las de la tierra. La pasion del amor, no solo altamente encarecida, sino impuesta como deuda y obligacion por los usos y leyes de la orden de Caballeria, se hermanaba intimamente con los afectos de devocion, que egercian igualmente un influjo poderoso en los animos de los caballeros. Fomentabanse reciprocamente, lejos de contrariarse, aquellos dos sentimientos y los del cruzado esperimentaron una conmocion extraordinaria, cuando la procesion empezó el tercer giro, esperando que la que, segun sospechaba, le habia hecho aquella primera seña, la repitiese al aproximarse a su sitio. Aunque era corto el espacio que la procesion tenia que recorrer, parecióle un siglo al Escoces el tiempo que tardó en llegar desde el testero hasta el puesto en que él se hallaba ; mas entonces, la misma persona, que no habia hecho mas que seguir el paso de las otras, descubrio una pequeña y bien proporcionada mano, cuya lindeza y albura indicaba

114 EL TALISMAN.

las raras perfecciones del cuerpo a que pertenecía, y separando ligeramente el velo que la cubría, como el rayo de la luna, que en la tranquila noche de verano, rompe por medio de la nube, dejó caer otro pimpollo junto a las rodillas del caballero del Leopardo.

No era dable atribuir esta repetición a efecto de la casualidad, ni podía ser casual tampoco la semejanza entre aquella mano y otra en que el caballero había estampado una vez su enardecido labio, jurando lealtad eterna a su amable dueño. Corroboraba además sus conjeturas el brillo de un hermoso rubí, que en el blanco dedo de la dama resplandecía, y cuyo inapreciable valor era de menos estima a sus ojos que una señal de la mano que realzaba su esplendor; además de que, el velo no le había estorbado distinguir, sea casualmente, o por favor de la que lo llevaba, una negra trenza de cabellos, cada uno de los cuales valía más en su aprecio que una cadena de oro macizo. Era la dama de sus pensamientos: pero que se hallase en aquel remoto sitio, en aquel aspero y bárbaro desierto, entre aquellas retiradas doncellas que se sepul-

taban en vida en las entrañas de la tierra, para practicar en secreto los ritos Cristianos que no osaban practicar abiertamente; que todo esto acaeciese en verdad y realidad, parecia increíble a Sir Kenneth; mas bien parecia un sueño engañoso, una pasajera ilusion de la destemplada fantasia. Mientras lo confundian y agitaban estos encontrados pensamientos, la procesion empezó a salir de la capilla, por la misma puerta por donde en ella habia entrado. Los acolitos, las religiosas profesas se desvanecieron sucesivamente; mas al poner el pie en el tránsito, la que le habia dado aquellos dos testimonios de atencion y memoria, volvió ligeramente la cabeza acia el sitio en que el cruzado habia permanecido, inmovil como una estatua de las que adornaban la capilla. Sus ojos la siguieron hasta que hubo desaparecido de un todo, y entonces, su alma quedó sumergida en una oscuridad, no menos profunda que la que percibieron en seguida sus sentidos, pues apenas habia pasado el límite de la puerta la ultima de las de velo blanco, y cerradose aquella con golpe estrepitoso, cesó de repente el religioso canto, y

quedaron a un mismo tiempo apagadas todas las luces, y Sir Kenneth se vio solo, y envuelto en profundas tinieblas. Pero no se curaba el acendrado caballero ni de la oscuridad, ni de la soledad, ni de su incierta y estraña situación; ni de cosa alguna se curaba, salvo aquella repentina visión que ante sus ojos había pasado, y de las prendas de favor que de ella había recibido. Arrojóse al suelo a tomar los dos pimpollos que habían caído de sus manos; aplicólos a sus labios; apretólos al seno, uno a uno, y los dos juntos; besó el mármol frío, en que había estampado el pie la que imperaba en su corazón, y se abandonó a otros extremos y extravagancias, que las pasiones vehementes arrancan a los que a ellas se someten, y que en todos los siglos y naciones han sido mudos intérpretes del amor. Mas era rasgo característico de las costumbres de aquellos tiempos, que el caballero enamorado, por violentos que fuesen los raptos de su afecto, se abstuviese de seguir y molestar a la dama que de ellos se había apoderado, considerándola como una deidad que se digna mostrarse a veces al mortal que la adora, para volver

despues a la oscuridad de su santuario ; o como un astro de superior influjo, que lanza en instante propicio, un rayo de favor y de esperanza, y se envuelve en seguida en el nebuloso velo que lo circunda. La dama de su amor era un ser elevado, dueño absoluto de sus afectos y movimientos, a cuyo arbitrio estaba animarlo y colmarlo de ventura con su vista, o affigirlo y atormentarlo con su ausencia ; exaltarlo con una ligera muestra de compasion, o conducirlo a la desesperacion con su crueldad. Libre era y soberana, no sujeta a otras leyes que a las de su alvedrio, y solo era lícito al caballero que en ella habia fijado sus atrevidos pensamientos, consagrarle los afectos de su corazon y las hazañas de su acero, obedecer sus mandatos, y darle fama y nombradía con sus proezas.

Tales eran las leyes de la Caballeria, y las del amor, que tanto imperio egercian en aquella orden. Pero en el afecto de Sir Kenneth se reunian otras circunstancias que contribuian a hacerlo todavia mas humilde, mas reservado, y mas comedido. Jamas habia oido el sonido de la voz de su dama, aunque muchas veces se

habian deleitado sus ojos en la contemplacion de su belleza. Tan elevada era la esfera en que la colocaba su nacimiento, que el título de Caballero no bastaba a darle entrada en él; y aunque altamente acreditado, nombrado y distinguido por sus hechos y destreza militar, el pobre guerrero Escoces estaba separado del objeto de su adoracion, por no menor distancia que la que separa al Persa del astro que adora. Más ¿cuando se encumbran tanto los ojos de una muger que no basten a distinguir al amante apasionado, por baja y humilde que sea su condicion? Sus miradas lo habian seguido en el torneo; a sus oidos habian llegado las glorias que adquiria en sus continuos encuentros y batallas, y mientras imploraban su gracia condes, duques y magnates, todos sus pensamientos se fijaban, quizas involuntariamente y sin notarlo ella misma, en el caballero del Leopardo, que para sostener el lustre de su nombre, con poco mas podia contar que con el auxilio de su espada. Cuanto veia y escuchaba, alentaba y daba mayor fuerza a esta parcialidad o preferencia, a cuyos principios no fue parte a oponerse su ra-

EL TALISMAN. 119

zon. Cierta es que las prendas personales del Escoces eran tales que las damas de la corte militar de Inglaterra le daban la palma entre todos los caballeros que a ella concurrían, y aunque los soberanos y proceres recompensaban con espléndida magnificencia los elogios de los trovadores, a veces resonaban en sus harpas los loores y el heroísmo de aquel esforzado guerrero, que no podía dar en galardón del aplauso, ni brillantes galas, ni ricos y vistosos palafrenes.

Los encomios y alabanzas de su amante, se hacían cada vez mas gratos a la esclarecida y orgullosa Edit, aliviandola del fastidio de la lisonja que continuamente la molestaba, y presentando a sus secretos pensamientos un objeto mas digno, segun la fama comun decia, que los que en gerarquía y bienes de fortuna le sobrepujaban. A medida que sus pensamientos se vinculaban, constante, aunque recatadamente en Sir Kenneth, se convencía mas y mas del vivo afecto que éste la profesaba, y mas y mas se penetraba de la idea, que el caballero Escoces era el mortal que los astros le habían designado para llegar con ella, al través de males y peli-

gros, al término y objeto final de aquella terrible pasión que los poetas del siglo describían como dominadora universal del mundo, y a la cual los usos y sentimientos que a la sazón prevalecían en las cortes de Europa daban el mismo valor e importancia que a la devoción y celo religioso.

No disfracemos la verdad de los hechos a nuestros lectores. Cuando Edit llegó a conocer el giro que su inclinación había tomado, aunque luchaban en su interior los sentimientos arrogantes correspondientes a su ilustre origen, que la acercaba a la prosapia de los monarcas de Inglaterra, con la satisfacción que la causaba el mudo aunque perenne homenaje del caballero a quien sus afectos daban la preferencia, momentos hubo en que los impulsos de amor se estrellaron contra los estorvos que le oponían la gerarquía y el linaje, y en que le causaba enfado la timidez de su amante, que no parecía resuelto a vencerlos ni sobrepujarlos. La alta consideración y el humilde acatamiento debidos a su esclarecida sangre, trazaban en torno de ella un círculo mágico, fuera de el cual era lícito

EL TALISMAN. 121

al caballero del Leopardo reverenciarla y servirla, mas cuyos límites no podía traspasar, a guisa de espíritu maligno a quien veda el poderoso nigromante hollar la línea dibujada por su vara prodigiosa. Dejóse dominar involuntariamente por la idea de ser ella quien debía dar los primeros pasos, aunque no fuera mas que estampando la punta de su breve y nevado pié fuera del linde señalado: pues para un amante tan reservado y tímido como el suyo, bastantes esperanzas daba, y sobrado favor era la mas insignificante y ligera distincion. Egemplos habia habido en su tiempo que autorizaban semejante resolucion, y entre otros el de la hija del Rei de Hungría, que tan generosamente habia dado aliento y fomentado los deseos de un caballero de humilde grado; cuanto y mas, que ella, aunque de sangre real, no era hija de rei, ni era humilde el grado que Sir Kenneth habia alcanzado en la profesion de las armas, y orden de Caballería; asi que no era tan insuperable la barrera que se oponía a la satisfaccion de sus mutuos deseos. Sin embargo, aquel modesto orgullo que en el pecho de las doncellas pone grillos a

los desahogos del amor, la impedía, a pesar de su condición elevada, poner en ejecución su designio. Tocaba en efecto al caballero romper el silencio que hasta entonces entre los dos había reinado. Sir Kenneth era de índole modesta y recatada; honrado por demás y comedido; dotado de todas las prendas y perfecciones que Edit podía desear en un amante, y sobre todo de aquella circunspección respetuosa que a sí mismo y a la dama de su afecto se debía, mas en su presencia se consideraba ella como la imagen de una divinidad que recibía sus adoraciones sin parecer sensible a ellas ni dignarse darles respuesta; y que se degradaría dando un paso fuera del pedestal, como si diese a entender al que postrado la reverencia y acata, que era de inferior naturaleza, y de vulgar y terrena condición.

Mas el obcecado idólatra que se humilla ante la imagen material del numen de su creencia, descubre a veces, por que así se lo pinta la fantasía, señales de aprobación en las rígidas e inmóviles facciones de un busto de mármol, y no es extraño que Sir Kenneth hubiese traslucido

EL TALISMAN. 123

alguna de estas propicias indicaciones en los ojos elocuentes de Edith, cuya belleza consistía mas bien en la facilidad y viveza de la expresión, que en la lozania y esplendor de su complexion, y en la regularidad de las formas. Habiale en efecto dado algunos vislumbres de predileccion y esperanza, y no de otro modo hubiera podido Sir Kenneth reconocer tan prontá y séguramente la linda mano, de la que solo dos dedos habia descubierto el velo blanco y tupido que la cubria, ni atribuir la caída de dos flores, arrojadas sucesivamente en el mismo sitio, a demostracion de aprobacion y de benevolencia. No toca al autor, cuya edad avanzada se aviene mal con asuntos amorosos, especificar la serie de gestos y miradas, mudo lenguaje de amor, que habian dado origen a la inteligencia que entre Edith y el caballero Eusebio reinaba. Estos vestigios del afecto, productos naturales del instinto, solo pueden ser entendidos y descifrados, por los que se hallan en edad de experimentar su influjo. Basta que existiese aquella reservada comunicacion entre dos personas que

jamás se habían dirigido mutuamente la palabra ; aunque es justo añadir que la inclinación de Edit se hallaba refrenada y comprimida por el recelo de las dificultades y peligros que necesariamente le habían de salir al encuentro si llegaba a progresar y arraigarse en su corazón ; y la pasión del caballero lo estaba del mismo modo por un cúmulo de dudas y temores, entre los cuales, el que más lo detenía, era el de haber interpretado demasiado favorablemente, y con sobrada estima de sí mismo, aquellas ligeras muestras de su dignación y bondad, interrumpidas por largos intervalos de frialdad aparente, durante los cuales, la noble doncella, o temerosa de excitar sospechas, o de empeñar a su amante en disgustos y peligros, o de desmerecer en su aprecio, le demostraba la mayor indiferencia, y ni siquiera fijaba en él sus miradas.

Esta narración por molesta que parezca a nuestros lectores, es necesaria para la inteligencia de la historia, y para explicar la situación en que se hallaban los dos amantes, y las

EL TALISMAN. 125

relaciones, si este nombre merecen, que entre ellos existian, cuando la inesperada y repentina aparicion de Edit en la capilla produjo tan notable efecto en los sentimientos de Sir Kenneth el del Leopardo.

CAPITULO V.

4.

PERMANECIO éste de rodillas por espacio de una hora, enmedio del profundo silencio y de la impenetrable oscuridad que reinaban en la capilla, dando gracias al cielo y a su dama por los últimos favores que de la mano de ésta había recibido. Poco le había importado hasta entonces su propia seguridad, y no mucho el destino que la suerte le reservaba : mas en la ocasión presente, tanto como un grano de arena pesaban en la balanza de su mente aquellas consideraciones. Sus pensamientos no salían mas allá de la esfera en que se hallaba, y ¿qué mas podía apetecer en el mundo que encontrarse cerca de Edit, haber recibido prendas de su memoria, y estar en un lugar santificado por las mas venerables reliquias ? Un soldado de Cristo, un amante fiel y verdadero en nada debía pensar sino en sus obligaciones para con Dios y para con su dama.

N.E.T. 4. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:
Their necromantic forms in vain/ Haunt us on the tented plain; We bid these spectre shapes avaunt,/ Ashtaroth and Termagaunt. WARTON.

Sus formas nigrománticas en vano/ erraban por entre las tiendas del llano./
Nosotros alejamos las formas vacilantes,/ Astaroth y Termagante.
Warton.
[Suero Roca, T., op. cit., 79].

EL TALISMAN. 127

Apenas había terminado la hora que el caballero Escoces había pasado entregado a estas reflexiones, resonó en torno de la boveda de la capilla un agudo silvido, semejante al que usa el halconero para llamar a su ave ; sonido en verdad nada correspondiente a aquel lugar, y que recordó al caballero cuan necesaria era la precaucion en escena tan nueva y desconocida. Levantóse de pronto y echó mano al arma que consigo llevaba. Al silvido sucedio otro rumor no menos extraordinario, que era como el rechinar de tornillos y garruchas, y de pronto se notó una luz que salió de debajo del pavimento ; lo que denotaba tener ésta un portalon o escotilla, que se abria a la sazón. No tardó en presentarse por aquella abertura, un brazo largo y descarnado, desnudo en parte, y en parte cubierto de una tela color escarlata ; llevaba en la mano la lampara que había dado aquella luz, levantandola hasta toda la altura que el brazo podía alcanzar ; y tras el brazo se vio subir poco a poco, hasta el suelo del templo, el cuerpo a que pertenecía. La estatura y el rostro de esta inesperada persona eran de un feísimo enana

Adornaba su enorme cabeza una gorra, estrañamente engalanada con tres plumas de pavon. Era el traje de brillante escarlata, cuya riqueza daba mayor realce a la deformidad de la persona, y completaban su fantastico atavio, brazaletes de oro, y una daga, con puño del mismo metal, que pendia de un cinturon de seda blanca. Este singular personage llevaba en la mano derecha una especie de escoba, y apenas saltó de la abertura por donde habia salido, se quedó parado, como para dejarse ver mas distintamente, moviendo entretanto la luz al rededor de sus irregulares facciones, y sus desproporcionados, aunque fornidos miembros. Aunque monstruoso en toda su persona, el enano parecia estar dotado de vigor y agilidad. Sir Kenneth contemplaba atonito este desagradable obgeto, y se le ocurrio la creencia vulgar de los vestiglos, o espíritus terrenos, habitantes de las cavernas de la tierra : por lo que hallarido tanta semejanza entre la figura que entonces estaba viendo, y las ideas que dominaban en la opinion vulgar acerca de aquellos seres ideales, miró al enano no solo con disgusto y con miedo;

mas tambien con aquel pavor que la presencia de una criatura sobrenatural debe infundir en los corazones mas intrepidos y arrojados.

El enano silvó segunda vez, llamando de su misma habitacion subterranea a otra figura que no le cedia en fealdad. Esta segunda aparicion subio del mismo modo que la primera; descubriendo un brazo de muger, que sacaba otra lampara de las tinieblas inferiores, y una figura femenina, que saltó al pavimento de la capilla, y que tenia mucha semejanza con su compañero en estatura y proporciones. Su ropage era tambien de escarlata, estravagante en su corte y adornos, como los que usan en sus danzas los saltarines y comediantes; y con la misma pausa y menudencia que habia empleado su predecesor, paseó la lampara por sus facciones y persona. Mas a pesar de este aspecto desagradable, notabase en ambos rostros un indicio seguro de extraordinaria agudeza y penetracion; a saber, unos ojos brillantisimos, cubiertos de largas y negras pestañas, que formaban un raro contraste con lo horrible de la persona.

Sir Kenneth permanecia inmovil, mientras

aquella monstruosa pareja, daba la vuelta, sin separarse, a la capilla, ocupandose en barrerla y asearla ; mas como solo se servian de una mano, tardaron largo rato en aquella operacion, la que desempeñaron con ridiculos gestos y contorsiones, propios y correspondientes a su extraño y desacordado aspecto. Cuando llegaron cerca del caballero, continuando su tarea, la suspendieron de pronto y al mismo tiempo, y se colocaron enfrente de él, uno al lado de otro, moviendo como antes lo habian hecho las luces que llevaban, con intencion sin duda de que aquel desconocido observase mas menudamente sus facciones, que no por estar mas proximas parecian menos feas, y notáse la extraordinaria prontitud con que sus ojos se movian, reflejando en todo su esplendor el brillo de las lamparas. Hecho lo cual, dirigieron ambas luces acia el caballero, y habiendolo menudamente examinado, se miraron uno a otro, y rompieron en estrepitosas carcajadas. Este sonido era tan nuevo para Sir Kenneth, que al oirlo retrocedio algunos pasos, y les preguntó con voz pronta y alterada quienes eran los que profanaban aquel

EL TALISMAN. 131

santo sitio con tan indecentes visages y exclamaciones.

“Yo soi el enano Nectabano,” dijo el mal configurado varon, en voz correspondiente a su talante, y mas parecida al ahullido del ave nocturna, que a ningun otro sonido de los que se oyen mientras el sol ilumina la tierra.

“Y yo soi Ginebra, su señora y su amor,” dijo la hembra, con chillido mas agudo y mas aspero que el de su compañero.

“¿Y qué haceis aqui?” volvió a preguntar el caballero, dudando todavia si eran criaturas humanas las que tenia a la vista.

“Yo soi,” respondió el enano, revistiendose de gravedad y compostura, “el duodecimo Iman, Mahomed Mohadi, guia y conductor de los creyentes. Cien caballos están siempre ensillados para mi acompañamiento, en la Santa ciudad, y otros tantos en la ciudad del refugio. Yo soi el que ha de dar testimonio, y ésta una de mis houries.”

“Mientes,” exclamó la enana, interrumpiendo a su compañero, y esforzando su voz chillona; “yo no soi ninguna de tus houries, ni tú eres de

la casta infiel de ese Mahomed de quien hablas.
¡ Maldiga el cielo su ataud ! Digote, asno de
Isacat, que tú eres el rei Arturo de Bretaña, a
quien las hadas arrebataron del campo de Avalon,
y yo soi la dama Ginebra, que tanta nombradía
tiene por su hermosura.”

“ Cierta es, noble señor, dijo el enano, que los
dos somos unos principes desventurados, prote-
gidos antes por el rei Guido de Jerusalem, y mo-
radores de sus estados, hasta que se vio arrojado
de ellos por esos perros de infieles, que el fuego
de Dios consuma.”

“ Silencio,” gritó una voz que salía de la puer-
ta por donde el caballero habia entrado : “ fuera
de aqui, menguados ; nada mas teneis que hacer
en este sitio.”

Apenas oyeron este mandato los enanos, se
hablaron uno a otro en dircorde murmullo, apa-
garon al mismo tiempo las dos luces, y dejaron
al caballero en la misma completa oscuridad
que antes, a que sucedio un no interrumpido
silencio, cuando dejaron de oirse los pasos que
daban al retirarse a su mansion subterranea.

El caballero se sintio aliviado de un gran

peso, viendose libre de la compañía de dos seres que solo inspiraban horror. Por su lenguaje, modales y apariencia, no dudó que pertenecian a aquella clase degradada de personas destinadas por su deformidad exterior y por la limitacion de sus alcances, a vivir como obgetos de curiosidad en las casas de los grandes señores, donde servian de burla y diversion a los criados de la familia. No era el caballero Escoces superior bajo ningun aspecto a las ideas y costumbres del tiempo en que vivia, y en otras ocasiones, se habia divertido, como era entonces comun, con las chocarrerias y bufonadas de estos remedos de la humanidad : mas en la ocasion presente su aparicion, su gesticulacion y su lenguaje, rompio el hilo de las serias y graves meditaciones en que se hallaba sumergido : por lo que le fue de mucha satisfaccion su ausencia.

Pocos minutos despues que se hubieron retirado, abriose lentamente la puerta por la que habia entrado Sir Kenneth, y quedando descubierto el tránsito que en ella terminaba, distinguió el palido resplandor de una linterna que estaba colocada en el suelo. A su dudoso y va-

cilante reflejo, pudo percibir un objeto sombrío, reclinado fuera de la puerta; al cual se acercó cautelosamente, y reconoció al anacoreta, prostrado en la misma actitud en que lo había visto antes, y en que probablemente se había mantenido, durante todo el tiempo que su huésped había pasado en la capilla.

“ Todo está concluido,” dijo el hermitaño, conociendo por el ruido de los pasos que se le acercaba Sir Kenneth. “ Tiempo es de que se retiren de este sitio el mas miserable de los pecadores, y el que por mas feliz y honrado debe tenerse que los mas altos magnates y reyes de la tierra. Toma la luz, y guíame por la bajada, puesto que no me es dado descubrir los ojos hasta hallarme lejos de este lugar venerable.”

Obedeció sin osar desplegar los labios el caballero Escoces, en quien la admiración de todo lo que había visto, imponía silencio a los impulsos de la curiosidad. Echó a andar, guiado a Teodorico, con notable acierto, por los intrincados rodeos y escaleras por donde había venido, hasta llegar a la celda exterior de la caverna del hermitaño.

“ El reo se ha restituido a su calabozo; de un día a otro se difiere su suplicio, hasta que venga el juez terrible que ha de señalar la ejecución de la bien merecida sentencia.”

Esto dijo el hermitaño, despojándose del velo que lo cubría, el que estuvo después contemplando algún rato, y lanzando profundos suspiros. Volviólo a guardar en el sitio de donde el Escocés lo había sacado, y dirigiéndose a éste, le dijo en tono apesadumbrado: “ Retírate; duerme; anda a descansar. Tú puedes dormir: yo no, que ni puedo ni debo.”

El caballero se retiró a la celda interior, resoplando la agitación de su huésped; mas después volviendo el rostro atrás, vio al anacoreta desnudarse precipitadamente de su rústico traje, y antes que pudiera cerrar la endeble puerta que separaba las dos divisiones de la caverna, oyó el chasquido del azote en las espaldas de la víctima, y los sollozos que del penitente arrancaba aquel sangriento y voluntario castigo. Y se estremeció y horrorizó por cierto, reflexionando cuanta debía ser la gravedad del delito, y cuán amargo el remordimiento que tan dura mortifi-

cacion no bastaba à satisfacer ni calmar. Rezó devotamente sus acostumbradas oraciones, y despues de haber echado una ojeada al Moro, que continuaba durmiendo, se reclinó en el duro lecho, donde el cansancio que las variadas escenas del dia y de la noche debia producir, le proporcionó mui en breve un sueño tan tranquilo como el de la infancia. Al despertar por la mañana tubo con el hermitaño ciertas pláticas sobre asuntos de importancia, de cuyas resultas se vio obligado a detenerse dos dias en la caverna ; y en ellos, aunque cumplió escrupulosamente con las piadosas obligaciones de peregrino, no le fue dado entrar de nuevo en la capilla en que tan extraordinarios sucesos habia presenciado.

CAPITULO VI.

5.

MUDEMOS ahora de escena con nuestro lector, y pasemos de la soledad montañosa del Jordan al campo del Rei Ricardo de Inglaterra, asentado entonces entre Ascalon y San Juan de Acre, y en que se hallaba el egército que aquel monarca, mas conocido por su sobrenombre de Corazon de Leon, habia prometido conducir en triunfo a los muros de Jerusalem. Y es de creer que hubiera realizado su promesa, si no se lo hubieran estorvado las envidias de los principes Cristianos que habian tomado parte en la misma expedicion, y el enojo que en ellos producian la indomita altanería del monarca Ingles, y el desprecio con que miraba a los otros soberanos; los cuales eran iguales suyos en gerarquia, mas no asi en valor, en arrojo y en las demas prendas que constituyen al gran capitan. Estas discordias y reyer-tas, y especialmente las que se suscitaron entre Ricardo y Felipe de Francia, alzaron poderosos

N.E.T. 5. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

Now change the scene--and let the trumpets sound,/ For we must rouse the lion from his lair. OLD PLAY.

Ahora la escena se transforma: que suenen las trompetas porque tenemos que despertar al león en su caverna.

Comedia antigua.

[*Suero Roca, T., op. cit., 86*].

ostaculos a las activas medidas propuestas por aquel heroico aunque impetuoso caudillo, de cuyas resultas se disminuian diariamente las filas de los cruzados, y desertaban de ellas, no solo individuos, sino tercios enteros, con sus gefes feudales a la cabeza; los cuales se apresuraban a abandonar la empresa de que no esperaban éxito favorable.

Fue ademas funesto, como sucede por lo comun, el influjo del clima a los soldados del Norte; a todo lo cual se agregaba la vida disoluta y viciosa de los cruzados, que ofreciendo un singular contraste con el objeto que les habia puesto las armas en la mano, facilitaba y aumentaba los estragos del exesivo calor y de los maleficos rocíos. Ni debe omitirse, entre las causas del desaliento general, el respeto que infundian las armas contrarias. Saladino, el mas illustre de cuantos principes se recuerdan en la historia de Oriente, habia conocido, a costa suya, que sus soldados armados tan a la ligera, no eran parte a resistir el choque de aquellos hombres de hierro, asi como le habia proporcionado grandes escarmientos el caracter empren-

EL TALISMAN. 139

dedor de su antagonista Ricardo. Pero si sus egercitos habian sido mas de una vez arrollados, y sufrido terribles descalabros, el número le daba grandes ventajas en las correrias y escaramuzas, que no siempre podian evitar los Cristianos. A medida que disminuian las tropas de los invasores, mas continuas eran las empresas de Saladinó, en este modo de guerrear. Circundaban y asediaban los reales de las huestes Europeas, nubes de prestisimos y bien armados gnetes, que, como enjambre de abejas, eran facilmente destruidos, si se lograba darles alcance, pero que tenian alas para eludir las fuerzas superiores, y sangrientos agujones para herir y atormentar. Continuamente se encontraban los puestos avanzados y las partidas de forrage; interceptabanse los convoyes; cortabanse las comunicaciones, y en estos ataques se perdian muchas vidas preciosas, sin ganar ventaja alguna importante. A costa de su propia vida compraban los Cruzados los medios de sostenerla; y el agua era como la del pozo de Bethlehem, tan suspirada por David, la cual solo podia conseguirse derramando sangre.

Aligeraba en gran manera el peso de estos males la inapeable fortaleza, y la incansable actividad del Rei Ricardo, el cual, acompañado de sus mejores guerreros, estaba siempre a caballo, pronto a reparar el daño donde quiera que ocurría, y muchas veces, no solo llevando inesperados socorros a los Cristianos, sino derrotando a los infieles cuando mas seguramente contaban con la victoria. Mas ni aun la ferrea complexion de Corazon de Leon podia sobrellevar, sin espermentar fatales resultados, las alternativas de un clima tan insalubre y mortifero, unidas a los incesantes esfuerzos del cuerpo y del espiritu. Sobrevinole una de aquellas fiebres lentas y destructoras, que son tan comunes en Asia, y a despecho de su indomita constancia, y de su aun mas indomito brio, no solo le fue imposible montar a caballo, sino que ni aun pudo asistir a los consejos de guerra, que de cuando en cuando celebraban los cruzados. No era facil conocer si exasperaba o mitigaba el padecer de Ricardo, la resolucion que habia tomado el consejo, de pactar una tregua de treinta dias con el Soldan Saladino, porque, por un lado lo

llenaba de despecho y de impaciencia, la dilación que esta medida ocasionaba a los progresos de su expedición y a la ejecución de sus planes; y por otro, lo consolaba algún tanto la seguridad de que los otros guerreros no podían conseguir gloriosos laureles, entanto que él se hallaba ocioso y postrado en el lecho.

Mas lo que de ningún modo podía sobrellevar ni contemplar sin enojo el Corazón de Leon, era la inactividad general que prevalecía en el campo de los Cristianos, desde que su enfermedad empezó a presentar síntomas graves. Lo poco que podía averiguar por los informes que le daban con rodeos y medias palabras sus asistentes, le hacía conocer que sus huestes se abatían y desalentaban a medida que subía de punto su dolencia, y que los caudillos del ejército de la Cruz empleaban el intervalo de la tregua, no ya en reclutar nuevas fuerzas, en reanimar su valor, en estimular y aguijonear sus deseos de conquista, preparando un pronto y determinado ataque a la Santa Ciudad, que era el objeto de su expedición, sino en asegurar y defender el campo que sus reducidas tropas ocupaban, guarecien-

dolo de trincheras, empalizadas y otras fortificaciones, como si se preparasen a rechazar el choque de un poderoso enemigo, tan pronto como las hostilidades comenzasen, mas bien que a ponerse en la actitud que les correspondia de invasores y de vencedores.

Enfureciase y bramaba el Rei de Inglaterra, cuando estas noticias llegaban a sus oidos, a manera de aprisionado leon que está viendo su presa al través de las rejas de su jaula. La irritabilidad de su caracter, la impetuosidad de su indole, estallaban a veces, a pesar del abatimiento de sus fuerzas fisicas. Habianle cobrado miedo sus familiares y servidores, y hasta los medicos que lo asistian se negaban a revestirse de la autoridad que necesariamente deben egercer en sus pacientes los que practican aquella profesion. Quien unicamente osaba arrosrar los desahogos de su colera, era uno de sus barones, que lo miraba con el mas tierno cariño y aficion, y que quizas a efecto de su disposicion que congenaba con la del Rei, se oponia con serenidad y firmeza a su voluntariedad y destemple, atreviendose a estas pelgrosas dispu-

EL TALISMAN. 143

tas, tan solo porque estimaba la vida y el honor de su soberano, mucho mas que el favor de que éste podia privarlo, y mucho mas que los inconvenientes a que se esponia, contrarrestando los caprichos de un enfermo tan intratable, y cuyo enojo era tan terrible.

Sir Tomas era Señor de Gilsland, en el condado de Cumberlandia : pero como en aquellos, tiempos incultos y alborotados, no se observaba en los titulos y dictados, la misma puntualidad que en el dia, los Normandos lo llamaban el Lord de Vaux, y los Sajones, que se envanecian de la sangre que circulaba en las venas de aquel personage, le daban el dictado familiar de Tomas, o Tom del Angosto Valle, con alusion al nombre de uno de los vastos y ricos estados que poseia.

Este caudillo habia peleado en casi todas las guerras que habia sostenido su pais, ora con los Escoceses, ora con los diferentes partidos y facciones que tantas veces habian alterado su reposo, y sembrado el territorio ingles de desventuras y miserias, distinguiendose en todas ocasiones por el acierto de sus medidas y por las

hazañas de su valor. Sus modales eran las de un soldado tosco y desaliñado; violento en sus salidas; negligente en su porte; taciturno, y aun con visos de grosero en la conversacion; ageno de todo artificio cortesano, y de toda urbana y suave condescendencia. Sin embargo, los que lo estudiaban de cerca, y creian haber descifrado su caracter, eran de opinion que aspiraba a grandes cosas, mientras menos cuidadoso parecia de la opinion agena: que su conducta era un sistema de astucia y de artificio, y que la semejanza que se notaba entre su indole precipitada y temeraria, y la de Ricardo, no era mas que un medio para atraerse el afecto y la confianza de este monarca, y allanar el camino a sus osados y ambiciosos pensamientos. Mas a pesar de todo, ninguno de los otros cortesanos pretendia rivalizar con él, en la peligrosa tarea de asistir a un enfermo, cuyo mal era, segun los medicos, contagioso, y especialmente siendo este enfermo Ricardo de Inglaterra, aquejado por la furiosa impaciencia de un soldado, privado de las ocasiones de adquirir mayor gloria, y por el ceñudo descontento de un Rei despojado de su

EL TALISMAN. 145

autoridad. Los soldados del ejército Inglés creían generalmente que De Vaux asistía al Rey como a un amigo y compañero, con aquella honesta y desinteresada franqueza común entre soldados que arrostran juntos los peligros de la campaña.

Al declinar de uno de aquellos ardorosos días que inflaman el cielo de Asia, reposaba Corazón de León en su lecho, no menos abrumado por las penas de su espíritu, que por la dolencia que lo había postrado. La fiebre y la impaciencia aumentaban la viveza de sus grandes ojos azules, de suyo brillantes, expresivos y fogosos, los cuales relucían entre las mechas desordenadas de sus rubios cabellos, como los últimos rayos del sol, al través de las nubes borrascosas que sus reflejos doran y matizan. Notábanse en sus facciones varoniles los progresos del mal destructor; su barba desaliñada y esparcida, cubría confusamente sus labios y mejillas. Su agitación continua, el desorden de su lecho, cuyas sabanas y colchas cubrían ora toda su persona, ora bajaban arrolladas al suelo, denotaban la in-

quietud, el despecho de una indole desasosegada, cuyos naturales elementos son el esfuerzo, el trabajo y la actividad.

Contrastaba con la actividad del mal hallado monarca, la de Tomas de Vaux, que pocas veces se alejaba de su cabecera. Era gigantesca su estatura, y sus espesos cabellos podian compararse a los de Sanson, cuando los de este gefe Israelita hubieron pasado por las tigas de los Filisteos; porque el caballero Ingles los llevaba cortos, a fin de que pudiese cubrirlos el yelmo. Fijos y tranquilos estaban sus grandes y fieros ojos, exepcto cuando los atraia Ricardo, con alguna violenta señal de enfado y mal humor. Sus facciones, aunque gruesas y fornidas, como correspondia a su persona, habian sido gallardas antes que las desfigurasen sendas heridas; cubriale el labio superior, a uso de los guerreros Normandos, un espeso y largo bigote, que se unia y terminaba en el cabello, y que, como éste dejaba ver algunas canas, entre sus oscuros y rizados tufo. Era enjuto de cintura, ancho de pecho; de largos y nervudos miembros, deno-

tando en toda su contestura la mayor aptitud a sobrellevar las molestias del trabajo, y las mudanzas y rigores de los mas opuestos climas. Tres noches hacia que no se despojaba de su ropilla de ante, en que llevaba bordada la insignia de la Cruz, y solo de cuando en cuando reclinaba la cabeza, y dormitaba algunos momentos, no permitiendole otro reposo el esmero con que atendia al enfermo. Ni mudaba de postura, sino para administrar al Rei alguna medicina o refresco, por ser el unico de sus servidores de cuyas manos podia reducirse a tomarlos, manifestando en estas ocasiones una afectuosa vigilancia, un tierno y delicado interes, que parecian sentimientos estraños en un militar tan inculto y grosero.

El pabellon en que estos dos personajes se hallaban, era una simple tienda de campaña, sin mas adornos que los que estaban entonces en uso, y aparejada mas bien para un guerrero que para un monarca poderoso. Veianse esparcidas por el suelo de la tienda, y colgadas de los pilares que la sostenian, diversas armas ofensivas y

defensivas, algunas de ellas de nueva invención, y de estrañas formas y tamaños. Las colgaduras, y alfombras se componian de pieles de fieras, muertas en las cacerias, en que Ricardo pasaba el tiempo que la guerra le dejaba libre, y sobre un monton de estos selvaticos despojos, yacian tres enormes y fieros alanos, mas blancos que la nieve, señalados en sendas partes por las garras de sus enemigos, y ansiosamente atentos al lecho de su dueño, como si los apesadumbrase aquel reposo de que estaban condenados a participar. Todo este aparato anunciaba la mansion del soldado y del cazador : mas en una pequeña mesa inmediata a la cama, estaba colocado el broquel de acero, de forma triangular, y cubierto de molduras, con los tres leones, que el monarca habia tomado al principio por divisa, y delante del broquel, la diadema real, algo semejante a la que usaban los Duques, salvo que era mucho mas elevada por la parte de la frente, la cual con el cogin de terciopelo que la sostenia, y la tiara bordada que la forraba en la parte interior, formaba el emblema de la soberania de Inglaterra.

Junto a estas insignias, y como en señal de defensa del símbolo Real, se veía la ponderosa maza de armas, que solo un brazo como el de Corazon de Leon podía sostener y manejar.

En otra division de la misma tienda, estaban de guardia dos empleados de la servidumbre del Rei, desalentados, ansiosos e inquietos por la salud de su dueño, y no menos temerosos de sus propios peligros, si llegaba a faltarles su apoyo. Las mismas tristes aprensiones reinaban en los guardias exteriores, los cuales se paseaban taciturnos, y pensativos, o se sostenian inmóviles en las alabardas, mas bien como trofeos armados, que como guerreros dotados de vida y movimiento.

“ ¡ Y no tienes mejores noticias que traerme de afuera ? ” preguntó el Rei a De Vaux, despues de un largo y agitado silencio, y de la afanosa inquietud, que producía la fiebre, y que hemos procurado describir. “ Nuestros guerreros se han tornado mugeres, y nuestras damas se han tornado monjas, y ni una sola centella de valor ni de galanteria anima el campa-

mento que encierra la flor de la Caballería Europea.”

“ La tregua, Señor,” respondió Sir Tomas, con la misma paciencia con que cien veces antes había dado la misma esplicacion, en respuesta a la misma pregunta, “ la tregua nos ata las manos, y nos impide llevar las huestes al campo de batalla ; y en cuanto a las damas, poco se me alcanza de lo que las atañe, por que ya sabe Vuestra Magestad que rara vez trueco el acero y la gamuza, por el terciopelo y el oro ; pero segun tengo entendido, las principales damas de la corte acompañan a la Reina y a la Princesa, en su romería al santuario de Engaddi, segun el voto que ambas hicieron por el recobro de la salud de Vuestra Magestad.”

“ ; Y es posible,” repuso el Monarca, lleno de enojo y desagrado, “ que las matronas Reales y las nobles doncellas de la corte de Inglaterra, se espongan a caer en manos de esos perros que ocupan las cercanas, tan infieles a Dios, como desleales y perfidos para con los hombres !”

“ No haya miedo, respondió De Vaux ; la pa-

EL TALISMAN. 151

labra del Soldan Saladino les basta para seguridad de sus nobles personas.”

“Razon tienes, dijo Ricardo, y confieso que he hecho injusticia al pagano. Debole reparacion por tamaña ofensa. Pluguiese al cielo que me viera yo en aptitud de darsela con mi brazo, y cuerpo a cuerpo, en presencia de los dos egercitos, Cristiano y Musulman.”

Y diciendo estas palabras, sacó del lecho el brazo desnudo hasta el hombro, e incorporandose penosamente, agitó el puño cerrado, como si manejase el acero, o la maza de armas, y con ella amenazase al esplendido turbante de Saladino. Fue necesario que De Vaux, con suave violencia, que de otro ninguno hubiera sufrido el monarca, lo ayudase a colocarse de nuevo en el lecho, y a cubrirse el hombro y el brazo, con el esmero y afan de una madre afectuosa para con su hijo querido.

“Mal haces el oficio de enfermero, aunque no te falta la buena voluntad,” dijo Ricardo, lanzando una amarga sonrisa, y sometendose mal de su grado a la violencia que no podia

resistir. “La cofia sentaria tan bien en tus asperas facciones, como en las mias la chichonera de un niño de pecho: buen par de fantasmas para espantar muchachos.”

“Hartos hombres hechos hemos espantado, respondió Sir Tomas, sin contar los que hemos de espantar todavía. ¿Qué monta una calentura? Lo mejor que puede hacerse es sufrirla con paciencia, para desembarazarse mas pronto de ella.”

“¿Calentura! exclamó Corazon de Leon; basta que la calentura me haya postrado a mí solo; mas ¿sufrenla acaso tambien todos los otros caudillos del ejército de los cruzados? ¿Están acaso dolientes Felipe de Francia, el panzudo de Austria, el de Monserrate, los Hospitales y los Templarios? ¿Qué es de todos ellos? Digote, Sir Tomas, que es una fria parálisis, un letargo de muerte, una dolencia que los priva de palabra y accion, un cancer que roe el corazon de todos los nobles, de todos los caballeros, de todos los virtuosos; y no ya merecen estos dictados, sino los de falsos e infieles al voto mas

EL TALISMAN. 153

heroico que pronunciaron jamas labios de hombre ; indiferentes a su fama, y olvidadizos de su Dios.”

“ Por el que está en los cielos, dijo Sir Tomas, que no tomeis tan a pechos lo que pasa. Pueden oiros de afuera, y ya semejantes pláticas andan entre los soldados, sembrando discordia y descontento en las huestes Cristianas. Vuestra enfermedad las priva de alma y de vigor, y mas facil será manejar un potro de Arabia sin brida, que llevar el egército a la victoria, sino lo guia Ricardo de Inglaterra.”

“ Me adulas,” dijo Ricardo, el cual, como todos los otros hombres, era sensible a la voz de la alabanza, y algo mas suavizado, se reclinó en la almohada, con mayor docilidad que la que hasta entonces habia manifestado. Pero Tomas de Vaux no era palaciego ; lo que habia dicho le salia espontaneamente del corazon, y no sabia proseguir hablando del mismo asunto, para prolongar la serenidad que habia despertado en el ánimo del Rei. Mantubose callado, hasta que éste saliendo de su distraccion, lo llamó de

pronto, y le dijo : “ Figuraseme que has usado de blandas palabras, solo para adormecerme : pero ¿ quien habra que mire con paciencia a una liga de Monarcas, a una bandada de nobles, a una congregacion de toda la Caballeria de Europa, detenidas, y como amilanadas por la enfermedad de un hombre solo, aunque éste acierte a ser el Rei de Inglaterra? ¿ Basta la calentura de Ricardo, basta su muerte a detener la marcha de treinta mil soldados, que no le ceden en valor? No porque caiga herido el ciervo que dirige la manada, se dispersan y huyen los otros ; la bandada de grullas no se separa porque el halcon arrebatara a la que hace punta. ¿ Qué razon hai para que no se junten los caudillos y nombren al que ha de llevar la voz de mando ?”

“ Ya se habla de eso en el ejército, respondió Sir Tomas, y ya andan rumores de que los gefes van a reunirse con este proposito.”

“ ¡ Ah !” exclamó Ricardo ; cuyos celos se despertaron al oír esta noticia, exasperando mas y mas la irritacion que lo aquejaba. “ ¿ Cuentan-

EL TALISMAN. 155

me en nada mis aliados, antes de tomar el Viatico? ¿Creenme muerto? Pero no: razon tienen. ¿Y quien será el que mande las tropas?"

"Por su dignidad y gerarquía, respondió De Vaux, tocale este puesto al Rei de Francia."

"Que me place, dijo Ricardo, Felipe de Francia y de Navarra, Dionisio Montjoie, su Magestad Cristianisima: palabras son estas que llenan la boca. Solo temo que se equivoque al mandar un ataque, y que en lugar de decir *En avant*, diga *En arrière*, y os lleve a todos a Paris, en vez de marchar a Jerusalem. Es hombre de sana y generosa política, y mas ventajas halla en oprimir a sus feudatarios, y saquear a sus aliados y vecinos, que en pelear contra Turcos por el sepulcro de Cristo."

"Pueden nombrar al Archiduque de Austria," dijo Sir Tomas.

"Y tendran, contestó Ricardo, un gefe barrigudo, tan duro de cabeza como tú mismo, aunque no con tu serenidad en los peligros, ni tu naciencia en los trabajos. Digote que Austria

es una masa apelmazada de carne, sin mas estímulo que el que puede dar la picadura de una abeja, y sin mas valor que el de una gallina. ¡ Qué campeon para ponerse a la cabeza de los caballeros y conducirlos por el camino de la gloria ! Mas le conviene un jarro de vino del Rin, para beberlo en compañía de sus flematicos lanceros.”

“ Ahi está el Gran Maestro de los Templarios,” continuó el baron, deseoso de distraer la atencion de su amo, de los males que padecia, aunque a espensas de la reputacion de los principes y potentados. “ Ahi está el Gran Maestro de los Templarios, intrepido, astuto, bravo en el campo, sabio en el consejo, sin reinos ni dominios que lo alejen y distraigan de la conquista de la Tierra Santa.”

“ Fuera de ver; dijo Ricardo: y cierto es que el hermano Gil Amaury entiende el orden de batalla, y sabe pelear de frente al principio de una accion. Pero ¡ será justo tomar la Tierra Santa de manos del Soldan Saladino, en quien no faltan virtudes con las que podria honrarse

mas de un Cristiano, y darsela sin mas ni mas a un Gil Amaury, a un pagano mas pagano que Saladino, a un idólatra, sectario del demonio, a un nigromante, que practica las artes negras y diabolicas, en las bovedas y secretos escondrijos de las tinieblas y la abominacion ?”

“ El Gran Maestro de los Hospitaleros de San Juan de Jerusalem, dijo Sir Tomas, no tiene un borron en su fama, y no se le echará en cara el crimen de magica ni de heregia.”

“ No por cierto, respondió el Rei, pero es un alma sordida y mezquina, capaz de todo, si se le ofrece un puñado de oro. Sospechas ha habido. . . . ¿qué digo sospechas? pruebas innegables de haber el tal Maestro vendido a los infieles ventajas que nunca hubieran podido ganar por sus puños. Valiera mas poner el ejército en manos de un corredor Veneciano, o de un buhonero Lombardo, que confiarlo al Gran Maestro de San Juan.”

“ Pues entonces, dijo De Vaux, yo nombraré a otro, y veremos lo que Vuestra Magestad opi-

na. ¿Qué os parece del Marques de Monserate, tan avisado, tan galan, tan cumplido hombre de armas ?”

“¿Avisado! exclamó el Rei; sutil y artificioso podras decir, y tendras razon; galan y cumphdo en el tocador de una dama. Conrado de Monserate es un pisaverde, y nada mas; un político versatil que tan amenudo cambia de proposito, como de galas y arreos. ¿Hombre de armas! Si: no hai duda, bien se presenta a caballo en el palenque y en las barreras, cuando estan ociosos los aceros, y las lanzas llevan bolas de madera, en lugar de picas de acero. ¿No estabas tú conmigo cuando le dige en cierta ocasion: aqui somos tres buenos caballeros Cristianos, y alli abajo se descubre una partida de sesenta Sarracenos? Tocamos a veinte por barba. ¿Vamos a ellos ?”

“Acuerdome del lance, y del Marques, dijo Sir Tomas, y de cuando respondio que sus miembros eran de carne y hueso, que no de cal y canto, y que mas le acomodaba tener corazon de hombre que de bestia, aunque ésta fuera un

EL TALISMAN. 159

leon. Pero ya veo que hemos de venir a parar, por donde empezamos, y que no hai esperanza de recobrar el Santo Sepulcro, hasta que recobre la salud el Rei Ricardo.”

Al oír esta grave observacion, Ricardo soltó la primera carcajada de risa que se le habia oído durante el curso de su enfermedad. “¡ Lo que es la conciencia! dijo, aunque le sirva de organo una cabeça tan desatinada como la tuya, es parte a que confiese su locura todo un Rei de Inglaterra. Lo cierto es que si no se tratára de ocupar mi puesto, y de llevar a cabo la gloriosa empresa a que he consagrado mi vida, no se me daria un bledo de todos esos afeitados mozalvetes que me has ido nombrando. Pero debo confesarte mi flaqueza y mi ambicion. Caballeros hai en los Reales del ejército de la Cruzada, mas cumplidos, sin duda, que Ricardo de Inglaterra, y seria prudente y oportuno señalar al mas digno de ellos, para que pudiese capitanear las huestes de Cristo; pero” y al pronunciar estas palabras, se incorporó energicamente, centelleándole los ojos como solia hacerlo

antes de entrar en acción, “si hubiera un Caballero, osado lo bastante para plantar la bandera de la Cruz en el templo de Jerusalem, hallandome yo, como me hallo en el día, privado de tomar parte en tan heroica empresa, tan pronto como me fuera dado poner la lanza en ristre, tendría que acudir a mi reto, y lidiar conmigo en combate de muerte, por haber menoscabado mi fama, y adelantado el cumplimiento del término y fin a todos mis deseos — ¿Mas qué trompetas son estas que se oyen a lo lejos?”

“Las del Rei Felipe, según creo” dijo el barón.

“No es muy fino tu oído,” dijo el Rei, alzándose con precipitación. “¿No oyes el alboroto de todo el campamento? Los Turcos son, por vida mía.”

Quiso arrojarse del lecho, y De Vaux tubo que emplear toda su fuerza para impedirselo; llamando a los gentileshombres que estaban en la pieza inmediata, a fin de que lo ayudasen a sujetar al Rei.

“Eres un falso traidor,” le dijo éste, viéndose obligado a ceder a la fuerza : “quisiera tener bastante vigor para manejar mi maza, y aplastarte los sesos con ella.”

“Tubierades, dijo el baron, todo el vigor que la enfermedad os ha quitado, y mas que la emplearais en contra mia, que la Cristiandad perderia poco con mi muerte y harto ganaria con vuestro restablecimiento.”

“Eres un honrado y fiel servidor,” dijo el Rei presentandole la mano, que De Vaux besó con profundo respeto. “Perdona mi impaciencia, y no creas que es tu buen amo quien se enoja, sino la fiebre que lo molesta : pero anda, por Dios, y traeme noticias de esos extranjeros, que han entrado en mis Reales, porque los alaridos que estoi oyendo no son de Cristianos.”

De Vaux salio de la tienda, para desempeñar el encargo que el Rei le habia confiado, dando a los pages y gentileshombres el de atender cuidadosamente a su soberano, y amenazandolos con la mayor severidad si faltaban a sus instrucciones, lo que bastaba para que lo obedecie-

sen con puntualidad, porque despues de los
repentes e iracundos impetus de Ricardo, nada
temian tanto como la inexorable severidad del
Señor de Gilsland.

CAPITULO VII.

6.

HABIANSE unido a los egercitos de Cristo, numerosas huestes de guerreros Escoceses, los cuales se habian puesto a las órdenes del Rei de Inglaterra, considerandose como sus vasallos naturales, no por que lo fuesen en realidad, sino porque descendian de familias Sajonas y Normandas, hablaban el mismo idioma, y algunos de ellos poseian estados en Inglaterra, y estaban unidos con familias de esta nacion, por los vinculos de la sangre. No habian llegado todavia los tiempos malhadados en que la implacable ambicion de Eduardo I., envenenó las hostilidades de ambas naciones, haciendo que los Ingleses peleasen por subyugar a Escocia, y que los Escoceses, ostentando la firme determinacion y tenacidad, que constituyen la base de su carácter, defendiesen su independencia, por los

N.E.T. 6. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

There never was a time on the March parts yet,/ When Scottish with English met,/ But it was marvel if the red blood ran not/ As the rain does in the street.

BATTLE OF OTTERBOURNE.

Hubo, en otros tiempos allí en las fronteras, ingleses y escoceses en sus combates guerreros, y fue gran maravilla que la sangre no corriera igual que la lluvia corre por empinadas calles. *Batalla de Otterbourn.*

[Suero Roca, T., *op. cit.*, 101].

medios mas violentos, con las mas incómodas desventajas, y esponiendose denodadamente a los mayores peligros. Eran frecuentes, sin embargo, y sostenidas las guerras entre Escocia e Inglaterra : pero dominaba en ellas aquel caracter de generosidad que relaja de cuando en cuando el odio de los enemigos, y les da ocasiones de manifestarse reciprocamente corteses y benevolos. En tiempo de paz, y cuando ambos pueblos peleaban por la misma causa, como sucedia en la epoca de que vamos hablando, los Escoceses y los Ingleses peleaban en las mismas filas, sobre todo cuando el mismo estímulo religioso los animaba, y la emulacion nacional servia tan solo para exitarlos a distinguirse y sobresalir en sus esfuerzos contra el enemigo comun.

Contribuyó en gran manera a conciliar el espíritu de las dos naciones rivales, el caracter franco y marcial de Ricardo de Inglaterra, que no hacia distincion alguna entre sus vasallos, y los de Alejandro de Escocia, salvo las que eran debidas al que se señalaba por sus proezas en el campo de batalla. Pero durante su enfermedad,

EL TALISMAN. 165

y de resultas de la penosa situación a que estaba reducido el campo de los Cristianos, empezó a estallar la rivalidad, entre los diversos tercios que lo componían, cual suelen abrirse las antiguas heridas del cuerpo humano, cuando sobreviene la debilidad, o la dolencia, que amortigua todos sus resortes, y aletarga toda su robustez.

Eran igualmente orgullosos, fieros, y sensibles a todo agravio y ofensa, por ligera que fuese, los soldados de Escocia, y los de Inglaterra; los primeros en más alto grado, por pertenecer a la nación más pobre y más débil: de todo lo cual resultó, que sus disensiones internas tomaron un carácter más agrio y más violento, a medida que se aproximaba el término señalado a la tregua, estorvando esta discordia que se uniesen sus fuerzas comunes contra los Sarracenos. Los Escoceses no querían reconocer superiores; los Ingleses no consentían en tener iguales. Reinaban continuas querellas y disensiones en el campamento, y tanto los soldados, como sus jefes y caudillos, que habían sido buenos y cordiales compañeros en tiempo de victoria, se miraban de reojo en la adversidad, justamente

cuando era mas necesaria la buena armonia, no solo para el éxito de la causa que unos y otros habian abrazado, sino para preservarse de los riesgos que unos y otros corrian. La misma desunion habia empezado a manifestarse por desgracia entre Ingleses y Franceses, entre Tudescos e Italianos, entre Dinamarqueses y Suecos; mas esto no es de nuestro proposito; solo atañe a esta relacion la enemiga que reinaba entre los dos pueblos que habitaban la misma isla, y que quizás por esta misma vecindad era mas agria que la que dividia las otras naciones que habian tomado parte en aquella conquista.

De todos los caballeros Ingleses que habian seguido a Ricardo en su espedicion a Palestina, Sir Tomas era el que mas se distinguía por su odio a los Escoceses. Sus estados lindaban con las fronteras de Escocia, por cuya razon habia estado toda su vida empleado en hostilidades privadas y públicas contra sus vecinos, haciendoles todo cuanto daño estaba a su alcance, y recibiendo de ellos todo cuanto podian hacerle. Amaba a su Rei con aquel afecto receloso del can fiel a su dueño, que lo hace intratable para

todos los que le son indiferentes, y peligroso y terrible para los que le parecen enemigos. De Vaux habia mirado siempre con disgusto y recelo las señales de confianza, de favor o de cortesía que Ricardo dispensaba a los que habian nacido mas allá del rio que separaba ambas naciones : linea imaginaria trazada por el encono, en la anchura de los campos, dados en comun por la Providencia : y aun llegó a desconfiar del buen éxito de una Cruzada en que tomaban parte los que él consideraba como no menos peligrosos y temibles que los mismos Musulmanes. Tenia aquella aspera y malhumorada franqueza que distingue el caracter Ingles ; no sabia disimular el mas pequeño movimiento de afecto o de enemistad, y por lo tanto, en la urbanidad y comedimiento que los Escoceses habian aprendido de sus frecuentes aliados, los Franceses, o que era una prenda natural de su indole orgullosa y reservada, solo veia una mascara que cubria los mas perfidos designios contra los vasallos de Ricardo, a quienes creia que solo asi podrian vencer, y no con una oposicion franca, abierta y decidida.

A pesar de estas disposiciones de Sir Tomas contra sus vecinos, de las cuales no se exseptuaban los que habian venido con él a pelear bajo el estandarte de la salvacion, el respeto con que miraba al Rei, y la obligacion que le imponian sus juramentos de caballero cruzado, le impedian romper abiertamente con los Escoceses, a quienes solo manifestaba su desagrado y repugnancia, procurando evitar, en cuanto le era posible, toda conversacion con ellos, o manteniendose taciturno en su presencia, cuando no podia evitarla, o lanzandoles algunas miradas de desprecio, cuando los encontraba en las marchas y en los campamentos. Los barones y caballeros Escoceses no estaban acostumbrados a llevar con paciencia semejantes sonrojos ; conocian las secretas intenciones de Sir Tomas, y lo consideraban como un enemigo encarnizado e irreconciliable de su nacion. Sin embargo, los que mas de cerca lo observaban, sabian que si no imitaba la benigna y sufrida caridad, recomendada por la Escritura, no por esto carecia de aquella afectuosa benevolencia que se complace en aliviar y dulcificar los males ajenos. Sus cuan-

EL TALISMAN. 169

tiosas riquezas le permitian llevar consigo una abundante provision de viveres y medicamentos, de los cuales solia enviar secretamente algunas remesas al cuartel de los Escoceses, porque era de opinion que despues del amigo, la mayor consideracion se debe al enemigo, y no hacia caso de los otros grados y relaciones intermedias, que le parecian harto indiferentes, y poco dignas de atencion y aprecio. Ha sido indispensable entrar en esta menuda esplicacion, a fin de que el lector pueda entender lo que sigue.

Apenas Sir Tomas de Vaux habia puesto los pies fuera de la tienda de Ricardo, cuando conocio lo que ya habia conocido el Rei, algo mas acostumbrado que él a los sonidos de la musica, y a los cantos de las diferentes naciones ; a saber, que el rumor procedia de las dulzainas y atambores de los Sarracenos ; y a la estremidad de una larga hilera de tiendas que formaban una ancha calle delante del pabellon Real, distinguio una muchedumbre de soldados, reunidos en torno del sitio en que la musica se oia, que era el centro del campamento ; y vio, no sin es-

trañeza, que en medio de los morriones de varias formas, que llevaban los soldados de diferentes pueblos, sobresalían blancos turbantes y largas picas, que indicaban la presencia de algunos infieles, y los prolongados cuellos de los camellos y dromedarios, que se enseñoreaban sobre la turba que se había congregado al rededor.

Era costumbre dejar las banderas de tregua y los pliegos del enemigo en un sitio señalado, fuera de las barreras del campamento: por lo que Sir Tomas atonito y descontento al ver tan inesperado y singular espectáculo, miró por todas partes, buscando alguna persona que le explicase tamaña novedad.

La primera que vio venir por el mismo camino que él había tomado, le pareció por su porte grave y altanero, que debía de ser Escoces o Español; conociólo al acercarse, y dijo entredientes: “Escoces es por vida mia.... el del Leopardo, y no pelea mal para ser de aquella tierra.”

Deseoso de evitar su encuentro, prosiguió andando, sin hacer caso de Sir Kenneth, como si

EL TALISMAN. 171

digera : “ Te conozco, pero no quiero nada contigo,” cuando el Escoces frustró su intento, acercandosele con respeto y cortesía, y diciendole : “ Milor de Vaux de Gilsland, tengo que hablaros.”

“ ¿ A mí ? , respondió el baron ; hablad con tal que seais breve, pues voi a desempeñar un encargo de Su Magestad.”

“ Lo que tengo que deciros, continuó el del Leopardo, atañe mas particularmente al Rei : traigole la salud.”

El baron de Vaux miró al Escoces de los pies a la cabeza, y dijo : “ No creo señor Escoces, que seais físico : tan facilmente creeria que traeis riquezas al Rei como salud.”

Sir Kenneth aunque ofendido al oír la respuesta altiva del baron, le respondió con mesura : “ La salud de Ricardo es gloria y riqueza de la Cristiandad : pero el tiempo urge, y solo deseo saber si puedo ver al Rei.”

“ No por cierto, dijo Sir Tomas, interin no espliqueis el negocio que os trae a su tienda : que la de un monarca enfermo no es hosteleria de Escocia, abierta a todo el que llama.”

“ Milor, respondió Sir Kenneth, la Cruz que como vos traigo al pecho, y la importancia del negocio que aqui me conduce, me impiden responder a vuestras palabras como sé hacerlo, y como en cualquier otra ocasion lo haria. En pocas palabras, pues, lo que traigo conmigo es un médico Moro, que se ofrece a curar al Rei Ricardo.”

“ ¡ Un médico Moro ! exclamó Sir Tomas, y quien responde que no trae veneno en vez de medicina ?”

“ Su vida, respondió Sir Kenneth ; su cabeza que ofrece en rehenes.”

“ Poca cosa es la vida, dijo Sir Tomas, para el malvado atrevido que sabe lo que vale la suya, y algunos de estos he visto yo, que con tanta resolucion subirian a la horca, como si fueran a bailar con el verdugo.”

“ Pues tened entendido, Milor, dijo el del Leopardo, que Saladino, a quien nadie negará el crédito de enemigo valiente y generoso, envia al campamento Cristiano este medico, con honroso acompañamiento y guardia, que denota el aprecio con que el Soldan mira a El Hakim, y

EL TALISMAN. 173

con frutas y refrescos para el uso y alivio de Su Magestad, y mensaje propio de enemigos leales y magnanimos, por el cual le suplica que procure recobrase de la fiebre que lo aqueja, para recibir la visita que trata de hacerle, con la cimitarra desnuda en la mano, y mil ginetes en pos. Y vos, que sois del consejo privado de Su Magestad, tened a bien mandar descargar estos camellos, y dar las demas disposiciones convenientes, a fin de que ese sabio fisico, sea recibido como se debe.”

“Maravíllome de vuestras nuevas, dijo el Barón, pero ¿quien responde del honor del Soldan, cuando solo necesita de un poco de mala fe, para desembarazarse de su mayor enemigo?”

“Yo respondo de Saladino, repuso el del Leopardo, con honor, vida y hacienda.”

“Mas me maravilla aun, dijo Sir Tomas, que el Norte responda por el Mediodía, y un Escocés por un Turco. ¿Podeis decirme, buen caballero, de qué modo os habeis ingerido en este negocio?”

“He ido a cumplir un voto de romeria, respondió Sir Kenneth, y al mismo tiempo a llevar

un mensaje al hermitaño de Engaddi, y durante esta jornada. . .”

“ Podedis, dijo el baron, interrumpiendolo, confiarme vuestro mensaje, y la respuesta del santo varon.”

“ No puede ser, Milor,” respondió el Escoces.

“ ¿ Sabeis que soi del consejo secreto del Rei de Inglaterra ?” preguntó con altanería Sir Tomas.

“ ¿ Y sabeis contestó el del Leopardo, que yo no soi vasallo de vuestro Rei ? Aunque he seguido en esta guerra las banderas de Ricardo, mi mensaje es del consejo general de los Reyes, Principes y supremos caudillos del ejército de la Santa Cruz, y a ellos solos, y no a otro alguno daré cuenta del encargo.”

“ ¿ Eso decis ? respondió Sir Tomas, pues tened entendido, mensagero de Reyes y Principes, o quien quiera que seáis, que ningun fisico se ha de acercar al lecho del Rei Ricardo sin el consentimiento del señor de Gilsland, y pobre del que se atreva a osarlo sin esta condicion.”

Separose con prontitud, al decir esto, del caballero Escoces, el cual poniendosele enfrente

EL TALISMAN. 175

con actitud grave y decidida, y no sin algunos visos de orgullo, le preguntó si el Lord de Gilsland lo tenía en concepto de noble y leal caballero.

“ Todos los Escoceses, respondió Sir Tomas, son de ilustre alcurnia,” mas conociendo que esta ironica alusion podia ofender al del Leopardo, y viendo que se le encendieron de pronto las mejillas, mudó de tono, y continuó: “ En cuanto a lo de buen caballero, pecado sería negar este título a quien como vos sabe desempeñar cumplida y valerosamente su deber.”

“ Bastame con eso,” dijo Sir Kenneth, satisfecho de esta reparacion hecha a su honor; “ y ahora, Sir Tomas de Vaux, a fe de verdadero Escoces, cuyos privilegios disfruto como los mas altos gentileshombres de aquel reino, y por la dicha que tengo de haber sido armado caballero, y por esta santa empresa a que he venido por ganar fama y pre en esta vida, y perdon de mis pecados en la otra, y por la Sagrada Cruz que llevo al pecho, os juro y protesto que lo que mas deseo y el unico obgeto que aqui me trae, es el recobro de la salud del Rei Ricardo Cora-

zon de Leon, y que tal es mi unico proposito al recomendaros el ministerio de este fisico Musulman.”

Quedó sorprendido el Ingles al ver la firmeza y resolucion con que el Escoces pronunció estas palabras, y espresandose con mas cordialidad que la que hasta entonces se habia notado en sus respuestas, “decidme vos, repuso, señor caballero del Leopardo, dando por sentado, como no lo dudo que estais satisfecho de todo lo que habeis dicho, ¿será prudente y oportuno dejar que ese medico Moro, o lo que sea, aplique sus drogas a tan preciosa salud como lo es para toda la Cristiandad la de Ricardo, hallandonos en una tierra en que el arte de envenenar es tan comun como el de cocinero ?”

“Milor, dijo el Escoces, a esa obgecion os respondo que mi escudero, el unico de todos los que me acompañaban que ha escapado de los rigores de la guerra y del clima, yace ahora prostrado en una cama, con la misma enfermedad que la que aflige al valiente Rei Ricardo, con notable menoscabo y pérdida de la empresa que dirige. A este escudero mio, de que os hablo,

ha suministrado el medico El Hakim, hace no mas que dos horas, ciertos brevages y remedios, con los cuales ha logrado un sueño benigno y suave. Que puede curar esta dolencia, tan fatal en sus resultas, no lo dudo ; que viene con la sincera intencion de curar al Rei, nos lo asegura el Soldan, y sabido es que su corazon es tan cordial y tan pundonoroso como puede serlo el de un obcecado infiel ; en quanto al éxito de la cura, bastantes rehenes son para tranquilizaros, y para no dudar de la buena fe del fisico, la recompensa y el castigo que le aguarda, si responde a nuestros deseos, o si por malicia, y con designios perversos llega a frustrarlos.”

El Ingles oyó esta relacion, con los ojos bajos, como quien duda, y al mismo tiempo desea que sus dudas se disipen. Al fin, alzó la vista al caballero, y le preguntó : “¿ Puedo yo ver a euestro enfermo escudero ?”

Enrogeció el del Leopardo, y tardó algunos minutos en responder. “ Con mil amores, dijo al fin, pero debeis tener presente, Milor de Gilsland, cuando veais mis pobres cuarteles, que los nobles y caballeros de Escocia, no comen tan

delicados manjares, ni duermen en tan mullidos lechos, ni se curan de tanta magnificencia en sus tiendas como sus vecinos los Ingleses. Venid, puesto que así os place, a mi humilde alojamiento." Dijo estas palabras, con cierta enfática altanería, y echó a andar delante del barón, no sin dar claros indicios de empacho y de repugnancia.

Aunque como ya hemos visto, Sir Tomas De Vaux miraba con desconfianza y despego a todos los naturales de la tierra de Sir Kenneth, la nobleza de su indole no le permitía gozarse en el rubor de un hombre de pro a quien las circunstancias obligaban a confesar su pobreza, en despecho de su orgullo.

"Los soldados de la Cruz, dijo, no deben apegarse a goces terrenos, ni a pompas humanas, cuando pelean por rescatar el sepulcro del Salvador. Poco montan los trabajos y fatigas que en esta empresa nos molesten, si después nos aguardan los eternos resplandores, y las palmas victoriosas que ya han conseguido los que antes que nosotros han transitado por estos desiertos."

Este era el discurso mas metafórico que habia salido jamas de los labios de Sir Tomas, el cual hablaba mui en contra de su sentir, porque es fama que gustaba en demasia de buenos bocados y de trenes pomposos. Al fin, los dos caballeros llegaron a una estremidad de los Reales, donde tenia su residencia Sir Kenneth, el del Leopardo.

Las apariencias presentaban el mas escrupuloso arreglo a las leyes de la mortificación, que segun habia dicho Sir Tomas, debian ser la norma de los guerreros de la Cruz. En un espacio de tierra capaz de contener treinta tiendas, segun las reglas que los cruzados observaban en sus campamentos, solo se veian algunas pobres cabañas, groseramente construidas de ramazon y arbustos, y cubiertas de hojas de palma; porque el caballero Escoces habia pedido, por ostentacion, mayor estension que la que necesitaba. Desiertas estaban estas mezquinas habitaciones, y muchas de ellas amenazando ruina. La que ocupaba el centro, y parecia destinada al caudillo, se distinguia por un pendon, colocado en la estremidad de una lanza,

de la que pendían sus largos pliegues hasta el suelo, como si también sintiera los influjos maledicos del ardiente sol del Asia. Ni escudero, ni page, ni aun siquiera un alabardero guardaba aquella marchita insignia del poder feudal, y de la dignidad caballeresca. Si su propia reputación no la preservaba de insulto, ninguna otra custodia velaba en torno de ella.

Sir Kenneth echó una triste ojeada en aquel desnudo y pobre aparato, mas supo reprimir su sentimiento, e hizo señas a Sir Tomas, que lo siguiese a lo interior. También el barón observó atentamente este extraño espectáculo, con impulsos secretos de compasión, que probablemente irían acompañados de desprecio, porque el desprecio unas veces, y otras el amor son los naturales compañeros de la piedad que exitan los males ajenos en el corazón. Bajó la cabeza, por ser la puerta demasiado humilde para su altivo penacho, y entró en la cabaña, en la que se le figuró que no había espacio suficiente para su abultada y voluminosa persona.

En lo interior había dos camas. La una era la de Sir Kenneth, y se componía de silvestres

hojas, cubiertas con una piel de venado; encima se veían algunas piezas de armadura, y a la cabecera, un crucifijo de plata, dispuesto con algun aseo y adorno. En la otra yacía el enfermo de quien el Escocés había hablado; hombre que representaba ser de mediana edad, de fuerte complexión, y de facciones asperas y duras. Su colchón, si este nombre puede darsele, era más blando y mullido que el de su amo, y le servían de abrigo, el manto de que los caballeros se servían en tiempos pacíficos, y algunas otras piezas del equipaje de Sir Kenneth, que este había destinado a la comodidad de su fiel servidor. En una separación exterior, que Sir Tomas podía ver desde el punto en que se hallaba, estaba de rodillas un mancebo, delante de un brasero lleno de carbón, preparando en un plato de hierro las tortas de pan de cebada, que eran entonces, como lo son en el día, el manjar favorito de la gente de Escocia. De una de las principales estacas que sostenían el techo de la cabaña, (porque más que el de tienda este nombre merecía) colgaba medio venado, producto sin duda de la caza, como más clara-

mente lo denotaba un hermoso alano, que seguía con los ojos los movimientos del mancebo de las tortas, y que sobrepujaba en tamaño, robustez y regularidad de proporciones a todos los que tenía el Rei Ricardo. El sagaz animal, al oír ruido prorumpió en un gruñido sordo y profundo, semejante al trueno que retumba entre peñascosas montañas; mas al descubrir y reconocer a su amo, cesaron los indicios de su enojo, meneó blandamente la larga cola, agitó la cabeza, y se astuvo de otras ruidosas señales de alegría, como si su generoso instinto le diese a conocer que el silencio es cosa necesaria en la habitación del que padece.

Junto a la cama del escudero, sobre un cogin de pieles, estaba cruzado de piernas, según la moda de los Orientales, el médico de quien había hablado Sir Kenneth. A la escasa luz que iluminaba todo aquel recinto, poco se podía distinguir de su persona, salvo la parte interior del rostro, cubierta de una negra y espesa barba, que le caía hasta el pecho; el alto *Tolpach*, o gorro tartaro de lana de carnero, fabricado en Astracan, y el ancho y pomposo *Caftan*, o

EL TALISMAN. 183

sobreveste turca, de color oscuro. Las únicas facciones que podían columbrarse de su fisionomía, en medio de la oscuridad que lo rodeaba, eran dos ojos, que centelleaban con un fuego y un brillo extraordinarios. El Inglés se mantuvo algún rato silencioso, como si le inspirase respeto todo lo que estaba presenciando, porque apesar de su natural aspereza, la pobreza y la desventura, firmemente sobrellevadas sin arrancar un murmullo de queja ni exasperación, era un espectáculo más digno de la veneración de un hombre tan recto y generoso como Sir Tomas, que la pompa de las cámaras de los reyes más poderosos, excepto la de su Rei y Señor. Durante algunos minutos nada se oía en el rustico pabellón de Sir Kenneth, sino la fuerte y pausada respiración del enfermo, que parecía gozar de un placido reposo.

“Hace seis noches, que no duerme,” dijo al fin el del Leopardo, “según me ha referido ese mancebo que lo asiste.”

“Noble Escocés,” dijo Sir Tomas, apretando a Sir Kenneth la mano, con una cordialidad que su gesto interpretaba más claramente que sus

palabras. “Menester es que todo esto mude de aspecto. Ese hombre está de cuidado, y necesita de otras comodidades.”

Estas últimas palabras fueron proferidas en el tono recio y sonoro de su voz acostumbrada, en terminos que llegaron a oídos del enfermo, y lo interrumpieron el sueño de que gozaba.

“Mi señor,” dijo el escudero en voz confusa, como si estuviera soñando, “noble Sir Kenneth, ¿no os parecen gustosas y salutíferas las aguas del Clyde* después de los fangosos manantiales de Palestina?”

“Sueña en su tierra nativa,” dijo Sir Kenneth al oído al barón, “y es feliz en sus ilusiones.” Mas apenas había pronunciado estas palabras, cuando el médico que no se había separado de la cabecera, teniendo en sus manos las del enfermo, y observándole cuidadosamente los movimientos del pulso, se levantó con pausa y compostura, se acercó a los dos caballeros, los tomó por las manos, y haciéndoles señas de que guardasen silencio, los llevó acia la puerta del pabellón.

* Río de Escocia.

“En nombre, dijo, de Issa Ben Mariam, a quien nosotros reverenciamos como vosotros, aunque no con la misma ciega superstición, que no turbeis el efecto de la bendita medicina que acaba de tomar. Despertarlo ahora, es matarlo, o a lo menos, privarlo de razón. Volved a la hora en que el Muezzin anuncia desde el minaret la de rezar en la mezquita, y si entretanto se le deja tranquilo, os prometo que, sin perjuicio de su salud, podreis tener con él alguna breve plática, y que podra responder acerca de todo lo que le preguntéis, sobre todo si su amo le dirige la palabra.”

Los caballeros se retiraron en cumplimiento del mandato del doctor, el cual ponía entonces en práctica el proverbio Oriental que dice, que la camara del paciente es el reino del físico.

Los dos permanecieron parados a la puerta del pabellon, como si el Escoces fuese a despedir al Ingles, y éste tubiese algun motivo secreto que le impidiere salir. El alano, entretanto, los habia precedido fuera de la tienda, y parandose a la puerta, apoyó la cabeza en la mano de su dueño, en ademan de implorar de

él modestamente alguna señal de alago y caricia. Apenas hubola recibido, pronto a manifestar su gratitud, y su alegría por la vuelta de su amo, echó a correr cuanto mas podia, alzando pomposamente la cola, y recorriendo a derecha e izquierda y por uno y otro lado, los intervalos de las decaidas chozas, y la esplanada en que estaban situadas, pero sin pasar de los límites que conocia por su instinto estaban bajo la proteccion del pendon de Sir Kenneth. Despues de estas festivas demostraciones, volvió a donde estaba su dueño, tomó de nuevo su aspecto grave y malhumorado, como si se arrepintiese de haber faltado al orden y al respeto que exigian la presencia de su señor.

Los dos caballeros lo observaron con satisfaccion, porque Sir Kenneth se vanagloriaba de tener uno de los mejores perros del mundo, y el baron Ingles, gran aficionado a monteria, pasaba por buen conocedor de todo lo perteneciente a este egercicio.

“ Buen animal por cierto, dijo Sir Tomas, presumo, buen caballero que no tiene el Rei Ricardo un alano que se las pueda apostar con

él vuestro, si como es ligero en la carrera, es aficionado en el monte : pero sin que sea daros ofensa, ¿ no teneis noticia del Edicto en que el Rei prohibe tener perros de caza, sin su permiso, en el campamento, a todo caballero de conde abajo ? Creo que no estais autorizado a ello, y os hablo como Maestre de la Caballeria.”

“Y yo os respondo, como caballero libre Escocés,” dijo con grave aspecto el del Leopardo, “que si por ahora sigo las banderas del Rei Ricardo, no me creo obligado, no siendo vasallo suyo, a obedecer sus ordenanzas de montería, y no estoi por cierto de humor de someterme a ellas. Cuando la trompeta suena al arma, mi pié es el primero que toma el estrivo ; cuando toca el ataque, no es mi lanza la ultima que se pone en ristre. Esto y no mas es lo que puede y debe requerir de mí vuestro monarca : pero en las horas de ocio y descanso, el Rei Ricardo no tiene derecho a privarme de mi recreo y solaz.”

“ Con todo eso, dijo el baron, es desacuerdo faltar a un Edicto de Su Magestad, y si lo teneis a bien, yo que egerzo autoridad en estas

materias, os enviaré un permiso que os sirva de salvaguardia.”

“ Os doi las gracias,” respondió friamente el Escoces, “ mas estos son, Milor, los cuarteles que me han sido señalados, y en ellos no es menester de mas salvaguardia que de mí mismo. Mas presumo,” añadió mudando de tono, “ que esta respuesta no corresponde a la bondad que me habeis manifestado. Os doi por ella gracias, con todo mi corazon. Los escuderos y picadores del Rei, pueden, si asi les agrada, perseguir a mi fiel Roswal, y hacerle daño : mas yo no tardaré mucho en vengarlo, y suceda lo que sucediere. Harto habeis visto de mi casa y servidumbre doméstica, para conocer que Roswal es mi principal proveedor, y asi lo confieso sin rubor ni empacho, y no creo que el Leon de Inglaterra sea como el de la fabula que cuentan los yuglares, el cual convidó a otras fieras a una caceria, y se quedó con todo lo que se habia cazado. De poco le puede aprovechar molestar a un pobre caballero, que lo sigue fiel y lealmente, y privarlo de una diversion honesta, y de una pierna de venado, que a fe mia

sabe muy bien, cuando el bolsillo no permite otra cosa.”

“ No decís mas del Rei que lo que se merece, respondió De Vaux ; justo y equitativo es para con todos, pero los Principes Normandos ya sabéis que pierden la cabeza cuando oyen hablar de monterías y de venados.”

“ Por ahí corren voces, dijo el Escocés, traídas por trovadores y peregrinos, de que allá en vuestra Inglaterra, se han formado grandes bandadas de descontentos, por esas prohibiciones rigurosas sobre la caza, los cuales infestan los Condados de York y de Nottingham, y tienen a la cabeza un diestrisimo balletero, llamado Robin Hood, con su teniente Juanito. Pareceme que mejor haría el Rei Ricardo en relajar sus leyes de Montería en sus propios Estados, que en venir a darlas con mas severidad en Palestina.”

“ Mal negocio, Sir Kenneth,” respondió el baron, encogiendose de hombros, como si no le gustase la conversacion, “ mas degemos esto por ahora, y quedaos con Dios, que estoi haciendo falta en la tienda del Rei. A la hora de visperas, volveré con vuestro permiso a vuestros

cuarteles, y hablaré con el doctor pagano. . Al mismo tiempo, sin haceros ofensa, quisiera enviaros algunas provisiones.”

“ Os lo agradezco, respondió Sir Kenneth, pero en verdad que no las necesito ; Roswal me ha provisto para dos semanas, y el sol de Palestina tan bueno es para dar calentura, como para secar la carne, a guisa de cocina alemana.”

Con esto se separaron los dos guerreros, mucho mas amistosamente que en su primer encuentro, mas antes de retirarse el de Gilsland se informó de todos los pormenores relativos al medico Musulman, y recbio de manos del caballero Escoces las credenciales que traia para el Rei Ricardo, de parte del Soldan Saladino.

CAPITULO VIII.

7.

“ **PEREGRINA** historia es esa que me cuentas, Sir Tomas,” dijo Ricardo Corazon de Leon, despues de haber oido de boca del señor de Gilsland las ocurrencias que dejamos referidas en el capítulo anterior. “ ¿ Estás seguro que ese caballero Escoces es hombre de pro ?”

“ No puedo asegurarlo, respondió Sir Tomas, conozco la veracidad de mis vecinos los Escoceses, y sé que no tienen palabra mala ni obra buena. Poco se les alcanza en esto de decir la verdad; pero el lenguaje de ese hombre parece lleno de franqueza y lealtad, y aun cuando en vez de ser Escoces fuera un demonio del Infierno, diria de él lo mismo.”

“ ¿ Y qué dices de su valor, y de la opinión de que goza entre los otros caballeros ?” preguntó Ricardo.

“ Mas atañe a Vuestra Magestad que a mí, respondió Sir Tomas, juzgar a los hombres por

N.E.T. 7. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

A wise physician, skilled our wounds to heal,
Is more than armies to the common weal. POPE'S ILLIAD.

Es médico entendido en curar las heridas,/ más útil al Estado que mesnadas reunidas. *Ilíada*, trad. de Pope.
[Suero Roca, T., op. cit., 117].

sus hazañas, y apuesto a qué mas de una vez ha observado la conducta de Sir Kenneth en el campo de batalla. Todos hablan con estima de su valor.”

“ Y con razon, respondió Ricardo ; yo puedo asegurarle, como testigo ocular. Mi principal obgeto, cuando en los dias de accion me coloco al frente del egército, es observar como desempeñan su obligacion mis soldados y caudillos, y no el vano deseo de ganar gloria y nombradia. Harto vanos son los loores de los hombres, que a guisa de vapores se disipan al soplo mas ligero, y no me doi yo el trabajo de ajustarme la armadura por tan fragil y deleznable galardón.”

Mucha inquietud produgeron en el ánimo de Sir. Tomas estas palabras del monarca, tan opuestas a sus naturales inclinaciones : y creyó que solo la cercania de la muerte, o el temor de que ésta se aproximase podia inspirarle seme-te desprecio de la fama militar, que habia sido hasta entonces el aliento vital de toda su existencia. Mas acordandose de haber encontrado al confesor del Rei en la antecamara, conoció que las instrucciones devotas de aquel eclesias-

EL TALISMAN. 193

tico, sobre la nada de las grandezas humanas, producian su efecto, y tranquilo con esta reflexión, dejó que siguiese hablando Ricardo, sin interrumpirlo con sus argumentos.

“Si por cierto,” continuó el monarca, “he notado el modo en que el caballero del Leopardo desempeña su obligacion. De poco valdria la perspicacia de un caudillo si no advirtiese la conducta de sus inferiores, y Sir Kenneth hubiera recibido ya alguna prenda de mi generosidad, si no me fuera conocida su presuntuosa fiereza y audaz petulancia.”

“Señor,” dijo el Baron de Gilsland, viendo que mudaba de color el Rei, “ me temo que he desagradado a Vuestra Real Magestad en haber disimulado la falta cometida por ese caballero.”

“¿ Quien ? ¡ Tú !” exclamó el Rei, artugando las cejas, y alzando la voz, en tono de enfado. “ Si has disimulado tamaño desacato has hecho un insulto a mi dignidad.”

“ Vuestra Magestad,” respondió el baron, “debera perdonarme si le recuerdo que a mi oficio de Maestre de la Caballeria corresponde dar permisos a los caballeros de buena sangre, de

tener uno o dos perros en el campamento, para ejercer la noble arte de montería, a mas de que fuera pecado destruir un animal tan cumplido como el alano de Sir Kenneth.”

“ ; Con qué tanto vale !” preguntó el Rei.

“ No hai debajo de la capa de los cielos,” repuso el baron, “ un animal mas perfecto. Es de la mas pura casta del Norte,” añadió con el entusiasmo de un cazador ; “ ancho de pecho, fuerte de lomos, negro de color, sin un pelo blanco en su cuerpo, sino unos vislumbres pardos en el cuello y en las piernas ; capaz de parar a un toro, y de dar alcance a un gamo.”

“ Está bien,” dijo el Rei, sonriendose, al ver la formalidad y énfasis con que Sir Tomas hablaba ; “ has dado la licencia, y no hai mas que decir en el asunto ; empero, no seas tan liberal de ahora en adelante con esos caballeros andantes, que no dependen de ningun principe ni caudillo. Pronto nos dejarían sin una sola pieza en todos los montes de Palestina : volvamos a lo de ese medico pagano. ¿ No dices que el Escoces lo encontró en el desierto ?”

“ No Señor,” respondió el baron ; “ si hemos de

dar crédito a sus palabras, la aventura del médico es la siguiente : llevaba Sir Kenneth un mensaje a ese santo anacoreta de Engaddi, de quien tanto se habla”

“ ¡ Con dos mil de a caballo !” dijo el Rei, rebentando de colera. “ ¡ Quien le dio ese mensaje, y con qué proposito ? ¡ Quien se atreve a enviar mensajeros a Engaddi cuando la Reina se halla de romería en aquel santuario ?”

“ El consejo de los Principes de la Cruzada,” respondió Sir Tomas, “fué quien le dio el encargo ; el motivo, lo ignoro ; mas segun veo, pocos saben en el campamento que vuestra Real consorte ha emprendido esa santa romería, y de mi parte, sé decir que es la primera noticia que de ello tengo. Quizas no lo saben tampoco los principes, puesto que la Reina está separada de vuestra Real compañía, desde que V. M. lo ha mandado así, por temor de que se contagie su preciosa salud.”

“ ¡ Con que en resumen,” dijo el Rei, “ese Escoces, o enviado, o como quieras llamarlo, dio con el errante médico en la cueva de Engaddi !”

“No, Señor,” repuso Sir Tomas ; “ cerca de aquel sitio encontró a un Emir Sarraceno, con quien lidió cuerpo a cuerpo, deseosos ambos de acreditar su valor, y conociendo que era digno el Moro de acompañarse con hombres de honor, caminaron juntos, como suelen hacer los de la andante Caballeria, hasta la gruta del santo anacoreta.”

Detubose en esto Sir Tomas, pues no era hombre de los que cuentan largas historias en breves sentencias.

“ Y allí encontraron al físico,” dijo el monarca, con impaciencia.

“No, el Señor,” continuó De Vaux; “sino que el Sarraceno enterado de la dolencia de Vuestra Magestad, prometio que el Soldan Saladino le enviaria el medico de su camara, con las mayores seguridades de su superior destreza ; y en efecto, vino a la gruta, despues que el Escoces lo hubo aguardado en ella, un dia y mas. Y en cuanto al doctor, viene acompañado a manera de principe o magnate ; con trompetas y atabales, y sirvientes de a pié y a caballo, trayendo ademas credenciales de su amo.”

“¿ Ha examinado esos papeles Jacome Lore-dani ?” preguntó el Rei.

“El interprete,” respondió Sir Tomas, “los ha visto y trasladado al Ingles, y aqui está la version que de ellos ha hecho.”

Ricardo tomó el papel, en el cual estaban escritas estas palabras : “ La bendicion de Alá y de su profeta Mahoma. (¡ Maldito perro ! exclamó Ricardo, escupiendo al manuscrito.) Saladino, Rei de reyes, Soldan de Egipto y de Siria, luz y refugio de la tierra, al gran Melech Ric, Ricardo de Inglaterra, salud. Habiendo entendido, Real hermano nuestro, que te aqueja la mano de la enfermedad, y que solo tienes contigo medicos Nazarenos y Judios, que obran sin la bendicion de Dios, y de nuestro santo profeta, (¡ Satanás lo confunda ! dijo el Rei) te enviamos para que te asista y visite, durante esta calamidad, al fisico de nuestra propia persona, Adonebec El Hakím, ante cuyo aspecto el angel Azrael estiende las alas, y huye del lecho del que padece, y el cual conoce las virtudes de las plantas y de las piedras, y los signos y curso del sol, de la luna, y de las estrellas, y puede

salvar al hombre de los males que no lleva escritos en la frente. Y esto hacemos, rogandote encarecidamente que honres al dicho Adonebec El Hakim, y hagas uso de su sabiduría, no solo con el objeto de prestarte servicio digno de tu prez y nombradía, que es la gloria de todas las naciones del Franchistan,* sino con el de llevar a cabo sin dilacion nuestra actual desavenencia, sea por honroso convenio, sea por medio de las armas, en batalla campal ; considerando ademas que ni conviene a tu dignidad y fama, morir como muere el esclavo, abrumado de trabajo y fatiga, ni a nuestro honor y decoro, que tan valiente adversario evite, a favor de esta enfermedad, la fuerza de nuestras armas. Y por tanto quiera el santo. . .”

“ Basta, basta, dijo el Rei, no quiero oir hablar de ese can de profeta. Hastio me causa que el valiente y esforzado Saladino, dé fe y credito, y reverencie y acate a una bestia muerta. Ahora lo que deseo es ver a ese Hakim, o como se llame, y ponerme a su merced ; y en

* Nombre que los Orientales daban a Europa.

EL TALISMAN. 199

cuanto al Soldan, yo sabré pagarle su generosidad: lo encontraré en el campo de batalla, según él mismo bravamente lo propone, y no tendrá por qué quejarse de la ingratitud de Ricardo Corazon de Leon. Le haré probar el peso de mi maza, y tales golpes le daré, que nunca los habrá recibido antes, hasta traerlo al gremio de la Santa Iglesia. Retratará y abjurará sus errores, puesto de rodillas ante la Cruz de mi espada, y será bautizado en el campo de batalla con mi propio yelmo, aunque sea necesario que se mezclen en las santas aguas su sangre y la mía. Date prisa, de Vaux, y adelanta cuanto puedas tan venturoso instante. Venga a este sitio El Hakim.”

“ Señor,” dijo el baron, sospechando que esta excesiva confianza era efecto de la calentura; “ tened presente que el Soldan es un pagano, y que Vuestra Magestad es su mas formidable enemigo.”

“ Y aun por esa razon, dijo el Rei, es el mas a proposito para esta clase de servicio, pues según él mismo da a entender, es mengua que una fiebre ponga término a una guerra entre dos

“poderosos monarcas. Saladino me aprecia, como yo aprecio a Saladino; como deben hacerlo recíprocamente dos nobles y magnánimos adversarios. Por mi fé, que sería pecado dudar de su lealtad y buena intención.”

“ Pareceme, Señor, respondió el baron, no obstante cuanto habeis dicho, que sería bueno aguardar el éxito de esos brevages que el medico ha dado al escudero Escoces. Mi vida va en ello, pues sería digno de morir como un perro, si partiera de ligero en esta materia.”

“ Nunca te vi vacilar por miedo de la muerte,” dijo Ricardo.

“ Ni sé vacilar tampoco, dijo el baron, salvo cuando está de por medio la de Vuestra Magestad.”

“ Pues bien, repuso el monarca; hombre suspicaz y receloso, anda y observa los progresos de esa cura, o deja que el medico Musulman me salve o me despache; que ya me cansa el verme aqui postrado, como baca con morriña, en tanto que los tambores baten, y los caballos relinchan, y patalean, y las trompetas retumban.”

El baron salio apresuradamente, resuelto a

EL TALISMAN. 201

consultar el caso con algun prelado de la Iglesia, por no ser bastante su conciencia a decidir si un monarca Cristiano se pondria en manos de un infiel.

El Arzobispo de Tiro fue el primero a quien dio parte de sus dudas, por conocer su adhesion a Ricardo, que le habia dado grandes testimonios de afecto y veneracion. Oyó el Arzobispo los escrúpulos de Sir Tomas, y los trató con aquella ligereza, que le era licito demostrar en presencia de un lego.

“ Los medicos, dijo el prelado, asi como las medicinas que emplean, suelen ser de gran provecho y ventaja, aunque los primeros son, por lo comun, hombres de bajo y vil nacimiento, y las segundas, en muchos casos, se sacan de sustancias inmundas. Licitó es aprovecharse de la asistencia de los paganos e infieles en nuestra propia ventaja, y no va lejos de la verdad el que crea, que si Dios les permite vivir, es tan solo para que sirvan de utilidad a los fieles Cristianos; por esto es licito tambien, servirse de los cautivos infieles, como esclavos. No hai duda que los primitivos Cristianos se

valian de los servicios de los idolatras, como lo hizo ver el bendito Apostol San Pablo, cuando navegaba en un buque de Alejandria acia Italia, pues siendo paganos los marineros, el santo reconoció cuan necesaria era su ayuda. *Nisi in hi navi manserint, vos salvi fieri non potestis.* “ Vosotros no podeis escapar con vida, a menos que estos, *id est*, los marineros, permanezcan en la nave. Ademas, que los Judios son tan enemigos de la lei de Cristo, nuestro Redentor, como los Mahometanos, y apenas hai medico en el campamento que no sea de aquella secta, no obstante lo cual, los empleamos en nuestras dolencias, sin recelo ni escandalo. Por tanto, los Mahometanos pueden desempeñar el mismo oficio, *quod erat demonstrandum.*”

Esta erudita y profunda peroracion calmó todas las inquietudes de Tomas De Vaux, a quien convencieron sobre todo los textos Latinos, de que no entendia una sola palabra.

Pero el Arzobispo siguió hablando, aunque no con tanta afluencia, sobre la posibilidad de que el Sarraceno procediese de mala fé, y acerca de este delicado punto, no se atrevio a resol-

verse con tanta prontitud. El baron le enseñó las credenciales, que el prelado leyó y releyó atentamente, comparando el original con la traduccion.

“ Sucesos de esta clase, dijo, no pueden menos de ser mui del gusto de Ricardo ; pero yo no estoi lejos de sospechar las intenciones del Sarraceno. *Timeo Danaos et dona ferentes*, que dijo el profano. Los sectarios de Mahoma son diestrisimos en el conocimiento y uso de ponzoñas, y de tal modo las templan, que tardan semanas enteras en producir su efecto, dando lugar a que el envenenador desaparezca. Impregnan con sutiles venenos el paño y el cuero, y hasta el papel y el pergamino. La Virgen, nuestra Señora, nos defienda. ; Y yo necio de mí que lo sé, y he puesto tan cerca de mi rostro esas credenciales ! Tomadlas pronto, Sir Tomas, por *si fortè*. ”

Y al decir estas palabras alargó precipitadamente los papeles al baron. “ Mas lo que por la presente conviene, continuó el Arzobispo, es ir a la tienda del escudero, donde nos será dado saber si ese El Hakim posee el arte de curar

como Saladino asegura, antes de resolernos a permitirle que lo egerza en la persona de Ricardo. Bueno será que yo me prevenga de antemano con un poco de romero mojado en vinagre, y os aconsejo que useis de la misma precaucion, pues estas fiebres son una verdadera pestilencia. Algo se me alcanza en esto de medicina.”

“Doi gracias a vuestra Señoria mui reverenda, dijo Sir Tomas; pero si la fiebre se hubiera de atrever conmigo, tiempo ha que me hubiera atacado a la cabecera del Rei.”

El Arzobispo de Tiro se sonrojó al oír esto, pues era público que no se habia atrevido a acercarse al monarca, en el discurso de su enfermedad. Los dos personajes echaron a andar, yendo delante el baron.

Al llegar a la pobre cabaña en que Sir Kenneth, el del Leopardo y su escudero residian, el Arzobispo dijo a De Vaux. “Ved, Milord, lo que son estos caballeros Escoceses, y el cuidado que tienen de sus servidores. Aqui tenemos uno que dicen que pelea bien el día de accion, y que parece digno de importantes men-

sages en tiempo de tregua, y ved el sitio en que tiene a su escudero, que no parece sino establo de vacas. ¿Que decis de nuestros vecinos?"

“Digo, señor Arzobispo, respondió sin poderse contener Sir Tomas, que harto hace el amo que aloja a su servidor bajo el mismo techo que lo guarece.”

El prelado entró, no sin cautela y repugnancia, en la cabaña de Sir Kenneth, siguiendo los pasos del baron. Era hombre que no carecia de valor, pero que sobre todas las cosas humanas, atendia a la conservacion y bienestar de su persona; mas en la ocasion presente, le parecia indispensable examinar por sí mismo la ciencia del Arabe, por lo que se erguió cuanto pudo, y se revistió de entonada gravedad, creyendo de este modo imponer respeto al extranjero, y darle una encumbrada idea de su dignidad y sabiduria.

Y cierto que su presencia era alta y magestuosa. Habia sido de bello parecer en su juventud, y la edad no lo habia despojado de un todo de aquellas ventajas. El esplendido ropage episcopal de que usaba, estaba farrado de pieles

costosas, y guarnecido de finísimo encage. Los anillos que relumbraban en sus dedos valían tanto como una baronía, y la clamide, que a la sazón iba abierta y echada atrás, por causa del calor, tenía broches de oro puro, con que se unía y sujetaba cuando convenía. Su barba, que los años habían convertido en nieve, ondeaba pomposamente sobre el pecho, y en torno de las mejillas. Uno de los acólitos que lo acompañaban, protegía su cabeza contra los rayos del sol, por medio de una ancha sombrilla de hojas de palmero, mientras el otro refrescaba el aire entorno, agitando suavemente un gran abanico de plumas de pavón.

Cuando el Arzobispo de Tiro penetró en el pabellón del caballero Escoces, éste se hallaba ausente, y el doctor Sarraceno, objeto de su curiosidad, se hallaba, como cuando Sir Tomas lo había visto antes, cruzado de piernas sobre el almohadón de esteras, contemplando atentamente el sueño del escudero, y tomándole de cuando en cuando el pulso. El Arzobispo permaneció en pie, y guardando silencio, por espacio de algunos minutos, como si esperase

que el extranjero le hiciese una profunda humillación, o que le hiciese gran impresión la gravedad de su talante. Pero Adonebec El Hakim no hizo mas que echarle una ogeada, y cuando el prelado al fin se decidió a saludarlo en lengua franca, el medico solo le respondió con el acostumbrado cumplimiento de los Orientales, *Salam alium*, que quiere decir, “la paz sea contigo.”

“¿Eres tú medico? infiel” preguntó el Arzobispo algo enojado al ver esta irreverente acogida. “Sí así es, holgárame de hablar contigo sobre cosas de tu arte.”

“Si algo se te alcanza de el arte de curar,” respondió El Hakim, sabras que no es lícito a los físicos razonar ni discurrir cerca del enfermo. Escucha, añadió, oyendo el sordo y ahogado gruñir del alano de Sir Kenneth, “ese animal te enseña tu obligación, Ulemat.* Su instinto refrena el ladrido, porque sabe que está en la habitación de quien padece. Vamos fuera de

* Nombre que dan los Mahometanos a sus sacerdotes.

la tienda," dijo, levantandose y enseñandó el camino, "y allí oiré cuanto tengas que decirme."

Apesar de la llaneza del traje del Mahometano, y de la inferioridad de su estatura, comparada con la elevada y fornida de Sir Tomas, el Arzobispo notó en sus palabras y modales cierta gravedad y comedimento, que le impidio manifestar todo el descontento que le causaba aquella soltura y familiaridad. Cuando los tres se hallaron fuera de la tienda, el Arzobispo estuvo observando silenciosamente al Arabe, maravillandose de su aparente juventud, de la serenidad de su fisionomia, de la magestad y mesura de todos sus ademanes, y sobre todo de la indiferencia con que miraba a uno de los primeros personajes de la Iglesia Catolica.

Rompiendo al fin el silencio, en que el Moro permanecia, el prelado le preguntó, cuantos años tenia.

" Los años de los hombres vulgares, respondió el Hakim, se echan de ver en la barba y en el bigote; los del sabio, en el fruto de sus es-

estudios. Mi edad es cien revoluciones de la Hegira.”*

El baron que creyó al pie de la letra que el Mahometano tenia cien años de edad, miró con ojos atonitos al prelado, el cual comprendió el sentido enigmático de la respuesta, y respondió a la mirada del Ingles con un ademan misterioso de inteligencia y superioridad. Y volviendo a revestirse de pomposo erguimiento, pidió al medico alguna prueba de su saber.

“ La palabra del Soldan,” respondió el Hakim, poniendo la mano en la gorra, en señal de reverencia ; “ la palabra de aquel que jamas la rompió con amigo ni enemigo. ¿ Qué mas quieres, Nazareno?”

“ Quiero, dijo el Arzobispo, pruebas oculares de tu habilidad, y sin darmelas antes, no te acercarás al lecho de Ricardo Corazon de Leon, Rei de Inglaterra.”

“ El loor del medico, contestó el Arabe, es la salud del paciente. Observa ese escudero, a

* Daba a entender que sus conocimientos eran tales que cien años se necesitaban para adquirirlos por medio del estudio.

quien ha secado la sangre esa enfermedad que ha sembrado vuestro campo de esqueletos, y contra la cual la ciencia de los físicos Nazarenos, ha sido como un almohadon de seda contra una punta acerada. Ha poco que la muerte habia clavado en él su garra. Secos están sus huesos, como los arboles del bosque cuando los ha despojado el viento del desierto: pero si el angel Azrael hubiera estado a un lado de su cabecera, y yo al otro, el golpe funesto hubiera quedado suspenso en el aire. De poco aprovecha molestarme con mas preguntas; aguarda, si quieres, al momento crítico, y el éxito responderá.”

El fisico, dichas estas razones, sacó el Astrolabio, oraculo de la sabiduria de Oriente, y observando que era llegada la hora de la oracion de la tarde, se puso de rodillas, vuelto el rostro acia la Meca, y recitó las plegarias que el Alcoran prescribe. Mirabanse suspensos el Arzobispo y el baron, indignados de presenciar aquellos ritos sacrilegos, mas no osaron interrumpir al medico en sus devociones, aunque tan diabolicas y abominables les parecian.

El Arabe se levantó de la tierra en que se había postrado, y entrando en la tienda, y viendo al paciente que no había mudado de posición, sacó de una caja de plata, una esponja, que sin duda estaba empapada en alguna infusión aromática, porque al aplicarla a la nariz del dormido escudero, estornudó inmediatamente, abrió los ojos, y miró en torno de sí, con estrañeza y ansiedad, pero sin señales de dolor ni aturdimiento. Parécia ciertamente una visión sobrenatural; una de aquellas escualidas fantasmas que amenazan en su sueño inquieto al homicida. Descubriáanse uno a uno todos sus huesos, en la superficie del cutis, como si jamás hubiesen estado revestidos de carne. Estaban hundidos sus ojos, acartonadas sus megillas, confusamente desordenados sus cabellos y barbas; empero sus miradas que al principio eran vagarosas e inciertas, se fueron tranquilizando y fijando poco a poco. No tardó en percibir el alto carácter de aquellos dos sujetos que enfrente de su lecho se hallaban, y aunque apenas podía mover la mano, hizo un esfuerzo para quitarse el lienzo que le cubria la cabeza, en señal

de reverencia, preguntando al mismo tiempo por su amo, en voz languida y desfallecida.

“¿Nos conoces, buen hombre?” le preguntó Sir Tomas de Vaux.

“No perfectamente, respondió el escudero. Mi sueño ha sido largo, y lleno de delirios. Veo sin embargo que sois un Lord de Inglaterra, y que estoy delante de un santo prelado, cuya bendición imploro, como pobre pecador.”

“*Benedictio Domini sit tecum,*” exclamó gravemente el Arzobispo de Tiro, haciendo la señal de la Cruz sobre el enfermo, aunque procurando guardar la misma distancia a que se hallaba.

“Ya lo veis, Nazarenos, dijo entonces el Musulman; la fiebre ha cedido; el enfermo habla en su acuerdo. tomadle el pulso, y conoceréis cuan igual y tranquilo late.”

El Arzobispo se reusó a hacer la experiencia, pero Sir Tomas, menos tímido y receloso, aplicó la mano al pulso, y se convenció de que la fiebre había desaparecido.

“Maravilla es esta,” dijo el barón mirando al Arzobispo, “de que ya no es posible dudar. Va-

EL TALISMAN. 213

mos con este hombre a la tienda del Rei Ricardo.
¿Qué piensa, Vuestra Reverendisima Señoria?”

“ Deteneos, dijo entonces El Hakim, y dejadme terminar una cura antes de empezar otra. Estaré a vuestras órdenes, despues de haber dado al enfermo una segunda copa de este elixir celestial.”

Dichas estas palabras, el Arabe tomó en la mano una copa de plata ; vertió en ella el licor que contenia una vasija, puesta a la cabecera del enfermo ; sacó un taleguillo de un tegido de seda, en forma de red, cuyo contenido no pudieron distinguir los asistentes ; lo metio dentro de la copa, y alli lo tubo, observandolo con la mayor atencion, por espacio de cinco minutos. El baron y el Arzobispo creyeron ver formarse una efervescencia durante esta operacion ; mas no tardó mucho en ceder.

“ Bebe, dijo El Hakim al enfermo, duerme, y despierta libre de toda dolencia.”

“ ¿ Y con esta simple droga, preguntó el Arzobispo de Tiro, quieres curar a todo un Rei de Inglaterra ?”

“ Con esta simple droga, repuso el Musulman,

he curado a un hombre como lo estais viendo.
¿Son acaso de otro barro los reyes de Franchistan?”

“Vamos con este hombre al Rei,” dijo otra vez el impaciente Sir Tomas De Vaux; “ya nos ha hecho ver que no es mentida su ciencia, y que puede restablecerle la salud. Si falla, yo lo enviaré a curar Musulmanes a los profundos senos del abismo.”

Iban ya los tres a salir del pabellon, cuando el enfermo, alzando la voz en cuanto se lo permitia la postracion de sus fuerzas, “Mui reverendo padre, exclamó, noble caballero, y tú, sabio y caritativo doctor, si quereis que pueda recobrar sueño y tranquilidad, decidme por caridad que se ha hecho de mi querido amo.”

“Tu amo, buen amigo, respondió el prelado, se halla en remota espedicion, y honrosa embajada, que lo detendra algunos dias.”

“¿De qué sirve engañarlo?” dijo entonces el baron de Vaux; tu amo está de vuelta en los Reales, y no tardarás mucho en verlo.”

El enfermo alzó las manos al cielo en señal de gratitud, y no pudiendo ya resistir el efecto

del narcotico elixir, cerró los ojos y quedó profundamente dormido.

“Mejor medico haceis que yo, Sir Tomas, dijo el prelado. Los enfermos gustan mas de mentiras que de verdades, cuando aquellas les son gratas.”

“¿ Qué quereis decir, reverendo Señor ?” preguntó Sir Tomas, ofendido de aquella reconvenccion. “¿ Pensais que diria yo una mentira, aunque fuera para salvar la vida a un escuadron entero ?”

“Habeis dicho,” repuso el Arzobispo, con manifiestas señales de inquietud, “que el amo de ese hombre ha vuelto de su expedicion, y si no me engaño, hablais de Sir Kenneth el del Leopardo.”

“Y ha vuelto en verdad, dijo Sir Tomas; y hace pocas horas que he hablado con él, y ese doctor Arabe ha venido a los Reales en su compañía.”

“¿ La Virgen nos ampare ! ¿ Por qué no me lo habeis dicho antes ?” exclamó el prelado descompuesto y tremulo.

“Crei haberos dicho, continuó el baron, que

el físico enviado por el Soldan, venia escoltado por ese caballero Escoces: pero ¿qué tiene que ver su vuelta con la ciencia del doctor, y con la cura del Rei, que es lo que mas nos importa?”

“Mucho, Sir Tomas,” dijo el Arzobispo, estampando el pié en el suelo, agitando las manos, y dando otras evidentes señales de involuntario desasosiego. “Pero ¿donde estará ahora? Dios lo asista, y nos asista a todos. Aqui hai alguna grave equivocacion. Valgame San Pedro Apostol !”

“Ese mancebo, dijo Sir Tomas, podra quizas satisfacer vuestra curiosidad.”

Llamaronlo en efecto, y aunque solo hablaba el casi ininteligible dialecto de los montañeses de Escocia, pudieron colegir por sus respuestas, que Sir Kenneth habia sido llamado a la tienda del Rei, poco antes de la llegada de los dos personajes; lo cual en tal manera aumentó la turbacion del Arzobispo, que no pudo menos de notarla el baron, con no ser un observador mui esperto, ni aficionado a cavilidades ni sospechas. Pero mientras mas crecia el trastorno del prelado, mayor esmero ponía en disimularlo.

EL TALISMAN. 217

Al fin se despidió precipitadamente de De Vaux,
que no cesaba de mirarlo sorprendido y atonito,
y encogiéndose de hombros, como quien no com-
prende lo que está viendo, se encaminó con el
sabio Arabe a la tienda del Rei de Inglaterra.

CAPITULO IX.

8.

El Baron de Gilsland marchaba con paso detenido, y con aspecto taciturno. Desconfiaba mucho de sí mismo, exepto en el campo de batalla, y convencido de la pequeñez de sus alcances, se limitaba a estrañar las ocurrencias que un hombre de imaginacion mas viva habria procurado entender, o a lo menos investigar y examinar de cerca. Pareciale sumamente estraordinario que el Arzobispo de Tiro hubiese mirado con tanta ligereza la maravillosa cura de que habia sido testigo, y la probabilidad de que el Rei recobrase por el mismo medio su salud, que tanto importaba a la Cristiandad, y que al mismo tiempo, le fuesen tan interesantes las idas y venidas de un pobre caballero Escoces, que tan poco ruido hacia en el mundo, y que de tan poco peso debia ser en la balanza de los negocios: por lo cual, y a despecho de su acostumbrada indiferencia a los sucesos en

N.E.T. 8. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

This is the prince of leeches; fever, plague,/ Cold rheum, and hot podagra, do but look on him,/ And quit their grasp upon the tortured sinews. ANONYMOUS.

Es príncipe de médicos; la peste y la fiebre/los fríos reumas, la ardiente gota, los contempla sólo/ y ya su garra aleja del tendón torturado. *Anónimo*.
[Suero Roca, T., *op. cit.*, 132].

que no tomaba parte, llegó a luchar con las conjeturas y recelos que se agolpaban a su fantasía.

Al fin se le ocurrió la idea que todo aquello podría ser una trama contra el Rei Ricardo, urdida en el campo de los aliados, y en la cual estaría quizás implicado el Arzobispo, de quien se decía generalmente que era un político tan astuto como poco escrupuloso. A los ojos del baron, no había debajo de la bóveda del cielo un hombre mas perfecto que su amo, el cual siendo la flor de la Caballeria, el caudillo de los caudillos Cristianos, y el mas fiel egecutor de los mandatos de la Santa Iglesia, poseia con esto las mas altas perfecciones, que, segun Sir Tomas, podian caber en un mortal. Tambien sabia por esperiencia que las prendas generosas de Ricardo le habian atraido tanto desafecto y censura por una parte, como honor y cariño por otra, y que en el mismo campamento Cristiano, y entre los mismos principes que habian pronunciado el juramento de la Cruzada, habia algunos que de buena gana hubieran sacrificado toda esperanza de victoria, a la ruina, o cuando

menos, a la humillacion y abatimiento de Ricardo de Inglaterra.

“Por tanto,” decia el baron, hablando consigo mismo, “no parece fuera de toda posibilidad que este medico Arabe, con los brevages que al escudero Escoces ha administrado, se proponga tan solo acreditarse de docto, y ganar la confianza del Rei, y acercarse a su persona, hallandose quizás de acuerdo con el del Leopardo, y quizas con el mismo Arzobispo, no obstante ser un principe de la Santa Iglesia.”

Estas sospechas del buen Sir Tomas no estaban a la verdad de acuerdo, con el susto y sobresalto que manifestó el Arzobispo, cuando supo que Sir Kenneth habia vuelto de su mensaje. Pero De Vaux se dejaba llevar unicamente por las preocupaciones generales que en las diferentes aventuras de su vida habia adquirido, las cuales lo habian dispuesto a creer firmemente que un astuto prelado Italiano, un falso y descarado Escoces, y un curandero Mahometano, eran tres pestiferos ingredientes, de los que nada bueno y sí mucho daño podia aguardarse. En virtud de todas estas consideraciones

EL TALISMAN. 221

resolvió confiar cuanto había visto y congeturado al Rei, de cuya discreccion y prudencia tenia tan alta idea como de su intrepidez y valor.

Al mismo tiempo habían ocurrido algunos incidentes de un todo opuestos a los recelos y suposiciones que agitaban el animo de Sir Tomas. Apenas había salido de la tienda Real, para informarse del estado del escudero, Ricardo ora por la impaciencia natural de su indole, ora por efectos de la efervescencia que bullia en su sangre, empezó a quejarse de su tardanza, y a manifestar el deseo de que estubiese de vuelta. Procuró sin embargo valerse de toda su razon para dominarse y calmar aquella inquietud que tanto aumentaba su padecer. Fatigó a todos los que lo asistian pidiendoles cuanto podia distraerlo, ora el breviario del capellan, ora la trova de algun yuglar de la corte, ora en fin el arpa del trovador: mas de nada servia ninguno de estos recursos. Al fin, pasadas dos horas despues de puesto el sol, y mucho antes de recibir respuesta alguna sobre el éxito de la cura intentada, envió, como ya se ha dicho, un mensagero a la tienda de Sir Ken-

neth, con orden de que compareciese éste inmediatamente en su presencia, a fin de distraer su impaciencia oyendo de la boca del caballero todas las circunstancias de su mensaje y de su romería, así como las de su encuentro con el sabio Musulman.

El caballero del Leopardo, en cumplimiento de aquel superior mandato, entró en la tienda del monarca, como quien está acostumbrado a pisar los umbrales de la opulencia y del poder. Apenas lo conocía el Rei de vista, por haber concurrido a las fiestas y saraos que Ricardo, con su natural generosidad y galantería solía dar a los caballeros del ejército; cuyas ocasiones aprovechaba diligentemente el Escocés, no solo por honrarse con aquella distinción que a su grado correspondía, sino también por lograr la dicha de fijar los ojos en la dama de sus ocultos pensamientos. El Rei miró atentamente a Sir Kenneth, cuando éste se le acercaba. Sir Kenneth hincó la rodilla en tierra: volvió a levantarse, y permaneció en pie delante de Ricardo, con un aspecto respetuoso y comedido, mas propio de un guerrero en presencia

de su caudillo, que de un vasallo en la de su Señor.

“ Tu nombre, dijo corazón de Leon, es Kenneth del Leopardo. ¿Quién te confirió la orden de Caballería?”

“ La espada de Guillermo, el Leon de Escocia,” respondió Sir Kenneth.

“ Bien puede conferir honor aquella espada, continuó el Rei, y bien creo que mereces el espaldarazo que de ella has recibido. Testigo soy de que has obrado como caballero y hombre de coraje y brio en el conflicto de la batalla; y antes hubieras experimentado los efectos de mi buena voluntad y protección, si ya no fuera porque tu audacia en otros puntos ha sido tal, que en galardón de tus servicios, solo puedes aspirar al perdón de tu desacato. ¿Qué dices?”

Sir Kenneth quiso hablar, mas fue en vano, pues lo turbaron en gran manera las palabras del Rei, y sus penetrantes miradas, con las cuales se figuraba que Ricardo había leído en su alma la osadía de sus esperanzas, y visto el retrato del encumbrado objeto de su amor.

“ Y aunque todo soldado, continuó el mó-

marca Ingles, debe respeto y veneracion a sus superiores, y todo vasallo, sumision y reverencia a su señor, un valiente caballero merece que se le perdone mayor culpa, que la de tener en el campamento un perro alano, no obstante la prohibicion espresa de nuestra Real pragmática.”

Ricardo continuó mirando a Sir Kenneth, el cual sonrió involuntariamente al verse libre de la acusacion que temia, y que las primeras reconvencciones del Rei le habian dado a entender.

“Vuestra Magestad, dijo el Escoces, no obraria de acuerdo con su conocida magnanimidad, si de otro modo procediera en este negocio. Nosotros, los caballeros de Escocia, con escasas rentas y lejos de nuestros solares, no podemos ostentar el esplendor de los nobles de la corte de Inglaterra, a quienes los Lombardos prestan cuanto dinero necesitan. Para que los Sarracenos esperimenten la fuerza de nuestros puños, no está mal que se agregue de cuando en cuando a las tortas de cebada, tal cual pedazo de venado curado al sol.”

“No has menester mi Real beneplacito, dijo el Rei, puesto que Sir Tomas de Vaux, que, como todos mis oficiales y servidores, solo dispone lo que puede agradarme, te ha dado ya el privilegio de montería y cetrería.”

“No mas que el de montería, y Vuestra Magestad perdone que lo interrumpa, contestó el Escoces, mas si a este se agregára el de poder llevar un halcon al puño, sendas garzas y gallinetas podria enviar a Vuestra Magestad para su regalo, y servicio de su mesa.”

“Presumo, dijo el Rei, que si tubieras un halcon no hubieras aguardado mi consentimiento. Bien sé lo que por ahí se dice de los monarcas de mi línea de Anjou, que tanto nos ofende una infracción de nuestras ordenanzas de montería, como una traición contra nuestra Real corona : con todo eso, sabemos perdonar semejantes culpas a hombres de esfuerzo y de honor ; mas basta de esto por ahora, que lo que mas interesa es saber como, y por cuya autoridad has emprendido esa jornada al desierto del mar Muerto, y a la cueva de Engaddi.”

“Por orden y encargo, repuso Sir Kenneth,

del consejo de los principes de esta Santa Cruzada.”

“¿Y quien es el osado, preguntó el Rei, que a dar esas ordenes y mensajes se aventura, sin mi noticia y consentimiento? ¿No soi yo tambien de la liga?”

“ Con el acatamiento debido a vuestra grandeza, respondió el Escoces, digo que no me toca entrometerme en esos particulares. Soldado soi de la Cruz, al servicio, por ahora, de la ilustre bandera de Vuestra Magestad, y mui honrado con el permiso de seguirla y defenderla: pero quien ha puesto en su pecho la imagen del arbol de la redencion, y se emplea en la del Santo Sepulcro, está obligado a obedecer las ordenes de los principes y caudillos, que esta bendita empresa capitanean y dirigen. La dolencia que por la presente aqueja a Vuestra Magestad, y plegue a Dios que tenga breve termino, le ha estorvado asistir a los consejos, en que es tan potente su voz, y tan cuerdo su aviso. Calamidad es esta de que se lamenta toda la Cristiandad: pero como soldado, solo debo obedecer a las personas en quienes recae

legitimamente la autoridad, a menos de dar un mal ejemplo en el campamento Cristiano.”

“ Bien has dicho, repuso Ricardo, y la culpa no es por cierto tuya, sino de aquellos que las habran conmigo, cuando plegue a su divina Magestad sacarme de este lecho de ocio y de tormento. ¿ Y cual era el objeto de tu mensaje?”

“ Pregunta es esa, respondió Sir Kenneth, a la cual solo podran satisfacer debidamente los que con su confianza me honraron, y a la que solo puedo contestar incompleta, y quizás erradamente.”

“ Responde sin rodeos, exclamó el Rei, si no estás mal con tu vida.”

“ Mi vida, Señor, respondió el Escoces, harto aventurada la tengo, y bien poco me importa, desde que a esta remota empresa he venido, la cual mayor galardón me ofrece en la ventura celestial, que en las satisfacciones y dichas terrenas.”

“ Por el santo sacrificio de la Misa, dijo Ricardo, que eres hombre de pro. Los Escoceses,

señor caballero, son gentes que yo amo y estimo teniendolos por bravos, aunque poco afables ; y por verdaderos y leales en los negocios graves, bien que la pobreza los obliga a veces a ser artificiosos y disimulados. Algun afecto y consideracion me deben en conciencia, por haber hecho de mi grado y buena voluntad, lo que nunca hubieran obtenido por la fuerza de las armas como no lo obtubieron de mis predecesores. Les he devuelto los castillos de Rorburgh y Berrwick, que eran feudos de mi corona : he restablecido los limites antiguos de los dos Estados : finalmente, he renunciado al derecho de homenaje que nunca me parecio justo exigirles. Los otros reyes de Inglaterra los tenian por vasallos descontentos y rebeldes ; yo he querido que sean mis independientes y honrados amigos.”

“ Todo eso habeis hecho, Señor, respondió Sir Kenneth, por vuestro Real tratado celebrado con nuestro monarca en Canterbury, y aun por eso hemos venido siguiendo vuestro estandarte, y para hacer esta guerra contra infieles, los

caballeros Escoceses, que hasta ahora habíamos molestado vuestras fronteras. Si tan reducido veis su numero, no otra ha sido la causa sino los crueles estragos de la guerra.”

“Requierote pues, continuo el Rei, por estos mis buenos oficios para con Escocia, y por el caracter de que me hallo revestido, de miembro principal de esta liga, que me digas cuanto sepas acerca de estas negociaciones y tratados, pues aunque tengo derecho a saberlo de los mismos que los proyectan y fraguan, mas veracidad espero de tus labios que de los suyos.”

“Señor, respondió el caballero, os dire la verdad, puesto que vuestras miras se encaminan tan solo al exito de esta empresa, y que nacen de un corazon recto y magnanimo, que es mucho mas de lo que pudiera decir de otros. Tenga pues entendido Vuestra Magestad, que mi mensaje era proponer por medio de aquel santo varon de Engaddi, a quien el mismo Saladino reverencia. . . .”

“¡ La prolongacion de la tregua !” dijo Ricardo, interrumpiendo de pronto al Escoces.

“No, por San Andres, dijo Sir Kenneth ; sino

el convenio de una paz duradera entre Turcos y Cristianos, y la retirada de nuestros ejércitos de Palestina.”

“¡San Jorge!” dijo Ricardo, como sobrecogido de espanto y confusión. “Mal había pensado de ellos, mas no tanto que se sometiesen a esta deshonra y abatimiento. Habla sin miedo, Sir Kenneth. ¿Cuales eran tus intenciones, al llevar ese mensaje?”

“Mis intenciones eran rectas y honradas, dijo el caballero; porque, viendo al ejército sin el único caudillo que puede guiarlo por el camino de la victoria, y convencido de que nada se puede esperar de los que le sucedan, mas prudente me parecía evitar, que aguardar tranquilo la ruina y el estermio.”

“¿Y cuales eran las condiciones de ese propuesto tratado?” preguntó el monarca, reprimiendo a duras penas el despecho que estallaba ya en sus miradas.

“Las condiciones, dijo el del Leopardo, no me eran conocidas. Puselas selladas en manos del santo varón.”

“¿Y qué piensas, dijo el Rei, de ese hermitaño? ¿Es santo, es loco, es traidor?”

“Su locura, Señor, continuó el Escoces, no es mas que un artificio para cautivarse el respeto de los paganos, que miran a los locos como inspirados del cielo, y aun por esto la aparenta en ciertas ocasiones, y cuando mas conviene a su proposito, mas no se nota en su porte general y conversacion el menor sintoma de des-temple.”

“Verdad puede ser,” dijo el monarca, reclinandose de nuevo en la cama, de que habia procurado alzarse, durante el principio de esta conversacion. “¿Y en cuanto a su penitencia y austeridad?”

“Su penitencia, repuso Sir Kenneth, me parece sincera, y efecto del remordimiento producido por algun grave delito, por el cual, segun dice, se halla condenado a eterna reprobacion.”

“¿Y cual es su opinion acerca de la guerra actual?” “preguntó Ricardo.

“Pareceme, Señor, dijo Sir Kenneth, que ha llegado a desesperar de la seguridad de Pales-

tina, como de la salvacion de su alma, a menos de sobrevenir un milagro del cielo ; sobre todo, desde el punto y hora en que Ricardo de Inglaterra no capitanea las huestes de Cristo.”

“ ¡ Y por tanto, esclamo el Rei, la cobarde politica de ese hermitaño fomenta la de esos mezquinos principes, que en desprecio de su fe, y promesa, y pleito homenaje, solo son arrojados y decididos cuando es llegada la hora de la fuga ! ¡ Malsines ! Echen a correr, si quieren, y atropellen a su moribundo aislado, ya que no osan atacar de frente al enemigo.”

“ Vuestra Magestad me permita decirle, repuso el Escoces, que esas palabras parecen hijas de la fiebre, y que la dolencia de Ricardo es enemigo mas formidable a las armas Cristianas, que todos los enjambres de infieles que pueda arrojar de su seno el Asia.”

El rostro de Ricardo parecia, en efecto, extraordinariamente inflamado y enrojecido ; sus ademanes eran desconcertados y violentos. La contraccion de sus musculos, y su respiracion agitada y desigual, indicaban los dolores del cuerpo, y las ansias del corazon, mientras su

espíritu, como en despecho de ambos, y enseñoreándose sobre aquella borrasca de tormentos, le conservaba desembarazada la reflexión, y espedida la lengua.

“Puedes adularme, Sir Kenneth, dijo el Rei, pero harto sera que me alucines. Aun tengo que saber de ti otras cosas. ¿Vistes a mi Real consorte en Engaddi?”

“No puedo decir si la he visto,” respondió Sir Kenneth, con gran turbacion, teniendo presente la procesion nocturna de la capilla.

“Preguntote,” continuo con voz mas firme el monarca, “si has estado en la capilla del convento de monjas Carmelitas de Engaddi, y si has visto en él, a Berenguela, Reina de Inglaterra, y a las damas de su corte, que han ido con ella en romeria.”

“Señor, respondió Sir Kenneth, la verdad os diré, como si me hallase a los pies del confesor. En una capilla subterranea, a qué me condujo el santo anacoreta, vi a unas damas que adoraban la mas sagrada de las reliquias; pero como no vi sus rostros, ni oi sus voces, salvo en los himnos que cantaban, no puedo decir a Vuestra

Real Magestad, si estaba entre ellas la Reina mi Señora.”

“¿Y no habia entre ellas alguna que tu conoces?” preguntó el Rei.

Sir Kenneth no respondió.

“Lo que te pregunto,” dijo Ricardo, apoyando el codo en la almohada, “como caballero, y soldado; y tu respuesta me hará conocer si estos títulos mereces, es si conoces a alguna de esas damas que en la capilla de Engaddi has visto.”

“Señor,” respondió turbado Sir Kenneth; “creo que si.”

“Y yo tambien lo creo,” dijo Ricardo, con voz alterada, y ceñudo sobrecejo, “mas basta por hoi. Leopardo eres; guardate de provocar la garra del Leon. Enamorarse de la Luna, es desvario; lanzarse a ella desde los bastiones de un castillo, es muerte y perdicion.”

En este instante se oyó algun ruido en la antecámara del Rei, el cual, mudando de aspecto, y suavizando la voz, “Anda, dijo en busca de De Vaux, y de ese doctor Arabe que Saladino me envia. Mi vida está en manos del Soldan;

abjure su falsa lei, y yo le ayudaré con todo el vigor de mi brazo a arrojar de sus dominios esa turba Francesa y Austriaca, y tan bien gobernada estará la Palestina, como en tiempo de sus antiguos reyes, ungidos por decreto especial del cielo.”

Retirose el caballero del Leopardo, a tiempo que el gentilhombre de guardia entró en la camara del Rei, y anunció una diputacion del consejo, que venia a presentarse al monarca de Inglaterra.

“ ¿ Quienes son los embajadores ?” preguntó Ricardo.

“ El Gran Maestre de los Templarios, respondió el gentilhombre, y el Marques de Monserrate.”

“ Francia no gusta de visitar enfermos, dijo el Rei : mas Ricardo no se hubiera separado de la cabecera de Felipe a verse este en la misma situacion. Jocelyn, arregla esta colcha, que parece un mar en borrasca ; dame ese espejo de acero ; pasame un peine por el cabello y por la barba, que parecen melenas de leon ; traeme agua.”

“ Señor,” dijo temblando el gentilhombre
“ los medicos han prohibido a Vuestra Magestad el uso de agua fria.”

“ Confundalos Barrabas, exclamó Ricardo, ya que no pueden curarme, que no me atormenten a lo menos.”

El gentilhombre obedecio, y el Rei despues de haberse lavado, “ entren, dijo, esos embajadores, no diran ahora que la enfermedad ha hecho a Ricardo descuidado en su persona.”

El célebre Maestre de los Templarios era de alta estatura, flaco, de aspecto duro y guerrero, sombrío aunque penetrante en sus miradas, y su poblado entrecejo indicaba, en su espesa oscuridad, los tenebrosos proyectos, y intrincadas maquinaciones que en su cabeza se anidaban. Colocado al frente de aquella orden estraña y equivocada, en que los individuos no eran nada, siendo tan poderoso y terrible su conjunto, solo pensaba, y solo promovía sus propios intereses y ventajas, aun a espensas y con sacrificio de la Religion, que el cuerpo entero había jurado sostener, con las armas en la mano. Aunque sacerdote Cristiano, acusabanlo generalmente

de heregia y nigromancia ; y aunque obligado por sus votos a proteger, y rescatar el Santo Sepulcro, sospechabase en todo el egercito que tenia secretas inteligencias y liga con el Soldan. El caracter personal del Gran Maestro, era, como su orden, un enigma que nadie podia entender, y en que nadie osaba penetrar. Su trage era el manto blanco de que los Templarios usaban en las ocasiones solemnes, y llevaba en la mano el *abacus*, o baculo simbolico de su ministerio, cuya peculiar hechura habia dado lugar a las congeturas mas singulares, puesto que no faltaba quien creyese que esta Orden de caballeros Cristianos respetaba los mas absurdos misterios del Paganismo.

El exterior de Conrado de Monserrate era mucho mas galan y agradable que el del tetrico y misterioso personage que lo acompañaba. Era de bello parecer, de mediana edad, aunque tirando mas bien a la vegez ; valiente en campaña, sensato en el consejo, y alegre y cortés en tiempo de solaz y de fiesta ; mas, se le echaba en cara la versatilidad de sus opiniones, su mezquino y ambicioso egoismo, sus ocultos deseos

de estender el territorio de su principado, a espensas del reino Latino de Palestina, y las negociaciones privadas que habia entablado con Saladino, a fin de alcanzar el termino de su politica en daño de toda la liga Cristiana.

Hechos por estos dos magnates los saludos de estilo, y cortesmente devueltos por el Rei Ricardo, el Marques de Monserate empezó a esponer los motivos de aquella visita, diciendo que eran enviados al Real pabellon, por los reyes y principes que componian el consejo de la Cruzada, los cuales deseaban con ansia tener noticias de la salud de su magnanimo aliado, el valiente Rei de Inglaterra.

“Me consta, respondió el Rei, el afectuoso interes con que los reyes y principes del consejo miran el estado de mi salud, y aun por esto me hago cargo de lo mucho que habran padecido estos catorce ultimos dias, durante los cuales han tenido a bien comprimir los movimientos de su curiosidad, temerosos sin duda de agravar mi padecer con las demostraciones de su inquietud.”

Esta respuesta detubo el torrente de la elocuencia del Marques, y lo dejó algun tanto con-

fuso. Su torvo compañero tomó el hilo del discurso, y con toda la sequedad, y grave laconismo que el respeto permitía delante de un monarca, dio parte al Rei de que venían diputados por el consejo, para rogarle en nombre de la Cristiandad, no pusiese su preciosa salud en manos de aquel físico infiel, enviado por Saladino, interin el consejo, por las medidas que para ello había tomado, no confirmase o removiese las sospechas que, en sentir de todos su ilustres miembros, debían excitar tan no vistas ocurrencias.

“ Gran Maestro de la Santa y valiente Orden de los caballeros del Templo, y vos, mui noble Marques de Monserrate, respondió el Monarca, si teneis a bien retiraros en la inmediata antecámara, pronto sereis testigos del aprecio en que tengo la ermerada benevolencia de nuestros altos y Reales hermanos, y compañeros en esta santa guerra.”

El Marques y el Gran Maestro se retiraron, y no habían estado muchos minutos en la antecámara, cuando vieron entrar al médico Sarraceno, en compañía del Baron de Gilsland, y de Sir

Kenneth el del Leopardo. El Baron entró algo despues que los otros dos, por haberse detenido en la puerta, a dar algunas ordenes a los guardias.

El Arabe hizo al entrar una profunda reverencia a estilo Oriental, dirigiendola al Gran Maestre, y al Marques, cuyas altas dignidades se echaban de ver, en sus ropages e insignias. El Gran Maestre devolvio el saludo con desdeñosa frialdad, y el Marques con aquella afable cortesia, que practicaba con toda clase de gentes, sin distincion de gerarquia ni clase. A esta introduccion siguió una breve pausa; porque el Escoces, aguardando la llegada de De Vaux, no osaba, de su propia autoridad, pasar adelante ni introducirse en la camara del Rei, en cuyo intervalo, el Gran Maestre, dirigiendose gravemente al Musulman, “ ¡ Infiel, le dijo, tienes animo bastante para practicar el arte que profesas, en la persona de un soberano ungido, gefe de las huestes Cristianas ?”

“ El sol de Alá, respondió El Hakim, da sus rayos al Nazareno, como al verdadero creyente, y su servidor no distingue entre uno y otro,

EL TALISMAN. 241

cuando es llamado a ejercer el arte que posee, de dar la salud.”

“Deslumbrado Hakim, continuó el Templario, o como quiera que te llames, ¿sabes que si el Rei de Inglaterra muere a efecto de tus drogas, será dividido tu cuerpo por cuatro caballos indomitos?”

“Injusta sería tamaña crueldad, respondió el sabio, puesto que solo me es dado usar de medios humanos, y que el éxito está escrito en el libro de la luz.”

“Considerad, Reverendo y valiente Gran Maestre, dijo el de Monserrate, que este sabio no está enterado en las obligaciones de nuestra Orden de Caballería, fundada en el temor de Dios, y para defensa de sus ungidos. Ten entendido, grave doctor, de cuyo saber no dudamos, que el medio mas sensato que debes adoptar, es comparecer ante el ilustre consejo de nuestra santa liga, y dar cuenta en él, y en presencia de los sabios y eruditos medicos que designe, de los metodos y prácticas de que piensas hacer uso en la cura de este alto y potente Monarca; no de otro modo podras evitar el pe-

ligro que te amenaza, si temerariamente tomas a tu solo cargo, y bajo tu responsabilidad materia de tanto peso y consecuencia.”

“ Magníficos señores, dijo El Hakim, comprendo el objeto de vuestra proposición. Sabed empero que la ciencia tiene campeones, como la milicia, y martires como la religion que profesáis. Yo vengo mandado por mi Soberano, el Soldan Saladino, para curar a este Rei Nazareno, y, con la bendición del profeta, su precepto será obedecido. Si no acierto, espadas llevais sedientas de sangre de los verdaderos creyentes, y yo presentaré el pecho a vuestros golpes. Mas en ningun caso me reducireis a razonar con un incircunciso sobre la virtud de las medicinas de que he adquirido conocimiento, por la gracia del profeta, y os ruego por tanto, no me pongais demora, ni retardeis el egercicio de mi ministerio.”

“ ¿ Quien habla de demoras y detenciones ? ” preguntó el Baron, que a la sazón entraba apresuradamente en la antecámara : “ demasiadas demoras ha habido. Dios os guarde, Marques de Monserrate, y a vos, valiente Gran Maestre,

y perdonad que no me detenga, pues antes que todo es introducir este sabio Musulmán a la cámara de mi amo.”

“Milor,” dijo el Marques, en lengua Normanda, “¿sabeis que venimos de parte del consejo de los reyes y principes de la Cruzada, a representar contra la determinacion de confiar a un fisico infiel y desconocido, la importante salud de vuestro amo el Rei Ricardo ?”

“Noble Marques,” respondió con prontitud Sir Tomas, “ni puedo detenerme a perder el tiempo en palabras, ni gusto mucho de conversacion; ademas de lo cual, estoi mucho mas dispuesto a creer lo que ven mis propios ojos, que lo que oyen mis oidos. Estoi satisfecho y convencido de que este pagano puede curar el mal de Ricardo, y creo, y confio en que hará cuanto de su parte esté. El tiempo es precioso. Si el mismo Mahoma, a quien Dios maldiga, se hallára a la puerta de la tienda, con el mismo loable intento que el de este Adonebec el Hakim, pecado sería detenerlo un solo minuto: con que, besos las manos, y vamos a lo que importa.”

“ El Rei mismo, repuso el de Monserrate, quiere que estemos presentes, cuando este fisico entre a asistirlo.”

El Baron habló a parte con el gentilhombre, sin duda para averiguar la verdad del caso. Despues volvió a dirigirse a los dos diputados del consejo, y les dijo: “ Señores, si asi os agrada, sereis bien recibidos en la camara de mi amo, pero sea en la inteligencia de que todo el que interrumpa de accion o de palabra a este sabio fisico en el cumplimiento de su deber, saldrá de la tienda, arrojado por mi mano, sin consideracion alguna a empleo o gerarquia; porque digo y repito que estoi satisfecho de la virtud de sus medicinas, y que si se negára a tomarlas el Rei, por la Virgen del Monte Carmelo nos veriamos las caras, y tendria que tomarlas, mal que le pesase. Vamos adentro El Hakim.”

Dijo estas ultimas palabras en lengua Franca, y el fisico obedecio sin detenerse. El Gran Maestre fruncio el gesto, al ver la poca ceremonia del Baron, pero miró al Marques, y desarrugó en cuanto pudo la frente. Los dos siguie-

ron a Sir Tomas y al Sarraceno, al aposento en que Ricardo aguardaba a éste, con la impaciencia que todo enfermo experimenta en casos semejantes. Sir Kenneth, cuya presencia no habia sido requerida, mas a quien no se habia negado la entrada, creyó que en las circunstancias en que se hallaba, era de su deber seguir los pasos de El Hakim ; pero conociendo la inferioridad de su gerarquía, se mantubo respetuosamente en un rincon de la camara.

Ricardo, al ver entrar esta comitiva, dio rienda suelta a su natural franqueza y locuacidad, dirigiendo sucesivamente la palabra a cada uno de los que entraron. “ Mis nobles aliados,” dijo a los diputados del consejo, “ yo os saludo como a representantes de la liga Cristiana ; pronto estará Ricardo a vuestro lado en el campo del honor, si no van antes a la tierra los despojos de su humanidad. De Vaux, viva o muera tu amo, recibe el testimonio de su gratitud. ¿ Quien es ese otro, que mis ojos turbados por la fiebre no pueden distinguir ? ¿ Ah Sir Kenneth ! ¿ El que quiere subir al cielo sin esca

lera! Sea igualmente bien venido. Vamos, Señor Hakim, manos a la obra.”

El físico, que de antemano se había informado de los síntomas varios que había presentado la enfermedad del Rei, le tomó el pulso, y lo estuvo observando largo rato con la mayor atención, en tanto que permanecían suspensos todos los asistentes, callados, y fijas las miradas en el doctor y en el paciente. El sabio dejó el pulso, llenó una copa de agua fresca, introdujo en ella la bolsa de que había hecho uso en la cura del escudero, y cuando creyó que estaba preparado el remedio, presentó la copa al Monarca, el cual detubo su movimiento, diciendole, “Aguarda un poco; tú me has tomado el pulso; yo voi ahora a tomar el tuyo, que también entiendo algo de medicina, como todo buen caballero.”

El Arabe presentó el puño sin vacilar, y el Rei tomó en sus anchas y nervudas manos, las sutiles y delicadas del Sarraceno.

“Su sangre late tan placidamente como la de un niño; dijo Ricardo; no late así la del que va a emponzoñar a un príncipe. De Vaux, que

viva o que muera, despide a El Hakim con honor y seguridad. Amigo, mil cosas de mi parte al noble Saladino. Si muero, no muero sospechando su buena fé; si vivo, le daré las gracias como a un guerrero corresponde.”

Dicho esto se sentó en la cama, tomó la copa de manos del fisico, y encarandose con el Marques y el Gran Maestre : “ Oid, les dijo, estas palabras, y repetidlas despues bebiendo un vaso de vino de Chipre : al honor inmortal del primer caballero Cruzado que clave espada o lanza en las puertas de Jerusalem : a la ignominia y eterna infamia de cualquiera que vuelva la espalda al arado en que ha puesto la mano.”

Apuró la copa, la devolvió al Arabe, y se dejó caer en los almohadones. El fisico entonces en señas mudas pero espresivas, dio a entender que todos debian retirarse, menos él y Sir Tomas, a quien ninguna fuerza humana hubiera podido arrancar de aquel sitio. Todos lo obedecieron.

CAPITULO X.

9.

El Marques de Monserrate, y el Gran Maestre de los Caballeros Templarios, se pararon a la salida del pabellon del Rei, en que habian sido testigos de aquella estraña escena, y estubieron contemplando el vasto círculo que formaban en torno de la tienda las guardias del Rei, para que nadie se acercase ni turbase su reposo. Los soldados parecian tristes, abatidos y taciturnos, y con tal precaucion andaban, que aunque eran muchos, y todos estaban armados, no se dejaba oír el menor ruido de espada ni broquel. Al pasar por las filas aquellos dos magnates, los soldados inclinaron la armas, en señal de honor y reverencia, mas sin interrumpir el silencio que reinaba en todo aquel circuito.

“ Gran mudanza senota entre estos perros isleños,” dijo el Templario al de Monserrate, cuando se vio a alguna distancia de la tropa.

N.E.T. 9. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

And now I will unclasp a secret book,/ And, to your quick-conceiving discontent,/ I'll read you matter deep and dangerous. HENRY IV. PART. I.

Y ahora voy a abrir un secreto libro,/ y a vuestra inconformista inteligencia/ leeré cosas peligrosas y profundas. *Enrique IV. Parte I.*
[Suero Roca, T., op. cit., 150].

“¿Qué tumulto y qué algazara solian haber antes en las cercanias de este pabellon! Los unos jugaban a la barra, los otros a los bolos; estos luchaban, aquellos entonaban trovas, y apuraban jarros de vino, como si el campamento fuera una feria y la tienda de su soberano una taberna de las muchas que hai a las orillas del Tamesis.”

“ Los mastines son animales fieles, repuso el de Monserrate, y el Rei su amo se ha grangeado su afecto permitiendoles esos desahogos, y pasatiempos, que tan del gusto son de la gente de aquel pais.”

“ De buen humor está Ricardo, continuó el Gran Maestro, y no parece que ha hecho gran mella en su idole la enfermedad. ¿Notasteis aquel brindis al tomar la copa? Mas hubiera convenido en tales circunstancias encomendar el alma a Dios, y decir el *Miserere*.”

“ El ultimo trago de su vida fuera aquel, dijo el de Monserrate, si Saladino fuera otra especie de Turco. Pero no todos los que llevan turbante y se vuelven a la Meca, cuando grita el Muzzein, son de la misma ralea. El Soldan

la echa de fiel, de honrado y generoso, como si fueran propias de un perro Pagan las virtudes de un caballero que ha tenido la dicha de recibir las aguas del bautismo. ¿ Sabeis las voces que por ahí corren ? Que Saladino ha escrito a Ricardo pidiendole que le dé la pescozada de caballero.”

“ Por San Bernardo, exclamó el del Templo, sería cosa de descalzar las espuelas, desceñir la espada y borrar nuestros timbres, si se diera el mas alto honor de la Cristiandad a un Turco de diez sueldos.”

“ En poco apreciáis al Soldan de Egipto, dijo Conrado, aunque si ha de decirse la verdad, mejores los he visto yo vender por cuatro sueldos en la mazmorra.”

Iban en esta conversacion, cuando llegaron a sus caballos que habían quedado a cierta distancia de la tienda del Rei, en manos de un vistoso y lucido acompañamiento de escuderos y pages. Conrado, despues de haberse detenido un poco, “ El viento de la tarde, dijo, sopla benignamente, y refresca los aires. ¿ No sera mejor gozar de sus alitos, y dirigirnos a pie acia nuestras tiendas

por enmedio de las líneas del campamento?” Convino en esta proposición el Gran Maestro, y despedidos los caballos y acompañamiento, los dos diputados del consejo echaron a andar, alejándose, como por mutuo consentimiento de los puntos más habitados, y encaminándose a la ancha esplanada que mediaba entre las tiendas y las defensas exteriores, donde podían hablar con más desahogo, y sin ser vistos de nadie, salvo de las centinelas.

Al principio conversaron de asuntos militares y de preparativos de defensa: mas estas materias no exitaban sobradamente su interés, y muy en breve las dejaron. Después de haber dado algunos pasos en silencio, el Márques se detuvo de pronto, como si hubiera formado una grave resolución, y fijando por algunos momentos sus ojos en los cavilosos y hundidos del Maestro: “ Quisiera preguntaros, le dijo, reverendo Gil Amaury, si en esto no ofendo vuestro honor ni vuestra virtud, cuando llegará el día en que os despogéis, para conmigo, de todo doblez y disimulo, y hablemos los dos como amigos, y, según suele decirse, con el corazón en las manos.”

El Templario miró al Marques, se sonrió, y continuó andando,

“ El dobléz y el disimulo, dijo al fin, no solo se ocultan bajo un rostro ceñudo y desapacible : tambien suelen servirles de máscara la jovialidad y la sonrisa.”

“ Sea en buen hora,” dijo el Marques, agarrandose la barba, y haciendo el ademan de quitarse una mascarilla ; “ ya me teneis aqui como Dios me crio. ¿ Qué pensais del exito de esta Cruzada, con respeto a los intereses de vuestra orden ?”

“ Eso se llama, respondió el Gran Maestro, querer arrancar mi velo, y conservar el que os cubre : voi sin embargo a responderos con una parabola, que me refirió en cierta ocasion un santón de esos desiertos. Un labrador pedia lluvia a los cielos, y murmuraba cuando no caía bastante. Para castigar su impaciencia, Ala, como decía el santón, envió el Eufrates a sus sembrados, y de este modo perdió todo el fruto de sus sudores, consiguiendo aquello que con tanta ansia había pedido.”

“ Verdad habló el Mulsulman, dijo el Mar-

ques, y ¡ pluguiese al cielo que hubiera tragado el Oceano las nueve decimas partes del armamento de estos principes! Lo que quedase, bastaria para llevar adelante el proposito de los Cristianos nobles de Palestina, pobres restos del reino Latino de Jerusalem. Nosotros solos hubieramos salvado la nao de la borrasca, y con moderados ausilios de soldados y dinero, hubieramos obligado a Saladino a darnos paz y proteccion en honrosos terminos. Mas ahora los peligros con que lo amenaza este enjambre de tercios y escuadrones, lo obligarán a echar mano de los ultimos recursos; y si escapa con vida y con trono, no es probable que nos dege en posesion de estos principados de Siria, ni que sufra estas ligas y pactos militares, de las que tanto descalabro ha recibido.”

“¡ Y si lo contrario sucede! dijo el Templario. ¡ Y si esos aventureros logran al fin volver a plantar la Cruz en los baluartes de Sion!”

“¿ Y qué sacarán de ello la orden de los Templarios, y Conrado de Monserrate?” preguntó este con prontitud y mal humor.

“ Conrado de Monserrate, dijo el Gran Maestre, puede llegar a ser Rei de Jerusalem.”

“ Cosas hai, dijo Conrado, que sueñan mucho, y están huecas. El reino de Jerusalem dá mas honra que provecho, y bien hubiera podido Godofredo de Bouillon tomar la corona de espinas, por emblema de su dignidad. Os confieso, Gran Maestre, que voi cobrando aficion a estos gobiernos de Oriente, porque veo en ellos la verdadera y castiza Monarquía, que no debe constar sino de Rei y vasallos ; pastor y rebaño que es lo mas natural y sencillo. Ved cuan intrincada y artificial es esta cadena de eslabones feudales. Por lo que a mí toca, mas quisiera empuñar con mano firme y suelta el baston de mi pobre Marquesado, que el cetro de una vasta Monarquía, sugeto y sometido a la voluntad de todos esos Barones feudales, tan envidiosos y altivos, que han partido entre sí, como bolsa de caminante, la tierra de Jerusalem. Un Rei debe proceder a sus anchas, sin tropezar aqui con un foso, y alli con una cerca ; ora con un privilegio feudal, ora con un baron armado de pies a cabeza para defenderlo. En una palabra, y hablando

sin rodeos, si Ricardo se recobra, y toma parte en la elección, Guido de Lusiñan sera él preferido, y yo me quedaré tan Marques de Monserrate como ahora lo soi.”

“ Bastante habeis dicho, contestó el Gran Maestre, para convencerme de vuestra sinceridad. Otros muchos piensan como vos, mas pocos son los que se atreven a confesar francamente que no apetecen el restablecimiento del reino de Jerusalem, si no mas bien apoderarse de alguno de sus fragmentos. Son como el barbaro isleño que salva la nao de la tormenta, para enriquecerse con los despojos de los naufragos.”

“ ¡Sereis capaz de venderme ?” preguntó el de Monserrate, mirando fijamente al Gran Maestre. “ Tened entendido que no acostumbro dar mi confianza al primero que se presenta, y que mis brazos estan siempre apercebidos a dar apoyo a mis intentos. Podeis oponeros, si asi os agrada, al que acabo de descubrir, mas yo no temo entrar en lid con el mejor Caballero Templario que puso jamas lanza en ristre.”

“ Violento sois, dijo el Gran Maestre, y precipitado en demasia; yo os juro sin embargo

por el Santo Templo que mi orden ha jurado defender.”

“¿Cual templo entendeis?” preguntó Conrado, interrumpiendo al Gran Maestro, y dejandose llevar del humor satirico, que muchas veces tenía mas fuerza en él que la politica y la discrecion. “¿Jurais por él que está en las montañas de Sion, o por ese otro edificio emblematico y simbolico, de que tanto hablais vosotros, segun por ahí dicen, en las secretas bovedas donde os reunis en conciliabulo, y que no parece ser otra cosa que el engrandecimiento y prosperidad de vuestra santa y valiente orden?”

El Templario reprimio la colera que estas palabras del Marques engendraron en su corazon; pero recobrandose inmediatamente: “Cualquiera que sea, dijo, el templo a qué mi juramento se refiere, es sagrado e inviolable. Holgarame de poder ligarte con alguno de tanta fuerza y valor.”

“Y yo te juro verdad y confianza, dijo Conrado, por la corona de Marques, que espero convertir, antes que estas guerras terminen, en otra de mas precio y autoridad; que en verdad es peso sobrado ligero para mis sienes, y la du-

cal me convendría mucho, y me guarecería mejor de estos huracanes y torbellinos que andan, aunque no tanto como la diadema Real, con su forro de armiño y terciopelo. En una palabra, nuestros intereses son comunes; porque si estos principes aliados se apoderan de Jerusalem, y colocan en aquel trono un monarca de su elección, no creais Gran Maestre, que mi Marquesado quedará mas espuesto que vuestra Orden a perder para siempre su independenciam. No por cierto. Los orgullosos caballeros de San Juan iran a poner emplastos, y a curar heridas en los hospitales, y vosotros, poderosos y venerables caballeros del Templo, os reducireis a vuestra simple condicion de soldados; a dormir tres en el mismo tablado, y a montar dos en el mismo caballo, como lo haciais en los primeros tiempos de vuestra fundacion, segun lo manifiesta todavia el escudo de vuestras armas.

“Tarde será, dijo con altaneriam el Gran Maestre, cuando venga a tal abatimiento una Orden que tantos privilegios, y tesoros, y timbres posee en el dia.”

“De poco os aprovecharian esas ventajas, repuso Conrado de Monserrate; ellas son al contrario las que exitarian los recelos de estos Soberanos: y las que los inducirian a humillaros y destruïros, como ya lo habrian hecho, a no ser por la proteccion que el Santo Padre os dispensa, y por la falta que harian vuestros socorros al egército de la Cruzada. Salgan triunfantes en su empeño, y sereis aniquilados, como la lanza que se rompe contra un broquel de acero.”

“No carece de fundamento vuestro discurso, dijo el Templario; pero ¿cuales serian nuestras comunes esperanzas si retirasen sus fuerzas los monarcas, y dejasen la Tierra Santa en manos de Saladino?”

“Grandes y seguras, respondió el de Monserrate. Saladino daria grandes provincias por tener a su devocion un cuerpo escogido de lanceros Francos. Egipto y Persia enviarian tropas auxiliares, que, unidas a su caballería ligera, bastarian a asegurar la superioridad, en caso de guerra. Seriamos tributarios y dependientes, mas no por largo tiempo; porque los

imperios de Oriente nacen y perecen, como los hongos en el bosque, y muerto el Soldan, todo podría mudar de aspecto. Llegado este caso y fortalecidos nosotros con frecuentes refuerzos de arrojados caballeros ; libres, en fin, de la tutela de estos Monarcas, que tanta sombra nos hace, y en tan humilde vasallage nos tiene ; a qué no podríamos aspirar, y qué no podríamos emprender ? ; Y no vale mas esta perspectiva que la degradacion y avasallamiento que nos aguarda, si logran lo que desean, y llegan a apoderarse de la Santa ciudad ?”

“ Decis bien, noble Marques de Monserrate, dijo el Gran Maestre ; mi corazon repite el eco de vuestras palabras. Cautela, sobre todo : Felipe de Francia es tan cuerdo como animoso.”

“ Si, por cierto, contestó el Marques, y no será difícil arrancarlo y distraerlo de esta expedicion, en que se ha empeñado temerariamente en un raptó de entusiasmo, o por dar gusto a sus caballeros y nobles. Felipe mira con recelo a su natural enemigo Ricardo, y el campo de su ambicion está mas cerca del Sena que del Jor-

dan. Cualquier pretesto le bastará para retirarse de esta escena, en que ya conoce que se está debilitando y consumiendo la flor de sus tropas.”

“¿Y el Duque de Austria?” preguntó el Templario.

“Tocante al Duque, respondió Conrado, su presuncion y locura lo conduciran al término que Felipe abrazará por política y sabiduría. Figúrasele, y plegue a Dios no se desengañe, que está desairado y tratado con injusto menosprecio, porque los loores de Ricardo andan en bocas de todos, y aun hasta en las de los yuglares y músicos que lo han venido acompañando desde Viena. Por esto se huelga tanto en los males del Rei de Inglaterra, como el asno de la fabula, que nunca osó mirar de frente al leon, sino cuando lo vio en las ansias de la muerte, y entonces le dio de coces. Os hablo con esta libertad y franqueza, sólo para mostraros la sinceridad con que deseo que esta liga se disuelva, y quede libre el pais, de esas huestes del Norte, lo cual no parece tan remoto ni imposible, pues como sabeis y habeis visto, todos los

principes de influjo y poder, exepto uno solo, están dispuestos a entrar en tratado con Saladino.”

“ Lo sé, dijo el Gran Maestro, y harto ciego sería el que no hubiera penetrado esas intenciones en las ultimas pláticas del consejo. Mas ya que tocamos este punto, decidme qué significa la propuesta de enviar mensaje a Saladino, por medio de ese Ingles, o Escoces, o lo que quiera que sea el del Leopardo.”

“ En eso hai mas de lo que parece, respondió el Italiano; bastale haber nacido en Breña para poder penetrar las intenciones de Saladino, el cual sabe que es de los tercios de Ricardo, y es natural que lo crea adicto a su persona. Pero el del Leopardo es Escoces, y en él se reunen ciertas circunstancias que me son conocidas, y por las cuales Ricardo lo mira con malos ojos; por manera que no haya miedo vaya a confiarle, y sobre todo hallandose el Rei enfermo, el encargo que se le ha conferido.”

“; Sutil politica por cierto! exclamó el Templario; cuerdas mas solidas que las telas tegi-

das por araña de Italia, son las que han de aprisionar al Sanson de la Isla. ¿No estais viendo que ese enviado, que tan cautamente habeis escogido, es el mismo que trae a Ricardo un medico, para que vigorice las languidas venas del leon? Y si llega a erguirse de su prostracion actual ¿quien osará mirarlo cara a cara? Lo seguiremos como antes, amigo Conrado; la verguenza nos volverá a poner bajo su yugo, por mas que prefiriesemos seguir al mismo Satanás.”

“ Si el Sarraceno sabe hacer milagros, repuso el de Monserrate, y logra que por medio de sus ensalmos recobre Ricardo la salud, no sera difícil que cuando se levante esté rota la liga para siempre. El Frances y el Austriaco no estan lejos de desavenirse con su aliado el Ingles; y si esto se verifica, Ricardo podra mandar sus tropas, empero nunca se pondrá al frente de las de la Cruzada.”

“ Sois buen balletero, dijo el Templario, pero el arco no es tan bueno como las intenciones.”

Detubose al decir estas palabras, echó una inquieta mirada en torno, para ver si alguien los

EL TALISMAN. 263

oía, y tomando la mano del Marques, y mirandolo fijamente en el rostro : “ ¡Ricardo, dijo, recobrar la salud ! . . . nunca.”

El Marques se paró atonito. “ ¡ Nunca! repitio. ¡ Ricardo de Inglaterra ! ¡ El Corazon de Leon ! ¡ El caudillo de la Cruzada !”

“ ¿ Sabes lo que estoi viendo en ti en este momento ? dijo el Gran Maestre ; no ya al politico Marques de Monserrate ; no al que dirige el consejo de los principes, y decide la suerte de los imperios ; si no a un aprendiz de Nigromancia, que leyendo por acaso el libro de su maestro, pronuncia el conjuro, y queda aterrado cuando el espiritu aparece.”

“ En verdad, dijo Conrado, que si otro medio mas seguro no se presenta, el que has indicado es el que va mas derechamente a nuestro proposito ; pero, por la Virgen Maria, pensemos en las consecuencias. Gil Amaury, y Conrado de Monserrate van a ser la maldicion de toda la Cristiandad, desde el Papa hasta el mendigo que pordiosea a la puerta de la Iglesia.”

“ Si asi lo tomas,” dijo el Templario, sin alterar la compostura que habia observado du-

rante aquella conversacion, “ haz cuenta que nada ha pasado entre los dos ; que todo esto ha sido un sueño, y que al despertarnos, la vision se ha desvanecido.”

“ No se borrará jamas de mi memoria,” dijo Conrado.

“ Haces mal, repuso el Templario, mejor es pensar en coronas ducales, y en diademas forradas de terciopelo y armiño.”

“ Está bien, dijo el de Monserrate, rompamos antes la amistad entre Austria e Inglaterra.”

Separaronse al concluir estas palabras Conrado, el cual permanecio inmóvil, siguiendo con la vista los pasos del Gran Maestro, hasta que los pliegues de su blanco manto desaparecieron de un todo en las sombras de la noche. Conrado era soberbio, ambicioso, y nada escrupuloso en la eleccion de los medios que a sus intentos podian conducir. Pero al mismo tiempo, gustaba de pasatiempos y deleites, y, como todos aquellos en quienes estas aficiones dominan, miraba con horror que otros padeciesen por su causa, y la crueldad, era repugnante a su indole : ademas de lo cual, tomaba mui a pechos

todo lo que podia menoscabar su fama, y este esmero suele suplir la falta de las prendas generosas, que son las que verdaderamente sostienen la fama y la reputacion.

“En verdad,” se dijo a sí mismo, fijos siempre los ojos en el sitio por donde el Gran Maestro se habia retirado, “en verdad, que he puesto en manos de Luzbel las armas de la venganza. ¡ Quien hubiera pensado tamaño arrojó del ascetico y piadoso Maestro de los Templarios! Su elevacion y su prosperidad se hallan como anegadas y confundidas en la de su orden; y se atreve a mas por efecto de ojeriza, que yo por mi interes y adelanto. Yo no pensaba mas que en desunir; y él quiere cortar!”

Tales eran las meditaciones que vagaban en la incierta fantasia del Marques del Monserrate, cuando interrumpio su mudo soliloquio una voz que oyó a corta distancia, y que en ecos pausados y penetrantes decia: “Acordaos del Santo Sepulcro.”

Esta breve y enfatica exortacion pasó de centinela en centinela, como era costumbre en los

campamentos de los egercitos de la Cruzada, siendo su obgeto que no se borrara de la memoria de los caballeros el proposito de su espedicion, y la empresa que habian jurado llevar a cabo. Mas aunque Conrado estaba acostumbrado a aquella formalidad, en la ocasion presente, de tal modo se adaptaba a sus reflexiones, que se le figuró oír un aviso del cielo, por cuyo medio la Providencia pronunciaba su anatema contra la iniquidad que estaba meditando. Miró ansiosamente en torno de sí, a guisa del patriarca de los pasados siglos, cuando buscó al carnero oculto entre las matas, para que sirviera de victima al sacrificio. Mas el holocausto de Conrado no era dirigido al Ser Supremo, sino al Moloc de su ambicion. El acaso le ofrecio entonces a la vista el estandarte Real de Inglaterra, cuyos anchos pliegues pausada y magestuosamente se movian, a los leves impulsos del ceñiro del Ocaso. Estaba plantada aquella noble insignia casi en medio del campamento, sobre una elevacion hecha de mano de hombre, en la cual reposaban quizas los despojos mortu-

les de algun caudillo Hebreo. Mas si tal habia sido en efecto su primitivo destino, los tiempos habian borrado su memoria y su nombre, y los Cristianos le habian dado el de monte de San Jorge, porque el estandarte Ingles estaba colocado en aquella elevacion, desde la venida de Ricardo, en simbolo de su preeminencia y superioridad, sobre los muchos pendones y banderas de Reyes, Duques y otros magnates, que se veian tremolados en los puntos inferiores del campamento.

Las mas levès casualidades suelen llevar graves pensamientos, e inspirar firmes resoluciones a los entendimientos vivos y a las almas ardientes. Aquella simple ogeada bastó para disipar del ánimo del Marques las incertidumbres con qué lidiaba. Encaminose apresuradamente a su pabellon, y embargadas todas sus ideas por los designios que habia resuelto egecutar, despidió a la numerosa servidumbre que aguardaba sus órdenes, y se retiró a su aposento, repitiendo en su interior que los medios mas suaves deben preceder a los mas desesperados y violentos.

“Mañana, dijo, me sentaré a la mesa del Archiduque de Austria: veamos lo que puede hacerse por su influjo, antes de adoptar las negras sugerencias del Templario.”

CAPITULO XI.

10.

LEOPOLDO, Gran Duque de Austria, fue el primero de los poseedores de aquel vasto país, que subió a la elevada condición de Príncipe. Confiósele el título de Gran Duque del Imperio Germanico, en atención a su inmediato parentesco con el Emperador Enrique el Firme, y su gobierno abrazaba las mas bellas provincias de cuantas baña el Danubio. La historia ha echado un baldon en su carácter, de resultas de un rasgo de violencia y perfidia, que fue ocasionado por estas mismas guerras de Tierra Santa : y con todo, aunque es cierto que hizo prisionero a Ricardo, cuando pasaba disfrazado y sin acompañamiento por sus estados, de vuelta a Inglaterra, esta falsia no procedió de la índole natural de Leopoldo, en quien no eran tan poderosas la ambición y la tiranía, como la flaqueza y la vanidad. Las cualidades de su ánimo se retrataban en el aspecto de su persona.

N.E.T. 10. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

One thing is certain in our Northern land--/ Allow that birth or valour, wealth or wit,/ Give each precedence to their possessor, / Envy, that follows on such eminence,/ As comes the lyme-hound on the roebuck's trace,/ Shall pull them down each one. SIR DAVID LINDSAY.

En nuestra tierra del Norte hay una cosa cierta:/ concederá valor, nobleza, fortuna o sensatez,/ y a su poseedor cuantas dignidades existen;/ pero la envidia, las alturas persiguiendo/ como el lebrel persigue las huellas de la corza,/ conseguirá destruirlas, una por una, a todas.

Sir David Lindsay.

[*Suero Roca, T., op. cit., 163*].

Era alto, fuerte, hermoso ; notable por el color blanco y sonrosado de su rostro, y por la rubia y larga cabellera que lo sombreaba : pero tal era el desgarbo de su talante, que parecia no haber en aquella robusta mole suficiente animacion para ponerla en movimiento ; asi es, que se le despegaban, y parecian impropias en él las galas mas esplendorosas. No sabia sostener con sus modales la dignidad, y cuando la ocasion requeria que se presentase con la gravedad analoga a aquel caracter, se creia obligado a recobrar, con gestos y espresiones de desatinada violencia, el respeto que no habia sabido grangearse de otro modo.

No solo eran conocidas estas imperfecciones a todos los que lo rodeaban, sino que él mismo adquiria a veces el intimo convencimiento de su incapacidad, y de la poca armonia que reinaba entre sus disposiciones naturales, y el puesto en que se hallaba colocado, y de aqui resultaba la continua sospecha de que los otros lo miraban con desprecio y burla.

, Cuando por primera vez, se agregó, circundado de un numeroso acompañamiento, a las

huestes de la Cruzada, su principal deseo fue atraerse el afecto y la intimidad de Ricardo, y los pasos que dio para conseguirlo fueron tales, que el Rei de Inglaterra no pudo negarse a sus obsequios y atenciones. Mas el Archiduque, aunque no carecia de valor personal, era tan inferior a Corazon de Leon en audacia, y sed de peligros y batallas, que el Monarca empezó a darle mui en breves pruebas nada equívocas de desvio. Ricardo, como todos los Principes Normandos, era notable por su sobriedad y templanza, y despreciaba la aficion de los Alemanes a los exesos de la gula, y mucho mas su habitual propension al vino. Por estas y otras razones, el Rei de Inglaterra no tardó en mirar al Principe Austriaco, como indigno de su estima y confianza, lo que le denotó tan claramente en repetidas ocasiones, que Leopoldo lo echó de ver, convirtiendo su antigua aficion en encarnizada ogeriza. Mantubose paliada la discordia entre aquellos Principes, merced a la sagacidad y secreta política de Felipe de Francia, monarca sagacisimo y disimulado, que amedrentado por el caracter violento de Ricardo, consideran-

dose como su natural antagonista, y deseoso de debilitar su influjo, procuraba traer a su devoción los otros caudillos de la liga y contrarrestar de este modo la preponderancia del Rei de Inglaterra; el cual, aunque debia cierta subordinación a la Francia, por tener algunos Estados en su territorio, lejos de manifestarse condescendiente y sumiso, obraba en los negocios de la Cruzada con absoluta independencia y supremacía, que Felipe calificaba de ilegal usurpación. Tal era la situación del Archiduque, tales las disposiciones de su ánimo, cuando Conrado de Monserrate se decidió a echar mano de las artes de la perfidia, para disolver los vínculos que unian al ejército Cristiano, y romper de una vez, si podía, la alianza de los Principes que lo capitaneaban.

La hora que escogió para visitar a Leopoldo fue la de mediodía, y el pretexto, el de hacerle un regalo de ciertas barricas de vino de Chipre que habian caído en sus manos, y razonar, como hombre inteligente sobre el mérito comparativo de aquel, y el de los vinos del Rin y Hungría. Semejante oferta fue graciosamente acogida por

el magnate Tudesco, y correspondida con la urbana proposición de participar del banquete del Archiduque; aceptada la cual, nada omitió éste para dar esplendor a la fiesta. Mas en ella, el dehcado gusto del Italiano echó de ver mas profusion que delicadeza; mas magnificencia que finura; y mas empeño en cargar la mesa con voluminosos manjares, que en hsongear los ojos y el apetito.

Los Alemanes poseían aun aquel espíritu denodado y guerrero con que sus abuelos domellaron la altivez de Roma; pero al mismo tiempo conservaban su inculta y tosca barbarie. No observaban las prácticas y principios de la Caballería con aquel esmero y puntualidad que se notaba en los caballeros Franceses e Ingleses; ni se arreglaban a los usos de civilidad y cortesía que se miraban entonces como el último grado de la cultura de los pueblos. Conrado, en la mesa del Archiduque, aunque aturdido por la algazara de los Teutones, tan impropias de la mesa de un Príncipe, se divertía en observar aquellas estrañas costumbres, nuevas y peregrinas a los ojos de un habitante de la suave Italia.

No menos curiosas le parecían las crecidas barbas de los nobles Austriacos, y las cortas ropillas de que usaban, matizadas de diversos colores, y cubiertas de alamares y bordados; cosas nunca vistas en las naciones Occidentales de Europa.

Los innumerables criados, viejos y juvenes, que servían el banquete, tomaban parte, de cuando en cuando, en la conversacion de los huéspedes, de quienes recibían los restos de los manjares, que allí mismo, y sin la menor ceremonia devoraban. Había también gran número de músicos, enanos y bufones, a quienes se daba más libertad que la que permitía la dignidad de los concurrentes, y como no se les escaseaba el vino, que con la mayor profusion se distribuía en todos los puntos de la sala, resultaba de todo insufrible tumulto y vocería.

Al mismo tiempo, y mientras la confusion y el bullicio denotaban más bien una taverna de Alemania, en día de feria, que el pabellon de un príncipe soberano, los gentiles hombres y camareros del Archiduque lo servían con el más escrupuloso ceremonial, en lo que se conocía

el empeño de éste en mantener rigidamente las formalidades palaciegas que su elevada condicion exigia. Sus pages, que eran mancebos de nobles familias, le presentaban de rodillas la comida, en bajilla de plata, y en anchas copas de oro, el vino del Rin, y de Tokai. Cubria sus espaldas un esplendido manto Ducal, forrado de costosas pieles de armiño; lucia en su cabeza una corona, tan cargada de brillantes joyeles, como la diadema del mas opulento monarca, y sus pies, se apoyaban en un voluminoso banco de plata maciza. Apesar de este ostentoso aparato, y de los deseos de Leopoldo de cortejar al Marques, a quien habia colocado a su mano derecha, solo prestaba oidos a la conversacion de su *Spruch-sprecher*, titulo que, traducido literalmente, significa *decidor de dichos*, y que representaba una dignidad o empleo, unicamente conocido en la corte de Viena.

Este personaje estaba en pie, detras del sillón del Arhiduque. Usaba un ropage de terciopelo negro, bordado con monedas de oro y plata, en memoria de los dones que habia recibido de varios soberanos. Llevaba en la mano

un baculo, en que estaban engastadas otras monedas, a manera de haros o anillos, y el ruido que hacia con este instrumento, agitandolo a uno y otro lado, indicaba que pedia silencio a los asistentes, para decir alguna ocurrencia, que él juzgaba digna de atencion. Su ministerio, en la servidumbre del Archiduque, rayaba en el de bufon y consejero, pues unas veces adulaba como un cortesano, otras declamaba como orador o poeta, y siempre a gusto y satisfaccion de Leopoldo, en terminos que para cautivarse las gracias de este, era necesario contar con el apoyo del decidor.

A su lado, y para variar la diversion de los convidados y del Archiduque, estaba el bufon de la corte, llamado Jonas Schwamker, el cual hacia casi tanto estrepito con su gorra de cascabeles, como el decidor con su sonaja.

Estos dos sugetos entretenian alternativamente a la concurrencia con sus desatinos serios y jocosos; en tanto que el Archiduque se reia del uno, y admiraba al otro, sin perder de vista a su noble huesped, como para conocer la impresion que le hacian aquellas muestras del

ingenio y de la elocuencia de los Austriacos. No es facil decidir cual de los dos contribuia mas eficazmente al recreo de los convidados, ni cual era aquel a quien daba la preferencia Leopoldo; lo cierto es que cuanto salia de la boca de uno y otro era recibido generalmente con los mas rumorosos aplausos. A veces solian rivalizar en la conversacion, y disputarselas a quien charlaba mas de recio y mas aprisa; mas esta emulacion no alteraba la buena armonia que reinaba entre ellos, la que se echaba de ver cuando el decidor esplicaba, con una glosa campanuda, los chistes de su compañero, para que todos los entendiesen; y el bufon en cambio, ponía risibles comentarios, y ridiculizaba en trovas burlescas, los graves documentos y eternas frases de su competidor y amigo.

Conrado entre tanto, disimulando cuidadosamente la opinion que de aquel espectáculo formaba, ponía su mayor esmero en mostrarse contento y satisfecho, aplaudiendo con tanto vigor, como el mismo Archiduque, las salidas de aquellos parlanchines. Mas no perdía de vista la

ocasion que uno de los dos le ofreciese de sacar una conversacion favorable a sus miras. Tal era el proyecto que habia formado para dar principio a su plan de operaciones.

No tardó mucho el bufon en aludir a la persona y a la familia de Ricardo, hablando de Dickon el Escobero, personaje medio historico, medio fabuloso, que era comunmente el asunto inagotable de sus dicharazos. Del escobero pasó a las escobas, y de las escobas a las retamas, de qué ordinariamente se hacen en Alemania. “La retama, dijo el Marques, encandose al decidor, es el timbre de la familia de Plantagenet, de la cual descende Ricardo Corazon de Leon.

“La retama, dijo el de la sonaja, es simbolo de humildad, y bien debieran tener presente el emblema los que lo llevan en su escudo de armas.”

“Honremos, dijo el Marques, a quien debe ser honrado. Todos hemos tenido parte en las batallas y peligros de esta guerra, y todos deben tener parte en los himnos y en los loores. Sal-

EL TALISMÁN. 279

ga alguno de los que profesan la Gaya Ciencia, y cante, como se merece, los altos hechos de Leopoldo de Austria.”

Al oír estas palabras se presentaron en medio del salón tres trovadores con sus harpas. El decidor, después de haber discurrido largamente sobre la dificultad del asunto, concedió la palabra a uno de ellos, el cual, después de haber templado el instrumento, cantó en Alemán:

Prez al valiente caudillo,
Que de las Cruzadas huestes,
Por la senda de la gloria,
Los pasos dirige y mueve.

El decidor interrumpió, con el estrepito de su baculo al cantor, para explicar a los convidados, por si no lo habían entendido, que el valiente caudillo a quien aludía la copla, no era ni podía ser otro que su dueño y señor el Archiduque de Austria: comentario que fue recibido por la asamblea con un brindis general, a la salud del valiente Caudillo Leopoldo. El cantor siguió su romance.

¿Por qué del Austria se encumbrian
Las glorias y las banderas ?
¿Por qué el Aguila atrevida
Sobre los montes se eleva ?

“El aguila, dijo el del baculo, es la emblema de nuestro noble señor el Archiduque, y es el ave que mas alta vuela en las regiones del aire.”

“¿Y vuela tambien, preguntó Conrado, cuando le echa las garras el leon ?”

El Archiduque, centelleando de colera, miró fijamente a su charlatan de camara, el cual, despues de haber reflexionado algun tiempo, respondió enfática y gravadosamente : “ El noble Marques me perdone si le advierto que ha cometido una distraccion. El leon no puede echar las garras a la reina de las aves, porque la naturaleza no le ha dado alas para volar.”

“¿ Y el leon de San Marcos !” preguntó el bufon.

“ El leon con alas, dijo el sabio, es el simbolo de la republica de Venecia ; de aquellos animales amfibios, medio nobles, medio tratantes, que no osan mirar frente a frente al pajaro de

Jupiter, como si digéramos, a nuestro ilustre amo el Archiduque.”

“No por cierto, dijo Conrado; yo no hablo del leon de Venecia, sino de los tres leones de las armas de Inglaterra. Es verdad que antes eran leopardos; mas ahora han subido en dignidad, y al leon se postra toda bestia viviente, sea cuadrupeda, acuatica, reptil, o volatil.”

“¿Hablais seriamente?” preguntó Leopoldo, a cuyo color natural daban mayor realce los vapores del vino. “¿Pensais acaso que Ricardo de Inglaterra goza de alguna superioridad o preeminencia entre los Soberanos que libremente y de su propio acuerdo han tomado parte en esta Cruzada?”

“Yo hablo de lo que veo, dijo el Marques, y lo que veo es que el estandarte de Inglaterra ondea solo en medio de los Reales, como si su dueño fuera el generalisimo de las armas Cristianas.”

“¿Y hablais de eso con tanta frialdad!” repuso Leopoldo.

“¿Atañe por ventura, dijo Conrado, al pobre Marques de Monserrate tomar a pechos una

injuria que tan sufridamente sobrellevan dos príncipes tan potentes como Felipe de Francia, y Leopoldo de Austria? No puede ser deshonra para mi, lo que no es deshonra para ellos.”

Leopoldo apretó el puño, y dio un golpe terrible en la mesa.

“Baldon es ese, dijo Leopoldo, de que repetidas veces he conferenciado con Francia. Obligación nuestra es proteger a los príncipes inferiores de las usurpaciones de ese isleño advenidizo. Mas Ricardo y Felipe tienen sus piques sobre derechos de vasallage, y no fuera sana política partir por medio en este tiempo, y en esta coyuntura.”

“Sabio y prudente es Felipe, respondió el Marques, como a todo el mundo consta. Su descendencia es sin duda efecto de graves consideraciones: mas no han traslucido aun en el ejército las que os obligan a someteros a la dominación de Inglaterra.”

“¡ Yo someterme !” exclamó lleno de indignación el iracundo Austriaco. “¡ El miembro principal del Santo Romano Imperio! ¡ A ese soberano de media isla ! ¡ A ese descendiente

de un bastardo de Normandía ! No, por la luz del sol que nos alumbra. El campo y la Cristiandad entera conoceran dentro de poco que Leopoldo sabe vindicar sus derechos, y que no lo intimidan isleños fanfarrones. Arriba, vasallos, y caballeros; seguidme todos. Coloquemos sin pérdida de tiempo el aguila de Austria en la altura que le corresponde. No haya bandera de principe o monarca que con ella compita.”

Dichas estas palabras, se alzó precipitadamente, y en medio de la tumultuosa gritería de sus huéspedes y oficiales, se encaminó acia la puerta del pabellon, y agarró el estandarte de Austria que en ella estaba clavado.

“ Noble Archiduque,” dijo Conrado, afectando moderacion y prudencia, “ menoscabo seria de vuestra conocida sensatez, suscitar a estas horas un tumulto en el campamento del ejército Cruzado. Mas vale sobrellevar por algun tiempo esa altanería de Ricardo, hasta que....”

“ Ni un minuto siquiera,” vociferó Leopoldo, y con el estandarte en la mano, y seguido de todos sus huéspedes, marchó a la plataforma en que estaba la bandera de Ricardo.

“ Mi venerado Señor,” dijo Jonas Schwamker, echando los brazos al cuello del Archiduque: “ los leones tienen dientes.”

“ Y las aguilas tienen garras,” respondió Leopoldo, puesta ya la mano en el hasta, aunque sin osar todavía arrancarla.

El decidor, apesar de sus dislates, solia tener intervalos de sano juicio. Viendo al Archiduque tan proximo a cometer un atentado, agitó el instrumento de su dignidad, y Leopoldo volvió el rostro acia él, segun era su costumbre cuando de este modo le llamaba la atencion.

“ El aguila, dijo, es la reina de las aves: como el leon es rei de las fieras del monte. Cada cual tiene su dominio separado, tan distantes entre sí, como Austria de Inglaterra. El aguila del Danubio no debe injuriar al leon del Tamesis: ondeen juntos los dos estandartes, y haya paz entre los que batallan juntos.”

Leopoldo quitó la mano del hasta del pendon Ingles, y buscó por todas partes a Conrado de Monserate: mas en vano, porque el Marques, tan pronto como vio el efecto que habian hecho sus palabras, se escabulló entre la muchedum-

bre, cuidando antes de todo de llamar aparte a varios de los personajes que habian asistido al banquete, a quienes se quejó, en terminos comedidos, de que Leopoldo hubiese escogido la hora de sobremesa, para vengar por sus manos una ofensa, que habria podido satisfacer con medios mas suaves. No pudiendo dar con el Marques, a quien mas particularmente deseaba hablar, el Archiduque exclamó en alta voz, que no era su intencion romper la armonia de los principes Cristianos, sino reclamar los privilegios que le correspondian, y sus derechos, iguales en todo a los del Rei de de Inglaterra ; que no aspiraba a colocar su estandarte sobre el de Ricardo, aunque lo tenia de manos de los Emperadores sus antepasados, algo mas ilustres que los principes de la casa de Anjou ; por ultimo que se contentaba con que los dos estandartes ocupasen el mismo puesto, afin de que no se creyese que habia en Europa timbres superiores a los de la casa de Austria. Terminada esta arenga, se abrio un barril de vino, se tocaron cajas y trompetas y se bebieron sendas copas en honor del estandarte del Archiduque.

El ruido que hizo el acompañamiento del Duque durante toda esta ceremonia, produjo alguna inquietud y estrañeza en los Reales.

Era llegada la hora crítica, en qué el médico Arabe, habia predicho, segun las reglas de su arte, que Ricardo despertaria considerablemente aliviado y restablecido, y ya le habia aplicado la esponja de que habia hecho uso, para sacar de su letargo al escudero de Sir Kenneth. Volvio en sí el Monarca ; observólo atentamente el sabio, y dijo al Baron que la fiebre habia cesado de un todo, y que, gracias a la feliz constitucion de Ricardo, era inutil repetir el salutifero medicamento. Ricardo, fue de la misma opinion, y restregandose los ojos, preguntó a Sir Tomas a cuanto subiria la suma que se hallaba a la sazón en las arcas Reales.

El Baron respondió que lo ignoraba.

“ Importa poco, dijo el Rei, sea grande o pequeña, ponla toda en manos del sabio Sarraceno que me ha vuelto a poner en estado de seguir las banderas de Cristo. Si no alcanza el dinero a mil bizantes, que se le dé lo que falta en joyas.”

“ El sabio, respondió El Hakim, no vende la

sabiduría con que lo ha favorecido Alá, y ten entendido, gran Principe, que esa celestial medicina, a qué debes tu restablecimiento perdería enteramente su virtud en mis indignas manos, si sé contamináran estas con oro y con diamantes.”

“¡ Reusas el galardón que mereces ! exclamó Sir Tomas. Esto si que es mas admirable que los cien años de tu edad.”

“ Tomas de Vaux, dijo el Rei, tu no conoces mas valor que el que se necesita para mover la espada, ni otra virtud que la que luce en la Caballeria. Este Moro puede servir de eemplo a muchos nobles Cristianos.”

“ Sobrada recompensa es para mi,” dijo el Moro, cruzando los brazos sobre el pecho, y manteniendose en actitud grave y respetuosa, “ que un Rei tan grande como Malec Ric se digne dirigir la palabra a su servidor. Ruegote que te calmes y tranquilices, porque aunque no creo que sea necesario repetir la medicina, se debilitaria notablemente su efecto si volviera a encenderse tu noble sangre.”

“ Debo obedecerte, Hakim, dijo Ricardo,

pero tan libre se siente mi pecho del fuego que lo ha devorado en estos últimos días, que me hallo capaz de enristrar la lanza y de aguardar a pie firme la del mas intrepido enemigo. . . . pero, ¿qué significa ese rumor y esa musica que se oye en el campamento? Sir Tomas, corre y traeme noticias de lo que pasa.”

“Es el Archiduque de Austria,” dijo el Baron, despues de haber estado un instante fuera, “que con sus amigos de taverna sale en procesion por los Reales.”

“¿Borrachon insensato! exclamó el Rei; mas le valiera ocultar su intemperancia en los lienzos del pabellon, que hacer alarde de ella ante los soldados de la Cruz. ¿Qué decis, Señor Marques?” continuó dirigiendose al de Monserate, que a la sazón entraba en el aposento.

“Digo, valiente Principe, respondió el Marques, que me huelgo de ver a Vuestra Magestad tan mejorado, y es cuanto puede decir quien viene de la mesa del Archiduque de Austria.”

“¿Con ese pellejo de vino, dijo el Rei, habeis estado comiendo! Pues cierto, es de admirar que un hombre como vos, haya dejado tan

pronto el campo de batalla. ¿Y qué significa todo ese rumor que el bebedor Teutonico está armando a estas horas en el campamento?”

De Vaux, que se habia colocado detras del Rei, dio a entender a Conrado, con sus gestos y miradas, que no cometiese la imprudencia de enterar a Ricardo de los desacuerdos de Leopoldo: mas el Marques de Monserrate o no lo comprendió, o no quiso comprenderlo.

“Lo que el Archiduque está haciendo, dijo, es cosa de poca importancia, puesto que él mismo no se halla en estado de saberlo. Con todo, si he de decir la verdad, me he tenido que retirar de su compañía, por no tomar parte en chanzas tan pesadas.”

“¿Y qué chanzas son esas?” preguntó impácientemente Ricardo.

“Se le ha puesto en la cabeza, dijo el Marques, echar al suelo el estandarte de Inglaterra, y se ha encaminado con esta intencion al monte de San Jorge.”

“¿Qué estais diciendo?” exclamó el Rei, dando un grito que hubiera podido despertar a un muerto.

“No se altere Vuestra Magestad,” respondió el Marques, fingiendo querer reparar el daño que sus palabras habían producido. “Es natural que un loco haga locuras.”

“No despleguéis los labios,” dijo el Rei, saltando de la cama, y echando al suelo con increíble prontitud la ropa que lo cubría. “Marques no me repliqueis. Sir Tomas, te prohíbo hasta la respiración. Quien ose articular una palabra no es amigo de Ricardo Plantagenet. Hakim silencio.”

En tanto que se explicaba en estos términos, se vestía precipitadamente, y al terminar la arenga, descolgó la espada de la cabecera, y sin otra arma, y sin decir a nadie que lo siguiese, salió con pasos agitados fuera de la tienda. Conrado, alzando las manos, en señal de espanto, quiso entrar en conversación con Sir Tomas, mas este, empujándolo desdeñosamente, llamó a uno de los gentiles hombres de la servidumbre, y le dijo: “Corred a los cuarteles de Milord Salisbury; decidle que convóque a su gente, y que me siga al monte de San Jorge. Poned también en su noticia que la fiebre del Rei no está en la sangre, sino en el cerebro.”

El gentil hombre, y los otros empleados de la servidumbre que acudieron al ruido, no pudieron entender lo que Sir Tomas les decia ; pero bien adivinaron que había ocurrido algun suceso de importancia, y echaron a correr por en medio de las tiendas de los Ingleses, esparciendo por do quiera el terror y la confusion, aunque sin poder indicar el motivo. Los soldados yacian entregados al sueño de la siesta, a que los rigores del clima los habian acostumbrado ; alzaronse sobresaltados, preguntandose unos a otros la causa de aquel tumulto ; mas la impaciencia, como sucede en casos semejantes, se oponia a la averiguacion de la verdad y la imaginacion de cada cual suplia la falta de esta. Quien decia que los Sarracenos se habian introducido en el campo ; quien, que la vida del Rei estaba en peligro ; unos, que Ricardo habia muerto de su enfermedad la noche anterior ; otros que habia perecido a manos del Archiduque de Austria. Los nobles y oficiales, no menos inciertos que la tropa, de la realidad del caso, procuraban reunir sus tercios, ordenarlos y apercibirlos, temiendo que su celo inconside-

rado aumentase el trastorno que por todas partes cundia. Cruzábanse los ecos de los clarines; repetíanse de tienda en tienda, y de cuartel en cuartel los gritos de “a las armas, a las armas,” y los que ya habían acudido armados a sus puestos, y aguardaban tan solo la orden de atacar, repetían la invocación nacional, “San Jorge por Inglaterra.”

En breve todo el campamento del ejército de la Cruzada fue una vasta escena de terror y de confusión. Había en él gentes de todos los reinos y estados de Europa, y cada cual se agregó a sus compañeros, ya para indagar el motivo del alarma, ya para correr adonde amenazaba el peligro. El polvo, la gritería, los relinchos de los caballos, el estruendo de los instrumentos belicos aumentaban el desconcierto general, y impedían que se oyese la voz de los caudillos. En medio de esta agitación, el Duque de Salisbury, conociendo por la orden que le había comunicado el Barón, que las circunstancias eran graves y urgentes, se puso a la cabeza de los primeros Ingleses que acudieron a su pabellón, y dio prontas y eficaces providencias para que

todo el egercito ingles se mantubiese armado, en su puesto, y pronto a obedecer al primer aviso. “Todos correremos, dijo, si la seguridad de Ricardo lo exige; pero en orden y con subordinacion. Moderad vuestro celo, y no os degeis arrastrar por su impulso.”

Entre tanto, y sin que lo detubiesen los ostaculos que el desorden de las tropas le oponia, Ricardo, a medio vestir, y con el acero envainado en la mano derecha, se dejaba atras al Baron de Vaux, y a uno o dos individuos de la servidumbre, encaminandose aceleradamente al monte de San Jorge.

De este modo atravesó los cuarteles de sus gallardas tropas Normandas y Borgoñesas, a las cuales no habia llegado todavia el alboroto, aunque muchos de aquellos soldados, habian oido los gñitos de los Austriacos, y ya estaban en pie, llamando a los otros. Los Escoceses reposaban tranquilos en sus tiendas; pero Sir Kenneth vio al Rei, y conoció que no era cosa de poca importancia la que ocurría; por lo qué, sin detenerse a mas que a tomar el broquel y la espada, corrio a juntarse con el Baron, que

le respondió encogiéndose de hombros, a la inquieta mirada que le dirigiera, como si no osara preguntar de otro modo la causa de tanta novedad. Los dos llegaron al monte, cuando se hallaba en él Ricardo.

El monte y sus cercanías hormigueaban en gentes de diversos trages y naciones, confusamente esparcidas en la plataforma y en sus declives. Los Austriacos, y particularmente los que habían asistido a su banquete, prolongaban con ferreos pulmones el clamoreo que en ellos exitaba parte el vapor del vino, parte la humillacion de un enemigo poderoso. A ellos se habían agregado otros soldados de diferentes tercios y banderas, algunos por curiosidad, y no pocos porque aborrecían a los Ingleses y a su Monarca, y se deleitaban en ser testigos de la afrenta que la nacion entera acababa de recibir. Ricardo penetró denodadamente por aquel gentio, como la ligera nave que corta rapida y derecha las olas, a guisa de quien se burla de su furor, y no se cura de que se reunan despues sus rugientes espumas, en el surco que ha trazado la quilla.

En la cima de la eminencia había un reducido llano, en qué estaban colocadas las dos insignias, rodeadas de Leopoldo, y de los principales personajes de su acompañamiento. El Archiduque ocupaba el centro, contemplando con orgullosa satisfacción el triunfo de su estandarte, y oyendo, con sonrisa en los labios los estrepitosos aplausos que no cesaban de repetir los suyos. Ricardo se presentó inesperadamente ante sus ojos, seguido tan solo de dos hombres, pero lleno de confianza en su fuerza y en su valor.

“¿Quién ha osado,” preguntó, poniendo la mano en el asta de la bandera Austriaca, y en voz semejante al sordo rumor que precede a la erupción de un volcán: “¿Quién ha osado colocar ese andrajo junto a mi bandera?”

El Archiduque no carecía de valor personal, y era incapaz de callar a tan grave denuesto. Sin embargo, de tal modo lo sorprendió la repentina aparición de su enemigo, y tal era la impresión que excitaba donde quiera Ricardo, y la fama de su arrojo y de su valentía, que este repitió dos veces su pregunta en ademán de buscar con la vista un enemigo digno de su brazo, antes

que el Archiduque, recobrandose en parte de su primera agitacion, pudiese contestarle : “Yo he sido : yo, Leopoldo de Austria.”

“ Leopoldo de Austria , dijo el Monarca, atiende y veras el caso que hace de tu bandera y de tu vanidad Ricardo de Inglaterra.”

Y dicho esto, arrancó el hasta del suelo, la hizo pedazos, arrojó la bandera, y puso sobre ella un pie.

“ Asi trato, continuó, los timbres de tu casa. ¿ Hai alguien en la Caballeria Teutonica que se atreva a impedirmelo ?”

Todos los concurrentes enmudecieron ; pero no hai hombres mas valientes en el mundo que los Alemanes.

“ Yo, yo, yo,” repitieron cien voces unidas. “ Yo,” clamaron a un mismo tiempo los caballeros Austriacos que se hallaban al lado de Leopoldo. “ Yo,” dijo tambien el Archiduque, en ademan de aceptar el reto.

“ ¿ Qué prestan dilaciones y desafios ?” dijo el Conde Wallenrode, uno de los mas corpulentos adalides de Hungría. “ Hermanos y nobles caballeros, las plantas de ese hombre estan ho-

llando nuestro honor. Borremos esta mancha, y aniquilemos el orgullo de Inglaterra.”

Y al decir estas palabras sacó al acero, y descargó sobre el Rei un tajo, que hubiera puesto en riesgo su vida, a no haberlo recibido en su broquel el caballero del Leopardo.

“He jurado, dijo el Rei, no desenvainar el acero contra ningun caballero que lleve al pecho le señal de la Cruz. Dejote vivir, Wallenrode,” añadió esforzando la voz, y sacandola por entre los gritos que por todas partes resonaban: “pero vive para no olvidar jamas, aunque cien años vivas, quien es y lo que puede Ricardo de Inglaterra.”

Era Ricardo tan diestro en toda clase de ejercicios, como vigoroso en sus golpes, y flexible en sus movimientos. No bien habia terminado las ultimas palabras, cuando echandole mano al Hungaro, lo empujó con tanta violencia, que en despecho de la turba que lo rodeaba, lo tiró por la plataforma abajo, a manera de risco que se desgaja del monte y cae rodando a la llanura. El abultado Wallenrode, incapaz de resistir aquel impetu, se vio mui en breve al

pié de la elevacion, casi sin sentido y con mas de un hueso dislocado. Esta pronta y terrible venganza dejó tan atonitos como intimidados al Archiduque, y a todos los que lo acompañaban. Entretanto crecian las vociferaciones de los concurrentes. Los que estaban mas lejos de Ricardo, gritaban furiosamente : “ hagamos añicos a ese perro isleño,” mientras los que habian sido testigos de la aventura de Wallenrode, disimulando sus recelos, y cubriendolos con la máscara de la moderacion, exclamaban : “ Paz, ilustres principes ; la paz de la Cruz ; la paz del Santo Padre ; la paz de nuestra madre la Iglesia.”

Esta diferencia de clamores, indicaba suficientemente la irresolucion de los amigos del Archiduque. Ricardo permanecio inmóvil, fija la robusta planta en la abatida bandera Archiducal. Sus miradas giraban en torno, tan animadas por el furor y la sed de venganza, que los caballeros Austriacos, acostumbrados a arros-trar las lanzas Sarracenas, ni osaban dar un paso, ni fijar los ojos en tan formidable enemigo. Sir Tomas y el del Leopardo estaban

detras del Rei, y aunque no habian desnudado los aceros, la actitud de uno y otro indicaba cuan poco tardarian en esgrimirla si peligraba la vida de su dueño, y cuan arriesgado era arrostrar enemigos de aquel talante.

Salisbury y su tercio se habian aproximado al monte. Los unos apercibian los arcos; los otros empuñaban con mano firme las partesanas.

En esta coyuntura, el Rei Felipe de Francia, acompañado por uno o dos caballeros de su corte, llegó a la plataforma, para saber la causa de aquel disturbio, y no quedó poco sorprendido al ver al Rei de Inglaterra, a quien creía postrado en su cama, mirando con altanería al Archiduque, y amenazandolo con su gesto, y con su postura. Ricardo pareció algun tanto avergonzado de que Felipe lo descubriese en una situación tan poco digna de un Rei, y de un Cruzado. Aunque no gustaba de la persona del Rei de Francia, dabale todo el crédito que su sagacidad merecia, y aun hai quien dice que al verse en presencia de Felipe, retiró el pie de la bandera, y procuró moderar la violencia que en

sus ojos y movimientos estallaba. Leopoldo contubo igualmente los impetus de su despecho, aunque le fue en gran manera vergonzoso que Felipe hubiera venido a ser testigo de su vilipendio.

Las prendas que lucian en el caracter de este Monarca le habian grangeado, el título de Augusto, que le daban sus vasallos, y que le ha conservado la Historia. Si Ricardo podia ser apellidado el Aquiles, Felipe merecia el título del Ulises de la Cruzada. Era sagaz y diestro en su politica; cuerdo y moderado en los consejos; firme y tranquilo en sus resoluciones; su inteligencia era perspicaz; su valor acreditado; su porte noble y magestuoso; infatigables sus esfuerzos cuando se proponia por obgeto el bien de sus Estados; mas el conjunto de sus perfecciones era mas analogo al negociador que al heroe, y mas seguros eran sus triunfos en el gabinete que en el campo de batalla. Nunca hubiera tomado parte en la guerra de Tierra Santa, si solo hubiera dado oidos a sus propias inclinaciones: pero arrastrólo el torrente de la opinion, y tubo que ceder al unanime deseeo de

EL TALISMAN. 301

los nobles de su reino, y a los preceptos de la corte de Roma. A haber nacido en un siglo mas culto, o en una situacion menos elevada, su fama hubiera eclipsado la de Ricardo de Inglaterra; pero en las epocas de la edad media, y especialmente cuando se propagó en Europa, a manera de contagio, el espiritu de venganza, inspirado por las exortaciones del hermitaño Pedro, el ingenio, la sensatez, la razon, eran prendas que gozaban de poca estima, y el valor caballerezco, que las costumbres públicas, y la indole de aquellas empresas, habian colocado sobre todas las perfecciones de que el hombre es susceptible, se empañaba y desmerecia cuando se le juntaba alguna leve sombra de discrecion. El merito de Felipe, comparado con el de su altanero antagonista, era como el reflejo de la lampara, junto al de la hoguera; la cual, sin ser tan util como aquella, brilla mas, y deslumbra. Felipe observaba la inferioridad de su reputacion y el triunfo de su rival, con el sentimiento que debe producir semejante comparacion en todo corazon altivo; mas por lo mismo habia resuelto aprovecharse de cuantas ocasio-

nes se le ofreciesen, para humillar a quien lo oscurecía, y despojar de sus laureles, a quien había marchitado los suyos. La que en aquella disputa se presentaba era una de las que dan toda la ventaja a la sangre fría y a la prudencia, sobre la impetuosa violencia, y la ostinación.

“¿Qué significa esta querrela entre dos guerreros de la Cruz?” preguntó Felipe. “¿La Real Magestad de Inglaterra y el mui noble Principe y Archiduque Leopoldo! ¿Dos gefes, dos columnas de la Santa expedición!”

“Suspende tus reconvenciones,” dijo Ricardo, mas y mas encolerizado, al verse puesto en la misma línea y clase que Leopoldo: “ese Duque, o Principe, o columna, o como quieras llamarlo, ha recibido el castigo de su insolencia. No ha habido mas.”

“Magestad de Francia, dijo el Duque, apelo a tu autoridad y a la de todos los Principes Cristianos que en el campamento de la Cruzada se hallan, contra el ultrage que mi dignidad ha recibido. Ese Rei de Inglaterra ha arrancado mi bandera, la ha hollado y destruido.”

“ Porque tubo la audacia de plantarla junto a la mia,” respondió Corazon de Leon.

“ Mi clase me autoriza a ello,” contestó Leopoldo.

“ Si quieres ser mi igual, respondió Ricardo, pruebalo con tu persona, y por San Jorge, que la trataré como a ese pañuelo bordado.”

“ Reportaos, hermano, dijo Felipe, y yo haré ver a Austria que no es cuerdo su designio. No penseis, noble Archiduque,” continuó dirigiendo la palabra a Leopoldo, “ que los Soberanos independientes que hoi peleamos juntos en defensa del Sepulcro, nos reconocemos inferiores ni subordinados en manera alguna a Ricardo, ni esto debe inferirse del alto puesto en qué hemos permitido que tremóle su estandarte. La oriflama, la gran bandera de Francia, a la cual Ricardo debe acatamiento, a fuer de vasallo de nuestra corona, ocupa en estos Reales un lugar inferior a los Leones de Inglaterra. Los Reyes y Príncipes de la Cruzada han jurado por la Cruz, ser hermanos y amigos, y, como peregrinos armados, no se curan de las pompas y dignidades humanas, y solo se emplean en rescatar

de manos de infieles el Sepulcro del Salvador. Yo, y los otros Principes hemos consentido, en atención a la justa nombradía y altas proezas de Ricardo, en cederle esta preeminencia, que en otra ocasión, y por cualquier otro respeto, nunca hubiera conseguido. Estoy persuadido de que cuando esto considereis, confesareis vuestro error en colocar el pendon de Austria al lado del de Inglaterra, y, que la Real Magestad de Inglaterra no tardará en daros satisfacción por el insulto que de sus manos habeis recibido.”

El orador y el bufon de la Corte de Leopoldo se habian puesto en salvo, mientras creyeron que aquella rencilla debia terminar en golpes; mas cuando vieron que las voces eran las unicas armas de que se servian los contrincantes, se aproximaron poco a poco, sin que los amedrentase aquella especie de guerra, en qué eran tan habiles soldados.

El discurso de Felipe fue tan a gusto del decidor, que no pudo contener su aplauso; y agitando el simbolo de su oficio, y olvidando que se hallaba en presencia de dos Monarcas

poderosos, dijo en alta voz que jamas habian salido de sus labios palabras tan discretas como las del Rei de Francia.

“ Asi podra ser,” le dijo cautelosamente el de los cascabeles, “ pero te advierto que nos van a dar azotes si hacemos tanto ruido.”

El Duque respondió con prontitud que aquella disputa solo podia cortarse por la autoridad del Consejo de la Cruzada, a cuya proposicion condescendio gustosamente Felipe, diciendo que de aquel modo podria ahogarse en su origen lo que seria parte a escandalizar la cristiandad entera.

Ricardo oyó con paciencia la arenga de Felipe, conservando entretanto su aspecto firme y decidido. Su respuesta, no tan elocuente como las frases del Monarca Frances, resonó en todos los ambitos del campamento. “ Mi salud, dijo, no me permite perder el tiempo en palabras, y ya sabes, hermano, puesto que mi caracter te es conocido que gusto mas de hechos que de retóricas. Ultrages que tan de cerca tocan al honor de Inglaterra, no se someten a -consejos de Principes ni de Papas. Aqui está mi bandera:

cualquiera otra que se plante a tres lanzas de distancia, será mui en breve despojo de mis iras, aunque fuera ese oriflama de que has hablado; y en cuanto a satisfaccion, nadie aguarde otra de mí que la que puede dar mi acero, sea quien fuere el retador, y aunque vengan cinco, que no uno solo.”

“Esta sí,” dijo el bufon a su compañero, “que es locura de marca mayor. No hubiera yo dicho otro tanto: mas presumo que no es Ricardo el mas desafinado loco de los presentes.”

“¿Pues quien?” preguntó el de las sentencias.

“Felipe, respondió el bufon, o nuestro Real Duque, si tan necios son que acepten el duelo. ¿Y sabes lo que digo, amigo *spruch-sprecher*? que tú y yo hubieramos hecho a las mil maravillas el papel de Reyes, si tal suerte nos hubiera tocado, puesto que los que estamos viendo desempeñan tan acertadamente tu oficio y el mio.”

Mientras comentaban los dos amigos la escena que estaban presenciando, Felipe revisándose de magestad, y de moderacion: “no

EL TALISMAN. 307

somos aquí venidos, dijo, a despertar recientes discordias, en contra del juramento que hemos pronunciado, y de la causa que estamos defendiendo. Debemos separarnos como hermanos, y si alguna rivalidad debe existir entre los leones de Inglaterra, y las lises de Francia, sea con el objeto de ver quien hace mas estragos en las filas de los infieles.

“Lo acepto con toda mi alma,” respondió Ricardo, tomando la mano a Felipe, y apretandosela con la franqueza propia de su generosa indole: “y plegue a Dios que pronto tengamos ocasion de ver quien mas triunfos logra.”

“Partícipe igualmente el noble Archiduque de este amistoso convenio,” dijo Felipe, y Leopoldo se acercó a los dos Monarcas, como cediendo mas que a su propia voluntad, a los respetos y mediacion del Rei de Francia.

“Nada quiero con locos, y nunca me han gustado las locuras,” respondió Ricardo, con tono de indiferencia; y el Archiduque, incierto del partido mas decoroso, que en tan críticas circunstancias podia tomar, se retiró de pronto con los suyos.

Ricardo lo siguió con la vista. “ Su valor, dijo, es como la luz de la luciernaga, que solo brilla de noche. Sea como fuere, mi bandera no debe quedar sin custodia, cuando es facil que la ataque un perfido enemigo : de dia, las miradas de los leones bastan a defenderla. Tomas de Gilsland, a ti te encargo el honor de Inglaterra.”

“ Tan caro me es ese honor, respondió el Baron, como el mio propio, y mas preciosa que mi vida, la vida de Ricardo. Lo que importa ahora es que Vuestra Magestad, sin mas demora, se restituya a su pabellon.”

“ Preciso sera obedecerte,” dijo Ricardo, y echando de ver a Sir Kenneth, “ valiente Escocces, le dijo, me has hecho un importante servicio, y con otro mas importante voi a recompensartelo. Aqui tienes el pendon, que la imprudencia de un borracho ha querido, aunque en vano, ultrajar. Guardalo esta noche, como el novicio que vela las armas. No te separes de ella a distancia de tres lanzas, y defiendela con tu persona, de cualesquiera riesgo o insulto que la amenace. Si mas de un hom-

EL TALISMAN. 309

bre te acomete, da el grito de alarma. ¿Consientes en ello?”

“Con toda mi alma, respondió el caballero del Leopardo, y mi cabeza saldrá garante de esa noble prenda que vuestra Real dignación me confía. Estoy sin armadura: voi por ella, y vuelvo aquí al instante.”

Los Reyes de Francia y de Inglaterra se separaron entonces, ocultando, bajo la máscara de la cortesía, los secretos motivos de resentimiento, que animaban a uno contra otro. Ricardo no podía perdonar a Felipe su oficiosa mediación en favor de Austria, y Felipe no olvidaba el modo irreverente con que esta mediación había sido recibida. La turba que el lance había atraído se retiró en diferentes direcciones, dejando el monte de San Jorge, tan solitario como estaba antes del suceso que tanto rumor había causado. Cada cual refería el lance a su modo, y lo comentaba según sus opiniones y partido: los Ingleses decían que los Austriacos habían dado el primer motivo de disturbio entre los Soberanos de la Cruzada, y los soldados de las otras naciones echaban toda la culpa a la

insolente altanería, y carácter indomito de Corazón de León.

“Ya ves,” dijo el Marqués de Monserrate al Gran Maestro de los Templarios, “que los medios suaves son más poderosos y eficaces que los violentos. Está desatado por mi mano el nudo que ligaba ese haz de cetros y de lanzas: veras cuán pronto se vienen todos ellos a tierra.”

“Tu plan pudiera haber producido grandes bienes, dijo el Templario: faltó un Tudesco intrepido y rencoroso que hubiera cortado ese nudo de que hablas con el acero: porque desengañate, amigo Conrado, lo que se desata se vuelve a atar; no así lo que se destroza.”

CAPITULO XII.

11.

En los días de la Caballería, el encargo de un puesto aventurado o de una hazaña peligrosa, se miraba como el galardón del denuedo que un guerrero había demostrado en otras ocasiones, del mismo modo que al subir un empinado monte, las dificultades que se han vencido para llegar a una roca, empeñan a dirigirse a otra mas aspera y difícil.

Era ya medía noche, y la luna paseaba magistuosamente su palido resplandor en el espacio de los cielos, cuando Sir Kenneth del Leopardo dormido, se paseaba solo en el monte de San Jorge, cerca del estandarte de Inglaterra, para defender la gloriosa insignia de aquella nación, de los insultos que hubieran podido meditar contra ella los numerosos enemigos que le había suscitado la soberbia de Ricardo Corazón de Leon. Altos pensamientos y audaces esperanzas lisongeaban sucesivamente su fanta-

N.E.T. 11. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:
'Tis woman that seduces all mankind. GAY.

Esta mujer, que a la Humanidad entera seduce. Gay.
[Suero Roca, T., *op. cit.*, 188].

sia. Pareciale haber merecido un notable favor de aquel valiente Monarca, que hasta entonces no se había dignado distinguirlo entre la turba de guerreros alistados bajo sus banderas, y atraídos en torno de su persona por su arrojada intrepidez; y miraba como testimonio indudable de aquella honra, la que le había conferido, al ponerlo en un sitio, que a la sazón era el más arriesgado e importante del campamento; porqué de los Turcos nada debía temerse, habiendo una tregua con Saladino, mas no hai treguas con los odios de los hombres, ni con las acechanzas de los malquerientes. La memoria del alto obgeto en que se habían fijado los afectos de su corazón, inflamaba además su belicoso entusiasmo. Bien conocia que aquella pasión se había propuesto un termino que rayaba en la línea de lo imposible, y que solo en virtud de las más extraordinarias e imprevistas circunstancias, podia ser coronada por el elevado galardón que apetecia: con todo, las ocurrencias de aquellos últimos días habían disminuido, a su parecer, la distancia que lo separaba de la

ilustre cuanto hermosa Edith. El caballero que Ricardo había favorecido, constituyendolo depositario de la prenda mas encumbrada del honor de sus armas y de su nacion, no era ya un aventurero oscuro y vulgar; seguramente no podía lisongearse con la idea de haberse colocado de pronto al nivel de su dama; pero a lo menos se aproximaba a su esfera. Su suerte, de ahora en adelante, no podia ser envuelta en el olvido comun, que aguarda a los que han nacido sin opulencia, y pelean sin gloria. Si una fuerza superior lo sorprendia, sabria morir matando, y su muerte exitaria los loores y la venganza de Ricardo, y el dolor, y quizas las lagrimas de las nobles damas, lustre de la Corte de Inglaterra. Lo peor que podria acaecerle era morir; mas no como un cobarde.

Entregabase el valiente Escoces a estas placenteras ilusiones, tan propias de aquel gallardo espiritu que reinaba en las costumbres de la orden de Caballeria, la cual enmedio de sus fantasticas extravagancias, no se habia contaminado con la ponzoña del egoismo, sino que observaba como sagradas leyes, las de la generosi-

dad y las del desprendimiento, proponiéndose obgetos remontados y sublimes, incompatibles quizas con las imperfecciones y flaquezas de la condicion humana. Toda la naturaleza reposaba inmovil a la placida vislumbre del astro de la noche. Las largas hileras de tiendas y pavellones, iluminadas en parte por los reflejos de la luna, en parte confusamente oscurecidas por la sombra que unas a otras se hacian, ofrecian la imagen de las calles tristes y silenciosas de una ciudad desierta. Al pie del hasta de la bandera yacia el fiel alano del Escoces, unico compañero de su guardia, y en cuya vigilancia e instinto confiaba, para descubrir de lejos a algun mal intencionado. El astuto animal, como si entendiese la arriesgada posicion de su dueño, miraba de cuando en cuando las ondas pomposas del magnifico estandarte, y al grito de las centinelas que rodeaban el campamento, respondia con un penetrante ladrido, como si quisiera dar a entender que tambien él estaba vigilante, y pronto a descubrir el peligro. A veces alzaba la cabeza, cuando su amo pasaba a su lado, en los cortos giros que daba en torno del pendon ;

a veces, cuando Sir Kenneth se paraba, apoyado en su lanza, fijos los ojos en la anchura de los cielos, y arrobada la mente en sus exaltadas contemplaciones, el perro se le acercaba suavemente, y lo sacaba de aquella distracción con sus afectuosos aunque tímidos alagos. De pronto, se vuelve con furor acia una de las estremidades del parapeto, prorrumpe en un tremendo ladrido, fija los ojos en donde las sombras eran mas profundas, y se detiene al borde de la elevación, como si aguardase las ordenes de su dueño.

“¿ Quien vive ?” gritó Sir Kenneth, sospechando que alguien subia al monte.

“En el nombre de Merlin, y por los tres reyes Magos,” contestó una voz aspera y desagradable, “ encadena ese demonio en figura de can, o vuelvo gurupa, sin desempeñar mi encargo.”

“¿ Y quien eres tú que osas acercarte a este puesto ?” preguntó Sir Kenneth, recogiendo cuanto podia la vista, y fijandola en un confuso objeto que en los declives del monte se divi-

saba, aunque sin poder distinguir su forma.
“Aquí estoy yo a muerte o a vida.”

“Sugeta, dijo la misma voz, a ese Satanas que tienes a tu lado, o de un ballestazo lo quito de enmedio” al mismo tiempo se oyó un ruido semejante al crugido de la llave de una ballesta.

“Desmonta, dijo Sir Kenneth, el arma, y presentate aquí donde mis ojos puedan examinarte. Por San Andres que te clavo al suelo, quien quiera que seas, si no me obedeces.”

Diciendo estas palabras, tomó por enmedio la lanza, con ánimo de arrojarla al que le habia hablado, como era costumbre de los caballeros, cuando de otro modo no podian alcanzar al enemigo, mas casi se corrió de esta determinacion, cuando vio salir de la sombra a la luz de la luna, como un comediante sale de los bastidores al teatro, a una diminuta y contrahecha criatura, en cuyo trage, ademanes y rostro conocio al enano de la capilla de Engaddi. El Escocés apoyó la lanza en tierra, y recordando los sucesos de aquella noche feliz y misteriosa, hizo

seña al alano, el cual la entendió inmediatamente, y volvió a colocarse al pie del hasta, no sin un sordo gruñido, que mostraba su mal humor y su desconfianza.

El diforme compendio de la humanidad, viéndose libre de aquel formidable enemigo, acabó de subir a la plataforma, con gran dificultad y trabajo, por ser demasiado cortos y desproporcionados sus miembros para vencer las asperezas del camino, y el declive de la cuesta. Al acercarse a Sir Kenneth, desmontó la ballesta que en la mano llevaba, y que era como las que los muchachos de aquel tiempo usaban para matar gorriones; y contoneándose gravemente, estendió la mano derecha acia el Escocés, como esperando que este le dirigiese un reverente saludo. Mas el caballero no estaba de humor de satisfacer aquel deseo, lo que visto por el pigmeo, alzando con altanería su disonante voz: "Soldado, le dijo, ¿por qué no tributas a Nectabano el homenaje debido a su dignidad? ¿Posible es que lo hayas borrado de tu memoria?"

"Gran Nectabano," respondió Sir Kenneth,

con el obgeto de divertirse del ridiculo balles-tero, “imposible es que te borre de su memoria quien ha tenido la dicha de verte una sola vez. Perdona mi criminal descuido; pero soi soldado, estoi en mi puesto, y con las armas en la mano, y no habia hecho alto en tu noble y airrosa persona. Humillome ante tu grandeza, y beso la tierra que pisan tus plantas, sometien- dome ademas, al castigo que tu justicia y pru- dencia quieran imponerme.”

“Basta, respondió el enano, con que inme- diatamente sigas mis pasos, y te presentes ante la persona que en tu busca me envia.”

“Gran Señor y embajador ilustre, respondió Sir Kenneth, pesame desobedecer tu soberano mandato, que en cualquiera otra ocasion seria recibido de mí con el debido acatamiento : mas este es mi puesto hasta que el dorado Febo se asome por los balcones de la Aurora.”

Dicho esto, volvió a pasearse delante de la bandera ; pero el enano habia resuelto no de- jarlo libre tan pronto de su importunidad.

“Aora bien,” le dijo, saliendole al paso, y cortandole el camino, “finca las mientes en lo

EL TALISMAN. 319

que van a pronunciar mis labios ; o me obedeces, como en toda lei estás obligado a hacerlo, o egerceré mi autoridad en nombre de aquella cuya sin par hermosura mui mas resplandece entre las lindas de la corte, que el sol entre los astros del firmamento ; de aquella cuya remontada gerarquia eclipsa la de Jupiter mismo, el de los destructores rayos. Decidete ahora y niegate si te atreves a humillarte a mis preceptos.”

El caballero al escuchar estas razones se atrevio a formar una congetura, que lisongeaba altamente sus esperanzas ; mas no pudo darle asenso, por un solo instante. Pareciale imposible que la dama de sus afectos, le enviase tal mensagero y tal mensaje : sin embargo de esta sensata reflexion, tremulo de inquietud y esperanza : “ Esplicate sin rodeos, le dijo, Nectabano. Dime, a fuer de hombre de bien, si esa sublime Princesa de quien hablas es otra que la celestial houri que con tanta gracia manejaba la escoba en la capilla de Engaddi.”

“ Atrevido, temerario y presuntuoso garzon,

dijo Nectabano, ¿piensas tú que la dueña de mis Reales afectos sería capaz de fijar los suyos en un vasallo? ; Tal te imaginas de la compañera de mi encubramiento! ; De la luz de mis ojos! Desacordado vas en demasia. Grandes serán tus hazañas, y gloriosa tu nombradía; mas aun no has sido digno de que ocupe en ti sus pensamientos la reina Ginebra, la augusta esposa de Arturo, ante cuyo trono los Reyes mas poderosos no son mas que humildes insectos. Mira este joyel; miralo bien, y según conozcas o desconozcas a su dueño, así obedecerás o infringirás, como mas te plazca, los mandatos que a mi celo y prudencia ha confiado.”

Al mismo tiempo puso en manos del caballero un anillo de rubies. Era el mismo que ordinariamente llevaba al dedo la ilustre dama que reinaba en el corazón del Escoces, y aun cuando sus ojos no lo hubieran reconocido, todas sus dudas se hubieran disipado al ver la cinta color de rosa, que de la joya pendía. Este era el color favorito de la hermosa Edith, y aun por esto lo había usado tantas veces en sus

libreas Sir Kenneth, proclamando frecuentemente la victoria en su favor, en torneos y batallas.

Sir Kenneth quedó confuso al ver tan alta prenda en tan humildes manos.

“En nombre de todo lo mas sagrado que los cielos y la tierra comprenden en su vasto recinto,” dijo el Escoces, despues de haber reflexionado sobre tan inesperado suceso, “deja a un lado si puedes tus dislates y bufonadas, y nombre la persona que te envia, y el obgeto que se propone ; y ten cuenta con lo que dices, que no es de chanzas este asunto.”

“Desalumbrado caballero, respondió el enano, ¿ qué mas puedes saber en esta materia sino que un Príncipe te visita y una Princesa te llama? Ni se trate de mas, por ahora, que de resolverte al partido que has de abrazar. Esa presea te dice que su dueño te aguarda. Cada minuto que tardes es un crimen que cometes ; una violacion de los juramentos que en lo íntimo de tu corazon has pronunciado.”

“Nectabano, dijo el caballero, jamas hollaré

las obligaciones que me imponen mi cariño, y la orden que profeso; mas dime por tu vida ¿ sabe mi dama la grave responsabilidad que se me ha impuesto? ¿ Sabe que la muerte... y aun la muerte no es nada para quien sabe reñir y amar; pero el deshonor: la afrenta, la ignominia, la execracion de mi nombre podran ser los castigos que me aguardan si falto de aqui antes que nazca el dia? ¿ Cabe en su discrecion la idea de precipitarme en un abismo de desventuras? No puede ser: la Princesa ha querido burlarse de su servidor, y mas que otra cosa, lo prueba el mensajero de qué se ha valido.”

“ Está bien, dijo Nectabano, y bien haces en creer lo que gustes. Poco me importa,” añadió empezando a bajar de la plataforma, “ que seas o no falso y traidor a tan elevada persona. Dios te guarde.”

“ Detente, exclamó Sir Kenneth, y responde tan solo a una pregunta. ¿ Está cerca de aqui la dama que te envia?”

“ ¿ Qué vale lo cerca o lo lejos? respondió el enano. ¿ Se miden acaso la fidelidad y la obediencia por toesas, por leguas, o por millas?

¡ Son los fieles amantes, correos que reciben la paga en proporción a la distancia que atraviesan?
¡ Alma amasada en sospechas! quiero decirte sin embargo que la hermosa dueña de ese joyel está a tiro de mi ballesta del desleal caballero, sin ley y sin valor, en quien se ha dignado echar una mirada de piedad.”

Sir Kenneth, suspiró miró a todas partes, y clavó de nuevo la vista en el joyel, para cerciorarse de que no había engaño ni perfidia en la embajada de Nectabano: “Otra pregunta y no mas, le dijo. ¿Será mui larga mi ausencia de este sitio? ¿Cuanto tiempo..?”

“¡Tiempo digiste!” exclamó el enano, interrumpiendo a Sir Kenneth, y hablando con toda la seriedad de que sus irregulares facciones eran susceptibles. “¿Qué és lo que tu llamas tiempo? ¿Es cosa que se ve, que se palpa, o que se come? El tiempo es un nombre sin significado: es una serie de respiraciones que se cuentan de noche por los golpes de una campana, y de dia por la sombra de una punta de hierro. ¿Sabes tá como cuentan el tiempo los caballeros leales? por las empresas que acomen-

ten, y las proezas que hacen en honor de su Dios y de su dama.”

“Verdades son esas, dijo Sir Kenneth, que no aguardaba oír de tu boca. ¿Y mi dama quiere emplear en su gloria y defensa el vigor de mi brazo? ¿Y no puede diferirse su servicio para cuando amanezca?”

“Ahora o nunca,” respondió Nectabano, y sin la pérdida del tiempo que tardan en caer tres granos de arena en el cristal, oye las palabras que de sus labios de clavel salieron: “di a Sir Kenneth, que la mano que da rosas sabe dar también laureles.”

Esta alusión a los sucesos de la capilla del desierto, despertó un cumulo de memorias en el alma del Escocés. Ya no le era posible dudar de ser Edit quien lo llamaba. Los pimpollos aunque marchitos estaban atesorados debajo de la armadura, y colocados sobre su corazón. No podía resolverse a perder la única ocasión que hasta entonces se le había presentado de merecer directamente un favor de la que adoraba. El enano al mismo tiempo aumentaba la borrasca de sus encontrados sentimientos, insis-

tiendo en recobrar el anillo, o en que Sir Kenneth bajase de la plataforma.

“Aguarda un instante,” dijo Sir Kenneth, y como hablando a sus solas, “¿soi por ventura, decia, vasallo a esclavo del Rei de Inglaterra? ¿Soi mas que un caballero libre, que he venido voluntariamente a pelear bajo la bandera de Cristo? Dios y mi dama: a estos, y a nadie mas sirvo.”

“El anillo, el anillo, y concluyamos,” exclamó con impaciencia el mensajero; “falso y descomedido amante, devuelveme ese anillo que no eres digno de tocar con tus manos, ni de mirar con tus ojos.”

“¿No he de reflexionar, preguntó Sir Kenneth, en tan grave conflicto? ¿Que haria yo si los Sarracenos atacasen de pronto nuestras lineas? ¿Me estaria aqui plantado como un vasallo de Inglaterra, cuidando de que no sufriese insulto su soberbia, o acudiria a la defensa de la Cruz? Pues despues de Dios, mi dama: tal es mi juramento; tal es mi pleito-homenage. . . . ; Y Corazon de Leon! ; Y mi

promesa ! ; y mi encargo ! , y Leopoldo !
Nectabano, por última vez dime donde está la
que te envía.”

“ La luna, respondió el enano, brilla ahora
sobre una bola dorada, que vale tanto como el
rescate de un Emir. Aquel es el pabellon :
alli te aguardan.”

“ No es lejos,” dijo Sir Kenneth, cerrando de-
sesperadamente los ojos a todas las consecuen-
cias. “ No es lejos por cierto. Bien puedo
oir desde alli el ladrido de mi alano, y pocos
momentos me bastarán para echarme a los pies
de mi dama, y saber lo que requiere de su es-
clavo. Roswal dijo entonces llamando al
perro, y señalándole con el dedo el puesto que
debía ocupar durante su ausencia ; aqui : sin
menearte.”

El intrepido y docil animal miró atentamente
a su dueño, como si quisiera responderle que
entendia y egecutaria su mandato, y en seguida
fue a echarse al pie del hasta, con la cabeza y
las orejas erguidas, en actitud de recelo y vi-
gilancia.

“ Obedezco, dijo Sir Kenneth, el alto precepto que me has notificado. Vamos aprisa.”

“ Vaya aprisa quien quiera, o quien pueda, respondió Nectabano. No has sido tu tan ligero en resolverte ; ademas que eso no es andar como hombre, sino como el avestruz del desierto.”

Nectabano en efecto no podia seguir los pasos agigantados del caballero, que agujoneado por el amor y por el honor, hubiera querido tener alas para desempeñar estas dos obligaciones sin comprometer ninguna de ellas. La lentitud de su compañero empeoraba su situacion y aumentaba sus peligros. Pero ¿qué partido podia abrazar en circunstancias tan urgentes? No le era dado estimularlo con dones, por hallarse enteramente desprovisto ; convencerlo con razones, y reducirlo con suplicas, hubiera sido prolongar la crítica situacion en que se hallaba : así que, en un movimiento de impaciencia, lo tomó en brazos, y no obstante el miedo y las plegarias de Nectabano, lo llevó de este modo hasta cerca del pabellon de la Reina. Al acercarse Sir Kenneth echó de ver la guardia que estaba a la puerta, y aunque dormían profunda-

mente los que la componian, se detubo de pronto, puso en el suelo su carga, y pensó en lo que haría para que los soldados no lo descubriesen; pues la entrada de un caballero a aquellas horas en la mansion de la esposa de Ricardo, podia suscitar sospechas, y dar pabulo a malignos comentarios. Nectabano ofendido de la libertad que con él habia tomado el Escoces, tubo que disimular su resentimiento, de miedo de verse segunda vez arrebatado, como el galápago de la fábula, en los garfios del aguila. Abstubose pues de reconvenirlo, y tomandolo por la mano, lo condujo por detras de las tiendas inmediatas, evitando la vista de los soldados, hasta un recodo que formaba el pabellon de la Reina. Alli, se inclinó casi hasta el suelo, y levantó, a la altura de dos pies, uno de los lienzos que formaban los muros de aquel ligero edificio, indicando a Sir Kenneth que por aquella abertura debia introducirse como mejor pudiera. El caballero vaciló en obedecerlo, pareciendole indecoroso aquel modo de entrar en tan respetable sitio; pero la sortija de rubies acallaba la voz de sus escrúpulos. Puesto que su dama lo dis-

EL TALISMAN. 329

ponia así, solo le tocaba a él callar y someterse.

Encorvose pues cuanto se lo permitía la armadura y oyó al enano que desde afuera le decía: “No te muevas de ahí hasta que yo te llame.”

CAPITULO XIII.

12.

ENTRÓ Sir Kenneth del modo que hemos referido, y se halló envuelto en profunda oscuridad. Algunos minutos estuvo sin oír rumor alguno; minutos que le parecieron siglos, considerando el riesgo en qué dejaba el simbolo del honor de Inglaterra, y empezando ya, aunque tarde, a sentir amargos remordimientos. Pero retroceder sin ver a la que lo llamaba hubiera sido perder la única recompensa que por su ciega temeridad se prometía. Había faltado a una obligación de las más sagradas que pueden imponerse a un caballero; y algún galardón merecía tan peligrosa infracción de las leyes severas de la Caballería. Su situación entre tanto era sobradamente penosa. Ignoraba a quien pertenecía la pieza en qué Nectabano lo había introducido; pero sabía que Edit no se separaba de la Reina, y era de temer que esta Princesa llegase a descubrirlo, y tubiese a desacato aquella

N.E.T. 12. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

You talk of Gaiety and Innocence!/
The moment when the fatal fruit was eaten,
They parted ne'er to meet again;
and Malice/ Has ever since been playmate to light Gaiety,
From the first moment when the smiling infant/
Destroys the flower or butterfly he toys with,
To the last chuckle of the dying miser,
Who on his deathbed laughs his last to hear/
His wealthy neighbour has become a bankrupt.
OLD PLAY.

¡... Me hablas de inocencia y de alegría!/
En el fatal momento en que fue arrancado el fruto,
Se alejaron para siempre; la malicia es ya/
Inseparable amigo de la alegría loca.
Desde aquel momento en que el niño, sonriente,
Destruye mientras juega la flor o mariposa,
Hasta la doliente risa del pobre que muere,
Y en su lecho de muerte se ríe si le dicen/
Que el vecino rico ha ido a la bancarrota.

Comedia antigua.

[Suero Roca, T., *op. cit.*, 199].

EL TALISMAN. 331

entrada furtiva en su residencia. Mientras se entregaba a estos sobresaltos, y casi formaba ya el designio de retirarse de tan fatal coyuntura, aun abandonando las liçongeras esperanzas que habia concebido, oyó, en el vecino aposento, murmullos, y risas, y conversacion de mugeres, de las cuales, segun podia congeturar, solo un lienzo lo separaba. Distinguió al mismo tiempo las lamparas que iluminaban el sitio en qué se oia el rumor, y la sombra de algunas personas que se hallaban en él, y cuyos movimientos le descubria aquella transparente division. No era por cierto cortesía en un caballero dar oidos a lo que hablaban aquellas damas desconocidas; mas no podia evitarlo sin esponerse a nuevos y mayores inconvenientes.

“Llamadla, llamadla pronto; por la Virgen que la llameis,” dijo una de aquellas voces. “Nectabano, bien puedes ir de embajador a la corte del Preste Juan, puesto que tan habil negociador te has mostrado en la ocasion presente.”

El desacordado metal de Nectabano llegó entónces a oidos del caballero; mas habló en

tono tan bajo, que le fue imposible entender una sola de las palabras que decía.

“¿Y como saldremos,” dijo la misma voz que había hablado al principio, “del embarazo en que nos ha puesto Nectabano?”

“Lo mejor sería, si Vuestra Magestad no lo lleva a mal, respondió otra voz, que el sabio y augusto Nectabano, en caso de no tener celos de su bella y noble consorte, le diese el encargo de despedir, como mejor lo entendiese, a ese caballero errante, que tan felices se las ha prometido, y tan digno se cree de los favores nocturnos de las damas.”

“Justo fuera, dijo otra de ellas, que la Princesa Ginebra hiciese la mitad de la obra, y enseñase la salida al huésped a quien su marido ha dado entrada.”

Cubierto de vergüenza y confusión al escuchar estas razones, Sir Kenneth iba a levantar el lienzo para escaparse, cuando lo detuvo el nombre de Edit, pronunciado por la voz de la que había empezado a hablar.

“Edit, dijo, se desengañará por sus propios ojos, y verá cuan bien cumple los deberes de

soldado el tal Escoces. Bien merecida tiene esta leccion, y ten por cierto, Calista, que el lugar que ese hombre ocupa en su corazon no se ha ocultado a mis ojos, y que piensa en él, mas de lo que a su sangre y elevacion corresponde.”

Otra interlocutora pronunció entonces algunas palabras acerca de la prudencia de Edit.

“¡ Prudencia !” dijo la que habia acabado de hablar: “ no la llames prudencia ; llamala orgullo, y deseo de parecer mejor que las otras. Por esta vez le han salido erradas sus cuentas. Ya sabeis vosotras que nadie sabe distinguir las faltas ajenas con tanta perspicacia como Edit ; mas ella viene : silencio.”

El caballero vio entrar otra sombra, que mui en breve se confundió en el grupo que las demas formaban. Apesar del amargo despecho que le roia el corazon ; apesar de la ignominiosa situacion en que lo habia puesto la malicia o la imprudencia de Berenguela, (porque ya no podia dudar que era esta Princesa la que con tanta autoridad hablaba a las otras), se sintió aliviado de un gran peso al saber que la hermosa Edit

no había tomado parte en aquella perfida aca-
chanza. Acrecentose su curiosidad con la venida
de la que ocupaba sus pensamientos, y lejos de
dar un paso para retirarse, buscó en el lienzo
alguna rendija o abertura, que le descubriese el
objeto de sus adoraciones.

“La Reina,” decía a sus solas, “que ha que-
rido holgarse con mi fama, y que me ha hecho
jugnete de sus caprichos, esponiendo por mero
pasatiempo mi honor y mi vida, no podra llevar
a mal que me aproveche de la ocasion que ella
misma me ofrece, para averiguar a donde van a
parar sus intentos.”

Pareciole al mismo tiempo que Edit aguar-
daba que la Reina le dirigiese la palabra, y que
las otras damas no osaban romper el silencio,
antes bien se esforzaban en comprimir la risa.

“Vuestra Magestad, dijo Edit, está, segun
parece de humor de reir, sin embargo que la
hora es mas de dormir que de solazarse. Cuan-
do recibí su mandato de venir a este sitio, ya
iba a recogerme.”

“No te detendre mucho tiempo, dijo la Rei-
na, una vez que tanto descas el reposo; mas

presumo que no dormirás muy tranquila, cuando sepas que te he ganado la apuesta.”

“Señora, dijo Edit, parecíame que todo esto pasa ya de los límites de chanza. Con vuestra venia repito que no he hecho apuesta alguna, no obstante que Vuestra Magestad insiste y se asegura en lo contrario.”

“Y a mi me parece, dijo la Reina, que nuestra romería no te ha servido de mucho, y que Satanás te persigue, y te ha puesto en este mal paso. ¿Negarás que has apostado tu sortija de rubies contra mi brazaletes de oro, a que ese Caballero del León pardo, o rubio, o como se llama, no abandonaría su puesto, aunque para ello recibiese espresa orden de su dama?”

“No cometeré el desacato de desmentir a una Reina de Inglaterra, dijo Edit, pero estas damas han sido testigos de todo lo que ha pasado. Vuestra Magestad fue quien quiso apostar, y quien me tomó el anillo del dedo, sin embargo de que yo decía y repetía no ser conveniente a una doncella noble disputar en tal asunto.”

“No podéis negar a lo menos, Lady Edit,

dijo otra voz, que os mostrasteis mui confiada en el valor del Caballero del Leopardo, y mui segura de que no abandonaria un solo instante la bandera de Inglaterra.”

“Y dado caso que esos fueran mis sentimientos,” preguntó enojada Edit, “¿bastará para que, por adular a la Reina, me echeis en cara la falta que no he cometido? Hablé de ese caballero, como han hablado de él todos los que lo han visto con las armas en la mano, y no tengo mas interes en defenderlo, que vos podeis tener en vituperarlo. ¿Qué entienden las mugeres de valor, ni de hazañas?”

“La noble doncella Edit, dijo otra dama, no podra jamas perdonarnos a Calista y a mi, el haber notado ciertos pimpollos de rosa que de sus blancas manos se escaparon en la capila de Engaddi.”

“Si Vuestra Magestad,” dijo Edit, manifestando en el tono de su voz que solo podian comprimir su indignacion los respetos de la Reina : “Si Vuestra Magestad no tiene otra cosa que mandarme, déme su permiso de recogerme.”

“Silencio, Florisa, dijo la Reina, y no os

tomeis la libertad, en mi presencia, de olvidar la distancia que media entre vos, y una parienta de mi Real esposo. Y tú, quenda prima, ¿ posible es que tan malhumorada te muestres por una chanza, y que no sobrelleves que nos riamos un poco, despues de haber pasado tantos dias en las cuatro paredes de un convento de monjas ?”

“ Diviertase Vuestra Magestad cuanto guste, dijo Edit, mas antes consentiria yo en sollozar durante todo el curso de mi vida, que reirme por. . .”

Detubola sin duda el respeto : mas Sir Kenneth pudo distinguir la pena que la agitaba.

“ Perdoname, prima,” dijo Berenguela, que en medio de ser algun tanto viva y atolondrada, poseia un corazon bondadoso y sencillo; “ pero ten a bien considerar que el negocio no merece que te ofusques. Me rio de la seriedad con que tomabas a pechos la defensa del Escoces, y de saber que a la hora esta se halla lejos del sitio en que debia haber pasado la noche. Es verdad que no fue tan facil reducirlo a faltar a su obligacion : pero Nectabano se lo

mandó en tu nombre, y parece que nada menos que esto hubiera podido inducirlo a faltar a su deber.”

“¡ Dios de mi vida !” exclamó Edit, lanzando un grito que denotaba su temor y su sorpresa; “Vuestra Magestad ha comprometido el honor de la esposa de Ricardo, y el de su parienta. Pero no : todo esto es diversion. Vuestra Magestad me perdone si he podido creer un solo instante que hablaba de veras.”

“ Lo que te llega al corazon, dijo Berenguela, y cierto que no puedes disimularlo es la pérdida del anillo, a que tan aficionada te muestras; mas no te apesadumbres : yo te lo devolveré de buena gana, con tal de que nos permitas envanecernos con el triunfo que hemos ganado, confundiendo esa pondera de asensatez que ostentas como la bandera de un guerrero invencible.”

“ ¡ Triunfo decis, Señora !” dijo Edit indignada : “ el triunfo sera del Sarraceno, y de todos los enemigos del Rei de Inglaterra, cuando sepan que su esposa ha convertido en juguete de sus fantasias a una doncella de la familia Real.”

“Mal pagadoras eres, puesto que tanto te duelen prendas, dijo la Reina; mas yo renuncio a mi ganancia, y te devuelvo el anillo que ha servido para derrocar aquel corazón de bronce; cogido el pez, de nada sirve el anzuelo.”

“Señora, dijo Edit, ya sabéis que es vuestro todo cuanto poseo, y que vuestra voluntad es para mí ley suprema: pero antes diera yo un celemin de rubies, que emplear una alaja mía y mi nombre en apartar a un hombre de bien del camino del honor, y esponerlo al vilipendio y al castigo.”

“Venimos a parar, dijo la Reina, en que lo que temes es el mal que puede sobrevenir a tu fiel caballero. En poco estimas mi poder si crees que no bastaría a reparar los daños que algún capricho mío pudiera ocasionar. De carne, que no de hierro, es Corazón de León, y aunque mis ojos no conmueven las piedras, como los tuyos, algo pueden en el ánimo de Ricardo. Anda y no temas: basta que tanto te interese la suerte del Escocés, para que yo reduzca la severidad de mi esposo, si llega a saber que ha desobedecido a sus mandatos.”

“ Por la Santa Cruz de Jerusalem,” dijo Edit, echandose a los pies de Berenguela, lo cual pudo distinguir Sir Kenneth, combatido por un tropel de sentimientos que la pluma no es parte a describir, “ por la Virgen de la hermita de Engaddí, y por todos los bienaventurados del cielo, ruego a Vuestra Magestad que mire en lo que se empeña. Poco tiempo hace que sois esposa del Rei, y aun no conoceis lo bastante su condicion. Mas facil os sería contrarrestar con un soplo el vendabal en toda su furia, que reducirlo con palabras en cosas del servicio de las armas. Despedid, por Dios, a ese caballero, si es cierto que se halla en este sitio. Caiga sobre mí la vergüenza de haberlo apartado de su deber, con tal de que se restituya inmediatamente adonde éste lo llama.”

“ Levantate, prima, dijo la Reina, y cree que todo acabará en bien. Pesame haberme divertido con un hombre por quien tan afanosamente te interesas. No hagas ese gesto de espanto. Si quieres, creeré que te es de un todo indiferente; todo lo creeré por no verte en esa aficcion y sobrecogimiento. -Caso de

EL TALISMAN. 341

descubrirse lo que ha pasado, yo me echaré toda la culpa, y me arrojaré a los pies de Ricardo en favor de tu amigo . . . de tu conocido, quiero decir. No te enoges : Nectabano va corriendo a despacharlo, y no tardará mucho en restituirse a su puesto. Supongo que estara escondido en alguna de esas tiendas inmediatas, esperando la hora feliz.”

“Vuestra Magestad se engaña de medio a medio, dijo Nectabano. Embajadores como yo no dejan los negocios a medio hacer. El caballero del Leopardo está detras de esa cortina que separa este aposento del inmediato.”

“¡ Oyendo todo lo que hemos dicho !” exclamó la Reina, que de pronto, de alegre y burlona, se tornó amedrentada e iracunda. “¡ Maldito monstruo !”

A esta energica imprecacion, Nectabano respondió con un agudo chillido, pues sin duda Berenguela no se contentó con la reconvencion verbal, y le hubo de infligir alguna señal mas positiva y sensible de su indignacion.

“¡ Qué haremos ?” preguntó Berenguela en voz baja, y procurando disfrazar su inquietud.

“ Lo que nos toca hacer, respondió Edit; veamos a ese caballero, y sepa de nosotras todo lo que ha pasado.”

Diciendo estas palabras, se dirigió al sitio en que Sir Kenneth se hallaba, y empezó a descorrer apresuradamente la cortina.

“ ¡ Qué haces? dijo la Reina... por Dios... ¡ en mi cuarto!... mi traje... la hora... mi honor.”

Mas antes que Berenguela hubiese terminado su plegaria, quedó enteramente descorrida la cortina, y Sir Kenneth en presencia de aquellas nobles damas, cuyo traje, y particularmente el de la Reina, si correspondía a los rigores de la estación, no era el que mas convenia para presentarse ante los ojos de un caballero. La Reina concio cuan comprometido estaba su decoro; y dando un grito penetrante, salio de la camara, en que aparecio a cuerpo descubierto el caballero del Leopardo. El dolor y la agitación que atosigaban los sentimientos de Edit, y la urgente necesidad en que se hallaba de explicarle en breves razones todo cuanto habia ocurrido, no le dieron lugar a reflexionar en

nada. Estaba desordenada su cabellera, sirviendo de velo al demudado rostro en que la palidez del sobresalto luchaba con el blando carmin de la modestia; desnuda la pierna, y sin otro calzado el pie que unas chinelas, bordadas al estilo de oriente; medio cubierta la persona con un corto traje de seda de color de rosa, y no bien recatados los hombros con una ligera banda, que pendía flojamente de ellos.

Mas aunque Edit conocio que este ropage no era el propio de una doncella de su sangre, a vista de un hombre, sacrificó denodadamente el embarazo correspondiente a su sexo y a su clase, y solo pensó en reparar el daño que con su nombre se habia cometido: así que, ciñéndose apresuradamente la banda, y dejando de la mano la luz que en ella tenia, a fin de que no fuese tan visible su desaliño, mientras Sir Kenneth permanecía inmovil en el mismo sitio en que se hallaba, cuando se descorrió la cortina, ella se le acercó decididamente, exclamando: "Volved al puesto, valiente caballero: os han engañado: nada me preguntéis."

"Nada pregunto," dijo el del Leopardo, hin-

cando una rodilla en tierra, y fijando en ella los ojos, a fin de no aumentar la turbacion de su dama.

“Alzaos, partid, continuó Edit, no os detengais. Cada minuto que pasa puede ser un siglo de deshonra.”

“Ya sé que estoi deshonrado, dijo Sir Kenneth : de vuestros labios lo he oido. ¿Y qué pueden importarme ahora los castigos mas atroces, y los peligros mas inminentes? Partiré sin embargo, pues asi lo mandais : mas no sera antes de pedir una gracia. Consigala yo, y dejadme ir a los sables de los infieles, a que laven con mi sangre la mancha que afea mi honor.”

“No es necesario, respondió Edit, corred : todo irá bien si no perdeis estos momentos preciosos.”

“Para irme, aguardo tan solo vuestro perdón, dijo el Escoces. He faltado a vuestra grandeza en creer que mis pobres servicios serian aceptables a sus ojos. Perdonad esta confiada y temeraria presunción.”

“Os perdono, dijo Edit, aunque no me ha-

beis hecho ofensa. Yo he sido la causa inocente de este fatal engaño. Idos . . . os perdono . . . y os aprecio . . . como a todo valiente Cruzado. ¿ Por qué no estais ya lejos de aqui ?”

“ Recibid antes, noble Señora, esta preciosa aunque funesta prenda,” dijo Sir Kenneth, presentando a la dama el anillo de rubies.

“ Guardadlo,” respondió Edit, con notables demostraciones de impaciencia. “ Guardadlo en simbolo de mi . . . pesadumbre . . . Idos, idos . . . si no por vos, por mi a lo menos.”

Sir Kenneth se levantó del suelo, y echando una rapida ogeada en la que reinaba en sus afectos, le hizo una humilde inclinacion, y se dirigió a la puerta. No lo atormentaba en aquel instante la pérdida del honor, aunque habia oido tan fatal sentencia en boca de la que amaba : las muestras de favor que de ella acababa de recibir llenaban su corazon de consuelo. Al mismo tiempo, la pudorosa timidez que en el pecho de la dama habia cedido a un sentimiento mas urgente y eficaz, recobró de pronto su imperio, y la obligó a retirarse veloz-

mente, dejando a Sir Kenneth en la misma oscuridad en qué estuvo al principio.

“Preciso es obedecerla,” dijo el caballero del Leopardo, saliendo del arroyo en que tan encontrados afectos lo ponían, y encaminándose al sitio por donde había entrado. Desbaratado el hechizo que hasta entonces lo había tenido suspenso, conoció que el tiempo urgía, y no siéndole posible, sin gran dilación y molestia, salir por la abertura que le había indicado el enano, sacó el puñal, y con él se abrió paso al través de los lienzos del pabellón. Cuando respiró el aire libre, se sintió oprimido por un cúmulo de afectos diferentes, e incapaz de discernir el que más lo dominaba. Tubo que acordarse de los últimos mandatos de Edit, para apresurar el paso, y llegar cuanto antes al puesto que nunca hubiera debido abandonar. Embarazabanlo las cuerdas de las tiendas, y la necesidad de dar el mismo rodeo, por donde el enano lo había conducido, a fin de que no lo echasen de ver los alabarderos de la guardia de la Reina; y le era además necesario moderar el

paso, y evitar que lo descubriese el ruido de la armadura. El resplandor de la luna se hallaba a la sazón velado por una nube ligera, ocasionando una oscuridad que aumentaba la incertidumbre del aturdido amante, cuando más ofuscada se hallaba su razón, por aquel cumulo de inesperados sucesos.

Más de pronto se despertaron sus adormecidas potencias al percibir acia el monte de San Jorge, un ladrido espantoso y prolongado, al cual sucedió inmediatamente un profundo quegido, que solo las ansias de la muerte podían arrancar: El tímido ciervo que tantas veces había descubierto Roswal en las espesuras del bosque no fuera más pronto a saltar de su retiro, al acercarse tan fiero enemigo, que lo fue Sir Kenneth a cubrirse de horroroso espanto, oyendo aquel indicio de la desventura que hubiera debido presagiar. Salvó con la mayor ligereza, y como si no lo molestara el peso enorme de la armadura, el espacio que lo dividía de la plataforma, y en pocos instantes se halló en su cima.

348

EL TALISMAN.

La luna rompió entonces la nube que la había ocultado, y Sir Kenneth vio que el estandarte de Inglaterra había desaparecido ; que el hasta yacia hecha trozos por el suelo, y que el fiel alano parecia exhalar los ultimos alientos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

LONDRES:
IMPRENTA DE MOYSE, BOUVERIE STANST.

Edición Traductológica Digital de [Walter Scott] El Talismán: Cuento del tiempo de las cruzadas
[Traducción de José Joaquín de Mora]. (Rudolph Ackermann, Londres, 1826).
Marcos Rodríguez Espinosa Universidad de Málaga (UMA)
Proyecto de Investigación I+D, HUM-2004-00721FILO (Ministerio de Educación y Ciencia)

EL TALISMAN :

CUENTO DE LAS CRUZADAS.

Edición Traductológica Digital de [Walter Scott] El Talismán: Cuento del tiempo de las cruzadas
[Traducción de José Joaquín de Mora]. (Rudolph Ackermann, Londres, 1826).
Marcos Rodríguez Espinosa Universidad de Málaga (UMA)
Proyecto de Investigación I+D, HUM-2004-00721FILO (Ministerio de Educación y Ciencia)



Edición Traductológica Digital de [Walter Scott] El Talismán: Cuento del tiempo de las cruzadas
[Traducción de José Joaquín de Mora]. (Rudolph Ackermann, Londres, 1826).
Marcos Rodríguez Espinosa Universidad de Málaga (UMA)
Proyecto de Investigación I+D, HUM-2004-00721FILO (Ministerio de Educación y Ciencia)

EL TALISMAN:

CUENTO

DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

**ESCRITO EN INGLES POR EL AUTOR DE "IVANHOE,"
"WAVERLEY," &c.**

TOMO SEGUNDO.

**PUBLICALO R. ACKERMANN, EN LONDRES, REPOSITORIO DE
ARTES, 101, STRAND, Y EN SU ESTABLECIMIENTO
DE MEXICO.**

1826.

EL TALISMAN.

CUENTO DEL TIEMPO DE LAS CRUZADAS.

CAPITULO I.

1.

PASADO el primer espanto que heló la sangre en las venas del caballero del Leopardo, y que lo dejó por algunos minutos privado de todo movimiento, el primero que hizo fue buscar por todas partes a los que habian violado el estandarte de Inglaterra; mas fue en vano, porque ni la mas ligera traza pudo descubrir que le indicase quienes eran ni adonde habian ido. El segundo, fue examinar la condicion en que se hallaba el pobre Roswal, y cierto que este impulso podra parecer extraño a algunos, mas no a los que sepan por esperiencia cuán natural es

TOM. II.

B

N.E.T. 1. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

-----All my long arrears of honour lost, / Heap'd up in youth, and
hoarded up for age. / Hath Honour's fountain then suck'd up the
stream? / He hath--and hooting boys may barefoot pass, / And gather
pebbles from the naked ford! DON SEBASTIAN.

Mi tesoro de honor que de joven gané / Y para la vejez guardaba, se ha perdido ya. / ¿Ha secado su caudal la fuente del honor? / Sí... Los niños traviosos a pie pueden cruzarla / Y jugar con las piedras en su vado reseco.

Don Sebastián.

[*Suero Roca, T., op. cit., 211*].

aficionarse a un animal inteligente, cariñoso, y sumiso, que tantas veces hace avergonzar al hombre, con su adhesión y lealtad. El desventurado alano había recibido una profunda herida en el desempeño de la obligación que su amo le había confiado. Sir Kenneth se le acercó; lo alagó con la mayor ternura, a lo que Roswal, olvidando sus propios males, respondió lamándole la mano, y meneando la cola, como si la presencia de su dueño, y la satisfacción que su vista le causaba, fueran suficientes recompensas del agudo tormento que padecía. Agravose éste, aunque al mismo tiempo el generoso can refrenaba sus lastimeros quegidos, cuando su amo le arrancó del costado el dardo con que había sido herido, y con mayor anhelo continuó acariciándolo, en demostración de gratitud; espectáculo que sobrecargó el corazón de Sir Kenneth con nueva amargura, como si no hubiera bastante con la horrorosa perspectiva que la imaginación le presentaba. Hallabase próximo a perder su único amigo y compañero, cuando iba a ser objeto del desprecio y del odio general. Su constancia cedió a este torrente de in-

EL TALISMAN.

3

fortunios, y prorrumpio en copioso llanto y agitados sollozos.

Cuando se abandonaba sin freno al dolor que lo oprimía, oyó cerca de él una voz clara y sonora, que en la lengua Franca, generalmente entendida, en aquellos tiempos, por Cristianos y Musulmanes, y en el tono grave y cadencioso de que suelen servirse los ulemas en las mezquitas de los Mahometanos, pronunció las palabras siguientes :

“ La adversidad es como las aguas que caen del cielo ; como las primeras y las ultimas lluvias ; frias, molestas, ingratas al hombre y a la bestia : mas esas mismas lluvias fecundan despues los sembrados y los vergeles : los collados y las vegas ; ellas dan la flor y el fruto ; el datil, la rosa, y la granada.”

Sir Kenneth del Leopardo volvió el rostro acia donde la voz salía, y vio al medico Arabe, que se habia acercado, sin que él lo hubiese sentido, y sentadose en el suelo con las piernas cruzadas, pronunciando al mismo tiempo, sin demudar su aspecto grave, mas suavizando la voz, y denotando en ella compasion y ternura,

las sentencias de consuelo que tantas veces habia leído en el Koran y en sus comentadores; porque entre las naciones Orientales, no pasa por sabio el que ostenta sus propias ideas, ni goza de la fama de tal el que se afana en publicar sus meditaciones y pensamientos; sino el que refiere lo que está escrito, y el que ha enriquecido su memoria con pasages notables de autores antiguos, sabiendolos aplicar oportunamente, cuando la ocasion lo requirere.

Sir Kenneth se avergonzó de que lo hubiese sorprendido el Moro en aquel momento de pusilanimidad; enjugó precipitadamente sus lagrimas; compuso el rostro y volvió a examinar la herida del alano.

“ El poeta ha dicho,” continuó el Arabe, sin hacer caso de la turbacion del Escoces, y fingiendo que no habia visto su movimiento: “ el buei para el sembrado, y el camello para el desierto. La mano del sabio no abre heridas como la del guerrero; pero sabe curarlas mejor. La ciencia es como el calor del sol, que repara los desastres del huracan, y vuelve a cubrir de yerva el campo que su furor ha despojado.”

“Hakim, respondió el del Leopardo, tu ciencia no alcanza a curar este infeliz paciente; además que según tu lei es un animal inmundo, y te es vedado poner las manos en él.”

“Dó quiera, respondió El Hakim, que Alá ha soplado la vida, y el sentimiento de la pena y del placer, puede el sabio emplear la sabiduría que el mismo Alá le ha departido, y fuera descredito de su humildad si reusase prolongar la existencia al que existe, y aliviar el dolor del que padece. El sabio no distingue entre la cura de un insecto y la de un monarca. Dejame examinar las heridas de ese animal.”

Sir Kenneth condescendió con la oferta del Musulman, el cual sondeó la herida de Roswal, con tanto esmero y atención como si fuera un ser humano. En seguida sacó un estuche de instrumentos de cirugía, y aplicando con singular delicadeza y tino las pinzas, estrajo las hastillas de madera que estaban clavadas en la carne, y detubo la efusión de sangre que siguió a esta operación, con unguentos, hilas y vendages. El paciente sufrió sin moverse, como si el ins-

tinto le descubriese las caritativas intenciones del Musulman.

“Este animal recobrará la salud,” dijo El Hakim, dirigiéndose a Sir Kenneth, “si permites que sea conducido a mi tienda, donde será tratado con la atención de que su índole leal y generosa es digna: porque ten entendido que tu servidor, Adonebec no es menos diestro en el conocimiento de las castas de perros y caballos, que en las dolencias que aquejan a sus hermanos.”

“A tu cargo lo encomiendo, dijo Sir Kenneth, y tú seras su dueño si consigues curarlo. Debote algun galardón por la asistencia que has dado a mi escudero, y no tengo otra cosa con que pagarte; además de que ya debo despedirme de la caza, y pensar en cosas de mayor momento.”

El Arabe no dio otra respuesta que una palmada, a cuya señal comparecieron inmediatamente dos esclavos negros. Dioles algunas órdenes en su lengua; ellos, inclinados profundamente, respondieron, “Oír es obedecer,” y tomando en brazos al animal, lo llevaron con-

EL TALISMAN.

7

sigo, sin mucha resistencia de su parte ; porque aunque sus miradas ansiosas se tornaron dolorosamente acia su amo, el dolor y la pérdida de sangre lo habian privado de todo movimiento.

“ Vive y sé feliz,” dijo Sir Kenneth, sin poder comprimir el dolor que lo atosigaba, “ vive y sé feliz, mi unico y desventurado amigo ; preciosa alaja, y demasiado preciosa para un dueño tan malaventurado. ¡ Pluguiese al cielo, que mal herido como estás y proximo al ultimo trance, me fuera dado trocar mi suerte con la tuya !”

“ Escrito está,” dijo El Hakim, aunque no fueron dirigidas a él las palabras de Sir Kenneth, “ que todas las criaturas estan hechas y acomodadas al servicio del hombre, y el dueño de la tierra habla desacordado y fuera de razon, cuando en su insensata impaciencia desea cambiar sus esperanzas terrenas y celestes, y su alta condicion de hijo de Alá, por la servil y humilde de una criatura tan inferior.”

“ El can que muere en el cumplimiento de su obligacion, dijo el caballero, es mejor y de mas prez que el hombre que la abandona. Ruegote, El Hakim, que me deges. Tú posees, en esta tierra

de prodigios, el arte de hacer los que solo estan al alcance de una ciencia casi sobre-humana ; mas las heridas del alma no tienen cura.”

“Tienenla, dijo el sabio, si el paciente explica su dolencia, y se deja guiar por los avisos del médico.”

“Sabe pues, dijo Sir Kenneth, ya que tanto me importunas, que la bandera de Inglaterra ha estado tremolada, no hace mucho, en este mismo sitio. Yo la guardaba. . . yo debia guardarla. Mira por el suelo las hastillas del hasta ; el pendon ha desaparecido. . . el dia luce ya en el orizonte, y todavia vive este desventurado.”

“ ¡ Será posible !” exclamó El Hakim, examinandolo con la mayor atencion. “ Tu armadura no ha recibido el menor golpe ; tus armas no estan teñidas en sangre, y es fama que de otro modo vuelves siempre del campo de batalla. Te han seducido ; te han atraido fuera del puesto en que hubieras debido matar o perecer. ¡ O Nazareno ! Tu perdicion han sido las sonrojadas megillas, y los negros ojos de una de esas houries a quienes vosotros Cristianos tributais mas bien el acatamiento y la adoracion debidos

EL TALISMAN.

9

tan solamente a Alá, que la afición que merecen unas formas tan caducas y perecederas como el barro. No tiene ni puede tener otra causa el mal que te affige ; porque asi ha caido siempre el hombre, desde los dias del Sultan Adan.” .

“ Y si asi fuera como dices,” respondió prontamente el del Leopardo, “ ¿ qué remedio ?”

“ La sabiduria, dijo el Arabe, es madre del poder, como el valor es el padre de la fuerza. Prestame atencion. El hombre no es como el arbol, que se clava en la tierra, y allí vive, y crece, y da fruto ; ni su contestura es como la del insecto marino, que no puede vivir sino es pegado a una roca esteril. Los escritos que vosotros los Nazarenos reverenciais, como inspirados por la sabiduria divina, os mandan huir de la ciudad en que estais perseguidos, y buscar asilo y amparo en otra ; y nosotros los Musulmanes sabemos que el profeta de Alá, arrojado de la santa ciudad de la Meca, halló refugio y soldados en Medina.”

“ ¿ Y cual es la consecuencia que yo debo sacar de todo eso ?” preguntó Sir Kenneth.

“ Una mui importante, dijo El Hakim. El

sabio huye de la tempestad, y se pone al abrigo de sus furios. Apresurate, por tanto, huye de la venganza de Ricardo, y ponte a la sombra de la bandera victoriosa de Saladino.”

“ Bien parecería, respondió Sir Kenneth, que yo fuera a ocultar mi deshonor en un campo de infieles paganos, donde semejante nombre no tiene significación. ¿ No fuera mejor consumir el delito, y merecer a la vez todas las maldiciones del Cristianismo ? Porque, según veo, tu consejo va a parara que trueque el yelmo por el turbante, y cierto que solo me falta la apostasia para acabar de llenar la medida de la infamia.”

“ No blasfemes, Nazareno,” dijo el Arabe, con un gesto de antoridad, que disonaba de sus modales mansas y comedidas : “ Saladino no conquista discipulos a la lei del Profeta, sino que admite benignamente en ella a los que han recibido de lo alto la luz del convencimiento, y se humillan de corazon al yugo de sus mandatos. Abre tus ojos a la luz, y el gran Soldan, cuya liberalidad es tan ilimitada como su poder, pondrá una corona en tus sienas : permanece,

EL TALISMAN.

II

si quieres, en las tinieblas que ahora te ofuscan, y aunque tu segunda vida sea condenada a miseria, Saladino puede hacerte y te hara rico y feliz, durante tu mansion en el destierro de la existencia mortal: mas no receles que el turbante ciña tu cabeza, si tú mismo no lo pides libremente.”

“Caiga ella mil veces de mis hombros, respondió Sir Kenneth, como caera seguramente antes que se oculte ese sol que nos ilumina, mas bien que abrazar el partido que me propones.”

“No eres cuerdo, Cristiano, dijo El Hakim, ni es tan descabellada mi oferta que merezca tan violenta desaprobacion. Yo tengo algun poder con Saladino, y con mi apoyo, puedes alcanzar mucho de él. Oye, hijo mio; esta cruzada, como vosotros llamais vuestra temeraria empresa, es una galeota carcomida que estan deshaciendo las olas del mar. Hoi pierde el gobernalle; mañana la mitad de la quilla, y mui en breve habran desaparecido sus miseros fragmentos en la inmensidad del oceano. Tú mismo has llevado propuestas de tregua, de parte de

los Reyes y Principes que estan aqui reunidos, al poderoso Soldan, y quizas te es sabido su tenor y nada ignoras de lo que se le pide.”

“ Nada sé, y nada me importa el Soldan ni la tregua,” respondió apesadumbrado e impaciente el Escoces. “ ¡ Qué presta haber sido enviado de Principes y Reyes, cuando antes que llegue la noche estaré colgado de una horca, y deshonrado para siempre ?”

“ Mis palabras, dijo El Hakim, se enderezan a evitarlo. Saladino es como el Sol : no hai quien desconozca su poder, ni quien le niegue admiracion y reverencia. Los Principes que se han ligado contra él, y que de tan remotas partes han venido para combatirlo, le han hecho tales proposiciones de paz y sumision, que en otras circunstancias hubiera podido sin deshonor admitirlas. Algunos de ellos le han dirigido ofertas privadas, relativas a sus propios negocios, brindandose a separar sus fuézas de las de los Reyes de Franchistan, y aun a sostener con sus armas el estandarte del Profeta. Mas Saladino no se sirve jamas de traidores, ni da a su confianza a los que venden la agena.

El Rei de los Reyes solo puede entenderse y tratar con el Rei leon. Saladino solo tratará con Melec Ric, y tratará con él como Principe, o como guerrero. Pronto está a pactar con él tales condiciones, cuales nunca hubieran podido arrancarle por fuerza, y por temor todas las espadas juntas de Europa. Permitira a los Nazarenos la libre peregrinacion a Jerusalem, y a todos los otros sitios de su devocion: aun mas puede esperarse de su generosidad magnanima; dividira el imperio con su Real hermano Ricardo, consintiendo en que ponga guarniciones Cristianas en las seis ciudades mas fuertes de Palestina, y otra en la misma Jerusalem, dejandolas bajo el mando de los cabos que Ricardo nombre, reconociendolo bajo el título de Rei Custodio de Jerusalem. Cosas mas estrañas e increíbles voi a comunicarte, y solo a un hombre de honor, como no dudo que lo eres, me fuera licito revelar tan importante secreto. Sabe pues que Saladmo pondra un sello indestructible a esta feliz union entre los dos Principes mas sabios y mas nobles del Asia y de Franchistan elevando a la encumbrada condicion de su Real

esposa, a una doncella Cristiana, de la sangre de Ricardo, y conocida con el nombre de Lady Edit de Plantagenet.”*

“¿Qué has dicho?” exclamó de pronto Sir Kenneth, que había prestado poca o ninguna atención a la larga narración de El Hakim, pero cuya distracción cesó de repente cuando el nombre que había pronunciado el Arabe, tocó la cuerda más sensible de su corazón. Moderándose después, o a lo menos, haciendo cuantos esfuerzos cabían en su índole para comprimir la indignación que ya le brotaba por los ojos, y transformándola en la apariencia de dudoso desprecio, tomó el partido de seguir la conversación, con el objeto de adquirir cuantos datos pudiera acerca del plan que El Hakim le había indicado. Interesábase sobre manera este

* Este suceso parecerá a nuestros lectores tan extraño y absurdo que casi nos es preciso decir que realmente acaeció como aquí se cuenta. Algunos historiadores lo desfiguran, suponiendo que la boda propuesta debía verificarse entre la reina viuda de Nápoles, hermana de Ricardo, y un príncipe hermano de Saladino. Parece que ignoraban hasta la existencia de Edit de Plantagenet. Véase la Historia de las Cruzadas, por Mill.

proyecto, por creerlo injurioso al decoro, y contrario a la ventura, de aquella, que aunque inocente, era la causa real de la pérdida de su honor, y del inminente peligro en que su vida se hallaba. “¿Y cual es el Cristiano,” dijo con toda la serenidad de que podía revestirse en aquella ocasion, “que apruebe un enlace tan violento, como el de una doncella Cristiana, y un infiel Sarraceno?”

“Eres un ignorante y supersticioso Nazareno, respondió El Hakím. ¿No estás viendo que los Principes Mahometanos se casan con las nobles doncellas Nazarenas de España, sin que se escandalicen por esto los Cristianos ni los Moros? Si los barbaros de la Península han aprendido cortesia y civilizacion de los hijos del Africa, nosotros que tenemos la dicha de oír la voz del mismo Profeta, os puliremos del mismo modo a vosotros, asperos isleños, que temblais delante de una muger, y venis de tan remotas tierras a combatir contra los que no os han ofendido. Saladino, no obstante ser el Rei mas potente del Asia, dará a su Real hermano mayores pruebas de confianza

y favor : permitira que la ilustre doncella conserve esa libertad y soltura que vosotros concedis en Franchistan a las mugeres ; la dejará gozar del libre egercicio de su religion, porque en verdad poco importa la que profesen las personas de su sexo, y tales seran sus preeminencias y autoridad en la zenana de Saladino, y sobre todas sus otras mugeres; que ella sola sera considerada bajo todos respetos, como su unica y absoluta Reina.”

“ ¡ Qué oigo ! dijo Sir Kenneth, ¿ te atreves a pensar tal bageza del heroe a quien toda la Europa ha dado el bien merecido titulo de Ricardo Corazon de Leon ? ¡ La perla de la corte de Inglaterra, la flor de las doncellas Cristianas, la noble parienta del mas noble de los Monarcas convertida en concubina del harem de un infiel ! Sabete, El Hakim, que el mas pobre de los Caballeros, miraria con horror tan ignominioso enlace, y antes que dar su hija a un Musulman, consentiria en verla pedir limosna por las calles.”

“ Hablas como el ciego cuando disputa sobre colores, dijo el Arabe, y Cristianos hai en el

campamento, de mas gerarquia que tú, y mui de otro modo dispuestos acerca de esta proyectada boda. Felipe de Francia, y Enrique de Champaña y otros de los mas distinguidos aliados de Ricardo, han oido sin estrañeza la proposicion, y han prometido emplear sus persuasiones y su influjo en llevar a cabo una empresa, con que tendran fin estas guerras insensatas y destructoras. El sabio Gran Ulema de Tiro se encarga de abrir la negociacion y no duda que el plan sera llevado a efecto. La sabiduria del Soldan le ha dictado en tan grave negocio, las precauciones que exigen esas discordias y enemistades que andan entre vosotros, y por esta razon se ha guardado de descubrir sus intentos al de Monserrate, y al Maestre de los Templarios, de los cuales tiene entendido que buscan y desean la perdicion de Ricardo, y no su gloria y engrandecimiento. Animo, pues, Sir Kenneth, y a caballo. Un billete de mi mano te abrira las puertas de la confianza de Saladino; y ni te apesadúmbres con pensar que abandonas tu patria, ni su causa, ni religion, puesto que tan proximo está el tiempo en qué no sean mas

que uno los intereses de ambos Soberanos. Tus avisos pueden ser de gran utilidad al Soldan, instruyendolo en todos los usos y practicas de los matrimonios de vuestra tierra, en el modo de tratar y servir a las damas, y en otros muchos puntos de lei y costumbre, que le conviene saber, a fin de no desmerecer en lo mas pequeño del gran concepto, y justa nombradia de que goza. La mano derecha del Soldan abre los manantiales de los tesoros de Oriente, y su generosidad es como la fuente que llena los cauces del Nilo. Otro medio se te ofrece de salir de ese extremo en que te hallas. Verificada que sea, del modo que te he dicho, la alianza, poca dificultad podra tener Saladino en conseguir de Ricardo, no solo tu perdon, sino que te restablezca en su gracia, y te conceda un mando honroso en las huestes de Franchistan que han de quedar en Palestina, para sostener los derechos y autoridad del Rei de Inglaterra. Animo, pues, repito, y monta a caballo, y entra en el camino que la fortuna te ofrece.”

“ Hakim, dijo el caballero Escoces, tu eres un hombre de paz, y ademas has salvado la

vida al Rei Ricardo, y a mi pobre escudero Straucham. Por esta razon he prestado oído a todo lo que me has dicho, y si otro que tú fuera el Musulman que en semejante asunto me hablase, con mi espada, que no con mi lengua hubiera yo puesto termino a la conversacion. En cambio de tus consejos, voi a darte otro, y es que el Musulman que intente hacer la proposicion a Ricardo, de unir la sangre de Plantagenet con la de su maldita raza, se guarezca la cerviz con un yelmo capaz de resistir un golpe de maza igual al que hizo hastillas la puerta de San Juan de Acre. Si asi no lo hiciere, toda tu sabiduria no bastaria a curarlo.”

“ ¡ Con que estás determinado, dijo El Hakim, a no acogerte a puerto seguro, y a reusar la proteccion de que bajo las banderas de Saladino puedes disfrutar! Mira que estás a la orilla de la destruccion, y que tus leyes como las nuestras prohiben al hombre romper el tabernaculo de su vida.”

“ ¡ Dios me preserve de tamaño atentando!”
esclamó horrorizado el Escoces, y haciendose la señal de la Cruz. “ Nuestra Santa lei nos pro-

híbe también evitar el castigo que nuestras culpas y flaquezas merecen; y puesto que tan equivocadas y erróneas son tus ideas acerca de la fidelidad, pesame haberte dado el perro, que tantos testimonios me ha dado de la suya; porque si recobra la vida, tendrá un dueño que no sabrá apreciar su valor.”

“ Quien se arrepiente del don que ha hecho, respondió el Arabe, lo retracta. Los juramentos de mi profesion no me permiten despedir al enfermo, sin aplicarle los remedios que a su perfecta curacion puedan contribuir. Si sana el alano, volvera a ser tuyo.”

“ Anda, El Hakim, dijo Sir Kenneth, harto hemos hablado y sobradamente se han alejado mis pensamientos del unico asunto que debe ocuparlos. El hombre no debe pensar en perros, ni caballos, cuando solo lo separan algunas horas de la muerte. Dejame pedir perdon a Dios por mis culpas, y aparejarme al trance que me aguarda.”

“ Dejote con dolor en tu pertinacia, dijo el fisico; la niebla oculta el precipicio a los ojos del caminante, que va a sepultarse en su seno.”

Retirose el Sarraceno con pasos lentos y detenidos, parandose de cuando en cuando y volviendo el rostro, como si aguardase que el caballero, arrepentido de su temerario proposito, lo llamase y admitiese su oferta. Mas, no verificandose asi, bajó de la plataforma, y poco a poco desaparecio entre las calles de tiendas, en cuyos vistosos y variados lienzos reflejaba ya sus primeros vislumbres la aurora.

Pero aunque las esplicaciones de Adonebec no habian hecho en el alma del desgraciado Escoces la impresion que el sabio deseaba, le habian inspirado un deseo de vivir mucho mas vehemente que el que hubiera abrigado, si no se le hubiera revelado tan importante secreto. Para él, una vida sin honra, era como un broquel de hierro en los brazos de un niño; pero considerando a su dama tan proxima a ser victima de una negra conspiracion, podia todavia esperar, si la Providencia lo salvaba de aquel amargo trance, que su brazo defenderia a Edit contra los enemigos de su honor, y la sacarian ilesa de los daños que se le aparejaban. Por otra parte, las palabras del medico Sarraceno le

traían a la memoria varias circunstancias que observó, aunque no le fue dado entenderlas, durante su mansion en la hermita, así como ciertas señales de inteligencia entre el anacoreta y Sirkhoff, o Ilderim; todo lo cual había sido para él un enigma, pero que le confirmaba en parte cuanto El Hakim había dicho sobre el artículo secreto del tratado.

“ El hermitaño, dijo, es un impostor refinado, un hipócrita astuto, y yo he sido juguete de sus arterias. Ya entiendo lo que quería decir cuando hablaba del marido infiel convertido por la esposa Cristiana, y ¡ quién sabe si el traidor no proporcionó al Sarraceno, maldito de Dios, las ocasiones de ver en su misma cueva a la flor de Plantagenet? ¡ Quién sabe si no era Sirkhoff el emisario de Saladino para tratar de estas sacrílegas bodas, y para asegurarse por sí mismo de que Edit era digna de hallar entrada en el harem del perro pagano? ¡ Que no hubiera yo otra vez entre mis manos al infame embajador! A fe que le quitase las ganas de volverse a meter en tercerías injuriosas al honor de un Rei Cristiano, y de una noble y virtuosa

EL TALISMAN.

23

doncella. Pero las horas vuelan, y entanto que
hai sangre en mis venas, algun partido he de
tomar menos ignominioso que permanecer cla-
vado en la escena de mi infamia.”

Detubose algunos instantes, arrojó al suelo
el yelmo, bajó del monte de San Jorge, y tomó
el camino del pabellon de Ricardo.

CAPITULO II.

2.

CUANDO el Rei de Inglaterra se separó del de Francia, despues del ruidoso suceso que habia turbado su tranquilidad, se encaminó a sus Reales, y se entregó al descanso, con aquella seguridad que debian inspirarle su indomito brio y el triunfo que acababa de conseguir en presencia de toda la hueste Cristiana; porque sabia que la humillacion del Austriaco alcanzaba a otros muchos enemigos secretos, y lisongeaba su orgullo la idea de que con un solo golpe, habia postrado y deshecho una coalision entera de antagonistas.

Despues de un lance tan critico, y en que tan a cara descubierta se presentaron la malevolencia y la envidia, cualquier otro Monarca hubiera doblado sus guardias, y puesto sobre las armas a la mitad de sus tropas. Pero Corazon de Leon despidio a los alabarderos que custodiaban la puerta de su pabellon, y mandó que se

N.E.T. 2. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

The feather'd songster, chanticleer,/ Had wound his bugle-horn, /And told the
early villager/ The coming of the morn./ King Edward saw the ruddy streaks/ Of
light eclipse the grey,/ And heard the raven's croaking throat/ Proclaim the
fated day./ "Thou'rt right," he said, "for, by the God/ That sits enthron'd on
high,/ Charles Baldwin, and his fellows twain,/ This day shall surely die."
CHATTERTON.

Ha tocado su clarín/ el cantador emplumado;/ anuncia con claro son/ al diligente villano/ que vuelve otra vez el sol/ y un nuevo día ha empezado./ Luz bermeja contra el gris/ contempla ya el rey Eduardo,/ y del cuervo aquel graznar/ el fatal día ha anunciado./ -Razón tienes, por el Dios/ que en su trono está sentado;/ Balduino perecerá hoy/ y con él los que le siguen.

Chatterton.

[*Suero Roca, T., op. cit., 223*].

diesen a los tercios de Inglaterra algunos cueros de vino, para beber alegremente a la salud de la bandera de San Jorge ; y cierto que los cuarteles de los soldados Ingleses hubieran presentado aquella noche la imagen del desorden y del descuido, si el Baron De Vaux, el Conde de Salisbury, y otros caudillos del egercito no hubieran tomado grandes precauciones para conservar la subordinacion y la disciplina.

El fisico Arabe estuvo asistiendo al Rei desde que se retiró hasta pasada media noche : dos veces, durante este tiempo, le administró una medicina calmante, de que tanta necesidad tenían su sangre y sus nervios, despues de tanta eferescencia y agitacion, cuidando siempre de observar, antes de dar el remedio, el aspecto de la luna, y el sitio que ocupaba en el firmamento, pues segun los principios científicos que habia aprendido en los libros de los escritores de su nacion, el influjo de aquel astro determinaba el bueno o mal efecto de sus brevages. Cuando habian pasado tres horas despues de media noche, El Hakim se retiró de la tienda del Rei acia una inmediata que se le habia destinado

para su alojamiento, y el de las personas que componían su séquito. Mas antes de recogerse, creyó conveniente pasar al alojamiento de Sir Kenneth del Leopardo, para informarse del estado de su primer paciente, el viejo Strancham, fiel escudero del Escoces. Entró en efecto, y tubo deseos de ver al mismo Sir Kenneth, cuya ausencia extrañó en aquella hora avanzada de la noche. Supo que se le había dado el honroso encargo de guardar la insignia de Inglaterra, y probablemente esta noticia movió su curiosidad, y lo indujo a pasar al monte de San Jorge, donde como ya hemos visto en el capítulo precedente, halló al infeliz Cruzado en tan lamentable y peligrosa situación.

Empezaban a despuntar los rayos del sol por el horizonte, cuando se oyeron unos pasos lentos que se dirigían hacia la tienda del Rei, y el ruido que al mismo tiempo hacía la armadura del que los daba: y antes que De Vaux, que dormía junto a la cama de su amo, y que el rumor de una mosca solía despertar, tubiese tiempo de alzarse y decir “¿ Quien vive ?” entró en la tienda el Caballero del Leopardo, inclinada la

cabeza, y abatidas sus miradas, y no ya con el denuedo que ordinariamente se notaba en su porte, y facciones.

“ ¿ Qué significa esta entrada repentina ? ” preguntó el Baron, con su natural aspereza y prontitud, aunque moderando la voz, a fin de no interrumpir el sueño de Ricardo.

“ Ola, De Vaux, no te enfades, ” dijo el Rei, que en aquel instante despertaba. “ Sir Kenneth viene a dar parte de su guardia, y en estos casos mi tienda está siempre abierta a los valientes que me sirven. ” Sentose al decir esto en la cama ; apoyose en el codo, y fijando sus expresivas miradas en el Escoces, “ habla Sir Kenneth, le dijo : ¿ qué ha ocurrido esta noche ? Supongo que has sido centinela fiel y vigilante, y que has desempeñado honrosamente tu encargo. ¿ No es asi ? El ruido que la bandera de Inglaterra hace en los aires bastaba para defenderla de malandrines, aunque no la hubiera guardado un caballero, al que pocos hai que puedan compararse en los tercios de la Cruzada. ”

“No pocos, Señor, respondió Sir Kenneth: decid mas bien ninguno. Mi guardia no ha sido vigilante, ni honrosa. El estandarte de Inglaterra ha sido arrebatado.”

“¿Y tú vives todavía?” dijo Ricardo, chaceándose como quien está dudando si creera o no creera lo que oye. “¿Donde estan las heridas que has recibido? Pero ¿qué! ¿no respondes? ¿Estás mudo? Sabete que no se debe jugar con los Reyes; te perdono sin embargo si has mentido.”

“¿Mentir, Señor!” contestó el malaventurado caballero, con enfático orgullo, y una mirada penetrante y espresiva, rápida como la chispa que despide el frío guijarro. “No he mentado, Señor, y tal es mi situación que aun a este nuevo ultrage debo someterme. La verdad he dicho.”

“¿Por Dios y por San Jorge!” exclamó el Rei, estallándole ya la colera, que sin embargo refrenó con estraña prontitud. “De Vaux, corre a la plataforma ... ese hombre tiene la misma calentura que su escudero ... no puede ser lo que dice. Su valor no se ha desmentido

jamas ... es imposible ... Sir Tomas, no te detengas, o envia alguno si no quieres ir."

Sir Enrique Neville entró en aquel momento, y cortó la palabra al Rei, diciendole que habian robado la bandera, y que el caballero que la guardaba habia cedido a fuerza superior, o quizas perecido en su defensa, puesto que se veia alguna sangre en el sitio.

"Pero ¿qué es lo que veo?" dijo Neville, percibiendo de pronto al caballero del Leopardo.

El Escoces estaba inmóvil, descolorido, sin morrion ni otra defensa alguna en la cabeza, bajos los ojos, y quizas encomendándose a Dios, en aquel trance que contaba como el ultimo de su vida. Enfrente de él, y a distancia de poderlo alcanzar con la maza, Ricardo medio desnudo, empuñó aquel arma formidable que ya iba a dirigir al cuitado Escoces, cuando la bajó de pronto, diciendo a Neville: "¿Habia sangre en el sitio? ¿Qué ha sido esto, Escoces? Valiente eres, como yo mismo lo he visto en mas de mas de una ocasion. Dime que has despachado tres o cuatro de esos perros que

atacaron mi estandarte ... uno solo ... dime siquiera que has dado un tajo en defensa del honor de Inglaterra, y te dejo ir con vida, aunque no te pueda lavar de tu infamia.”

“ Me habeis tratado de embustero, respondió Sir Kenneth, y en eso me habeis hecho agravio. Sabed que no ha habido mas sangre vertida en defensa del pendon de Inglaterra, que la de un pobre alano, mas fiel que su dueño, puesto que supo defender el puesto en que habia quedado.”

“ Por San Jorge,” exclamó Ricardo, y alzó el brazo para descargar el golpe de su venganza ; pero De Vaux se arrojó entre el Rei y el obgeto de su enojo, y hablando con la dureza propia de su caracter, “ Eso, dijo, no debe hacerse aqui, ni por vuestras manos. Hartas locuras fueron las de ayer tarde, y la mayor de ellas haber confiado a un Escoces la perla de las huestes Inglesas. ¿ No he dicho yo mil veces a Vuestra Magestad que todos ellos son falsos y desleales ?”

“ Lo has dicho, De Vaux, respondió el Rei ; lo has dicho y con razon : lo confieso. La culpa es mia en no haberlos conocido, aun despues que

EL TALISMAN. 31

el zorro de Guillermo me ha jugado tan brava pieza con esto de la Cruzada.”

“ Señor, dijo Sir Kenneth, Guillermo de Escocia no sabe engañar, ni jamás engañó a Vuestra Magestad. Si no ha concurrido con sus tropas a esta empresa, las circunstancias se lo han estorvado.”

“ Calla, hombre sin vergüenza, dijo el Rei, y no profanes el nombre de un Soberano, que tus labios no son dignos de pronunciar. De Vaux, este hombre me saca de tino, me vuelve loco. Cobarde es y traidor, pero ¿no lo acabas de ver impavido y sereno, cuando lo amenazaba el golpe de mi furia, como si fuera a recibir de mi mano el espaldarazo de la orden de Caballería? Si hubiera dado el menor sintoma de miedo; si una sola vez hubiera pestañeado, o temblado alguno de sus miembros, le hubiera hecho trozos la cabeza como una copa de cristal. Pero ¿qué he de hacer con un hombre que ni teme ni resiste?”

A estas palabras del Rei, sucedió un profundo silencio.

“ Señor” dijo Sir Kenneth.

“ ¡ Y qué ! exclamó Ricardo ¿ has recobrado el habla ? Pide perdon al cielo, mas no me lo pidas a mi, que yo no perdono a quien ha deshonrado a Inglaterra, y si fueras mi propio hermano, tampoco te perdonaria.”

“ A ningun hombre mortal he pedido yo ni pedire perdon, repuso el Escoces ; Vuestra Magestad me conceda o me niegue el tiempo necesario para disponerme a morir como Cristiano. Si no lo consigo, el Rei de los Cielos, que es mas poderoso que Ricardo, me dara la absolucion que pido a su Santa Iglesia. Pero sea que muera ahora mismo, o dentro de media hora, lo que os pido encarecidamente es que me concedais un momento de audiencia, para hablaros sobre cosas que atañen a Vuestra Real persona, y a vuestra fama como Rei Cristiano.”

“ Habla,” dijo el Rei, creyendo que Sir Kenneth iba a referir cuanto habia ocurrido aquella noche, o alguna otra circunstancia relativa a la perdida de la bandera.

“ Lo que yo tengo que decir, continuó Sir Kenneth, es cosa que solo concierne a Vuestra Magestad, y solo debe llegar a sus oidos.”

“Retiraos, Caballeros,” dijo el Rei a Neville, y a De Vaux.

Neville obedecio el mandato del Rei; pero Sir Tomas se mantubo a su lado.

“Habeis confesado, dijo, que yo tenia razon, y lo que se hace con un hombre que tiene razon, es dejarlo hacer lo que quiera. Yo no os deajo a solas con este hombre.”

“¡Como, Sir Tomas!” exclamó Ricardo, con ademanes de enojo y de impaciencia. “¿No te atreves a dejarme solo con un traidor?”

“No Señor,” respondió Sir Tomas, y en vano son todos esos ademanes de colera. “Estais enfermo, y él está sano; estais desnudo, y él está armado de punta en blanco.”

“No importa, dijo el del Leopardo, ni creais que busco pretextos para ganar tiempo, o vivir algunos minutos mas. Hablaré en presencia del Lord de Gilsland, a quien conozco por bueno y leal caballero.”

“Hace media hora que hubiera yo dicho otro tanto de mí,” contestó el Baron, en tono de

pena y como si se avergonzase de verse elogiado por un traidor.

“ Rei de Inglaterra, falsias hai en torno de ti,” continuó Sir Kenneth.

“ Puede ser ciertó lo que dices, respondió Ricardo, y no ha mucho que tu me has dado una prueba positiva de ello con tu eemplo.”

“ Traicion, continuó el Escoces, hai en torno de ti, mas injuriosa mil veces a tu honor y a tu corona que la perdida de cien estandartes. La—la—” Sir Kenneth tembló al pronunciar estas silabas; al fin haciendo un esfuerzo, “ Lady Edit” dijo—

“ ¡ Ah !” dijo el Rei, alzandose de pronto, y fijando los ojos en el Escoces con severidad y al mismo tiempo con curiosidad y atencion. “ ¡ Qué dices de Lady Edit? ¡ qué tiene ella que ver con el ultrage del pendon de Inglaterra ?”

“ Señor, dijo Sir Kenneth, en el campamento de los Principes Cristianos se está fraguando a la hora esta un plan que no puede redundar sino en mancilla de vuestro Real linage, en

desdoro de vuestra diadema, y en ofensa de la religion de Cristo. Hai quien trata del enlace de Lady Edit con el Soldan Sarraceno, y de negociar, a costa de vuestra honra, una paz vergonzosa a la Cristiandad, por medio de una alianza vergonzosa a Inglaterra.”

Las palabras del caballero Escoces produxeron un efecto contrario al que él se habia prometido. Ricardo Plantagenet era uno de aquellos hombres francos hasta en la enemistad, que no aceptan de los que aborrecen, ningun servicio, por grande e importante que sea. La impresion que hacian en su alma las noticias y los consejos, no dependia de su verdadero valor, sino del aprecio que hacia del organo que se los comunicaba. Al oir el nombre de aquella noble doncella, se acordó de las osadas pretensiones de Sir Kenneth, y si las habia condenado como audaces y temerarias cuando el caballero no habia desmerecido su titulo, en su condicion presente le parecieron afrentosas y criminales. Por lo que el nombre de su parenta en boca de aquel desventurado,

despertó en él toda la colera que en su indole precipitada e irritable cabia.

“ Sella el labio, atrevido, le dijo; por la luz que brilla en los cielos, que te haré arrancar la lengua con tenazas de hierro hechas ascua, si otra vez pronuncias el nombre de una dama noble y Cristiana. Sabete, mal nacido traidor, que no se me ocultaba el obgeto en que habias osado poner tus miras, y que si sufrí tamaña insolencia, cuando me engañabas con las apariencias del honor y de la sumision, por que eres un compuesto de engaños y falsias, era por no desanimarte en la carrera de la gloria. Mas ahora tus labios han confesado tu vilipendio, y no sabré consentir que manches con ellos a quien tan de cerca me toca. ¿ Qué te va a ti en ello? ¿ Qué te importa que sea Sarraceno o Cristiano el esposo que se le destina? ¿ Seria tan estraño que yo buscase el honor y la lealtad en la persona de Saladino, cuando estoi rodeado de Principes cobardes de día, y ladrones de noche, y cuando veo a un caballero Cruzado mas infame y mas co-

barde que el mas vil de los Arabes del desierto?”

“ Nada por cierto me interesan las cosas del mundo, respondió Sir Kenneth, puesto que tan proximo estoi a dejarlo; pero tendre la cuerda al cuello, y no cesaré de decir que tu fama y tu conciencia peligran; y digote mas, Rei Ricardo, que si tan mal aconsejado procedes, que consientas en que la mano de Lady Edit”—

“ No la nombres, ni por un instante pongas en ella tu pensamiento,” respondió Ricardo, echando otra vez mano a la maza, y relajando poco a poco el impulso con qué habia hecho este movimiento.

“ ¡ No nombrarla, ni pensar en ella!” respondió Sir Kenneth, en quien al abatimiento con que habia empezado su conversacion con el Rei, sucedio la energia y la decision de la pasion verdadera, oyendo un mandato mas doloroso para él .que la sentencia que lo aguardaba. “ ¡ No nombrarla, ni pensar en ella! Por la Cruz Santisima, en que cifro toda mi esperanza, que su nombre sera la

ultima palabra que mis labios pronuncien, y su imagen la ultima que se presentará a mi alma, antes de separarse para siempre de este valle de lagrimas.”

“ ¡ Qué hombre es este ! ” exclamó el Rei, sin poder contener le admiracion que Sir Kenneth le çausaba, enmedio del horror con que miraba su delito.

Iba Sir Tomas a mediar en la conversacion, pareciendole oportuno que terminase alli, cuando se oyó algun ruido en la antecamara, y las voces de los gentiles hombres que anunciaban la entrada de la Reina.

“ Detenla, detenla, Sir Tomas, dijo el Rei, que no se presente aqui. No es esta escena para mugeres. Avergüenzome que un traidor me haya sacado de este modo fuera de mí mismo. Quitalo de mi presencia,” le dijo inmediatamente al oido ; “ sacalo por la entrada trasera del pabellon — cuidado con él — tu cabeza responde de la saya. Dentro de poco recibira el castigo de su traicion ; que se le proporcione un sacerdote, y no matemos al mismo tiempo el cuerpo y el alma. Que no

haya degradacion en su suplicio; muera con espuelas y tahali, como caballero. Su traicion es mas negra que el infierno; pero su impavidez es la del mismo Satanas.”

De Vaux, satisfecho interiormente con que terminase la conversacion, sin que Ricardo hubiese cometido la locura de manchar sus glorias con la muerte de un indefenso, sacó a Sir Kenneth del pabellon, por donde el Rei habia mandado, y lo condujo a una tienda separada, donde fue desarmado y puesto en cadenas. El prevoste y sus subalternos quedaron encargados de su custodia, y el Baron no pudo ver estos preparativos sin lanzarle una mirada de compasion, refrenada por el horror que le inspiraba la presencia de quien habia desobedecido al Rei, y abandonado tan cobardemente el precioso deposito que se le habia confiado.

Terminadas todas las precauciones que el prevoste juzgó oportunas, Sir Tomas dijo con voz grave, y mesurado continente al malhadado caballero: “ Es la voluntad del Rei mi amo,

que vayais al suplicio sin degradacion de vuestros honores, ni infamia de vuestras armas, y que no sea mutilado vuestro cuerpo, despues que el hacha del egecutor os haya separado la cabeza de los hombros.”

“ Harto benigno ha andado Su Magestad en esa disposicion,” respondió Sir Kenneth, con indicios de recibir un favor inesperado, y casi penetrado de agradecimiento. “ Mi mancha no se comunicará a mi familia---¡ O padre mio! ¡ padre mio !”

Esta exclamacion, primera señal de dolor que el caballero habia dado desde su triste aventura, no pudo menos de conmover al Baron Ingles, el cual, como ya se ha dejado conocer en el curso de esta historia, era aspero de modales, y de semblante desapacible y brusco, pero no carecia de sentimientos humanos, ni gozaba cuando via padecer a los otros. Humedecieronse sus ojos, y el los restregó prontamente, de miedo de parecer pusilanime-y afeminado.

“ Tambien quiere Su Magestad, continuó diciendo, que os visite un sacerdote, para que

os pongais bien con Dios. Al venir a esta tienda he encontrado un Religioso Carmelita, que podra conveniros para este arduo negocio. Ahi afuera aguarda, hasta que os halleis dispuesto a recibirlo.”

“ Sea cuanto antes,” dijo el del Leopardo, “ y doi gracias al Rei Ricardo por este beneficio. Nunca puede venir ese buen padre en mejor ocasion que la presente, porque la vida y yo nos hemos despedido, como dos viageros que caminan juntos hasta la encrucijada en que deben separarse.”

“ Está bien,” dijo De Vaux, bajando la voz y demudandose algun tanto, “ y mejor es que así esteis dispuesto, por que Ricardo quiere que se proceda al instante a la egecucion.”

“ Hagase, dijo Sir Kenneth, la voluntad de Dios y la del Rei: que yo, ni niego la justicia de la sentencia, ni deseo que se suspenda el golpe.”

De Vaux se encaminó a la puerta de la tienda, pero deteniendo el paso, y vacilando en dudas e irresoluciones. De pronto se volvió

al caballero, en cuyo rostro no aparecía ninguna de aquellas emociones que producen las cosas terrenas, sino el recogimiento y la insensibilidad de quien ha fijado sus pensamientos en la otra vida. El Inglés no estaba acostumbrado a presenciar otros males que los que trae consigo la guerra: así que, la presencia de un joven valiente, próximo a perder la vida a sangre fría, y de un modo tan ignominioso, excitó en su alma toda la sensibilidad que en ella cabía. Acercose apresuradamente al monton de esteras en que Sir Kenneth estaba sentado, tomó una de sus encadenadas manos, y dijo con toda la blandura que su bronca voz podía espresar: “ Sir Kenneth, en la flor de la vida estás, y padre tienes que espera hallar en ti un apoyo para el ultimo tercio de la suya. Yo tengo un hijo, y si no fuera por el lance de anoche, no le hubiera deseado otras prendas que en las que en tí he conocido. Dime ahora con verdad. ¿ No tienes nada que alegar en tu defensa ?”

“ Nada,” respondió tristemente Sir Ken-

neth; “ he abandonado mi puesto; he dejado violar el honor de Inglaterra. Solo me toca presentar el cuello a la cuchilla.”

“ Dios tenga piedad de tu alma, dijo Sir Tomas. De buena gana hubiera perdido el mejor de mis caballos, por haber estado la noche pasada en tu lugar, en el monte de San Jorge. Aqui hai un misterio que salta a los ojos, pero que no es facil distinguir. Cobardia, no puede ser, que los cobardes no pelean como yo te he visto pelear. Traicion, tampoco: que los cobardes no mueren con esa impavidez y fortaleza. ¿ Quien te ha arrancado al puesto del honor? ¿ Alguna estratagema de la cual no has podido librarte! ¿ Los lloros de alguna desventurada! ¿ Las arterias de alguna sirena! Si asi es, habla, y no te averguences, que todos hemos pasado por esos mismos escollos. Abreme tu corazon. Ricardo es misericordioso, cuando se le pasa el primer arrebató. ¿ Nada tienes qué decirme?”

El infeliz Escoces apartó la vista del buen Sir Tomas, y respondió, “ Nada.”

Y De Vaux que habia agotado todos los recursos de su elocuencia, salio de la tienda, cruzados los brazos, y casi avergonzado de mirar como cosa de tanto momento la muerte de un Escoces. Sin embargo, reflexionó que si los Escoceses eran sus enemigos naturales en Cumberlandia, debian mirarse como hermanos en Palestina.

CAPITULO III.

3.

La noble y esclarecida Berenguela, hija de Sancho, Rei de Navarra, y esposa del heroico Ricardo, era una de las mas hermosas y cumplidas damas de su siglo. Eran breves y no mui morbidas sus formas, pero arregladas a lindas proporciones, y modeladas con perfecta armonia. Distinguiase por su complexion de las damas españolas, pues su profusa cabellera rubia, y el porte juvenil de toda su persona, representaban algunos años menos de los que realmente tenia, aunque es cierto que no pasaba de los veinte y uno. Y este aparente atraso de la naturaleza correspondia al temple de su indole, pues sea por afectacion, sea por que en realidad la incitaban a ello sus inclinaciones, lo cierto es que en ella se notaba tanta desigualdad en las alternativas de su buen humor y de sus enojos, como prontitud y

N.E.T. 3. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

'Tis not her sense, for sure in that/ There's nothing more than
common;/ And all her wit is only chat,/ Like any other woman.
SONG.

Todo su espíritu, digo verdad,/ Fue común proceder;/ Su mismo entendimiento era vulgar/
Como en cualquier mujer.

Canción.

[Suero Roca, T., *op. cit.*, 235].

violencia en sus fantasias y caprichos : defectos que no parecían tales, si no mas bien amables prendas en quien tantos respetos merecia por su edad y por su elevacion. Mas no le bastaba ser respetada y servida ; queria tambien ser admirada, y cuando hallaba quien le tributase este homenaje, debido mas bien a las dotes de la persona, y a las perfecciones del alma, que a la magestad del trono, nadie la igualaba en benignidad, llaneza y blandura, con cuyos medios egercia un imperio irresistible en los corazones, de que abusaba comunmente, como hacen todos los despotas, cuando hallan esclavos en lugar de amigos. Algunas veces, cuando estaba completamente satisfecha esta ambicion, se le antojaba ponerse de pronto mala, o se echaba en los almohadones de su estrado, quejandose de melancolia y abatimiento, y era de ver cuan afanados andaban entonces los medicos, inventando nombres y remedios para males imaginarios, y cuanto trabajaban las pobres damas de su corte en trazar juegos, pasatiempos y niñerías, para divertir y recrear a la paciente. El recurso

mas eficaz de que en semejantes ocasiones echaban mano, era algun chasco pesado, de que alguna de ellas era victima, y la Reina que recobraba su alegria y su viveza si los efectos correspondian a la malignidad de la invencion, ne se paraba en examinar si aquel deporte convenia a su clase, o si la pena que de él resultaba a la infeliz que servia de juguete, podia servir de recreo a un corazon noble y generoso. Confiaba en el favor de su marido, en su poderosa y encumbrada situacion, y en la aprobacion de las personas que la rodeaban, las cuales no hacian caso de la afliccion que padecia una inocente, con tal que la Reina se hubiese divertido. En una palabra, sus solaces y festines eran como los retozos de la leona joven, que no sabe cuanto daño hacen sus garras, aun cuando solo las usa para jugar con sus compañeras.

Amaba Berenguela a su esposo con la pasion mas vehemente ; pero temia la prontitud de sus impetus, y su caracter altivo e indomito, y como sabia que los alcances intelectuales de Ricardo eran superiores a los suyos, le

desplacia sobremanera que prefiriese a su conversacion la de Edit de Plantagenet; sin embargo de que Ricardo no tenia para ello otro motivo, sino encontrar un ingenio mas despejado, y mas elevacion de sentimientos y opiniones en su prima que en su esposa; por lo que aunque lo divertia la conversacion de aquella doncella ilustre, no era de creer que padeciesen el menor menoscabo sus afectos legitimos. Berenguela no aborrecia a Edit, ni le deseaba, ni hubiera querido en ningun caso irrogarle el menor perjuicio; porque no obstante algunos sintomas de egoismo que en su conducta se notaban, era buena, y de inocentes intenciones. Pero sus camareras y damas habian descubierto que nada restablecia tan eficazmente el espiritu languido y abatido de la Reina, como alguna alusion maliciosa, alguna critica amarga dirigida contra Edit, y desde que hallaron este especifico, lo aplicaban, con preferencia a otro cualquiera, cuando la ocasion lo requeria.

Ciertamente Berenguela no andaba mui generosa en esta disposicion poco amigable para

con la parienta de Ricardo; la cual, según se decía, era huérfana; y aunque usaba el nombre de Plantagenet, y otros la conocían con el de “la linda doncella de Anjou;” y aunque Ricardo la admitía a todas las prerogativas y fueros de las damas de su familia, y como tal aparecía en las ceremonias de palacio, nadie sabía ni se atrevía a preguntar cuál era su parentesco con el Rei, ni quienes eran, ni que Estados y feudos poseían sus padres. Eleonora, la célebre Reina Madre de Inglaterra, la trajo en su compañía, cuando se juntó en Mesina con Ricardo, y la presentó en la corte como una de las damas destinadas a acompañar a Berenguela, cuyas bodas estaban y a tratadas. Ricardo trató desde entonces a Edit con respetuosa cortesía, y Eleonora la tenía siempre a su lado, y la honraba con su confianza, a despecho de la envidia que suscitó su inesperada venida.

Las damas de Berenguela no tubieron otra cosa que censurar en Edit al principio, sino tal cual desaliño en el tocado, tal cual mala elección en el color y adorno del vestido; ma-

terías en que ella misma confesaba ingenuamente su inferioridad. Por supuesto, no se les escapó el silencioso y reverente afecto del caballero del Leopardo; sus divisas, sus colores, sus libreas, los emblemas de sus armas en los torneos, y aun algunas veces sus timidas miradas daban lugar a las conjeturas y comentarios de aquellas astutas observadoras. Pero ocurrió despues la romeria de la Reina Berenguela, y de todas las damas de su servidumbre a la capilla de Engaddi: jornada que la esposa de Ricardo habia emprendido en cumplimiento de un voto por el restablecimiento del Rei, y a la cual la habia estimulado con ostinado empeño el Arzobispo de Tiro, aparentando motivos de religion y piedad, pero movido en secreto por los fines de su politica. Entonces fue, y en la capilla de aquel santo sitio, que comunicaba por su parte superior con un convento de monjas Carmelitas, y por la inferior con la cueva del anacoreta, cuando una de las camareras de Berenguela observó los dos pimpollos que se desprendieron de la mano de Edit; circunstancia de que dio cuenta inme-

diatamente a la Princesa, considerandola como una prueba segura de la secreta inteligencia que con el caballero del Leopardo mantenía. La Reina volvió de su piadosa escursión provista con aquel nuevo y admirable remedio para sus ataques de melancolía y desabrimiento: a lo que se agregaba la preciosa adquisición de los grotescos enanos, que habían pertenecido a la Reina destronada de Jerusalén; tan contrahechos, tan ridiculos y tan bufones, que podían pasar por las más excelentes de cuantas alhajas de aquella especie adornaban a la sazón las cortes de Europa. Uno de los primeros usos que la Reina había hecho de estas dos desventuradas criaturas, fue su aparición nocturna en la capilla, ante los ojos del caballero Escoces, con lo que su festiva imaginación se había propuesto asustar a un guerrero intrepido, haciéndole creer que Luzbel le enviaba dos ministros de su corte infernal: mas la chanza no tubo efecto como ya lo hemos visto. Después había aventurado otra prueba, cuyas consecuencias parecían más graves y terribles.

Después que Sir Kenneth se hubo retirado del pabellon de la Reina, adonde Nectabano lo habia introducido, se volvieron a juntar las damas, como era de esperarse que lo hiciesen después de un lance tan inesperado. La Reina al principio no hizo mucho caso de las quejas y lamentaciones de Edit, y se contentó con hacer algunas alusiones a su gazmoñeria y aparente severidad; mas al fin dando rienda suelta a su humor, ridiculizó en tales terminos el equipo, la nacion, y sobre todo la pobreza del caballero del Leopardo, que la pobre Lady Edit, como el guerrero inexperto que no sabe como parar los golpes de un enemigo agil y poderoso, abandonó el campo de batalla, y se retiró, llena de amargura y despecho a su aposento. Pero cuando, la mañana siguiente, Edit supo por una camarera a quien habia encargado la averiguacion de lo ocurrido aquella noche, que el estandarte de Inglaterra habia desaparecido, y que la centinela estaba encadenada, se precipitó en la camara de la Reina, y con la mayor vehemencia le suplicó pasase inmediatamente a la tienda de Ricardo,

y emplease cuantos medios estuviesen a su alcance, para evitar las funestas consecuencias que podía acarrear su capricho.

La Reina, llena de sobresalto, echó la culpa de su propio desacuerdo a las damas de su servidumbre, que es lo que solía hacer siempre que sus chanzas acarrearaban disgustos y compromisos, y procuró tranquilizar a Edit, y disipar sus justos temores, con los mas frivolos y pueriles efugios. Dijo que era imposible que tan ligero accidente tubiese los resultados que se recelaban; que el caballero estaria quizas durmiendo, despues de haber velado toda la noche; que aun dado caso que el pendon se hubiese perdido, todo se reducía a un pedazo de terciopelo bordado; que Sir Kenneth era un guerrero oscuro, y por lo tanto no merecia que se diese gran importancia a su negligencia; en fin, que si en realidad estaba preso, seria por poco tiempo, y recobraría su libertad, cuando pasase el primer impulso del enojo de Ricardo.

Otras muchas cosas dijo, a cual mas inopurtanas y triviales, con el obgeto de persuadirse ella misma, y hacer creer a Edit, que su locura,

de que tanto se arrepentía a la sazón, no podía en ningún caso dar origen a sucesos graves y de consecuencia. Mientras Edit procuraba en vano detener aquel torrente de palabras inútiles, entró en la pieza una de las damas de la servidumbre, en cuyas miradas se leían la aflicción y el terror. Con solo verla, Edit penetró todo cuanto ocurría, y hubieran desfallecido sus fuerzas, si no la hubieran sostenido la misma urgencia de las circunstancias, y la elevación y firmeza de su carácter.

“Señora,” dijo la dama reciénvenida, “no perdáis un tiempo preciosísimo. Salvad la vida si podéis . . . si podéis,” repitió oprimida por la angustia.

“Aun es tiempo, dijo Lady Calista. El reo ha sido conducido a la presencia del Rei; todavía no ha salido de la tienda; pero no tardará y Dios sabe . . .” Al decir estas palabras, Lady Calista, cuya conciencia la reconvenía por la parte que había tenido en el suceso, se abandonó al más congojoso dolor.

“Ofrezco un candelero de oro al Santo Sepulcro,” dijo la Reina.

“Mas vale moverse que ofrecer, dijo Lady Edit, y mas hacen diligencias que votos.”

“Lady Edit tiene razon, dijo Calista. Vamos, Señora. ¿En qué se detiene Vuestra Magestad? Vamos a la tienda de Ricardo, y no salgamos de ella sin haber salvado al caballero.”

“Vamos, vamos,” dijo Berenguela, tremula como la hoja del arbol. Levantose con precipitacion, y ninguna de sus damas se hallaba en estado de presentarle la ropa, como lo hacian ordinariamente, y como su empleo exigia. Todas lloraban al mismo tiempo, y se movian en diferentes direcciones sin obgeto. Solo Edit estaba inmovil, aunque palida como un espectro. Su dolor era profundo, pero dominado por la razon. Ella fue la que ayudó a la Reina, supliendo la falta de las damas de la servidumbre.

“ Bien me servis, Señoras,” dijo la Reina, que ni aun en aquellas apuradas circunstancias podía olvidar las pequeñeces de la ceremonia. “¿Posible es que degeis hacer estas cosas a Lady Edit? Edit, ya veras como no estoi pronta

a tiempo. Mas vale enviar por el Arzobispo de Tiro : él entiende mejor de estas cosas.”

“ No Señora : de ningun modo, dijo Lady Edit. Vos debéis ir en persona. Pues habeis hecho el mal, emplead todos vuestros esfuerzos en repararlo.”

“ Vamos, pues, vamos, dijo la Reina ; pero si Ricardo está de mal humor, yo no desplego mis labios. Capaz es de matarme en un arrebato.”

“ Na haya miedo, Señora,” dijo Lady Calista, que conocia mejor que ninguna otra el temple de la Reina. “ No hai leon en los desiertos que pueda mirar sin amansarse ese rostro, y esas facciones. El Rei es un amante tierno, un caballero leal y fiel, y una palabra de Vuestra Magestad basta para desarmar su colera.”

“ ¡ Crees tú eso, Calista ?” dijo la Reina. ¡ Ah si supieras cuanto te engañas ! mas no importa . . . estoi resuelta. Vamos, pero ¡ he de presentarme delante de Ricardo con este traje verde que es un color que no puede ver delante de los ojos ? Mejor sera ponerme un manto azul . . . no . . . aquel manto de grana, que vino

en el rescate del Rei de Chipre. Buscadlo: en aquella caja de acero ha de estar.”

“Señora,” dijo Edit con indignacion, “pensando estais en trages y mantos, y peligra la vida de un hombre. No hai paciencia humana que tanto sobrelleve. Quedaos en buen hora. Yo iré a ver al Rei Ricardo: yo soi parte interesada ... veremos si el honor de una prima del Rei de Inglaterra ha de ser indignamente violentado, y si es licito abusar de su nombre, para poner bajo la cuchilla el cuello de un hombre de bien, y convertir la gloria de la nacion Inglesa en hazme reir del egercito de la Cruzada.”

Berenguela tan atonita como turbada, oyó estas espresiones de Edit, y conocio cuan amargas podian ser las consecuencias que semejante resolucion podia acarrearle. Edit se aproximaba ya a la puerta, y parecia resuelta a poner en egecucion su amenaza; la Reina dijo con voz desfalleciente a las otras damas: “Detenedla, detenedla.”

“En verdad que no debeis dar este paso, Lady Edit,” dijo Calista, deteniendola suave-

mente por el brazo, “ y vos, Señora, no deis lugar con vuestra irresolucion a que lleguen las cosas al ultimo estremo. Si Lady Edit se presenta sola al Rei ¿ quien podra contrarrestar su enojo ? ¿ quien se pondra al abrigo de su furia ?”

“ Voi sin mas demora,” dijo la Reina, cediendo a la necesidad ; y Lady Edit se detubo, aunque con repugnancia, aguardando que se pusiese en movimiento.

La Reina se envolvió en un gran manto que ocultaba la negligencia de su ropage. Edit y las otras damas iban a su lado ; precedianla y seguianla algunas gentes de armas, y alabarderos. Con esta comitiva se dirigió a pasos precipitados acia la tienda de Corazon de Leon.

CAPITULO IV.

4.

Los gentileshombres que estaban de guardia en la antecámara de Ricardo no se atrevieron a dar entrada a su esposa, y en los terminos mas comedidos y reverentes, la suplicaron que aguardase las ordenes de Su Magestad. Entretanto pudo oír distintamente la voz de Ricardo, que mandaba no dejar entrar a Berenguela.

“ Ya ves,” dijo esta, volviendose acia Edit, y tan desalentada como si se hubieran agotado todos los recursos de su intercesion. “ Es inutil cuanto hagamos : el Rei no quiere recibirme ; ya yo lo habia previsto.”

Al mismo tiempo, oyeron a Ricardo que hablaba con alguno, en lo interior del pabellon. “ Anda, decia, y despacha lo mas pronto que puedas ; porque en esto consiste toda la gracia que puedas hacer. Diez bezantes, si no das mas que un golpe ; y observa si mudan de color sus megillas, o si se turban sus ojos. No pier-

N.E.T. 4. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

Were every hair upon his head a life,/ And every life were to be supplicated/ By numbers equal to those hairs quadrupled,/ Life after life should out like waning stars/ Before the daybreak-- or as festive lamps,/ Which have lent lustre to the midnight revel,/ Each after each are quench'd when guests depart! OLD PLAY.

Cada cabello en su cabeza era una vida,/ Siendo preciso suplicar y rogar/ Como tantos cabellos cuatro veces./ Vida tras vida, astro que se funde/ Rasgando el alba o como lámparas/ Que hasta la medianoche iluminan/ La mesa del festín y que una a una,/ Cuando parten los huéspedes, se extinguen.

Comedia Antigua.

[*Suero Roca, T., op. cit., 243*].

das el menor movimiento de sus facciones. Yo gusto de saber como mueren los hombres de pro.”

“Sera el primero que haya visto la cuchilla sin temblar,” respondió una voz bronca y asperísima, aunque parecía algun tanta suavizada por el respeto.

Edit no pudo guardar mas tiempo el silencio. “Si Vuestra Magestad, dijo a la Reina, no se abre camino, yo sabre abriрselo; y si Vuestra Magestad no se decide, entraré yo sola. Caballeros,” añadió volviéndose a los de la servidumbre, “la Reina desea ver a su esposo, y no saldra de aqui sin verlo.”

“Noble dama,” respondió uno de los gentiles hombres inclinando respetuosamente la pertiga de plata que denotaba su oficio, “dueleme oponerme a vuestros deseos, pero el Rei está ocupado en negocios de la mayor importancia.”

“Negocios de grandísima importancia, respondió Edit, son los que conducen a este pabellon a la Reina de Inglaterra. Señora, venid, y yo os daré paso,” y al mismo tiempo, empujando al gentil hombre con una mano, levantó

con la otra la cortina de terciopelo que colgaba en la puerta de la cámara de Ricardo.

“Haga Vuestra Magestad lo que guste,” dijo el gentil hombre cediendo menos a la fuerza, que a los respetos que aquellas ilustres damas exigían. La Reina y Edit se hallaron en presencia de Corazón de León.

Estaba el Monarca estendido sobre el lecho, y a cierta distancia aguardaba, o parecía aguardar sus órdenes, un hombre, cuya profesión no era difícil adivinar. Su traje se componía de una chaqueta de grana, abierta, por el cuello, hasta los hombros, y con mangas cortas, que dejaban descubierta la parte anterior del brazo. Cuando iba a ejercer su terrible oficio, como sucedía en la ocasión presente, llevaba sobre la chaqueta, una cota o sobreveste sin mangas, de cuero duro, adornado por delante con sobrepuños y alamares de oscuro carmesí. Estas dos partes de su traje no pasaban de la rodilla, y descubrían su calzado, y greguescos, que eran del mismo cuero que la cota. El tocado era una gorra de pelo, en que procuraba ocultar sus facciones, como la lechuza entre las molduras

de un sepulcro arruinado. Oscurecía la parte inferior del rostro, una barba espesa enmarañada, y rogiza, con que se confundían sus desaliñadas melenas. Era hombre de corta estatura, rehecho y doble, y ancho en sus miembros y proporciones; su cuello era grueso en demasia, y sus brazos desmedidamente largos y fuertes. Leíase en sus facciones la fría impasibilidad de un tigre, y el sobreceño, y torvo mal humor de un misántropo. Pendíale del lado izquierdo una espada cuya hoja podría tener sus cuatro pies y medio de largo, y cuya guarnición de veinte pulgadas, pasaba sobre su cabeza, mientras él la empuñaba firmemente, en actitud de aguardar las ordenes del Rei.

A la entrada inesperada y repentina de las damas, Ricardo que estaba apoyado en el codo, hablando con el egecutor, y vuelto el rostro acia la entrada de la camara, se incorporó prontamente, con indicios de sorpresa y enojo, y se inclinó al lado opuesto, volviendo la espalda a la Reina y a las damas, y envolviéndose en las colchas de su cama, que, por su propia eleccion o quizas por un efecto de la adulacion de sus

servidores, eran de pieles de leon, preparadas y sobadas por artifices Venecianos, con tan extraordinaria destreza, que parecian tan flexibles y suaves al tacto como el terciopelo mas fino.

Berenguela, cuyo caracter hemos procurado dar a conocer a nuestros lectores, sabia lo que ninguna muger ignora, es decir, el medio mas seguro de vencer la resistencia, y de conseguir el triunfo. Despues de haber echado una mirada de terror, sin la menor reserva ni disimulo, al funesto depositario de los secretos de su esposo, se arrojó a su lecho, se reclinó de rodillas en uno de sus lados, y dejó caer el manto de los hombros, descubriendo el desorden de su larga y rubia cabellera, que se dilataba en toda su estension por la espalda, y demostrando en sus facciones una confusion mezclada de sobresalto, al traves de la cual relumbraban sus hermosos ojos, como el sol, cuando rompe por entre las nubes que lo oscurecen. Tomó la mano del Rei, aquella mano que era el apoyo de la Cristianidad y el terror del Mahometismo, y inclinándose acia ella la besó con cierto enagenamiento,

que la privó por algunos instantes de la facultad de hablar.

“¿Qué significa esto, Berenguela?” dijo el Rei, dejando la mano entre las de su esposa, y sin atreverse a poner los ojos en ella.

“Despachad antes de todo a ese hombre cuyas miradas me matan,” dijo Berenguela.

“Vete, dijo el Rei. ¿Qué aguardas?”

“¿Qué se ha de hacer con la cabeza?” preguntó el hombre.

“Fuera de aquí, perro, respondió el Rei . . . un entierro Cristiano.”

El hombre se retiró, no sin haber recreado sus miradas en la hermosura de Berenguela, con una expresión de admiración, y con una sonrisa aun más horribles que el odio a los hombres, estampado en sus asperas facciones.

“Di pues lo que deseas, desacordada muchacha,” dijo entonces el Rei, volviéndose lentamente acia la afligida Princesa.

Ricardo era admirador de la hermosura, y la apreciaba sobre todas las cosas humanas, después del honor: pero aunque hubiera tenido

un corazón desnudo de toda sensibilidad y ternura, no le hubiera sido posible ver sin conmoverse la amargura de una persona tan perfecta como Berenguela, ni sentir sin estremecerse de compasión el calor de los besos y lágrimas, con que ella sellaba y bañaba las manos de su esposo. Poco a poco volvió enteramente acia ella su magestuoso y varonil semblante, cuyas facciones, y hermosos y grandes ojos azules se habían ya dulcificado y enternecido tanto cuanto su indole indomable, y el hábito de mandar y combatir se lo permitían. Alzóse blandamente, acarició aquella linda cabeza, y estampó un beso de amor en las mejillas que agitaban tantos encontrados sentimientos. Su robusto y soberbio continente, su frente espaciosa, su brazo y espalda que anunciaban la plenitud del vigor, y las pieles de león que lo cubrían, formaban al lado de una mujer débil y consternada un grupo admirable, que hubiera podido servir de modelo para representar a *Hércules*, reconciliándose después de una riña pasajera, con su esposa *Deyanira*.

“ ¡ Qué es lo que desea, dijo el Rei, la dama de mi corazón, en la tienda de su caballero, a una hora tan desusada y temprana ?”

“ Perdon, mi benigno Soberano, perdon,” exclamó la Reina, cuyas sollozos cerraban el paso a las palabras.

“ ¡ Perdon ! dijo el Rei. ¡ De qué ?”

“ Lo primero, dijo Berenguela, por haber entrado de este modo en vuestra tienda.”

“ ¡ Debera pedir perdon el sol, dijo el Rei, por esparcir sus rayos benignos en el calabozo de un infeliz cautivo? Dueleme a la verdad que me hayas sorprendido en un negocio nada propio de damas, y sobre todo que espongas tu preciosa salud al rocío de la mañana, ahora que anda tan lista la enfermedad.”

“ ¡ Y la vuestra ?” preguntó la Reina, defiriendo todavía la esplicacion del motivo que allí la habia conducido.

“ Capaz soi ya, dijo el Rei, de romper una lanza en el crestón del primer desleal caballero que no te proclame y reconozca por la dama mas hermosa, y mas cumplida de toda la Cristiandad.”

“ Pues entonces, repuso Berenguela, no me negarás la gracia que voi a pedirte ; una vida, una sola vida.”

“ ¡ Una vida !” dijo el Rei, arrugando las cejas — “ ¡ La vida de quien !”

“ La de ese infeliz caballero Escoces,” dijo la Reina.

“ No trateis de eso, Señora,” respondió el Rei con firmeza ; “ no me habéis de el ; no me lo nombreis siquiera. Debe morir y morir.”

“ No, mi Real esposo, mi amor, dijo Berenguela. ¡ Tanta severidad por un pedazo de seda que se ha perdido ! Berenguela te dará uno bordado por sus manos, y será el mas rico y suntuoso que se haya jamás tremolado al viento. Todas las perlas de mis cofres le servirán de adorno, y cada perla irá bañada con una lagrima de agradecimiento y de cariño a mi generoso y magnánimo paladin.”

“ No sabes lo que dices,” contestó Ricardo, interrumpiéndola con vehemente indignación. “ ¡ Perlas ! ¡ qué montan todas las perlas del

Oriente comparadas al honor de Inglaterra!
¡ y qué lagrimas hai en el mundo que puedan lavar la mancha de la fama de Ricardo? Idos; Señora, conoced la situación que ocupa vuestro esposo, y que este tiene obligaciones en qué vos no debéis ni podeis tomar parte.”

“ Ya lo oyes, Edit;” le dijo la Reina al oído. “ Está furioso.”

“ Estélo en buen hora, dijo Lady Edit. Señor, yo que soi vuestra humilde parienta, imploro vuestra justicia que no ya vuestra conmisericordia, y los oídos de un monarca deben estar siempre abiertos al grito de la justicia, sin distincion de hora, sitio ni circunstancia.”

“ ¡ Oh prima!” dijo el Rei, sentandose de pronto, y estrañando el tono decidido de la doncella. “ Hablais como quien sois, y como quien soi os responderé, dando por cierto que vuestra demanda no sea indigna de vos ni de mi.”

La hermosura de Edit era mas animada y despierta que la de la Reina, aunque no tan

brillante ni voluptuosa, pero la ansiedad y la impaciencia, moderadas por el natural orgullo que nunca se borraba de sus facciones, le dieron un aspecto de firmeza y gravedad que impuso silencio al Rei, aunque importunado ya sobradamente por los ruegos de la Reina.

“ Señor, dijo Edit, ese buen caballero, cuya sangre va a ser derramada por orden vuestra, ha hecho, en otros tiempos, grandes servicios a la Cristiandad. Ha faltado a su deber; ha dejado el puesto que Vuestra Magestad le habia confiado, de resultas de un artificio tramado, no con intencion de acarrearle daño ni vilipendio, si no por mero pasatiempo, y sin que sus autores pudiesen prever las fatales consecuencias que de ello iban a resultar. Se le envió un fingido mensaje en nombre de cierta persona que . . . pero, ¿ porque no ha de saber Vuestra Magestad toda la verdad del caso? el mensaje fue en mi nombre, y este nombre lo indujo a dejar por unos breves instantes su puesto. ¿ Hai un solo caballero en el campamento que no hubiera hecho lo mismo? ¿ Es tan facil desobedecer el precepto de

una dama, que aunque de prendas humildes, tiene en sus venas sangre de Plantagenet?"

"¿ Y lo visteis, por supuesto?" repuso el Rei, mordiéndose los labios de despecho.

" Lo vi, en efecto, Señor, respondió Edit, y no es tiempo ahora de referir donde ni porqué. Yo no he venido aquí a disculparme, ni a culpar a nadie."

"¿ Donde lo visteis?" preguntó el Rei.

" En el pabellon de la Reina Berenguela," respondió Edit.

"¿ En el pabellon de mi augusta consorte! exclamó el Rei. Por el cielo santo, y por San Jorge de Inglaterra, y por todos los santos que habitan el paraiso que ya es esta sobrada audacia. He observado adonde fijaba sus pensamientos ese atrevido; mas no creia que pasase de una muda admiracion, y no lo estrañé, apesar de la elevacion de su obgeto, pues tambien admiramos el esplendor del sol, con estar tan alto, y tan superior a nuestra esfera. Pero Cielos! que le hayais dado una cita, que esta cita haya sido de noche, y en el asilo sagrado de la esposa del Rei de Ingla-

terra—por vida de mi padre—Edit, que vais a pasar todo el resto de la vuestra en los cuatro muros de un monasterio.”

“ Señor, respondió Edit, mal se aviene con vuestra magnanimidad la tiranía. Ni mi honor ha padecido menoscabo en esta entrevista, ni el vuestro tampoco. Presente está la Reina mi Señora que puede atestiguar mi aserto. Pero ya he dicho que no he venido a vuestra Real presencia a justificarme, ni a descubrir desacuerdos ajenos. Solamente vengo a implorar, en favor de uno cuya flaqueza está suficientemente disculpada por la fuerza del resorte empleado en seducirlo, la misericordia que Vuestra Magestad, con ser un Rei tan poderoso, tendra que implorar un día en otro tribunal y por culpas menos veniales.”

“ ¡ Es esta Edit de Plantagenet!” dijo el Rei, sin poder contener el enojo. “ ¡ Edit de Plantagenet, la recatada y la noble! ¡ O es una insensata, enfermiza de amor, que no se cura de su propia fama en parangon de la vida de su galan! Por el alma del Rei Enrique, me falta poco para mandar que se ponga la

cabeza de ese almibarado doncel en tu celda, para que te sirva de crucifijo.”

“ Y si así lo mandais, respondió Edit, no fijaré una sola vez la vista en ella sin decir: he aquí la reliquia de un buen caballero, cruel e indignamente sacrificado por uno de quien solo dire que debiera saber galardonar de mui distinto modo los altos hechos de Caballeria. ¡ Almibarado doncello llamais!” continuó, dando rienda suelta a la vehemencia de sus afectos. “ Era mi amante: si, amante, leal, y rendido, y tan humilde como enamorado, y tan apasionado como modesto: amante que jamas osó declarar sus afectos, ni con voces ni con miradas, bastandole la admiracion y el respeto, como si el obgeto de su pasion fuera un santo puesto en un altar. ¡ Y por esto debe morir! ¡ por que fue fiel, y valiente, y comedido!”

“ Por la Virgen de la Capilla de Engaddi,” le dijo entonces al oido la Reina; “ que no acabes de irritarlo.”

“ Poco me importan sus iras,” respondió en alta voz Edit; “ la virgen sin mancha no teme al leon furioso. Haga lo que quiera con ese

buen caballero. Edit, por quien tan inocentemente muere, sabra llorar su memoria interin haya sangre en sus venas. Nadie me hable de hoi mas de alianzas politicas, a las cuales nunca servira esta pobre mano. Ni queria, ni debia ser su dama, siendo tan grande la distancia que de él me separa; mas esto se entiende con el que vive. El sepulcro une al bajo y al alto, y ahora declaro delante del mundo entero que me considero esposa de ese desventurado, y como tal sabre ser fiel a su memoria.”

Iba a responder Ricardo con la colera que estas palabras debian engendrar en su corazon, cuando entró precipitadamente en la camara del Rei un carmelita, envuelto en su manto y capucha de grosero paño, y arrojandose sin detenerse a los pies del Monarca, le suplicó, por los mas sagrados motivos que pudo alegar, mandase suspender la sentencia que contra Sir Kenneth habia pronunciado.

“ Por Dios Santo, y por San Pedro de Roma, exclamó el Rei, que el mundo entero se

ha conjurado para sacarme de mi acuerdo—
locos, mugeres—frailes ¿ qué significa esto ?”

“ Poderoso Señor, dijo el carmelita, he
suplicado al Lord de Gilsland que suspenda la
orden que habia dado de conducir el reo al
suplicio, hasta que Vuestra Magestad despues
de haber oido”

“ ¿ Y el Baron de Vaux ha tenido el atre-
vimiento de acceder a tu demanda ! dijo Ri-
cardo. Accion es esta digna de su insensatez.
¿ Y qué es lo que tienes que decir ? Habla en
nombre de Satanás.”

“ Augusto Señor, respondió el fraile, soi de-
positario de un secreto de la mayor impor-
tancia ; pero está sellado con inviolable sacra-
mento de la confesion. Ni puedo decirlo, ni
aun murmurarlo : pero juro por la santa orden
que profeso, y por el santo hábito que visto, y
por el bienaventurado Elias, nuestro fundador,
que fue trasladado a los cielos, sin pagar el
amargo tributo de la mortalidad, que si me
fuera licito poner en oidos de Vuestra Real
Magestad, el negocio que ese malhadado joven

me ha revelado, desistiríais sin vacilar del cruel y sangriento designio que abrigais contra él.”

“ Buen padre, respondió Ricardo, que yo reverencio la Santa Iglesia, y obedezco y egecuto sus preceptos, bien lo testifica la empresa a cuyo logro he consagrado mi brazo. Dadme a conocer ese secreto de que hablais, y procederé segun juzgue mas conveniente y debido. No creais empero que me dejo llevar por la mano en las tinieblas, ni creais que Ricardo de Inglaterra es hombre de aquellos que ceden a la voz de un eclesiastico, aun cuando les falte la luz del convencimiento.”

El fraile entonces abrio el manto, y bajó la capucha que lo cubria, y dejó ver su vestidura interior, que se componia de pieles de cabra, y un rostro tan acartonado y consumido por el clima, el ayuno y la penitencia, que mas parecia de un esqueleto animado que de un hombre vivo. “ Señor,” dijo con acento reverente, pero energico y sostenido, “ veinte años hace que estoi macerando este miserable cuerpo en las cavernas de Engaddi, en peni-

tencia y espionaje de un gran crimen. ¿Pensais que habiendome despedido para siempre de este mundo frágil y perecedero, sería capaz de hacerme reo de una mentira? Rei de Inglaterra, en el alma de este pecador no hai mas que un solo deseo que se ligue a las cosas de este mundo, y es el restablecimiento de la Sion Cristiana, y ¿creeis que podre hacerme indigno de este piadoso sentimiento, revelando los secretos de la confesion? ; Y mi alma, Señor, y mi alma!”

“ ; Con que eres, dijo Ricardo, ese hermitaño de quien tanto se habla! Confieso que mas que hombre mortal pareces un espíritu vomitado por el sepulcro; pero Ricardo no tiene miedo a fantasmas. Y tambien eres tú, segun creo, el que por medio de ese mismo Escocés, recibio una embajada de los Principes Cristianos, sobre no sé que inteligencias con el Soldan, mientras yo, que hubiera debido antes que otro alguno entender en el asunto, estaba postrado en la cama con la dolencia. Pues bien: ellos y tu podreis ver el caso que hago yo de esa clase de embajadores. Bueno soi

para dejarme llevar por el escapulario de un Carmelita. Morira, y morira pronto, y basta que tú intercedas por él, para que muera.”

“ Dios tenga piedad de tu alma, dijo el hermitaño; hartas lagrimas te costará el daño que vas a hacer. Llegará el tiempo en que desees, a costa de un brazo, haberte detenido al borde del precipicio. Ciego, temerario mortal, perdona, que aun es tiempo.”

“ Afuera con tanta importunidad,” dijo el Rei enfurecido. “ El sol ha alumbrado la deshonra de Inglaterra, y todavia no se ha vertido la sangre que la ha de lavar. Afuera damas, y frailes, y todos los que no quieran oir la orden que van a pronunciar mis labios; porque, por San Jorge juro

“ No jures,” dijo la voz de uno que entró a la sazón en la cámara.

“ Ven, sabio Hakim, dijo el Rei, ven a pedir la recompensa de tus servicios.”

“ Vengo, dijo el Arabe, a pedirte audiencia, sobre asunto del mayor interes.”

“ Antes de todo, respondió el Rei, conoce a

mi esposa, y ella conocerá a quien ha salvado la vida de Ricardo.”

“ No me corresponde,” dijo el médico, cruzando los brazos sobre el pecho, e inclinándose respetuosamente con mesura y acatamiento oriental, “ no me corresponde fijar mis ojos en la hermosura que no está velada, y que se presenta vestida de todo su esplendor.”

“ Retirate, Berenguela, dijo el Monarca; retirate tu también, Edit; no volvais a molestarme con suplicas. Lo único que puedo hacer es dejar la ejecución hasta medio día. Idos, y tranquilizaos — vete; amada Berenguela; Edit,” añadió, lanzando una terrible mirada que confundió a la animosa joven; “ vete, y ten juicio.”

Las damas se retiraron precipitadamente, sin observar las reglas y precedencias que la ceremonia de la corte exigía, como la bandada de timidas aves, que el nebli descubre y persigue.

De allí se restituyeron al pabellon de la Reina, donde se abandonaron a sus inútiles

lamentaciones, y a la aflicción que debía producir en ellas la suerte del caballero, víctima de sus chanzas imprudentes. Edit era la única que se mantuvo serena, sin derramar una lágrima, sin lanzar un quejido, como si desdiera estos órganos comunes del dolor. Su firmeza y presencia de espíritu le permitió asistir a Berenguela, en cuyo delicado temperamento produjo la pena violentos espasmos, arrebatos convulsivos, y otros síntomas de hipocondría.

“ Es imposible que Edit ame de veras a ese caballero,” dijo Florisa a Calista, que era más antigua en la servidumbre de palacio, y más versada en las galanterías de la Corte. “ Nos hemos engañado completamente. Sin duda siente y deplora la suerte que le aguarda : más solo por que su nombre está de por medio.”

“ Necia,” respondió la astuta compañera ; “ la familia de Plantagenet está amasada en orgullo, y ninguno de esta raza confiesa ni deja ver sus debilidades. Cuando están heridos de muerte, curan los arañes que los otros

80 EL TALISMAN.

han recibido. Florisa, hemos hecho un gran desaguizado: de buena gana diera yo el mejor joyel de mi cofre por no haber andado en semejante enredo.”

CAPITULO V.

5.

El hermitaño salio tambien del pabellon del Rei, siguiendo los pasos de las damas, como la sombra sigue el rayo del sol, cuando se disipan las nubes que ocultaban su disco. Pero apenas habia dado algunos pasos, volvio atrás, se introdujo de nuevo en la camara del Monarca, y estendiendo las manos, en actitud fiera y amenazante, exclamó : “ ¡ Ai del que desoye la voz de la Iglesia de Cristo, y se abandona al divan de los infieles ! Rei Ricardo, aun no he sacudido el polvo de mis sandalias ; aun no he salido del campamento ; aun no se ha descargado el golpe terrible ; pero la espada pende de un cabello. Monarca altanero, no sera esta la ultima vez que nos veamos.”

“ Sea asi, orgulloso sacerdote, dijo el Rei ; mas soberbio en tus pieles de cabra, que los príncipes de la tierra en el oro, y en la purpura.”

El hermitaño se retiró de la tienda, y el Rei

TOM. II.

G

N.E.T. 5. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

This work desires a planetary intelligence/ Of Jupiter and Sol; and those great spirits/ Are proud, fantastical. It asks great charges/ To entice them from the guiding of their spheres,/ To wait on mortals. ALBUMAZAR.

Esta obra precisa inteligencia/ Entre Júpiter y el Sol; los grandes espíritus/ Son siempre altivos y fantásticos,/ Y mucho se debe instarlos para que accedan/ A tomar parte también en el destino/ De todo hombre mortal.

Albumazar.

[*Suero Roca, T., op. cit., 255*].

continuó, dirigiéndose al Arabe: “¿Son los dervises del oriente, sabio Hakim, tan familiares con sus Soberanos?”

“El dervis, respondió Adonebec, es sabio, o loco: no hai medio entre estos dos extremos para el que viste *Khirkhah*,* y vela de noche, y ayuna de dia. Por manera que no es responsable de sus acciones, puesto que o no tiene razon para conducirse, o tiene bastante sabiduria para hablar discretamente en presencia de los Monarcas.”

“Pareceme, dijo el Rei, que los frailes Cristianos han adoptado el partido de la locura: pero vamos al caso, amigo Hakim, ¿en qué puedo complacerte?”

“Gran Rei,” dijo el medico, haciendo su acostumbrada reverencia, “hable tu siervo una palabra, y viva. Seame licito recordar a tu elevado espiritu, que debes a las inteligencias, y no a mi, que soi un mero instrumento de sus bondades, el tesoro inestimable de la vida.”

“¿Y por una vida que te debo, respondió

* *Khirkhah* significa literalmente el vestido roto, y es el nombre que dan los Musulmanes al traje de los Dervises.

el Monarca, vienes a pedirme otra! ¿No es verdad?"

“ Tal es el humilde ruego que me atrevo a presentar a tu sabiduria, dijo el Musulman; la vida que vengo a pedir al gran Melec Ric, es la de ese buen caballero, cuya falta no es otra que la que cometio el Sultan Adan, que nosotros llamamos Aboulbeschar, o padre de todos los hombres.”

“ ¿Y no sabes que por esa misma falta el padre de todos los hombres perdio la vida?” El Rei pronunció estas palabras notablemente agitado y pensativo. Alzóse, y empezó a dar paseos por la camara, diciendo, como si hablase consigo mismo: “ Conocí la intencion que traia, apenas lo vi entrar por la puerta. Un hombre está condenado justamente a pagar con la vida su delito, y yo que he mandado destruir millares de hombres, y que he despachado tantos con mi acero, no puedo deshacerme del criminal que ha manchado el honor de mis armas, el de mi casa, y el de la Reina mi esposa. Por San Jorge, que el negocio merece mas risa que enfado. Por San Luis,

que esto se parece al cuento de Blondel, de aquella torre encantada en que estaba condenado a entrar un caballero, y no pudo hacerlo por que se lo estorbaban las mas estrañas y horribles figuras, que sucesivamente se le presentaban a la puerta, y le cerraban el paso. Desaparecia una, y venia otra en pos. Muger, parienta, hermitaño, turco; uno se va y viene otro. ;Tantos paladines contra uno solo!" El Rei se echó a reir a carcajadas, porque sus arrebatos de colera eran demasiado violentos para durar mucho, y ya empezaba a ceder la que el lance de Sir Kenneth le habia producido.

El fisico al mismo tiempo lo miraba con la mayor sorpresa, y no sin cierta dosis de desprecio, porque los pueblos de Oriente no conocen, ni saben perdonar esas mudanzas repentinas de humor, y porque ademas en la risa inmoderada ven un exeso que degrada la condicion del hombre, y solo corresponde a niños y mugeres. Aguardó que pasase aquella intempestiva jocosidad, y volvió a dirigir la palabra al Rei, cuando lo vio algun tanto mas compuesto.

"No está bien, dijo, que salgan palabras de

muerte de los labios que rien. Tu servidor espera que le concedas la vida de ese hombre.”

“Toma en lugar de esa vida la libertad de mil cautivos, respondió Ricardo; devuelve a sus familias y a sus tiendas mil Mahometanos. Consiento en ello sin dificultad. La vida de ese Escocés no puede ser útil a nadie. Debe morir, y morirá.”

“Todos, dijo El Hakim, todos debemos morir, y moriremos: pero el gran acreedor es misericordioso, y no exige la deuda con tiranía, ni por espíritu de venganza.”

“No creo, dijo el Rei, que puedas tener un interés muy particular en que este hombre frustré los fines de la justicia, que yo, como Rei de Inglaterra, he jurado proteger.”

“También has jurado ejercer la misericordia, respondió el Sarraceno; pero sea lícito a tu servidor decir que no es la ejecución de la justicia lo que tu desees, sino la de tu propia voluntad. Y en cuanto al interés que tengo en este negocio, baste decirte que muchas vidas dependen de la de ese buen caballero.”

“Explica tus palabras, El Hakim, dijo Ri-

cardo, pero no creas que puedan alucinarme falsos ni frívolos pretextos.”

“ Alá-aparte semejante designio del alma de su servidor, dijo Adonebec. Sabe pues que la medicina, a cuyos maravillosos efectos, tu, gran Rei, y otros muchos debén la vida, es un talisman compuesto bajo ciertos aspectos de los astros, que solo se verifican cuando estan propicias y favorables al hombre las divinas Inteligencias. Yo no soi mas que el pobre administrador de tan gran beneficio. Mi ciencia se reduce a ponerla en una copa de agua, observando antes la hora favorable de administrarla al paciente, y el talisman hace la cura.”

“ ¡ Maravillosa medicina por cierto ! exclamó el Rei, y no menos comoda que eficaz. Bien podeis ahorraros el trabajo de cargar tantas caravanas de camellos con yervas y drogas. Extraño que haya otros brevages en uso.”

“ Escrito está, dijo El Hakim : no injuríes al trotero que te ha sacado de la batalla. Sabe que está fuera del alcance del hombre la composición de estos admirables talismanes : mas pocos son los que se han atrevido a ponerlos en

práctica. El sabio que ha de aprovecharse de tan celeste remedio en beneficio de sus semejantes, ha de someterse antes a penitencias rigidas, a duros ayunos, a amargas privaciones, y a otras practicas que no todos los mortales pueden sobrellevar. Si el que se halla en posesion del talisman, omite, por descuido, o por apego a los apetitos sensuales, curar doce personas en el curso de cada luna, el talisman pierde su virtud, y el ultimo paciente, y el fisico quedan espuestos a un pronto infortunio, y mueren en el termino de aquel mismo año. Faltame una vida para cumplir el numero necesario.”

“ Si no es mas que eso, buen Hakim, dijo el Rei, sal por ese campamento, y hartos infelices hallarás en quienes egercer la virtud del talisman. Yo soi medico tambien, pero de otra especie de dolencias, y no conviene a un hombre de tu saber intervenir en mis curas. `Ademas que no percibo la conexion que puede haber entre la vida de un criminal, y esas extraordinarias circunstancias que de tu medicina me refieres.”

“ Cuando puedas penetrar, dijo el Turco, la causa secreta en virtud de la cual un vaso de agua fria ha podido hacer en tu salud, lo que no han hecho los remedios de los sabios de Franchistan, podras racionar sobre los otros misterios que en este celestial secreto estan encerrados. Yo no puedo hacerlo hoi por mi mismo, por haber tocado esta mañana un animal inmundo. De nada sirve que hagas otras preguntas: baste saber que solo con dar la vida al buen caballero, te evitas una gran desventura, y evitas otra gran desventura a tu servidor.”

“ Basta, Adonebec, dijo el Rei. Bueno es que los medicos se expliquen en terminos oscuros, y envuelvan su saber en la niebla de su gerigonza, y nos quieran hacer creer que aprendieron su ciencia en las estrellas: mas sabe que cuando hablas a Ricardo Plantagenet de las desventuras que lo aguardan por haber omitido una ceremonia, o por otro agujero de esta clase, no las has con un Sajon ignorante, ni con una vieja supersticiosa. Ricardo no abandona su

proposito porque encuentra una liebre en la vereda, ni porque oye graznar al cuervo, u estornudar al gato.”

- “No puedo estorvar que pongas en duda mi dicho, repuso el Arabe, pero sepa el gran Rei de Inglaterra que la mentira no manchó jamas los labios de su servidor. ¿Seria justo, seria digno de un alma grande privar al mundo, y a los desventurados que sufran de ahora en adelante la misma dolencia que iba arrebatarte la antorcha de la vida, de los beneficios de ese maravilloso talisman, solo por no conceder la suya a un pobre criminal? Considera, potente Monarca, que aunque tú puedes matar millares de hombres, no te es dado curar la menor de la dolencias que afligen la humanidad. Los Reyes tienen el poder de Satanas, que es el de atormentar; el sabio tiene el de Alá, que es el de dar la vida. No robes el bien que no puedes restituir; no apagues la lampara que no puedes encender. Corta la cabeza de tu semejante cuando te sea dado curar un dolor de muelas.”

“¿Qué insolencia es esta!” exclamó Ricardo

erguiendose con altivez a medida que Adonebec hablaba con mas decision y firmeza. “ Te he admitido como medico y no como consejero. Trata de mi salud, y deja en paz mi conciencia.”

“ ; Y este es el modo con que el mas famoso de los Principes de Franchistan, satisface y recompensa los beneficios hechos a su Real persona !” Esto dijo El Hakim, alzandose de la humilde postura en que hasta entonces habia estado, y hablando como si diera una orden a alguno de los de su comitiva. “ Sabete pues, añadido, que voi a denunciarte como desleal y desagradecido a todas las Cortes de Europa y de Asia ; al Musulman y al Nazareno ; al caballero y a la dama ; dó quiera que resuenen arpas, y se esgriman aceros ; dó quiera que sea encomiado el honor, y detestada la infamia ; a todas las regiones de la tierra. Y si hai alguna en su vasto circuito que no haya oido la fama de las proezas de Melec Ric, en ella resonará la execracion de su ingratitude.”

“ ¡ Asi hablas a Ricardo de Inglaterra, vil infiel ?” prorrumpió el Rei, en cuyo pecho ya

no cabia el enojo. “ ¿ Estás cansado de la vida ?”

“ Vengate, dijo El Hakim ; tus propios hechos te atormentarán mas que mis palabras, aunque cada una tubiera un aguijon mas penetrante que el de la abeja.”

Ricardo se volvio de espaldas al Musulman ; cruzó los brazos ; se volvió a pasear por la tienda, y de pronto exclamó : “ ¿ Ingrato y desleal me has llamado ! Valiera tanto llamarme infiel y cobarde. Hakim, sea en buen hora : has conseguido lo que deseabas, aunque mas valiera que me hubieras pedido los joyeles de mi corona. Soi Rei y debo obrar como Rei. La vida del Escoces es tuya. El prevoste te entregará su persona, con que le presentes este papel.”

Dijo, y se sentó, y escribió dos renglones, y dio el papel al fisico : “ Dispon de él, añadio, segun tu voluntad ; esclavo tuyo es ; haz de él lo que quieras. Solo te encargo que no vuelva a presentarse ante mi vista. Prudente y sabio eres : ten cuenta. ¿ Sabes hasta donde ha llegado su atrevimiento ? Hasta la region de aquellas a cuyos bellos ojos, y debil juicio confiamos noso-

trós el deposito del honor, como vosotros guardais vuestros tesoros en arcas de filigrana mas fragil y sutil que los hilos que tege la oruga.”

“Tu servidor entiende la palabra del Rei,” dijo el sabio, volviendo a inclinarse reverentemente, como lo habia estado al principio de la conversacion. “ Cuando cae una mancha en la rica alfombra de Estamboul, el necio la indica con el dedo, y el sabio la oculta con el manto. He oido las palabras de mi señor, y oír es obedecer.”

“ Está bien, dijo el Monarca. Que piense ese hombre en su seguridad, y no aparezca nunca a los ojos de Ricardo. ¿ Hai otra cosa en que pueda Ricardo complacer a su médico?”

“ La bondad del Rei, dijo el Hakm, ha llenado la copa hasta los bordes. El raudal de su generosidad ha sido como la fuente que brotó en medio del campamento de los hijos de Israel, cuando tocó la roca la vara de Muzas, Ben Amran.”

“ Si,” dijo el Rei, sonriendose, “ pero ha sido necesario golpear con fuerza la roca, como en

el desierto. Holgárame de poder contentarte con algo que saliera naturalmente de mi voluntad, como el agua de los manantiales que enriquecen en Nilo.”

“ Dejame tocar la mano victoriosa, dijo el sabio, en prenda de que si Adonebec El Hakim demanda otra gracia a Ricardo de Inglaterra, no sera desatendido su ruego.”

“ Mano y guante te lo aseguran, dijo Ricardo. Solo te advierto que si puedes acordar las virtudes del talisman hecho por las celestes inteligencias con la pena que merece el culpable, cumplire de mejor talante mi oferta.”

“ Sean multiplicados tus dias,” dijo El Hakim, y salio prontamente del pabellon, despues de haber hecho su profundo y acostumbrado acatamiento.

El Rei lo siguió con sus miradas, como si no estubiera arrepentido de lo que acababa de suceder.

“ ¡Estraña ostinacion! exclamó, ¡y mas estraño aun el empeño que toma un infiel en estorvar que un Monarca Cristiano castigue al que lo ha merecido! Viva el caballero Escoces,

puesto que así lo ha querido la suerte, y habrá un hombre valiente de más en el mundo. Pensemos ahora en el Austriaco. ¡Ola! ¡Está ahí fuera el Barón de Gilsland?"

Sir Tomas de Vaux, que aguardaba en la antecámara, oscureció muy en breve con su voluminosa persona la luz que entraba por la puerta del cuarto del Rey. Detrás de él, sin que nadie anunciase ni estorvase su entrada, se introdujo el selvático hermitaño de Engaddi, sin otro ropaje que su túnica de pieles de cabra.

Ricardo, sin hacer caso de este último, dijo en alta voz al Barón: "Sir Tomas de Vaux, de Lanerscot y de Gilsland, toma heraldos y trompetas, y marcha inmediatamente a la tienda de ese a quien llaman Archiduque de Austria, y procura que sea cuando haya a su lado más numeroso acompañamiento de cortesanos y caballeros. Ahora es excelente ocasión, puesto que ese animal almuerza antes de oír misa; entra en su presencia con el menor acatamiento posible, y acúsalo en nombre del Rey de Inglaterra de haber arrebatado, en la noche pasada,

de su sitio, por su mano propia, o por mano ajena, el noble pendon de San Jorge. Y dile que por tanto es mi placer, y voluntad, que dentro del termino de una hora, restituya la bandera con la debida reverencia, presentandose el mismo en el sitio, con sus principales Barones, todos descubiertos, y sin los trages de honor, y que al mismo tiempo, humille con una mano la bandera de Austria, como la que merece esta ignominia, por haber sido deshonorada con villania, felonía y robo, y en la otra tenga una lanza, clavada en su punta la cabeza del que le aconsejó o ayudó en este infame desacato; y dile por ultimo que una vez que se haya sugestado en todos sus puntos a este mi Real mandato, en cumplimiento del voto, que como Caballero Cruzado he hecho, y por los respetos de la Santa Tierra en que estamos, le seran generosamente perdonados por mi sus otros desaguisados.”

“¿Y qué es lo que Vuestra Magestad me manda hacer en caso que el Archiduque de Austria, niegue haber sido el autor del delito?” preguntó Sir Tomas de Vaux.

“ Dile entonces, contestó el Rei, que le probaré con las armas en la mano haber sido él quien profanó el honor del estandarte de Inglaterra, y que lo acreditaré, aunque vengan con él los dos mas valientes campeones de sus tercios, a pie o a caballo, en el campo o en el desierto, en el tiempo y sitio, y con las armas que quiera escoger.”

“ Pensad, Señor, dijo el Baron de Gilsland, en la paz de Dios, y de la santa Iglesia nuestra madre; en la paz que debe reinar entre principes que pelean juntos en la Cruzada.”

“ Piensa tú, dijo el Rei, en egecutar mis mandatos. ¿ Piensas tú que es de hombres mudar a cada paso de pensamiento, como la golondrina muda de direccion? ¿ Quien piensa en alterar la paz de la Iglesia? La paz entre Cruzados implica guerra contra Sarracenos, con quienes ahora estamos en treguas. En paz estaremos cuando empecemos a pelear contra los infieles. ¿ No ves ademas que cada uno de los Principes que se hallan en el campamento trabaja por sus intereses particulares? Yo tambien tengo los mios, y por ellos trabajo.

Honor busco, y honor tendre mas que le pese a mis enemigos. Por honor he venido a estos remotos climas, y no permitiré que falte en un apice al respeto que me es debido ese Duque o Archiduque o lo que sea aunque lo apoyen y sostengan todos los Principes juntos de la Cristiandad.”

De Vaux volvió la espalda al Rei, para obedecer sus mandatos, encogiendo de hombros, y muy persuadido, á pesar de la cortedad de sus alcances, de que aquella era una de las mayores locuras que habia hecho en su vida Ricardo de Inglaterra. Pero el hermitaño de Engaddi se presentó en aquel instante en la tienda, con la actitud del que viene encargado de ordenes superiores a las de los monarcas de la tierra. Su traje de peludos cueros, su barba y cabellera desgredadas y asperas, sus torvas, macilentas y desapacibles facciones, y el casi insano fuego que se via centellear por entre sus largas pestañas, le daban el aspecto de uno de aquellos hombres de Dios de que habla la Escritura, que bajaban de cuando en cuando de las rocas y cavernas en que vivian en astraccion

y soledad, y se presentaban denodadamente, en nombre del Eterno, a los Reyes de Juda o de Israel, para abatir el poder humano en su mas sublimado orgullo, y lanzar contra él las terribles maldiciones de la Magestad Divina, como la nube descarga los torrentes de fuego de que está preñada, sobre los pinaculos y torres de los castillos y de los palacios. En medio de sus impetus colericos, Ricardo respetaba la Iglesia y sus ministros, y aunque lo ofendió la inesperada aparicion del anacoreta en su morada, lo recibio con comedimiento, y suavidad, haciendo seña al mismo tiempo a Sir Tomas de Vaux que no se detubiese en la egecucion de su encargo.

Pero el hermitaño le prohibio con gesto, miradas y palabra que diese un paso adelante, y volviendose al Rei, y sacando de su grosero manta un brazo en que se veian señales evidentes de los estragos del ayuno, y de las maceraciones del azote, alzó la voz, y en tono que espresaba el sentimiento profundo de que estaba animado, y el alto carácter de que se creia revestido, habló al Rei de esta manera.

EL TALISMAN.

99

“ En el nombre de Dios, y en el del vicerente de la Iglesia Cristiana en la tierra, prohibo esta profano, sangriento, y brutal duelo, entre dos Principes Cristianos, cuyos pechos estan santificados con la señal de la Cruz, y cuyos labios han jurado fraternidad y union, por esta señal de nuestra salud. ; Ai de aquel que ose infringir mi mandato! Ricardo de Inglaterra, retracta inmediatamente las palabras de que quieres que sea portador ese caballero. El peligro y la muerte, estan cerca de ti. Le daga está ya amenazando tu garganta.”

“ El peligro, y la muerte,” dijo Ricardo, con orgullo, “ son juguetes para Ricardo, y el que ha arrostrado el furor de tantos aceros, no se estremecera al ver junto a su cuello una daga.”

“ El peligro y la muerte estan cerca,” repitió el hermitaño, añadiendo en voz terrífica y sepulcral, “ y despues de la muerte, el juicio.”

“ Buen padre, respondió Ricardo, yo reverencio tu persona, y tu santidad. . .”

“ No me reverencias, dijo el anacoreta, puesto que mas reverencia merece el vil insecto

que se arrastra en las playas del mar Muerto, y se alimenta de su fango maldito. Reverencia, y acata, y humíllate ante aquel en cuyo nombre estoy hablando; ante aquel cuyo sepulcro has jurado rescatar. Respeta el juramento de concordia que has pronunciado, y no rompas el vínculo de union y de fidelidad por cuyo medio te has ligado a los otros príncipes de esta confederacion.”

“ Buen padre, dijo el Rei, pareceme, aunque lego e ignorante, que los ministros del altar no deben poner el pie fuera del círculo de sus atribuciones. A ellos atañe sin duda dirigir nuestras conciencias, y Dios me libre de estorvarselo; mas la custodia de nuestro honor es cosa mui diferente.”

“ ¡ Y qué son los ministros del altar, dijo el hermitaño, sino la campana que obedece a la cuerda, y la trompeta que comunica el sonido de quien la alienta! Mirame a tus pies: aqui imploro tu misericordia. Ten piedad de la Cristiandad, de Inglaterra y de ti mismo.”

“ Alza, alza,” dijo Ricardo, obligandolo a ponerse en pie.” Rodillas que tan frecuente-

mente se doblan ante la divinidad, no deben clavarse en tierra en honor de un hombre, ¿ Cual es ese peligro que me amenaza, reverendo padre? ¿ Cuando estubo tan humillado el poder de la Inglaterra, que fuese parte a poner miedo a su monarca el destempe y el vano ruido de ese reciénhecho Duque?"

" Yo he mirado, respondió el anacoreta, desde las cuspides empinadas de las montañas, la hueste estrellada del firmamento, y he oido la armonica sabiduria de su inefable circuito, que a pocos es dado entender. Yo he visto escrito en caracteres de oro el adorable decreto del que dispuso los giros de los astros, y esparcio luz en sus globos cristalinos. Hai un enemigo en la casa de la vida . . . enemigo de tu fama y de tu bienestar; emanacion de Saturno, que te amenaza con pronto y sangriento peligro, y que te confundira, como la piedra en el oceano, si pones el pie fuera de la senda de tu obligacion."

" Basta, dijo el Rei: esa es ciencia de paganos, que los cristianos no practican, y a qué

no dan credito los cuerdos. Anciano . . . tu deliras.”

“ No deliro Ricardo, contestó Engaddi, no me es dada esa ventura. Aun me han quedado algunas centellas de la antorcha de la razon, si no para guiarme a mi, para guiar a los otros en el camino de la Cruz. Yo soi el ciego que lleva la linterna, para que otros se aprovechen de la luz de que él puede gozar. Hablame de cuanto concierne al bien de la Religion, y de esta santa Cruzada, y mis palabras seran vida y sabiduria. Hablame de mi flaco y deleznable ser, y no oiras de mis labios sino el desacuerdo de un insensato.”

“ No quiera Dios, dijo Ricardo, que yo rompa la cadena de paz que debe unir a los Principes de la Cruzada : pero decidme, buen padre,” añadió mitigando la voz : “ ¿ qué satisfaccion pueden darme por la ofensa e insulto que he recibido !”

“ Podere, tengo, dijo Engaddi, y preparado estoi a hablarte de ese punto, en nombre del consejo, que, reunido apresuradamente por

ÉL TALISMAN. 108

orden de Felipe de Francia, lo ha tomado ya en consideracion, y se dispone a dejar tu honor ileso.”

“Estraña cosa es por cierto, esclamó Ricardo, que otros tomen a su cargo reparar las injurias hechas al honor del Rei de Inglaterra.”

“Lo que desean los Monarcas del egercité de la Cruz, dijo el hermitaño, es prevenir tu demanda. Estan unanimente de acuerdo en que se vuelva a colocar la bandera de Inglaterra en el monte de San Jorge; en qué se pregone por bando al malhechor o malhechores que cometieron el delito, y en ofrecer una cuantiosa recompensa al que los entregue vivos o muertos, a fin de librar sus cuerpos a los lobos y a los cuervos.”

“¡ Y Austria! preguntó el Rei. ¡ Austria sobre quien recaen tan fuertes sospechas, y que todos acusan del atentado!”

“Para evitar discordia entre las huestes de Cristo, continuó Engaddi, el Archiduque de Austria se someterá a la prueba que el Patriarca de Jerusalem le imponga.”

“ ¿ No sería mejor la prueba del combate ?”
preguntó el Rei.

“ Su juramento se lo prohíbe, respondió el
hermitaño y además el Consejo de los Prin-
cipes. . . .”

“ No quiere, ni querra nunca, dijo Ricardo,
que haya combates ni contra Moros ni contra
Cristianos. No se hable mas en el negocio,
buen padre; tú me has hecho ver cuan desa-
tinado era el partido que habia abrazado. Mas
facil es encender una antorcha cuando la lluvia
cae a raudales, que sacar una centella de valor
de un frio y misero cobarde. No se puede
adquirir honor con quien no lo tiene. Con-
siento en lo que el Consejo propone, y no
cesaré de insistir en que se verifique el juicio
de Dios.* ; Como he de reirme a carcajadas

* Llamabanse juicios de Dios las pruebas que se hacian
con un reo, para averignar si era o no culpable. Las habia
de muchas clases. Unas veces el reo se obligaba a tomar en
la mano un hierro hecho ascua, y si se quemaba, era con-
denado como delincuente; otras, comulgaba en presencia de
los jueces y del acusador, pues se creia que en caso de haber
cometido la culpa de que se le acusaba, se le anudaria la
garganta y moriria al tragar la forma.

cuando oiga chirriar sus dedos al agarrar la bola de hierro hecha ascua! ; Como he de burlarme de sus contorsiones cuando lo vea atragantarse al querer comulgar la santa Hostia !”

“ Ricardo, dijo el hermitaño, por caridad, si ya no por vergüenza, cesa tan abominables jocosidades. ¿ Quien honrará y obedecera a los Principes que se insultan, y calumnian entre si con tanto encarnizamiento? ; Ah Rei de Inglaterra! ; Qué lastima, que una criatura tan noble como tú; tan exaltada y generosa en obras y palabras; tan capaz de honrar con sus hechos a la Cristiandad, cuando la sabiduría modera sus impetus, tenga la furia brutal y sangrienta del leon, unida a la dignidad y al brío del rei de la soledad !”

Al terminar estas palabras se detubo, absorto en sus meditaciones, y fijos sus ojos en la tierra: despues, prosiguió: “ Los cielos que conocen nuestra naturaleza fragil y quebradiza, aceptan la obediencia imperfecta, y han suspendido el golpe sangriento contra tu agitada

vida. El angel destructor se ha detenido, como lo hizo en los tiempos antiguos a la puerta de Aracina, el Jebusita ; mas la espada brilla en su mano . . . la espada que ha de humillar el orgullo de Ricardo Corazon de Leon, al nivel del mas desamparado de los mendigos.”

“ Si la espada está desnuda, dijo Ricardo, no está lejos el golpe. Mas poco importa : sea breve mi vida, con tal que sea gloriosa.”

“ ; Ai de mi !” exclamó el solitario, y sus secos y enturbiados ojos se humedecieron con desusadas lagrimas ; “ breve, y desventurada ; en el camino que te conduce al sepulcro, que ha abierto ya su lobrego seno para recibirte, no crecen mas que calamidades, y humillaciones y cautiverio. Llegarás al termino espantoso, sin linage que te suceda ; sin que rieguen tu loza las lagrimas de un pueblo, atormentado por tus guerras ; sin haber ilustrado la mente de tus subditos, ni aumentado su bienestar.”

“ Pero no sin fama ni nombradia, contestó Ricardo ; no sin el llanto de la dama de mi

amor; Estos consuelos que tu no sabes conocer ni apreciar acompañarán a Ricardò hasta la huesa.”

“ ¡ No sé yo conocer ni apreciar el amor de una muger, ni los loores de los que profesan la Gaya Ciencia !” exclamó el hermitaño, dejando el tono habitual de tristeza que reinaba en su conversacion, y entusiasmándose al par de Ricardo. “ Rei de Inglaterra,” continuó, descubriendo de nuevo el descarnado brazo, “ la sangre que hierve en tus azuladas venas no es mas noble, que la que yá se ha helado en las mias. Pocas y frias son las gotas que de ella quedan ; pero es sangre de Lusignan, del santo, heroico, y augusto Gofredo. Yo soi . . . quiero decir ; yo era en el mundo, y el mundo me llamaba Alberik Mortemar.”

“ ¡ Tú ! ¡ Dios mio ! prorrumpio el Rei. ¡ Tú el guerrero cuyo nombre ha propagado por toda la Cristiandad el clarin de la fama ! ¡ Como pudo eclipsarse tan brillante astro en el horizonte de la Caballeria ! ¡ Como han podido ignorar los hombres, durante tanto tiempo el

paradero de quien los asombró con sus hazñas!”

“ No soy astro eclipsado, dijo el anacoreta ; fui meteoro pasajero, que solo esparció en su breve carrera una luz incierta y nebulosa. Ricardo, si pensara que con alzar el horrible y sangriento velo que cubre el secreto de mis infortunios, podría lograr de ti que te detubieses a la orilla del abismo, y doblases el cuello a la disciplina de la Iglesia, aun tendría vigor mi lengua para referirte lo que hasta ahora he ocultado con escrupuloso esmero, y sepultado en lo hondo de mi corazón. Oye pues, Ricardo, la historia que sale por primera vez de mis labios. ; Ojalá sirvan de ejemplo a tu elevado y generoso espíritu el dolor y el remordimiento que de nada sirven ya a estos misereros vestigios de lo que antes fue hombre ! Voi a renovar las dolorosas heridas de mi crimen y de mi desventura, aunque me haga perder la vida la sangre que por ellas vierta.”

El Rei Ricardo, que en sus juveniles años había oído con el mas vivo interes la historia

EL TALISMAN. 109

de Alberik de Mortemar, cuando los trovadores, recitaban en los suntuosos convites de su padre las curiosas leyendas de los caballeros de la Tierra Santa, escuchó con respeto la imperfecta, vaga y oscura relacion de unos hechos, que indicaban suficientemente la causa de la insania que aquejaba algunas veces a aquel singular y desventurado personage.

“ No necesito recordarte, dijo el hombre de la soledad, que fui noble en nacimiento, próspero en fortuna, sabio en el consejo, y fuerte en los combates. Todo esto fui, y mientras las mas hermosas y ilustres damas de Palestina engalanaban mi yelmo con guirnaldas de flores, y mientras todas se disputaban mi corazon y mis obsequios, obsequios y corazon se fijaron en una doncella de clase mui inferior a la mia. Su padre, que habia servido en otros tiempos bajo las banderas de la Cruz, echó de ver la pasion que habia hecho de dos almas, una sola, y conociendo cuan grande era la distancia que nos separaba, no encontró mas asilo para el honor de su hija que la reclusion de un monasterio. Volvi de una espedicion remota,

cubierto de gloria, y cargado de ricos despojos : pero hallé frustradas mis esperanzas, pérdida mi ventura, y apagada la antorcha que me iluminaba en el sendero de la vida. Tambien me acogí a la sombra del claustro, y Satanas que me habia designado para ser victima de sus acechanzas, sopló en mi debil corazon el halito pestilente de una soberbia espiritual, que solo pudo tener su origen en las regiones infernales. Subi en los honores de la Iglesia, como antes habia subido en los del Estado. Los elogios, la veneracion de la turba me hicieron creer, y lo creí en efecto, que la sabiduria habitaba en mi corazon, y que mi alma, superior a la humanidad, no podia contaminarse jamas con sus miserias y descarríos. Fui el alma de los concilios ; el director de los prelados. ¿ Qué ostaculos podia hallar en tan altas regiones ? ¿ Qué tentaciones podian acometerme ? ¿ Cuidado de mi ! En un convento retirado y egemplar, cuyas religiosas habian puesto sus conciencias bajo mi direccion, hallé a la que tanto habia amado ; a la que tantas veces habia llorado como pérdida.

¿ Como podre referirte la catastrophe a que este descubrimiento dio origen? Basta que sepas que la profanada virgen, que castigó su culpa clavandose un puñal en el seno, yace en las bovedas de Engaddi, y que sobre su sepulcro gime, y solloza una criatura, a quien la Providencia no ha dejado mas uso de su razon, que el que ha menester para descubrirle lo negro de su crimen, y lo espantoso de su suerte.”

“ ¡ Hombre sin ventura! exclamó Ricardo, ya no estraño nada de lo que se cuenta sobre tus maceraciones y penitencias. ¿ Y como has podido evitar el castigo que los canones fulminan contra tamaño exeso!”

“ Los que solo conocen los senderos del mundo, respondió el hermitaño, te diran que los respetos personales, y las consideraciones debidas a la sangre ilustre de Lusiñan han embotado la cuchilla de la lei. Pero yo te diré, Ricardo, que la voluntad divina me ha preservado para iluminar al que se estravia, como el fanal que indica al marinero en las tnieblas de la noche, las rocas que guarnecen

la procelosa orilla. Gastados estan mis miembros, y encorvadó mi cuerpo bajo el peso del crimen; pero en esta fragil y caduca armazon, moran dos espiritus, tan opuestos entre si, como el resplandor del dia, y la niebla de la noche. El uno es activo, emprendedor, incansable en promover la santa causa de la iglesia de Jerusalem: el otro misero, postrado, mezquino, que solo me dicta anelo por castigar la carne rebelde, y celo y vigilancia en la custodia de la santa reliquia, en que no debo ni puedo fijar los ojos. No me compadezcas; que sería mengua de tu grandeza estender tu piedad a este vil gusano de la tierra. No te apiades de mi: pero aprovechate de mi egemplo. Alta es tu condicion; la mas alta que un Principe Cristiano puede ocupar: mas por esto mismo es mas peligrosa. Tu corazon es soberbio; disolnta tu vida; sanguinaria y esterminadora tu mano. Arroja de tu seno esos tres pecados, que tú miras y acaricias como hijas tiernas. Destierra de tu alma, esas tres furias, tu soberbia, tu disolueion y tu sed de sangre."

“ Se le ha vuelto el juicio,” dijo Ricardo, volviéndose a Sir Tomas de Vaux, y manifestando que le habia hecho una dolorosa impresion la violenta acusacion que acababa de oir. Despues, dirigiendo la palabra al anacoreta, y con una sonrisa amarga entre enojada y burlona, “ reverendo padre, le dijo, muchas hijas son esas, para quien hace tan poco tiempo que se ha casado. Pero puesto que es preciso separarme de las tres doncellas, justo sera, que como buen padre, les busque partidos decentes y ventajosos. Portanto doi mi soberbia a los nobles canonigos de la Cristiandad ; mi disolucion a los frailes de tu Orden, y mi sed de sangre a los Caballeros Templarios.”

“ ; O corazon de acero y mano de hierro, dijo el anacoreta, para quien nada sirven escarmientos, ni egemplos ni lecciones ! Vuelvete a Dios, hazte agradable a sus ojos, y viviras y seras perdonado. Yo te deajo, y me vuelvo a llorar mis pecados. *Kyrie Eleison*. Yo soi aquel por quien pasan los rayos de la gracia divina, como los del sol por un cristal convexo, cuando se concentran y se dirigen a un obgeto, y lo quemam

y aniquilan, entanto que el cristal permanece frío y entero. *Kyrie Eleison.* El mendigo debe ser llamado, puesto que el rico desprecia el banquete. *Kyrie Eleison.*”

Dicho esto, salio precipitadamente de la tienda, lanzando gritos agudisimos.

“ Ese hombre está loco,” dijo Ricardo, de cuyo animo habian borrado las fanaticas exclamaciones del hermitaño, la impresion que le habian hecho los varios y lamentables sucesos de su vida. “ Sigue sus pasos, Sir Tomas, y cuida de que no le hagan daño alguno las tropas del campamento, porque apesar de que seguimos la bandera de la Cruz, nuestros soldados miran con mas respeto un yuglar que un sacerdote, y quizas podran insultarlo, o ponerle alguna señal de escarnio.

El Baron salio a obedecer la orden que le habia dado el Rei, y este quedó solo, reflexionando en los sucesos de aquella mañana, y especialmente en las profecias ominosas del solitario de Eaggaddi, cuyas voces resonaban aun en sus oidos, y cuyas miradas penetrantes, y animadas por el fuego de la inspiracion, no

EL TALISMAN. 115

podían borrarse de su fantasía. “ ¡ Morir pronto y sin linage! decía a sus solas, ¡ y sin que me lamenten mis vasallos! Dura sentencia, y formidable oráculo, si merecieran fe los labios que lo han pronunciado. Pero los Sarracenos, que tan versados son en ciencias místicas, dicen que aquel en cuyos ojos la sabiduría del sabio no es mas que locura, inspira saber y espíritu profético en el destemplado cerebro del loco; y ese hermitaño también lee y estudia las estrellas, que es arte muy practicado en estas tierras, donde las antorchas del Firmamento son objetos de especial idolatría. Quisiera haberlo consultado acerca de la pérdida de la bandera, porque ni su Santo Fundador pudo haber manifestado nunca un fuego mas sobrenatural en sus ojos, ni mayor imperio y soberana unción en sus palabras— De Vaux ¡ qué noticias me traes del loco!”

“ ¡ Loco lo llama Vuestra Magestad! respondió el Barón. Llamadlo más bien Bautista, que viene del desierto a preparar los caminos

al Señor. Hase colocado en una de las maquinas militares del campamento, y desde ella está predicando a los soldados, como nunca se ha oido predicar desde los tiempos de Pedro el Hermitaño. Los tercios, alborotados por sus gritos acuden a él, y ya hai millares de hombres pendientes de sus labios. El interrumpe de cuando en cuando su discurso, para hablar a los soldados de diferentes naciones en sus lenguas respectivas, usando de los argumentos mas eficaces y persuasivos, para que se mantengan firmes en la empresa de rescatar de los infieles el sepulcro del Redentor.”

“ Eso si, voto a San Jorge, dijo el Rei, y viva el buen hermitaño : pero ¿ qué otra cosa puede producir la sangre de Gofredo ? El infeliz desespera de su salvacion porque tubo amores con una monja : hubiera sido una rica Abadesa, y el Papa le hubiera ya enviado una bula de composicion.”

Al decir estas palabras, el Arzobispo de Tiro pidio audiencia para rogar a Ricardo que asistiese, si su salud se lo permitia, a un con-

EL TALISMAN. 117

clave secreto de los Principes, y caudillos de la Cruzada, y para darle cuenta de los incidentes políticos y militares que habian ocurrido durante su enfermedad.

CAPITULO VI.

6.

El Arzobispo de Tiro era un emisario mui al proposito para comunicar a Ricardo, noticias y circunstancias que el Corazon de Leon no hubiera podido escuchar en otros labios, sin prorrumpir en los mas violentas esplosiones de colera y resentimiento. Aun con ser tan sagaz y respetable, no fue mui facil al Prelado inducir a Ricardo a que escuchase con paciencia, novedades inesperadas, que destruian todas sus esperanzas de rescatar el Sepulcro de Cristo por fuerza de armas, y de adquirir aquella fama y nombradia, que toda la Cristiandad estaba pronta a tributarle, como primer Campeon de la Santa Cruz.

El Arzobispo puso en noticia del Rei de Inglaterra que el Soldan Saladino estaba reuniendo toda la fuerza de las cien tribus que obedecian a su voz, y que los Monarcas de Europa, disgustados ya, por diferentes motivos,

N.E.T. 6: Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

Must we then sheathe our still victorious sword;/ Turn back our
forward step, which ever trode/ O'er foemen's necks the onward path of
glory;/ Unclasp the mail, which with a solemn vow,/ In God's own
house, we hung upon our shoulders--/ That vow, as unaccomplish'd as
the promise/ Which village nurses make to still their children,
And after think no more of? THE CRUSADE, A TRAGEDY.

¿Tendremos que envainar la espada triunfadora/ Y hacer retroceder nuestros pasos que hollaron/ Enemiga cerviz, camino de la gloria;/ La cota desvestir, que con solemne voto/ En la casa de Dios nuestro cuerpo vestía..., /Voto tan incumplido como aquellas promesas/ Que nodrizas de aldea para acallar al niño/ Hacen, sin recordar nunca?

La Cruzada. Tragedia.

[*Suero Roca, T., op. cit., 275*].

de una expedición tan aventurada y peligrosa, y que prometía serlo más cada día, habían resuelto abandonar y desistirse de su propósito. Dábales el principal ejemplo de esta determinación, Felipe Rey de Francia, el cual había declarado positiva y solemnemente su resolución de volver a Europa, protestando antes con la misma solemnidad, que no lo haría sino cuando su Augusto hermano el de Inglaterra pudiese retirarse o permanecer, según su gusto, con la mayor seguridad. Su gran vasallo, el Conde de Champaña, estaba en las mismas intenciones, y no debía ser de extrañar, que Leopoldo, Archiduque de Austria, afrentado y ofendido por Ricardo, pensase también en abandonar una empresa, de la cual era jefe su antagonista. Otros varios caudillos habían ya expresado los mismos deseos; así que el Rey de Inglaterra, según el aspecto que presentaban las cosas, no podía contar con otros auxilios, en caso de ostinarse en permanecer en Palestina, que con aquellos voluntarios, que apesar de tan funesta perspectiva, deseasen agregarse al ejército de Inglaterra. En cuanto a las

ayudas precarias de Conrado de Monserrate, y de las Ordenes militares del Templo, y de San Juan, aunque sus juramentos los obligaban a combatir en defensa del Sepulcro, su política debía oponerse a que un solo Monarca tomase a su cargo la conquista, por que tanto el Marques como los superiores de ambas Ordenes, prefiriendo su propio engrandecimiento al bien de la Cristiandad, aspiraban a adquirir y establecer dominios independientes en la tierra de Palestina.

No fue necesario echar mano de mui sutiles argumentos para hacer ver a Ricardó cuan critica y penosa era su situación. Calmado el primer arrebató de colera que todas estas novedades exitaron en él, se sentó tranquilamente, bajos los ojos, cruzados los brazos, inclinada la orgullosa cerviz, y oyó con paciencia los racionios y comentarios del Arzobispo, sobre la imposibilidad de llevar adelante una Cruzada, cuyos sostenedores y apoyos abandonaban la causa que hasta entonces habian defendido. Bastante comedimiento tubo para escuchar sin interrupcion toda la arenga del Prelado, aun-

que este, envalentonado por el silencio del Rei, se aventuró a decir que su impetuosidad y altanería habían contribuido en gran manera a desanimar a los Principes, y a inspirarles el deseo de separarse de la expedición.

“ *Confiteor,*” dijo Ricardo, con el mas profundo abatimiento, y con una sonrisa que indicaba la amargura de su situación, y el desprecio con que miraba a los otros Principes Cristianos. “ Confieso, reverendo padre, que tengo algunos motivos para darme de golpes en los pechos, y esclamar a gritos *mea culpa*. Pero ¿ no es cosa terrible que algunas pocas miserables flaquezas me hayan valido una penitencia tan severa y dura, y que por dos o tres raptos de impaciencia, me vea privado de pronto del mas rico de los galardones, viendo marchitarse las abundantes esperanzas que abrigaba en mi corazón, y que debían redundar en gloria de Dios, y en honor de la Caballería? No se marchitarán empero. No . . . lo juro por el alma del Conquistador. Mis manos plantarán la Cruz en los muros de Jerusalem, o los soldados de Inglaterra la plantarán en la huesa de Ricardo.”

“ Vuestra Magestad, dijo el Prelado, podra obrar como su valor le dicte : lo que puedo asegurarle es que no se derramará en esta guerra una gota de sangre Cristiana, salvo la de los soldados que inmediatamente dependen de sus ordenes.”

“ Ni Sarracena tampoco, Señor Arzobispo, exclamó el Monarca. ¡ No es verdad ? Es asunto tratado ya, y concluido. Las partes estan de acuerdo.”

“ Harta gloria sera para vos, respondió el Arzobispo, haber conseguido de Saladino, por fuerza de armas, y por el respeto que vuestra fama merece, tales y tan honrosas condiciones, como son, restituir el Santo Sepulcro a los Cristianos, franquear la Tierra Santa a los peregrinos, establecer fortalezas para su seguridad, y sobre todo, afianzar la de la Palestina, confiriendo a Ricardo el titulo de Custodio del Santo Sepulcro.”

“ ¡ Como !” exclamó Ricardo, centelleando sus ojos con extraordinario brillo. “ ¡ Yo . . . yo ! ¡ Custodio del Santo Sepulcro ! La victoria mas completa no bastaria a conseguir tanto,

ganada con Principes discordes, y con tropas desunidas. ¡ Y qué dice Saladino ! ¡ Conservará sus derechos y autoridad en Jerusalem !”

“ Como soberano unido, y aliado, y confederado con el poderoso Ricardo, dijo el Arzobispo, y, si se le permite, unido a su familia, por medio de un enlace matrimonial.”

“ ¡ Un enlace !” dijo Ricardo sorprendido, mas no tanto como lo temia el Prelado. “ ¡ Ah .. si ! Edit de Plantagenet ¡ Lo he soñado yo, o me han hablado acerca de ese negocio esta misma mañana ? Mi cabeza está tan debil con los efectos de la fiebre, mis nervios estan tan agitados. ¡ Fue el Escoces, o El Hakim, o el hermitaño el que me dijo algo acerca de ese casamiento ?

“ Seria probablemente el anacoreta de Engaddi, dijo el Arzobispo de Tiro, porque ha trabajado mucho en la materia. Desde que se han manifestado sintomas de descontento entre los Principes de la Cruzada, con anuncios de una inevitable separacion de sus fuerzas respectivas, ha tenido ese santo hombre muchas

conversaciones y entrevistas con Cristianos y Turcos, para convenir en las principales cláusulas de este convenio de pacificación, lisonjándose con la esperanza de poder obtener por este medio, el objeto que toda la Cristiandad se ha propuesto en esta guerra.”

“ ¡ Mi prima, esposa de un infiel !” exclamó Ricardo, quedando profundamente reflexivo y confuso.

El Prelado creyó oportuno no perder tiempo, y prevenir los efectos de su ira.

“ El consentimiento del Papa, dijo, es lo primero de que se debe tratar, y el hermitaño, que es muy conocido en Roma, se encarga de pedirlo, y obtenerlo.”

“ ¡ Como ! dijo Ricardo. ¡ Antes que yo haya dado mi permiso !”

“ No por cierto,” dijo el Arzobispo, con voz suave y con tono respetuoso. “ Nunca se hubiera procedido a negocio tan arduo, sin vuestro espreso mandato.”

“ ¡ Casar a una doncella de la casa de Plantagenet con un Pagano !” dijo Ricardo, como dudando aun del suceso que se le acababa

de referir, mas bien que reprobando o desechando abiertamente la proposicion. “ ; Hu- biera yo podido pensar en semejante alianza, cuando salté de la proa de mi galera a la tierra de Palestina, como el leon que se lanza impetuosamente a su presa! Pero, seguid, reverendo padre. Oiré con paciencia cuanto tengais que decirme.”

El Arzobispo de Tiro vio con indecible satisfaccion que no era tan penosa ni arriesgada la empresa que se habia puesto a su cargo.

Por tanto entró en larga conversacion con Ricardo, sin dar tiempo a que se resfriasen tan buenas disposiciones, citando los matrimonios que en España se habian contraido entre guerreros Sarracenos, y doncellas Cristianas, con la aprobacion y dispensa de la Sede Apostolica, y ponderando las incalculables ventajas que a toda la Cristiandad resultarian de la union de Ricardo y Saladino, por medio de un vinculo tan sagrado. Habló por ultimo, con gran uncion y vehemencia, de la probabilidad que Saladino abrazase la fe de Cristo, en caso

de que fuese llevada a efecto la propuesta alianza.

“ ¿ Ha mostrado el Soldan, preguntó Ricardo, alguna disposición favorable a la lei del Evangelio? Si así es, no hai un Monarca en la tierra a quien yo dé con mas satisfacción la mano de mi prima que al noble, y generoso, y magnanimo Saladino. No digo mi prima, mi hermana misma le daria sin inconveniente, aun cuando en lugar de cetro y corona, solo tubiera que ofrecer su valiente espada, y su leal corazón.”

“ Saladino, dijo el Prelado, ha oido a los ministros de la Religion, y aun a mi mismo, y a otros prelados, con dulzura y paciencia; sus respuestas y obgeciones han sido blandas y comedidas: tarde o temprano saldra de las tinieblas del Mahometismo. *Magna est veritas, et prevalebit.* Ademas de esto, el hermitaño de Engaddi, cuyas palabras nunca son vanas, ni aereas, cree que no tardará en haber una gran conversion de Musulmanes y otros Paganos, de resultas de este casamiento. El buen ana-

coreta sabe leer el curso de los astros. Las maceraciones de su carne, y su continua residencia en aquellos sitios elevados, que fueron antes la mansion de tantos varones inspirados por el espíritu de Dios, le han merecido ciertas comunicaciones con el de Elias, santo fundador de su Religion, el cual iluminó a Eliseo, hijo de Sofat, cuando lo cubrió con su manto.”

El Rei Ricardo oyó el discurso del Arzobispo de Tiro, con cierto abatimiento, y humildad.

“No sé como entenderlo: dijo, mas pareceme que esos frios y pusilanimos consejos de los Principes de la Cristiandad han comunicado a mi alma una tranquilidad letargica, que no habia sentido antes. Hubo un tiempo en que hubiera hecho pedazos sin detenerme al primer lego que me hubiese hablado de semejante enlace; y si hubiera sido un eclesiastico, le hubiera escupido en el rostro, como a un renegado y discipulo de Baal. Confieso que ahora esa proposicion no me parece estraña ni injuriosa. ¡ Porqué he de desochar la fraternidad de un Samacno valiente, justo, generoso; que

aprecia y respeta a su enemigo, como si fuera su amigo y compañero, en tanto que los Principes de la Cristiandad abandonan a sus aliados, y abandonan la causa del cielo y de la Caballeria? Pero ¿degemos esto si hemos de hablar en paz. Que me degen tan solo dar un golpe en favor de la santa causa que hemos venido a defender, y en bien de esta liga de Cristianos, si todavia puede darsele este nombre, y si no me sale bien, volveremos a tratar de ese plan que me proponéis. Por ahora, ni lo acepto, ni lo reuso. Vamos al Consejo, que ya es la hora señalada. Decis que Ricardo es fiero y orgulloso: vais a verlo humilde y sumiso como la oveja."

El Rei llamó a los oficiales de su servidumbre, que lo ayudaron a ponerse veste y manto, de igual y oscuro color, y sin otra señal de la dignidad Real, que una ligera diadema de oro, se encaminó con el Arzobispo de Tiro acia el consejo, cuyos individuos aguardaban su presencia, para dar principio a la sesion.

El pabellon del Consejo era una gran tienda,

a cuya puerta tremolaban dos banderas. Una era la de la Cruz; en la otra se veía la imagen de una muger hincada de rodillas; suelto el cabello, cubierto de dolor el rostro, en simbolo de la abandonada y viuda iglesia de Jerusalem; con una inscripcion que decia: *afflicta sponsa ne obliviscaris*: no te olvides de la esposa aflijida. Entorno de la tienda, y a muchos pasos de distancia de ella, habia varios piquetes de alabarderos escogidos, afin de que nadie se acercase durante los debates, que a veces daban lugar a acaloradas y ruidosas disputas.

Alli pues estaban los Principes y Caudillos de la Cruzada, aguardando la llegada del Rei de Inglaterra, y el tiempo que tardó en conversar, como lo hemos visto, con el Arzobispo de Tiro, le fue en cierto modo desventajoso, porque sus enemigos y antagonistas lo emplearon en censurar su orgullo, altanería y sed de mando, citando muchos lances que lo probaban, y aun alegando tambien su tardanza, como un testimonio de la superioridad, que sobre todos los gefes de la Cruzada queria ejercer. Fortificaronse unos a otros en sus male-

volas intenciones, alegando las circunstancias mas pequeñas e insignificantes, y sin atreverse a confesar, que la superioridad que Ricardo se arrogaba, procedia en gran parte, del respeto involuntario que le tributaban hasta sus mismos malquerientes, como un homenaje que no le podia negar quien conocia sus altas y generosas prendas.

Todos estaban de acuerdo en recibirlo a su entrada con fría indiferencia, y sin otra señal de cortesía que la que rigurosamente exigia el ceremonial. Pero cuando vieron aquel elevado y magestuoso continente; aquel semblante, que aunque palido todavia de resultas de su última dolencia, reunia la gravedad y la dulzura; aquellos ojos que los trovadores y poetas llamaban brillantes estrellas de la batalla, y astros de la victoria; cuando su presencia guerrera y airosa les trajo a la memoria tantas memorables hazañas, tantos rasgos increíbles de fuerza y de valor, todos ellos, sin exepctuar al envidioso Rei de Francia, ni al rencoroso y agraviado Archiduque de Austria, se alzaron espontaneamente de sus asientos, y

rompieron en altas aclamaciones que decían
“ Viva el Rei Ricardo de Inglaterra: viva y
prospere el grande y valiente Corazon de
Leon.”

Ricardo contestó con afabilidad y dulzura,
dando gracias por estos testimonios de aprecio,
y espresando la satisfaccion que le causaba el
verse otra vez en medio de sus nobles her-
manos, los caballeros de la Cruzada.

“ Algunas breves razones quisiera dirigir a
esta augusta asamblea,” tales fueron las pala-
bras de Ricardo, “ tocante un negocio, de
poca importancia sin duda, pero cuyas resultas,
sin embargo, pueden contribuir al bien de la
Cristiandad, y a la prosperidad de nuestra
santa empresa.”

Los Principes se sentaron, segun el orden
respectivo de sus dignidades, y mantubieron un
profundo silencio.

“ En este dia, continuó Ricardo, celebra la
Iglesia nuestra Madre, una de sus grandes
festividades, y es propio de Cristianos, sobre
todo cuando se hallan empeñados en una guerra
cuyos fines son tan elevados y justos, recon-

ciliarse con sus hermanos, y confesarse mutuamente sus flaquezas. Nobles Principes, y padres de esta santa espedicion, Ricardo es un soldado; su mano está siempre mas apercebida que su lengua; y su lengua solo habla el idioma de la tosca y dura profesion de las armas. Mas no se menoscabe la gran causa de la redencion de Palestina, por las acciones inconsideradas, y desacordadas razones de Plantagenet. No renuncien tan esforzados capitanes y Principes ilustres a la fama que pueden ganar en la tierra, y a las mui mas dignas recompensas celestiales que esta guerra les promete, solo por las imprudencias de un soldado, y por la insensatez de sus discursos, duros como el acero que desde su temprana niñez está manejando. Si Ricardo ha faltado a alguno de vosotros, Ricardo hará la debida reparacion de obra y de palabra. Noble hermano de Francia ¿ he tenido yo la desventura de ofenderte ?”

“ La Magestad de Francia no tiene que pedir reparacion alguna a la de Inglaterra,” respondió Felipe, con apacible dignidad, acep-

tando al mismo tiempo la mano que Ricardo le ofrecia. “ Cualquiera que sea mi opinion sobre la prosecucion de esta empresa, estriba tan solo en razones particulares, y en las circunstancias interiores de mis reinos, y no ciertamente en ningun sentimiento de envidia ni enemistad para con mi Real y mui valeroso hermano.”

“ Austria,” dijo Ricardo, encaminándose con aire de franqueza y magestad al Archiduque Leopoldo, que se puso inmediatamente en pie, a manera de un automata, cuyos movimientos dependen de un impulso exterior: “ Austria se cree ofendida por Inglaterra; Inglaterra cree que tiene razones para quejarse de Austria. Perdonense mutuamente sus injurias, afin de que no se rompa la paz de la Iglesia, ni la concordia de las huestes de la Cruzada. Juntos nos hemos alistado, y juntos combatimos por la mas gloriosa y santa de las banderas: la bandera de la Salvacion: degémos pues a ün lado mezquinas rencillas, y odiosas rivalidades acerca de los simbolos de nuestras dignidades terrenas. Solo requiero, y solo pido que Leo-

poldo de Austria restituya el pendon de Inglaterra si lo tiene en su poder, y Ricardo dira, aunque no tiene para ello otro motivo que el bien de la Santa Iglesia, que se arrepiente del colerico arrebatado que lo indujo a insultar el pendon de Austria.”

Leopoldo no dio respuesta alguna a este discurso de Ricardo. Sus miradas estaban fijas en la tierra, y en su rostro se pintaban la confusion, el odio y la incertidumbre; todo lo cual, junto con el natural embarazo y lentitud de su indole, le estorbaba hallar palabras para responder debidamente en tan delicadas circunstancias.

El Patriarca de Jerusalem se apresuró a sacarlo de su apuro, y tomó la palabra para asegurar, como testigo de vista, que Leopoldo se habia lavado por medio de un juramento solemne, de toda inteligencia y participacion directa o indirecta en la agresion cometida contra el estandante de San Jorge.

“Entonces, dijo Ricardo, confesaré que he menoscabado el honor de Austria, y agraviado injustamente al noble Archiduque. Imploro su

perdon por haberle imputado accion tan indigna y cobarde, y le presento mi mano en señal y prenda de amistad y fraternidad. Pero ¿qué es esto? ¡Austria reusa mi mano desnuda, como reusó antes mi guante de malla! ¡Qué! ¡Ni seremos compañeros en paz, ni enemigos en guerra! Bien ... sea así! Tomaré la poca estima en que me tiene, por penitencia del daño que le he hecho en un momento de exasperacion, y nada nos debemos uno a otro.”

Al acabar estas palabras se volvió a su asiento, mirando al Archiduque con mas dignidad que desprecio, entanto que el Austriaco parecia tan aliviado, al verse libre de aquel critico encuentro, como el timido muchacho cuando sale de la presencia de su inflexible pedagogo.

“ Noble Conde de Champaña, continuó Ricardo, ilustre Marques de Monserate, valiente Gran Maestre de los Templarios, aqui teneis a un penitente contrito y humillado. ¿Teneis algunos cargos que hacerme? ¿Alguna satisfaccion que demandarme?”

“ Yo tan solo tengo que presentar una

queja contra el Rei de Inglaterra, dijo el boquidulce Conrado, y es que coge para sí todos los laureles que produce la tierra de Palestina, y no deja a sus hermanos una sola rama, con que puedan adornar sus frentes.”

“ Mi acusacion, si se me da la venia de presentarla ante los nobles Principes de la Cruzada, dijo el Maestre de los Templarios, es mas grave y de mas consecuencia que la del ilustre Marques de Monserrate. Estraño parecera que solo alce la voz en esta ocasion un fraile soldado, mientras enmudecen tantos altos personajes, y acreditados caudillos: pero importa a la hueste entera de caballeros Cruzados, y tambien importa a Ricardo de Inglaterra, que se esplanen en su presencia, los cargos que en su ausencia, con tan fundadas razones, se le hacen. Nosotros todos alabamos, y tenemos en gran aprecio y estima el valor, y las inclitas proezas del Rei de Inglaterra; pero todos tambien desaprobamos, y no podemos sobre llevar esa superioridad que se arroga, esa precedencia que reclama, y de que se apodera, con respeto a unos Principes independientes, que

EL TALISMAN. 137

por ningun motivo deben someterse a tan manifiesta violacion de su igualdad. De nuestra libre y plena voluntad, seriamos sin duda alguna, en gran manera condescendientes con quien ha traído a la hueste de Cristo tanta intrepidez, tanto celo, tanta riqueza, y tanto poder: pero cuando exige como legitimos derechos lo que pudiera y debiera aguardar de nuestra cortesía y favor, degrada, menoscaba y envilece a sus hermanos y aliados, cual si fueran sus vasallos y pecheros, humillando a los ojos de nuestros soldados y subditos, el lustre de nuestra autoridad, como si no nos fuera dado ya egercerla. Puesto que el valiente Ricardo quiere que se le hable la verdad, puesto que la pide con tanta sencillez y franqueza, no estrañe ni se enoge al escucharla de uno que ha renunciado a las pompas de este mundo, y a cuyos ojos la autoridad temporal es nada, salvo en cuanto pueda conducir a la prosperidad del templo de Dios, y a la humillacion del leon que ruge en busca de una presa qué devorar. La verdad quiere saber, y la verdad he dicho, y esta verdad puede ser con-

firmada, y lo es en efecto por todos los que me oyen, por mas que les cierre los labios el respeto.”

Ricardo mudó muchas veces de color, en tanto que el Gran Maestro dirigia este violento y descubierto ataque a su conducta. El murmullo de aprobacion con que fue recibido el discurso por los Principes de la asamblea, le dio a conocer que todos ellos asentian en la justicia de la acusacion. Aunque se hallaba tan resentido como avergonzado, al verse espuesto a las hostilidades de sus enemigos, conocio que si daba rienda suelta a los impulsos de su corazon, facilitaba un triunfo seguro a su frio acusador, que quizas no tenia otro obgeto que irritarlo en presencia de los otros caudillos, y estrecharlo a salir de la moderacion que tan ilustre reunion de magnates imponia. Por tanto reprimiendo con nuevo esfuerzo la pasion que en aquel momento lo dominaba, se mantubo en silencio, hasta haber repetido en voz baja un paternoster, que era el remedio que le habia dado su confesor, como el mas seguro y eficaz, para calmar los empuges de su ira.

El Rei habló despues en los terminos siguientes, con comedimiento y apacibilidad, pero con algunos visos de amargura, que se notaron sobre todo al principio de su discurso.

“ ¿ Y no es mas que eso ? ¿ Y tantas dificultades han hallado mis hermanos en descubrirme las flaquezas de mi indole, y la precipitacion y ceguedad de mi celo, que a veces, involuntariamente, y sin intento premeditado, me lleva a dar la voz de mando, cuando quizas seria mas acertado y mas prudente consultar a mis iguales, y obrar de acuerdo con su parecer ? Lejos estaba yo de pensar que esas ligeras ofensas, a que alude el valiente Gran Maestro de los Templarios, y en que la intencion no tiene la menor parte, hubieran echado tan profundas raices en los corazones de unos Principes Cristianos, no menos prudentes que generosos. ¿ Podia yo sospechar siquiera que por causa mia alzarian la mano del arado mis compañeros, cuando tan poco espacio queda para acabar el surco ? ¿ que solo por mi causa se detendrian a las puertas de Jerusalem, cuando sus aceros han sabido

abrirles el camino? En vano me envanecía yo con la esperanza de que mis pobres servicios contrapesarian el recuerdo de mis errores. En vano me consolaba la idea de que si siempre he sido el primero en el ataque, y el ultimo en la retirada; si mi bandera ondeaba en los campos conquistados por mi acero, esta era la unica ventaja que me satisfacía, entanto que otros se enriquecian con los despojos. Pude llamar mia la ciudad sometida, y cedi su dominio a otros. Quizas habre formado planes temerarios, pero no he escaseado mi sangre, ni la de los mios, para llevarlos a egecucion. Quizas en la confusion de la marcha o de la accion, he tomado el mando de huestes ajenas; pero sus soldados han sido tratados como los mios, y con dinero de mis cofres se les han proporcionado viveres y medicinas, que sus propios soberanos no podian suministrarles. Mengua es, Señores Principes, recordar lo que ninguno sino es yo hubiera debido olvidar. Pensemos en cosas de mas peso; pensemos en el porvenir, y no haya miedo que el orgullo, ni la temeridad, ni la ambicion de Ricardo sirvan de

EL TALISMAN. 141

ostaculo en el camino a que la Religion y la gloria os llaman. No, no, jamas. No sobreviva yo al pensamiento de que mis flaquezas y enfermedades han disuelto y relajado los vinculos de paz y de concordia que ligan a los Principes del egercito de la Cruz. Cortariame la mano izquierda con la derecha, si asi fuera preciso para atestiguaros mi sinceridad. Cederé, si quereis, todo mando, toda autoridad en las huestes, y aun en las de mis vasallos naturales. Mandelos y gobiérnelos el Principe que designeis. Su soberano trocará el baston de gefe, por la lanza de aventurero, y se alistará bajo las ordenes de Beau-Seant, en los escuadrones de los Templarios; o seguirá el pendon de Austria, con tal de que un hombre de pro lo conduzca. Empero si estais cansados de esta guerra, y el peso de la armadura os abrumba y molesta, dejad a Ricardo diez o quince mil hombres de las tropas que mandais, para que pueda llevar a cabo el cumplimiento de vuestro voto; y cuando se rescate la ciudad Santa, cuando los hijos de la Cruz se apoderen de Sion, no se escriba en sus puertas el nombre

de Ricardo Plantagenet, sino los nombres de los Principes generosos con cuyos auxilios se complete la gran obra del triunfo del Cristianismo.”

La energica elocuencia, y la espresion animosa y determinada del heroico Monarca, exitaron de pronto los abatidos espíritus de los Principes Cruzados, encendieron su devocion, y fijando todo su interes y todo su celo en el obgeto de la empresa que habian jurado llevar a cabo, hicieron avergonzar a muchos de ellos de la parte que habian tomado en disensiones fundadas sobre tan fragiles cimientos. Miraronse unos a otros como si mutuamente se alentasen a la pelea, y mui en breve sus aclamaciones respondieron unánimemente al impulso que habia comunicado a sus almas la voz sonora e irresistible de Corazon de Leon. Todos prorrumpieron en el grito de guerra con que Pedro el Hermitaño conmovio la Europa, y cubrio de guerreros Cristianos las playas del Oriente. “ Dios lo quiere, Dios lo quiere. A Jerusalem, a Jerusalem.” A estos gritos siguieron las espresiones de la admiracion y de

la confianza que inspiraban las heroicas prendas del Monarca Ingles. “ Todos te seguiremos : mandanos tú con tu formidable acero. Ninguno mas digno de guiar a los valientes. ¡ Bendito sea el que nos envía el brazo que ha de egecutar sus preceptos !”

Los gritos mil veces repetidos de los Principes que estaban reunidos en el pabellon del Consejo, llegaron a oidos de los piquetes de alabarderos que formaban la guardia del circuito exterior, y mui en breve resonaron entre los diferentes tercios del egercito de la Cruzada, que sea por efecto de la ociosidad, o por influjo del clima, habian empezado a desanimarse, y a perder el brio que en tantas ocasiones habian manifestado. Pero la presencia de Ricardo, y el belico rumor que de la tienda del Consejo salia, bastaron a revivir el entusiasmo amortiguado de las tropas. Millares de voces repetian en confusa algazara, y en diferentes idiomas. “ A Sion, a Sion. Guerra contra los infieles. A las armas, a las armas. Dios lo quiere : Dios lo quiere.”

Las voces del egercito llegaron a oidos de los

Principes, y redoblaron su fervor. Los pocos que hasta entonces habian permanecido indiferentes, temieron que se sospechase su celo y su Religion. Solo se hablaba en el Consejo de marchar intrepidamente a Jerusalem cuando terminase la tregua; solo se trataba de las medidas necesarias para aprovisionar y aumentar los tercios. El consejo se separó, con todas las señales de la buena fe, y de la resolucion decidida de marchar al enemigo; mañ estas intenciones, que nunca habian existido en los animos de algunos Principes, en breve se resfriaron y desvanecieron en los de los otros.

El Marques de Monserrate y el Gran Maestre de los Templarios, que eran los mas opuestos a la prosecucion de la empresa, se retiraron juntos a sus cuarteles, inquietos y poco satisfechos con los ocurrencias del dia.

“ Ya te lo habia dicho, Marques,” dijo el Templario, con la amarga sonrisa que caracterizaba su fisionomia: “ Ricardo romperá la armazon de tus tramas y enredos, como el leon rompe los debiles tegidos de la araña. Ya lo

EL TALISMAN. 145

has visto. Con solo abrir la boca, ha hecho lo que ha querido de esa manada de insensatos, como el viento disipa y arrebató las pajas de una era.”

“ Cuando el viento ha pasado, respondió el Marqués, las pajas vuelven a caer al suelo.”

“ Pero, ¿ no ves además, dijo el Templario, que tú mismo has echado a perder el negocio, y que Ricardo puede aceptar el convenio que tan contrario a sus ideas y sentimientos te parecía ? Buena la has hecho, amigo Conrado. De modo que si esta efervecencia pasa, y los Principes persisten en retirarse, y Ricardo queda solo y a sus anchas, no por eso dejará de ser Rei de Jerusalem, si conviene en ello Saladino, y se estipula así en el tratado.”

“ Por Mahoma, y por las barbas de todos los Califas, dijo Conrado, ya que no es moda echar juramentos Cristianos, que eres un pobre hombre si te imaginas que Ricardo consentira jamas en unir la sangre de Plantagenet con la de un Soldan Mahometano. Toda mi politica se ha esmerado en introducir en el convenio una clausula que siempre mirará con horror

este altivo isleño, puesto que tan malo sería para nosotros que fuese Rei por pacto o por derecho de conquista.”

“ Tu política no ha sabido calcular las disposiciones de Ricardo, respondió el Gran Maestro : yo las conozco, por ciertas cosas que me ha referido el Arzobispo. ¿ De qué ha servido todo ese alboroto que has fraguado sobre la bandera? El caso que se ha hecho del tal incidente, es el que en realidad merecian dos varas de terciopelo bordado. Marques, tu ingenio, empieza a flaquear, y de ahora en adelante, solo pondre confianza en mis propios designios. ¿ Tienes alguna idea de esa gente que los Sarracenos llaman Charegitas ?”

“ Si, dijo el Marques ; son unos entusiastas devotos y fanaticos que sacrifican la vida al triunfo y a los progresos de su Religion . . . asi . . . por el estilo de los Templarios, con la diferencia de que van de buena fe, y nunca se detienen ni retroceden de su proposito.”

“ No es tiempo de chanzas, dijo el Templario ; sabe pues que uno de esos Charegitas ha hecho voto de quitar la vida al que ellos

EL TALISMAN. 147

miran como el principal y mas formidable enemigo de su Religion.”

“ Exelente Turco, dijo Conrado, y Mahoma le dé el paraiso en galardón.”

“ Ha caido en manos de uno de nuestros escuderos, dijo el Gran Maestro, y habiendolo yo examinado privadamente, ha confesado de plano su proyecto.”

“ El cielo perdone, dijo Conrado, a quien le impide llevar adelante su designio.”

“ Es mi cautivo, continuó el Templario, y lo tengo separado de los otros y privado de toda comunicacion; pero un cautivo puede escaparse de su prision.”

“ Por supuesto, dijo el Marques, y sobre todo, cuando el que lo guarda deja sin remarcar la cadena.”

“ Si en efecto se escapa, dijo el Templario, no haya miedo que desista del cumplimiento de su voto, porque estos alanos no abandonan la pieza, una vez que la han huzmeado.”

“ No hablemos mas, dijo el Marques; ya veo adonde vas a parar. El medio es horro-

roso : pero las circunstancias son mui urgentes. El refran dice que los muertos no hablan.”

“ Digotelo porque no te coja descuidado el tumulto, continuó el Templario ; y porque no sabemos donde ira a descargar la rabia de los Ingleses. Hai otro grande inconveniente. Mi page sabe las intenciones de este Charegita, y es ademas un mozalvete presumido y entonado, que quiere que yo vea todo por sus ojos, y no por los míos. Quisiera deshacerme de él, y ojalá lo hubiera hecho antes. Pero mi orden me autoriza a ciertas medidas, que en este caso pueden ser mui conducentes . . . no . . . aguarda . . . mejor sera que el Sarraceno encuentre un puñal en su calabozo, y es probable que haga uso de él, cuando vea entrar al page con la comida.”

“ Eso puede dar otro colorido al lance, dijo el Marques, pero . . .”

“ Pero, dijo el Templario, es palabra de necios. El hombre de seso ni vacila, ni se retrata ; sino que resuelve y egecuta.”

CAPITULO VII.

7.

RICARDO, desprevenido objeto de la negra traicion referida al fin del capitulo precedente, persuadido de haber estrechado los vinculos que unian a los Principes Cristianos, y de haber arraigado en sus corazones los deseos de llevar a cabo la gran empresa del rescate del sepulcro de Jesu Cristo, creyó oportuno tratar de restablecer la paz en su familia; y hallándose ya calmada la agitacion que en él habia producido la perdida de la bandera, se halló dispuesto a indagar con madurez y sangre fria las circunstancias de aquel suceso, y las relaciones que existian entre su prima Edit de Plantagenet, y el caballero del Leopardo.

Sir Tomas de Vaux pasó a la tienda de la Reina, y en su presencia, y en la de las damas de su servidumbre, espuso que el Rei mandaba llamar inmediatamente a Lady Calista de Montgaillard, primera camarera de Berenguela.

N.E.T. 7. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

When beauty leads the lion in her toils, / Such are her charms, he dare not raise his mane, / Far less expand the terror of his fangs. / So great Alcides made his club a distaff, / And spun to please fair Omphale. ANONYMOUS.

Cuando en sus redes prende al león la hermosura, / Tan colmada de gracias, él agitar no osa / Sus crines, y menos remover el terror de sus garras. / Así el gran Alcides hizo de clava rueca, / Para resultar grato a Orfala, la hermosa.

Anónimo.

[*Suero Roca, T., op. cit., 292*].

“¿Qué será de mí?” dijo temblando la cuitada doncella. “¿Qué he de responder a sus preguntas? Capaz es de matarme.”

“Nada temais, noble dama, repuso el Barón; Su Magestad ha perdonado al caballero Escoces, que era el reo principal, y lo ha puesto a disposición del físico Sarraceno. No es posible que se manifieste muy severo con una dama, por muy criminal que sea.”

“Saca de tu cabeza alguna historia peregrina, dijo la Reina. Ricardo tiene sobrado qué hacer en asuntos más graves, y no irá a hacer otras indagaciones sobre la verdad.”

“Referid el suceso como ha pasado, dijo Lady Edit, o si no, lo sabrá de mi boca.”

“Con la venia de Vuestra Magestad, repuso De Vaux, mi opinión es que se adopte en esta ocasión el acertado consejo de Lady Edit: porque aunque el Rei Ricardo dará entera fe y crédito a lo que Vuestra Magestad le diga, no creo que tenga la misma condescendencia con Lady Calista, en el asunto de que se trata.”

“El Barón de Gilsland tiene razón,” dijo Lady Calista, cada vez más agitada con la idea

de su próxima conversacion con el Rei, “ y ademas que aun cuando me fuera posible forjar alguna historia, creo que me faltaria presencia de espiritu, para contarla de manos a boca al Rei.”

Lady Calista fue conducida por De Vaux a la tienda de Ricardo, y, como se lo habia propuesto, le declaró paladinamente todo lo que habia ocurrido, sin omitir la menor circunstancia de los artificios de que el pobre Sir Kenneth habia sido victima, disculpando a Lady Edit, porque estaba segura que ella sabia mui bien hacerlo, y echando toda la culpa a la Reina Berenguela, con cuyo nombre pensaba quedaria bastante escudada la imprudencia. En efecto, Ricardo era un exelente marido; era casi el amante de la Reina. El primer impetu de su colera habia pasado, y ya no era tiempo de reñir por lo que no se podia reparar. La diestra Lady Calista, acostumbrada desde su temprana juventud a los manejos y enredos de Palacio, y a espíar los gestos y las palabras de los personajes, corrio a la tienda de la Reina, a prevenirle que Ri-

cardo vendria mui en breve a hacerle una visita, añadiendo de su caudal un largo comentario, fundado en sus propias observaciones y congeturas, de las que inferia que la intencion del Rei era presentarse con aspecto severo, lo bastante para que Berenguela se manifestase arrepentida de su ligereza, en vista de lo cual el Rei concederia su perdon a todas las que habian tomado parte en el negocio.

“ ¿ Piensas tú, dijo la Reina, que el viento sopla ahora por ese lado? Pues cree que por grande que sea la autoridad del Rei de Inglaterra, le ha de ser difícil intimidarme, pues como acostumbran decir los pastores de los Pirineos alla en mi amada Navarra, muchos hai que van por lana, y vuelven trasquilados.”

Habiendose enterado menudamente de todos los pormenores que Calista le comunicó, Berenguela se vistio con particular esmero, y aguardó sin recelo la venida del heroico Ricardo.

Al entrar este en el pabellon de su esposa, se halló en la situacion de un Príncipe que penetra por una provincia sublevada, creyendo

que arrepentidos los culpables solo aguardan su presencia para ofrecerle su sumision, e implorar su piedad, y de pronto se halla con nuevas ofensas, nueva desobediencia y nueva insurreccion. Berenguela conocia el poder de su hermosura y de sus gracias; el imperio que ejercia en el corazon de su esposo, y la facilidad con que lo reduciria a su propia voluntad, una vez que hubiera pasado, sin dejar trazas injuriosas, el primer impetu de su colera. Lejos de mostrarse avergonzada y sumisa, mientras Ricardo la reprendia y amonestaba, tomó denodadamente la palabra para defender y justificar lo que habia hecho, como un juego inocente del cual nadie podia agraviarse. Negó con donosos subterfugios que Nectabano estubiese autorizado a sacar al caballero fuera del monte de San Jorge, y en esta parte lo realmente cierto, era que el enano no llevaba orden de introducir a Sir Kenneth en la tienda de la Reina. Berenguela insistio elocuentemente en esta parte de su defensa, y de aqui tomó pie para reconvenir al Monarca por su dureza y crueldad, en reusar a su esposa la

vida de un desgraciado, que por ella sola se habia comprometido, y habia faltado a su deber. Lloró, suspiró, sollozó, y ponderó los tormentos que hubieran atosigado todo el curso de su existencia, si con tan inhumano rigor se hubiera castigado un crimen, a que ella habia dado inocentemente motivo, ignorando los usos de la caballeria, y las leyes de la disciplina militar. “ La infeliz victima, dijo, me hubiera atormentado en mis sueños, y como tantas veces ha ocurrido en semejantes ocasiones, segun las historias nos dicen, su espectro no se hubiera separado de mi lado en las calladas horas de noche. Tal era la vida desventurada que me aguardaba, y ¡ quien hubiera sido la causa de tan insufrible tormento? Vos . . . vos, que tantas veces os habeis manifestado docil a una mirada de mis ojos, y que sin embargo estabais decidido a ejercer un acto de venganza, no ignorando cuales serian sus resultados.”

Todo este torrente de elocuencia femenina llevó el acostumbrado acompañamiento de lagrimas y suspiros, y el gesto, y el tono de voz

de la Reina, manifestaban que su resentimiento no procedía, ni de orgullo, ni de ostinacion, sino de la pena que le causaba ver el poco influjo que egercia en el corazon de su esposo.

El buen Plantagenet se halló entonces en uno de los mayores embarazos de su vida. Procuró en vano entrar en conversacion razonada con Berenguela; mas ella lo interrumpia a cada paso, lamentandose de haber perdido el afecto de quien tantas veces se lo habia jurado, y en vano tambien hubiera querido hacer uso de su autoridad, con una criatura tan hermosa, y cuya afliccion parecia tan sincera y profunda. No le quedaba mas recurso que tomar la defensiva, y así lo hizo, combatiendo suavemente los recelos de su esposa, rogandola que se desenojase, y haciendole ver sobre todo que era inutil recordarse de lo pasado con remordimiento y con temor de consecuencias sobrenaturales, puesto que Sir Kenneth estaba vivo y sano, por la intercesion de un medico Arabe, que mas que ningun otro poseia el arte de prolongar los dias

de su protegido, y conservar ilesa su salud. Mas esta excusa lejos de suavizar a la Reina, aumentó su exasperacion, y le dio lugar a nuevas reconvenciones sobre la facilidad con que Ricardo habia concedido a un curandero, a un infiel, la 'gracia que su esposa le habia pedido de rodillas. A estos nuevos ataques, el Rei empezó a perder la paciencia, y aunque refrenó cuanto pudo su malhumor, no pudo menos de responder con gravedad y firmeza : “ Berenguela, ese curandero, ese infiel me ha salvado la vida. Si esta vida tiene algun precio a tus ojos, no te ofenderas cuando sepas que el medico no quiso admitir otra recompensa que la vida del Escoces.”

La Reina vio que habia sacado el mayor partido posible de sus artificios, puesto que los habia llevado hasta donde su propia seguridad lo permitia.

“ Ricardo, dijo, ¿ porqué no me habeis proporcionado la satisfaccion de espresar a ese sabio mi gratitud ? ¿ Pensais que no me hubiera sido grato conocer a quien ha salvado la

flor de la Caballería, la gloria de la Inglaterra, el ancla de las esperanzas, y la antorcha de la vida de la pobre Berenguela?”

La disputa matrimonial terminó muy en breve a satisfacción de ambas partes, y a fin de satisfacer en algún modo los fines de la justicia, Ricardo y Berenguela quedaron de acuerdo en echar toda la culpa a Nectabano, el cual, con su esposa Ginebra, fue condenado a perpetuo destierro de la Corte: medida a que la Reina no se opuso por estar ya cansada de los chistes de aquellos personajes. El cuitado enano hubiera recibido además una buena dosis de azotes, a no haber asegurado Berenguela que ya se le había aplicado castigo corporal. Debiendo enviarse muy en breve un emisario a Saladino, para noticiarle la determinación que había tomado el Consejo de renovar las hostilidades inmediatamente que espirase la tregua, y queriendo aprovecharse Ricardo de aquella ocasión para remitir un regalo al Soldan, en agradecimiento de los servicios de El Hakim, convinieron Ricardo y Berenguela en que los dos enanos formarían

parte de aquel don, como curiosidades que por la estrañeza de sus formas, y de su humor, podian divertirlo en sus ratos de descanso.

Ricardo tubo que sostener aquel dia otra lucha con un enemigo tan debil como Berenguela, a saber, con Edit de Plantagenet, a quien se propuso hablar con dignidad e indiferencia; porque aunque era hermosa, y gozaba de toda la estimacion de su primo, y aunque este tenia ya suficientes motivos para disipar sus injustas sospechas, al cabo no era si su esposa ni su querida, y el Rei no temia tanto sus reconvenciones, aunque fundadas en razon, como las de Berenguela, con ser tan aereas y fantasticas. Habiendo deseado hablarle a parte, entró en su alojamiento, inmediato al de la Reina, cuyas dos esclavas Coptas habian permanecido arrodilladas en un rincon durante toda la entrevista. Edit estaba cubierta de un delicado velo negro, cuyos anchos pliegues envolvian la graciosa y elevada persona de la ilustre doncella; el resto de su trage era sencillísimo y modesto. Alzose, cuando vio entrar al Rei, hizole una profunda

reverencia, y por su mandato volvió a tomar asiento. Ricardo se sentó a su lado, y Edit se mantuvo callada, esperando que el Rei empezase la conversacion.

Ricardo, que solia tratar a Edit con la familiaridad que el parentesco permitia, quedó algun tanto confuso a tan inesperado recibimiento, por lo que se vio embarazado, acerca del lenguaje de que debia usar en aquella ocasion.

“ Mi hermosa prima, dijo al fin, está todavía enojada. Confiesole que han sido graves y poderosas las circunstancias que me han inducido, aunque sin fundamento real, a sospecharla de una conducta harto diferente de la que ha seguido en el curso de su vida. En este oscuro valle en que estamos condenados a peregrinar algunos años, no es de estrañar que nos extravien las sombras, y nos ofusquen la luz. ¿ Sera posible que no se le perdone al vehemente Ricardo una falta de esta especie ?”

“ ¿ Quien puede negar perdon a Ricardo, dijo Edit, si Ricardo logra el perdon del Rei ?”

“ Querida prima, dijo Ricardo, ya esta es

demasiada gravedad. Por la Virgen nuestra Señora que me asustas con ese aspecto grave y melancólico. Con ese funebre velo pareces una viuda, o a lo menos una tierna amante que acaba de perder al bien amado de su corazón. No hai motivo para tanta pena: ya debes saberlo. ¿A qué viene pues ese luto?"

"Por el honor perdido de Plantagenet, dijo Edít; por la gloria borrada de la casa de mi padre."

"¿ Honor perdido!" exclamó Ricardo, arrugando la frente. "¿ Gloria borrada! Pero tú tienes licencia para decir lo que gustes, y como yo te he tratado con alguna injusticia, sin duda quieres vengarte, tratandome con sobrada dureza. Dime a lo menos cual es la falta que he cometido."

"Plantagenet, dijo Edít, hubiera debido o castigar una ofensa, o perdonarla. Impropio es de su grandeza entregar hombres libres, Cristianos, y bravos caballeros a los hierros de un Musulman: ageno es de su condicion vender una vida a precio de una libertad. El ultimo suplicio hubiera sido crueldad, pero con

EL TALISMAN. 161

alguna sombra de justicia; la esclavitud es tiranía descarada.”

“ Ya veo, amada prima, respondió el Monarca, que tú eres de las que opinan que a muertos y a idos no hai amigos, y que tanto monta tener al galan lejos, como no tener ninguno. ‘ Consuelate: veinte buenos ginetes estan a mis ordenes para ir en pos del desterrado, y sacarte de tu inquietud, si acaso es depositario de algun secreto que haga necesaria su muerte, y peligroso su destierro.”

“ Basta de chanzas indecorosas,” dijo Edit, cubierta involuntariamente de rubor. “ Valiera mas que te arrepintieras de haber dado rienda suelta a tu ánimo vengativo, con lo que has privado a esta gran empresa de uno de sus miembros mas utiles; has alejado de la Cruz uno de sus mas intrepidos defensores; has librado un servidor del Dios verdadero a las manos de los infieles. A tu misma reputacion y buen nombre has hecho daño, puesto que no habra quien no diga en todo el campamento: Ricardo se ha deshecho del hombre mas vali-

ente de su egercito por temor de que lo eclipsase algun día su fama.”

“ ¡ Yo, yo !” exclamó Ricardo, notablemente resentido. “ ¡ Donde está el hombre de cuya fama puede tener envidia Ricardo? Quisiera que aun estuviera en el campamento, y nos veriamos las caras. Hombre a hombre, y cuerpo a cuerpo, y dejando a parte los respetos y el esplendor de la corona, saldria a su encuentro en el campo, y vieramos entonces si Ricardo Plantagenet tiene que temer la fama o las proezas de algun otro mortal. Edit, tú no dices lo que piensas. ¿ Porque has de ser tan injusta con quien desea conservarse en tu buena opinion tanto como en la del que mas? ¿ Es acaso efecto del enojo que produce en tí la ausencia de tu amante ?”

“ ¡ La ausencia de mi amante! dijo Lady Edit. Bien merece ese título quien a tanta costa lo ha pagado. Indigna era yo de su homenaje y adoracion, porque sabete que yo era la luz que lo guiaba en la noble senda de la caballeria : pero quien diga que yo he olvidado

mi condicion, o que el ha pasado de los limites de la suya, aunque tenga una corona en la cabeza, falta a la verdad, y calumnia a dos inocentes.”

“ Palabras me atribuyes, amada prima, dijo Ricardo, que no han salido de mis labios. No he dicho yo que hayas concedido a ese hombre otros favores que los que un buen caballero, sea cual fuere su gerarquía, puede solicitar de la princesa mas encumbrada. Pero por la Virgen, que yo sé lo que son amorios; que empiezan con mudo respeto, y tímido acatamiento; y luego lo ocasion trae consigo la familiaridad y luego . . . pero de nada sirve hablar con quien se cree mas juiciosa y mas cumplida que los siete sabios de Grecia.”

“ Los consejos de mi augusto primo, dijo Edit, me seran siempre gratos, con tal de que no ofendan mi honor ni mi caracter.”

“ Los Reyes, prima mia, dijo Ricardo, no aconsejan, que mandan.”

“ Los Soldanes querras decir, respondió Edit, que son los que reinan sobre esclavos.”

“ No es extraño, dijo Ricardo, que tanto

desprecie a los Soldanes, quien en tan alta estima tiene a los Escoceses: pero has de saber, Edit, que mas confiaria yo en la palabra y en la fe de Saladino, que en la de Guillermo de Escocia, no ostante el sobrenombre de Leon con que pretende ilustrarse. Ya ves en lo que han venido a parar los grandes refuerzos de hombres que tantas veces me ha prometido. Todavia he de vivir lo bastante para ver que prefieres un Turco leal, a un falso Escoces.”

“ Nunca jamas, respondió Edit, aun cuando el mismo Ricardo, Corazon de Leon, abrazase la falsa Religion que ha venido a combatir a Palestina.”

“ El tiempo quizas te hara pensar de distinto modo, dijo Ricardo, y baste por ahora de Escoceses y Soldanes. Nada de lo que ha pasado me estorvará aprovechar las ocasiones de serte grato.”

Ricardo se retiró con aspecto apacible y risueño, aunque nada satisfecho del exito de su visita.

Cuatro dias habian pasado, despues que Sir Kenneth hubo salido del campamento del eger-

EL TALISMAN. 165

rito Cruzado, en compañía del sabio y oficioso El Hakim, cuando el Rei de Inglaterra se hallaba una tarde sentado en su pabellon, gozando de una agradable brisa, cuya frescura, desusada en aquellos paises, parecia venir de la frondosa Inglaterra, para vigorizar a su intrepido Monarca, cuando estaba recobrando las fuerzas que le eran necesarias para poner cima a sus atrevidos proyectos. No lo acompañaba a la sazón ninguno de sus fieles y intimos servidores: De Vaux se hallaba en camino de Ascalon, adonde habia ido a conducir refuerzos y municiones, y los otros se ocupaban en los ramos de sus respectivos servicios, disponiendo todo lo necesario para las hostilidades que iban a abrirse de nuevo, y para una previa gran reseña del egercito de los Cruzados que debia hacerse en el siguiente dia. El Rei escuchaba atento el agitado susurro de los soldados, el golpeteo de los yunques, el estrepito de los armeros, y la alegre voceria de los Cruzados que parecia animada por el brio y el deseo de combatir, y por la seguridad del triunfo y de la victoria. Mientras Ricardo se deleitaba en

esta agitacion tan analoga a su indole, y que fortalecia en su mente las ideas de gloria y conquista que continuamente lo alimentaban, entró en su camara un gentilhombre, con el aviso de estar esperando a la puerta un mensajero de Saladino.

“ Dale entrada inmediatamente, dijo el Rei, y con los honores debidos.”

El gentilhombre introdujo a la presencia del Rei una persona, que aunque, segun todas las apariencias, era un esclavo Nubiano, exitó en gran manera el interes y la curiosidad del Monarca. Era de soberbia estatura, de simetricas y nobles proporciones, de facciones airosas y espresivas, y aunque su color era como el del azabache, no se notaba en él ninguna de las particularidades que distinguen la mayor parte de las castas de los negros. Cubria sus cabellos un turbante blanco como la nieve, y su trage se componia de un manto corto del mismo color, abierto por el pecho y por las sobremangas, bajo del cual se descubria una tunica de flexible piel de-leopardo, que no le llegaba a la rodilla. Tenia desnudos sus ro-

EL TALISMAN. 167

bustos y fornidos brazos y piernas, salvo unas ligeras sandalias que le servian de calzado, y unas argollas de plata que le servian de brazaletes y collar. Llevaba pendiente de la cintura una ancha espada, con guarnicion de madera de boge, y vaina de piel de serpiente; en la mano derecha un dardo con ancha y brillante punta de acero, de un palmo de largo, y en la izquierda un cordon de seda y oro, al que estaba atado un alano tan airoso como fuerte.

Postrose el mensagero, descubriendo al mismo tiempo los hombros, en señal de sumision, y habiendo tocado la tierra con la frente, dejó hincada una rodilla, entanto que presentaba al Rei, envuelta en una cubierta de brocado de oro, y esta en otra de finisima seda, la carta de Saladino, en su original Arabigo, con la traduccion en Ingles-Normando. Este documento decia asi.

“ Saladino, Rei de Reyes, a Melec Rei, el Leon de Inglaterra. Ha llegado a nuestra noticia por tu ultimo mensage, que has preferido la guerra a la paz, y nuestra enemistad a

nuestra benevolencia y alianza. Hemos admirado tu ostinacion y ceguedad, y esperamos mui en breve convencerte de tu error, con la ayuda de las invencibles fuerzas de nuestras mil tribus. Alah, Dios del profeta, y Mahoma, profeta de Dios, decidiran entre tus armas y las mias. Por lo demas, te tenemos en alto aprecio, y te damos gracias por los dones que nos has remitido, y por los dos enanos, tan singulares en su diformidad como Esopo, y tan alegres comó el laud de Isaac. Y en prueba de la gratitud que nos merecen estas prendas del Real tesoro de tu bondad, te hemos enviado un esclavo Nubiano, llamado Zohauk, del cual no debes juzgar por el color de su cuerpo, segun las ideas erradas que prevalecen entre los hombres, puesto que el fruto que los rayos del sol han ennegrecido, suele tener esquisito sabor. Sabete que obedece la voluntad de su dueño, con la prontitud de Rustan de Zablestan, y que es diestro y sabio en dar consejos, como lo sabras por tu propia experiencia, cuando hayas aprendido a entenderte con él, porque el señor de la palabra ha

quedado enmudecido en los muros de marfil de su boca. Te lo recomendamos encarecidamente, esperando que no esté lejos la hora en que pueda serte de gran utilidad. Y con esto nos despedimos de ti, rogando a nuestro mui santo profeta te liame al conocimiento de la verdad, que viene con la iluminacion de lo alto; siendo tambien nuestro sincero deseo que se restablezca prontamente tu salud, afin de que Alah juzgue entre tú y yo en el campo de butalla.”

Y la carta estaba autorizada con la firma y el sello de Saladino.

Ricardo observó al Nubiano, el cual estaba ya en pie enfrente del Monarca, fijos los ojos en el suelo, cruzados los brazos sobre el pecho, semejante a una magnifica estatua de marmol negro, que aguarda la centella de la vida, de las manos de Prometeo. El Rei de Inglaterra que gustaba de contemplar y estudiar al hombre, cualquiera que fuera su patria y su condicion, despues de haber examinado la armoniosa simetria de sus formas, el vigor que denotaban sus musculos y huesos, y la esvelta

arrogancia de su estatura, le preguntó en lengua Franca si era Pagano.

El esclavo meneó la cabeza, y poniendo los dedos de la mano derecha en la frente, se hizo la señal de la Cruz, para demostrar que profesaba la Religion de Cristo; despues de lo cual, volvió a su humilde e inmovil continente.

“ Cristiano de Nubia, sin duda, dijo Ricardo, y mutilado por esos perros.”

El mudo volvió a menear la cabeza, señaló con el dedo al cielo, y lo colocó sobre los labios.

“ Ya entiendo, dijo Ricardo, Dios es quien te ha quitado el uso de la palabra, y no la crueldad de los hombres. ¿ Sabes limpiar una armadura, y ajustarla ?”

El mudo hizo una seña con la cabeza, inclinandola ligeramente, y dirigiendose a una cota de malla, que pendia con el broquel y el yelmo, de uno de los pilares de la tienda, la descolgó con tanto tino, que el Monarca conoció su destreza, inteligencia y habito en las funciones de escudero.

“ Vco, dijo Ricardo, que lo entiendes, y no

dudo que me seras util. Tu serviras en mi cuarto, y cerca de mi persona, a fin de que el Soldan sepa en cuanta estima tengo sus dones. Si no tienes lengua, no llevarás chismes, ni provocarás mi mal humor con importunas respuestas.”

El Nubiano se postró de nuevo, hasta tocar la tierra con la frente. En seguida se alzó, y se colocó a alguna distancia, esperando las ordenes de su señor.

“ Bueno es que empieces desde ahora tu oficio, dijo Ricardo, porque veo una mancha de orin en ese broquel, y cuando yo lo presente a Saladino, quiero que esté tan puro y tan brillante como su honor.”

Al decir Ricardo estas palabras, se oyo una trompa a la puerta de la tienda, y en seguida entró en la camara Sir Henry Neville con unos pliegos. “ De Inglaterra, Señor,” dijo Sir Henry, y puso los despachos en manos del Rei.

“ ¡ De Inglaterra ! exclamó Corazon de Leon. ¡ De la amada Inglaterra !” y se detubo melancolico y pensativo. “ ¡ Ah ! ¡ cuan poco

saben los Ingleses los males que aquejan a su Soberano! enfermedad, pesadumbre, falsos amigos, y enemigos disimulados." Despues, abriendo los pliegos, " tambien, dijo, vienen de tierra de enemigos. Neuville marchate. Quiero enterarme de su contenido a solas, y a mis anchas."

Neville se retiró, y Ricardo entró mui en breve en los tristes pormenores que sus amigos y confidentes le daban desde Inglaterra, acerca de las facciones que destrozaban aquellos dominios; la desunion y enemistad que reinaban entre sus dos hermanos Juan y Gofredo, y las disputas de ambos con el Justicia Mayor Longchamp, Obispo de Ely; las opresiones que egercian los nobles con los pecheros; las revueltas de estos contra sus señores, y las consecuencias de estos disturbios que habian parado en guerra intestina y efusion de sangre. A estas noticias que abatian su orgullo, y menoscababan se autoridad, seguan los consejos que le daban sus mas sabios y adictos ministros, que se reducian a que no tardase en presentarse enmedio de sus vasallos, puesto

que solo su presencia podia salvar aquel pais de los horrores de una discordia civil, de cuyos presagios y anuncios estaban ya aprovechandose Escocia y Francia. Ricardo leyó y volvió a leer las malhadadas noticias, con indecible abatimiento y amargura, comparando las circunstancias que en unas cartas se mencionaban con las que se indicaban en las otras, y quedando sumergido en tan profunda distraccion, que parecía insensible a los obgetos que lo rodeaban, no ostante que para gozar de la frescura de la tarde, se habia puesto a la puerta del pabellon, con la cortina descorrida, de modo que podia ver y ser visto de todos los que estaban en las inmediaciones.

En lo interior de la misma pieza, y afanado en la tarea que su nuevo amo le habia impuesto, estaba el esclavo Nubiano, vuelto casi de espaldas a Ricardo. Ya habia limpiado y ajustado el peto y la gola, y estaba empleado a la sazón en un ancho paves, cubierto con placas de acero, de que Ricardo, se servia en los reconocimientos y ataques de las plazas fortificadas, por ser de mas defensa y pro-

teccion contra las armas arrojadizas, que el pequeño broquel triangular, de que se servia cuando combatia a caballo. Este paves no llevaba ni las armas de Inglaterra, ni ninguna otro emblema ni divisa, afin de no llamar la atencion de los sitiados contra quienes se dirigia. El armero Africano se esmeró pues en bruñirlo, y dejarlo tan brillante como el cristal mas fino. Junto al esclavo, y sin poder ser visto de los que estaban fuera de la tienda, yacia el hermoso perro, que podía con razon llamarse su hermano en esclavitud, el cual medio asustado de verse en la morada del poder y de la grandeza, no se apartaba del lado de su dueño, recogidos todos sus miembros, y clavados en tierra las orejas y el hocico.

Mientras el Monarca y el esclavo mudo estaban del modo que acabamos de describir, otro actor se presentó en la escena, y se introdujo entre el grupo de los alabarderos de la guardia, de los cuales, los mas inmediatos a la puerta del pabellon, se mantenian, contra su costumbre, en profundo silencio, respetando el que guardaba su agitado y melancolico cau-

EL TALISMAN. 175

dillo. No por esto habia particular vigilancia en la guardia. Algunos de los que la componian jugaban con guijarros a juegos de azar; otros conversaban en voz baja acerca de los preparativos que se hacian para las proximas hostilidades; otros enfin se habian abandonado al reposo y al sueño, cubiertos en sus anchas capas verdes.

En medio de estos descuidados custodios de la persona de Ricardo, aparecio la ridicula persona de un viejecillo Turco, pobremente vestido como un *marabut*, o santón del desierto, gente fanatica y entusiasta, que solia de cuando en cuando introducirse en el campamento de la Cruzada, aunque los soldados los trataban siempre con escarnio, y algunas veces con violencia. El lujo y la ociosidad de los personajes de la Cruzada habia atraido a las tiendas y cuarteles, un gran numero de músicos, cortesanas, y mercaderes Judios, Coftos y Turcos, que eran el desecho de las naciones de Oriente. De modo, que aunque el caftan y el turbante debian ser y eran en realidad objetos de odio y enemistad a los ojos de los

soldados, se solian ver con frecuencia en el campamento, sin escandalo ni inquietud. Cuando el viejecillo de que hemos hablado se acercó a la guardia, y fue descubierto por los soldados, se quitó el turbante verde que en la cabeza llevaba, haciendo ver que estaba completamente rapada a navaja, a uso de los bufones de Oriente, al mismo tiempo que sus facciones desatentadas, y sus contorsiones y visages denotaban el destemple de su fantasia.

“ Baila, marabut,” digeron los soldados, que ya conocian las costumbres de aquella clase de vagabundos. “ Baila o a fuerza de latigazos no dejamos hueso sano en el cuerpo.” Todos ellos repitieron las mismas palabras, tan satisfechos de tener algo con qué pasar el tiempo, como el muchacho que descubre una mariposa en el jardin, o un nido de gorriones en el arbol.

El santon, que parecia mui dispuesto a dar gusto a sus espectadores, empezó a dar saltos y cabriolas, con tanta ligereza y soltura, que parecia una hoja arrancada por el viento, y movida en prontos giros por sus remolinos. Salia de su desnuda cabeza una sola trenza de

negros cabellos, que en medio de todas estas agitaciones se mantenía constantemente erguida, como si por ella lo agarrase y sostuviese la mano invisible de un genio; y en efecto todos sus ejercicios y contorsiones parecían efecto de una causa sobrenatural, puesto que apenas podía percibirse cuando fijaba la punta del pie en el suelo, para tomar nuevo impulso. En medio de estas muestras de su extraordinaria ligereza, mudaba continuamente de sitio, dirigiéndose a uno y a otro lado del círculo que formaban los alabarderos, y salvando con sus brincos considerables distancias, de cuyo modo logró aproximarse insensiblemente a la entrada del pabellon del Rei; así que, cuando cayó exausto y sin fuerzas en tierra, después de haber dado dos o tres saltos superiores a todos los que hasta entonces había ejecutado, solo se halló a distancia de treinta varas de la persona de Ricardo.

“ Dadle un jarro de agua, dijo un guardia, que estos saltimbanquis siempre tienen sed después de la danza.”

“ ¡ Agua dices, Long Allen !” exclamó otro.

¿ Quisieras tú refrescarte con brevage de fuente despues de un egercicio como ese ?”

“ Lléveme Satanas, dijo un tercero, si prueba una gota. Es menester que el bailarín aprenda a ser buen Cristiano, y que empiece su conversion con un buen trago de vino de Chipre.”

“ Buena idea, dijo un cuarto, y si acaso se resiste traeremos el cuerno de Dick Hunter, con el que le da los brevages a la yegua cuando le entra el torozon.”

Los soldados formaron entonces un circulo en torno del fatigado y exausto dervis, y mientras uno lo tomaba en sus brazos, como si fuera un rollo de esteras, otro le presentaba un enorme jarro de vino. El viejo estaba tan abatido que no le fue posible proferir una palabra, mas con los gestos de su mano, y con los movimientos de su cabeza, dio a entender el horror que le inspiraba la vista del licor prohibido por el Profeta. Sin embargo, los militares no se hallaban mui dispuestos a ceder en sus instancias.

“ Venga el cuerno,” exclamó uno de ellos.

“ Poca diferencia hai entre un Turco y un

caballo. El cuerno puede servir a uno como a otro.”

“ Por San Jorge, vais a escandalizarlo, dijo Long Allen, y ademas es un pecado mortal dar a un perro infiel una racion que puede mui bien restaurar el estomago de un Cristiano.”

“ Hombre, respondió Enrique Woodstall, digote que no conoces la indole de estos Turcos. Veras como el vino le produce un efecto contrario que a nosotros. El vino le dara juicio como a nosotros nos lo quita. ¡ Escandalizarse! Si, como la perra negra del caporal cuando ve una libra de manteca.”

“ Bueno es que eche un trago de vino en este mundo, dijo Tomas Blacklees, el que por toda una eternidad no ha de tener una gota de agua que calme su sed rabiosa.”

“ ¡ Y qué ha hecho el pobre, preguntó Long Allen, para merecer ese suplicio? Es Turco y cree en Mahoma, porque su padre, y su abuelo, y su tatarabuelo eran Turcos, y creian en Mahoma. Si hubiera nacido Cristiano, y vuelto casaca, eso es otra cosa. Entonces el rincon

mas caliente de los profundos, debrian servirle de cuarteles de invierno.”

“ Calla por Dios, Long Allen, dijo Enrique Woodstall; ; qué lengua! Acuerdate de las regañaduras de Frai Francisco, cuando aquello de la Egipcia de ojos negros. Si el padre llega a saber lo que has dicho, no te aguarda mal enjabonado. Pero aqui viene el cuerno. Vamos a la maniobra. Tenedle abierta la boca con una guarnicion de espada.”

“ ; Ola, ola! dijo Tomas, no le gustan los preparativos, y prefiere el vaso. Dadselo pronto. Bien empieza, y no es esta la primera zorra que ha desollado. Hasta arriba. Vaya que el Turco tiene trazas de ser un buen Cristiano.”

En efecto, el marabut se tiró a pechos sin resollar todo el vino de Chipre que el jarro contenia, y cuando lo apartó de los labios, y se estuvo algunos minutos saboreandose y relamiendose, prorrumpio, cerrando los ojos, y cruzando los brazos sobre el pecho, en la exclamacion favorita de los de su clase: Alah

EL TALISMAN. 181

Kerim, o Dios es misericordioso. Las carcajadas universales de los guardias al ver toda esta escena, sacaron al Rei de su distraccion, el cual levantandose enojado, los reprendio severamente por el poco orden y disciplina que guardaban.

Callaronse todos, amedrentados y confusos, porque conocian el temple de Ricardo, que a veces gustaba de familiarizarse con sus compañeros de armas y peligros, y a veces, aunque no con mucha frecuencia, exigia el mas humilde respeto de sus tropas. Los guardias se alejaron de la Real persona, procurando llevarse consigo al marabut, el cual incapaz de dar un paso, sea por la fatiga que aun le duraba de sus piruetas, sea porque el vino habia aletargado todas sus potencias, hizo una tenaz resistencia con sus gestos y con sus gruñidos.

“ Dejadlo quieto,” dijo en voz baja Long Allen a sus compañeros. “ Quedese ahi junto al centinela, y quitadle la daga por si acaso, que no tardará en dormirse como una piedra.”

El Monarca hizo otra señal de impaciencia

y enojo, y todos se retiraron precipitadamente, dejando al dervis en el suelo, en la aparente incapacidad de menear una sola coyuntura. Un momento despues todo quedó tan tranquilo como estaba antes que hubiese venido el marabut.

CAPITULO VIII.

8.

DURANTE un cuarto de hora, o mas, despues del incidente que se ha referido al fin del capitulo anterior, reinó el mayor silencio en torno del pabellon de Ricardo. El Rei leia y meditaba a la puerta; detras y con la espalda vuelta a la entrada, estaba el esclavo Nubiano, ocupado todavia en bruñir el ancho paves de su dueño. Enfrente, y a cien pasos de distancia se veian los alabarderos de la guardia, sentados o estendidos por el suelo, jugando o conversando en voz baja, y procurando no turbar la quietud de su Soberano. En la esplanada que mediaba entre ellos, y la puerta de la Real habitacion, yacia el marabut, inmovil como un haz de leña.

Pero el Nubiano se servia del paves como de un espejo, con cuyo auxilio podia descubrir facilmente todo lo que pasaba por afuera, y en su bruñida superficie observó no sin es-

N.E.T. 8. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

--and wither'd Murder, /Alarum'd by his sentinel, the wolf,/ Whose howl's his watch, thus with his stealthy pace,/ With Tarquin's ravishing strides, towards his design/ Moves like a ghost. MACBETH.

... Y el espantoso crimen/ Por su centinela descubierto, el lobo,/ Cuyos aullidos indican que está al acecho/ Se iba acercando con sus furtivos pasos,/ Como se aproximaba el violador de Tarquino,/ Avanzando cual fantasma, hacia el negro designio.

Macbeth.

[*Suero Roca, T., op. cit., 312*].

trañeza e inquietud, que el marabut alzaba cautamente la cabeza, como para examinar el sitio, con apariencias de estar en su sentido, y de abrigar alguna siniestra intencion. Volvió a reclinarse, como si estuviera seguro de que nadie lo observaba, y empezó a arrastrarse lentísimamente acia la tienda, deteniéndose de cuando en cuando, a guisa de araña que se aproxima a su presa, y queda de pronto inmovil, y como muerta cuando ve que ha llamado su atencion. Este movimiento pareció sospechoso al Nubiano, que, sin hacer el menor ruido ni ademán que pudiese ser notado por el Rei, se preparó a todo lo que ocurriese, y se puso en actitud de colocarse de un salto, con su acero en la mano, a la puerta del pabellon, y al lado de su dueño.

El marabut al mismo tiempo continuó su maniobra, cada vez con mas precaucion y silencio, como la culebra que se arrastra entre las matas, sin menear ninguna de sus hojas; y cuando estuvo a diez varas de distancia del Rei, se puso de pronto en pie, saltó acia la puerta, con el impetu y la ligereza de un tigre,

EL TALISMAN. 185

llegó a espaldas del Monarca, y blandió sobre su cuello el *cangiar*, o puñal, que hasta entonces habia tenido oculto en una de las mangas de su vestido. La presencia de todos los tercios del egercito de Inglaterra, no hubiera sido parte a salvar al heroico Monarca de aquel inesperado golpe : pero los movimientos del Etiope habian seguido uno a uno a los del asesino, y los habia calculado con tanta puntualidad y esactitud, que antes que pudiera descargar el golpe funesto, le pudo detener el brazo, que habian armado el entusiasmo y el fanatismo. Volviendo entonces toda su rabia contra el que se habia interpuesto entre él y su victima, el Charegita, que esto era en realidad el fingido santon, dio con su puñal un golpe al Nubiano, hiriendole aunque superficialmente el brazo, lo que no le estorvó valerse de la superioridad de su fuerza, y arrojarlo al suelo con violencia. Ricardo se levantó de pronto, y con pocas mas señales de sorpresa, de odio, o de terror, que las que espresaria un hombre cualquiera, al aplastar una abispa importuna, alzó el escaño en que

hasta entonces habia estado sentado, y lo lanzó a la cabeza del malvado, exclamando tan solo “ ¡ Ah perro ! ” El golpe partió el craneo del Charegita, el cual despues de haber pronunciado dos veces en voz alta, aunque interrumpida por el dolor, “ Alah ackbar ” o Dios es victorioso, espiró a los pies del Monarca.

“ Cuidadosos centinelas sois en verdad, ” dijo Ricardo a sus guardias, los cuales empezaron a levantarse atropelladamente, y a acudir a la tienda del Rei, aterrados y confusos, aunque inciertos de lo que habia dado lugar al rumor. “ Fieles servidores, que dejan a su dueño en las manos de un verdugo. Callad, insensatos, y no me aturdais con inutiles clamores. ¿ Es esta la primera vez que habeis visto un Turco ? Andad y quitad de aqui ese perro muerto, y echadlo fuera del campamento, cortandole antes la cabeza, y clavaudola en una pica con el rostro acia la Meca, para que pueda mas facilmente decir al profeta impostor, que sin duda le inspiró su designio, cuan felzmente le ha dado cumplimiento. Y tú, mi celoso y callado amigo, ” añadió volvi-

EL TALISMAN. 187

endose acia el Nubiano, “ pero . . . ¿ qué veo ?
¿ herido estás y con un arma envenenada ?
Sí: envenenada debia de estar, pues el solo
golpe de tan debil mano, no era parte a privar
de vida a un leon. Chupad el veneno de la
herida, uno de vosotros ; ese veneno es ino-
cente en la boca, aunque mortal cuando se
mezcla con la sangre.”

Los guardias se miraron confusamente unos
a otros, sin atreverse a obedecer al Rei, pues
los que en tantas ocasiones habian arrostrado
los mayores peligros, se horrorizaban a la voz
veneno, y no daban credito a las espresiones
con que Ricardo queria disipar sus temores.

“ ¿ Como es esto, insensatos ! exclamó Ri-
cardo, ¿ esos remilgos haceis y tanto miedo
teneis a la muerte ?”

“ No tenemos miedo a la muerte,” respondió
Long Allen, con quien el Rei se habia en-
carado al pronunciar sus ultimas palabras :
“ pero en verdad, Señor, que los soldados de
Vuestra Magestad no son ratónes para morir
con arsenico, y sobre todo por salvar la vida a

una res de mercado, que se vende y se compra como los bueyes en la feria de mi tierra.”

“Vuestra Magestad, dijo otro alabardero, habla de chupar ponzoña, como de tragarse una ciruela.”

“No, dijo Ricardo; yo nunca dejo hacer a los otros lo que puedo hacer por mi mismo.”

Y sin mas ceremonia, y en despecho de las instancias generales de todos los que se hallaban presentes, y de la comedida resistencia del mismo esclavo, el Rei de Inglaterra aplicó sus labios a la herida de aquel infeliz, burlandose de los que se lo querian estorvar, y venciendo la oposicion del Etiope. Apenas habia empezado su ocupacion, cuando el Nubiano se apartó respetuosamente, y poniendo una faja sobre el brazo, manifestó con sus gestos, el firme proposito en que estaba de no permitir que el Rei continuase tan humilde servicio. Long Allen tambien intervino diciendo que antes que ver renovar al Rei una operacion tan impropria de su dignidad, estaba pronto a poner a disposicion del negro su len-

EL TALISMAN. 189

gua, sus labios y sus dientes, y aun a comerselo a bocados si era preciso.

Neville que entró a la sazón en la camara se unio con los otros, para oponerse al designio de Ricardo.

“ Todo ese clamor es inutil, dijo el Rei, puesto que ya está todo concluido, y el riesgo ha pasado. La herida no ha sido mas que un araño, propio de un gato traidor y medroso. Apenas ha salido sangre, y con tomar yo una dracma de orvietano, no tengo que temer nada, aunque tambien lo juzgo inutil.”

Asi habló Ricardo, algo avergonzado quizas de su condescendencia, y de una accion que estaba de acuerdo con la humanidad y con la gratitud. Pero cuando Neville continuó haciendo comentarios sobre los riesgos de la Real persona, el Rei le impuso silencio, diciendole:

“ Calla Neville, y no se hable mas del asunto. Yo enseñaré a esos necios como se han de ayudar unos a otros, cuando degen entrar en el campamento dervises asesinos, con puñales envenenados. Lo que importa por ahora es que te lleves ese Nubiano a tus cu-

arteles. He mudado de opinion acerca de él. Cuidalo y atiendolo con esmero, pero no lo deges escapar. Ese hombre es mas de lo que parece. Dejalo libre, pero que no pueda salir del campamento. Y vosotros, mastines Ingleses, que solo sabeis comer carne de baca, y agotar jarros de vino, tened de ahora en adelante alguna mas vigilancia con la persona de vuestro Rei. No creais que estais en vuestra tierra, donde los hombres hablan antes de herir, y se dan la mano de amigos antes de pelear. Alli el peligro marcha a cuerpo descubierto, y desafia al enemigo que intenta atacar. Pero aqui lo emplaza con guante de seda, que no con manopla de malla; aqui degüella el asesino con una pluma de palomo; aqui se mata a un hombre con una jaculatoria en los labios, y se ahorca con un cabello. Idos . . . tened los ojos abiertos y cerrados los labios: bebed menos, y velad mas, o vereis que pronto os pongo a pan y agua, como los anacoretas del desierto.”

Los alabarderos avergonzados y confusos, se retiraron a sus puestos, y Neville empezó a

conversar con su amo acerca del riesgo en qué acababa de verse, de la negligencia de los guardias en permitir que un Turco se aproximase a la tienda, y a la persona del Rei de Inglaterra, y de la necesidad de hacer un castigo egemplar, y de tomar las medidas mas severas para que no se repitiese un acaecimiento, cuyas resultas hubieran podido ser tan fatales. “ No hables de eso,” dijo Ricardo interrumpiendolo. “ ¿ Quieres acaso que castigue con mas severidad el riesgo de mi persona que el honor de la bandera de Inglaterra? Esta joya de nuestra patria ha sido robada por un ladron, o vendida por un traidor infame, y todavia no se ha vertido la sangre del delincuente. Buen Etiope,” dijo Ricardo, dirigiendose al Nubiano, “ tú sabes esplicar grandes misterios, segun la carta del Soldan. Si asi es, te ofrezco todo tu peso en oro, con tal que me descubras al perverso, de alma mas negra que tu rostro, cuya mano sacrilega osó profanar los timbres de mi nacion. ¿ Qué dices?”

El Nubiano manifestó deseos de hablar, mas solo pudo arrojar un grito imperfecto, como

hacen ordinariamente los mudos en momentos de agitación o de impaciencia. Después cruzó los brazos, y clavó sus miradas en el Rei, como dándole a entender que estaba pronto, y era capaz de hacerle el servicio que le demandaba.

“ ¡ Como ! ” dijo Ricardo con prontitud y alegría. “ ¡ Puedes descubrir al autor del delito ? ”

El Nubiano repitió los mismos movimientos.

“ Pero ¿ como nos hemos de entender uno a otro ? preguntó el Rei. ¿ Sabes escribir, camarada ? ”

El esclavo bajó la cabeza.

“ Dad recado de escribir, dijo Ricardo, si acaso los hai en mi tienda, como los habia en la tienda de mi padre, y si acaso el sol no ha secado la tinta. Este hombre es una alaja, Neville, es un diamante negro. ”

“ Sera todo lo que Vuestra Magestad quiera que sea, repuso el caballero, pero si he de decir lo que siento, yo no me fiaria de él. Ese hombre es astuto y entendido, y pareceme que solo ha venido aqui para servir de provecho a

los infieles, y quizás sembrar zizafia en el trigo, y quizás tambien . . .”

“ Basta Neville, dijo Ricardo. No te figures que estás cazando allá en tus parques de Inglaterra, y que puedes detener tu jauria de podencos, cuando corren en pos de la liebre que han echado. Plantagenet no se detiene cuando ha puesto el pie en el camino que lo conduce a la reparacion de su honor ofendido.”

El esclavo, que durante toda esta conversacion habia estado escribiendo, con una facilidad que probaba su inteligencia y costumbre en aquel egercicio, se levantó, y alzando el papel hasta la frente, se postró humildemente ante el Rei, antes de entregarselo. Lo escrito estaba en Frances, aunque Ricardo habia dirigido siempre la palabra en lengua Franca. Su contenido era como signe :

“ A Ricardo, el conquistador e invencible Rei de Inglaterra, el mas humilde de sus esclavos. Los misterios son las arcas cerradas de los Cielos : pero la sabiduria tiene la llave con qué se abren. Si vuestro esclavo pudiera colocarse en un sitio en que viera pasar sucesi-

vamente y en orden, a todos los gefes y caudillos de la hueste Cruzada, no dudes que hallandose entre ellos el que hizo agravio a tu pendon glorioso, haria manifesta su iniquidad, aunque lo ocultasen siete velos.”

“ Por San Jorge, exclamó el Rei, tu oferta viene ahora mui al caso. Neville, ya sabes que en la reseña de mañana, los Principes han convenido, para lavar la afrenta que Inglaterra ha recibido con el robo de su bandera, en pasar uno despues de otro delante de la nueva, que está ya plantada en el monte de San Jorge, y hacerle la debida reverencia y acatamiento. No es regular, ni yo lo creo, que el traidor enmascarado falte a tan solemne vindicacion, puesto que su ausencia bastaria para hacerlo sospechoso. He de colocar junto a mí a este buen consejero, y si sus artes pueden descubrir al villano, dejalo por mi cuenta, que no tendra que arrepentirse.”

“ Señor,” dijo Neville, con la franqueza natural de un Baron Ingles; “ tened cuenta con lo que haceis. La concordia de nuestra Santa liga va a ser renovada mañana. ¿ Quereis, sin

mas motivo que las sospechas que un esclavo negro pueda inspiraros, abrir de nuevo las heridas que aun no estan bastantemente cerradas? La solemnidad de mañana no tiene otro obgeto que la reparacion de vuestro honor, y el restablecimiento de la unanimidad entre Principes discordes. ¿Ireis a sacar de tan favorables auspicios nuevos motivos de enemistad, de agravios y de rencillas? Eso seria lo mismo que retractar la formal declaracion que Vuestra Magestad ha hecho en el Consejo de los Principes.”

“ Neville, dijo el Rei, tu celo te alucina, y te hace traspasar la linea de tus obligaciones. Nunca he prometido yo astenerme de los medios que puedan conducirme al descubrimiento de la mano traidora que vilipendió el honor de Inglaterra. Antes de haber aventurado tan infame promesa, hubiera renunciado a la corona, y aun a la vida. Todas mis declaraciones, todas mis protestas han supuesto esa indispensable condicion. Solo en el caso en que el Austria hubiera confesado su delito, y

pedido perdon, se lo hubiera concedido, porque somos Cristianos, y no por otro motivo.”

“ Pero, Señor, continuó el Baron, ¿ qué seguridad tiene Vuestra Magestad para creer que ese hombre no lo engaña ? ¿ Es otra cosa al cabo que un confidente de Saladino ?”

“ Tú te crees mui entendido, Neville, dijo el Rei, y en resumidas cuentas, eres un necio hecho y derecho. Piensa en hacer lo que te he dicho con el esclavo. Tus pobres alcances no bastan a comprender lo que en él se encierra. Y tú, diestro consejero, prepárate a desempeñar la ardua tarea que has tomado a tu cargo, y el Rei de Inglaterra te promete, bajo su palabra de honor, el galardón que tú mismo escojas y determines. Pero mira, Neville, otra vez se pone a escribir.”

El mudo escribió en efecto, y entregó al Rei, con las mismas formalidades que antes, una tira de papel, en que estaban escritas las siguientes palabras : “ La voluntad del Rei es la lei de su esclavo. El descargo de su pleito-homenaje, es la única preza que solicita.”

“ ¡ Prez y pleito homenaje!” dijo el Rei, interrumpiendo su lectura, y hablando en Ingles con Neville; “ estos pueblos de Oriente van aprovechandose ya de su frecuente trato con los Cruzados: ya van familiarizandose con el lenguaje de la caballeria. Observa, Neville, qué turbado y descompuesto parece el pobre Nubiano: si no fuera por su color veriamos en sus mejillas los tintes de la vergüenza. No seria extraño que hubiera entendido todo lo que hemos estado hablando; porque entre ellos hai muchos que saben gran numero de lenguas.”

“ El pobre no puede acostumbrarse a estar tan inmediato a la persona de Vuestra Magestad, respondió Neville, y no es otra la causa de su turbacion.”

“ ¡ Ola!” dijo el Rei, que habia continuado leyendo el papel que el Nubiano le habia presentado. “ ¡ Sabes lo que dice? que viene comisionado de parte de Saladino con un mensaje para Lady Edith Plantagenet, y pide permiso y oportunidad de desempeñar su en-

cargo. ¿ Qué piensas tú, Neville, de semejante proposición ?

“ No sé, respondió el Baron, qué opinión formará Vuestra Magestad de la libertad que el Soldan se toma : lo que sé decir es que si el esclavo llevase semejante mensaje a Saladino de parte de Ricardo, no daba yo cinco sueldos por su vida.”

“ No haya miedo que tal cosa suceda, dijo Ricardo, porque gracias a Dios no apetezco ninguna de las houries que el Soldan tiene enmuralladas en su harem : y por lo que hace a castigar a ese desgraciado por querer obedecer las ordenes de su Señor, justamente cuando acabo de deberle la vida, es cosa en que debo mirarme mui despacio. Voi a decirte un secreto, Neville, porque aunque esté presente el Nubiano, y dado caso que nos entienda, carece de los medios de propalarlo. Digo, pues, que hace quince dias que estoy como encantado por algun Nigromante, y quisiera que me exorcisaran, a ver si acababa con dos mil de a caballo el hechizo. Apenas al-

guno me hace un servicio importante, me quita las ganas de recompensarlo, haciendome inmediatamente un agravio, que convierte mi gratitud en resentimiento. Al contrario, si otro ha merecido que le dé muerte con mis manos, por alguna traicion o insulto, seguro es que ese mismo no tardará en serme de gran utilidad y provecho, quitandome los ganas de imponerle el castigo que merece, y obligandome en honor y conciencia a perdonarlo, y aun a darle gracias. Ya ves que de este modo estoi privado de la parte mas noble de mis atribuciones Reales, puesto que no me es dado ni castigar al que me ofende, ni recompensar al que me sirve. Hasta que pase el malefico influjo de este planeta, nada diré acerca de la proposicion que por medio de ese hombre me hace Saladino, si no es que me parece aventurada en demasia, y que lo que puede hacer para mitigar el enojo que semejante negocio debe inspirarme, es que redunde en gloria y provecho mio el descubrimiento que se ha ofrecido a hacer. Entretanto, Neville, no olvides lo que te he encargado acerca del trato que debes

darle, y de camino," dijo estas palabras al oído del Barón, "busca a ese hermitaño de Engaddi donde quiera que esté, y tráelo cuanto antes a mi presencia, sea santo o diablo, loco o cuerdo."

Neville se retiró del pabellón de Ricardo, haciendo señal al esclavo que lo siguiese, y lleno de extrañeza y admiración por todo lo que había visto y oído, y especialmente por la conducta que había observado el Rey, tan contraria a sus hábitos, y al temple ordinario de su carácter. No había cosa más fácil que descubrir los sentimientos, opiniones y deseos de Ricardo; mas a veces era difícilísimo calcular su duración, porque las olas del mar que vienen a romperse contra las peñas de la orilla, no son más movedizas ni inestables, que lo eran las resoluciones y partidos que sus pasiones le dictaban. Pero en la ocasión presente, se notaba en sus modales y palabras, cierto aire misterioso y reservado, cuya significación no podía entenderse; ni tampoco se sabía si en la conducta que observaba con su nuevo servidor, y en las miradas que de cuando en cuando le

EL TALISMAN. 201

dirigía, dominaban el afecto y la confianza, o el recelo y el disgusto. La prontitud con que el Rei había acudido a cortar los funestos efectos de la herida, parecía el pago justo y debido de la deuda que con él acababa de contraer, debiendo la vida a la ligereza y presencia de espíritu con que detubo el brazo del asesino: pero al mismo tiempo, se conocia que Ricardo se hallaba en la posición del que tiene que ajustar con otro, cuentas dudosas y enredadas, y que no sabiendo si resultará deudor o acreedor, se mantiene inactivo y suspenso, sin reclamar lo debido, ni ofrecer el pago. En cuanto al Nubiano, el Baron no sabia como había adquirido el conocimiento que parecía poseer en los idiomas Europeos; pero estaba convencido de que no entendia una palabra del Ingles, y su congetura se fundaba en la perfecta indiferencia en que el Nubiano se había mantenido, durante una conversacion de que él solo había sido asunto.

CAPITULO IX.

9.

TENEMOS que retroceder con nuestra historia a varios sucesos, poco anteriores a los últimos que hemos referido; a saber, a la época en que, como debe tenerlo presente el lector, Sir Kenneth del Leopardo, entregado por orden de Ricardo al médico Árabe, mas bien como esclavo que de otro modo, fue desterrado del campamento del ejército de la Cruz, en cuyas filas se había distinguido tantas veces, por su intrepidez, valor y destreza. El Escocés siguió a su Señor, porque lo era en realidad, a las tiendas moriscas en que estaban su acompañamiento y su equipage, como un hombre que cae de la cima de un precipicio, y escapa milagrosamente con vida, conservando tan solo fuerzas bastantes para salir de la hondonada, incierto todavía del daño que ha recibido. Cuando llegó a la tienda, se arrojó sin desplegar los labios sobre una piel de búfalo, que

N.E.T. 9. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

Who's there!--Approach--'tis kindly done--/ My learn'd physician
and a friend. SIR EUSTACE GREY.

-¿Quién va?... Os lo suplico..., acercaos..., / mi sabio médico y amigo.

Sir Eustace Grey

[*Suero Roca, T., op. cit., 323*].

EL TALISMAN. 203

su conductor le indicó, como el asiento que le estaba destinado, y cubriéndose el rostro con las manos, se puso a sollozar amargamente, como si el corazón se le quisiese salir del pecho. El físico lo oyó, mientras hablaba a la turba de esclavos que lo servía, para darles la orden de preparar su salida, que debía verificarse en la mañana siguiente, antes de romper el día, y movido a compasión, se aproximó a él, se sentó a su lado, cruzadas las piernas, y empezó a administrarle los consuelos que su posición exigía.

“ Amigo, le dijo, ten buen ánimo, y no desmayes ni decaigas en abatimiento, porque, como dice el poeta : mas vale ser esclavo de un buen señor, que de pasiones violentas. Ruegote encarecidamente que cobres valor y confianza. Escrito está que Isouf Ben Yagoube fue vendido al Rei por sus hermanos, el cual Rei, lo era de Egipto, y se llamaba Faraon ; y tu Rei te ha dado a un dueño que te tratará no como siervo, sino como hermano.”

Sir Kenneth hizo un esfuerzo para dar gracias a El Hakim, pero su corazón estaba de-

masiado oprimido, y en gran manera turbadas todas sus facultades, asi que solo prorumpio en sonidos confusos, y interrumpidos por sus sollozos y suspiros, y el medico desistio del empeño de consolarlo, pareciendole que aun no estaba dispuesto a escuchar la voz de la amistad. Dejólo pues tranquilo, para que se abandonase sin empacho a su dolor, y habiendo tomado todas las medidas necesarias para su viage, tomó asiento sobre una alfombra a la puerta de la tienda, donde sus esclavos le sirvieron algunas sencillas viandas. Despues de haber concluido su merienda, mandó que llevasen los mismos manjares a Sir Kenneth; mas aunque se le dio a entender que al dia siguiente, seria mui tarde cuando se haria el primer alto, para tomar algun refresco, no le fue posible vencer su repugnancia, y solo se consiguió de él que bebiese un jarro de agua fria.

Despertaronlo, aunque ciertamente no lo necesitaba, porque no habia gozado de un momento de sueño, mucho tiempo despues que los Arabes habían hecho sus acostumbradas

oraciones, y en seguida se notó el movimiento de los esclavos, que sin hablar palabra, y haciendo poquisimo ruido, empezaron a cargar los camellos, y a disponerse para la marcha. Todos estaban ya en pie menos el medico, y Sir Kenneth, al cual se acercó el mayordomo de la comitiva, para anunciarle que era hora de ponerse en camino. Levantose sin responder, y siguió al mayordomo, a la luz de la luna, hasta el sitio en que se hallaban los camellos, todos cargados ya y apercebidos, exepto uno solo, que se mantenía arrodillado, aguardando los fardos que debían completar su carga.

A cierta distancia de los camellos, se veían algunos caballos, embridados y ensillados, en uno de los cuales montó El Hakim con toda la ligereza que la gravedad de su caracter le permitía, dando orden a los esclavos, para que presentasen otro que señaló, a Sir Kenneth. Un oficial de los tercios Ingleses aguardaba a la comitiva, para escoltarla por el campamento, y evitar que fuese molestada e insultada. Al mismo tiempo, los sirvientes desarmaron el pabellon con singular ligereza, y las estacas y

cubiertas de que se componia formaron la carga del ultimo camello. Todo estaba ya en orden, y dispuesto para romper la marcha. Entonces el medico pronunció en voz grave y sonora este verso del Koran : “ Dios sea nuestro guia, y Mahoma nuestro protector en el desierto, y en el campo regado,” con lo que toda la cabalgata se puso en movimiento.

Al atravesar el campo del egercito Cristiano, las continelas les dieron el quienvive, dejandolos pasar cuando recibian la respuesta del oficial Ingles que los escoltaba. De cuando en cuando se oia tai cual maldicion contra Mahoma, proferida por alguna centinela devota. Al fin, se abrieron las últimas barreras, y la comitiva se formó en orden militar para emprender la marcha. Dos o tres ginetes se adelantaron para descubrir el camino, a guisa de vanguardia : uno o dos quedaron detras, a tiro de flecha de los viageros, y, cuando el terreno lo permitia, se destacaban otros para guardar los costados. De este modo procedian tranquilamente, mientras Sir Kenneth volviendo la vista a las tiendas de los Cristianos, iluminadas

de lleno por la luz suave de la luna, solo pensaba en la suerte injusta y funesta que lo habia privado de su honor, y de las esperanzas de gloria, y de engrandecimiento, arrancandolo a las banderas bajo las cuales habia combatido, y alejandolo para siempre de la Cristiandad, de la Caballeria, y de Edit de Plantagenet.

El Hakim, que caminaba a su lado, le dijo en su acostumbrado tono de amistad y de consuelo; “ De nada sirve mirar acia atrás, cuando el camino está delante,” y al decir esto el caballo de Sir Kenneth dio un tropezon, que podia mui bien servir de comentario al documento moral del sabio.

El caballero conocio entonces que debía estar algo mas atento al manejo de la bestia que le habia tocado en suerte, la cual era una yegua, de paso comodisimo, ligero e igual, pero que de cuando en cuando necesitaba de la ayuda del freno.

“ La condicion de ese animal, dijo el sabio, es como la de la fortuna del hombre, pues cuando mas ligero anda, mas cauto debe ser el ginete, y con mas esmero debe evitar la caída,

y del mismo modo, cuando mas nos favorece la prosperidad, mas despiertos y advertidos debemos estar, afin de que no nos coja desprevenido el infortunio.”

El apetito satisfecho no recibe sin repugnancia los mas esquisitos manjares, y no es estraño que el caballero Escoces, aburrido y despechado, y harto de desventuras, recibiese con impaciencia aquellas continuas aplicaciones de similes y alegorias a los ultimos lances de su vida; documentos que aunque discretos e ingeniosos, le parecian cansados e inoportunos en aquella ocasion.

“ Pareceme,” dijo con algun enfado, “ que no necesito yo por ahora nuevos comentarios sobre la inestabilidad de las cosas humanas. Por lo que hace al caballo, te doi gracias, Señor Hakim, por tu bondad, aunque mayores las merecias si me hubieras escogido otro que tropezára menos.”

“ Hermano,” respondió el sabio Arabe, con imperturbable gravedad. “ Hablas como uno que está privado del uso de la razon. Dices en tu corazon que el sabio hubiera debido

EL TALISMAN. 209

destinar a su huésped, el mejor y mas joven de todos los caballos, reservando el mas viejo para su uso. Sabe que los defectos del caballo viejo se corrigen con la energia del jinete joven, entanto que la violencia y fogosidad del potro, requieren la prudencia y la indole fria y reflexiva del anciano.”

Asi habló el sabio, mas a esta observacion, no dio Sir Kenneth respuesta alguna que pudiese servir de pie a la conversacion, con lo que el fisico, cansado de administrar consuelos a quien no los queria admitir, hizo seña a uno de los Turcos de la comitiva.

“ Hassam, dijo, ¿ no tienes nada con que distraer el fastidio del viage ?”

Hassam, historiador y poeta de profesion, apretó espuelas al caballo, y se acercó a El Hakim, para egercer su ministerio. “ Señor del palacio de la vida,” dijo, dirigiendo la palabra al fisicio, “ tú, ante quien el angel Azrael esparce sus alas al viento, y huye de la habitacion del que padece; tú mas sabio que Solimaun ben Davud, en cuyo sello está grabado el nombre verdadero del que domina los

espíritus de los elementos, no permita Ala que mientras vijas por el camino de la benevolencia, dando salud y esperanza donde quiera que llegas, te falten historias y cantos que distraigan tu mente, y alivien tu imaginación. He aquí a tu lado a tu humilde siervo, dispuesto a abrirte los tesoros de su memoria, como la fuente envía sus cristales al sendero, para refrescar los pasos del que viaja.”

Después de este exordio, Hassan alzó la voz, y empezó a referir un cuento de echizos y de amores, con intermedios de hazañas heroicas, y abundantes citas de los poetas Persas, en cuyas composiciones parecía muy versado. La comitiva del físico, excepto los hombres que guiaban a los camellos, se acercó al historiador, guardando sin embargo la distancia que los respetos del amo requerían, para gozar del inefable placer con que los orientales oyen siempre las ficciones poéticas.

Si Sir Kenneth se hubiera hallado en otras circunstancias, apesar de su imperfecto conocimiento de la lengua Arabe, hubiera podido

oir con interes una relacion, que aunque dictada por la imaginacion mas estravagante, y espresada en lenguaje hinchado y metaforico, tenia mucha semejanza con los romances de caballeria, entonces tan a la moda en Europa. Pero en medio de los males que lo oprimian, apenas sabia lo que pasaba en torno de si, apesar de que el orador, o poeta, o historiador, que de todo tenia, estuvo por el espacio de dos horas modulando su voz en los diferentes tonos que su narracion exigia, exitando ora un murmullo de aplauso, ora exclamaciones de espanto o de admiracion, ora lagrimas y suspiros, y, lo que todavia es mas dificil, un tributo de sonrisas, y aun de carcajadas.

Durante toda esta larga narrativa, lo unico que atrajo la atencion del caballero, y lo sacó de la profunda distraccion en que iba envuelto, fueron los ahullidos de un perro, que iba encerrado en una jaula, sobre uno de los camellos de la comitiva. No tardó en conocer que procedian de su fiel alano, y por el tono plañidero y espresivo de este inteligente animal, se veia que habiendo descubierto a su amo

entre los otros viageros, imploraba su auxilio, para sacarlo de la prision en que sé hallaba.

“ ¡ Ah, pobre Rosval ! dijo Sir Kenneth ; tú pides ayuda y proteccion a quien se vé en mas dura esclavitud que la tuya. ¿ De qué me sirve mirarte ? ¿ De qué me serviria acercarme a ti, y recibir tus caricias ? De sentir mas amargamente la separacion que nos amenaza : mas vale que no hagamos caso uno de otro.”

Asi pasaron las largas horas de la noche, y el espacio de incierta y rapida claridad que forma el crepusculo en aquellos ardientes climas : pero cuando la primera linea del disco del sol empezó a despuntar en la ultima barrera del orizonte, y cuando sus primeros rayos empezaron a reflejar variados tintes y fugitivos vislumbres en las gotas de rocío que humedecian el desierto, al cual habia llegado ya la comitiva, la voz sonora de El Hakim, imponiendo silencio a la del historiador, anunció a los Arabes que era llegada la hora de la oracion, como lo hacen los muezines desde las torres de las mezquitas.

“ A la oracion, decia, a la oracion. Dios es

el verdadero Dios. A la oracion, a la oracion. Mahoma es el profeta de Dios. A la oracion, a la oracion. El tiempo huye de nosotros. A la oracion, a la oracion. El juicio se acerca.”

De pronto echaron pie a tierra todos los Musulmanes, volvieron el rostro a la Meca, y sirviendose, para las acostumbradas abluciones de arena en lugar de agua, dirigieron fervorosamente sus votos al cielo, implorando la proteccion, y pidiendo el perdon de sus pecados al Dios del profeta, y al profeta de Dios.

Sir Kenneth, que estaba acostumbrado a mirar con odio y abominacion las ideas religiosas de los Musulmanes, y que ademas, por lo que de ellas sabia, las consideraba como un tegido de absurdos y necedades, no pudo menos de mirar con cierto respeto la sinceridad de su estraviado y fanatico celo. Estimulado por su fervor, alzó su corazon al Padre de las luces, y rogó, y oró devotamente, como si quisiera desagraviar al Dios de los Cristianos, de la idolatra profanacion que de su nombre se hacia, en aquella tierra de milagros, primer oriente

del astro que trajo a los hombres la vida y la salvacion.

Este homenaje religioso, que aunque tributado en circunstancias tan extraordinarias, procedía de los sentimientos sinceros y naturales del Escoces, calmó y suavizó la agitación que en su alma habian producido tantos y tan repentinos sucesos. La elevacion del alma del Cristiano acia el trono de la Divinidad, le da lecciones de sublime paciencia en sus aflicciones y calamidades. El que murmura de sus decretos, el que resiste a su voluntad la insulta cuando la implora. El que espresa en cada una de las palabras que le dirige la mezquindad y pequeñez de las cosas mundanas y terrestres, quiere engañar al que lee en los corazones de los hombres, y mira en el fondo de ellos el imperio que egercen las pasiones y las pequeñeces humanas. No eran estas las disposiciones en que se hallaba Sir Kenneth. Despues de haber presentado al Criador el humilde sacrificio de su resignacion, despues de haberse puesto enteramente en manos del Padre de las

EL TALISMAN. 215

misericordias, conocia que lo animaba una fuerza irresistible, y se sintió dispuesto a someterse tranquilamente a todas las amargas y tribulaciones que le tubiese preparadas la Providencia.

Los Arabes, terminadas las ceremonias de la oracion de la mañana, montaron a caballo, y se volvieron a poner en camino, mientras Hassan tomó el hilo de su narracion. Pero sobrevino mui en breve otra interrupcion inesperada. Uno de los ginetes, que iba de descubierta, y que habia llegado a una pequeña altura situada a mano derecha del camino, volvió a rienda suelta acia El Hakim, y le habló al oido. Inmediatamente se adelantaron otros cuatro o cinco, y toda la comitiva, que podria constar de veinte o treinta personas, fijó atentamente los ojos en ellos, como si de sus movimientos dependiese la determinacion que deberian tomar. Hassan, que vio que su auditorio estaba distraido por cosas de mayor interes, y que parecia tambien interesado en las resultas de aquel pronto movimiento, puso fin a su declamacion, y el silencio profundo que reinaba en todo el acom-

pañamiento, era tan solo interrumpido por tal cual observacion que los Arabes se comunicaban unos a otros en voz baja, sobre la ocurrencia que exitaba la curiosidad y la atencion de todos.

Esta suspension continuó hasta haber pasado una linea de montecillos de arena, que ocultaba el obgeto, origen de aquella inquietud. Sir Kenneth pudo entonces distinguir, a distancia de milla y media, una linea oscura, que se movia rapidamente en el seno del desierto, y por su conocimiento practico de los sucesos militares, vio que era un cuerpo de caballeria. Eran Europeos, como lo denotaban su formacion y sus maniobras, y su numero parecia superior a la partida de El Hakim.

Las miradas ansiosas que dirigieron entonces a este todos los que lo seguian, indicaban que no estaban muy tranquilos, y que aquel descubrimiento les inspiraba graves recelos. El, con la misma gravedad inturbable, con que habia llamado a sus hermanos a la oracion, despachó dos hombres bien montados, con orden de acercarse, tanto cuanto la prudencia lo permitiese,

a aquellos viageros del desierto, y observar atentamente su dirección, sus movimientos, y, si posible fuese, sus designios. La proximidad del peligro sirve de estimulante a los animos abatidos y apáticos. Sir Kenneth salió de su distracción, y pensó en su situación, y en sí mismo.

“ ¿ Qué tienes que temer de esos, que según todas las señales, parecen Cristianos ? ” preguntó a El Hakim.

“ ¡ Temer ! ” respondió el Turco con desdeñosa sonrisa ; “ el sabio no teme a nadie ; sino aguarda que los malos hagan todo lo peor que pueden hacer . ”

“ Son Cristianos, continuó el caballero, y estamos en treguas. ¿ Qué razón hai para que los molestes ? ”

“ Son, dijo El Hakim, los frailes militares del Templo, y sus votos les prohiben observar treguas, y celebrar tratados, y convenios con los fieles de Islam. ¡ Maldígalos el profeta, y arranque de esta tierra tan mortífera planta ! Su paz es guerra, y su fe es falsa. Los otros invasores de la Palestina observan a veces las

leyes de la cortesía y de la humanidad. El leon Ricardo perdona a los vencidos ; el aguila de Francia pliega las alas, cuando se ha apoderado de su presa, y aun el mismo oso de Austria, duerme y reposa cuando está harto de manjares y de vino : mas estos insaciables lobos no ponen jamas termino a sus rapiñas. ¿ Ves como han destacado ya una columna del cuerpo principal, y como cambian de direccion, y se encaminan acia Oriente ? Esos son sus pages y escuderos, iniciados en sus misterios detestables, y que tratan de cortarnos la retirada. Mucho se engañan si creen llevar adelante su intencion. Nosotros conocemos mejor el modo de pelear en el desierto.”

Terminada esta conversacion, dio algunas ordenes a uno de los principales de la comitiva, y cambió su aspecto de flematica compostura, en la actividad y prontitud de un militar diestro y animoso, que ha previsto el riesgo, y confia en su superioridad.

La crisis que se aproximaba se presentaba bajo un aspecto mui diferente a los ojos de Sir Kenneth, y cuando el Turco le dijo que no

se separase de su lado, contestó resueltamente que no lo obedecería.

“ Esos, dijo el Escoces, son mis hermanos y compañeros. He jurado del modo mas solemne pelear por la misma causa que ellos defienden, y bajo la misma bandera que ellos tremolan. El signo representado en ella es el de mi salvacion. ¿ Quieres que abandone la Cruz por la media luna ?”

“ ¡ Insensato ! exclamó El Hakim, su primer movimiento sera castigado con tu muerte. Tú espíarás su perfidia.”

“ Tendre paciencia, respondió Sir Kenneth : sufriré el yugo de los infieles, hasta que se me presente la primera ocasion de sacudirlo.”

“ Me seguiras por fuerza,” dijo El Hakim.

“ ¡ Por fuerza ! dijo Sir Kenneth. Si tú no fueras mi bienhechor, o a lo menos, si no hubieras obrado como tal, y si no debiera a tu mediacion la libertad de estas manos, que hubieras podido cargar de prisiones, si tal hubiera sido tu voluntad, yo te haria ver que, aun desarmado como estoi, no sé ceder a la fuerza de ningun hombre.”

“ Basta, respondió el Turco : estamos perdiendo el tiempo, y ahora nos es mui precioso.”

Al decir estas palabras, estendió el brazo, y prorrumpio en un grito agudo y prolongado, que era la señal de que en semejantes casos se servia. Obedecieronla inmediatamente todos los Turcos, dispersandose por el desierto, cada uno en direccion diferente, como las perlas que se desensartan sobre una mesa de marmol. Sir Kenneth no pudo observar lo que siguió a este movimiento, porque cuando empezó, El Hakim tomó por las riendas el caballo que montaba el Escoces, y apretando espuelas al suyo, ambos se lanzaron con una prontitud comparable solo a la del relampago ; y tal fue la velocidad de este arranque, que el jinete Europeo casi perdió la respiracion, siendo enteramente inútiles todos los esfuerzos que hacia para detener el impetu que involuntariamente lo arrebatava. Sir Kenneth era diestrisimo jinete, y desde su niñez estaba acostumbrado al manejo de aquel noble animal, que formaba una de las principales defensas del caballero y del soldado ; pero los mejores caballos que habia visto en su vida,

EL TALISMAN. 221

eran tortugas comparadas con los del sabio Arabe. Nubes de arena salian de entre sus cascos; parecia que iban a devorar el desierto, y mientras mas espacio atravesaban, mayor era su ahinco, y mas holgados y libres sus movimientos. Tenian la respiracion tan segura como cuando iban a paso natural. Su carrera, tan comoda para el ginete como pronta, era semejante a un vuelo no interrumpido; sin sacudimiento, sin desigualdad; sin producir otro inconveniente que el temor de una caida, y la dificultad de respirar, en el que no estaba acostumbrado a tan violento ejercicio.

Una hora habia durado este admirable esfuerzo de destreza y agilidad, cuando El Hakim, viendose ya libre del alcance de sus enemigos, moderó el escape, galopó suavemente, y con voz tan sosegada como si no se hubiera movido en todo aquel tiempo, empezó a ponderar la exelencia de sus caballos Arabes, dirigiendo la palabra a Sir Kenneth, el cual atolondrado y confuso apenas podia entender las palabras de su compañero.

“ Estos animales, dijo, son de la casta llamada

de las alas, y a ninguno otro ceden en la carrera sino es al Horak del Profeta. Se alimentan con la cebada dorada de Yemen, mezclada con especería, y con carne ahumada de oveja. Son tan incasables en la vegez como en la juventud, y los reyes de oriente dan provincias enteras por poseer uno de ellos. Tú, Nazareno, eres el primer infiel, que ha montado una bestia de tan noble y privilegiada raza, la cual fue dada por el Profeta mismo al bendito Ali, su pariente y segundo en mando, justamente apellidado el leon de Dios. Tan poca impresion hacen los años en estos generosos cuadrupedos, que la yegua que tú montas ha comido ya la yerva de veinte y cinco primaveras, sin haber perdido un apice de su vigor y rapidez. Solo se le conoce la edad, en que necesita la ayuda del freno, cuando la monta un ginete mas diestro y acostumbrado que tú. ¡ Mil veces alabado sea el Profeta que ha dado a los verdaderos creyentes los medios del ataque y de la retirada, mientras sus enemigos ceden al enorme peso del inutil hierro que los cubre ! ¡ Cuan estropeados y mustios deben hallarse a la hora esta

los caballos de esos perros Templarios, que sin embargo no han andado ni la vigesima parte del terreno que los nuestros se han dejado atrás, sin tener una gota de sudor en su fina y reluciente piel, mas suave que el terciopelo!”

El caballero Escoces, que habia empezado a recobrase de su sobresalto y agitacion, no podia menos de reconocer la gran ventaja que daban a los Arabes, unos animales tan útiles en el ataque como en la fuga, y que ademas parecian tan sufridos y dociles en las penalidades del desierto, y tan acostumbrados a su arenosa superficie. Pero no quiso aumentar la vanidad de El Hakim, conviniendo en sus enfaticos elogios; asi que, guardó silencio, y examinando el pais en que se hallaba, vio que no le era enteramente desconócido.

Las tristes orillas, y las fangosas aguas del mar Muerto, la cadena de desnudas y escarpadas rocas que se elevan a la izquierda, los dos o tres palmeros que interrumpen por aquella parte la uniforme aridez del desierto, estos obgetos, que, vistos una vez no pueden olvidarse, dieron a entender a Sir Kenneth,

que iba aproximandose a la fuente llamada Diamante del Desierto, que en otra ocasion habia sido la escena de su encuentro con el Emir Sarraceno Shirkohf o Ilderim. En efecto, poco tiempo despues llegaron los viajeros a la fuente, donde El Hakim convidó al Escoces a echar pie a tierra, para descansar un rato en aquel sitio tan agradable como seguro. Toda la comitiva desmontó, y los ginetes quitaron las bridas a los caballos, pero El Hakim dijo que no era necesario cuidarlos, puesto que no tardarian en llegar algunos de sus esclavos, que se encargarian de darles agua y pienso.

“ Entretanto,” dijo a Sir Kenneth, poniendo algunos manjares sobre la yerva, “ come y bebe, y no te desanimes. La fortuna eleva o abate al hombre vulgar: pero el sabio y el guerrero saben ponerse fuera de sus alcances.”

El caballero Escoces procuró manifestar su agradecimiento, siguiendo los consejos del Arabe; y ya iba a tomar algun alimento, cuando se le presentó a la imaginacion el contraste de su situacion, con las circunstancias en que se habia hallado en el mismo sitio,

cuando le era licito hablar de sus triunfos en la guerra, y cuando los Príncipes y los Reyes lo habian honrado con su confianza. Este recuerdo fue una nube que contristó su alma, y le echó un nudo en la garganta. La tristeza, la debilidad y el cansancio abatieron las pocas fuerzas que le quedaban. El Hakim examinó la agitacion de su pulso, el color encendido de sus ojos, el calor extraordinario que despedian sus manos, y la dificultad de su respiracion.

“ El alma, dijo, se fortifica velando: pero su hermano el cuerpo es de un material mas tosco, y necesita descanso y sueño. Lo que debes hacer ahora es dormir, y para que el sueño te aproveche, debes tomar un vaso de agua, con algunas gotas de elixir.”

Sacó entonces del pecho una redomita de cristal cubierta de un forro de filigrana, y echó en una copa de oro llena de agua, una pequeña porcion de un licor oscuro y espeso.

“ Esta, dijo, es una de aquellas admirables producciones que Alá ha dado al hombre para su bien, aunque él la ha empleado muchas veces, en daño, muerte y perdicion. Sirve de

cortina a sus ojos, como el vino del Nazareno, cuando el sueño le niega sus beneficios, y aligera la pesadumbre que agobia su corazón: pero el que abusa de su virtud, y se sirve de ella para alagar su sensualidad, lo que hace es destruir la fuerza de sus nervios, debilitar su entendimiento, y emponzoñar la fuente de la vida. No temas que te haga daño, porque el fuego en manos del sabio calienta y vivifica, y en las del necio, quema la tienda y el campamento.”

“ Hartas pruebas me has dado, dijo Sir Kenneth, de tu extraordinario saber: no me toca disputar contigo, sino someterme docilmente a tus preceptos.” Dijo estas palabras, bebió la medicina y envolviéndose, según las instrucciones del médico, en el *haik*, o capa Morisca, que hasta entonces había estado atada al pomo de su silla, se recostó a la sombra, a esperar el reposo prometido. Al principio no se sintió inclinado a dormir, si no que todos sus nervios se conmovieron en suave y deliciosa agitación. A esto siguió una especie de suspensión, durante la cual no le era

posible darse cuenta de su existencia, ni de las circunstancias que lo rodeaban: antes bien consideraba los últimos sucesos de su vida sin susto y sin amargura, como si estuviera viéndolos representar en un teatro, o como si el alma, separada del cuerpo, los contemplara desde una región más pura y elevada, libre y esenta de los sobresaltos y penalidades de la realidad. Sus pensamientos, que con tanta indiferencia se fijaban en lo pasado, abrazaban con ardor la vasta escena del porvenir, que apesar de todo lo que hubiera podido oscurecerla, en vista de las escenas anteriores, le ofrecia la más lisonjera perspectiva, cual nunca la había concebido, aun en las épocas en que su ambición se hallaba satisfecha, y en que la fortuna sembraba de flores el sendero de su juventud. En lugar de esclavitud, destierro y deshonor, solo veía como realidades palpables, libertad, fama, y amor feliz y recompensado, habiendo desaparecido de un todo las barreras que siempre habían contenido e imposibilitado sus audaces esperanzas, y sus temerarios deseos. A medida que sus potencias se em-

bargaban, todo este encantador aspecto se cubria de una nube ligera, como la que se eleva del lago cuando lo huelen los primeros rayos del dia. Al fin Sir Kenneth quedó sepultado en tan profundo sueño a los pies de El Hakim, que solo por su respiracion podia distinguirse de un cuerpo inanimado.

CAPITULO X.

10.

CUANDO el caballero del Leopardo despertó de su largo sueño, que mas bien le habia parecido letargo, se halló en una escena tan diferente de aquella en que tomó la bebida soporifera, y cerró los ojos, que le parecia estar todavía soñando, o mas bien que tan inesplicable mudanza era efecto de alguno de aquellos poderes sobrenaturales, que tanto papel hacian en las novelas y ficciones del siglo. En lugar de la mullida y humeda yerva en que se habia recostado, se vio en un magnifico lecho, adornado con toda la riqueza y lujo del Oriente. No se componia ya su traje del colete de gamuza, de que usaba siempre debajo de la armadura; sino de una blanca camisa de delicada tela, y de una tunica de seda, ancha y floja, cuyo tejido era tan suave como vistoso. Ni le servian de techo las palmas del desierto, sino un primoroso pavellon en que relucia todo el

N.E.T. 10. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

'Mid these wild scenes Enchantment waves her hand,/ To change the face
of the mysterious land;/ Till the bewildering scenes around us seem./ The
vain productions of a feverish dream. ASTOLPHO, A ROMANCE.

Movía su mano el encantamiento/ En extrañas escenas, trayendo mudamiento./ Así, en torno nuestro, ellas
aparecían/ Cual un sueño febril: fantásticas venían.

Astolfo, romance.

[*Suero Roca, T., op. cit., 339*].

esplendor de la industria China, y cuyas cortinas transparentes lo defendían de los importunos insectos, a cuya molestia se había resignado sin oposición, desde su llegada a aquellos países. Miró entorno de sí, para averiguar si todo lo que estaba viendo era efecto de las ilusiones que habían agitado su fantasía, y creció de punto su estrañeza, cuando observó que los demás objetos de la cámara en que se hallaba correspondían a la suntuosidad de su lecho, y de su traje. Vio junto a sí un hermoso baño de cedro, forrado de plata, lleno de agua tibia y perfumada con los mas exquisitos aromas. Sobre una mesita de ebano, puesta a la cabecera de la cama, había un vaso de plata, con sorbete delicado, y que apaciguó deliciosamente la sed que le había ocasionado la bebida narcótica. Para disipar de un todo el entorpecimiento que aun sentían sus nervios, se puso en el baño, y experimentó una frescura agradable, que le dio nuevo vigor y flexibilidad. Enjugose con servilletas de lana de la India, y de buena gana se hubiera puesto otra vez su tosco

vestido, para salir de aquel sitio encantado, y ver si correspondía a este la metamorfosis exterior: pero su antiguo ropaje habia desaparecido, y en su lugar halló todos los arreos de un Emir, sin exeptuar el puñal y el sable, con guarnicion de oro y pedrerias. Largo tiempo estuvo procurando adivinar el obgeto de tan delicadas atenciones, y solo pudo presumir que eran otras tantas acechanzas, por cuyo medio trataban de hacerle abandonar la religion de sus padres; pues era fama que el Soldan, que apreciaba en gran manera el saber y el valor de los Europeos, no perdonaba gasto ni sacrificio, para inducir a los que caian en sus manos, a abrazar la fé de Mahoma. Sir Kenneth, en virtud de estas reflexiones, se encomendó devotamente a Dios, y resolvió oponer a tan peligrosas tentaciones una resistencia invencible y ostinada, y para poderlo hacer con mas seguridad, formó el proposito de usar con la mayor moderacion de aquellos funestos dones, limitandose a lo que le era absolutamente necesario para vivir, y no exasperar con un grosero desden al misterioso

seductor. Conoció al mismo tiempo que su cabeza estaba oprimida y necesitaba de mas reposo, y viendo que el traje ligero en que se hallaba no le permitia salir donde pudiese ser visto, volvió a reclinarse y quedó otra vez dormido.

Mas este segundo reposo no fue de larga duracion. Sacólo de él la voz del fisico, que sonó a la puerta de la tienda, el cual le preguntó como estaba, si habia descansado bastante, y si le daba permiso para entrar, puesto que no sabia si le era licito hacerlo, estando corrida aun la cortina de la entrada.

Sir Kenneth deseaba hacer ver a El Hakim que no se olvidaba de su condicion. “ El amo, le dijo, no necesita licencia para entrar en la tienda del esclavo.”

“ ¿Y si no vengo como amo?” preguntó el Arabe desde afuera.

“ El medico, respondió Sir Kenneth, tiene entrada libre en la tienda del enfermo.”

“ Tampoco vengo como medico, dijo El Hakim, y por tanto no puedo entrar en tu tienda, sin que me des permiso.”

“ Para el que viene como amigo, dijo Sir Kenneth, y tu me has dado pruebas de serlo mio, la habitacion del amigo está siempre abierta.”

“ Supon que no vengo como amigo,” continuó el sabio.

“ Ven como quieras,” repuso el caballero Escoces, a quien ya impacientaban tantos rodeos: “ seas quien fueres, bien debes saber que ni puedo ni debo reusarte la entrada.”

“ Eso supuesto, dijo El Hakim, entro como tu antiguo enemigo, pero como enemigo noble y generoso.”

Dijo estas palabras en el acto de levantar la cortina y de entrar en el aposento del Cristiano, y cuando se puso a su lado, este no pudo desconocer la voz de Adonebec, el medico Arabe, ni las facciones, trage y persona de Ilderim de Kurdistan, llamado tambien Shir-kohf. Sir Kenneth fijó en él la vista, como si aguardase alguna otra mudanza que bastase a calmar las dudas que tan estraña aparicion habia suscitadò en su mente.

“ ¿ Por qué te espantas? dijo Ilderim.

¿Tan extraño te parece que un guerrero experimentado tenga alguna tintura del arte de curar los males que afligen a los hombres? Sabe que para el soldado que desea cumplir con su deber, tan importante es el arte de aparejar su caballo, como el de dirigirlo con la espuela y con la brida; tanto le conviene saber forjar la espada en el yunque como manejarla en el campo de batalla; bruñir sus armas como esgrimir las, y que la humanidad exige de él que sepa curar heridas, como su obligación le manda hacerlas en el calor de la refriega.”

Durante este discurso, el caballero cerró varias veces los ojos, y entonces se presentaba exactamente a su fantasía la imagen del médico El Hakim, con su anchuroso ropaje, su gorro de pieles a lo Tartaro, y sus gestos graves y comedidos: pero cuando los abría, se borraba la figura del sabio, y veía en su lugar al guerrero intrepido, con su gracioso turbante, cubierto de joyas, y su tahali de anillos de acero y oro, docil a todos los movimientos del cuerpo. En las facciones no se notaba ya la afectada compostura del físico Árabe, y en

lugar de la espesa barba que le ocultaba la mitad del rostro, solo habia quedado otra mas corta y rizada, que, sin desfigurarle, le servia de adorno y de realce.

“ ¿ Todavía no vuelves de tu sorpresa? dijo el Emir. ¿ Con haber andado tanto en el mundo, ignoras que los hombres no son siempre lo que parecen? ¿ Eres tú acaso lo que representas?”

“ No, por San Andres, dijo el del Leopardo; todos los Cruzados del campamento me tienen por traidor, y yo sé que aunque debil y imprudente, soi fiel, leal y constante.”

“ Así me lo has parecido, dijo el Turco, y puesto que hemos comido *sal juntos*, mi obligacion era librarte del riesgo y de la perdicion que te amenazaba. Mas ¿ porqué yaces todavía en la cama, hallandose el sol a tanta distancia del horizonte? ¿ No te parecen acaso dignos de ti los vestidos que te han traído mis servidores?”

“ No me han parecido indignos de mi, respondió el caballero Cristiano, si no impropios de mi situacion. Dame ropas de esclavo,

noble Ilderim, y no tendré inconveniente en usarlas : mas ¿ como podre ataviarme con los adornos de un guerrero de Oriente, y con el turbante de un Musulman ?”

“ Nazareno, respondió el Emir, vosotros los Francos sois tan desconfiados, que no hai que estrañar si tambien os miran con recelo los de mi nacion. Ya te he dicho y te repito que Saladino no desea convertir sino a los que el santo profeta dispone a recibir con sumision los preceptos de su lei. La violencia y la sumision no son los medios de que echa mano para aumentar el numero de los creyentes. Prestame atencion, hermano. El ciego recobra la vista milagrosamente, porque la voluntad divina disipa con un soplo la niebla que le ocultaba la luz. ¿ Qué medico hubiera podido hacer otro tanto ? Ninguno. Lo atormentaria con sus instrumentos y operaciones, y quizas le hubiera aliviado sus padecimientos con balsamos, y cordiales ; mas jamas hubiera conseguido abrir aquellas puertas, cerradas por la mano de Dios a la claridad del dia. Si algunos Francos han tomado el turbante del

profeta, movidos por la codicia de un lucro mundano, conciencia tienen que responda de acción tan baja y de tan vil falsía. Ellos han querido morder el anzuelo, mas no podrán decir que les fue presentado por la mano del Soldan. Ellos y no el Soldan sufriran la debida pena, cuando sean sentenciados, como hipocritas, a un abismo mas hondo que el de los Judios y el de los Cristianos, y cuando se vean condenados a alimentarse de los frutos del arbol de Yacun, que son cabezas de demonios. No te detengas pues, ni escrupulices en usar de la ropa que se te ha preparado, pues si vas al campamento de Saladino, el traje de tu nacion te acarreará muchas molestias e insultos.”

“ ¡ Al campamento de Saladino!” exclamó Sir Kenneth, repitiendo las palabras del Emir :
“ No soi libre, y por consiguiente debo ir adonde quieras, y me mandes.”

“ Tu voluntad, dijo el Sarraceno, sera la gua de tus acciones. Tan libre eres como el viento que sopla en el desierto, y mueve a su arbitrio las arenas que lo cubren. El noble enemigo que respondió con su acero a mi

acero, no puede ser mi esclavo, como el que se postra a mis pies, y me dobla el cuello. Si la riqueza y el poder te incitan a seguir mis banderas, yo te haré rico y poderoso: pero ¿de qué sirve ofrecer recompensas y venturas al que esta libre, cuando ese mismo supo reusarlas hallandose cerca del patíbulo?”

“ Pon el sello a tu generosidad, noble Emir, dijo Sir Kenneth, indicandome el modo de satisfacer la deuda que contigo he contraido, sin comprometer lo que exigen de mi, la obligacion y la conciencia. Y entretanto, dejame espresarte, como debo, la gratitud que merece tan caballerosa bondad, y tan no merecidas distinciones.”

“ No digas que no las mereces, respondió el Emir Ilderim; tu conversacion, y todo lo que me digistes acerca de las bellas damas que adornan la corte de Malec Ric, fueron los poderosos incentivos que me obligaron a presentarme disfrazado en el campamento de los Cristianos. Allí se ofrecio a mis ojos la imagen mas hechicera de cuantas han gozado hasta ahora, y de cuantas gozarán en el por-

EL TALISMAN. 239

venir, hasta que me embriaguen las dulzuras del paraíso.”

“ No te entiendo,” dijo Sir Kenneth demudado, y confuso, como temeroso de tratar de un punto delicado.

“ ; No me entiendes ! exclamó el Emir. Si no llamó tu atención el objeto que encadenó y arrebató la mía en la tienda del Rei Ricardo, digo que eres como el filo de la espada de madera de que usan los bufones. Es verdad que estabas a la sazón condenado a muerte ; pero si en aquella ocasión me hubiera yo visto bajo el hacha del verdugo, creo que mis últimas miradas hubieran sido para aquella perla de la hermosura, y que al separarse del cuello, mi cabeza hubiera ido rodando hasta los pies de tan incomparable houris, y mis temulos labios hubieran besado la guarnición de su vestido. Hablo de aquella Princesa de Inglaterra, que merece por su lindeza ser Reina del mundo. ; Qué suavidad en las miradas de sus azulados ojos ! ; Qué brillo en las hebras de sus profusos cabellos ! Por la huesa de Mahoma, no creo que merezca tanta adoración

la doncella celestial que me ha de presentar despues de esta vida la copa de diamantes llena del licor de la inmortalidad.”

“Sarraceno,” dijo con gravedad y firmeza Sir Kenneth, “ estás hablando de la esposa de Ricardo, y los hombres no piensan ni hablan de aquella noble dama, como de una muger que merece amor, sino como de una Reina a quien se debe el tributo del mas profundo acatamiento.”

“ Perdona, dijo el Emir : me habia olvidado de la veneracion supersticiosa con que vosotros los Francos mirais a las mugeres, y de que las contemplais como simulacros de idolatria, y no como alajas que se pueden apetecer y codiciar. Mas pues tan humilde respeto te merece esa de quien hablas, fragil y debil como todas las de su sexo, y cuyos movimientos, pasos y miradas van diciendo que es muger como las otras, ¿ qué otra cosa si no es una absoluta adoracion podras tributar a la de los cabellos negros, y ojos penetrantes y espresivos? Confiesote que su magestuoso continente anuncia elevacion y magnanimidad: mas yo te aseguro que esa

EL TALISMAN. 241

misma, si se le proporciona una ocasión y un amante, le agradecerá con todas las veras de su alma que la trate mas bien como a una mortal que como a una diosa.”

“ Respetar a la parienta de Corazon de Leon,” dijo Sir Kenneth, con todas las señales del enojo.

“ ¡ Respetarla !” contestó el Sarraceno, burlandose del entusiasmo del Escoces. “ Por la Caba te juro que si llego a respetarla, sera cuando vea en ella la esposa de Saladino.”

“ El infiel Soldan,” dijo el caballero, alzandose precipitadamente, “ no es digno de besar la tierra en que estampa el pie Edit de Plantagenet.”

“ ¡ Qué dice el Giadur !” exclamó el Emir, poniendo la mano en la guarnicion del puñal, y agitados todos sus miembros por el temblor de la colera. Pero el Escoces a quien no habia intimidado el rugido del Leon de Inglaterra, miró con fria indiferencia las contorsiones del tigre de Palestina.

“ Lo que yo he dicho,” respondió el Escoces, cruzando los brazos, y mirando fijamente al

Sarraceno, “ sabré sostenerlo a pie y a caballo contra todo el Universo, y no será la mas gloriosa accion de mi vida mantener mi dicho con mi espada enfrente de cien alfileres y guadañas como las que llevas en la cintura.”

El Sarraceno se repuso entanto que el Escoces hablaba, y soltó el puñal, como si hubiera sido involuntario su primer movimiento: mas no por esto se aplacó su ira.

“ Por la espada del Profeta, dijo, que es la llave del cielo y de la tierra, en poco aprecia su vida el que habla como tú hablas ahora, hermano. Creeme: si estuvieran libres tus manos, un solo creyente bastaria a darles tanta ocupacion, que no tardarias en preferir verlas cargadas de anillos de hierro.”

“ Antes quisiera verlas cortadas,” respondió Sir Kenneth.

“ Bien, y sea como gustes;” dijo el Sarraceno en voz mas templada y apacible: “ por ahora, tus manos estan atadas, no con esposas ni cadenas, sino por tu urbanidad y cortesia, de cuyos vinculos no deseo todavia libertarte. Antes de ahora nos hemos dado reciprocas

pruebas de fuerza y de valor, y quizás llegará el día en que nos hallemos frente a frente en el campo de batalla, y peleemos como lo exigen las leyes del honor, y entonces, eterna infamia al que vuelva la espalda a su enemigo. En la actualidad somos amigos, y lo que yo aguardo de ti es consejo y ayuda, que no malas razones ni desconfianzas.”

“ Amigos `somos,” respondió el Escoces, y los dos quedaron por algun rato en silencio, durante el cual el Sarraceno se puso a dar paseos por la tienda, como el leon, que despues de una violenta irritacion, procura calmarse y refrescarse la sangre, antes de ir a descansar a su caverna. El Europeo, menos iracundo que su libertador, se mantubo en la misma postura, aunque probablemente, luchaba con sus propios sentimientos, y hacia cuantos esfuerzos podia por templar el arrebato que habian existado en su alma las palabras del Emir.

“ Hablemos sin enfadarnos, dijo el Sarraceno : yo soi medico, segun te consta, y está escrito que el que quiere curar de su herida, no debe estorvar que el medico la examine.

Cristiano, vas a ver como yo pongo el dedo donde está tu enfermedad. Tú amas a esa Dama, parienta de Melec Ric. Arroja el velo que cubre tus pensamientos, o no lo arrojes, si no quieres; pues mis ojos leen al traves de su tegido, todo lo que pasa en tu corazon.”

“ La amé,” dijo el caballero, despues de haber guardado algunos instantes de silencio; “ la amé como los hombres aman la proteccion del cielo; deseé sus favores, como los hombres imploran el perdon de lo alto.”

“ ¿ Y ya se acabó tu amor?” preguntó el Sarraceno.

“ ¡ Ah! respondió Sir Kenneth; ya no soi digno de amarla . . . mas ruegote que deges esa conversacion, porque tus palabras son puñales que me atraviesan el alma.”

“ Permiteme solo hacerte una pregunta; dijo el Emir: cuando tú, siendo un pobre y oscuro soldado, osaste fijar tu amor en una dama de condicion tan elevada y superior a la tuya, ¿ tenias alguna esperanza de conseguir el obgeto de tus deseos?”

“ El amor, dijo Sir Keeneth, no puede existir

sin esperanza; pero la mia rayaba en desesperacion, como la del marinero que lucha con la mar enbravecida, y cuando logra escapar de una ola furiosa que lo amenaza, descubre el fanal distante que le indica el puerto de salvacion, aunque el abatimiento de sus fuerzas le dice que nunca llegará a alcanzarla.”

“ Y ahora, dijo el Emir, el marinero ha perecido en la tormenta, y no volverá a ver la luz que lo guiaba.”

“ Jamas,” respondió el Escoces, en voz desfalleciente como el eco del sepulcro.

“ Pareceme, repuso el Sarraceno, que si todas tus esperanzas se reducian al fugitivo meteoro que desde tan lejos mirabas, no es difícil volverlo a encender, para que se renueven en tu corazon los sueños de tu aerea felicidad, y tú vuelvas a recrearte en la dulce ocupacion de alimentar tu pasion con manjares tan solidos como el vapor de la mañana: por que supon-gamos que se restablece tu buena opinion, y la situacion en que te hallabas hace pocos dias: no por eso, dejará de ser la dama de tus pensa-

mientos, parienta de un Rei, y esposa elegida de Saladino.”

“ Quisiera verme en ese caso, dijo Sir Kenneth, y entonces . . .” detubose al pronunciar estas palabras, como quien teme aventurarse a una suposicion que no puede ser realizada. El Emir sonrió, y dijo, concluyendo la sentencia que el Escoces habia empezado, “ entonces retarias al Soldan a medir las armas contigo.”

“ Y aun en ese caso, dijo Sir Kenneth, no sería el Soldan el primero ni el mejor turbante que mi lanza hubiera echado al suelo.”

“ Puede ser, respondió Ilderim, mas no creo que Saladino adoptase semejante medio para celebrar una alianza, y poner termino a una guerra.”

“ ¿Y si lo busco en el campo de batalla, y al frente de sus tropas?” dijo el Escoces, entusiasmado con la idea de pelear por su dama con uno de los mas poderosos monarcas del mundo.

“ Si lo buscas, respondió el Emir, lo hallarás,

pues no es hombre que abandona su puesto, ni vuelve espaldas al enemigo valiente: pero no hablemos por ahora del Soldan. Lo que yo deseo es que tu restablezcas tu fama, y vuelvas a gozar de la consideracion que merecias. Si para esto crees que basta poner en tus manos los medios de descubrir quien fue el que robó el pendon de Inglaterra, yo te los ofrezco, con tal de que te deges gobernar por mis avisos, porque Lokman ha dicho: si el niño quiere andar es necesario que la madre lo conduzca por la mano; si el ignorante quiere aprender, es preciso que el sabio lo instruya.”

“ Tú eres sabio, dijo Sir Kenneth, aunque Sarraceno, y generoso aunque infiel. De ambas cosas soi testigo. Toma pues a tu encargo la direccion de todo este negocio, y no exijas de mi nada que sea contrario a mi lealtad como caballero, ni a mi fe como Cristiano. Con estas dos condiciones, mi obediencia a tus mandatos no tendra limites. Haz lo que me propones, y despues pide mi vida en galardón.”

“ Oyeme atento, dijo entonces el Sarraceno.

Tu valiente alano está ya recobrado de sus heridas, gracias a aquella medicina celestial que tan saludable es a la bestia como al hombre. ¿ No crees tú que su sagacidad podra descubrir a los que lo hirieron al tiempo de arrebatarse el pendon ?”

“ ¡ Ah ! dijo Sir Kenneth, ¡ necio de mi que no he caido antes en ello !”

“ ¿ Tienes, preguntó Ilderim, algunos amigos o sirvientes en el campamento por quienes el animal pueda ser conocido ?”

“ Cuando esperaba la muerte por instantes, dijo Sir Kenneth, despedí con cartas para Escocia a mi antiguo servidor, el escudero que a tu sabiduria debio el pronto y total recobro de su salud. Nadie pues ha quedado en el campamento que sepa si el alano es mio. Pero todos conocen mi persona, y aunque me disfrazára del modo mas completo, mi voz bastaria a denunciarme entre gentes que me han visto tantas veces en el campo de batalla.”

“ Tú y el perro podeis desfiguraros de tal modo, dijo el Sarraceno, que ni tu mismo

EL TALISMAN. 249

hermano podra reconocerte, por mas de cerca que te examine, si te muestras docil a mis consejos. Dificultades mas arduas he vencido yo, y tú has sido testigo de ello. Pero sabe, antes de pasar adelante, que exijo una condicion indispensable en cambio de este importante favor. La condicion es esta: que llesves una carta de Saladino a la parienta de Melec Ric; a esa criatura incomparable, cuyo nombre es tan dificil para la lengua y labios de un Oriental, como su aspecto es echicero a nuestros ojos.”

Sir Kenneth se detubo antes de responder, y observandolo el Sarraceno le preguntó si temia encargarse de aquel mensaje.

“ No lo temeria, respondió Sir Kenneth, aunque supiera que habia de recibir la muerte al entregarlo. Mi duda no nace de temor; nace de que ignoro si es compatible con mi honor el llevar esa carta, y compatible con el honor de Lady Edit de Plantagenet el recibirla.”

“ Por la cabeza de Mahoma, dijo el Emir, y

por el honor de soldado; por el sepulcro de Meca, y por las barbas de mi padre, te juro, valiente caballero que la carta no puede ofender en un apice el honor de esa Princesa, ni el respeto que le deben todos los hombres. Tan facil es que el canto del ruiseñor asuste al amante pensativo, que vaga de noche en la soledad de los bosques, como que las palabras del Soldan ofendan los oidos de la amable parienta del Leon Ingles.”

“ Pues bien, dijo Sir Kenneth, yo me encargo de llevar la carta de Saladino, con tanta fidelidad como si hubiera nacido su vasallo. Pero ten entendido que salvo el simple hecho de ponerla en manos de Lady Edit, nada mas tiene que esperar de mi el Soldan en este negocio, que me parece tan extraordinario e incomprendible.”

“ Saladino es noble y generoso, dijo el Emir, y nunca pone espuelas al caballo, cuando sabe que no puede correr. Ven conmigo a mi tienda, y en poco tiempo te hallarás en un disfraz mas impenetrable que la oscuridad de

EL TALISMAN. 251

la media noche, de modo que bien podras ir al campamento de los Nazarenos, con tanta seguridad como si llevaras contigo el sello de Gisaougi.”*

* Asi llaman los Arabes al anillo de Giges.

CAPITULO XI.

11.

El lector ha adivinado sin duda a la hora esta quien era el esclavo Étiope que llevó al campamento de los Cristianos la carta del Soldan Saladino, y cuales eran sus secretas intenciones cuando se colocó al lado de la persona de Ricardo, en tanto que este Monarca, rodeado de sus valientes pares de Inglaterra y de Normandía, estaba en la cima del monte de San Jorge, junto al estandarte de su egercito, llevado por el mas distinguido de sus guerreros, que era su propio hermano, Guillermo el de la Larga Espada, Conde de Salisbury, fruto de los amores de Enrique Segundo con la famosa Rosamunda de Woodstock.

Receloso estaba el Nubiano de que el Rei hubiera penetrado su disfraz, en virtud de ciertas espresiones que este Monarca habia dirigido el dia antes a Neville, y de las cuales se podía colegir que fundaba en el alano toda

N.E.T. 11. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

A grain of dust/ Soiling our cup, will make our sense reject/
Fastidiously the draught which we did thirst for;/
A rusted nail, placed near the faithful compass,/ Will sway it from the truth, and wreck the argosy./
Even this small cause of anger and disgust/ Will break the bonds of amity 'mongst princes,/ And wreck their noblest purposes. THE CRUSADE.

... Un grano de polvo/ manchando nuestro vaso hará que alejemos/ con asco la bebida que nuestra sed pedía./
Un clavo enmohecido, al lado de la brújula,/ al navío desvía llevándolo al naufragio./ Así, leve motivo de enojo o de disgusto,/ de los príncipes destruirá los lazos amistosos,/ y él arruinará sus más nobles propósitos.

La Cruzada.

[Suro Roca, T., *op. cit.*, 351].

la esperanza del importante descubrimiento que tanto interesaba a su honor; aunque por otra parte no sabia si Ricardo habia tenido noticia de la herida del perro. El Rei sin embargo continuaba tratandolo como su exterior requeria, y el fingido esclavo, incierto de la opinion que de él tenia, resolvio no quitarse la mascara sino forzado por una necesidad imperiosa.

Al mismo tiempo, los tercios de los diferentes Principes de la Cruzada, mandados por sus gefes respectivos, estaban formados al pie del monte, de donde empezaron a desfilir, uno a uno, por delante de la bandera de Inglaterra. Al llegar enfrente de ella, cada gefe se adelantaba dos o tres pasos, y saludaba a Ricardo y al pendon con una profunda reverencia; ceremonia, que segun las palabras del protocolo, indicaba respeto y amistad, empero no sumision ni vasallage. Los prelados y otros individuos del clero, que en aquellos tiempos no se descubrian ante los Reyes de la tierra, se contentaban con echar una bendicion a Ri-

cardo y al símbolo de su grandeza y de su poder.

Los tercios, aunque considerablemente disminuidos por tantas pérdidas y desastres, ofrecían todavía al aspecto de una enorme mole de hierro, capaz de hacer en pocos días la conquista de Tierra Santa. Los soldados se presentaban con gallardía y vigor, animados por la confianza que inspira siempre la fuerza unida. Los alegres ecos de las trompetas resonaban en todos los ámbitos del campo, y los caballos, restablecidos de sus fatigas por el largo descanso de que habían disfrutado, tascaban los frenos, y herían orgullosamente la tierra con sus sonoros cascos. Así pasó todo el ejército de la Cruz, con banderas desplegadas, y lanzas enhiestas, lo que unido a las ondas que formaba el viento en los pomposos penachos de las cimbras, recreaba la vista de los espectadores, mientras la mente se entusiasmaba al considerar aquella vasta reunión de hombres de tan distintos climas, costumbres, y lenguajes, animados con el santo y atrevido

EL TALISMAN. 255

designio de libertar a la desconsolada hija de Sion, de su penosa esclavitud, y redimir la tierra sagrada, escena de tantos prodigios, del yugo de un infiel pagano. En otras circunstancias, aquel homenaje tributado al Rei de Inglaterra por tantos Principes que no le debían vasallage ni feudo, hubiera parecido impropio del orgullo de tan eminentes personas; pero en presencia de un caudillo tan famoso por sus hazañas, tan digno de dirigir aquella temeraria espedicion, se olvidaban los resentimientos particulares, y los escrúpulos del amor propio, y solo se consideraba la señal de sumision como una deuda pagada al merito sin rival, al honor sin mancha, y a la noble ambicion de fama y de gloria.

El buen Rei estaba a caballo, en la mitad del declive del monte, con el morrion en la cabeza, y encima una corona, que realzaba la nobleza y dignidad de sus facciones. Miraba con gravedad y dulzura las tropas que por delante de él pasaban, y respondió urbanamente al acatamiento de los Principes. Lle-

vaba una tunica de terciopelo celeste, con placas de oro, y un manto de brocado, forrado de seda carmesi. A su lado estaba el fingido Etiope, teniendo en la mano la cuerda a que iba atado su inseparable y fiel compañero: mas su presencia no llamó la atención de los espectadores, porque muchos Principes Cristianos habian admitido esclavos negros en su servidumbre, imitando en esto la pompa y el capricho de los Monarcas de Oriente. Sombraban al Rei los pliegues del pendon de San Jorge, al cual dirigia frecuentemente sus ojos Ricardo, como si se deleitase al considerar, que aquella ceremonia, insignificante en otras circunstancias, era en aquella ocasion el simbolo del respeto con que las potencias de Europa miraban a Inglaterra. Detras del Rei, y en la cuspide de la elevacion, se habia erigido una torre de madera, en que se habian colocado la Reina Berenguela, y las damas principales de su corte. Mirabalas el Rei de cuando en cuando, y otras veces observaba al Etiope, y a su perro, sobre todo cuando pasaba algun

Príncipe o caudillo de quien desconfiaba, o a quien sospechaba capaz de haber tomado parte en el insulto que su pendon habia recibido.

No lo hizo así cuando tocó la vez a Felipe de Francia, el cual venia a la cabeza de su numerosa y brillante caballeria; antes bien le salio al encuentro, y los dos Monarcas se saludaron, no con la fria espresion de la urbanidad, sino con el afecto y ternura de dos hermanos cariñosos. Esta union de los dos Monarcas mas poderosos de Occidente, sancionada por sus demostraciones de mutuo aprecio y sinceridad, arrancó estrepitosos aplausos al egercito de los Cruzados, que formado a los dos lados del monte, ocupaba una línea de algunas millas de estension, y tal fue el rumor con que las tropas dieron rienda suelta a su entusiasmo, que sus gritos resonaron en el campamento de los Sarracenos, y les hicieron creer que los Cristianos meditaban algun ataque repentino. Pero ¿quien sino el Rei de los Reyes puede leer en el corazon de los Monarcas? Bajo esta máscara de benevolencia, Ricardó alimentaba las mas negras sospechas

y desconfianzas contra Felipe, y este, su secreto designio de separarse con sus tropas, de la Cruzada, dejando a Ricardo solo, en medio de los peligros que en tan remotos países debían amenazarlo.

Diverso fue el aspecto de Ricardo, cuando se aproximaron los Caballeros y escuderos del Templo, hombres tan notables por el color bronceado de sus rostros, efecto del ardiente clima de Palestina, como por el admirable estado de sus caballos y harneses, que eclipsaban la mejor caballería de Francia y de Inglaterra. El Rei echó una ogeada al Etiope: mas este se mantubo quieto, y el alano que estaba a sus pies, continuaba observando con atenta sagacidad las filas que por delante pasaban. Ricardo volvió a mirar a los Templarios, cuando el Gran Maestro, valiendose de su caracter equívoco, lo bendijo como sacerdote, en lugar de acatarlo como caudillo.

“ El orgulloso y amphibio avechucho,” dijo Ricardo a su hermano, “ representa ahora el papel de fraile, pero degemoslo pasar, y no nos privemos por un pique mugeril, del poderoso

ausilio de sus lanzas. Mas aqui viene mi valiente adversario el Gran Duque de Austria : observalo atentamente, Salisbury, y tú, Nubiano, deja que tu perro lo olfatée a sus anchas. Por San Pedro de Roma que trae consigo a sus bufones.”

En efecto, sea por costumbre, sea en señal del desprecio con que miraba aquella ceremonia, Leopoldo venia acompañado de los dos ridiculos personajes que tanto ruido hacian en su corte. Al pasar por delante de Ricardo, se conocio que hizo cuantos esfuerzos pudo por mostrarse indiferente, y aun desdeñoso ; mas sin embargo, sus facciones y rubor indicaban el involuntario miedo que le inspiraba la presencia de su terrible enemigo, a guisa de travieso muchacho, que pierde su natural alegría, cuando columbra las arrugadas cejas del severo pedagogo. Al mismo tiempo que el Archiduque hacia de malisima gana, como su gesto lo denotaba, la reverencia, a que los otros gefes se habian sometido, el orador de su camara, alzó y agitó el baston, y proclamó, a manera de rei de armas, que el alto, noble,

poderoso y encumbrado Leopoldo, Gran Archiduque de Austria, &c. &c. &c. al cumplir con la ceremonia del día, no entendía derogar en un apice la dignidad y prerrogativas a qué era acreedor como Príncipe Soberano: a cuya inesperada arenga, respondió su compañero el bufon con un sonoro *amen* que exitó una carcajada general de risa en el auditorio.

El Rei Ricardo miró otra vez al esclavo y a su perro, y viendo que ni uno ni otro habían hecho el menor movimiento, “ Amigo mio, dijo al Nubiano, mucho temo que tu sagacidad, aunque ayudada por la de ese animal, de quien tanto esperabamos, no te dara gran nombradia, ni grandes derechos a mi proteccion y gratitud.”

El Nubiano respondió inclinando casi hasta el suelo la cabeza, y cruzando los brazos, como lo tenía de costumbre.

En pos de los tercios Austriacos venían los del Marques de Monserrate. Aquel poderoso y astuto Baron, afín de dar mayor ostentacion a las fuerzas que obedecían sus ordenes, las había dividido en dos cuerpos. A la cabeza

EL TALISMAN. 261

del primero, que se componia de sus vasallos, y otros hombres reclutados en sus Señoríos de Oriente, iba su hermano Enguerrando. El Marques marchaba detras, seguido por un hermoso escuadron de Estradiotas. Eran estos unos esforzados combatientes, que siempre formaban cuerpos de caballeria ligera, y que los Venecianos habian sacado de las provincias que poseian en Dalmacia, confiando su mando al Marques, con quien la Republica tenia grandes y estrechas conexiones. El traje de estos Estradiotas, era en parte Europeo, y en parte Oriental y moruno. Llevaban cortas y ligeras armaduras, y encima unas tunicas de vistosas y delicadas telas de varios colores; calzones anchos, semejantes en todo a los que usan los Turcos, y medias botas de tafilete. Cubrianles la cabeza unos gorros angostos y derechos, como los de los Griegos de entonces, y su armamento constaba de pequeñas rodelas, arcos, flechas, cimitarras y puñales. Sus caballos eran todos exelentes, y habian sido escogidos con gran esmero por orden del senado de Venecia. Sus harnesses y demas

equipo eran casi como los Turcos ; montaban y corrian a caballo como estos, con estrivos cortos, y sillas altas. Estas tropas eran de grande utilidad en las escaramuzas que los Cristianos tenían frecuentemente con los Arabes, mas no sabian mantener un encuentro serio y empeñado, ni peleaban en linea como los hombres cubiertos de hierro, de las naciones del Norte y del Occidente de Europa.

Delante de los Estradiotas, marchaba Conrado, vestido como ellos, aunque con mas lujo y esplendor, puesto que deslumbraban el oro y la plata de que iba cubierta su tunica, y la pomposa pluma blanca de su birreta, y el soberbio boton de magnificas joyas que la sugetaba. El bello animal en que iba montado, lleno de vigor y lozania, se erguia de cuando en cuando en graciosas corbetas, y otras veces agitaba los fuertes brazos, sin adelantar una pulgada de terreno, de modo que desconcertaba frecuentemente al Marques, que no gozaba la reputacion de ser el mejor ginete de la Cruzada. El lo manejaba como podia con una mano, y en la otra llevaba el baston de

EL TALISMAN. 263

gefe, simbolo de la autoridad absoluta que egercia en las tropas de su mando. Sin embargo, la que tenia en calidad de gefe de los Estradiotas, era de mas aparato que realidad, porque los Venecianos no habian olvidado el sistema de politica que distinguia todas las acciones de su gobierno, y habian enviado a Palestina un agente de su confianza, o mas bien un espia condecorado, para que observase no solo la conducta de las tropas que la Republica pagaba, si no tambien, y con mas particular atencion, la del caudillo a quien se habia confiado su mando. Este hombre, que iba vestido de negro, sin barbas ni bigote, y que montaba un caballo de mediano valor, seguia los pasos del Marques, y su ruin apariencia formaba un extraño contraste con la gala y el esplendor que lo rodeaba.

Conrado habia seguido siempre el humor de Ricardo, y este lo trataba con mas familiaridad que a los otros Principes del egercito. Cuando lo vio venir acia el monte, el Rei se adelantó dos o tres pasos, y le dijo en tono festivo,

“ ¡ Ah Marques de Monserrate ! ¿ Posible es que siempre traiga tu cuerpo una sombra detras, que luzca el sol, que no luzca ? ¿ Podras decirme, amigo, quien de los dos manda las tropas, la sombra o el cuerpo ? ”

El Marques iba a responder, y ya habia empezado a sonreirse, segun su costumbre, cuando Roswal, que hasta entonces habia permanecido tranquilo y silencioso, lanzó un tremendo ahullido, se puso en pie, y saltó con impetu acia adelante. El Etiope, al mismo tiempo, soltó la cuerda con que lo sugetaba, y el alano, viendose libre, se avalanzó furioso al caballo del Marques, sugetó a este por el cuello, lo desmontó y lo arrastró consigo al suelo. El engalanado ginete no pudo oponer resistencia alguna a este formidable e inesperado agresor, y el trotero, asustado a tan repentino ataque, echó a correr por el campamento.

“ El perro ha echado la pieza que ibamos buscando,” dijo Ricardo, lleno de orgullo y satisfaccion al Etiope. “ Por San Jorge que

es un venado de los que mas diversion pueden darme: pero aparta a ese animal, no sea que lo despache antes de tiempo.”

El Etiope marchó acia el alano, en cumplimiento de la orden del Rei, y aunque no sin dificultad, pudo arrancarlo del Marques, y atarlo otra vez con la cuerda, no obstante sus repetidos esfuerzos por volver a donde yacia su mal parado enemigo. Al mismo tiempo se agolparon acia este los que mas cerca de él se hallaban, que eran algunos gefes de sus tercios y oficiales Estradiotas, los cuales viendo en tan misera situacion a su caudillo, empezaron a gritar desaforadamente: “ Muera el perro, y muera el esclavo.”

Pero la voz sonora y penetrante de Ricardo apaciguó inmediatamente aquella griteria. “ Morirá hecho hastillas a mis manos, dijo, el que ose poner las suyas en ese animal. Su deber ha hecho, y no mas, aprovechandose del sagaz instinto de que Dios y la naturaleza lo han dotado. Y tú, Conrado, Marques de Monserrate, falso y traidor te declaro, y como tal te acuso ante todo el egercito de Cristo.”

A esta sazón se habían ya aproximado al sitio del tumulto algunos de los Príncipes y caudillos del ejército. Conrado, lleno de confusión y despecho, y queriendo al mismo tiempo aparentar orgullo y dignidad, prorrumplía en descompuestas e interrumpidas exclamaciones. “¿Qué significa esto? ¿De qué crimen me acusa Ricardo de Inglaterra? ¿Es este el modo de tratar a un Príncipe Cristiano? ¿Es este el lenguaje que corresponde a su gerarquía? ¿Es esta la liga de concordia que Inglaterra acaba de ratificar?”

“Parece,” exclamó con voz sepulcral el Gran Maestro de los Templarios, “que los Príncipes se han convertido en liebres a los ojos de Ricardo, y que quiere divertirse dandoles caza.”

“Algun grave accidente ha ocurrido, alguna funesta equivocación,” dijo el Rei de Francia, dirigiéndose a carrera tendida acia el sitio del alboroto.

“Acechanzas de los enemigos,” dijo el Arzobispo de Tiro.

“Estratagema de los Mahometanos,” respon-

EL TALISMAN. 267

dio Enrique de Champaña: “bueno fuera ahorcar al perro de un árbol, y poner a su amo en el potro.”

“Nadie lo toque, exclamó Ricardo, si no quiere haberlas conmigo. Conrado, alzate, y ponte en mi presencia si a ello te atreves. Niega la acusacion que hace contra ti este fiel animal, puesto que te echa en cara el daño que de tu mano ha recibido, y la injuria que has hecho traidora y deslealmente a Inglaterra.”

“Jamás puse las manos en tu bandera,” respondió Conrado.

“Tus propias palabras te venden, dijo Corazon de Leon, por qué ¿como podrias saber, si tu conciencia no te acusára, que se trata ahora del robo del pendon?”

“¿Y para eso, contestó el de Monserrate, traes revuelto, con el pretesto de una ceremonia, a todo el campamento Cristiano? ¿Y tienes valor para imputar a un aliado, a un Principe, lo que sin duda ha sido obra de algun malsin seducido por el oro de un enemigo oculto?”

¿ Daras mas credito a un can que a un con-
federado ?”

Ya a la sazón había cundido por todo el
ejército el desorden. Felipe de Francia se
hallaba entre Ricardo y el Marques, y creyó
que le tocaba mediar en tan aspera con-
tienda.

“ Príncipes y nobles, dijo, estais hablando
en presencia de las tropas que respectivamente
os obedecen, y que no tardarian en esgrimir
los aceros, unas contra otras, si oyesen los
denuestos de que sus gefes se sirven. En nom-
bre del Cielo, retiremosnos de este sitio, envíe-
mos los tercios a los cuarteles, y reunamosnos
dentro de una hora en el pabellon del consejo,
para poner algun orden, en tan extraordinaria y
no vista confusion.”

“ Que me place, dijo Ricardo, aunque mas
hubiera convenido examinar a ese perverso,
ahora que su ropa está cubierta de sangre y
arena : pero la voluntad de Francia sera siempre
la mia en esta materia.”

Los gefes se separaron en virtud de la pro-

posicion de Felipe, colocandose cada Principe a la cabeza de sus tropas, y solo se oian por todas partes los gritos de los soldados, y los variados ecos de los clarines y atabales, que llamaban los tercios de las diferentes naciones a sus respectivas banderas. No tardaron las tropas en ponerse en movimiento, dirigiendose por diversos caminos, a los cuarteles en que residian. Pero aunque esta medida evitó muchas revueltas y discordias, cada cual reflexionaba de distinto modo sobre el accidente que habia ocasionado tan agria disputa entre aquellos dos altos potentados. Los Franceses, Austriacos, y demas estrangeros que aquella misma mañana habian aclamado a Ricardo, como la perla de los guerreros, el honor de la Cruzada, y el caudillo mas digno de capitanear los soldados de Cristo, miraban con desconfianza su conducta, y murmuraban de su intolerancia y altanería. Los Ingleses, entretanto, que creian comprometido el honor de su patria en el exito del conflicto, atribuian a las otras naciones, sentimientos de envidia y de injusticia contra Inglaterra, y el malicioso

y secreto designio de frustrar los planes, y marchitar la gloria de su soberano. Corrian de tienda en tienda rumores diversos y a veces contradictorios sobre el lance del perro: los unos lo atribuían a causa sobrenatural, los otros a las dañadas intenciones de Ricardo. No faltó quien digera que la Reina y sus damas se habían asustado al ver aquel tumulto, y aun hubo quien añadió que una de ellas se había desmayado.

El Consejo se reunió a la hora que había indicado el Rei de Francia. Conrado, entretanto, se había despojado de las vistosas galas tan maltratadas por su furioso enemigo, y con ellas, de la vergüenza y confusión, que en despecho de su destreza y sangre fría, habían aparecido en su rostro, cuando fue juguete de tan singular estratagema, y víctima de tan imprevisto ataque. Entró en el consejo con los pomposos atavíos que a su dignidad de Principe soberano correspondían, marchando con grave y mesurada lentitud, y acompañado por el Archiduque Leopoldo de Austria, por los Grandes Maestres de las Ordenes religiosas y

EL TALISMAN. 271

militares del Templo, y de San Juan de Jerusalem, y por otros varios potentados, que parecían dispuestos a defender su causa y abrazar su partido. Los unos procedían por motivos de política; los otros por la enemistad personal que tenían a Ricardo, y por la envidia que les inspiraban sus altos hechos y merecida gloria.

Estas disposiciones favorables a Conrado de Monserrate no abatieron el ánimo, ni cambiaron los designios de Corazon de Leon, el cual se presentó en el pabellon, donde ya estaban reunidos todos los otros Principes, con su acostumbrada indiferencia y serenidad, y vestido del mismo modo que cuando echó pié a tierra. Miró con cierto desprecio a los que se habían colocado, no por casualidad, sino con espreso designio, al lado del Marques, como si adivinára sus intenciones, y tomando inmediatamente la palabra, lo acusó terminantemente, y del modo mas positivo y energico, de haber robado el pendon de Inglaterra, y de haber hendo al fiel animal que lo guardaba.

Conrado se levantó para responder, y hablando en tono firme y soberbio, aseguró que

estaba inocente de aquella acusacion, y que lo sostendria en despecho de hombres y animales, y de todos los Monarcas y perros del mundo.

“ Hermano de Inglaterra,” dijo Felipe de Francia, que hacia comunmente en semejantes ocasiones el papel de mediador, “ esta acusacion no está hecha por los terminos ordinarios, y recibidos en las practicas de la caballeria. Hasta ahora no nos habeis manifestado ninguna prueba del hecho que habeis articulado, ni ningun dato seguro, o a lo menos verosimil, en que fundeis vuestra queja. Toda vuestra persuacion se apoya en el perro que asaltó al noble Marqués, cuando pasaba por delante de la bandera de Inglaterra, y cierto que la palabra de un Principe es de algun mas peso que el ladrido de un can.”

“ Hermano de Francia, contestó Ricardo sin alterarse; tened presente que el Todo Poderoso, que nos ha dado al perro para que nos acompañe en nuestras diversiones y trabajos, lo ha dotado de una indole leal generosa, e incapaz de engaño y falsia. El perro no olvida jamas al amigo ni al enemigo; al que lo hiere

y molesta, ni al que lo acaricia y alaga. Participa de la inteligencia del hombre, mas no de su doblez y perfidia. No es imposible hallar quien por un puñado de oro clave el puñal en el seno del delincuente; quien apoye con un testimonio falso una acusacion injusta, pero jamas se conseguira del perro, con cariños ni con amenazas, que ataque ni haga el menor daño a su bienhechor. Es amigo del hombre, salvo cuando el hombre ha merecido su enemistad y su resentimiento. Que se vista el Marques a guisa de pabo real, como estaba, hace una hora; que se disfrace del modo que guste; que se desfigure el rostro con drogas y enjuagues; que se oculte entre centenares de hombres, el cetro y la corona apuesto a que el alano lo descubre, y manifiesta su odio como lo hizo en el monte de San Jorge. No es nuevo este incidente, aunque parece estraño e inesplicable. Antes de ahora, asesinos y ladrones han sido descubiertos por el olfato y diligencia del perro, y han sufrido la muerte que merecian, sin otra prueba ni testimonio, y los hombres decian: aqui está el dedo de Dios. En tu tierra,

noble hermano, y en una ocasion como esta, se resolvió la duda por medio de un duelo solemne, en que el perro hizo de actor, y el hombre de reo, en una causa de homicidio. El perro venció, y el hombre fue castigado, confesando antes su delito. Creedme, muchos crímenes ocultos han sido manifestados por las sustancias manimadas, y por brutos, inferiores en sagacidad y olfato al perro, que es el amigo y el compañero de la especie humana.”

“ Cierto es, respondió Felipe, que hubo ese duelo de que hablas en el reinado de uno de nuestros pasados, que de Dios goce. Pero este suceso ocurrió en época remota, cuyas costumbres son harto diferentes de las de nuestros días. El reo de la causa era un caballero particular, sin dignidad ni título; en el acto del duelo, se presentó armado con un palo, y defendido por un colete de cuero. Mas nosotros no podemos degradar a un Príncipe, obligándolo a pelear con semejantes armas, y con semejante enemigo.”

“ Ni yo deseo tampoco, dijo Ricardo, que así se verifique, pues fuera lastima esponer la

vida de un perro fiel e inteligente, con un contrario tan doble y falaz como ese Conrado ha manifestado serlo por sus acciones. Sea como fuere, aquí está mi guante, y con esta señal reto y emplazo a Conrado de Monserrate, sin necesitar de otras pruebas de su maldad que las que ahora tengo. ¿Qué pretexto podra alegar para no admitir mi desafio? Que al cabo un Marques puede tener a honra tomar las armas con un Rei.”

Conrado no se dio mucha prisa a recoger la prenda que Ricardo habia echado en medio de la sala: así que Felipe tubo tiempo para responder, antes que el Marques se levantase de su asiento.”

“ Un Rei, dijo el de Francia, es enemigo demasiado encumbrado para el Marques de Monserrate: pero un perro no lo es bastante. Ricardo, lo que propones no debe llevarse a efecto. Tú eres el gefe de la expedicion de que todos hacemos parte; la espada y el escudo de la Cristiandad.”

“ Protesto contra ese combate, dijo el *providitore* Veneciano, y protestaré interin el Rei de

Inglaterra no pague a Venecia los cincuenta mil bezantes que le debe. Harto arriesga la Republica este dinero, con los continuos peligros a que se espone Ricardo, sin necesidad de aventurarse de nuevo, con peleas sobre perros y banderas.”

“ Y yo,” dijo Guillermo el de la Larga Espada, Conde de Salisbury, “ protesto tambien contra ese combate, y me opongo, y me opondre constantemente a que mi noble hermano esponga su vida, que es propiedad del pueblo Ingles, en semejante causa. Toma el guante, Ricardo, como si el viento te lo hubiera arrancado de la mano. El mio ocupará su lugar, que aunque mis barras no ocupan en el escudo el mismo lugar que las tuyas, soi hijo de Rei, y basto para un mequetrefe como el Marques de Monserrate.”

“ Principes y nobles, dijo Conrado, no es mi animo aceptar el duelo a qué el Rei de Inglaterra me emplaza. Ha sido elegido gefe y caudillo supremo de esta empresa, en que todos los Principes Cristianos nos hemos coligado. Si su conciencia le permite provocar a un

aliado fiel, con tan frívolo y despreciable pretesto, la mía se opone a sufrir el desdoro de aceptar su provocación. Pero defenderé mi honor en el campo, contra su bastardo hermano Guillermo de Woodstock, y contra cualquiera otro que sostenga tan vil y calumniosa acusación, y sostendré que miente como villano y mal nacido, y como indigno del nombre de caballero, y de llevar al pecho la Cruz de Cristo.”

“ El Marques de Monserrate, dijo el Arzobispo de Tiro, habla como hombre de seso y de honor, y mi opinión es que la rencilla debe quedar aquí sin pasar mas adelante, y sin que padezca la reputación de ninguno de los que han tomado parte en ella.”

“ Lo mismo pienso yo, dijo el Rei de Francia, con tal que Ricardo retracte la acusación que ha hecho con tan deleznales fundamentos.”

“ Felipe de Francia, respondió Corazon de Leon, mis palabras no han contradicho nunca mis pensamientos. He dado, y doi actualmente a Conrado de Monserrate el dictado de

ladron que merece, por haber robado, a favor de las tinieblas de la noche, el pendon, emblema de las glorias de Inglaterra. De tal lo acuso, y tal lo creo. Cuando se señale el dia del combate, ya que Conrado se niega a medir sus fuerzas con las mias, no me faltará caballero noble y leal que sostenga lo que he dicho. Por lo que a ti respeta, Guillermo, no debes esgrimir tu larga espada en esta disputa, sin mi especial licencia y autorizacion.”

“ Puesto que la obligacion me fuerza a ser arbitro en este fatal negocio, dijo el Rei de Francia, de aqui a cinco dias tendra lugar el duelo, conforme a las leyes y usos de la caballeria. Ricardo de Inglaterra comparecerá como provocador, por medio del campeon que elija, y Conrado de Monserrate en persona, como provocado. Ignoro sin embargo cual ha de ser el sitio en que el combate se verifique, porque debe ser tierra neutral, y lejos de este campamento, afin de que los soldados no armen facciones ni rencillas. “ Lo mejor seria, dijo Ricardo, acudir a la generosidad de Saladino, que aunque pagano, no cede a nin-

EL TALISMAN. 279

gan caballero en pundonor y lealtad, como tantas veces nos lo tiene acreditado. Seguros podemos estar en su buena fé; y hablo así para aquellos que puedan recelar alguna falsía del soldan, pues por lo que a mí toca, la tierra del enemigo es la que elijo siempre para campo de batalla.”

“ Sea como dices, respondió Felipe, entremos a Saladino de todos estos particulares, aunque será darle la satisfacción de que conozca las discordias que a nosotros mismos deberíamos ocultarnos. Retiraos ahora todos a vuestros cuarteles respectivos, y os encargo y recomiendo como fieles Cristianos y buenos caballeros, que eviteis por todos los medios imaginables, se propaguen y cundan entre los soldados la desunion y el odio que desgraciadamente prevalecen entre algunos de sus caudillos. Puesto que la decisión del punto está remitida al juicio de Dios, roguemosle que disponga de la victoria en favor de la justicia y de la verdad. Hagase su voluntad en todo.”

“ Amen, amen,” exclamaron unánimemente los miembros del Consejo, y en tanto, el Tem-

plario hablando al oído al Marques, “Conrado le dijo, ruega también a Dios, como lo hacía el Salmista que te libre de perros.”

“Calla, respondió el Marques, y ten cuidado con tus propias operaciones. Algun magico o diablo anda suelto por el campamento, y quizás por su ministerio podrá enterarse Ricardo del verdadero sentido de la empresa de tu orden: *feriatur Leo.*”

“¿Mas qué será de ti?” preguntó el Templario.

“Todo saldrá, dijo Conrado, a medida de mis deseos. Es cierto que no me hubiera servido de satisfacción haberlas con el brazo de hierro de Ricardo, y te confesaré francamente que no me disgusta verme libre de tan formidable enemigo. Mas por lo que hace a su bastardo hermano, no hai hombre en el campamento que menos crédito me merezca y menos temor me inspire.”

“Bueno es que no te falte confianza, dijo el Templario, y si sales con bien de lo que te aguarda, menester es confesar, que el can del Etiope ha hecho mas para desunir esta liga de

EL TALISMAN. 281

Príncipes, que todos nuestros planes, y que la daga del Charegita. ¡No estás viendo que a pesar de todo su estudio y afectada compostura, no puede disimular Felipe la satisfacción que le resulta de todos estos alborotos, como si viera aproximarse el día en que se desmorone todo este aparato de alianza que tanto le pesa sobre el corazón? Mira bien las sonrisas de Enrique de Champaña, y la alegría que le retoza en los ojos, como la espuma del vino blanco de su tierra. Pues, ¡y el de Austria! Observa como se regocija de que todo esto se acabe sin que se le toque al pelo de la ropa. Pero aquí viene. Ilustre príncipe, continuó el astuto hipócrita, dirigiendo la palabra al Archiduque Leopoldo, menester es confesar que estos funestos disturbios que turban la paz de los muros de Sion . . .”

“ Si por muros de Sion,” dijo el Archiduque interrumpiéndolo, “entendeis esta Cruzada, mas valiera que estuviera hecha pedazos, y cada uno tranquilo en su casa. Esto os lo digo en confianza.

“ Sea como fuere, dijo Conrado, lo cierto es

que la causa de toda esta desunion y revuelta es Ricardo; Ricardo que tantas fatigas y penalidades nos ha hecho padecer, y a cuya voluntad nos hemos sometido, como rendidos esclavos, con la esperanza de que egerciera su valor contra el enemigo comun, en lugar de volver las armas contra sus amigos y compañeros.”

“ En punto a valor, dijo el Archiduque, yo no sé si tiene mas que los otros; antes bien creo que si el noble Marques hubiera aceptado el combate con él, cuerpo a cuerpo, todo el egercito hubiera apostado contra Ricardo. Cierto es que maneja con brio y destreza la maza; pero en el uso de la lanza no es de los primeros. Cuando ocurrió nuestra desavenencia, ningun inconveniente hubiera yo tenido en hacerle ver quien soi; pero temi escandalizar al egercito de Cristo, ofreciendole el espectáculo de dos soberanos, armados uno contra otro, por querellas personales. Si lo tienes a bien, Noble Marques, yo seré tu padrino en el combate.”

“ Y yo tambien,” dijo el Gran Maestro.

EL TALISMAN. 283

“Vamos, pues, a mi tienda, nobles señores, dijo Leopoldo, y tomemos las once con un excelente vino que acabo de recibir de las margenes del Rin.”

Los tres pasaron juntos al pabellon de Austria.

“¿Qué dice nuestro amo, y que dicé toda esa caterva de locos?” preguntó Jonas Schwanker a su amigo el orador, que valiendose de las prerrogativas de su oficio, se habia acercado al Duque, cuando salio del pabellon del Consejo, mientras el bufon se mantenia a una distancia respetuosa.”

“Hijo de la locura, respondió el decidor, modera tu curiosidad: no es conveniente que yo deposite en tus estupidos oidos los secretos arcanos de mi señor.”

“Hijo de la sabiduria, replicó el bufon, mucho te engañas en arrogarte ese privilegio que en manera alguna te corresponde. Los dos asistimos al Duque, y por consiguiente los dos estamos igualmente interesados, tú como sabio y yo como loco, en los dichos y hechos

del que vive sometido al influjo de la sabiduría y de la locura.”

“ El Archiduque, respondió el orador, ha dicho al Marques y al Gran Maestro que está cansado de estas guerras, y que quisiera verse tendido a la larga en su palacio de Viena.”

“ De nada sirve decir y no hacer, contestó el bufon : mas valiera que tocara tabletas, y se guardase de hacer tan peligrosas confianzas.”

“ Tambien dijo, continuó el sabio, que Ricardo no es tan valiente ni tan diestro guerrero, como la fama lo pregoná.”

“ Dios lo libre, respondió el bufon, de que lleguen a oídos de Ricardo esos dicharazos.”

“ Lo principal se me olvidaba, añadió Jonas; los convidó a echar un vaso del Rin.”

“ Sapientísima sentencia, dijo el otro, y como tal pertenece a tu ministerio, pero el Archiduque en lugar de un jarro bebera cuatro, y esto pertenece al mio. ¿ Hai algo mas ?”

“ Si, dijo el orador; no sé que dijo acerca

EL TALISMAN. 285

de sus deseos de venir a las manos con Ricardo.”

“ Ese hombre está loco, dijo el compañero ; rematadisimo loco, y toda tu sabiduria no basta a curarlo. Pero degemos esto, amigo perorador, y vamos a imitar el eemplo de nuestro amo, bebiendo algunos tragos de su optimo vino reciénllegado.”

CAPITULO XII.

12.

CUANDO el Rei Ricardo volvió a su tienda mandó comparecer inmediatamente ante su presencia al esclavo Etiope. Entró este en actitud humilde, y habiéndose postrado delante del Rei, quedó en pie aguardando las ordenes que quisiera comunicarle. Y fortuna tubo en que el papel que representaba exigia que sus miradas estuviesen fijas en el suelo, porque Ricardo lo examinó atentamente con la suyas, y quizas el Nubiano hubiera perdido su serenidad, si hubiera observado el gesto del Rei cuando lo miraba de pies a cabeza.

“ Bien entiendes de cosas de monteria, dijo el Monarca, puesto que has echado la mejor pieza del monte, con tanta destreza como hubiera podido hacerlo el mejor cazador de Inglaterra. Pero no basta lo que has hecho: es necesario correr la liebre, y parecc que hai consideraciones graves que se oponen a que yo

N.E.T. 12. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

Yet this inconsistency is such, / As thou too, shalt adore; / I could not love thee, love, so much, / Loved I not honour more. MONTROSE'S LINES.

Hay un razón en mi inconstancia / que tienes que aceptar, ya que mi amor / no podrías poseer sin que con ansia / primero no quisiera mi honor.

Lines, de Montrose.

[*Suero Roca, T., op. cit., 369*].

EL TALISMAN. 287

mismo la corra. Disponte para regresar al campamento de Saladino, a quien llevarás una carta mia, en que le ruego señale terreno neutral para este duelo, y asista a él como testigo, si asi lo tiene a bien. Y ahora, sin que lo que voi a decir pase de mera congetura, pareceme que no sera dificil hallar en el campamento del Soldan algun guerrero intrepido que solo por amor a la justicia y deseo de adquirir fama, se encargue de tomar mi defensa contra ese traidor de Monserrate.”

El Etiope alzó los ojos, y los clavó en el Rei, espresando en sus miradas el entusiasmo que agitaba sus pensamientos; despues los levantó al Cielo, cubiertos de lagrimas, que indicaban su gratitud; bajó la cabeza, en señal de consentir en lo que Ricardo proponia, y volvio a colocarse en su acostumbrada postura de sumision y obediencia.

“ Basta, dijo el Rei; ya conozco que deseas complacerme en este asunto. Exelente servidor eres, y dotado de una propiedad que da mayor precio a tus servicios, puesto que ni te es dado

hacer obseciones a los mandatos de tu dueño, ni pedirle esplicaciones sobre lo que ha determinado. Un servidor Ingles, en tu lugar, no hubiera dejado de aconsejarme que confiase el duelo a una de las mejores lanzas de mis tropas, asegurando enfáticamente que desde mi hermano el de la Larga Espada, hasta el ultimo soldado de los tercios Ingleses, todos arden en deseos de derramar su sangre en mi defensa. Un Frances parlero hubiera empleado mil circumloquios y artificios, para descubrir mis mas secretos designios, sobre el guerrero a quien yo desearia confiar esta hazaña. Pero tu no sabes argüir ni responder ; sino obedecer y callar."

El Etope respondió inclinándose e hincando la rodilla ante quien le habia abierto de nuevo la carrera de la gloria.

"Hablemos de otra cosa, dijo Ricardo : ¿ has visto ya a Lady Edit de Plantagenet ?"

El mudo, al oír estas espresiones, iba ya a romper el silencio, y aun sus labios empezaron a prorrumpir en un sonido que inmediatamente

contubo, procurando imitar el ronco e inarticulado de los desgraciados a quienes la naturaleza ha privado del uso de la palabra.

“ ¡ Qué maravilla es esta ! exclamó el Rei. ¡ El nombre de una doncella hermosa basta para romper los lazos en qué estan encadenados tus organos ! Si eso produce su nombre ¡ que no hará su persona ! Pronto lo veremos, buen amigo. Voi a dar las ordenes necesarias para que comparezcas a su presencia, y vayas en seguida a llevar mi carta a Saladino.”

El Etiope repitio sus genuflexiones y reverencias ; pero cuando se alzó, el Rei le puso la mano en el hombro, y le dijo con gravedad : “ una sola advertencia debo hacerte. Aun cuando el benefico influjo de la noble dama a quien vas a ver baste en efecto a restituirte la facultad de que careces, y a poner en libertad tu lengua, que ahora, segun la espresion del buen Soldan, está aprisionada en muros de marfil, guardate de hacer uso del don que tan milagrosamente hayas adquirido ; guardate de articular una sola palabra. Si faltas a esta

condicion, te haré arrancar la lengua, y las piedras de su palacio, una a una.”

El Nubiano, cuando el Rei le hubo retirado la mano del hombro, puso los dedos sobre la boca, en señal de que estaba pronto a obedecer sus mandatos.

Ricardo le dijo, volviendo a apoyarse en él, aunque mas ligeramente que antes: “ Lo que acabo de decirte, prueba que te trato como esclavo. Si fueras noble y caballero, exigiria tu palabra de honor, acerca de esta condicion especial del encargo que te permito desempeñar cerca de Lady Edit de Plantagenet.”

El Etiope erguio la cabeza, miró al Rei con orgullo, y puso la mano derecha sobre el corazon.

Ricardo llamó en seguida a Neville.

“ Baron, le dijo, lleva ese esclavo al pabellon de mi augusta consorte, y hazle saber mi voluntad de que tenga una entrevista a solas con mi prima Edit. Tu puedes enseñarle el camino, en caso que asi lo requiera, aunque ya habras observado cuan perfectamente conoce todos los

EL TALISMAN. 291

rodeos y puntos del campamento. Y tú, amigo Etiope, despacha pronto, y antes de media hora vuelve a mi presencia.”

“ Estoi descubierta,” decía allá en sus adentros el Nubiano, en tanto que con los ojos bajos, y los brazos cruzados sobre el pecho, seguía los pasos de Neville, acia el pabellon de la Reina Berenguela. “ Estoi descubierta a los ojos de Ricardo, y sin embargo no veo que sea mui agrio su resentimiento. Si he entendido bien sus palabras, y seguramente no puede haber equivocacion en su sentido, su intencion es ofrecermela la oportunidad de lavar la mancha de mi honor, abatiendo el orgulloso crestón del falso Marques, cuyo crimen se leía en sus turbados ojos y tremulos labios, entanto que Ricardo lo acusaba con tanta acritud. ¡ Ah Roswal! ¡ cuan fielmente has servido a tu amo, y cuan cara va a costar a tu enemigo la herida que de su traidora mano recibiste! Pero ¿ qué significa este permiso que ahora se me da de contemplar de cerca y sin testigos a la que ya no tenia esperanzas de ver en todo el curso de mi existencia? ”

¿ Como y porqué puede consentir Ricardo en que yo vea a su divina parienta, sea en calidad de mensagero de Saladino, sea como envilecido criminal, ignominiosamente arrojado del campamento? ¿ Pues no fue a sus ojos el mayor de mis delitos, la sincera confesion que le hice de ese amor, que jamas se desarraigará de mi corazon? Que Ricardo permita a su prima recibir cartas de un amante pagano, y por medio de otro amante de tan desproporcionada condicion y fortuna, son cosas tan increíbles, como contradictorias entre si. Pero Ricardo, cuando no lo hacen ostinado y terco sus pasiones, es noble, franco, generoso, y liberal; y asi debo yo serlo con él, observando escrupulosamente sus mandatos, y adivinando si puedo sus intenciones; contentandome al mismo tiempo con saber lo que buenamente pueda, sin imprudentes indagaciones ni preguntas. Debo obedecer y someterme al que me ofrece la ocasion bienhadada de restablecer mi fama, y volver al seno de la caballeria, por duro que sea poner en egecucion la condicion que de mi exige. Pero este Corazon de Leon, deberia

EL TALISMAN. 293

medir los sentimientos de los otros hombres por los suyos. ¿ Por qué me prohíbe hablar a la que soi incapaz de ofender? ; Yo que jamas le dirigi la palabra, cuando tantas veces recibí de sus manos el premio de los torneos y de las justas! ; Yo que temblaba en su presencia cuando mis hechos me daban algun credito, y me ofrecian un lugar nó de los mas humildes entre los defensores de la Cruz! ; Y podria abusar del permiso que me concede, en este bajo disfraz; reducido a la condicion de esclavo, y con una inmunda mancha en el acero de mi broquel! No: Ricardo no me conoce: pero, yo le agradezco la coyuntura que me ofrece de enmendar su opinion, asi como de averiguar hasta donde se estiende su grandeza.”

Al terminar estas reflexiones, se detubo por orden de Neville, a la puerta del pabellon de la Reina.

Admitidos inmediatamente por los guardias, Neville pasó a la camara de Berenguela, dejando al Etiope en una antecamara, que harto presente estaba en su memoria. El Baron

notificó la voluntad de Ricardo, en voz baja y respetuosa, diferente del tono familiar y ruidoso de que solia valerse Sir Tomas de Vaux, para quien Ricardo era todo en el Universo, y los demas personajes de la Corte, sin escluir a Berenguela, poco mas que nada. Una entrepitosa carcajada fue la respuesta de aquella Princesa a la embajada de Neville.

“¿Y qué especie de bicho, dijo la Reina, es ese esclavo Nubiano, o como se llama, que sirve de tercero a los amores del Soldan? ¿Un negro? ¿No es verdad, Neville? Y por supuesto tendra el cutis como el azabache, y los cabellos a guisa de lana de carnero merino, y los labios gruesos como el puño. ¡Ah, Sir Enrique! ¡qué donoso embajador!”

“Vuestra Magestad,” dijo una de las damas, “se olvida de las quijadas, corvas a manera de cimitarra turca.”

“Mas bien, dijo la Reina, como el arco del amor, puesto que es mensagero de galanterias. Buen Sir Enrique, tu debes tener un poco de paciencia con estas pobres mugeres, encerradas entre lanzas y broqueles, y ansiosas de

que la suerte les proporcione algo con que pasar el tiempo. Preciso es que veamos a ese nuncio de Cupido. Moros y Turcos he visto a centenares, pero negros nunca.”

“ Naci para obedeceros, dijo Sir Enrique Neville, mas permitame Vuestra Magestad asegurarle que en esta ocasion no puedo hacerlo, sin espreso mandato del Rei. Lo que puedo asegurar es que el esclavo es mui diferente de lo que Vuestra Magestad imagina.”

“ ; Mas feo todavia! exclamó la Reina. Tanto mejor, con eso nos reiremos mas de la pasion del Soldan, que tales embajadores envia a las damas a quienes galantea.”

“ Señora, dijo Lady Calista, pareceme lo mas acertado, supuesta la venia de Vuestra Magestad, que este buen caballero conduzca inmediatamente ese Etiope, o lo que sea, a Lady Edit, a quien vienen dirigidos sus credenciales. Tenga presente Vuestra Magestad cuan caro suelen pagarse semejantes caprichos.”

“ Acuerdome, dijo la Reina, y convengo contigo. Vaya pues en buen hora el emba-

jador negro a desempeñar su encargo. Pero dicen que es mudo. ¿ Lo es en efecto, Sir Enrique ?”

“ Si Señora,” respondió Neville.

“ Eso es lo que yo envidio a las damas de Oriente, repuso Berenguela; estar servidas por quien no puede decir lo que pasa; no es así en este campamento, donde los pajaros del aire llevan las noticias, como dice el prelado de San Judas.”

“ No es extraño, respondió Neville; las paredes son de lienzo.”

Esta observacion puso fin al dialogo. Sin embargo las damas se digeron algo al oido, y Neville volvio adonde el Etiope lo aguardaba, y le indicó por señas que lo siguiese. Hizolo así, y Neville lo condujo a un pabellon inmediato al de la Reina, destinado a Lady Edit, y a su servidumbre. Una de las doncellas Coptas recibió el mensaje comunicado por Sir Enrique, y pocos minutos despues, el Nubiano fue introducido a la presencia de Lady Edit, mientras su conductor se puso a cperarlo fuera de la tienda. La esclava

EL TALISMAN. 297

Copta se retiró, habiendoselo mandado su señora, y el desventurado caballero hincó una rodilla en tierra, avergonzado y confuso, no ya de la postura en que se había colocado, sino de su disfraz ignominioso, de la imposibilidad en que estaba de dar una esplicacion satisfactoria, y del extraño ministerio que las circunstancias lo obligaban a desempeñar. Edit estaba vestida como cuando había recibido la visita de Ricardo. El velo sombreaba sus delicadas facciones, como la ligera neblina de otoño suaviza los tintes de un hermoso paisaje. Llevaba en sus manos una lampara de plata, cuya luz despedía un resplandor brillantísimo, en tanto que sus emanaciones esparcían el mas suave de los perfumes.

Cuando Edit se aproximó al inmóvil y tímido esclavo, dirigió acia su rostro la luz de la lampara, deseosa sin duda de examinar el aspecto de la persona que Ricardo le enviaba. Inmediatamente después la colocó de modo que el perfil del Nubiano se dibujaba de lleno en la cortina que servía de puerta al aposento. Al fin rompió el silencio, y le dijo en voz

baja y alterada por la sorpresa, y la pesadumbre.

“¿ Sois vos? ¿ Sois vos en efecto, valiente caballero del Leopardo? ¿ Posible es que con este disfraz se presente a mis ojos el gallardo Escocés Sir Kenneth? ¿ Vos, en medio de tantos peligros! ¿ Voz, en tan humilde condición!”

Al oír le voz de la que adoraba, modificada por la ternura y la compasión, y dirigida, no ya al esclavo, sino al amante, iban ya los labios de este a prorrumpir en exclamaciones de admiración, de amor y de gratitud, y apenas bastó el espreso mandato de Ricardo a comprimir el deseo que en aquel instante nació en su alma de asegurar que las expresiones que acababa de oír, bastaban a recompensarlo de todos los males de la esclavitud, y de los riesgos que por do quiera lo rodeaban. Tubo sin embargo bastante prudencia para dominarse, y respondió con un profundo suspiro a las preguntas de Edit.

“ Os conozco; ahora veo que no me he engañado, continuó la dama. Os conocí cu-

ando os vi al lado del Rei, desde la torre en que me hallaba con Berenguela. Conoci tambien a vuestro fiel alano. No es muger de nobles pensamientos, ni merece tener un caballero leal que la sirva, la que no sabe distinguirle al traves de todos los disfraces que la necesidad y las circunstancias puedan sugerir. Hablad pues sin recelo a Edit de Plantagenet. Ella sabe acoger en la adversidad, al caballero que la sirvió, la honró, e hizo proezas en su nombre en tiempos mas felices. ; No hablais ! ; Qué significa ese silencio ? ; Procede de temor o de vergüenza ? El temor te es desconocido ; la vergüenza no es propia del que ha obrado bien : tenganla los que lo han perseguido y ultrajado.”

Sir Kenneth, a quien estas palabras hacian conocer mas y mas su desventurada situacion, respondia tan solo con sus suspiros, y poniendo los dedos sobre la boca, como si quisiera dar a entender a la que adoraba, que su silencio procedia de una causa superior e irresistible.

“ ; Que ! dijo Lady Edit ; ; Eres en efecto mudo, como lo indica el papel que representas ?

Cierto, que no lo esperaba. ¡ O quizás he perdido en tu estimacion porque he sabido distinguir y apreciar el homenaje que me has tributado? Te engañas si has formado de mi semejante idea. No ignoro las barreras que me señalan la modestia, y mi condicion, y sé hasta donde debe llegar mi gratitud, y el deseo de que la suerte me hubiera colocado en una situacion, en que me fuera licito reparar el daño que por causa mia ha recibido el que se ha consagrado a servirme. ¡ Porqué cruzas los brazos? ¡ Dios mio! ¡ Será posible que los malvados te hayan privado en efecto del don de la palabra! Me das a entender que no. Pues bien: yo tambien guardaré silencio, cual quiera que sea la causa del tuyo. Desempeña tu encargo, como mas te convenga, y no esperes de mi respuesta alguna.”

El desfigurado caballero hizo un gesto que indicaba la amargura de los sentimientos que en aquel instante despedazaban su corazon, y al mismo tiempo le presentó la carta del Soldan, envuelta, segun costumbre, en una cubierta de seda, y otra de brocado. Edit la tomó, la exa-

minó por encima sin desdoblarla, la puso sobre una mesa, y fijando otra vez sus ojos en el fingido esclavo, “ ; Y qué! le dijo, ; ni una sola palabra !”

Sir Kenneth puso la mano derecha sobre el corazón : mas ella volvió el rostro, con enfado y desprecio.

“ Vete, le dijo ; mas he hablado de lo que debía ; mucho mas de lo que merece quien no se digna honrarme con una palabra. Vete, y sabe que si por mí has recibido daño, hartó caro me cuesta, puesto que la humillación en que yo misma me he colocado a tus ojos, y el modo en que me he degradado ante quien no lo merece, vale tanto como la culpa que por causa mia has cometido.”

Edit pareció extraordinariamente agitada al pronunciar estas últimas palabras. Sir Kenneth quiso aproximarsele, mas ella se alejó con precipitación.

“ Detente, le dijo, tú, cuya alma parece digna de la situación en que te hallas. ¿ Por qué permaneces aquí ? Vete.”

El disfrazado caballero dio a entender con

sus ademanes que su detención consistía en que no había recibido respuesta a su mensaje. Ella entonces tomó la carta y dijo en tono irónico y burlón: “ Me había olvidado de tu comisión. Ya veo que aguardas una respuesta . . . ¡ Como! . . . ¡ Es posible? . . . ¡ el Soldan! . . . ”

Edit leyó la carta, que estaba en Arabigo y en Frances, y cuando acabó, prorrumpió en carcajadas de amarga risa.

“ Esto si que es mas de lo que la imaginación puede concebir,” dijo Lady Edit, con todos los indicios de la colera mas violenta. “ ¡ Habrá quien crea que un caballero Cristiano se encargue de tan vil ministerio? ¡ Habrá quien crea que el que fue guerrero de la Cruz, traiga a una doncella Cristiana recados de amor de parte de un Turco insolente? Mas ¡ de que aprovecha reconvénir a quien voluntariamente se ha prestado a tan inhumano oficio? Dile a tu amo, cuando su azote te haya restituido el uso de la palabra, que Edit de Plantagenet trata de este modo los galanteos de un Musulman.” Y al decir esto, arrojó la carta al suelo, y estampó en ella los pies. “ Dile, repitio, que

EL TALISMAN. 303

una Princesa de Inglaterra desprecia el poder del Soldan de Egipto.”

Iba a salir del aposento, cuando el esclavo la detubo arrodillandose de pronto, y tomando la guarnicion de su vestido en sus manos.

“ ¡ No me has entendido, esclavo ?” preguntó con arrogancia. “ Di al pagano Soldan, tu dueño, que desprecio la declaracion de amor que me hace, como al indigno renegado que olvida su religion, su Dios, su patria y su dama.”

Dijo, arrancó el vestido de las manos del esclavo, y salio del aposento.

Al mismo tiempo Neville gritó desde afuera que ya era hora de retirarse. Atonito y confuso por los bochornos que acababa de sufrir, y que unicamente hubiera podido evitar rompiendo el pacto que con Ricardo habia hecho, Sir Kenneth siguió maquinalmente los pasos de su conductor, y con él llegó al pabellon del Rei, a cuya puerta acababan de desmontar algunos caballeros. Todo era ruido, y voces, y conmocion en lo interior, y cuando Sir Enrique

entró con su desfigurado compañero, hallaron al Rei, y a los caudillos de los tercios Ingleses, dando la enhorabuena y abrazando cordialmente a los reciénvenidos.

CAPITULO XIII.

13.

EN medio del alboroto que reinaba en la tienda de Corazon de Leon, dominaba la voz sonora del Monarca.

“Tomas de Vaux, decia Ricardo, por la cabeza del Rei Enrique has venido mas a tiempo que un jarro de vino a una partida de cazadores sedientos. ¡Qué hubiera sido de mi en caso de tener que venir a las manos con esos perros en tu ausencia? Tomas, pronto andaremos a golpes, y si no te hubiera visto llegar a la hora del combate, hubiera creido que estabas colgado a un arbol, como estafermo para ahuyentar golondrinas.”

“De menos nos hizo Dios, respondió el Baron, aunque confieso que no me acomoda la muerte de Judas, solo por que fue la de un apostata. Doi gracias a Vuestra Magestad por tan favorable acogida, y le ruego que si llega caso de dar de cuchilladas, nos dege algo que

TOM. II.

x

N.E.T. 13. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

"The tears I shed must ever fall./ I weep not for an absent swain;/ For time may happier hours recall,/ And parted lovers meet again. /I weep not for the silent dead,/ Their pains are passed, their sorrows o'ver,/ And those that loved their steps must tread,/ When death shall join to part no more./ But worse than absence, worse than death,/ She wept her lover's sullied fame,/ And, fired with all the pride of birth,/ She wept a soldier's injured name.
BALLAD.

-Mis lágrimas ya siempre manarán./ No lloro por ausente enamorado./ Nuevas horas dichosas volverán./
Desenvolviendo a la amada el bien amado./ No lloro por un muerto silencioso:/ Su pena y su tristeza son pasadas./
Aquellos que se amaron, el reposo/ Hallarán en sus almas encontradas. -/ Lloré, más que la ausencia y que la muerte,/
La mancillada fama del amado./ Altivo orgullo por su estirpe fuerte,/ Lloraba al bravo guerrero agraviado.

Balada.

[Suero Roca, T., *op. cit.*, 380].

hacer a los demas, y no lo quiera todo para si, como lo ha de costumbre. Pero ahora vea Vuestra Magestad al que viene conmigo, que me parece no le sera desagradable su llegada.”

Sir Tomas presentó entonces a Ricardo un joven de mediana estatura, y en cuya persona nada se notaba de sobresaliente. Su traje era tan modesto, como insignificantes las facciones de su rostro. Solo se distinguía en sus ojos una mirada tan fogosa y espresiva, que parecia capaz de interpretar todos los sentimientos del corazon, y todos los primores de la poesia y de la elocuencia, y en su gorra, un magnifico joyel, cuyo brillo solo podia compararse al de sus ojos. Llevaba al cuello, pendiente de una cinta azulada, una llave de oro macizo, que servia para templar el arpa.

Este personage iba a ponerse de rodillas en presencia del Rei, mas Ricardo lo detubo, lo abrazó afectuosamente, lo estrechó contra el pecho, y lo besó en una y otra megilla.

“ ¡ Blondel !” exclamó el Monarca, arrebatado de alegría : “ Bien venido seas de Chipre, Rei de los arpistas. Bien venido a

EL TALISMAN. 307

los cuarteles del Rei de Inglaterra, que no estima en mas su dignidad que la tuya. Hombre, he estado enfermo, y por San Jorge tú tienes la culpa, porque si me hallára en mitad del camino acia el Cielo, creo que tus trobas me harian volver atras. ¿Y qué noticias me traes de la tierra de las canciones? ¿Qué has aprendido de nuevo entre los alegres Normandos, y los suaves Provenzales? Ya sé que no has estado ocioso. ¿Y como puede estarlo el que siente en su corazon el fuego del genio, y la inspiracion ardiente de la musica y de la poesia?”

“ Algo he aprendido, algo he hecho, noble Señor,” respondió Blondel, con un aire modesto que no bastaban a disipar el entusiasmo, y las exclamaciones de Ricardo.

“ Pronto lo veremos, y pronto nos deleitarás con los dulces acentos de tu voz,” dijo el Rei, y despues de haberse parado unos momentos, le puso la mano en el hombro, y añadió: “ te oiremos, si te lo permite la fatiga del viage, porque mas bien quisiera rebentar al mejor de

mis caballos que abusar un solo instante de tu incomparable melodía.”

“ Mi voz, respondió Blondel, está, y estara siempre al servicio de mi amo; pero Vuestra Magestad tiene que hacer, segun veo por esos papeles que acaba de recibir, y con su venia, me retiraré si estorvo.”

“ Ni por pienso, amigo mio, respondió Corazon de Leon. Tengo que concertar un plan de ataque contra los Sarracenos, pero es cosa de un momento, y tanto tardaré en ello como en derrotarlos.”

“ Pareceme, sin embargo, dijo Sir Tomas de Vaux, que convendria saber cuales son las tropas con que Vuestra Magestad cuenta para este ataque; pues sobre este asunto traigo datos importantes de Ascalon.”

“ Eres un mulo, dijo Ricardo; un mulo hecho y derecho, en tu necedad y ostinacion. Vamos, Caballeros; sentaos a la redonda. Un sillón a Blondel . . . el arpa. Si la suya está estropeada del camino, que le traigan la mia.”

“ Quisiera, Señor, dijo Sir Tomas, que Vu-

EL TALISMAN. 309

èstra Magestad se enterase de los despachos que traigo. He andado muchas leguas, y mas ganas tengo de echarme en la cama, que de prestar el oido a romances y estrivillos.”

“ Oreja querras decir, contestó Ricardo, y sabe que hai mucha diferencia entre uno y otro. ¿ Eres capaz de distinguir el canto de Blondel del rebuzno de un asno ?”

“ En verdad, Señor, respondió el Baron, que no sabré decirlo. Lo que sé es que puede haber ocasiones en que el servicio de Vuestra Magestad me obligue a buscar un asno ; mas no creo que pueda llegar el caso en que ese mismo servicio requiera que preste atencion a un cantor, y sea dicho esto sin ofensa de Blondel, que es Caballero, y de grandes dotes y perfecciones.”

“ No ofendes a Blondel, dijo el Rei, pero me ofendes a mi, que tambien soi cantor, como tu dices, y gran aficionado a la Gaya Ciencia.”

“ Vuestra Magestad, dijo Sir Tomas, sabe que no es dable esperar modales mui corteses de un mulo hecho y derecho.”

“ Verdad digiste, contestó el Rei, y como

mulo obstinado te has de salir con la tuya: Ven pues aquí, y deja la carga, afin de que puedas ir en seguida a descansar a pierna suelta. Entretanto, hermano Salisbury, pasa a la tienda de Berenguela, y dile que ha llegado Blondel, con una buena provision de cosas nuevas. Acompañala a mi pabellon, y procura traer con ella a Edit de Plantagenet.”

El Rei miró entonces al Nubiano, con aquella espresion dudosa y desconfiada que con él habia usado siempre.

“ ¡Estás ya de vuelta? le dijo. Colocate detras de Neville, y da gracias a Dios de que no te ha privado de oir como de hablar, puesto que, aunque Africano, vas a gozar de un deleite que bastaria a amansar las fieras de estos desiertos.”

Dichas estas palabras, se volvio de espaldas a todos los presentes, y empezó a discurrir con Sir Tomas de Vaux, sobre los preparativos militares de la proyectada espedicion.

Ya habia casi terminado su audiencia el Lord de Gilsland, cuando entró un mensagero, y anunció que la Reina y su comitiva se

áproximaban al pabellon. “ Un jarro de vino,” exclamó entonces Ricardo; “ de aquel que hallamos en las bodegas del Rei Isaac de Chipre, cuando tomanos a Famagosta. Bebamos a la salud del Lord de Gilsland, caballeros; ningun Principe tubo jamas un servidor mas fiel ni mas celoso.”

“ Alegrome, dijo Sir Tomas, que Vuestra Magestad halle algo de bueno en el mulo, aunque tanto entiende de musica como el cucillo o la rana.”

“ ¡ Que no puedas digerir la comparacion! respondió Ricardo, Anda, hombre, anegala en vino. Y ya que has bebido toda la copa, te digo que en los estrados batallamos con chanzas festivas, como en la justa con escudo y lanza, y a fe mia que si aqui no te portas mejor que en el ultimo torneo, bien puedes retirarte a cuarteles de invierno. Pero hai una gran diferencia entre tú y Blondel. Tu eres mi camarada, y puedo decir que mi discipulo en el arte de la guerra. Blondel es mi maestro en la Gaya Ciencia y en la Musica. Yo soi tu superior en un arte, y él lo es mio en otro.

Vamos, no seas dormilon, y quedate a tener un buen rato.”

“ Por tal de ver a Vuestra Magestad de buen humor, dijo Sir Tomas, me quedaré a oír a Blondel, aunque cante el romance del Rei Arturo, que duró tres días con sus noches.”

“ No abusaré tanto de tu paciencia, dijo Ricardo, pero ya veo las antorchas de la comitiva de Berenguela. Sal a recibirla, y procura que te reciban bien los ojos mas lindos de la Cristiandad. Aguarda . . . ponte algo mas galan; abrochate la sobreveste; mas ya es tarde, que Neville te ha ganado la delantera.”

“ Nunca me la ganó en el campo de batalla,” dijo Sir Tomas, algo resentido de que Sir Enrique lo hubiese privado del honor de salir al encuentro de la Reina.

“ Nadie marcha delante de ti al enemigo dijo Ricardo, exepto yo, alguna que otra vez.”

“ Seamos justos con los desgraciados, dijo Sir Tomas; el caballero del Leopardo, corrio una vez mas que yo en el ataque; mas tambien es cierto que pesa menos que yo a caballo.”

“ No me lo nombres,” dijo el Rei, con voz

aspera, e inmediatamente se puso en pie para recibir a Berenguela, a quien presentó a Blondel, como Rei de los Trobadores, y su maestro en la Gaya Ciencia. Berenguela, que sabia que la aficion de su esposo al canto y a los versos corria parrejas con su inclinacion a la guerra, y que tenia noticias del favor de que Blondel gozaba, procuró recibirlo con la distincion y aprecio que merecia un hombre a quien Ricardo honraba con señalada proteccion. Blondel respondió cortesmente a la bondad de aquella Princesa, en cuyas espressiones se notaba mas artificio que sinceridad. Edit lo acogio con una graciosa y sencilla bienvenida, que pareció mucho mas satisfactoria al arpista que los encomios de Berenguela.

Tanto la Reina como su esposo echaron de ver esta distincion, y Ricardo, viendo que su consorte se resintió de la preferencia dada a Edit, preferencia que tampoco le habia sido a él mui grata, dijo en su acostumbrado tono de buen humor: “ Has de saber, Berenguela, que nosotros los poetas respetamos mas a los jueces

severos, que a los amigos parciales, y tú lo eres de Blondel, por todo lo que de su merito te he dicho.”

Edít conoció la intención de Ricardo en esta amarga indirecta, y respondió sin detenerse, que la severidad y la dureza en los juicios eran atributos de la casa de Plantagenet.

Mas hubiera dicho, movida por el enojo que le habían ocasionado las expresiones de Ricardo, pues Edít participaba en gran manera del temple de su familia, la cual habiendo tomado por emblema la retama, que lo es de la humildad, descolló, entre todas las que han reinado en Inglaterra, por su orgullo y altanería: mas sus miradas se cruzaron casualmente con las del Nubiano, cuando este procuraba oscurecerse entre la turba de cortesanos, y ella quedó tan palida y demudada, que la Reina mandó pedir agua y esencias, y tomó las otras precauciones acostumbradas en los desmayos de las damas. Ricardo, que conocia mejor que Berenguela el genio de su prima, mandó a Blondel que se sentase y empezase a cantar, añadiendo que la musica era el remedio

universal de los males de la familia de Plantagenet. “ Cantanos, dijo, lo mejor que hayas aprendido en tus correrias, y sobre todo, algo nuevo y nunca oído hasta ahora, que la novedad suele ser el alma de la Poesia, aunque otros dicen que los versos son como el vino: mientras mas añejos mas gustosos.”*

El Trobador entretanto no apartaba la vista de Lady Edit, y solo se determinó a empezar su canto, cuando vio algun tanto recobrada a la ilustre doncella. Templó el arpa, preludió algunos instantes, y entonó en una especie de recitado, sostenido por algunas notas sueltas y sencillos arpegios, una de las innumerables aventuras caballerezcas, que entonces eran los asuntos favoritos de los que profesaban la Gaya Ciencia. Con sus primeros acentos, mudó enteramente de aspecto su fisionomia; sus mejillas se cubrieron del subido carmin

* El Traductor se ha visto obligado a hacer grandes alteraciones en este pasage, afin de acomodarlo al gusto de sus lectores.

que producen siempre las fuertes conmociones del alma; centelleaban sus ojos con el fuego de la ternura y de la inspiración, y su voz, tan melodiosa como llena, y tan flexible como sonora, comunicó a todos los que lo oían su agitación y su entusiasmo. Ricardo, con la misma actividad y celo que ostentaba en los preparativos de una acción militar, llamó la atención de los concurrentes, los colocó en círculo al rededor de Blondel, y mandó que se guardase el más profundo silencio. En seguida tomó asiento, en la actitud de un aficionado inteligente que observa con atención, y que se dispone a criticar con severidad y gusto. Los cortesanos volvieron los ojos al Rei, afín de arreglar sus aplausos a las demostraciones de aprobación que notasen en su fisionomía. Entanto Sir Tomas bostezaba desmesuradamente, como quien se somete de por fuerza a pasar un mal rato. El canto de Blondel era en idioma Normando; pero los versos siguientes pueden dar alguna idea de su sentido.

EL TALISMAN.

317

OMAR.

En la fuente de los mirros
Luce ya la rica tienda,
En que a Juzef el de Tanger,
Quiere dar Omar audiencia.
Y apenas brillan los rayos
Del sol en las altas peñas,
Cuando trompas y añafles,
Anuncian que el Rei se acerca.
Viene torvo, y pensativo,
Sobre una alazana yegua,
Mas que el leon animosa,
Mas que las auras ligera.
Cien Arabes lo acompañan,
Sin galas y sin libreas,
Pobres en sus atavios,
Pero ricos en proezas.
Juzef le sale al encuentro,
Con esplendida caterva
De poderosos Amires,
Y de entendidos Ulemas.
Al verio, suelta el estrivo,
Hinca la rodilla en tierra,
Y el Rei baja del caballo,
Y la mano le presenta.
A la tienda se dirigen,
Y en un albornoz que ostenta

Del Yemen los blandos tintes,
En tulipas y azucenas,
Sientanse los dos caudillos,
Y mutuamente se observan,
Como si ninguno osára
Saltar antes la barrera.

Al fin Omar suspirando,
“ Juzef, dice, no aprovecha,
Negar que hai fuego en el bosque,
Cuando los pinos humean.

Ni es parte a curar la herida
Cubrirla de ricas telas,
Sino aplicarle el ensalmo
Que amortigüe su crudeza.

El necio cierra los ojos,
Y al hondo abismo se entrega,
Y en la corriente agitada
Vida y esperanza deja.

El cuerdo llega a la orilla,
Mide su estension inmensa,
Y vuelve atras cauteloso,
Y da gracias al Profeta.

Abismo de negros males
Es la autoridad suprema,
Para quien con brazo debil,
Su enorme peso sustenta.

Mis reinos estan turbados
Con discordias y revueltas;

EL TALISMAN.

319

Mis vasallos me desoyen,
Y a obedecerme se niegan.

Solo triunfa el poderoso ;
Todo lo manda la fuerza ;
La espada de la justicia
Solo en el pobre se emplea.

Yo soi la causa del daño :
Yo que, nacido en la guerra,
Sé solo esgrimir alfanges,
Blandir picas, lanzar flechas.

Los artesones dorados,
Y las alfombras de Persia,
Los cantos y los perfumes,
No me alagan, me molestan.

Mui mas quiero que me cubra
La tosca piel de mi tienda,
Y que mis miembros reposen
En blanda y mullida yerva.

Hizote Dios entendido,
Ingenio te dio y prudencia,
Con que profundas doctrinas,
En sabios libros aprendas.

Por ti claman las provincias ;
Tu nombre en victores suena ;
La fama de tus virtudes
De una tribu en otra vuela.

Gobierna tú mis estados ;
Cura el mal que los aqueja,

Y en tus sienes mi corona,
Con mas brillo resplandezca.”
Juzef postrado responde:
“ Tu voluntad es mi regla.
Soy tu sobrino y vasallo.
Haz de mi lo que convenga.”
Omar llama a los caudillos,
Y a la entrada de la tienda,
A Juzef por Rei proclama,
Y el cetro de oro le entrega.
Muzamadas y Alcatibes,
Jeques y Walies llegan,
Y ante Juzef se arrodillan,
Y le juran obediencia.
Omar a caballo monta,
Y apretando las espuelas,
“ Al desierto, dice, hermanos ;
Que allí se vive sin pena.
Y no allí en dorados grillos
Nos cautiva la opulencia,
Ni el alito respiramos
De la adulacion perversa.”
Los cien Arabes lo siguen,
Y en nubes de blanca arena,
Al desierto se dirigen,
Y de los mirtos se alejan.

“ Nuevo es ese genero, Blondel,” dijo el

Rei Ricardo, cuando el cantor hubo acabado, “ y no me desagrada esa idea de adaptar a los metros de Normandia, los hechos y aventuras de los Sarracenos, que en verdad hai entre ellos hombres esforzados y emprendedores, dignos de que la Poesia inmortalice sus loores, y propague su fama entre todos los que saben dan precio al valor.”

“ Y aun por eso, respondió Blondel, las hazañas de los Moros, y sus guerras continuas con los Godos, son en el dia asuntos mui comunes de los Trobadores de Provenza, que es donde yo aprendi` el romance que acabo de cantar.”

“ Lastima es, dijo el Rei, que no se presten las costumbres de esos infieles a cantos de amor y galanteria, que son las flores que suavizan la aspereza de las armas, y no hai verdadero heroismo si no lo anima la aprobacion de una dama.”

“ Por lo que he oido en mis viages, dijo Blondel, los Sarracenos van ya sometendose al yugo del amor, y empiezan a galantear como rendidos esclavos, a guisa de los caba-

llos Castellanos, con quienes tan frecuentemente miden los aceros.”

“ Si así es, dijo Ricardo, no dejarán de tener historias amorosas, como todos los pueblos que conocen y acatan el imperio de la hermosura. Cantanos algo por ese estilo, amigo Blondel, mas refrezcate antes los labios con un vaso de vino de Chipre, aunque seguramente no lo harán así los poetas Arabes, puesto que su ley les prohíbe acudir a este manantial de las inspiraciones poéticas.”

“ Yo no sé como lo entienden,” dijo Blondel, después de haber apurado la copa que el Rey le había presentado; “ lo que sé es que no habiendo aprendido canción alguna del género que Vuestra Magestad desea oír, necesito algún auxilio extraordinario para cantarla y componerla al mismo tiempo, y sin premeditación ni estudio.”

“ No ponderes la dificultad, dijo el Rey, que entre sastres no se pagan hechuras, y no es esta la vez primera que has empezado una copla sin saber como la acabarás y aun estoy por decir que en semejantes casos brilla más tu

EL TALISMAN. 323

ingenio, que cuando entonas alguna composición estudiada con esmero.”

“ Veremos,” dijo Blondel, y sin detenerse cantó otro Romance, que puede traducirse del modo siguiente :

ALDINA.

“ Oye, mora desabrida,
Lo que te dice un amante,
Que viene de luanzas tierras,
Para decir sus pesares.
Soy poderoso y valiente,
Joven, y de ilustre sangre ;
Joyas tengo que te adornen,
Y telas que te engalanen.
Mil arabes aguerridos
Siguen doquier mi estandarte,
Y nunca vencidos fueron,
Cuando yo marché delante.
Mis torres brillan soberbias,
Con capiteles de jaspe,
Y hermocean mis jardines,
Deleitosos naranjales.
Todo es tuyo, mora bella,
Y cuando todo no baste,

Tambien es tuya la vida,
Que me quitan tus desaires.
Mira el trance en que me pones,
Doncella por no ablandarte ;
No pido ya que me quieras,
Tan solo que no me ultrages.
No vuelvas al verme el rostro,
No del mirador te apartes,
Cuando en mi yegua andaluza,
Rondo afanado tu calle.
No al suelo arroges las flores,
Simbolos de mis afanes ;
Timidas como mi afecto,
Como mi dicha, fugaces.
No me devuelvas los dones
Que te presentan mis pages,
Con primorosas cubiertas,
En dorados azafates. .
Conoce al que desestimas,
Ni pretendas arrogante,
Sin saber quien te lo ofrece,
Desechar el homenaje.
A veces en lo profundo
De la aspereza selvage,
Oculta la clavellina
Los perfumes mas suaves.
En las mas quebradas rocas,
Y entre incultos arenales,

EL TALISMAN.

325

Halla el africano diestro,
Los reflejos del diamante.

Yo venceré si me escuchas,
Tu rigor, que a otras beldades,
No menos que tú orgullosas,
Vencen afectos leales.”

Esto Aldemerín cantaba,
Sobrino del moro Tarfe,
A las ventanas de Aldina,
Mora de ilustre linage.

Hija de un noble guerrero,
Que es de Castellón alcaide ;
En el consejo entendido,
Y en el campo formidable.

“ Ya sé quien eres, responde,
Y no es bien que así te canses,
Que pretender imposibles,
Es como vivir del aire.

Sé que en Sevilla descuellas,
Entre ricos personajes,
Y que los Cristianos tiemblan,
Cuando ven lucir tu alfange.

Que las doncellas te temen,
Y te maldicen las madres,
Porque en ti corren parejas,
Proezas y liviandades.

Sé que en toda Andalucía,
No hai hombre que te aventaje,

En torneos y en perfidias,
En hazañas y en desmanes.
Que eres falso en juramentos,
Y en venganzas implacable ;
Hipocrita con la altiva,
Y con la tímida audace.
Y esto a tus cantos respondí,
Que antes los limpios cristales,
Retrocederan el curso,
A las fuentes de dó nacen ;
Y anidarán amistosos
Tortolillas y alcotanes,
Que en las redes que apercebes,
Desacordada me enlace.”
Cerró de pronto la reja,
Y el moro la vio alejarse,
Como cuando desaparecen
Los vislumbres de la tarde.

Al último verso de este romance, siguió un murmullo general de aprobación, a que dio principio el Rei, que no pudiendo contener su entusiasmo, se levantó del asiento, y puso al dedo de Blondel una sortija de gran precio. La Reina se apresuró a imitar el ejemplo de su esposo, y dio al arpista uno de los brazaletes

que llevaba. Otros nobles de los concurrentes, creyeron congraciarse en el ánimo del Rei, haciendo preciosos regalos a su favorito.

“ ¿ Ha perdido mi prima, dijo Ricardo, su afición a los versos y a la música ?”

“ Tan lejos de eso, respondió Edit, que doi sinceras gracias a Blondel por su romance, y muchas mas a Vuestra Magestad por haberselo sugerido.”

“ Quizas, respondió Ricardo, estás algo resentida de ver que hai mugeres que te imitan en firmeza y resolución. Yo procuraré desenojarte, y si me lo permites, te acompañaré algun rato, cuando vuelvas a tu pabellon, y te hablaré de cierto negocio que te interesa.”

La Reina y las damas de la comitiva se pusieron en pie, y a esta señal se retiraron todos los Barones y caballeros que en la tienda del Rei se hallaban. A la puerta estaba formada la escolta que debia acompañar a Berenguela, y se componia de una partida de arqueros, y de los pages con hachas encendidas en las manos. Ricardo se puso en camino con las damas, acercandose a su prima Edit, a quien

ofrecio el brazo, y con quién se puso a hablar en voz baja.

“ ¿ Qué respuesta he de dar al Soldan ? ” preguntó el Rei a su prima. “ Ya ves que los Reyes y Principes de la Cruzada solo piensan en abandonarme. Las ultimas disputas y desavenencias me han adquirido muchos enemigos, y si algo he de hacer en favor del Santo Sepulcro, ha de ser por convenio, y no por victoria. Por desgracia, todo depende del capricho de una muger, mas terrible para mi que las diez mejores lanzas de la Cristiandad. ¿ Qué he de responder Edit ? Mi contestacion ha de ser pronta y decisiva.”

“ Respondele, dijo Edit, que la doncella mas pobre de la familia de Plantegenet prefiere la miseria a la deshonra.”

“ Tambien podre responderle, dijo Ricardo, que prefieres la esclavitud.”

“ Tu sospecha me injuria, dijo Edit. La esclavitud del cuerpo es digna de compasion; pero la del alma merece desprecio. Y en verdad no se qué disculpa puedas alegar por haber reducido a tan ignominiosa situacion a un guer-

EL TALISMAN. 329

rero Cristiano, cuya fama, y cuyas proezas han corrido parejas con las de Corazon de Leon.”

“ Ibas a beber veneno, dijo Ricardo, y he ensuciado el vaso para que no lo apliques a la boca.”

“ Y al mismo tiempo, dijo Edit, me presentas otro veneno en copa dorada.”

“ Edit, respondió Ricardo, yo no puedo ni debo forzar tu resolución: solo te pido que no cierres esta puerta que los cielos nos abren. El hermitaño de Engaddi, que los Papas y los concilios reverencian como Profeta, ha leído en las estrellas que este enlace me reconciliará con un enemigo poderoso, y atraera a la iglesia de Dios uno de los magnates mas encumbrados del mundo. Edit, tú eres el instrumento escogido por la Providencia para conducir a Saladino, y a los hijos de Ismael al seno del Cristianismo. Algun sacrificio merece tan feliz perspectiva.”

“ ¡ Sacrificar el honor y la conciencia! exclamó Edit. He oido que la deshonra de una doncella Cristiana abrió las puertas de España

a los Sarracenos. ¿ Crees tú que sea preciso deshonrar a otra para echarlos de Palestina ?

“ ¿ Deshonra es ser Emperatriz ? ” preguntó el Rei.

“ Es deshonra, contestó Edit, profanar un sacramento de la Iglesia de Cristo, con quien no conoce su fé, ni sigue sus mandatos; es deshonra poner una Princesa Cristiana a la cabeza de un harem de esclavas prostituidas.”

“ Está bien, dijo Ricardo; no riñamos por eso, aunque se me figura que en tu condicion deberias mostrarte algo mas sumisa a mi voluntad.”

“ Señor, dijo Edit, Vuestra Magestad ha heredado toda la riqueza, el poder y la dignidad de mi familia: lo unico que ha heredado vuestra pobre parienta es el honor.”

“ Esa respuesta me desarma, dijo Ricardo; toma un beso, y seamos amigos. Voi a dar tu respuesta al Soldan, aunque mejor fuera diferirla hasta que lo veas a él mismo, puesto que segun todas las noticias, es uno de los mejores mozos del oriente.”

EL TALISMAN. 331

“ No hai probabilidad, dijo Edit, de que mis ojos se encuentren con los suyos.”

“ Por San Jorge, dijo el Rei, que lo has de ver antes de poco, pues de su cortesia es de esperar nos conceda un terreno neutral, para ese duelo sobre el estandarte, y a él ha de asistir Berenguela con todas las damas de su Corte, y no has de faltar tú en tan importante y solemne ocasion. Pero, debemos separarnos, y no ha de ser sin usar otra vez del derecho que como Rei de Inglaterra tengo de besar a las doncellas de mis estados.”

El Rei abrazó respetuosa y cariñosamente a su prima, y volvió a su pabellon, entonando las ultimas coplas del Romance de Blondel.

Inmediatamente preparó los pliegos para el Soldan, y los puso en manos del esclavo Etiope, con orden de que partiera sin perdida de tiempo.

CAPITULO XIV.

14.

AL día siguiente, Ricardo recibió un mensaje de Felipe de Francia, pidiéndole una entrevista, a lo que accedió el de Inglaterra, marchando sin detenerse al pabellon de su augusto aliado. Felipe, despues de haber espresado la gran estima que hacia de Ricardo, por su valor y todas sus eminentes prendas, le hizo saber en terminos corteses, pero positivos, la intencion en que estaba de regresar a su Reino, y su persuasion del mal exito de la Cruzada, en la que sus propios ausilios serian de poco valor, puesto que sus tercios se hallaban considerablemente disminuidos, y sus estados afligidos por discordias y revueltas. Ricardo quiso en vano oponerse a esta determinacion, y cuando salio de la conferencia, recibió sin sorpresa un manifesto firmado por el Archiduque de Austria, y por otros Principes, en que manifestaban el mismo designio que Felipe, aunque no ocul-

N.E.T. 14. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:

We heard the Tecbir--so these Arabs call/ Their shout of onset, when,
with loud acclaim,/ They challenge Heaven to give them victory.
SIEGE OF DAMASCUS.

Escuchábamos el Tecbir, como le llaman los árabes,/ De su grito de guerra, cuando con grandes clamores/
Piden al cielo que les conceda la victoria.

Sitio de Damasco.

[*Suero Roca, T., op. cit., 396*].

taban los motivos que a ello los determinaban, y señalaban como tales, la desenfrenada ambición, y la autoridad arbitraria y suprema que el Rei de Inglaterra se habia arrogado. Entonces se disiparon de un golpe todas las ilusiones de Ricardo, y se borraron de su fantasía los sueños de gloria y de heroísmo que la habian alucinado. Derramó lagrimas amargas; deploró el triste desengaño que acababa de recibir, y se quejó de su imprudencia, que habia suministrado tan poderosas armas a sus enemigos, y particularmente en los últimos sucesos, que tan a las claras habian dado a conocer el destempe de su indole.

“ No hubieran abandonado así al Rei mi padre,” decia volviendose a De Vaux que lo acompañaba, “ ni nadie hubiera osado denostar su fama en las cortes de la Cristiandad, sin ser tratado de desleal, follon y embustero, que tal era la veneracion en que lo habian colocado sus virtudes y altas prendas. Pero ¡ yo! . . . necio de mi ¿ qué he hecho mas que desacuerdos y locuras? No solo les he dado motivo para que me degen solo en esta empresa,

sino para que toda la Europa me eche en cara el vencimiento de las armas Cristianas, y el desdoro y la esclavitud del Santo Sepulcro.”

Estos pensamientos se arraigaron de tal modo en el animo del Rei, y lo envolvieron en tan profunda melancolia, que al llegar a la tienda no sabia De Vaux de qué medio echar mano para distraerlo y alegrarlo. Por fortuna acababa de desmontar un emisario de Saladino, de lo que recibio gran satisfaccion Sir Tomas, sabiendo por esperiencia que los pensamientos graves se borraban con facilidad de la imaginacion del Rei, bastando para ello el incidente mas trivial y ligero.

Era este nuevo enviado, un Emir mui respetado por el Soldan, llamado Abdalah El Hadgi. Descendia de la familia del profeta, y de la tribu de Hashem, en testimonio de lo cual usaba el turbante verde, permitido tan solo a los de aquella ilustre familia, tan venerada entre todas las naciones musulmanas. Tres veces habia hecho la romeria de la Meca, de donde habia tomado el sobrenombre de Hadgi, que en lengua Arabiga es lo mismo

que peregrino. No ostante estas esteriedades de santidad, era, como buen Arabe, hombre de humor festivo; gustaba de conversaciones alegres, y de dichos agudos, y cuando estaba con gente segura, y sabia que no causaria escandalo a los de su creencia, no se negaba a regar la palabra con el sabroso jugo de las vides. Sobresalia en el manejo de los asuntos del Estado, por cuya razon Saladino lo habia empleado en varias negociaciones con los Principes Cristianos, y especialmente con Ricardo, de quien El Hadgi era personalmente conocido, y a quien siempre habia manifestado afecto y confianza. Animado por la condescendencia con que Saladino se prestaba no solo a señalar el campo en que debía celebrarse el duelo, si no a concederle a él, y a todos los que lo acompañasen libre paso, y salvo conducto, saliendo él responsable con su persona, el Rei olvidó al instante todos sus pesares, y el golpe funesto que acababa de recibir su ambicion, fijando unicamente sus pensamientos en las interesantes discusiones que debian preceder al duelo, y en

las curiosas circunstancias que sin duda alguna iban a acompañarlo.

Saladino señalaba para campo de batalla, la fuente llamada el *Diamante del desierto*, por estar a igual distancia del campamento Sarraceno, y del ejército de la Cruzada. Allí debía comparecer, el día mismo del combate, Conrado de Monserrate, con sus padrinos el Archiduque de Austria, y el Gran Maestre de los Templarios, con cien hombres armados, y no más. Ricardo de Inglaterra, y su hermano Salisbury, se presentarian también, como sostenedores del cargo, en compañía del campeón que había de pelear en su defensa, y de otros cien hombres. Saladino traeria consigo una guardia escogida de quinientos hombres, numero que se consideraba igual al de doscientas lanzas Cristianas. Las personas de nota y gerarquía, que deseasen asistir al combate, podian acudir sin impedimento, con tal que solo llevasen sus espadas, y ninguna pieza de armadura. El Soldan se encargaba de todos los preparativos necesarios, no solo para el combate, sino para el acomodo, y viveres

de toda la comitiva. La carta en que noticiaba todas estas condiciones, terminaba con grandes espresiones de urbanidad, acerca de la satisfacción que le resultaba de la coyuntura que se le ofrecia de conocer personalmente a Melec Ric, y tener con él una entrevista pacífica y amistosa, como igualmente de contribuir con todo su esmero a hacersela agradable.

Dispuesto todos los preliminares, y notificados a Conrado y a sus padrinos, Abdalah El Hadgi fue admitido sin ceremonia a la presencia de Ricardo, y oyó con arrebatos de admiracion los cantos suaves de Blondel. En esta visita, se despojó de su gran turbante verde, y se puso un gorro a la Griega, despues de lo cual entonó una cancion Persa en loor del vino, apoderandose en seguida de un jarro del de Chipre, con el que acreditó que su practica estaba de acuerdo con sus principios. Al dia siguiente, se presentó a Saladino, ante quien inclinó la frente hasta el suelo, con toda la gravedad de un filosofo, y aparentando tanta sobriedad y moderacion como un santón del desierto.

La vispera del día señalado para el combate, Conrado, sus padrinos y comitiva se pusieron en camino, antes de amanecer, y Ricardo salió del campo a la misma hora, pero por distinta dirección, según convenio entre los dos adversarios, precaución que había parecido necesaria, afín de evitar disputas y provocaciones entre los soldados.

El buen Rei estaba de humor alegre, y casi se sentía compadecido al prever la suerte que aguardaba a su enemigo. Nada inflamaba tanto su imaginación como los preparativos de un combate, y lo único que entibiaba la alegría que sentía en aquella ocasión, era la fatalidad que lo privaba de representar el primer papel en la escena que se apercibía. Ligeramente armado, vestido con esplendor y riqueza, y tan lleno de satisfacción como la doncella que se engalana para recibir la mano del esposo, galopaba al lado de la litera de la Reina, explicándole los sitios por donde pasaban, y procurando distraerla con chanzas y canciones, del fastidio que inspiraba aquel uniforme y vasto arenal. El camino que la Reina había

tomado en su romería al Santuario, era el que lindaba con el lado opuesto de las colinas, por consiguiente no tenía la menor idea del paisaje que a la sazón se ofrecía a sus ojos. Berenguela oía con atención cuanto decía Ricardo, y aunque procuraba manifestarse alegre y tranquila, no estaba muy satisfecha al verse en medio del desierto con tan reducida escolta, que en tan vasta extensión parecía una bandada de insectos. Sabía que no estaba lejos del campamento de Saladino, y pensaba en la facilidad con que el Soldan podría enviar una parte de su caballería, y aprovecharse de la ocasión que se le presentaba de destruir de un golpe las más lisongeras esperanzas del mundo Cristiano. Cuando comunicó estos temores a Ricardo, el generoso Monarca los recibió con desagrado y enojo. “Dudar de la buena fe del Soldan, dijo, sería más que ingratitud.”

La Reina se tranquilizó al oír esta respuesta de su esposo; no así Edit de Plantagenet, cuyo carácter era más firme, y que no mudaba de opinión con tanta facilidad. A cada instante

aguardaba la noble doncella los gritos de *Alla hu*, y la caterva de ginetes Arabes, corriendo a todo escape a lanzarse sobre la presa que la suerte les habia deparado. Crecio de punto su terror cuando se descubrio un moro a caballo, con lanza enhiesta, apostado en la cima de una de las colinas, como el aguila que observa desde una roca empinada los hondos valles, y estendidas vegas; el cual echó a correr apenas divisó la comitiva, con la celeridad de la reina de las aves, al ver en lo profundo de una hondonada la tímida y descuidada paloma.

“Cerca debemos estar del sitio señalado, dijo Ricardo: aquel ginete es sin duda una centinela avanzada del noble Soldan, y, si no me engaño, ya se oyen los atambores y añafles de la morisma. Orden, caballeros; formaos al lado de la Reina. Orden y firmeza.”

A esta orden del Rei los caballeros, arqueros y escuderos del acompañamiento, formaron una columna cerrada en torno de la litera de la Reina, presentando menor volumen que antes; y es cierto que aunque ninguno de los

que allí se hallaban tenía miedo, ni recelaba ningún infortunio, todos sin embargo fijaban ansiosamente la atención en el rumor que se oía detrás de la colina, el cual crecía por instantes a medida que los Cristianos se acercaban. La música de los Sarracenos era en extremo ruidosa y desordenada; repetíanla los ecos de los montes, y tal era el rumor que despedían, que a la distancia en que Ricardo y los suyos estaban, parecía que había detrás de la elevación un ejército entero no ya de soldados, si no de añafileros y tambores.

Sir Tomas de Vaux se acercó al Rei y le habló al oído. “ Bueno sería, le dijo, enviar un page a esa altura, o mas vale que yo mismo vaya a reconocer el campo. Ese estrepito indica que el Soldan trae consigo mas acompañamiento que el estipulado. ¡ No le parece a Vuestra Magestad que yo podría ir en un vuelo a informarme del número?”

El Baron había recogido las riendas del caballo, y ya iba a apretarle las espuelas, cuando Ricardo lo detuvo. “ No, por San Jorge, exclamó el Monarca. Cualquiera pre-

caucion que tomemos indica sospecha e inquietud. Nada temo del Soldan; pero aun suponiendo que sus intenciones fueran torcidas ¿de qué podria servirnos ahora toda nuestra precaucion?"

Siguieron su marcha en el mismo orden, y llegaron a la cima del montecillo de arena, desde donde se desplegó a sus ojos un espectáculo tan inesperado como magnifico y vistoso.

El diamante del desierto, aquel sitio retirado y solitario, distinguido tan solo por el grupo de palmeros, se habia convertido en un soberbio campamento, en que ondeaban innumerables banderas y gallardetes, que reflejaban en mil tintes variados, y en mil diversos movimientos los rayos del sol. Formaban el campo anchas y primorosas tiendas, de finos y esplendidos tegidos, y cuyas estacas terminaban en granadas doradas, y en banderolas de seda de diferentes colores. Ademas de estos pabellones, correspondientes a la dignidad de las personas que debian ocuparlos, habia largas filas de tiendas de pieles, en que segun el calculo de De Vaux, podrian alojarse comodamente cinco mil hom-

bres. Los Arabes y los Curdos de la escolta del Soldan, cuyo numero no parecia mui inferior al calculo del Baron, se reunian y ordenaban precipitadamente, cada cual llevando del diestro a su caballo, entanto que los instrumentos belicos formaban una estrepitosa algazara, segun la costumbre inmemorial de las tropas de Oriente, en semejantes ocasiones.

Mui en breve los Sarracenos quedaron formados, enfrente del campamento, todos a pie, y sin otro orden que una masa confusa y apretada. Oyose un grito prolongado y agudo, que se distinguió entre el rumor de la musica, y al punto montaron a caballo los soldados, con increíble ligereza. La nube de arena que levantó este movimiento, ocultó a la vista de los espectadores los arboles y las colinas. Los ginetes, apoyando la cabeza en las sillas, formaron las figuras mas estrañas y caprichosas, uniendose algunos en complicados grupos, que representaban domos, mezquitas y columnatas. Del centro de estos animados edificios, salio otro grito que era la señal de un avance general a carrera tendida. Asi lo hicieron en efecto,

esparciéndose diestrisimamente en todas direcciones, de modo que al acercarse a la comitiva del Rei Ricardo, la rodearon por frente, flancos y retaguardia, blandiendo al mismo tiempo las lanzas con gran agilidad, y dando gritos agudos. Pararonse a distancia de una pica de la escolta Cristiana, la cual pudo distinguir, a pesar del polvo, las facciones espresivas y la piel tostada de los Arabes. La ultima linea de estos despidio entonces una descarga cerrada de flechas, una de las cuales tocó en la litera de la Reina. Berenguela no pudo contener un chillido de terror. Ricardo montó en colera, y exclamó, jurando por San Jorge, que ya empezaban a incomodarlo las chanzas pesadas de aquella canalla.

Pero Edit, cuya litera seguia inmediatamente a la de la Reina, alzó la cortina, sacó la cabeza, y dijo al Rei: “ Mira bien lo que haces, Ricardo, las flechas no tienen puntas.”

“ Razon tienes, advertida doncella, respondió Corazon de Leon, y tu observacion debe avergonzarnos a todos los soldados que aquí venimos. Ahora noto que tampoco tienen hierro

sus lanzas. Caballeros," exclamó, dirigiendose a los de la escolta; " no hai que hacer caso de estos barbaros, puesto que estas demostraciones con que nos reciben, son señales de aplauso y alegría, que ellos manifiestan a su modo. Sin duda tendrian una satisfaccion particular en asustarnos. Marchemos pues sin confusion, y cada cual en su puesto."

Procedieron adelante los Cristianos, acompañados por los Arabes, que corrian en torno, continuando su griteria, entanto que los flecheros ostentaban su tino y soltura, disparando flechas a los Cristianos, las cuales pasaban sobre sus altos crestones sin llegar a las plumas que los adornaban. Los lanceros se atacaban unos a otros, arrojandose las picas, de cuyas resultas algunos caian al suelo, y otros se sostenian con gran dificultad en las sillas, despues de haber evitado el golpe con las contorsiones del cuerpo y de los brazos. Todos estos egercicios, no tenian otro obgeto que dar la bienvenida a los Cristianos, mas estos los miraban con recelo y desconfianza.

Cuando se hallaron a mitad de camino del campamento, formando el Rei y los suyos el punto central entorno del cual giraban, galopaban y corrían, con insufrible alboroto, los ginetes Arabes, sonó otro grito, y ellos inmediatamente se replegaron a retaguardia, quedando en columna de mucho fondo y estension, con lo cual desapareció algún tanto el nubarrón de polvo, que hasta entonces había incomodado a los Cristianos. Estos vieron venir otro cuerpo de caballería, completamente armada, y cuyo traje y arreo ostentaba todo el lujo, y toda la magnificencia del orgullo Asiático. Cada caballo de los quinientos que componían aquel nuevo escuadrón podía servir de rescate a un Príncipe. Los ginetes eran esclavos Circasianos y Georgianos en la flor de la juventud. Su ligera y elegante armadura se componía de anillos de acero, tan resplandeciente como la plata más fina. Sus ropas eran de vistosos tejidos de los más brillantes colores, y algunos de brocado de plata y oro. Pomposas plumas y ricos joyeles adornaban sus turbantes, y en

EL TALISMAN. 347

las guarniciones y vainas de sus puñales y sables de Damasco, lucian los metales mas preciosos, y las mas costosas pedrerias.

Abrio este magnifico escuadron sus filas al acercarse al cuerpo de los Cristianos, quedando, mientras pasaba, a sus dos costados, entanto que los instrumentos belicos que traia despedian sonidos algo menos asperos y desordenados que los que hasta entonces se habian oido. Ricardo se puso a la cabeza de su tropa, creyendo que Saladino se acercaba. Y en efecto no tardó en presentarse aquel Monarca, enmedio de su guardia y de sus cortesanos, y seguido de una muchedumbre de espantosos esclavos negros, cuya fealdad contrastaba con los atavios suntuosos que los cubrian. Las miradas y talante del Rei de Egipto manifestaban que la Naturaleza lo habia destinado a ocupar uno de los tronos mas encumbrados del mundo. Sin embargo, su traje era sencillisimo, y por esta circunstancia, como por la dignidad de su aspecto, se distinguia de la brillante comitiva que lo rodeaba: mirandolo empero con mas atencion se echaba de ver en su turbante aquella inesti-

mable joya llamada por los Poetas el Mar de luz : el diamante que llevaba al dedo, y que le servia de sello, valia mas que todas las alajas de la corona de Inglaterra, y el zafiro en que remataba el puño de su daga no podía pagarse con diez camellos curgados de oro. Para defenderse del polvo, que en las orillas del Mar muerto, es semejante a la mas delicada ceniza, llevaba pendiente del turbante un ancho velo, que ocultaba en parte sus facciones. Montaba una gallarda yegua Arabe, color de leche, que parecia conocer la dignidad y poder del ginete.

Los dos heroicos Monarcas, porque ambos merecian igualmente este titulo, echaron pie a tierra ; las tropas hicieron alto ; calló la musica, y ellos se adelantaron uno acia otro en profundo silencio, y despues de un reverente acatamiento, se abrazaron como hermanos y compañeros. Ni uno ni otro fijaron la atencion en otro objeto que en ellos mismos. Sin embargo las miradas de Ricardo denotaban mas ansiosa curiosidad que las de Saladino. Este fue el que rompio el silencio.

“ El Melec Ric, dijo, es tan bien venido a la

tienda de Saladino, como la lluvia a las secas arenas del desierto. El Corazon de Leon no debe mirar con desconfianza el numeroso acompañamiento que conmigo viene. Exepto los esclavos armados de mi servidumbre, todos los que os rodean con pechos benevolos y miradas atonitas son los nobles privilegiados de mis cien tribus. Ninguno de ellos hubiera querido permanecer en su tienda, y perder la ocasion de ver a un Principe como Ricardo de Inglaterra, cuyo nombre espanta los desiertos de Yemen, y sirve al Arabe para domar su fogoso trotero.”

“ ¿ Y estos son los nobles de Arabia ? ” exclamó Ricardo, examinando con estrañeza un tropel de hombres, groseramente vestidos, tostados por el Sol, y en cuya fisionomia lucian como rasgos caracteristicos, la blancura de los dientes semejante al marfil, y las miradas vivisimas y penetrantes de sus grandes ojos, negros como el ebano de la India.

“ Estos son, repitio Saladino, los nobles de Arabia, y aunque vienen en gran numero, solo traen la cimitarra, en virtud de las condiciones

que yo he establecido, y ni aun les ha sido licito poner los hierros en las lanzas.”

“ No estarán mui lejos de aqui, dijo De Vaux al oido a Ricardo, ni tardarian mucho en ir por ellos si se presentase la ocasion. Pero si estos son los Lores de Arabia, digo que formarian una hermosa camara de pares, aunque presumo que no cabrian todos en Westminster.”*

“ Silencio, dijo Ricardo : Noble Saladino, la sospecha no puede habitar donde tú estés. Yo tambien traigo conmigo algunos campeones; pero no vienen armados de espadas ni picas, si no de lindas facciones, y ojos que estan acostumbrados a vencer y subyugar.”

El Soldan volvio el rostro a las literas, haciendoles una inclinacion tan profunda como podria hacerla al mismo sepulcro de Mahoma, y besando la arena en señal de respeto.

“ No basta eso, dijo Ricardo, es necesario acercarse a reconocer al enemigo. Vamos,

* Sitio en que se reúne la Camara de los Pares de Inglaterra.

EL TALISMAN. 351

vamos a ver a la Reina, y a las damas que la acompañan.”

“ No me lo permite Alá, respondió Saladino, puesto que ningun Arabe debe ofender el rostro de la muger, cuando no está protegido su pudor por el velo.”

“ Mas tarde podras verlas en confianza,” dijo Ricardo.

“ ¿ Y de qué podra servirme ?” dijo Saladino, en tono apesadumbrado. “ Tu ultima carta ha sido para mis esperanzas, lo que el agua es para el fuego. ¿ Para qué he de alimentar la llama, que no podra guiarme, si no consumirme ? Mas ya es tiempo de que mi hermano pase a la tienda que su servidor le ha preparado. El gefe de mis esclavos negros ha dispuesto todo lo necesario para el recibimiento de las damas, y los caballeros de mi servidumbre cuidarán de los de la tuya. En tanto yo seré el gentilhombre y el escudero del Rei Ricardo.”

Saladino condujo entonces a Ricardo a una tienda que ostentaba en todos sus pormenores la riqueza, el lujo y la hospitalidad de su

dueño. De Vaux despojó a Ricardo de la capa, y este quedó en presencia de Saladino, en traje corto y ceñido, que dibujaba la vigorosa simetría de su persona, formando contraste con el pomposo atavío que ocultaba la breve y delicada del Soldan. Pero lo que más llamó la atención del Sarraceno fue la espada de dos manos del Rei de Inglaterra, cuya ancha hoja casi era del largo de su estatura.

“ Si no te hubiera visto, dijo, esgrimir ese acero en el campo de batalla, como el ángel Azrael esgrime la espada de la muerte, apenas podría creer que eran parte a manejarla los brazos de un mortal. ¿Tendría algún inconveniente Melec Ric en hacer alguna prueba con ese arma, para lucir la fuerza de que Dios se ha servido dotarlo?”

“ De buena gana, noble Saladino,” respondió Ricardo, y habiendo buscado un objeto en que ejercer su vigor, vio la maza de armas de uno de sus Barones, que era de fino acero, con el mango del mismo metal, y tendría pulgada y medio de diámetro. La tomó y la colocó sobre un leño.

De Vaux sin embargo temia que Ricardo quedase desairado. “ Por la Virgen Santisima, le dijo en inglés, no comprometa Vuestra Magestad su reputacion. Aun no estais restablecido de la ultima enfermedad, y todo lo que ceda en desdoro vuestro, causará gran satisfaccion al pagano.”

“ Calla, insensato,” respondió el Rei, manteniendose firme en su puesto, y echando con orgullo una ogeada al rededor, “ ¿ piensas que puedo esponerme a un chasco en su presencia ?”

Ricardo empuñó con las dos manos su terrible espada, la alzó hasta mas arriba de la cabeza, y la dejo caer con tan terrible impulso, que la maza cayó al suelo, dividida en dos fragmentos, a guisa de rama de pino que cae bajo el hacha del leñador.

“ Por la cabeza del Profeta, dijo Saladino, que es golpe portentoso,” y tomó los dos pedazos de la maza, observandolos con la atencion de un inteligente, y despues la espada de Ricardo, en que no se notaba la menor alteracion, ni mella. En seguida colocó su

delicada y enjuta mano al lado de la robusta y fornida de Ricardo, y se echó a reir al ver el contraste que las dos presentaban.

“ Riete,” dijo De Vaux en ingles; “ muchas fanegas de sal has de comer antes que tus dedos de araña puedan hacer otro tanto.”

“ Silencio, De Vaux, exclamó el Rei: este hombre entiende o adivina todo lo que decimos. Ten un poco de sensatez y disimulo.”

El Sultan, despues de haber espresado en poeticas exclamaciones la admiracion que le habia inspirado la fuerza del Rei de Inglaterra, dijo: “ Ahora es necesario que yo procure responder a tu cortesia, aunque el debil debe oscurecerse y ocultarse ante el fuerte. Sin embargo, cada nacion tiene sus egercicios particulares, y puede ser que Melec Ric no desapruebe el que va a presenciar.” Diciendo esto, tomó uno de los cogines de seda y pluma que sobre las alfombras de la tienda estaban colocados, lo puso derecho, y dijo: “ Puedes tú cortar ese almohadon con tu espada, Rei Ricardo?”

“ No por cierto, dijo el Rei; no hai espada en la tierra, ni aun la famosa Excalibar del Rei Arturo, que pueda cortar lo que no ofrece ninguna resistencia.”

“ Observa, pues,” dijo Saladino, y levantando la manga de la tunica, descubrio un brazo seco y descarnado, pero lleno de vigor y soltura, y cuyos movimientos denotaban que el habito le habia dado todo el empuje y firmeza que le habia negado la naturaleza. Desenvainó en seguida su cimitarra, que era una hoja corva y estrecha, sin el brillo que se notaba en las de los guerreros Europeos, sino con innumerables lineas y ondas, que variaban el azulado color del acero, y manifestaban el esquisito trabajo empleado en su construccion. Moviola en circulo algun rato en torno de la cabeza, balanceando todo el cuerpo sobre el pie izquierdo, que estaba algo adelantado, en ademan de calcular el golpe, y tomar vuelo para descargarlo, y de pronto se avanzó en linea recta, y partio el cogin por medio, con tan esacto tino, y tan poco esfuerzo, que el

cogin cayó al suelo, como si hubiera cedido a un soplo y no a la violencia.

“ Esto es cosa de pacto diabolico, o algun juego de manos, como los que hacen los charlatanes en Europa,” dijo Sir Tomas, alzandose de su asiento, y tomando los dos pedazos del cogin, para examinar si podia descubrir el artificio.

El Sultan comprendio el sentido de sus palabras, y quitandose el velo que de su turbante pendia, lo colgó de la punta de la cimitarra, dejandolo pendiente por uno y otro lado, y aplicandole ligeramente el filo, el velo quedó cortado por medio en dos partes iguales, manifestando al mismo tiempo el admirable temple del arma, y la destreza del brazo que la manejaba. “ Asegurote en verdad, hermano, dijo entonces Ricardo, que nada he visto comparable a tu ligereza y acierto. Sin embargo, prefiero el golpe de una buena espada, inglesa que consigue a veces por la fuerza, lo que no basta a desempeñar la habilidad ; mas esto no me estorva confesar que eres tan esperto en

destruir, como el sabio El Hakim en curar.
¿Y donde está mi medico? Tengo que darte gracias por habermelo enviado, y le traigo algunas frioleras, en prenda de gratitud.”

Saladino, al oír estas palabras, se quitó el turbante: y se puso en su lugar un gorro a lo Tartaro. De Vaux abrió en toda su amplitud la boca, y Ricardo miró con inesplicable extrañeza la transformación. El Soldan, en voz grave, y disimulada, “ el enfermo, dijo, conoce por los pasos al medico, pero cuando ha recobrado la salud, lo mira de hito en hito, y no lo conoce.”

“ Milagro,” exclamó Ricardo.

“ Milagro de Mahoma,” dijo Sir Tomas de Vaux.

“ ; Es posible, continuó el Monarca, que el Soldan Saladino, haya sido el medico del Rei de Inglaterra!”

“ Ese es el mundo, contestó el Soldan; el habito no hace al Dervis.”

“ ; Con que, según lo que veo, continuó Ricardo, a ti es a quien debe la vida el caballero del Leopardo, y con tu auxilio, y

quizas por tus consejos, se introdujo en mis Reales, bajo el disfraz de un esclavo Etiope!”

“Verdad has dicho, contestó el Soldan; conocí, como medico, que si no se cerraban las heridas de su honor, breves y sobremanera amargos serian sus dias. Su disfraz me parecio bastante bien dispuesto, y no crei que tan facilmente lo descubririas.”

“Fué una casualidad,” dijo Ricardo, aludiendo a cuando aplicó los labios a la herida del supuesto Nubiano. “De resultas de un suceso inesperado, vi desteñida una parte del brazo. Esto me bastó para conocerlo, puesto que no es tan facil confundir con otra alguna su presencia. ¿Crees tú que puedo contar con él para el duelo de mañana?”

“Dispuesto está, respondió Saladino, y esperando con ansia el momento de acreditar su fidelidad. Le he dado armas y caballo, pues confio mucho en él, despues de lo que he visto.”

“¿Sabe el Escoces, preguntó Ricardo, a quien debe tantos favores?”

“Lo sabe, respondió Saladino, pues me fue

preciso darme a conocer, cuando le di parte de mi proyecto.”

“ ¿ Y te lo ha confesado todo?” añadió Ricardo.

“ No, dijo el Sarraceno, pero bastante he visto para conocer que sus pensamientos se han colocado en esfera mui alta, y que nunca podran llegar adonde aspiran.”

“ ¿ Y sabes tú, dijo Ricardo, que su pasión insensata y atrevida es el mayor ostaculo que se opone al logro de tus deseos?”

“ No me fue difícil penetrarlo, dijo el Soldan, pero no negarás hermano que mis deseos nacieron despues que su pasión, y probablemente esta durará mas que aquellos. No puedo en conciencia enojarme contra quien no ha tenido la intencion de ofenderme. Y por otro lado, si la noble dama en quien ha puesto los ojos lo prefiere a mi, que le soi desconocido, ¿ hace, por ventura, otra cosa que pagar un justo tributo al valor, a la fidelidad, y a la nobleza de sentimientos?”

“ Su linage, dijo Ricardo, no corresponde a la ilustre alcurnia de Plantagenet.”

“ Esas seran las máximas que vosotros seguís en Franchistan, dijo el Sarraceno : pero en Oriente reinan otras, y nos va. mui bien con ellas. Porque el poeta ha dicho : “ Un conductor de camellos valiente es digno de estampar sus labios en los de una hermosa Reina ; y un Principe cobarde no es digno de saludar la punta de su chinela.” Y ahora, con tu venia, noble hermano, debo separarme de ti por un rato, y salir al encuentro del Archiduque de Austria, y de ese otro Nazareno, no tan dignos de la hospitalidad como tú, mas a quienes debo tratar con la dignidad que corresponde, no a su honor, sino al mio : porque como dice Lokman : “ no pienses que es perdido el pan que das al extraño. Cuando fortificas y alimentas su cuerpo, fundas y consolidas tu buen nombre.”

El Monarca de Oriente se separó de Ricardo, y despues de haberle indicado mas bien con gestos que con palabras la tienda de la Reina, y las otras de la comitiva, salio a recibir a Conrado y a los suyos, para cuyo alojamiento habia tomado las medidas necesarias, si no

de mui buena voluntad, a lo menos con su acostumbrada profusion y magnificencia. Las tiendas de los dos acompañamientos estaban provistas de abundantes refrescos y viandas, acomodadas al gusto de Europa y al de Oriente, y no habia olvidado Saladino los esclavos Griegos que debian servir a los magnates Cristianos el licor que los creyentes abominan. Antes de haber acabado Ricardo su banquete, entró en la tienda el Emir que le habia llevado la ultima carta del Soldan, y venia a fijar todo el ceremonial que debia observarse en el combate del dia siguiente. Ricardo que no olvidaba la aficion de su antiguo conocido, mandó traer un jarro de vino de Schiros; pero el Musulman se negó respetuosamente a probarlo, diciendo en voz baja y tono misterioso, que el menor descuido en aquellas circunstancias podia costarle la vida, porque Saladino, que en otros puntos de la lei era benigno y tolerante, no dispensaba jamas la mas pequeña infraccion de aquel mandato del Profeta.

“ Segun eso, dijo Ricardo, pocas trazas le veo de convertirse, y mucho temo que salga

fallida la predicción del hermitaño de Engaddi.”

El Rei entró en la discusión de las formulas y preparativos del combate, operación que duró mucho tiempo, por haberse presentado algunas dificultades que no pudieron resolverse, sin haberlas consultado antes con el Soldan, y con la parte contraria.

Al fin todo quedó allanado y dispuesto, y consignado en un protocolo, estendido en Frances y en Arabe, firmado por Saladino, como juez del campo, y por Ricardo y Leopoldo, como fiadores de los campeones. Al salir Abdalah del pabellon del Rei, entró en él, con su acostumbrada precipitación, Sir Tomas De Vaux.

“ El buen caballero, dijo, que ha de pelear mañana, desea saber si le será lícito besar la mano de Vuestra Magestad esta noche.”

“ ¿ Lo has visto? preguntó Ricardo. ¿ Habéis renovado vuestro antiguo conocimiento?”

“ Por la Virgen de la parroquia de mi tierra, respondió Sir Tomas, que las sorpresas, y tramoyas de esta tierra han de acabar de tras-

EL TALISMAN. 363

tornarme los cascos. Imposible me hubiera sido conocer a Sir Kenneth de Escocia, si no hubiera venido a lamirme y acariciarme su alano; y aun con todo eso viendo estaba al can sin dar en el hito, puesto que está pintado y disfrazado como cortesana de Venecia.

“ Mas entiendes de animales que de hombres,” dijo el Rei.

“ Verdad es, respondió el Baron, y ¿ sabe Vuestra Magestad por qué? Porque los hombres no me han tratado tan bien como los animales. Vuestra Magestad suele honrarme con el titulo de bestia; mas no es extraño que lo sea quien sirve al leon, que es el rei de los brutos.”

“ Bravo, Sir Tomas, dijo Ricardo; siempre dige yo que eras hombre de ingenio; mas tu ingenio es como el guijarro, que no da chispas sino es a fuerza de golpes. Vamos al negocio del dia. ¿ Está bien armado y equipado el buen caballero?”

“ Completamente, respondió el Baron, y segun corresponde a la causa que va a sostener. La armadura que lleva no me es desconocida:

es aquella que el comisario de Venecia ofrecio a Vuestra Magestad, poco antes de su enfermedad, en quinientos bizantes.”

“ ; Y apuesto, dijo el Rei, que la habrá vendido al pagano, por algunos ducados mas, a dinero contante! Capaz es Venecia de vender el mismo Santo Sepulcro.”

“ La armadura, respondió el Baron, no podia emplearse en causa mas justa, ni mas noble.”

“ Gracias, dijo Ricardo, a la magnanimidad de Saladino, y no a la codicia de los Venecianos.”

“ Quisiera yo, dijo el honrado Baron, que Vuestra Magestad hablase con alguna mas cautela: aqui estamos abandonados de todo el universo; sin amigos, sin aliados, y lo que es peor, sin la menor esperanza de podernos sostener solos, enmedio de tantos peligros. Si nos reñimos con esa Republica de anfibios, se nos acaba el recurso de retirarnos por mar: . . . y ¡ entonces! . . . ”

“ Hablaremos de eso en otra ocasion, respondió Ricardo; lo que por ahora te ruego es que no te metas en darme lecciones, y que

EL TALISMAN. 365

me digas si el Escoces tiene aqui algun confesor que cuide de los negocios de su alma.

“ Si Señor, dijo Sir Tomas, el hermitaño de Engaddi, que lo asistio en otra ocasion, ha venido a darle sus auxilios en esta; porque la fama de el combate de mañana ha llegado hasta las rocas en que está labrada su hermita.”

“ Está bien, continuó Corazon de Leon, y en cuanto el permiso que pide de comparecer ante mi presencia, dile que le sera concedido cuando haya lavado en el Diamante del desierto la mancha de que se cubrio en el monte de San Jorge, y de camino, pon en noticia de la Reina que no tardaré en hacerle una visita, y di a Blondel que alli nos veremos.”

De Vaux salio a cumplir sus encargos, y media hora despues, embozado y bien cubierto en la capa, Ricardo se encaminó al pabellon de su esposa. Los Arabes que encontró, apartaban el rostro, al descubrirlo, o fijaban en el suelo las miradas, aunque despues que pasaba, se detenian y lo observaban con estra-

ñeza y veneracion. Por estas demostraciones vino a entender que les era conocida su persona, pero que los mandatos del Soldan, o las formulas de la cortesía nacional, los obligaban a dejar pasar, sin ceremonia, al personage que deseaba permanecer incognito.

Cuando el Rei llegó al pabellon de la Reina, lo encontró custodiado por aquellos desventurados seres, a quienes los celos de las naciones de Oriente confían la guarda del Zenana.* Blondel se paseaba delante de la puerta, y de cuando en cuando tocaba algunas notas del arpa, divirtiendose en observar la impresion que aquel sonido hacia en los Arabes, los cuales llevaban el compas con violentas contorsiones y penetrantes chillidos.

“ ¿ Qué haces aqui, Blondel, preguntó el Rei, con este ganado? ¿ Porque no entras en el pabellon de Berenguela?”

“ Porque esos espantosos figurones, respondió el poeta, me han amenazado con cortarme

* Lo mismo que Harem; sitio en que los musulmanes encierran a sus mugeres y concubina.

una a una las coyunturas si daba un paso adelante, haciendo a Vuestra Magestad la honra de creerlo tan celoso como Saladino.”

“ Entra conmigo, digo el Rei, y yo te serviré de salvaguardia.”

Los eunucos, al ver aproximarse a Ricardo, inclinaron las puntas de las picas y de las espadas, y bajaron los ojos, como si se creyeran indignos de fijarlos en el rostro de uno de los primeros Monarcas de Occidente. En lo interior del pabellon estaba Sir Tomas de Vaux en conversacion con la Reina. Entanto que Berenguela daba la bienvenida a Blondel, Ricardo se acercó a Edit, y se puso a conversar a parte con ella, sin interrumpir el canto que ya habia empezado a entonar el arpista.

“ ¿ Somos al cabo amigos o enemigos?” preguntó Ricardo a su parienta.

“ Nadie puede ser enemigo de Ricardo,” respondió en voz baja Lady Edit, “ cuando se muestra lo que es en realidad ; generoso, noble, bizarro y valiente.”

Al decir estas palabras Edit presentó la mano

al Rei en señal de reconciliacion. Ricardo la besó respetuosamente, y siguió hablando.

“ Sin duda te has imaginado que era fingida la colera que me ocasionaron los desaciertos de quien sabes: te engañas. El castigo que le impuse ha sido justísimo: faltó a un deber sagrado; abandonó el puesto del honor, no importa el motivo ni los pretextos que pueda alegar en su favor. Lo que puede consolarte, y lo que a mi también me causa gran satisfacción es que mañana se le presenta la mejor ocasión que podía apetecer de ganar lo que ha perdido, humillando al que profanó las glorias de Inglaterra. La historia podrá echar en cara a Ricardo sus impetuosos arrebatos, pero también dirá que fue justo cuando quiso, y generoso cuando pudo.”

“ Eso diría quizás la historia, respondió Edit, si tú mismo la escribieras: otros habrán que llamen crueldad a tu justicia, y capricho a tu generosidad.”

“ Muy envanecida te veo, dijo Ricardo, y muy segura de la victoria, como si ya estuviera des-

armandose, lleno de triunfos y gloria, el que todavia puede ceder a un adversario poderoso. Sabe que Conrado de Monserrate es una de las mejores lanzas del egercito. ¿ Qué dirias si al fin quedára dueño del campo ?”

“ Imposible,” dijo llena de entusiasmo la noble doncella. “ Con mis propios ojos he visto temblar y mudar de color a Conrado, como un infame ladron. Es culpable, y el juicio por duelo es una apelacion a la justicia divina. Yo misma no tendria inconveniente en salirle al encuentro con una lanza en la mano.”

“ Por el alma de mi padre Enrique, dijo Ricardo, que mas de un esforzado guerrero podria temblar delante de tan formidable enemigo. Eres Plantagenet, y reunes en alto grado todas las prendas de la familia.”

El Rei se detubo algunos instantes, y continuó en tono mas serio: “ Eres Plantagenet, y no debes olvidar lo que requiere de ti la sangre que circula en tus venas.”

“ ¿ Qué significan, dijo Edit, esa gravedad, y esa advertencia en esta ocasion? ¿ Tan li-

viana me crees que pueda olvidar mi condicion y mi nombre?"

"Voi a hablarte, dijo el Rei, con el corazon en las manos, y no ya como Rei, sino como amigo. ¿Qué piensas hacer con ese caballero si sale vencedor del combate de mañana, y limpio de la mancha que deslustra su honor?"

¿Qué pienso hacer con él?" exclamó Edit, cubriéndose al mismo tiempo sus megillas del rubor de la modestia, y del orgullo ofendido. "Honrarlo y estimarlo como valiente, y leal, y generoso. Lo mismo que haria la Reina Berenguela si hubiera puesto los ojos en ella, en lugar de haber escogido un obgeto mas humilde. El mas oscuro de los caballeros de la Cristiandad puede consagrar sus pensamientos a una Emperatriz. Bastale por recompensa la gloria de amar sin esperanza."

"Pero Sir Kenneth el Escoces, dijo Ricardo, ha sufrido mucho por ti, y por ti se ha visto a la orilla del precipicio."

"Mi estimacion, respondió Edit, ha galar-donado sus servicios, y mis lagrimas han pa-gado sus padecimientos. - Hubiera amado una

EL TALISMAN. 371

igual suya, y tendria otro genero de recompensa.”

“ ; Con qué no puede desear otra !” preguntó Ricardo. Asi dicen siempre las doncellas, y luego cuando el galan a fuerza de lagrimas y de importunidades logra el fin de sus descos, acuden al destino, y a las estrellas, y dicen que asi estaba escrito en los astros.”

“ Vuestra Magestad,” dijo Edit alzandose de su asiento,” me ha amenazado ya dos veces con el influjo de mi horoscopo. Cual quiera que sea el poder de los planetas crea Vuestra Magestad que su parienta no sera nunca la esposa de un aventurero, ni la concubina de un pagano. Y permitame que disfrute de la dulce melodia de Blondel, mas agradable al oido que los consejos y prevenciones con que Vuestra Magestad se ha servido honrarme.”

CAPITULO XV.

15.

EL combate que habia de verificarse en el Diamante del desierto, y para el cual se habian reunido tantos personajes de tan diferentes naciones, debia empezar una hora despues de amanecer, lo que evitaba los inconvenientes del calor de aquel rigoroso clima. Las barreras, dispuestas bajo la inspeccion del caballero del Leopardo, incluian un espacio de ciento y veinte varas de largo, y cuarenta de ancho. El terreno era de arena dura y gruesa, no tan incomoda a los caballos Europeos, como la fina y menuda del desierto. La direccion de las barreras era de Norte a Sur en su direccion, a fin que el sol naciente fuese de igual ventaja a los dos contrarios. El trono de Saladino estaba en el medio de la barrera de occidente, enfrente del punto en que los combatientes debian encontrarse. En la parte opuesta, se habia erigido una galeria cubierta de celosias,

N.E.T. 15. Omisión del siguiente epígrafe que figuraba en la edición original:
Heard ye the din of battle bray,/ Lance to lance, and horse to horse? GRAY.

¿Oís el gran fragor del combate,/ entrechocar de lanzas y caballos?
Gray.

[Suero Roca, T., *op. cit.*, 419].

EL TALISMAN. 373

donde se debían colocar las damas, y presenciarse el duelo sin ser vistas. En cada lado de los de la anchura, había una puerta. También se habían preparado dos tronos para los dos soberanos Cristianos, pero Leopoldo no quiso ocupar el suyo, viendo que era más bajo que el de Ricardo, y este propuso que los dos padrinos se mantubiesen a caballo dentro de las barreras, durante la lucha, pues estaba resuelto a no diferirla bajo ningún pretexto. En una de las estremidades del palenque se colocó la comitiva del Rei de Inglaterra, y en otra la del Archiduque de Austria. Al redor del trono del Soldan se formó su suntuosa guardia de Georgianos, y los espectadores Cristianos y Sarracenos guarnecieron el cuadro.

Mucho antes de rayar el día se agolparon a las barreras grandes cuadrillas de Mahometanos, superiores en número a las que Ricardo había visto el día antes. Cuando el primer rayo del sol doró la vasta llanura del desierto, el sonoro llamamiento del Soldan, repetido por todos los Arabes, indicó la hora de la oración de la mañana. Todos ellos se

postraron al mismo tiempo, vueltos los rostros acia la Meca, y por algunos instantes reinó en aquella vasta muchedumbre el mas profundo silencio. Cuando se levantaron, y volvieron a colocarse en sus puestos, los hierros de las lanzas reflejaron en variados vislumbres, el esplendor del astro del dia. De Vaux observó con inquietud esta novedad y dijo al Rei que sus sospechas se confirmaban, puesto que los Sarracenos estaban armados, y no presentaban un aspecto tan pacifico como el dia anterior. Ricardo contestó: “Jamás podré dudar de la buena fe de Saladino: el que tenga miedo bien puede retirarse.”

Oyose en seguida el estrepito de los timbales, a cuya señal toda la caballeria Arabe volvio a desmontar, y los soldados se postraron segunda vez, como si fueran a repetir sus acostumbradas devociones. El obgeto de esta ceremonia era dar paso a la Reina Berenguela, a Lady Edit de Plantagenet, y a las otras damas de la servidumbre, que habian salido del pabellon, y se encaminaban a la galeria que les estaba destinada. Escoltabanlas con

EL TALISMAN. 375

sable en mano cincuenta esclavos negros de la guardia del Serrallo, y tenían orden de dar muerte, sin distincion de clase o gerarquia, a cualquiera que osase fijar la vista en las damas, interin pasaban, o alzar la cabeza en tanto que sonase la musica, la cual cesó cuando las princesas hubieron entrado ya en la galeria, y se hallaban fuera del alcance de las miradas profanas de los Sarracenos.

Esta supersticiosa veneracion de los Musulmanes, dio lugar a que Berenguela se burlase de Saladino, y de las costumbres de los galanes de Oriente: pero viendo que la jaula, segun ella decia, estaba cerrada con llave, y custodiada por sus horrorosos satelites, tubo que contentarse con el placer de ver, y renunciar por entonces al de ser vista, que es todavia mas grato y apetecible a las personas de su sexo.

Al mismo tiempo los padrinos de los dos campeones, pasaron a examinar, segun se lo dictaba la obligacion, si estaban bien armados y prevenidos. El Archiduque de Austria no

se sentía mui dispuesto a desempeñar los deberes de su encargo, por haber pasado toda la noche en el desorden de la embriaguez, con sus Barones y cortesanos, a quienes había gustado sobre manera el espirituoso y aromático licor de Schiraz. Pero el Gran Maestro de los Templarios, a quien más de cerca tocaba el éxito de la pelea, se encaminó, antes de amanecer, a la tienda de Conrado. Los guardias que estaban a la puerta lo detubieron.

“¿ No me conocéis, villanos ?” preguntó lleno de colera el Gran Maestro.

“ Os conocemos, valiente y reverendo Señor,” le respondió uno de los escuderos ; “ pero el Marques está confesándose, y tenemos orden de no dejar entrar a nadie.”

“ ¿ Confesándose !” exclamó el Gran Maestro, en tono que espresaba al mismo tiempo el desprecio y la inquietud. “ ¿ Y quien es su confesor ?”

“ Debo guardar el secreto,” dijo el escudero. El Gran Maestro lo empujó, y se introdujo en la tienda.

Conrado de Monserrate estaba arrodillado a los pies del hermitaño de Engaddi, en el acto de empezar la confesion de sus pecados.

“ ¿ Qué significa esto? preguntó el Gran Maestre. ¿ No os cubris de vergüenza? Alzaos, alzaos por Dios, y si necesitais de ausilios espirituales, aqui estoi yo que puedo suministraroslos.”

“ Gran Maestre,” respondió Conrado con voz tremula; “ hartas confianzas os he hecho, y harto enterado estais en los secretos de mi corazon. Por Dios os ruego que me degeis confesar mis culpas a este santo hombre.”

“ ¿ En qué es mas santo que yo? dijo el Gran Maestre. Hermitaño, profeta, loco, o lo que seas, ¿ te crees superior a mi en algo?”

“ Hombre temerario, y perverso, contestó el anacoreta, sabe que yo soi como la celosia al traves de la cual pasa la luz del cielo para iluminar a los otros; pero ¿ cuitado de mi! que de nada me aprovecha. Tú eres como la puerta de hierro que ni recibe luz, ni la deja pasar.”

“ Basta de comparaciones, dijo el Gran Ma-

estre, y marcha de aqui sin detenerte. El Marques no se ha de confesar si no es conmigo, y yo no me separo de él hasta la hora señalada para el combate.”

“ Saldre, dijo el hermitaño, si asi lo desea el Marques. Si necesita de mis ausilios no creas, hombre altanero, que he de obedecer tus mandatos.”

“ ¿ De qué puede aprovechar lo que yo diga ? exclamó el Marques. Dejame por ahora, buen hermitaño : luego nos veremos.”

“ ¡ Luego ! dijo el anacoreta. O ahora o nunca. Ese perverso es el asesino de tu alma. Nos veremos, si, pero será en la eternidad. Y tú,” continuó volviendose acia el templario, “ tú en cuya alma ha escavado su hondo abismo la iniquidad, tiembla.”

“ ¡ Temblar ! dijo el Gran Maestro : aunque quisiera no me fuera posible.”

El hermitaño no oyó estas ultimas palabras, habiendo salido precipitadamente de la tienda.

“ Vamos a despachar pronto, dijo el Templario, puesto que absolutamente quieres pasar

EL TALISMAN. 379

por esta ceremonia. No te molestes en referirme una a una tus miserias y fragilidades. Todas, o a lo menos, las principales me son conocidas. Empecemos por la absolucion, y degemos aparte al catalogo de las culpas que no dejará de ser algo voluminoso. ¿De qué sirve examinar las manchas del lienzo cuando lo vas a echar a la fuente?”

“¿Hablas de absolucion? dijo Conrado. Por ventura, ¿sabes tú perdonar?”

“Eres mas escrupuloso que inteligente en materias canonicas, respondió el Gran Maestro. La absolucion de un mal sacerdote es tan eficaz, como la de un santo. Si no fuera así, pocos penitentes lograrían el perdon de sus pecados. ¿Cual es el herido que se cuida de saber si el cirujano que lo cura tiene las manos sucias o limpias? Salgamos del paso, y no hablemos mas del asunto.”

“No, dijo Conrado, mas quiero morir sin confesion, que profanar el sacramento.”

“Vamos, noble Marques, dijo el Gran Maestro, ten animo, y no hables en esos terminos. Antes de una hora saldras victorioso del com-

bate, y te confesarás con tu yelmo, como buen paladin.”

“ ¡ Ah, Gran Maestro ! dijo Conrado. ¡ Bajo qué tristes auspicios se presenta el día de hoy ! Todo es extraordinario, y, estoy por decir, prodigioso y sobrenatural en esta aventura. El instinto de un animal, por cuyo medio se descubre mi atentado ; este caballero Escocés, que yo creía sepultado en las arenas de la Libia, y que de pronto aparece como un espectro . . . ¡ Quien no ha de aguardar infortunio y desastre de tan funestos anuncios ? ”

“ Simpleza, dijo el Templario : muchas veces te he visto en justas y torneos con ese mismo Sir Kenneth, y en verdad que no te llevaba mucha ventaja. Cobra ánimo, y figurate que todo es cosa de juego. Vamos caballeros, escuderos, y pages ; vuestro Señor quiere armarse.”

Los servidores del Marques entraron con todas las piezas de la armadura, y empezaron a ajustarlas.

“ ¡ Qué tiempo hace ? ” preguntó el Marques.

EL TALISMAN. 381

“ El Sol, dijo un escudero, se ha levantado algo opaco.”

“ ¿ Qué dices de esta circunstancia, Gran Maestro ?”

“ Digo, respondió el Templario, que la suerte favorece a los combatientes, puesto que modera el ardiente calor de Palestina, para que puedan manejar con mas holgura las lanzas y los caballos.”

Las chanzas del Gran Maestro no hacian impresion alguna en el animo de Conrado. El Templario calló y quedó por algun rato torvo y pensativo.

Temia en efecto que los remordimientos de Conrado bastasen a paralisar sus fuerzas, y a encadenar su brio. “ Yo, decia en su interior, no hago caso de visiones, ni de agüeros. Mis propositos son firmes como la roca, y no hai poder humano que baste a conmovellos. De buena gana trocaria yo mi puesto por el suyo : pero no : mas vale que el caballero Escoces lo despache, puesto que los muertos no hablan. Suceda lo que sucediere, no ha de tener otro

confesor que el que ha tomado parte en sus hechurías.”

Mientras ocupaban estos pensamientos el animo del Gran Maestro, ayudaba a los escuderos a armar a Conrado.

Llegó la hora, sonaron las trompetas, y los caballeros se dirigieron al palenque, perfectamente montados, y armados de punta en blanco. Llevaban altas las viseras, afin de mostrar el rostro a los espectadores. Tres veces pasearon la arena, exitando la admiracion general, por la gallardía de sus personas, y el fuego y hermosura de sus caballos. Sin embargo, se notaba alguna diferencia entre los dos. Las miradas del caballero Escoces parecian alegres y animadas. La esperanza y la seguridad del triunfo brillaban en su varonil fisionomía. En Conrado se observaban algunos esfuerzos, para mantenerse sereno y animoso, esfuerzos que daban mas realce a la nube de inquietud que lo cubria. El caballo que montaba no parecia tan dispierto ni docil, como el de Sir Kenneth, que era un alazan Arabe, de

las caballerizas de Saladino. El decidor de Leopoldo observó todas estas circunstancias, y notó además que el paseo de Sir Kenneth seguía el curso del Sol, esto es, de derecha a izquierda, mientras Conrado paseaba en dirección contraria, lo cual era, en opinión de aquel docto personage, señal infalible de desgracia.

Debajo de la galeria en que estaba la Reina, con Lady Edít, y las damas de la corte, se habia dispuesto un altar portatil, juntó al cual se habia colocado Teodorico de Engaddi, en traje de fraile Carmelita, con otros eclesiasticos, cuyo ministerio era necesario en aquella solemnidad. Los dos caballeros se presentaron sucesivamente al altar, en compañía de sus padrinos, para sancionar, por medio de juramento sobre los Evangelios la justicia de la causa que cada uno defendía, y pedir a Dios que el éxito del combate acreditase la verdad y la falsia de la buena y la mala causa. También prestaron juramento que observarían la lealtad propia de caballeros, sirviéndose de armas comunes, sin ensalmos, encantos, ni

echicerias. Sir Kenneth pronunció los juramentos en voz firme y sonora, y con gallardo y brioso continente. Al retirarse del altar, miró a la galería, e inclinó profundamente la cabeza, en señal de respeto y veneración a las beldades invisibles que allí estaban, y a pesar del grave peso del hierro que lo cubría, saltó a caballo, sin apoyarse en el estrivo, tomó las riendas, y dirigió el caballo, caracoleando airosa y pausadamente, al sitio que le estaba señalado. Conrado se presentó al altar con bastante compostura, mas su voz flaqueó al articular la fórmula sagrada. Temblabanle los labios al representar aquella farsa impia, y al implorar la justicia del Cielo, para que concediese la victoria al defensor de la verdad. Cuando iba a montar a caballo, se le acercó el Gran Maestro, con el pretexto de ajustarle la gola, y le dijo en voz baja: “Cobarde, ten ánimo, y pelea como debes. Por el Cielo Santo, que si no lo haces así, y escapas de las manos del Escocés, las has de haber conmigo.”

El tono iracundo en que el Templario pronunció estas palabras, acabó de confundir al

EL TALISMAN. 385

Marques, el cual tomó mal el estrivo, y cayó al lado del caballo; pero se recobró mui en breve, montó con su acostumbrada ligereza, y galopó con la maestría de un ginete consumado, hasta colocarse enfrente de su adversario. Observaron estos incidentes los que espiaban con supersticioso anelo todas las circunstancias que ocurrían, para vaticinar por ellas el resultado de la lucha.

Los eclesiásticos se retiraron, despues de haber entonado una solemne plegaria, en favor de la inocencia y de la justicia. Sonaron entonces las trompetas del Rei Ricardo, y un rei de armas proclamó en estos terminos el desafio: “ Aquí está el buen caballero, Sir Kenneth de Escocia, campeón del Rei Ricardo de Inglaterra, el cual acusa a Conrado, Marques de Monserrate, de la traicion y afrenta hecha al dicho Rei.”

Cuando resonó en la estension del palenque el nombre de Sir Kenneth de Escocia, que hasta entonces habia sido poco conocido entre los soldados Ingleses, prorrumpieron todos ellos en un murmullo de aplauso, que a pesar

de los gestos y ordenes de Ricardo, duró algunos minutos, y estorvó que se oyese la respuesta del retado, la cual no era mas que una declaracion de su inocencia, y la oferta que hacia de sostenerla contra el retador, en batalla campal, y cuerpo a cuerpo. Los escuderos de los campeones se acercaron entonces a cada uno de ellos, y les entregaron la lanza y el broquel, ayudandoles a colgar este del cuello, a fin de dejar libres las dos manos, una para dirigir la lanza, y otra para manejar la rienda.

En el escudo del caballero Escoces, ademas del Leopardo, que era el emblema de que habia usado desde que se habia presentado en Palestina, se veia una cadena con collar, rota en varios fragmentos, lo cual simbolizaba el cautiverio que habia sufrido. El escudo del Marques llevaba las armas de su titulo, que eran una roca desnuda y escarpada, y una sierra, colocada en su cima, y en actitud de partirla. Ambos blandieron las lanzas, como para asegurarse de su peso, y las pusieron en ristre. Los padrinos, escuderos, y comitivas, se re-

tiraron a las barreras, y los dos contrarios quedaron solos, frente a frente, caladas las viseras, y tan perfectamente ocultos bajo las armaduras, que más que personas humanas, parecían inmóviles estatuas de hierro. Todo quedó entonces suspenso, y silencioso, como si aquella vasta muchedumbre se compusiese de troncos mudos e inanimados, oyéndose tan solo el manoteo de los caballos, que se manifestaban impacientes de su quietud, y deseosos de lanzarse a la carrera. Tres minutos duró aquella pausa general, pasados los cuales, a una señal de Saladinó, cien instrumentos belicos hirieron al mismo tiempo los aires, con sus penetrantes y sonoros ecos. Los campeones, apretaron espuelas, aflojaron las bridas, y se encontraron en medio de la arena, con un choque terrible como el del trueno. Ni un solo instante fue dudosa la victoria. Conrado en verdad se mostró guerrero inteligente y práctico, y su lanza vino a dar en línea recta, y con formidable empuje en el centro del escudo de su adversario, con tanta esactitud y firmeza, que el hierro saltó

en mil fragmentos. El caballo de Sir Kenneth retrocedió algunos pasos, al sentir el golpe, doblándose al mismo tiempo el cuarto trasero. Sir Kenneth se rehizo, mas no así Conrado, el cual cayó de la silla, habiendo recibido en el pecho una profunda herida, en que quedó clavado el hierro de la pica de su contrario, después de haber atravesado el escudo, el peto de finísimo acero de Milan, y una cota de malla excelente que llevaba debajo. Los padrinos, los reyes de armas, y el mismo Saladino, bajando apresuradamente de su trono, acudieron a dar asistencia al herido. Sir Kenneth, que había sacado la espada, antes de conocer la peligrosa situación de Conrado, se acercó a él, y le mandó que confesara su delito. Los escuderos de Conrado le quitaron el yelmo, y él, fijando sus turbados ojos en el cielo, exclamó dirigiéndose a su vencedor: “ ¡ Qué mas quieres? Dios ha pronunciado. Soy culpable; mas no el único traidor del ejército de la Cruzada. Dadme un confesor, si teneis piedad de mi alma.” Al decir estas últimas palabras, cobró algún aliento.

“ El Talisman, noble hermano,” gritó ansiosamente Ricardo a Sáladino. “ Danos tu poderoso remedio.”

“ El traidor, respondió el Monarca Saraceno, es mas digno de morir colgado por los pies en una horca, que de aprovecharse de aquel divino brevage. La Providencia, añadió contemplando de hito en hito al herido,” ha dispuesto ya de su suerte, porque aunque la herida puede ser curada, Azrael lo ha señalado ya con su sello.

“ No importa, continuó Ricardo; ruegote que hagas por él cuanto puedas, a lo menos, a fin de que tenga tiempo para cumplir los deberes que su Religion le impone. No mates el alma, al mismo tiempo, que el cuerpo. Media hora, no mas que media hora le será mas preciosa en esta ocasion, que en otra la vida de cien Patriarcas.”

“ Los deseos de mi hermano seran satisfechos, dijo Saladino; esclavos, llevad ese hombre a mi tienda.”

“ No lo lleveis,” exclamó el Templario, que hasta entonces habia estado contemplando en

silencio, aquellos grandes e importantes sucesos. “ El Archiduque de Austria y yo, que somos los padrinos de ese malaventurado Principe Cristiano, no permitiremos jamas que sea entregado a los Sarracenos, para que egerzan en el sus ensalmos y conjuros. Está bajo nuestra proteccion, y debe quedar a nuestro cargo.”

“ Segun eso, dijo Ricardo, reusas el medio seguro que se presenta de curar su herida.”

“ No,” dijo el Gran Maestre, despues de haber meditado su respuesta. “ Si el Soldan quiere usar medicinas legales, venga a aplicarlas a nuestra tienda, donde debe estar el herido:”

“ Hazlo asi, buen hermano,” dijo Ricardo a Saladino, y este consintio en ello, aunque con repugnancia. “ Y ahora,” continuó el Rei de Inglaterra, “ pensemos en cosas mas alegres. Suenen los clarines: viva Inglaterra: viva el campeon de la bandera de San Jorge.”

De pronto estalló el variado y estrepitoso concierto de atambores, clarines, trompas y timbales, y el grito simultaneo, y energico que por muchos siglos ha sido la aclamacion guer-

rera de las tropas Inglesas, formando con los gritos irregulares y agudos de las catervas Arabes, la misma contraposición que los registros de un órgano en medio de los mugidos del huracán. Cuando hubo cesado aquel primer saludo, hecho en honor del triunfo de Inglaterra, “ Valiente caballero del Leopardo, dijo Corazón de León, tú acabas de probar que el Etíope puede mudar la piel, y el leopardo sus manchas, aunque los frailes sostienen lo contrario, y citan en su apoyo no sé qué textos latinos. Mucho tengo que decirte, mas no será aquí, sino en presencia de las damas, que son los mejores jueces de los hechos de caballería, y las que tienen a su cargo darles la debida recompensa.”

El caballero del Leopardo respondió con una profunda reverencia.

“ Y tú, ilustre y magnánimo Saladino, continuó el Rey de Inglaterra, ruegote que también nos acompañes al pabellón de Berenguela mi esposa, la cual nada desea tanto como darte gracias personalmente por la acogida benevolenta

y magnífica que de mi real hermano ha recibido.”

El Soldan inclinó la cabeza, y dio a entender que no podía admitir el convite.

“ La obligacion, dijo, me llama a la cabecera del herido. El medico no debe dejar al enfermo, ni el guerrero el campo de batalla, aunque sean convidados a fiestas como las que gozan los bienaventurados en el Paraiso. Además que la sangre de los hombres de Oriente no corre, en presencia de las damas, como la de los hombres de Franchistan. El libro dice :

El ojo de la muger es como el filo de la espada del Profeta. El que no quiere quemarse, huya de los carbones encendidos. El hombre prudente no acerca la madeja de cañamo a la antorcha.’ El sabio ha dicho: ‘ Quien encuentra el tesoro ageno, pasa, sin volver el rostro a contemplarlo.’ ”

Ricardo respetó los motivos que alegó Saladino, por lo mismo que se fundaban en costumbres tan diferentes de las suyas.

“ A medio dia,” dijo el Soldan al separarse,

“ espero que aceptarás un puñado de dátiles bajo la tienda de piel de camello de un jefe del Kurdistan.”

El mismo convite fue hecho a todos los personajes Cristianos que se hallaban a la sazón en el campamento Sarraceno, y que por sus dignidades y gerarquias podían sentarse a la mesa con aquellos dos poderosos Monarcas.

“ Mirad,” dijo Ricardo a los suyos, cuando se hubo retirado Saladino, “ los añafles anuncian que la Reina y sus damas salen ya de la galería. Los turbantes se precipitan a la arena como si los hubiera tocado el ángel de la muerte. Todos se postran, y fijan las miradas en el suelo, como si los ojos del Arabe tubieran la virtud de marchitar las mejillas de las bellas. Vamos al pabellon, y llevemos en triunfo al que ha ganado la victoria. Saladino no conoce el placer de leer en unos ojos lindos los aplausos del valor y del heroismo. Mucho lo compadezco si solo ama como las fieras de los bosques.”

Blondei entonó un himno triunfal, cuando el campeon entró por las puertas del pabellon

de Berenguela. Venian a sus dos lados, Ricardo, y Salisbury, como padrinos. Arrodilóse el caballero al ver a la Reina, aunque es de creer que su homenaje interior se dedicaría a Edit de Plantagenet, que estaba sentada a la derecha de aquella Princesa.

“Desarmadlo, bellas damas,” dijo Ricardo, que se deleitaba en todas los usos y practicas de la Caballeria. “Honre y galardone la hermosura las proezas del valor.”

Por orden, y siguiendo las instrucciones del Rei, Berenguela descalzó las espuelas de Sir Kenneth, y Lady Edith le desató las cintas del yelmo; la primera con aquella prontitud y satisfaccion con que hacia siempre cuanto podia ser grato a su esposo; la segunda, con la timidez y rubor que siente toda doncella bien nacida, al acercarse al hombre que le ha consagrado todos los afectos de su alma.

“¿Y qué esperas debajo de esa armazon de hierro?” preguntó Ricardo a Sir Kenneth, al quitarle de la cabeza el yelmo, que dejó descubierto el rostro en que se pintaban los sentimientos que en aquel instante luchaban

en su corazón. “ ¿ Qué pensais de este paladin, damas y caballeros? ¿ Creéis que es un esclavo Etiope, o bien un aventurero oscuro y sin nombre? Pues no es ni uno ni otro. Se ha arrodillado, conocido tan solo por sus hechos y hazañas; pero se levanta tan ensalzado por el nacimiento como por la fortuna. Alzaos, noble David, Conde de Huntingdon, Principe Real de Escocia.”

Estas palabras exitaron una exclamacion general de aplauso y de sorpresa. Edít mudó de color, y dejó caer el yelmo que acababa de recibir de manos de Ricardo.

“ Si, dijo el Rei, aqui teneis al heredero de la corona de mi vecino. Escocia faltó a la palabra que nos habia dado de enviar a la conquista de Tierra Santa sus mejores y mas nobles guerreros, mandados por este valiente Principe, el cual, lleno de honor e intrepidez, y creyendo que seria denuesto de su fama, dejar de concurrir a tan noble y santa empresa, se reunió con nosotros en Sicilia, bajo el nombre de Sir Kenneth el del Leopardo dormido, y acompañado por unos pocos guer-

reros, y fieles servidores, a qué se agregaron despues otros de la misma nacion, que se alistaron bajo sus banderas, sin saber la condicion ilustre del gefe que los mandaba. Todos los confidentes del Principe han sido victimas de los azares de la guerra, y de los estragos de la enfermedad. Uno solo ha sobrevivido, y tan escrupulosamente ha sido guardado este secreto, que por ignorarlo yo, me he espuesto a cortar de un golpe las esperanzas de una de las mas ilustres familias de Europa. ¿ Por qué no me descubristeis vuestro nombre, valiente Huntingdon, cuando ibais a ser victima de mi cruel y precipitada sentencia? ¿ Temiais que Ricardo abusára del acaso que trajo a sus manos al heredero de un Monarca contra quien tantas veces ha esgrimido las armas?"

“ Nunca os hice tamaña injusticia, gran Ricardo, respondió el Conde de Huntingdon; pero mi orgullo me prohibia salvar mi vida a la sombra de mi verdadera condicion, cuando el delito que se me imputaba era contrario al honor y a la lealtad. Ademas, habia hecho

voto y juramento de no descubrir mi nombre, hasta la terminacion de la cruzada. Y en efecto solo lo revelé *in articulo mortis*, y bajo el secreto de la confesion al santo anacoreta de Engaddi.”

“ Y aun por eso, dijo el Rei, se mostró tan empeñado en que yo revocase la sentencia. Razon tubo en verdad cuando dijo que llegaria el tiempo en que yo desearia rescatar mi imprudencia con la perdida de un miembro de mi cuerpo. No digo yo un miembro; la vida hubiera dado de buena gana por borrar tan feo baldon, pues el mundo hubiera dicho que Ricardo habia abusado de la confianza y generosidad de un Principe Cristiano, y de la condicion en que voluntariamente se habia puesto el heredero de Escocia, por los mas nobles y honorificos motivos.”

“ ¿ Será posible saber preguntó Berenguela, cual fue la estraña e imprevista casualidad que descubrio a Vuestra Magestad este arcano?”

“ Las ultimas cartas de Inglaterra, dijo

Ricardo, me decían, entre otras desagradables noticias, que el Rei de Escocia se habia apoderado de tres nobles ingleses cuando iban de romeria a San Ninian, bajo el pretesto de tener rehenes por la seguridad de su hijo, de quien acababa de saber que estaba en mis Reales, aunque hasta entonces lo habia creido alistado entre los caballeros Teutonicos, y haciendo guerra en sus filas contra los paganos de Borusia. Este fue lo que me dio la primera luz sobre la verdadera condicion de Sir Kenneth de Escocia. Confirmaronse mis congeturas, cuando Sir Tomas de Vaux regresó de Ascalon, trayendo consigo al unico resto de la comitiva del Conde, el cual era un escudero tan afecto a su amo, como testarudo y desacordado, puesto que andubo treinta leguas para confiar al Baron el secreto que hubiera debido descubrir al Rei de Inglaterra.”

“ El pobre Straughan merece alguna disculpa, dijo Sir Tomas; sabia por esperiencia que mi corazon es algo mas blando que el de quien se llama Plantagenet.”

“ Blando como el hierro, contestó el Rei, o como los pedernales de Cumberlandia. La familia de Plantagenet no desconoce los sentimientos tiernos y afectuosos, y en prueba de ello, Edit, dame tu mano, y tú, Principe de Escocia dame la tuya.”

Edit, que se había puesto de mil colores, cuando el Rei le dirigió la palabra, respondió con la afectada intención de poner a prueba la credulidad de su augusto pariente: “ ¿ Qué hace, o qué pretende hacer Vuestra Magestad ? ¿ Ha olvidado que mi mano debe ser el instrumento de la conversión del Arabe y del Sarraceno, de Saladino, y de sus cien tribus ?”

“ El viento de la Profecía sopla ahora por otro lado,” respondió Ricardo.

“ No te burles de los decretos divinos,” dijo el anacoreta, que a la sazón entraba en el pabellón. “ Los cielos escriben la verdad en sus refulgentes anales ; pero los ojos del mortal están ofuscados por la culpa y la flaqueza. Sabe que cuando Saladino, y Kenneth de Escocia se alojaron en mi gruta, leí en las estrellas que mi techo cubría aquella noche

a un Príncipe, enemigo natural de Ricardo, con quien uniria su destino Edit de Plantagenet. Presumi que esta prediccion se referia a Saladino, a quien conocia mui particularmente, por haber venido muchas veces a mi habitacion, a conversar conmigo sobre el curso de los planetas, y otros puntos de Astrologia. Las luces de las estrellas decian tambien que este Príncipe, el futuro esposo de Edit, seria Cristiano, y yo, pobre y desacordado intérprete, inferi de aqui la conversion de Saladino, de cuyas buenas prendas se debia esperar que abriria los ojos al conocimiento de la verdadera Religion. Ahora he conocido mi ignorancia, y he humillado mi frente hasta el polvo, pero el polvo me ha dado consuelo. No he sabido leer el destino de los otros—; ai de mi! ¿ como podre penetrar en los arcanos del mio? Dios no permite que se alce el velo bajo el cual se ocultan los misterios del porvenir, y los tesoros de su sabiduria. Aguardemos el dia en que todo se descubra, con temor, y con esperanza; preparemosnos con ayuno y mortificacion. Yo vine aqui con el orgullo de un Profeta, para

EL TALISMAN. 401

instruir a los Reyes, y envanecido con la creencia de que me inspiraba la luz sobrenatural; mas sobrecargado al mismo tiempo con un peso superior a mis debiles fuerzas. Mas ya se rompio la ilusion; ya conozco mi miseria. Perdon, Dios mio; en ti confio, y en ti espero.”

Dijo y se retiró apresuradamente, y cuenta la historia que desde aquella ocasion, pocas veces sintio los impetus freneticos que tanta fama le habian dado entre los Arabes; que sus penitencias eran mas suaves, y mas seguras sus esperanzas. La idea de haber hecho una prediccion falsa, obró en él como la perdida de sangre en el cuerpo humano, calmando la efervescencia de su cerebro, y la irritabilidad de sus pasiones.

Es inutil entrar en los otros pormenores de la conferencia que tubieron aquellos eminentes personajes en la tienda de Berenguela. Probablemente David, Conde de Huntingdon, no guardaria delante de Edit de Plantagenet el mismo silencio que cuando tubo que representar en su ultima entrevista el papel de un

mudo Etiope. Nuestros lectores saben que en ocasiones semejantes no faltan palabras que interpreten los sentimientos de un corazón enamorado, y tanto tiempo comprimido por el respeto y por las circunstancias.

Acercabase la hora de mediodía, y Saladino esperaba a sus ilustres huéspedes en una tienda que solo por su vasta extensión se distinguía de la común habitación del Árabe y del Curdo: pero bajo su negro y sencillo techo se había preparado un banquete en que lucían toda la prodigalidad, y todo el esplendor de las Cortes de Oriente. No nos detendremos en describir los magníficos brocados, los vistosos bordados arabescos, los *schales* de Cachemire, las delicadas y transparentes moselinas de India que adornaban lo interior de la tienda; ni tampoco los manjares y compotas, las enormes columnas de aves asadas, dispuestas en ricas fuentes de oro, plata y porcelana, y las anchas bateas de sorbete, helado con el hielo y la nieve de las cavernas del monte Líbano, que se sirvieron en aquella ocasión, sobre costosas y matizadas alfombras, de las más raras y finas que se

tegen en Persia. Al testero de la mesa habia una fila de mullidos y soberbios cogines, destinados para Saladino, y para los mas dignos e ilustres de sus huéspedes. Del techo y de los pilares que lo sostenian, colgaban innumerables banderas y pendones, trofeos de las victorias ganadas, y de los reinos sometidos por el Soldan. Entre ellas se distinguía la bandera de la muerte, que peñdia de una lanza dorada, y en la que se leia esta inscripcion. SALADINO REI DE REYES, SALADINO VENCEDOR DE VENCEDORES, SALADINO HA DE MORIR. Enmedio de este suntuoso aparato, estaban distribuidos en sus respectivos puestos los esclavos que habian de servir el banquete, silenciosos e inmoviles como estatuas en torno de un monumento, o mas bien como automatas que aguardan la señal del artifice para ponerse en movimiento.

El Soldan se paseaba por la tienda esperando a sus huéspedes. De pronto se acordó de un horoscopo que le habia enviado el anacoreta de Engaddi, y como, aunque sabio y poderoso, daba asenso a las supersticiones y falsas cre-

encias que dominaban en su siglo, se detubo a contemplar aquella obra misteriosa.

“Estraña ciencia, por cierto, decia a sus solas, que pretende descorrer la cortina del porvenir, y en lugar de guiar descarria, y en lugar de iluminar deja en tinieblas a sus adeptos. Al ver esta posicion de los Astros, y las consecuencias naturales que de ella debian sacarse, ¿quien no diria que era yo el contrario poderoso de Ricardo, cuya enemistad debia terminar por un enlace con una princesa de su familia? Y el resultado ha sido un casamiento entre este Escoces y la parienta del Rei, por cuyo medio se reconcilia con un enemigo menos fuerte, pero mas temible que yo, como el animal domestico es mas peligroso que el leon que ruge en un desierto lejano. El horoscopo dice que el futuro mardo de la Princesa seria Cristiano, y de aqui infirio el insensato monge que yo debia abandonar la fe de mis padres. ¡Yo . . . el mas fiel de los creyentes! ¡Yo . . el mas celoso de los defensores del Profeta! Apartate de mi, insana y perfida prediccion,” dijo arrojando el horos-

copo al suelo, “ indigna del hombre sabio es la ciencia que te ha dictado, puesto que engaña con la verdad, y produce con ella todos los efectos de la mentira.”

Al terminar estas reflexiones, entró en la tienda el enano Nectabano, extraordinariamente agitado y despavorido, contraídas todas sus facciones, y abriendo una boca desmesurada, que daba mayor realce a la irregularidad de su rostro.

“ ¿ Qué solicitas ?” preguntó Saladino.

“ *Accipe hoc*, respondió gruñendo la diforme criatura.

“ ¿ Qué dices ?” exclamó airado el Soldan.

“ *Accipe hoc*,” repitió el enano, sin saber que era la misma respuesta que había dado antes.

“ No estoy ahora para locuras,” dijo Saladino.

“ Tampoco estoy yo de humor de decirlas, repuso Nectabano, sino es cuando no puedo ganar de otro modo el pan que me alimenta. Oyeme, gran Monarca.”

“ Seas loco o cuerdo, dijo el Sarraceno, si

vienes a pedir justicia, dispuesto estoy a escucharte.” Saladino se retiró con el enano a lo interior de la tienda.

La conferencia fue mui en breve interrumpida por los ecos de los clarines, que anunciaban la llegada de los Principes Cristianos, a quienes Saladino recibió con la dignidad y cortesía propias de su urbanidad, y correspondientes a tan distinguidos personajes. Hechos los saludos generales, se acercó al Conde de Huntingdon, a quien dio la enhorabuena por la feliz mudanza de su suerte, aunque en parte había frustrado sus propios designios, y disipado sus esperanzas.

“ Pero no pienses, intrepido joven, añadió el Monarca Sarraceno, que el Principe de Escocia es mas precioso a los ojos de Saladino, que Kenneth lo fue a Ilderim, cuando se encontraron en el desierto, ni que lo fue el desventurado Etiope a El Hakim Adonebec. Un animo valiente y generoso como el tuyo no aumenta su precio por el nacimiento ni por la condicion, como el sorbete que voi a presentarte no pierde ni realza su perfume ni su fres-

cura por estar en una vasija de barro o en una de oro.”

El Conde de Huntingdon contestó en los terminos mas corteses, reconociendo los varios e importantes favores que habia debido a la magnanimidad de su huesped, y al gustar del sorbete que este le presentaba, observó sonriéndose que Saladino entendia mas de yelos y de nieves que Ilderim, puesto que este ignoraba los efectos que produce el frio en el Oceano.

“ Un Arabe vagabundo, un Kurdo grosero, dijo el Soldan, no puede poseer los conocimientos de un medico docto como El Hakim. El que se disfraza debe hablar y opinar segun el traje de que se ha vestido. Mi intencion era saber como se conduciria un caballero de Franchistan, con un guerrero desnudo de instruccion, y educado en los arenales del Africa. Por esto fingi dudar de un hecho conocido, para saber de que medios te valdrias para responder a mis obgeciones.”

Durante esta conversacion, el Archiduque Leopoldo que se habia quedado a cierta distancia, empezó a hacer grandes exclamaciones

al ver las copas de sorbete, y tomó la que el Conde habia dejado, despues de haber bebido un poco.

“Deliciosa bebida,” exclamó el Austriaco, cuando la probó, y tal en efecto debia parecerle, no solo por la sed que en aquellos climas se siente, si no tambien por la que le habian ocasionado los desordenes de la noche anterior. Despues de haber calmado el ardor que lo devoraba, entregó la copa al Gran Maestro de los Templarios. Saladino hizo una seña al enano, el cual se presentó en medio de la concurrencia y exclamó en aspera voz : *accipe hoc*. El Templario quedó espantado, como el caballo que descubre al leon escondido en la maleza que guarda el camino : recobróse sin embargo, y para disimular su confusion, iba a aplicar la copa a los labios, mas estos no llegaron a tocar el borde. Saladino sacó la cimitarra, con la prontitud del rayo que hiende la nube, la alzó con impetu, y la cabeza del Templario rodó a la estremidad de la tienda. El cuerpo permanecio inmovil por el espacio de un segundo, con la copa en la mano ; despues cayó de golpe, mez-

EL TALISMAN. 409

clandose con el licor la sangre que brotaba de las venas.

Estalló entonces el grito general de traición en todos los angulos de la tienda. Leopoldo, que estaba cerca de Saladino, dio un paso atras, temeroso sin duda de experimentar la misma suerte que su amigo. Ricardo y los otros Principes echaron mano a las espadas.

“ Nada temas, noble Archiduque de Austria,” dijo Saladino, tan sereno como si nada hubiera ocurrido; “ ni tú te inquietes por lo que acabas de ver, hermano Ricardo. No ha muerto a mis manos ese perverso por sus innumerables traiciones, aunque cada una de ellas merecia la misma pena: no ha muerto por el plan que había trazado contra la vida del Rei de Inglaterra, como su escudero lo ha declarado; no por habernos perseguido al Príncipe de Escocia y a mi en el desierto, obligandonos a salvar la vida por la ligereza de nuestros caballos; no por haber incitado a los Maronitas a atacarnos en aquella misma ocasion, lo que hubiera conseguido si no hubieran acudido inesperadamente los Arabes de mi escolta: sino porque hace

media hora que ha contaminado nuestra presencia, como el viento del desierto contamina la atmosfera, dando muerte con sus manos, a su compañero, a su amigo, a su complice Conrado de Monserrate, evitando de este modo que se descubriesen los planes inicuos en qué ambos tenían parte.”

“ ¡ Como! esclamo Corazon de Leon. ¡ Monserrate asesinado! ¡ Y por manos del Gran Maestre! ¡ Por su confidente y padrino! Noble Soldan, yo no dudo de tus palabras; mas un hecho de tanta importancia requiere pruebas irrefragables.”

“ Aquí estan las pruebas,” dijo el Soldan, señalando al atonito Nectabano. “ Alá que envia la luciernaga para iluminar las tinieblas de la noche, descubre los crímenes secretos por los medios mas humildes.”

El Soldan refirió entonces lo que habia sabido de boca del enano, que se reducía a lo siguiente: movido por su insensata curiosidad, como él mismo confesó con sendos llantos y sollozos, Nectabano se habia introducido en la tienda de Conrado, en la que ya no se hallaba

EL TALISMAN. 411

ninguno de los individuos de su comitiva, pues los unos se habían puesto en camino, para llevar la noticia de lo ocurrido a su hermano, y los otros estaban comiendo y bebiendo, en las mesas dispuestas por orden del Soldan. El herido dormía profundamente, gracias al influjo del poderoso talisman de El Hakim: de modo que el enano lo estuvo considerando a sus anchas, hasta que oyó los pasos de una persona, que entraba en el pabellon, y entonces, sobrecogido de espanto, se ocultó detras de una cortina. El Gran Maestro se acercó al Marques, despues de haber asegurado por dentro la mampara de la tienda. Su victima despertó con sobresalto, y sin duda sospechó las intenciones del malvado, pues le preguntó con inquietud y recelo porqué venia a interrumpir el sueño de que disfrutaba.

“ Vengo, respondió el Templario, a confesarte, y a darte la absolucion.”

El enano no pudo acordarse de la conversacion que los dos tubieron, por que su miedo era superior a su curiosidad: solo tenia presente que Conrado le suplicó no amargase los

ultimos momentos de su vida, y que el Templario lo hirio en el corazon con un puñal Turco, pronunciando al mismo tiempo las palabras *accipe hoc*, palabras que se grabaron profundamente en la aterrada imaginacion del oculto testigo.

“ Yo me he asegurado, dijo Saladino, de la verdad de la historia, haciendo examinar cuidadosamente el cadaver de Monserrate, y para cerciorarme mas del autor del crimen, mandé a ese enano repitiere en vuestra presencia las palabras del asesino: todos habeis visto el efecto que produgeron en su conciencia.”

El Soldan concluyó, y el Rei de Inglaterra rompio el silencio general.

“ Si lo que acabas de decir es cierto, y yo estoi mui lejos de dudarlo, menester es confesar que hemos sido testigos de un gran acto de justicia, aunque al principio presentó un aspecto harto diferente. Mas ¿ porqué se han manchado tus manos con la sangre de ese inicuo, y porqué le has dado muerte en nuestra presencia ?”

“ No fue esta mi primera intencion, dijo

EL TALISMAN. 413

Saladino, pero me fue preciso aprovechar el tiempo, porque si lo hubiese dejado gustar de mi copa, como ya iba a hacerlo ¿ como me hubiera sido posible, sin faltar a las santas leyes de la hospitalidad, darle el castigo que merecia? Aunque hubiera vertido la sangre de mi padre, no podria yo tocar a un cabello de su cabeza, despues de haber gustado la vianda o el licor de mi tienda. Mas basta de esto, y alegese para siempre de nosotros su cadaver y su memoria.”

Los esclavos de Saladino llevaron el cuerpo, y limpiaron las trazas de aquel suceso, con tanta prontitud y destreza que bien se conocia estaban acostumbrados a escenas de aquella naturaleza en el servicio de su señor.

Pero los Principes Cristianos a quienes aquella inesperada catastrophe habia hecho una profunda impresion, y que la comentaban de diversos modos, segun sus opiniones y partidos, se sentaron, silenciosos y confusos, al rededor de la mesa, no ostante las instancias que Saladino les hacia, para que disfrutasen sin enojo ni pesadumbre de los placeres del banquete.

Ricardo fue el unico que se manifesto tranquilo y sereno, porque su alma grande y generosa no podia abrigar largo tiempo las espinas de la sospecha, ni sostener el peso del embarazo. Sin embargo, de cuando en cuando parecia distraido, como si estubiese pensando en algun negocio grave, y buscando palabras para darlo a entender, sin exitar enojo ni ofensa. Al fin, despues de haber bebido una gran taza de vino, preguntó al Soldan, si era cierto que habia hecho la honra al Conde de Huntingdon de medir con él sus armas.

Saladino respondió sonriendo que habia probado sus armas y caballos con el heredero de Escocia, como lo suelen hacer dos soldados de egercitos enemigos, cuando se encuentran en el desierto, y añadió modestamente que aunque el combate no fue decisivo, él por su parte no tenia gran motivo para envanecerse del éxito. A lo cual el Escoces respondió que el Soldan, en aquella ocasion, habia manifestado su superioridad como guerrero, y como ginete.

“Harto honor, dijo Ricardo, te ha cabido en el encuentro, y mas te lo envidio que las

EL TALISMAN. 415

sonrisas de Lady Edit de Plantagenet, aunque una de ellas basta a galardonar un año de combates y proezas. Pero ¿qué decis, Principes y nobles personages? ¿Sera posible que se disuelva esta gloriosa reunion de caballeria, sin dejar nada que decir a los futuros siglos? ¿Qué importa la muerte de un traidor a la nata del honor, de la lealtad y del heroismo? ¿Nos hemos de separar, sin hacer algo digno de tan ilustres compañeros? ¿Qué decis, hermano Saladino? ¿No seria bueno que tú y yo terminasemos de un golpe, delante de estos nobles espectadores, esa larga contienda sobre la tierra de Palestina, poniendo fin en un momento a guerras tan largas y enojosas? Todavía estan puestas las barreras, y el Paganismo no puede hallar un campeon mas digno, ni mas seguro que tú. Aunque menos digno que el Soldan de Egipto, yo lanzaré el guante en defensa de la Cristiandad, y asi podremos, con todo honor, y sin odio personal, darnos combate de muerte por la posesion de Jerusalem.”

Todos los concurrentes aguardaban silen-

ciosos y atentos la respuesta del Soldan. Subiosele el color a las mejillas, y generalmente creían los convidados que vacilaba entre admitir o no aquel inesperado desafío. Al fin dijo: “Alá daría fuerza a mi brazo, si lo empleára en combatir por la Santa Ciudad, contra los que nosotros miramos como idolatras, que adoran leños, guijarros, y simulacros hechos por la mano del hombre. Si, por el contrario, cayese bajo el acero de Melec Ric, no podía entrar en el Paraiso con muerte mas gloriosa. Pero Alá ha dado los muros de Jerusalem a los verdaderos creyentes, y sería tentar al Dios del profeta, confiar a mi vigor y destreza, lo que puedo mantener por la superioridad de mis armas.”

“Si no por Jerusalem,” dijo Ricardo, como si pidiera una gracia a su superior, “a lo menos, por deseo de fama y gloria, corramos tres lanzas.”

“Ni aun eso me es licito,” respondió Saladino, sonriéndose al ver la decidida afición de Ricardo a pelgros y combates. “El dueño pone el pastor a la cabeza del rebaño, para

EL TALISMAN. 417

bien y seguridad de este, y no para recreo y satisfaccion del pastor. Si tubiera un hijo a quien entregar el cetro, en el lecho de la muerte, podria admitir este glorioso partido, al cual se siente mui inclinada mi voluntad. Pero tus libros dicen: hiere al pastor, y se esparcirán las ovejas.”

“ Tu has sido mas dichoso,” repuso Ricardo medio enojado, y volviendose al Conde de Huntingdon. “ El mejor año de mi vida diera yo de buena gana, por la media hora que pasastes junto al Diamante del desierto.”

La caballerosa estravagancia de Ricardo disiperto el buen humor de los concurrentes. Terminado el banquete, y cuando ya estaban todos en pie para retirarse, Saladino se adelantó, y tomó la mano a Corazon de Leon.

“ Noble Rei de Inglaterra, le dijo, vamos a separarnos para siempre. Que vuestra liga Cristiana se ha disuelto, y que tus fuerzas solas no bastan a seguir esta atrevida empresa, es notorio a todos los presentes. Tú lo sabes, y yo no lo ignoro. Yo no puedo cederte esa Jerusalem que tanto ambicionas. Santa es a los

ojos de los Mahometanos, como a los de los Nazarenos. Fuera de esto, todo lo que Ricardo pida a Saladino, sera tan facilmente concedido, como la fuente del desierto concede sus cristales al viagero. Saladino lo promete, y asi lo hara, aunque Ricardo se presente en el desierto, con dos ballesteros por escolta.”

El Rei de Inglaterra volvio el dia siguiente a su campamento, y poco tiempo despues el Conde de Huntingdon dio la mano de esposo a Edit de Plantagenet. El Soldan envió, por regalo de boda, el famoso talisman, y aunque por su medio se hicieron muchas curas en Europa, ninguna de ellas tubo tanto exito ni celebridad como las que el mismo Soldan habia conseguido. Todavia existe esta alaja, la cual fue legada por el Conde de Huntingdon a un valiente caballero de Escocia, llamado Sir Mungo de Lee, en cuya ilustre y antigua familia se conserva, y aunque la Farmacopea moderna desecha el uso de las piedras en-

EL TALISMAN. 419

cantadas, aun se suele aplicar el talisman en casos de hidrofobia.

Aqui termina nuestra historia: en las de aquellos siglos se refiere como Ricardo evatuó las tierras que habia conquistado.

FIN.

**LONDRES:
IMPRINTA DE MOYER, BOUVERIE STREET.**